



HISTORIA DE LA NACION CUBANA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ

JOSE M. PEREZ CABRERA

JUAN J. REMOS

EMETERIO S. SANTOVENIA

TOMO X

CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA

DESDE 1902 HASTA 1951 (3)



1952

EDITORIAL HISTORIA DE LA NACION CUBANA, S. A.
LA HABANA

NO CIRCULANTE

PROCED.	IA	Trudo Antiquo
H51659	94-07	\$65.00 (loc)
FECHA	90-10-17	-00 07

ES PROPIEDAD

Copyright, 1952, by
Editorial Historia de la
Nación Cubana, S. A.

9-
His
H
C.10

LIBRO PRIMERO

LA LITERATURA CUBANA EN EL SIGLO XX

RAIMUNDO LAZO

LIBRO SEGUNDO

LA ENSEÑANZA EN CUBA EN LOS PRIMEROS
CINCUENTA AÑOS DE INDEPENDENCIA

MERCEDES GARCÍA TUDURÍ

LIBRO TERCERO

LAS CIENCIAS

MARIO SÁNCHEZ ROIG

LIBRO CUARTO

LAS ARTES PLÁSTICAS

RAFAEL MARQUINA

LIBRO QUINTO

LA MÚSICA CUBANA EN EL PERÍODO REPUBLICANO

JOSÉ LUIS VIDAURRETA

LIBRO SEXTO

PROGRESO DE LA REPÚBLICA

JUAN J. REMOS

INDICES

DE NOMBRES DE PERSONAS, GEOGRÁFICO
Y MISCELÁNEO

PROF. MANUEL I. MESA RODRÍGUEZ

LIBRO PRIMERO
DE LA CIENCIA DE LA AGRICULTURA
Y DEL COMERCIO

LIBRO SEGUNDO
DE LA CIENCIA DE LA MANUFACTURA
Y DEL COMERCIO

LIBRO TERCERO
DE LA CIENCIA DE LA MINERIA
Y DEL COMERCIO

LIBRO CUARTO
DE LA CIENCIA DE LA PESCA
Y DEL COMERCIO

LIBRO QUINTO
DE LA CIENCIA DE LA Caza
Y DEL COMERCIO

LIBRO SEXTO
DE LA CIENCIA DE LA Caza
Y DEL COMERCIO

LIBRO SEPTIMO
DE LA CIENCIA DE LA Caza
Y DEL COMERCIO

INDICE

LIBRO PRIMERO

La literatura cubana en el siglo XX

	<u>Pág.</u>
CAP. I El proceso histórico-literario y sus caracteres. Las generaciones literarias cubanas en la primera mitad del siglo XX. El escritor y su doble ambiente. Generación y sociedad	3
CAP. II La lírica	9
CAP. III La novela y el cuento	26
CAP. IV El teatro. El ensayo, la crítica y la prosa didáctica . .	35
CAP. V La historia, la biografía y la erudición histórica. La oratoria y el periodismo. Sinopsis	43

LIBRO SEGUNDO

La enseñanza en Cuba en los primeros cincuenta años de independencia

CAP. I La enseñanza primaria oficial	55
CAP. II La enseñanza oficial secundaria y especial	79
CAP. III La enseñanza superior oficial y síntesis del recuento de la enseñanza oficial	122
CAP. IV La enseñanza privada	129
Fuentes	143

LIBRO TERCERO

Las ciencias

CAP. I Ciencias médicas	147
CAP. II Ciencias físicas y matemática	164
CAP. III Ciencias naturales	170

LIBRO CUARTO

Las Artes Plásticas

	Pág.
CAP. I La pintura en Cuba	189
CAP. II El grabado en Cuba	220
CAP. III La escultura en Cuba	231
CAP. IV La arquitectura en Cuba	248
Fuentes	263

LIBRO QUINTO

La música cubana en el período republicano

CAP. I Tesis general	267
CAP. II El movimiento sinfónico en Cuba	284

LIBRO SEXTO

Progreso de la República

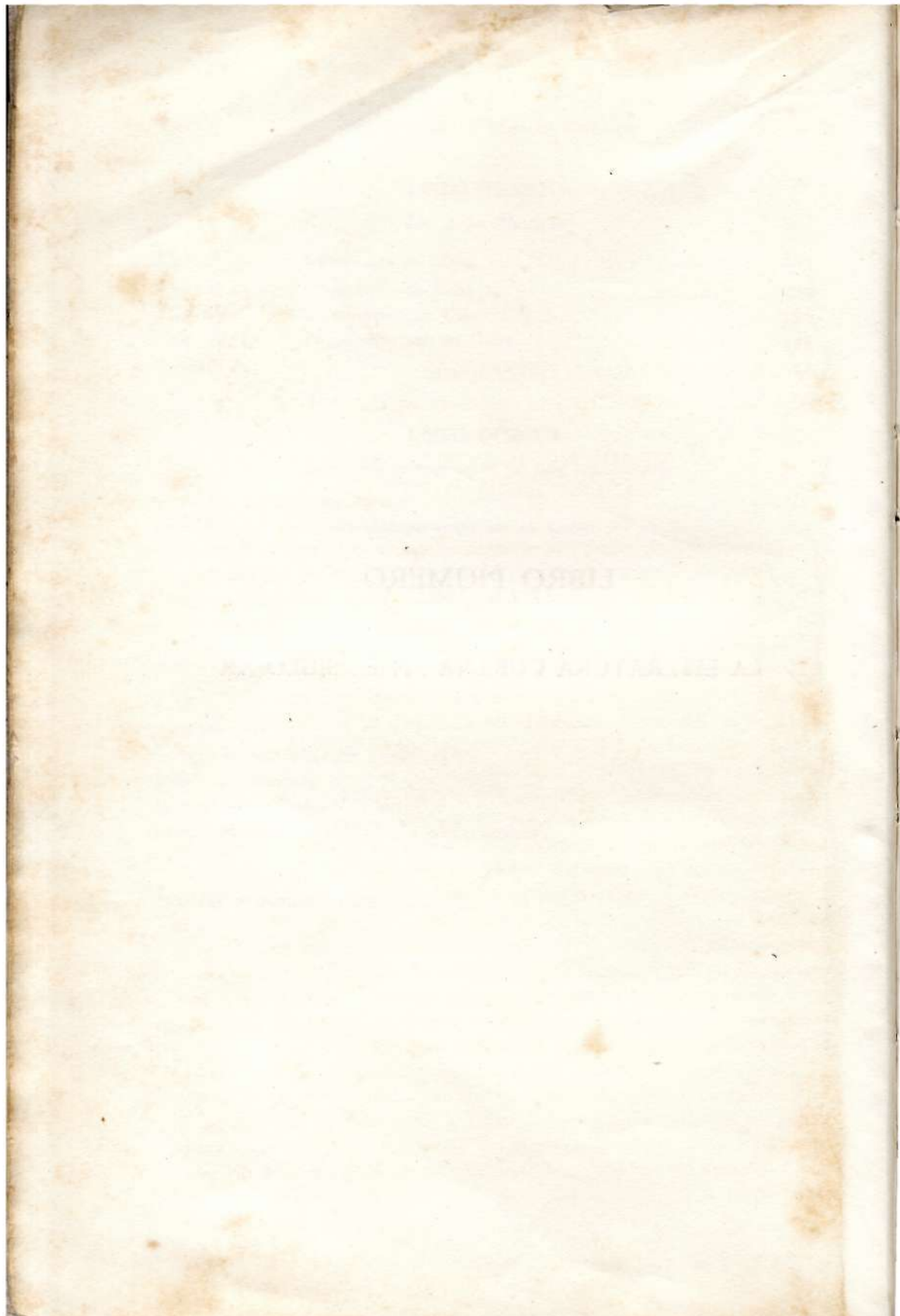
CAP. UNICO	299
------------------	-----

ADVERTENCIA	323
ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAS	325
ÍNDICE GEOGRÁFICO	401
ÍNDICE MISCELÁNEO	429
ÍNDICE DE COLOCACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES	479

ERRATAS Y CORRECCIONES	483
------------------------------	-----

LIBRO PRIMERO

LA LITERATURA CUBANA EN EL SIGLO XX



CAPÍTULO I

EL PROCESO HISTORICOLITERARIO Y SUS CARACTERES. LAS GENERACIONES LITERARIAS CUBANAS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX. EL ESCRITOR Y SU DOBLE AMBIENTE. GENERACION Y SOCIEDAD

LA proyección concreta de la actividad literaria lógicamente tiene que considerarse como un proceso histórico con todas sus implicaciones y consecuencias. Lo literario, así considerado, se enmarca necesariamente en lo histórico, es historia. En consecuencia, la independencia del escritor, aprisionado en la trama de las circunstancias, es, en realidad, mucho más limitada de lo que parece, y su originalidad, sin perjuicio de los privilegios del genio, indudablemente relativa.

La inserción de lo literario en lo histórico, de lo individual en lo colectivo, es una realidad a la que el siglo xx ha dado creciente desarrollo. Después de 1900, el individuo-escritor, aún en los casos de más reconocido subjetivismo, excentricidad o rebeldía, vive y escribe necesariamente en el fluir de poderosas corrientes sociales; y el primer problema del historiador de la literatura consiste en la determinación del núcleo histórico que envuelve y presiona al artista. Independizado de la acción mecánica de la masa, pero de algún modo subordinado a la sociedad, el escritor vive y actúa como tal en el núcleo histórico que constituye su generación. Para él es particularmente aplicable la afirmación de Ortega y Gasset de que *la historia procede por generaciones*; y en consecuencia, estudiar y determinar éstas es el medio más recomendable para establecer, con claros y firmes caracteres de evolución, el eslabonamiento que integra la historia literaria.

No en lo exclusivamente literario, sino ampliada la idea al proceso histórico general, la generación se manifiesta como el conjunto heterogéneo de hombres a quienes el tiempo y las circunstancias acercan y unifican, siquiera sea con la precaria y movediza unidad de lo humano. Son los *coetáneos* ligados por *relaciones vitales*, según la idea del pensador español.

En resumen, la teoría de las generaciones parece ser de indudable utilidad, y aún necesidad; pero una elemental discreción aconseja relacionarla con el evidente concepto de fluencia de lo histórico, ajeno a las sistematizaciones lógicas tanto como al análisis matemático.

En el caso concreto de la literatura cubana del siglo xx, las generaciones, con la realidad y vaguedad de contornos de olas o de nubes en incesante fluir, con imbricaciones de tejado, con algo en su integración de lo espontáneo y lo heterogéneo de partidos políticos, pasan por nuestro panorama histórico, y con diversa fortuna y eficacia actúan en él de acuerdo con los temas, orientaciones y circunstancias peculiares de cada una, con sus cimera figuras representativas, sus núcleos básicos y su escasa pero nunca despreciable legión de anticipados y de rezagados.

En la primera mitad del siglo xx, se distinguen en Cuba, con toda claridad, cinco núcleos generacionales, que entre otras cosas dan su aporte a la literatura, creándola y caracterizándola: *el finisecular*, así denominable porque lo integran hombres cuya gestión histórica tuvo por centro cronológico el final del siglo xix; *la generación de 1900 o primera generación republicana*; *la de 1910*, iniciada por hechos históricos que tienen por núcleo aquel año, y de evolución violenta e inesperadamente alterada por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial; *la generación de la entreguerra*, cronológicamente enmarcada por los dos grandes conflictos mundiales, y que a favor de las conmociones producidas por el primero de ellos, anticipa su desarrollo y rápidamente sustituye a la generación anterior en cuanto a vigencia histórica y dominio de las iniciativas de la época; y la generación última, que se inicia al finalizar la cuarta década del siglo, y tiene por ambiente espiritual el de los años de la Gran Guerra que conmovió al mundo a partir de 1939, y el de los tiempos subsiguientes, impregnados de anarquía, inseguridad y temor.

Este proceso histórico, así realísticamente observado y vivido en etapas naturales, confirma la peculiar fluencia y vaguedad de contornos del proceso generacional y la imposibilidad de someterlo a toda clase de limitaciones cronológicas previas. Precisamente nuestra historia nos ofrece el ejemplo de generaciones a las cuales parece sobrarle el tiempo, como nuestra generación finisecular, que pudo moverse en anchísimo cuadro histórico; y también el caso de núcleos generacionales de vida breve, aprisionados entre cambios históricos decisivos muy cercanos entre sí, como la llamada generación de 1910, imposibilitada naturalmente tanto de retroceder hacia su pasado inmediato, contra el

que había reaccionado, como de avanzar hacia el futuro, hacia tiempos cuya profunda y rápida renovación escapaba a su iniciativa, y parecía excitar la de un nuevo núcleo juvenil.

Con tales reservas básicas, puede caracterizarse, en primer término, la generación finisecular, creadora de la República, eminentemente polémica y oratoria en virtud de poderosas razones históricas, y representativa de lo más típico y culminante del siglo XIX. La mayoría de sus integrantes eran hombres maduros al iniciarse la República de que eran fundadores, y aureolados por el prestigio heroico, pudieron tener sólo admiradores y continuadores en la generación siguiente.

La generación de 1900 o primera generación republicana que al aparecer asistía a la ansiada realización de los ideales de la generación anterior, tuvo que tener para ésta admiración y respeto, y viviendo de la herencia ideológica del siglo XIX, que entonces parecía interminable, carecía de motivos creadores de la rebeldía y del espíritu crítico; y fué, en efecto, verbalista, optimista y lírica, dada a la glorificación de lo heroico del pasado nacional.

Hacia 1910, aparece un tercer grupo generacional en el que se nota ya la primera reacción crítica ante el pasado. El optimismo persiste; pero el verbalismo se transforma, influído por nuevas teorías estéticas más exigentes. Literariamente fué una generación que comenzó siendo modernista y terminó inclinándose hacia la rectificación y ampliación del modernismo. De este último se deriva esencialmente su lírica, a la que dedica fundamentales empeños; y la misma filiación e importancia hay que reconocer a su abundante labor ensayística; y por razón de los mismos antecedentes, la conferencia comienza a predominar sobre el discurso, y los escasos novelistas prefieren ser, más que novelistas, escritores y expositores de ideas. Fué la generación de una etapa muy activa del Ateneo de La Habana, de la revista *Cuba Contemporánea*, de la Sociedad de Conferencias y de otras instituciones culturales similares. Pero pronto lamentables frustraciones del ideal republicano fomentaron el escepticismo, y, sobre todo, tuvo decisivas consecuencias para los hombres de 1910 la Primera Guerra Mundial de 1914 a 1918, generadora de trascendentales efectos. Nació un mundo nuevo, fundado en nuevas ideas y nuevos valores, a los que no podía acomodarse con facilidad la generación vigente, la que, por tan poderosas razones, tras una vida breve, pareció destinada a sobrevivir, sustituida prematuramente por el núcleo generacional de la entreguerra.

En la tercera década del siglo, teniendo por ambiente espiritual el anárquico, confuso y por muchos motivos revolucionario estado de cosas generado por la Primera Guerra Mundial, se desarrolló la generación

que hoy podemos llamar *de la entreguerra*. Por evidentes razones históricas, fué una generación eminentemente rebelde e iconoclasta, cuya actuación tuvo que significar una crisis profunda de los valores e ideas en que se apoyaba la generación anterior, y en efecto, al individualismo de esta última opuso el colectivismo en todas sus formas; a las teorías y los puros valores estéticos, la necesidad de una decidida proyección social en todos los órdenes de actividad, entre ellos naturalmente el literario; y el realismo y el predominio de las masas a todas las idealizaciones y posibles influencias de las minorías. Adquirió entonces predominio el número, lo relativo y efímero. Algunas de sus publicaciones periódicas características, como la *Revista de Avance*, muy significativamente cambiaban de nombre con el año de publicación, 1927, 1928... Pero pronto la madurez artificialmente precipitada por el veloz proceso histórico, determinó rectificaciones y escisiones, y mientras unos retrocedieron hasta merecer, con más o menos justicia, el calificativo de reaccionarios, otros permanecieron fieles al inicial espíritu revolucionario de la época; y en lo particularmente literario, hubo literatura pura y de evasión, que con otra forma y otra técnica parecía retroceder al individualismo y esteticismo modernista, y hubo literatura de compromiso, social y filosóficamente comprometida a defender partidos, tendencias y actitudes. A estas características, debe añadirse la sobriedad de expresión, el espíritu anti-oratorio que al fin termina por crear una nueva oratoria y un nuevo patetismo, y finalmente, la revisión crítica de valores nacionales y el descubrimiento de otros nuevos, con su consiguiente calificación e influencia artística y humana, como en el caso culminante de Martí, examinado desde entonces en todas sus posibilidades, y convertido en símbolo de nuevos ideales. La lírica cambia su temática, y sobre todo, su técnica. Se inicia el imperio de la metáfora, favorecido por la resurrección de Góngora. El ensayo se desarrolla ampliamente, y comienza a penetrar en el campo de otras manifestaciones o géneros literarios. La novela tiende hacia lo social, y el cuento comienza a discutirle el predominio en la producción narrativa.

Una nueva generación aparece con tenues manifestaciones hacia 1940, en los tiempos perturbados de la Segunda Guerra Mundial, período bélico apenas diferenciable de la paz insegura, nominal, que le sigue. En realidad, sólo hay entonces prolongación, con explicable notas personales, de las dos tendencias en que, al cabo, hubo de escindirse la generación anterior. Literariamente la técnica adquiere capital importancia, y en su campo se realizan las más sorprendentes innovaciones y se libran las luchas más audaces. De un lado, se cultiva la lírica hermética, del más despreocupado individualismo; y frente a ella,

persiste la poesía social. La novela arquitectónica del siglo XIX tiende a ser sustituida por otra de estructura imprecisa, reflejo directo, sin alteraciones literarias del anárquico desorden vital. Siguiendo corrientes mundiales pudiera decirse tanto que la novela penetra en otros géneros como que éstos invaden el campo antes perfectamente limitado de lo novelesco. La prisa de la época, su inquietud y su peculiar falta de tiempo para todo, favorecen, sin duda, el auge del ensayo y del cuento. El teatro, en fin, flanqueado por el cinematógrafo, la radio y la televisión, y acaso perjudicado por indefinibles o imponderables mutaciones del gusto, se desarrolla lentamente, y por lo menos, ofrece algunas aceptables primicias a un público indiferente o poco acostumbrado al arte dramático. Y de esta manera, entre la insatisfacción y la incertidumbre de la época, sin realizar las grandes renovaciones substanciales presentidas y deseadas, llega el proceso de la literatura cubana a mediados del siglo XX.

Toda generación es, en principio, un conjunto de esfuerzos relativamente unificados que chocan contra un ambiente social preconstituido y tienden a modificarlo más o menos intensa y esencialmente. En conclusión, el escritor vive y actúa en un doble ambiente: uno más amplio, creado por un complejo sistema de fuerzas o influencias que comienzan a ser pretéritos, y otro más limitado, por lo menos en su inicio, debido a las actividades peculiares, más o menos rectificadoras de su propia generación. Misión natural de cada nueva generación es precisamente reaccionar contra el ambiente social que encuentre establecido; pero la renovación esencial de éste no es nunca la obra de una sola generación, por revolucionaria que ella sea, sino producto de la acción paulatina, acumulativa, de sucesivos núcleos generacionales.

Teóricamente, hay que reconocer que estas conclusiones avanzan por un campo ideológico aún demasiado movedido y abierto a la polémica y a la pura especulación; y concretando el problema al caso específico de Cuba, es imposible además desconocer la falta de investigaciones y comprobaciones históricas capaces de dar sólido fundamento a cualquier solución; pero, con tales reservas, puede explicarse y justificarse el anterior planteamiento que tiende a dar una explicación sistemática y profundizadora de nuestro proceso histórico literario.

Además de los cambios de temas, orientaciones y reacciones explicables por el carácter y proyección peculiar de cada generación, el gran hecho que parece dominar la historia del escritor cubano durante la primera mitad del siglo XX, es sin duda su marcha lenta y dificultosa pero persistente hacia la profesionalización.

Al comenzar el siglo xx, el medio social, configurado por la estructura económica, limitaba las actividades del escritor en Cuba a funciones marginales, esporádicas, y en consecuencia, siempre secundarias. El cambio de las circunstancias a lo largo de medio siglo permitió, sin embargo, al escritor hacer de esta condición suya cierta actividad de tipo profesional. Lo que aún no puede decirse es que ha nacido el escritor profesional propiamente dicho, cuya actividad y consideración social se enmarcan estrictamente en lo literario; pero por lo menos el escritor, además de cultivar lo que pudiera llamarse la literatura en sí, e intentar por esta vía la obtención de un nombre literario y la formación y orientación de un público, acercándose a ser de este modo escritor profesional, ha cultivado el periodismo y todas las especies de la literatura de propaganda, y por este otro medio ha conseguido siquiera un lugar de mediana importancia en la sociedad cubana de mediados de siglo; y con estas concesiones a ineludibles imperativos económicos y sociales, puede aceptarse la existencia de un escritor relativamente profesional, que es como decir de relativa independencia económica y artística.

Lo dicho es naturalmente compatible con la existencia de figuras, por diversos motivos, ya históricos o ya de pura idiosincrasia, irreducibles a esquemas, cuyos límites trascienden. Los ejemplos no son escasos. Así, Varona es un caso de vigencia a través de generaciones sucesivas, que sigue una curiosa curva de evolución, creador, en ascenso, durante los tiempos finiseculares; aceptado con admiración por las dos primeras generaciones republicanas, y de influencia más poderosa, si algo difusa, indiscutida, de guía y símbolo, para la generación de la entreguerra. Sánchez Galarraga es un lírico rezagado, que ignora los motivos, las preocupaciones esenciales y la técnica de su generación; mientras que Luis Felipe Rodríguez, cronológicamente destinado a incorporarse a la generación de 1910, avanza, y ya en la madurez, se une a la generación siguiente, a la de la entreguerra, de cuya literatura narrativa y ensayística es autor notable y característico.

CAPÍTULO II

LA LIRICA

AL comenzar el siglo xx, se cerraba el paréntesis de forzosa actividad literaria irregular impuesto a Cuba por su última guerra de independencia. Durante el fin del siglo anterior, la literatura tuvo que acomodarse al servicio de un ideal político, y fué por eso lo predominante la prosa, en sus diversas formas de crítica, polémica, oratoria y propaganda ideológica; y lo excepcional, la lírica, representada por dos variedades opuestas, la poesía de torre de marfil a la manera de Casal, y la poesía patriótica, que ejemplifica Bonifacio Byrne. Pero realizado el ideal de independencia política y restablecida la normalidad, la producción literaria recobró su predominante carácter lírico tradicional.

Durante la primera década del siglo, en la lírica, como en los demás géneros o aspectos de la literatura, coincidieron dos generaciones: la de fin de siglo, es decir, la de los hombres en plenitud de poco más de cuarenta años de edad hacia 1900, y la de los que, cerca entonces de la veintena, iniciaban su ascenso y constituían el núcleo de lo actual. Literariamente, estas dos generaciones, diferenciadas por circunstancias históricas sucesivas, se distinguían por su adhesión al mismo movimiento literario, el modernismo, visto y sentido desde vertientes opuestas. Para los finiseculares, cuya vocación lírica había sido frustrada o desviada por exigencias de la guerra emancipadora, el modernismo era después de 1900 la innovación audaz que conmovió su juventud; mientras que, para los hombres de 1900, la revolución modernista, aunque vigente en sus postulados fundamentales, tenía que ser cosa consumada ya. La coincidencia de las dos promociones, diferenciadas sólo por esa diversidad de circunstancias, tan poco ostensible que no ha sido advertida por la crítica, tendió a formar un ambiente literario un tanto impreciso en el que se confundieron poetas de edades muy diferentes.

A pesar de la razón estrictamente cronológica que los vinculaba, en el grupo finisecular se destacan figuras con notas individuales muy acentuadas. Entre los que no alcanzaron el siglo xx, Martí fué la per-

sonalidad genial, explicablemente mal apreciada por el momento, entre cuyos caracteres fué uno de los más importantes la nota lírica original y profunda. Casal fué el lírico puro, ansioso de novedades y artificios, en constante y dramático desajuste con su medio estrechamente provinciano. Y entre los que recibieron la influencia notable de este último, Carlos Pío Uhrbach y Juana Borrero, no pudieron pasar de ser excelentes promesas de una obra poética superadora del nivel medio en que se confundían los versificadores, no escasos, de la época.

De los poetas más ligados al siglo XIX por razones así cronológicas como literarias, que prolongaron sus actividades durante el siglo XX, merecen ser citados, en primer término, Bonifacio Byrne (1861-1936) y Enrique Hernández Miyares (1859-1914).

Byrne, que en *Excéntricas* (1893) había comenzado a manifestarse como un poeta influido, casi obsedido, por artificiosas innovaciones, y que en *Efigies* (1897) desvió su inspiración hacia lo heroico que constituía entonces la circunstancia cubana, fué en 1900 el autor con cuya obra se cierra el largo ciclo de la poesía patriótica, iniciado casi un siglo antes por José María Heredia. Después de *Lira y Espada* (1901), el poeta de los versos famosos a la bandera, limitado el tema patriótico a evocaciones ocasionales, se estacionó en su evolución, y, llevado por cierto virtuosismo que parecía tener por campo casi exclusivo la técnica del soneto, reincidió en los motivos modernistas de *En medio del camino* (1914), y pareció refugiarse finalmente en la descripción del paisaje que predomina en la obra, abundante e inédita, de sus últimos años.

Hernández Miyares no se independizó nunca de lo finisecular, que constituyó su propio ambiente. Su función más importante, fué, sin duda, la de animador de actividades literarias, como periodista y hombre de tertulias y bien cultivadas relaciones que lo ligaron siempre a los escritores más representativos de su época. Pero el director de *La Habana Elegante* y el amigo de Sanguily y de Casal, fué además poeta lírico de evolución retardada. Su labor poética, de notas clásicas y románticas, no se distingue por la amplitud y trascendencia, ni por la facilidad, sino por la ejecución cuidadosa de algunos poemas, de los cuales una larga polémica, dió notoriedad al soneto *La más hermosa*.

Manuel Serafín Pichardo (1863-1937), animador también del movimiento literario como uno de los principales integrantes del círculo de la revista *El Figaro*, cultivó líricamente el tema nacionalista y el verso romántico adaptado a formas modernistas, como en sus *Ofélicas*, que divulgaron el nombre del autor; pero creó además poesía de más relieve y más de acuerdo con la actualidad literaria modernista de su

tiempo en sonetos como *El gallo* y *Soy cubano*, en los que logra combinar la plasticidad y firmeza de la forma con la emoción de lo autóctono, aciertos antológicos a los que merece añadirse el de *Leyendo a Horacio*, muy apreciable a pesar del claro influjo de antecedentes o modelos de la poesía hispanoamericana contemporánea.

Federico Uhrbach (1873-1932), asociado poéticamente en *Gemelas* (1894) y en *Oro* (1907) a su hermano Carlos Pío, muerto en 1897, publicó su última colección, *Resurrección*, en 1917. Es quizás el mejor representante del modernismo, cuyos temas, notas y tendencias fundamentales interpreta personalmente a lo largo de más de tres décadas de callada y persistente dedicación a la poesía. Sin desdeñar el trabajo de la forma y la discreta originalidad o novedad de los elementos de expresión, fué principalmente poeta de sensibilidad. En su obra, se nota una tendencia progresiva a hacer de la forma un vehículo de la expresión sentimental. A veces parece tener vinculaciones con aspectos o matices espirituales de la poesía simbolista; pero no le interesa su filosofismo. Es, en suma, un sentimental de buen gusto, a tono con su época, sin someterse a ella excesivamente, notable además por no haber dejado de ser fiel a estas notas de lirismo fino y personal a través de una evolución artística relativamente larga que lo conduce a la afirmación de la propia personalidad. Esta culminación, alcanzada en la madurez, coincide con los límites históricos del movimiento modernista.

La mayoría de los poetas iniciados y desarrollados en la primera década del siglo crearon un ambiente lírico que se caracteriza por la mezcla de elementos románticos y modernistas, por el corto despliegue de lo personal, y muy frecuentemente por el sentimentalismo y el valor concedido a la forma externa altisonante o de simple musicalidad fácil.

René López, autor de poemas dispersos en revistas, como el frecuentemente citado *Barcos que pasan*, desaparecido prematuramente, dejó una obra irregular inspirada en el recuerdo de Casal. Félix Callejas, el autor de *Vibraciones*, manifestó su adhesión al lirismo sentimental y a la forma resonante, y terminó por dedicarse a la prosa humorística. José Manuel Carbonell se sintió atraído por el subjetivismo erótico, y llevó además su grandilocuencia, su afición a la forma brillante y rotunda, con frecuencia el soneto, al desarrollo del tema patriótico, que suele ser para él evocación glorificadora de la historia nacional. Agrupable a este conjunto fué Dulce María Borrero, en la que hay que añadir lo peculiar de la sensibilidad femenina al tratamiento de motivos poéticos generales. Persigue el atractivo de la forma externa, y da menos importancia a la intensidad o concentración del poema, que para ella debe ser casi siempre fundamentalmente recitable. Otra poetisa,

Emilia Bernal, desde sus versos iniciales de *Alma Errante* (1916), por el cauce de lo sentimental y de la vaga fantasía lírica, comienza a acercarse a nuevas formas artísticas, lo que la sitúa en la transición hacia la generación siguiente.

Al finalizar la primera década del siglo, coincidiendo sólo cronológicamente con la que había de ser promoción de 1910, sin duda un tanto rezagados en su natural evolución artística, los hermanos Francisco y Fernando Llés, desde su aislamiento de Matanzas, se dieron a conocer por su obra poética no muy variada, en la que se destacan un subjetivismo simple e ingenuo, ambientes de época, notas románticas con la marcada inclinación a una filosofía elemental, vaga y contemplativa.

A partir de 1910, favorecido por la renovación de la crítica y la influencia de nuevas corrientes culturales, la poesía inicia un interesante desarrollo, que en resumen fué despliegue de brillantes posibilidades, elevación del nivel artístico, sin incurrir en altisonancias, y labor que hizo compatible el lirismo ingenuo con el complicado y aun cerebral; las audaces innovaciones técnicas y la expresión personal y directa de un drama cubano, encuadrado e influído por circunstancias nacionales que entonces empezaban a descubrirse. Fué la obra renovadora de una nueva generación, cuyos poetas más notables y representativos vivían, por cierto, en provincias: Poveda, Boti, Acosta.

De acuerdo con clasificaciones literarias reiteradas por la crítica, postmodernismo puede denominarse este movimiento poético. Fué, en realidad, una reacción rectificadora contra el modernismo en crisis, cuyos elementos se diluían en versos sin esencia ni originalidad. Los caminos que siguieron estos renovadores fueron diferentes, a veces opuestos entre sí; pero, en general, se orientaban hacia una misma finalidad, la eliminación de lo frívolo e impersonal y del cómodo y fácil contentamiento con formas gastadas y generalidades sin trascendencia.

En 1917, publicado en Manzanillo, apareció el libro de versos de José Manuel Poveda (1888-1926), *Versos Precursores*. Influído por variadas lecturas de autores contemporáneos, particularmente de simbolistas y decadentes franceses e hispanoamericanos, Poveda se propuso en el prólogo de ésta, la única colección de versos que publicó, formular una teoría poética en la que concede capital importancia a la técnica de la forma. Ello, además del aporte a los estudios de la poesía y su expresión, muy poco frecuentes en poetas nuestros, significaba la definición y justificación de una tendencia que oponía a la facilidad modernista la preocupación por fijar la importancia de la técnica y del ajuste entre el verso y su contenido.

Sin perjuicio de antecedentes claramente reconocibles, en *Versos Precursores* se destaca la nota personal, el propósito del autor de no someterse pasivamente al desarrollo de temas fáciles, de fórmulas de expresión comunes, ni siquiera al léxico y a las alusiones de alguna manera aceptados por el uso. Pero, en conjunto, Poveda no se manifiesta como un poeta verdaderamente revolucionario con respecto al arte de su tiempo. En *Versos Precursores* hay poemas de matiz romántico, ya de marcado romanticismo sentimental como *El Secreto*, ya diluido lo romántico en elementos modernistas de fondo y forma como *Serenata*. Algunas veces, como en *El Taburete*, el autor parece moverse complacidamente en un ambiente modernista, y la influencia de contemporáneos muy conocidos, como José Asunción Silva, entre otros, es ostensible. Pero la novedad caracteriza otros aspectos. La nota insólita, el empleo de un vocabulario inusitado, de alusiones mitológicas difíciles, parece ser campo preferido para la actividad poética de Poveda, según lo prueban los versos iniciales de la colección, *El Grito Abuelo*, *La Pipitaña* y otros ejemplos. Sin añadir demasiada novedad al conjunto, puede completarse su caracterización con la cita del tema filosófico-sentimental desarrollado a la manera modernista en *El noble cinismo*, y con la mención del poema de ambiente típico urbano como *Retiro*. En suma, Poveda es un modernista por su individualismo, por su puro esteticismo, por su temática, que, insatisfecho con la degeneración del modernismo en materia formal, quiso dar a éste una técnica más rigurosa y nueva.

Regino Boti (1878) ha podido ser un poeta de evolución más amplia que el anterior. Educado en España, de completa formación literaria, fué desde su juventud consciente admirador de Rubén Darío; pero no para seguir los trillados caminos abiertos por el gran realizador del modernismo, sino para divulgar su obra y tenerla siempre como fuente de nuevas formas de inspiración. A la reproducción de obras raras o curiosas de Rubén Darío, dedicó dos libros: *Hipsipilas* (1919), *El árbol del rey David* (1920); al estudio de su amigo Poveda y la poesía cubana de su tiempo, un interesante ensayo biográfico-crítico; y valiosos trabajos, al análisis de la versificación de poetas cubanos e hispanoamericanos. Con tales antecedentes, se explica uno de los caracteres de la poesía de Boti: la importancia concedida en ella a la forma, preocupación que lo relaciona con Poveda.

En 1913, la aparición de *Arabescos Mentales* tuvo que significar un hecho sorprendente en el movimiento demasiado regular y reiterativo de la poesía cubana de la época. Teorizador de la poesía, en el prólogo, como de manera semejante lo sería después Poveda, Boti se manifiesta

en su primera colección de poemas como un poeta que, a despecho de los diversos aspectos de su obra, y de la influencia de su variada cultura, tiende siempre a lo personal, a la independencia de lo fácil y lo usual. La disquisición filosófica, lo erótico, la naturaleza y la pura complacencia en la ejecución artística del poema, resumen los principales aspectos de *Arabescos Mentales*; y la crítica, con facilidad, puede señalar los ejemplos correspondientes, tales como *Ante la ciudad teológica*, la serie de *Himnario erótico*, y casos antológicos como los *Funerales de Hernando de Soto*, soneto de notable perfección, o como *Aguaza*, de fina y consumada nota descriptiva.

En *El mar y la montaña* (1921), el poeta manifiesta ya el seguro dominio de los temas y formas de su arte peculiar, personal, a despecho de la declarada multiplicidad de antecedentes. Boti sigue siendo el artista anheloso de aunar el sentido de las cosas derivado de una filosofía propia y la impresionante novedad y la calidad estética de la forma. Él mismo confiesa, en frase admirablemente calificativa, que son *síntesis torturadas* esas páginas de poesía suyas. Es un libro de preocupaciones y resonancias, y también, y es lo fundamental, de logros de madurez, de excelentes realizaciones de un depurado ideal estético. La poesía hispanoamericana más valiosa de la época recorría ya los mismos caminos; pero Boti tiene su propia orientación. Su gran tema es ahora la naturaleza, para él mundo de bellezas físicas y de posibles interpretaciones ideológicas. Lo humano está presente, pero más bien diluido en un mundo estética y filosóficamente contemplado. La alusión interpretativa, la descripción condensada en símiles personales de perfil nítido y firme, la aristocracia del léxico al par que su justeza, son los elementos definidores de esta poesía que, siendo lírica, más que canta, describe e interpreta el mar y la montaña, en amplia variedad de aspectos, y ofrece visiones propias y directas de la naturaleza que enmarca la vida aldeana y campesina de un litoral abrupto del Oriente de Cuba.

La torre del silencio (1926) es una vigorosa y variada ratificación de su estética y de su poesía anterior. Iniciada la colección con un excelente *Autorretrato*, presentación afortunada de una personalidad libérrima y compleja, en esta serie de poemas la naturaleza cede un tanto en la preferencia del autor a los temas humanos.

Hacia 1930, en virtud de dos breves colecciones publicadas por aquel tiempo, *Kodak-Ensueño* (1929), *Kindergarten* (1930), Boti comprueba la posesión de un espíritu observador y comprensivo, ser un hombre para quien las nuevas circunstancias realmente existen, y ser un artista de principios flexibles. Sin abjurar de su obra anterior, incorpora a ella elementos de la que era y se llamaba entonces *la van-*

guardia. En breves poemas jugó fácilmente con la metáfora audaz, lo que en realidad era para él sólo reiterar vocación y aptitudes, y empleó la ironía y el toque realista que le eran menos familiares.

En síntesis, Boti es mucho más que un poeta cerebral como ha solido calificarlo la crítica. Su cerebralismo indudable es únicamente uno de los factores de su arte, en el que concurren además la preocupación filosófica, la observación y el trabajo insistente y fecundo de la forma; y su obra, reflejo de una idiosincrasia y de una época, añade a la sustantividad artística el valor de una ejemplar dedicación a la poesía sin renunciamentos ni blandas y relajadoras complacencias.

Frente al intelectualismo y la complacencia en lo formal de Poveda y de Boti, Agustín Acosta (1887) manifiesta poseer una personalidad poética orientada siempre hacia el lirismo en sí, preocupada no sólo por la interpretación de las cosas sino además, y casi pudiera decirse preferentemente, por la emoción propia y el mensaje a los demás.

En 1915, Acosta se dió a conocer como poeta en ascenso promotor al ver la luz *Ala*, poemario en el que el subjetivismo personal corre por cauces modernistas al inspirarse en los temas permanentes del amor y de la patria. Girando aún en la órbita de Darío, expresa un idealismo sentimental de atractiva vaguedad, canta dignamente a Martí y desarrolla el repertorio de la poesía erótica y galante. En 1923 *Hermanita* significa un progreso por la vía peligrosa del sentimentalismo íntimo. Es un paréntesis lírico en el que el poeta da universalidad y permanencia a su emoción personal, a la expresión de un amor suave, callado y melancólico.

En el desarrollo de su lírica, Acosta llega a la culminación de *La Zafra* (1926), cuando enlaza su honda y fina emoción personal con el interés humano, con la situación dramática de su pueblo, y canta con voz sonora e insinuante, de múltiples matices, el gran motivo que era sin duda un hallazgo feliz. *La Zafra* es la rica y sentida poetización de lo social cubano, un magnífico conjunto de realces líricos, de bellezas verbales que comunican el idealismo, la nobleza y la trascendencia del arte al fuerte y prosaico drama de una colectividad. El poeta presenta de este modo, en una colección de cantos, cuadros y evocaciones, la vida del olvidado campesino cubano a quien oprime y maltrata el férreo complejo de circunstancias que es para él la industria azucarera. Algunos pasajes se han hecho justamente antológicos, y en todo el poema impresiona la variedad de aspectos y tonos, el dominio de la forma de sonoridades múltiples, la novedad y acierto de la expresión para dar perenne realidad artística, no sólo al bello paisaje y a las románticas notas de la vida campesina, motivos tradicionales, sino a las

despreciadas y desconocidas cosas humildes y prosaicas que integran lo cotidiano, el incoloro y deprimente discurrir de días iguales, sin horizante, que forman la existencia del pueblo. Hay paisaje, historia y realidad inmediata del poeta; motivos líricos y descriptivos; bien logrado sometimiento de la forma a la representación pintoresca o sentimental; evocación de los viejos ingenios y de los nuevos y poderosos centrales azucareros; y en el fondo lírico del verso, una nota de espontánea protesta, sin política, pero plena de humanidad ante el aguafuerte de la vida campesina criolla, al pasar las viejas carretas chirriantes que

llevando el futuro de Cuba en las cañas

desfilan tristemente, cargadas de cubanas razones, hacia el poderoso central norteamericano.

No queriendo ser poeta de muchedumbres, al expresar líricamente *la verdad de su época*, al unir con el lazo de arte lo subjetivo y lo social, Acosta dió a su poesía transcendencia no adquirida por ella hasta entonces, y realizó en *La Zafra* un poema nacional, incorporado pronto a los valores permanentes de nuestra literatura.

Después, a través de una producción relativamente abundante, en parte publicada, el poeta regresa al mundo de la poesía subjetiva en *Los camellos distantes* (1936), *Ultimos instantes* (1941), *Las islas desoladas* (1943). Pero esta vuelta a la emoción propia, íntima, es compatible con un avance indefinido hacia el perfeccionamiento ideal de la expresión poética y el ahondamiento en los temas siempre renovables; y el artista juvenil, admirador de Darío, depurado y perfeccionado por los años, a despecho de las persistentes resonancias modernistas, va terminando una obra personal, en la que se complace en crearse un mundo ideal de vaga melancolía, de recóndito sentido, en que *juegan el silencio y la distancia*, mundo atravesado serenamente por su creador, desasido ya del dominio de las circunstancias.

La obra de Poveda, Boti y Acosta significó, en suma, una reacción rectificadora del modernismo, realizada, como queda indicado, siguiendo caminos diferentes. Después, la evidencia, la necesidad, pudiera decirse, de una poesía nueva parecía indiscutible; pero no todos los cultivadores de la poesía siguieron esta natural evolución histórica, y liquidado lo que de efímero y circunstancial había en el modernismo, hubo poetas en los que se nota la supervivencia de aquel movimiento, a veces unida a la de lo romántico, y aún existió algún caso en el que el romanticismo predominaba como un rezago del siglo XIX.

Mariano Brull (1891) fué uno de los que primeramente sintió la necesidad de un nuevo estilo poético. Ha sido poeta de obra no muy

abundante, pero cuidadosa; de evolución lenta, pero firme, desde sus versos iniciales de *La casa del silencio* (1916), poeta de intimidad e intención, de levedad de forma, traductor afortunado de Valery y reivindicador de lo esencial poético olvidado en la poesía de Zenea.

Felipe Pichardo Moya (1892) comenzó manifestándose como un decidido partidario de innovaciones técnicas y de la personal independencia de la poesía. Con frecuentes paréntesis de inactividad, ha cultivado el poema sentimental, el canto inspirado en el paisaje y las circunstancias vitales del medio cubano, ha sido el poeta de los cañaverales, y líricamente ha querido cantar también asuntos de esencia épica, lo poético de la geografía insular ligada al destino histórico. De *La ciudad de los espejos* (1925) a *Canto de Isla* (1942), se despliega la curva de su evolución artística, que revela a Pichardo Moya como autor sin prisa, empeñado sólo en orientar independientemente su inspiración y en manifestarla en el verso airoso y diáfano.

Muy a pesar de las urgencias de novedad que dominaban el ambiente poético hacia 1920, Gustavo Sánchez Galarraga (1892-1934) dejó llevarse de su ingenuo sentimentalismo romántico y de las tentaciones de la expresión fácil, y vivió como en una isla lírica, creador de una obra espontánea y copiosa que naturalmente tendía a ser poesía de mayorías. Desde *La fuente matinal* (1915), combatido por la crítica exigente y aplaudido por el gran público, en serie numerosa de volúmenes fué acumulando muestras abundantes de su estilo intemporal y de su personalidad enraizada en un mundo de sueños vagos e ingenuos sentimientos.

Antes y después de Galarraga, no fueron raros los casos de intemporalidad, de anacronismo literario, naturalmente mucho más explicables y frecuentes en poetisas. Tanto por razones cronológicas, que las ligaban al siglo XIX, como por esenciales caracteres de la sensibilidad femenina, vivieron y actuaron al margen de los cambios artísticos del siglo XX Mercedes Matamoras, Nieves Xenes, Luisa Pérez de Zambrana y Aurelia Castillo de González, en cuya producción no hay indicios decisivos de la influencia del primer cuarto del siglo XX, que en mayor o en menor tiempo, alcanzaron a vivir. En todas ellas, la pasada centuria se prolonga en la actual, en temas y en matices de la sensibilidad, en un sentimentalismo primario, que a veces, por el milagro de lo leve y natural o de la pura intensidad afectiva, alcanza el valor de excelentes realizaciones artísticas.

Hacia la tercera década del siglo, hay poetas en los que se combinan temas, tratamientos y contenidos espirituales del pasado romántico con la influencia de formas nuevas. Ejemplos de estas espontáneas

aleaciones artísticas son los casos de Federico de Ibarzábal (1894) y Arturo Alfonso Roselló (1897), entre otros. En ellos el relativo anacronismo pudo interpretarse como independencia. Ibarzábal cultivó lo sentimental, evocó la vida urbana, y ha terminado dedicando esfuerzos más persistentes a la narración imaginativa y al periodismo. Roselló es un caso similar en su evolución del lirismo romántico modernista a la prosa periodística del ingrato, al par que tentador, comentario de la actualidad.

Ernesto Fernández Arrondo (1897) es otra prueba de lo insuficiente del dato cronológico y de lo precario de las clasificaciones artísticas. Dominado en su inicio por el influjo de la lírica externa que se derivaba del modernismo, atraído a veces por el tema patriótico o heroico, y más frecuentemente por el erótico, autor de una obra extensa, en los últimos años Fernández Arrondo ha condensado y depurado su lirismo peculiar en un regreso *hacia sí mismo*, que define el propósito creador de su último poemario.

Hacia 1930, las últimas consecuencias del conflicto mundial del año 14, que eran ya activos fermentos que agitaban la realidad cubana en todos sus órdenes, y como es explicable, preferentemente en el artístico, así como la natural reacción contra estériles rezagos románticos y modernistas, fueron las causas poderosas y complejas, impulso y bandera de una generación nueva, que ruidosamente predicaba, afirmaba e imponía su novedad revolucionaria, su rebeldía derribadora de ídolos y prejuicios. Limitada su época de ascenso y culminación por dos grandes conflictos mundiales, esta *generación de entreguerra* dejó en la lírica la obra generalmente breve pero intensa de un grupo numeroso de poetas, a quienes la vida escindió en dos grandes tendencias, la de la poesía desinteresada y la de la poesía ligada, por un declarado y defendido compromiso, a lo social y político. Unos persistieron en sus actividades poéticas; otros, la mayoría, arrastrados por las circunstancias, se apartaron de su vocación artística, y la recordaron, andando el tiempo, sólo para utilizarla como actitud de combate y propaganda en zonas de acción alejadas de lo propiamente literario.

En la poesía, se pueden diferenciar entonces tres núcleos: lírica pura, poesía social y poesía folklórica, y la diferenciación fué acentuándose naturalmente con los años, y separando en campos distintos poetas que, en sus inicios, se confundían por sus empresas y proyectos artísticos.

La lírica desinteresada, con medios y fines en sí misma, influída, sin embargo, por el ambiente anárquico de la época, fué cultivada por autores representativos de esta generación, cuyos nombres desaparecie-

ron de la nómina poética, y se incorporaron a actividades profesionales, al periodismo, la política o la acción social. Este fué el caso de José Z. Tallet, de María Villar Buceta, de Andrés Núñez Olano, Juan Marinello, Rubén Martínez Villena, Angel I. Augier. Y entre los que permanecieron fieles a un puro destino poético, Enrique y Dulce María Loynaz, Eugenio Florit y Emilio Ballagas.

José Z. Tallet (1893), el autor de *La semilla estéril*, colección publicada al cabo de un cuarto de siglo, hubo de complacerse en llevar a la poesía la nota prosaica e irónica, reflejo de su humorismo escéptico y tolerante; y dió también su aporte a la poesía folklórica, mulata o afrocubana, en el momento de apogeo de ésta. María Villar Buceta (1898) escribió versos que denotaban en ella una personalidad replegada sobre sí misma, enigmática, se dijo, de prometedora independencia artística. Andrés Núñez Olano (1900) sintió la necesidad de superar lo vulgar y deleznable del modernismo en liquidación, y fué autor de poemas trabajados con rigor y gusto refinado. Juan Marinello (1899), entregado después a la prosa y a las luchas políticas, tuvo entonces su paréntesis de poesía sentimental que se manifestaba de acuerdo con las exigencias formales de la época. Caso similar, en cuanto a evolución del mundo del arte al de la acción política y social, fué el de Rubén Martínez Villena (1899). Su momento lírico fué de felices realizaciones. Destácase la poesía de Martínez Villena por la novedad impresionante de su factura, por la gravedad y fuerza del pensamiento y la originalidad de los asuntos. El autor de *La pupila insomne* fué poeta de viva ironía, de filosófico humor y certera expresión personal, de lo que hay ejemplos decisivos como *Canción del sainete póstumo* y *Defensa del miocardio inocente*; pero era también un fino poeta lírico, de pura y delicada sensibilidad y de activa y elevada fantasía, capaz de crear poemas como *Insuficiencia de la escala y el iris*, acierto de ficción delicada, o como *El cazador*, soneto antológico que traza el símbolo de un pagano erotismo. Agrupables en esta serie son, en fin, Angel I. Augier y Mirta Aguirre, definitivamente conquistados después por la prosa literaria o por la del diarismo, más compatible con las exigencias de la actividad social y política.

Enrique Loynaz (1903) fué un original cultivador de la poesía para sí mismo y para un reducido círculo de amigos, voluntario apartamiento que no ha permitido la manifestación de sus dotes de poeta de rara subjetividad.

Dulce María Loynaz (1902) tiene que ser definida de manera simple y a la vez decisiva, sin reservas ni circunloquios: es una gran poetisa lírica, cuya obra de fuentes en lo profundo de la personalidad, moro-

samente creada y pausadamente difundida, gracias al interés de sus admiradores, constituye un mundo poético que da, como primera sensación, la de lo terminado y perfecto, hecho serenamente al margen del tiempo. Su producción no es abundante, sino intensa y selecta. La poetisa gusta podar en su propio árbol lírico, con criterio exigente, lo que estima que puede ser fronda superflua, y así son sus libros de versos selecciones que, entre otras calidades, poseen, en primer término, la de lo antológico. Su obra es, pues, negación y repulsa de la tentadora y enervante pereza y autocomplacencia mal disimuladas bajo el nombre inapropiado de facilidad; pero, por suerte, ella ha sabido también liberarse de todo hermetismo, y conservar el carácter espontáneo en toda su producción que, hecha sin prisa, y por eso sin esfuerzo, fluye, a lo largo de los años, viva, rumorosa, evocadora, con la irrefrenable libertad y la frescura de una corriente natural. Son aguas siempre cristalinas, sensible espejo del mundo, ya corran por el erial de existencias trágicas, la de *la mujer estéril* o la del *pequeño contrahecho*, ya bañen y reflejen jardines luminosos en que la naturaleza remansa su dulzura y su poesía. En sus *Versos* (1920-1938), labor de dos décadas, ese lirismo suyo, sencillo, natural y profundo, canta lo delicado y lo grandioso, lo tierno y lo patético, la naturaleza y la vida humana, iluminada por el amor o herida por la tragedia; la hormiga, la alondra o el ruiseñor, la rosa que eleva su oración, la tierra cansada, los puentes cordiales sobre abismos y corrientes, el amor triste, olvidado o tardío, el pequeño contrahecho o la niña que no habla. En *Juegos de agua* (1947), canta la naturaleza en uno de sus elementos, grande y simple, el agua, de mar, estanque o río, libre o prisionera, fugitiva o estática. Lo trágico y lo patético cede espacio a una poesía más regularmente luminosa y serena, aunque no menos pensativa y cargada de significación. Ejemplo de la eliminación de lo puro y servilmente descriptivo, y del encuentro de lo humano en la naturaleza, es el hermoso poema *Al Almendares*.

Dulce María Loynaz que, en *Jardín* (1951), *novela lírica*, según su propia clasificación, se ha servido de lo novelesco como vehículo de poesía, al par que descubre nuevas posibilidades líricas de la prosa, es, en fin, una gran poetisa por ser sencillamente creadora, por no necesitar de antecedentes, por su emoción insinuante y comunicativa y por la diafanidad, originalidad y riqueza de expresión de la forma, que en ella es espontáneo paralelo de lo bello de la naturaleza, siempre simple y nueva.

Eugenio Florit (1903) es un poeta fino y leve, atraído por la resonancia—emoción y significado—de las cosas. En él, la forma poética posee diamantina pureza y nitidez de perfil. Silenciosa, serenamente

ha ido comunicando su canto interior, a partir de sus 32 *poemas breves* (1927). Ya en la madurez, enriquecida su inspiración por la vida, por el influjo de hombres y libros, lejos de Cuba, ha terminado y dado a luz su colección *Poema mío* (1920-1944), lo mejor de un cuarto de siglo de su entrega a la poesía con caracteres de culto religioso. Poeta nacido para ser siempre esencialmente el mismo, apréciase, sin embargo, en su obra una línea de evolución leve, pausada, pero firmemente desenvuelta. El *Madrigal* o la *Elegía* de sus primeros poemas revelan, bajo la forma personal y moderna, la influencia de modelos clásicos, de un clasicismo despojado ya de fórmulas y prejuicios. El poeta de *Trópico* y de *Campo*, extasiado ante el mundo, en contemplación activa que se traduce en poesía nueva, va creando su propio estilo. El concepto tiene para él importancia similar a la que se le concedía en tiempos de Quedo y de Gracián; pero no, como entonces, por el concepto en sí, sino por el afán de alcanzar el logro poético de fijar cabalmente el contenido emocional del poema. Después el poeta tiende a ahondar en el mundo de posibilidades que se le ensancha con los años, a descubrir, por la vía de la íntima emoción, el verdadero ser de las cosas, a cantar, con nuevo sentido y nueva emoción, asunto de todos los tiempos, como en *La niña nueva*, y a moverse, en interminable avance, hacia el pleno dominio de un estilo que es raro ejemplo de autoperfeccionamiento. Florit es uno de los poetas cubanos más intemporales, menos circunstanciales, y por eso más permanentes en los dominios de la poesía verdaderamente subjetiva, creada en todas partes por artistas excepcionales para selectas minorías.

Exceptuando su ocasional aporte a la poesía folklórica, Emilio Ballagas (1910) ha sido el afortunado y persistente cultivador de un género de poesía pura, formal y esencialmente desasida de lo material, de lo accesorio o circunstancial. Poeta que pudiéramos llamar *espiritual*, como Florit, distínguese por su alejamiento del concepto y por su preferencia que, sin perjuicio del fino cuidado de la forma, lo lleva siempre a la emoción misma, con su primaria y cálida ingenuidad. De este modo, sin modificar, antes bien, reafirmando su personalidad, Ballagas, desde *Júbilo y fuga* (1931) hasta su *Cielo en rebenes* de 20 años después, ha sabido ser, con el mismo acento y la misma emoción, poeta de diversos temas líricos, de estados de alma, de impresiones de la naturaleza, de lo material o de lo histórico trascendido intuitivamente en las cosas concretas, en el paisaje, en el reflejo sentimental de lo que para otro poeta hubiera sido la *patria*, la *tierra nativa* o la *religión*, y que para Ballagas es concreta impresión humana ennoblecida por el halo mágico de la poesía; y a la vez ha sabido ser también artista de

formas diversas, del verso erudito y del ligado a la tradición popular: poeta, en suma, que oculta su arte y desnuda su emoción, ingenuo en el más alto sentido del término, todo frescura, lozanía e inefable espiritualidad.

La intervención consciente del negro, sus sentimientos primitivos y su drama social o puramente humano, en la poesía cubana pertenece a esta época de entreguerra, y se inició y desarrolló rápidamente favorecida por corrientes culturales europeas. Numerosos poetas, aun sin verdadera vocación para lo folklórico, se sintieron atraídos por lo que, siendo antiguo elemento de la realidad social, influía como tema de época. Así nació la llamada *poesía afrocubana* o *mulata*. La nómina de autores es abundante: José Z. Tallet, Alejo Carpentier, Emilio Ballagas, Nicolás Guillén, entre los que lograron realizaciones más expresivas y de valor permanente.

La índole de la poesía afrocubana, la primaria personalidad humana en que se inspira, su híbrida cultura y sus circunstancias, imponen al poema de este género ciertas características fundamentales. El poema afrocubano tiene que reflejar una sicología elemental en un lenguaje sincopado, y con frecuencia oscuramente alusivo. En tales condiciones, la creación poética, para alcanzar relieve artístico, ha de acomodarse a elementos y procedimientos del arte primitivo: sencillez, naturalidad, rigurosa economía verbal, y como consecuencia, ejecución del poema con la necesaria aspiración de que en él se manifiesten los caracteres de lo antológico. Por tal motivo, fué muy breve la producción de cada poeta, de este tema, a veces un solo poema. Tallet dejó ejemplos notables y característicos en *La rumba* y *Quintín Barabona*. De Emilio Ballagas, son la *Elegía de María Belén Chacón* y *Para dormir un negrito*. Pero quien penetró más hondamente en lo afrocubano, y de este motivo concreto suyo elevarse hasta dominar amplios horizontes de lo folklórico fué Nicolás Guillén.

Nicolás Guillén (1904) parte sólo de lo pintoresco de la vida del afrocubano para trazar además con simples y certeros rasgos, de un lado el cuadro irónico de sus contradicciones, y por otra parte, ahondar en la sicología del negro y del mestizo, en el substrato racial de sus costumbres, lo que equivale a abrir la vía que conduce al descubrimiento de un gran drama humano tradicionalmente incomprendido por el arte. Es el caso de *Hay que tener voluntad* y *Tú no sabe inglés* de *Motivos de son* (1930), en relación con *Velorio de Papá Montero* y *Secuestro de la mujer de Antonio*, entre otros, de *Sóngoro Cosongo* (1931). El tema social se cruza ya con el afrocubano en *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937). Pero antes de cerrar el ciclo

afrocubano, para dejar espacio a lo social universal, Guillén, con el dominio de la técnica y el aporte de innovaciones artísticas que le llegaban, entre otras partes, de la España de García Lorca, alcanzó en *West Indies Ltd.* (1934), en poemas como *Balada de los dos abuelos* y *El abuelo*, admirable expresión poética del drama racial. Después lo afrocubano propiamente dicho, en su concreta limitación, en realidad, no desaparece sino que se diluye, como un antecedente, como una aprovechada experiencia poética, en la poesía social, de tema ampliamente humano, a despecho de su determinada intención política, a la que se consagra Guillén. Los temas concretos, pretextos, pudiera decirse, pueden ser España, la Revolución Rusa, la suerte de los hombres de piel oscura de las Antillas, o asuntos insulares cubanos; pero la poesía última de Guillén es esencialmente la misma reacción ante un mundo en que ve y siente al hombre desviado de sus fines naturales y dominado por la injusticia.

Lo social fué tema tratado directamente por algunos de los poetas anteriores, como ya anotamos, al convertirse en prosistas, y de algún modo, en hombres de acción; pero también hubo casos de dedicación a la poesía preocupada por los problemas, desniveles y tendencias de la sociedad, de lo que es buen ejemplo Regino Pedroso (1903), el autor de *Habrà guerra de nuevo*, turbado por los temores de la paz armada que condujo a la Segunda Guerra Mundial, y cantor del obrero en su taller, lo que no le impidió sentirse atraído por la poesía del lejano Oriente, y por la necesidad de renovar humanamente glorias épicas, en su canto a *Bolívar*.

En los años próximos al de 1940, concidiendo con la poesía de evasión de los poetas anteriores, en un ambiente anarquizado por el temor de la guerra presentida y fatalmente desarrollada, por la desorientación ideológica y la inseguridad del arte, comenzó a manifestarse en la poesía un nuevo núcleo generacional, que tuvo por órgano *Verbum* (1937), *Espuela de Plata* (1939), *Nadie Parecía* (1942) y *Orígenes* (1944), en realidad una misma publicación periódica con nombres diferentes. Sus figuras representativas pueden reducirse a las diez que integran la antología (*Diez poetas cubanos*. Antología y notas de Cintio Vitier, 1948) formada por uno de ellos: José Lezama Lima, Angel Gaztelu, Virgilio Piñera, Justo Rodríguez Santos, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Octavio Smith, Fina García Marruz y Lorenzo García Vega.

Si exceptuamos algunas notas personales, el clasicismo sublimado de Gaztelu, algo de la peculiar sensibilidad de Fina García Marruz, la autora de *Las miradas perdidas*, o la torturada fantasía de Virgilio Piñera,

es evidente que el grupo forma una apretada comunidad lírica, que, tras un estilo que se reitera, se aísla y actúa en un mundo de puro arte. Sus creaciones representan el pleno advenimiento y realización de la poesía hermética, el rompimiento de todos los lazos entre la metáfora y la alusión, forma o signo del poema, y la intención, lo pensado, sentido o intuído por el poeta. La poesía, por esta razón, deja de ser arte de minorías, y en realidad, se convierte en arte de iniciados. El individualismo y el esteticismo de los modernistas, y aún de los olvidados vanguardistas, quedan superados como tímidos ensayos de una actitud despreocupada del creador de poesía. Con tales caracteres la crítica, al aproximarse al misterio del hecho poético, intuye, presiente o barrunta, y la esencia y destino del poema permanecen siempre velados por un enigma original de inevitables consecuencias. José Lezama Lima (1912) es, sin duda, orientador y figura capital del grupo, quien, a través de su estilo, descubre su personalidad de gran lírico siempre arrebatado por el vuelo de una poderosa fantasía. Su obra es un avance rectilíneo, sin desviaciones posibles, convencimiento y complacencia de la posesión de un dogma estético, desde *Muerte de Narciso* (1937) hasta *La fijeza* (1949), colecciones de poemas en los que, del primer verso al último, la metáfora y la imagen son siempre disparo del que sólo puede captarse una fuga perenne de impresiones, siempre discutibles, renovables, sublimables.

Alejándose de este ambiente artístico y cultural, y de su interpretación de la poesía, pero afectados en grado y modo muy diferentes por su influencia, en realidad, influencia de una época fluctuante entre el intelectualismo y la mera intuición, coexisten numerosos cultivadores de la lírica, inagrupables por razón de sus múltiples semejanzas y diferencias. Justo Rodríguez Santos (1915) puede servir de enlace entre ellos y el núcleo anterior, como autor de una obra de transición o intermedia, la de sus hermosos sonetos de amor o de sus versos heroicos. Excepciones al frecuente anacronismo de la poesía debida a la mujer, son dos poetisas de obra juvenil en excelente promesa, Carilda Oliver Labra y Rafaela Chacón Nardi, bien orientadas ambas, de acuerdo con sus respectivas aptitudes y el espíritu de la época. A estos nombres, hay que añadir el de Samuel Feijóo, concordante también con su tiempo poético; y se completaría la relación con el de algunos otros autores de obra perdida en publicaciones efímeras o en reducidas ediciones poco difundidas.

Los ejemplos de coexistencia de personalidades diferentes por su temperamento y por su concepción de la poesía, son relativamente numerosos. Silverio Díaz de la Rionda ha trabajado con esmero poemas



CAPITOLIO

CAPITOLIO. Construido en los terrenos de la antigua estación del camino de hierro (Paradero de Villanueva), durante el gobierno del general Machado, el Capitolio Nacional es sin duda el más suntuoso y mejor amueblado de los edificios públicos de La Habana, de toda la Isla. Dos preciosas reliquias históricas ostentan sus majestuosos hemicícllos: la bandera de La Demajagua (salón de sesiones de la Cámara de Representantes), y la bandera, *primus in Cuba*, que trajo Narciso López a Cárdenas (hemicícllo del Senado). En el centro del Salón de los Pasos Perdidos, una estatua colosal de bronce, obra del escultor italiano Angelo Zanelli, simboliza la República. La edificación del Capitolio estuvo a cargo de los arquitectos cubanos Raúl Otero Galarraga, José María Bens Arrarte y Eugenio Rayneri.

El grabado reproduce una impresión fotográfica obtenida por el Ministerio de Obras Públicas, División de Fotografía.

de técnica nueva, aunque alejado de todo hermetismo. Y ascendiendo en la corriente histórica, pueden encontrarse, aguas arriba, figuras en que aun persiste el eco modernista, y ejemplos muy diferentes lo comprueba, casos como el de Leonardo García Fox o el de Mercedes Torrrens de Garmendía. Y aun puede señalarse la anacrónica nota romántico modernista, grata al gran público, la de Galarraga y de Cabrisas, que resuena otra vez en los versos de José Angel Buesa.

En cada momento del proceso de la lírica que hemos esbozado, muchos nombres pudieran añadirse a los que se citan. En cada una de esas etapas, numerosos poetas y versificadores afortunados, sin ser autores de obra amplia y representativa, dejaron pruebas de su labor poética generalmente en periódicos y revistas; aunque, por diferentes motivos, no pudieron desarrollar plenamente sus aptitudes y manifestar una vocación artística persistente.

En síntesis, la visión panorámica de la lírica cubana en la primera mitad del siglo xx permite establecer conclusiones optimistas. Se observa, en primer término, una tendencia progresiva hacia el sincronismo con las grandes corrientes de la poesía europea y americana. A través de un proceso lento, se inicia el avance, que es primero simplemente exploratorio, y andando el tiempo, marcha más acelerada. Siguiendo orientaciones definidas, hacia la consecución de una poesía independizada del poder gravitador de lo vulgar y reiterado que conserva la tradición, sucesivas promociones de poetas van acercándose al ideal de un arte que conjuge el impulso de la personalidad y las tendencias renovadoras de cada época; y al promediar el siglo, parece abrirse un paréntesis, iniciarse una de esas etapas de transición en que, planteados, realizados y reiterados los principios, temas y aspiraciones que constituyen lo actual y lo contemporáneo, parece seguro el advenimiento de un tiempo nuevo.

CAPÍTULO III

LA NOVELA Y EL CUENTO

EL proceso de la narración imaginativa —novela y cuento— es explicablemente menos variado que el de la lírica. En el campo de la literatura de imaginación, el siglo XIX se prolonga mucho más en la centuria que le sigue. La novela romántica sentimental, la histórica y la realista de diversas especies, juntamente con la novela típica del modernismo, predominan y sobreviven, como influencia vigente del pasado, en las tres primeras décadas de producción novelesca del siglo actual. Pero después de 1930, gracias a la obra de escritores atentos a los grandes cambios de la literatura mundial, la novela laboriosa y regularmente pensada y planeada, de estructura arquitectónica, orgánica pudiera decirse, del siglo XIX, comienza a ser sustituida por otro tipo de obra de ficción que se propone reflejar, sin alteraciones literarias, lo anárquico de la vida, su espontáneo fluir y su complejidad, irreductibles a la planificación previa del novelista.

Paralelamente con la disociación de elementos en la obra novelesca, y sin duda por causas tanto literarias como sociales, por la orientación particular de la literatura y por el influjo del espíritu inquieto y la prisa de la época, que afectan al escritor y a sus lectores, se observa el excepcional desarrollo del cuento en casi todas sus posibles especies.

Durante la primera década del siglo, cultivó la novela histórica Luis Rodríguez Embil (1879), y en la siguiente, Emilio Bacardí (1844-1922). Rodríguez Embil, clasificable en la primera generación republicana, cuentista, ensayista y cultivador del género biográfico, redactó en los primeros años del siglo, y publicó en 1910, la novela histórica *La insurrección*. Es una obra en la que lo novelesco se regula y dispone cuidadosamente de conformidad con los principios establecidos por los grandes novelistas del siglo XIX, en particular por los maestros del realismo; pero en ella, de modo indirecto, se nota también la influencia del ideal de corrección, de arte cuidadoso, que impuso y difundió el modernismo. A estas características generales de estilo, se añaden na-

turalmente las propias de la generación cubana a la que pertenece el autor, el fervor patriótico avivado por el recuerdo de hechos históricos recientes, que aun nada contradecía, y en fin, el influjo evidente de la personal sobriedad del novelista. La acción tiene por fondo histórico la última Guerra de Independencia. Se sigue el destino de dos familias de campesinos, a las que envuelve la onda de la guerra emancipadora, juntamente con otros personajes entre los cuales, episódicamente, aparecen los héroes de la lucha, el principal, Antonio Maceo, conductor de la Invasión. Se busca lo típico de un costumbrismo discreto. Abundan las escenas del género, y el paisaje suele adquirir caracteres de estampa tropical. Cubanía, sobriedad, que tiende a la despersonalización, planificación regular son las notas esenciales de la obra, a la que, sin duda, pudo haber mejorado mayor fuerza en el impulso creador y más libertad de ejecución.

Emilio Bacardí llegó a la novela a través de la historia. El aficionado a la investigación del pasado y a la conservación de sus tradiciones y documentos, autor de la *Crónicas de Santiago de Cuba*, fué también el autor de *Vía Crucis* (1910) y *Doña Guiomar* (1916). En ellas, las ideas y el estilo pertenecen a lo más característico del siglo XIX: ideas liberales y arte realista combinado con relieves y complicaciones románticas. En *Vía Crucis*, se presenta el pasado inmediato, al que el autor se siente unido por vivas impresiones. Es la historia dramática de una familia cubana de Oriente durante los tiempos azarosos de la Guerra Grande. El escenario es la ciudad de Santiago de Cuba, los ricos cafetales de los colonizadores franceses en la Sierra Maestra, o los campos y caminos turbados por la insurrección. Lo sobresaliente es la falta de concentración en el relato, la abundancia y diversidad de personajes, entre los que son frecuentes los episódicos con antecedentes en el realismo costumbrista, las notas románticas sentimentales y la falta de preocupación en lo que atañe a la forma. El pasado remoto, puramente documental, es el de *Doña Guiomar*, de ambiente y desarrollo más literariamente artificioso por tal motivo. La sicología de los primeros colonizadores españoles de Oriente, sus costumbres y su medio histórico, constituyen en este caso el tema de Bacardí, desarrollado por éste en circunstancias y con resultados que recuerdan los de Villaverde en *El penitente*. Pero la novela histórica, a pesar de todas estas manifestaciones, carecía de ambiente, y no pudo ofrecer aportes que realmente sintetizaran los valores del género.

La novela social con frecuentes referencias políticas, fué cultivada por Raimundo Cabrera (1852-1923), autor de obra abundante y variada en prosa escrita espontáneamente. Sin ser un verdadero nove-

lista, ni preocuparse por los caracteres distintivos de lo propiamente novelesco, Cabrera publicó muchas páginas en las cuales la novela se combina de algún modo con géneros afines, particularmente memorias, cuentos y relatos breves. Fué el autor de *Cuentos míos*, relatos sencillos de impresiones personales, las que le sirven también para la ejecución de obras más amplias, como sus memorias *Mis buenos tiempos* y *Mis malos tiempos*, entre otras. Pero la novela propiamente dicha está representada en su producción por *Sombras que pasan* (1916), *Ideales* (1918) y *Sombras eternas* (1919). Es autor de estilo llano. En su prosa narrativa, matizada de cierta melancolía en los últimos años, a veces con algo de crónica periodística, hay siempre la recapitulación del pasado por un espíritu reflexivo y observador, tolerante, que gusta también añadir a sus relatos notas de leve ironía.

José Antonio Ramos (1885-1946), espíritu inquieto con vocación para el periodismo y el ensayo, se dedicó a estos géneros y además a la crítica, y escribió novelas y obras de teatro. En las novelas de Ramos, se reflejan sus ideas y su temperamento. En *Humberto Fraga* (1909), *Coaybay* (1927), *Las impurezas de la realidad* (1931) y *Caniquí* (1936), hay intensas preocupaciones ideológicas y ardiente amor a Cuba; pero el propósito del autor, que se convierte en tesis sicológica, política o social, domina los personajes y conduce la ficción, de tal manera, que el escritor y el novelista ceden siempre el paso al hombre de ideas y de preocupaciones, elementos que, con la cubanía de sus temas e ideales, caracterizan su producción novelesca. Ella puede definirse también como la sátira dirigida por un espíritu inconforme, de radical independencia, contra el régimen político de Cuba, en los tiempos coloniales o en los de la República, y contra lo que se estima anacrónico e injusto en la organización social en que lo político se funda.

El modernismo, en Cuba como en toda Hispanoamérica, tendió a crear una novela característica en la que el estilo, y concretamente hablando, la forma externa, adquiere importancia básica. Como novelista, su mejor representante en la literatura cubana fué Jesús Castellanos (1879-1912), prosista y conferenciante de talento múltiple y variada cultura. Escribió cuentos y novelas breves, apuntes novelescos y una obra típica del movimiento artístico de la época, la novela de tesis político-social y esquematizado análisis sicológico, *La conjura* (1908). El nombre anuncia un tema muy familiar a los modernistas: la conjura social de los mediocres contra el hombre superior. En su obra, Castellanos traslada el asunto a Cuba, y lo acomoda a su realidad político-social en la vida de un médico de talento, desinteresado idealista y espíritu libre de prejuicios y preocupaciones, Augusto Román, al

que rodean, y salvo excepciones escasas, desconocen y combaten personajes típicos. Es una novela desarrollada con los caracteres esquemáticos propios del relato breve. Se desenvuelve su trama en la clase media activa e influyente, entre profesionales de la Medicina y del Derecho, profesores y políticos, con algunos tipos populares y escenas domésticas. Cuando su autor murió, mostraba tener posibilidades que la experiencia y la evolución literaria hubieran desarrollado sin duda brillantemente en creaciones de mayor hondura y trascendencia.

La novela social propiamente dicha, de acuerdo con el realismo y el pensamiento liberal del siglo XIX, tuvo su representante más valioso después de 1920 en Carlos Loveira (1882-1928). Hombre del pueblo, en cuya vida múltiple hay años de pobreza, de aventura y de bohemia, de lucha obrera revolucionaria, y finalmente de acomodamiento a la burguesía burocrática, Loveira, con grandes aptitudes para la pintura intencionada de la sociedad, acumuló el copioso y heterogéneo sedimento de lecturas y experiencias en sus obras, escritas rápidamente en la madurez tronchada por la muerte, *Los Inmorales* (1919), *Generales y Doctores* (1920), *Los Ciegos* (1923), *La última lección* (1924) y *Juan Criollo* (1928). El autor suele ser novelista de tesis personal que anima la sátira de tipos y costumbres. Sus propósitos de emancipación ideológica y denuncia más o menos explícita de las injusticias económicas y de la corrupción política, constituyen el impulso que anima y caracteriza su producción. Ataques a los prejuicios morales encuadrados y actuantes en la sociedad, mueven la trama y dominan el ambiente de *Los inmorales*, *Los ciegos* y *La última lección*. En *Generales y doctores* impera más la pintura y la sátira social y política de una colectividad cuyo excluyente dominio usurpan hombres de abolengo militar y letrados con título académico. Pero la obra de concepción más amplia, desgraciadamente frustrada por la precipitación final en su ejecución, es *Juan Criollo*, cuadro de conjunto de la evolución social de Cuba, en la desorientada y penosa transición de la Colonia a los primeros tiempos de la República, en cuyo centro, en la persona del protagonista, tiende a perfilarse, con su sicología externa, su sensualismo, su ingeniosidad, su volubilidad y su abulia, el tipo del cubano que, por considerarse mayoritario, pudiera calificarse de personaje medio, representativo del conjunto social a que pertenece. La vida del protagonista se desarrolla paralelamente al proceso histórico de la sociedad cubana de fines del siglo XIX y comienzos del XX, y de este modo el lector asiste a la subversión y mezcla de clases sociales determinada por el tránsito revolucionario de la Colonia a la República. Los personajes, en gran parte representativos o típicos, abundan, y su número y vitalidad mues-

tran la capacidad creadora del autor; pero a éste lo que importa fundamentalmente es lo social, por lo que puede decirse que el carácter de cada individuo está determinado por la presión de la estructura colectiva, y cada uno es un caso de sicología creado de afuera hacia adentro. Loveira, escritor espontáneo de expresión abundante y pintoresca, de ideas heterogéneas en las que se mezclan socialismo y cierto individualismo anárquico, manifestación de una especie de bohemia del hombre del pueblo, es, en suma, novelista de trazo fuerte y rápido, cuya obra, particularmente *Juan Criollo*, documentación artística de una época, pudo haber sido cabal síntesis representativa del cubano y su medio, si hubiera podido dedicar mayor tiempo y cuidado a su ejecución, al desarrollo de las concepciones y atisbos que en ella abundan.

La novela psicológica, influida por la versión hispánica del naturalismo francés, tuvo en el primer tercio de siglo su mejor representante en Miguel de Carrión (1875-1929), médico, profesor, periodista y autor de novelas de esta clase, cuya audacia impresionó al público y a la crítica conservadora. Iniciada su producción novelesca hacia 1897 con *El milagro* (1903), obra juvenil de innegable impersonalidad, pero también reveladora de vocación definida y aptitudes sobresalientes. Tras un largo paréntesis de experiencias y observaciones, publicó *Las honradas* (1918), y al año siguiente, su continuación *Las impuras*, y trabajó en *La esfinge*, inconclusa e inédita. Al revés de Loveira, para Carrión los personajes valen por su propia psicología, concebida y desarrollada como si el autor mirara de adentro hacia afuera. En este caso, lo social tiene vigencia en cuanto se trasmuta en psicología, en personalidad, en orientación o destino humano. El estilo, por razón de antecedentes literarios, es minuciosamente descriptivo; y la psicología de la mujer, influyente e influida en el dinamismo vital, constituye la especialidad de Carrión. En *Las honradas*, se desenvuelve la vida de una mujer de la clase media, Victoria, como un proceso múltiple, en que lo biológico, lo sociológico y lo moral se combinan bajo la acción de las influencias deformadoras del medio. Se asiste de tal modo al choque dramático entre ilusión y realidad en el alma de la protagonista, y a sus naturales consecuencias, síntesis de una vida femenina típica: el nacer de las ilusiones, su dolorosa frustración en el matrimonio, y su renacer, tras la quiebra sentimental, con el advenimiento de una hija, esperanza, además de amorosa preocupación, ante lo porvenir. Con menos relieve en lo característico de los personajes, el autor traslada los mismos problemas, ideas y procedimientos literarios a un ambiente más influido por lo popular, en *Las impuras*.

Escritores de la segunda generación republicana, Arturo Montori, Jesús J. López, Jesús Masdeu y Félix Soloni, entre otros, publicaron novelas en las que un realismo más o menos avanzado suele combinarse con tesis de crítica y rectificación social. Y hacia 1930, al perfilarse una nueva promoción literaria, insisten en el mismo tipo de novela, con algunas notas nuevas, Ofelia Rodríguez Acosta, autora de *La vida manda* (1929), y Alberto Lamar Schwayer (1902-1942), periodista y ensayista, que dió a la luz *La roca de Patmos* (1932). Mientras que en la primera de dichas obras se tiende más a la representación directa de situaciones y personajes populares que apenas alcanza a penetrar en la clase media, y hay notas de protesta implícita y de reivindicación contra el convencionalismo, en la obra de Lamar Schwayer, situada en clases sociales superiores, parece perdurar el artificio modernista en el esbozo de personajes y ambientes refinados y decadentes y en la frecuente presentación del hedonismo despreocupado propio de una vida sin ideales.

El caso de Luis Felipe Rodríguez (1888-1947), fué el de un novelista en cuyo tratamiento del tema de la tierra nativa actuó, como influencia modificadora, y aun como factor de la composición, la persistente aspiración al ensayo. Fué autor espontáneo inclinado al monólogo mental, de temas y orientaciones que se reiteran sólo con cambios secundarios. Ejemplo culminante en el conjunto de sus cuentos y relatos extensos es *Ciénaga* (1937), novela en la que el pensamiento ensayístico se reviste de las formas propias de la narración imaginativa. Novela y ensayo se confunden en la alegoría de *la ciénaga*, representación del estancamiento y todas las influencias corruptoras que caracterizan la vida sin horizontes de la población rural cubana. Cronológicamente destinado a integrar la segunda generación de escritores de la República, avanzó hasta incorporarse al núcleo juvenil siguiente, en el cual tuvo consideraciones de hermano mayor, en los últimos años turbadas alguna vez por discrepancias ideológicas.

La crisis de la novela, en realidad crisis de la novela específica del siglo XIX, se refleja en Cuba en la obra de Enrique Labrador Ruiz (1902), desde sus primeras producciones *Laberinto* (1933), *Cresival* (1936) y *Anteo* (1941), hasta las últimas, como *Trailer de sueños*, y una de las más discutidas, laureada en certámenes oficiales, *La Sangre Hambrienta* (1950). La crítica conservadora o tradicional tuvo que sentirse desorientada al conocer los relatos de Labrador Ruiz, en los cuales desaparece la acción planificada propia de la novela del siglo XIX. Las audacias del autor alcanzan, no sólo a la presentación de los personajes, su lengua y sus costumbres, sino a la estructura misma de la

obra. Se abandona la organización del mundo novelesco de acuerdo con los designios del novelista, y por el contrario, se hace de cada personaje el centro de una vida que tiende a ser independiente, como en efecto ocurre en la realidad humana. La expresión sincopada y la conducta de obscura motivación de todos los seres del relato, sin previas clasificaciones de orden ético, ideológico o social, producen, en conjunto, la impresión de lo anárquico; pero en esto está precisamente la fidelidad del novelista, auxiliado por una rica imaginación verbal, a la vida tal como es, tal como se manifiesta al observador, cuando entre éste y la realidad no se interponen las exigencias de los prejuicios o de una previa planificación artística. Con esta nueva concepción de lo novelesco, Labrador Ruiz ha incorporado a la literatura de su tiempo la expresión compleja y enigmática del hombre perdido en la entraña del pueblo, y orienta hacia nuevos rumbos la narración imaginativa.

La novela humorística y especies literarias afines están representadas particularmente por Miguel de Marcos (1894), autor de notables aptitudes también para el periodismo, la crónica y el ensayo. A sus relatos coleccionados, *Cuentos nefandos* (1914) y los *Cuentos pantufles* de *Fábulas de la vida apacible* (1943), se añadieron después novelas en las que el escorzo humorístico, psicológico y verbal, matiza las cosas y mueve la fábula. Así, en *Papaíto Mayarí* y *Fotuto* ha dado Miguel de Marcos su versión satírica de la realidad político social de Cuba, labor en la que se manifiesta su humorismo despreocupado, su ingenio y espíritu de observación, y sobre todo, sus recursos expresivos, que, sin temer a lo arbitrario y desconcertante, lo llevan, de la pirueta verbal a definitivos aciertos de expresión, perfiles, retratos, definiciones, animados por el poder de la frase.

Pueden anotarse también los escasos representantes de especies novelescas poco cultivadas, como la novela científica, que atrajo a Juan Manuel Planas (1877), autor de *La corriente del golfo* (1922) y *Flor de manigua* (1926); y últimamente, la novela poemática, de la que es raro ejemplo representativo, *Jardín* (1951) de la poetisa Dulce María Loynaz, *novela lírica*, según la clasificación de la misma autora, y como tal, obra de acción morosa y mínima, que en estilo llano, pero cargado de intención poética y humana, encierra los elementos de muchos poemas y ensayos originales.

Fuera del estricto campo de la novela, siguiendo de lejos las huellas del peruano Ricardo Palma, reconstruyeron tradiciones nacionales o locales, Alvaro de la Iglesia, conocido por sus *Tradiciones cubanas* (1911), *Cuadros viejos* (1915) y *Cosas de antaño* (1918), y Manuel Martínez Moles, que lo fué por sus volúmenes de tradiciones espirituanas.

Iniciados como líricos, dos novelistas, Federico de Ibarzábal (1894) y Enrique Serpa (1898), han mostrado finalmente poseer particulares aptitudes para el cuento y el relato breve. Ibarzábal, así en sus cuentos, por ejemplo, en *Derelictos* (1938), como en su novela de notas líricas y descriptivas *Tam-Tam* (1941), se distingue por el alejamiento de las circunstancias cubanas, presentes en la novela de la época y por acomodarse mejor a los caracteres del relato novelesco breve. Y Serpa, autor de vigorosas narraciones de la vida marítima, como *Contrabando* (1938), de crónicas y otras obras en que se combinan evocaciones y recuerdos de viajes, es un cuentista de labor persistente y variada, coleccionada alguna vez en serie como la de *Felisa y yo* (1937). Autor que evoluciona y supera los antecedentes españoles y franceses de sus primeros tiempos, notable por la concepción y la técnica, puede servir juntamente con Ibarzábal, para enlazar con el cuento la novela propiamente dicha en el movimiento literario de mediados de siglo.

Hecho característico en la evolución de las distintas especies de literatura novelesca cubana del siglo xx ha sido el desarrollo excepcional del cuento, cuyas manifestaciones, por su creciente número y por su calidad en firme proceso de mejoramiento, igualan, y aun superan, las de la novela propiamente dicha.

En los primeros años del siglo, se divulgaron los cuentos de intención filosófica y social, conformes con el estilo del siglo xix, de Esteban Borrero Echeverría; pero, de los cuentistas pertenecientes al siglo xx, precisa mencionar en primer término, así por razones cronológicas como de mérito artístico, a Jesús Castellanos y Alfonso Hernández Catá (1885-1940). Castellanos inició el cuento de estilo modernista, que en sus manos solía transformarse en novela breve o esquema novelesco. Formado y desarrollado fuera de Cuba, en el ambiente literario de Madrid, Hernández Catá dedicó muchos años de persistente actividad al cuento, y fué además autor de novelas que tuvieron público numeroso en España e Hispanoamérica. Su obra como cuentista, recogida en series como las de *Cuentos pasionales* (1907), *Novela erótica* (1909) y *Los frutos ácidos* (1915), así como la parte dispersa en publicaciones diversas, constituye título suficiente para considerar a Hernández Catá como autor de innegable maestría en el dominio de todos los recursos del cuento y de la novela breve. La pasión da ambiente e impulso a sus relatos, y tiende a universalizarlos, a limitar o eliminar en ellos la influencia de circunstancias locales.

Hacia 1930, poderosas influencias de época fijan la orientación y el estilo del cuento, el que se torna con preferencia fuertemente realista, de frecuente contenido social y expresión descarnada y directa.

Entre los autores que primeramente se distinguieron en esta tendencia, está Carlos Montenegro (1900), en cuya producción, *El renuevo* (1929), *Dos Barcos* (1934), *Los héroes* (1941), así como en su novela *Hombres sin mujer* (1938), se reflejan las preocupaciones y vivencias propias de un hombre de su época que, en medio de circunstancias azarosas y disímiles, gastó muchos años de su vida en tierras diversas. Otros cuentistas, como Gerardo del Valle, o como Lino Novás Calvo (1905), aunque nacidos fuera de Cuba, se vinculan a ella por razón de la vida y de la obra. Novás Calvo, sobresaliente por sus aptitudes y por su perseverancia en el esfuerzo literario, autor de abundante obra dispersa y de la reunida con los títulos de *La luna nona* (1942) y *No sé quien soy* (1945), se distingue por su técnica, calificada de cinematográfica, y por su penetrante intención y el arte para el tratamiento tanto de lo ambiental como de lo psicológico.

El realismo revelador de las circunstancias locales ha llevado con frecuencia el cuento a la presentación, más o menos emocionada y dramática, de la vida campesina, y en general, a la incorporación al género, como tema preferido, del hombre del pueblo presionado y oculto bajo la estructura social. Tal es el caso representativo, entre otros muchos, de Dora Alonso (1910), Félix Pita Rodríguez (1909) y Onelio Jorge Cardoso (1914), a pesar de su divergencia, relacionables por su temática y su realismo, ya puramente pintoresco, ya intencionado y trascendente a lo extraliterario.

Lo africano, como a la lírica, tuvo que dar materia y motivo de inspiración al cuento y al relato folklórico. Coincidiendo con el inicio del tema negro, Alejo Carpentier lo utilizó en la novela. Pero su más afortunado tratamiento se realizó después en el cuento, tras numerosos ensayos de selección y fijación artística de mitos y leyendas. Un ejemplo valioso es el de Lydia Cabrera (1900), autora de *Cuentos negros de Cuba* (1940) y *Por qué...* (1948); y con ella puede citarse también a Rómulo Lachatañeré (1910), artista y estudioso de lo afrocubano, al que se debe *O mío Yemayá* (1938) y *Manual de Sante-ría* (1942).

Panorámicamente juzgadas las manifestaciones de la novela y el cuento, dan, en resumen, marcado carácter a la literatura cubana de la primera mitad del siglo xx, la que, en efecto, parece distinguirse, entre otras notas fundamentales, por cierta preferente orientación hacia lo novelesco que con más éxito se concreta en las diferentes especies del relato breve.

CAPÍTULO IV

EL TEATRO, EL ENSAYO, LA CRITICA Y LA PROSA DIDACTICA

RAZONES influyentes en toda Hispanoamérica, y algunas de trascendencia mundial, han determinado el desarrollo dificultoso de la literatura dramática y la creciente crisis de las representaciones teatrales; pero a estos hechos evidentes, precisa añadir también, como fenómeno alentador al promediar el siglo, la insistente preocupación por favorecer el teatro que, gracias al generoso empeño de instituciones privadas, ha permitido la divulgación de obras dramáticas extranjeras, contribuye a la formación de actores y reanima el interés del público.

Explicablemente no han podido existir, sino sólo debido a heroicos esfuerzos de vocación, escritores dramáticos profesionales que no cultivaron el teatro costumbrista y satírico de ambiente local. Los que, sobreponiéndose a las circunstancias, persistieron en dedicarse a empeños dramáticos mayores, llevaron con frecuencia a ellos una personalidad literaria que buscó cauce más libre en otros géneros. Así, Gustavo Sánchez Galarraga refleja su idealismo lírico de poeta romántico modernista en numerosas piezas a las que falta la intensidad y el trabajo reposado; José Antonio Ramos busca a su vez en el teatro vehículo para su espíritu satírico y sus inquietudes ideológicas; y Marcelo Salinas, más propiamente dentro de los caracteres del género, defiende en su obra tesis de protesta y transformación social presentes en su labor novelesca.

Por su dedicación exclusiva y persistente al teatro, merece citarse el caso de Ramón Sánchez de Varona, autor de obras en que, al margen de innovaciones, por diversos caminos, en personajes, estados de alma y situaciones, se busca lo dramático en sí y sus efectos. Como figura similar, por la clase de producción, puede añadirse el nombre de Francisco Meluzá Otero. Y sin duda otros muchos, como Luis A. Baralt, animador además del teatro como formador de actores y director de representaciones. En el teatro musical de mayores aspiraciones se distinguió Eduardo Sánchez de Fuentes. Y comprendiendo la primera

mitad del siglo, en diversas clases y tendencias, pudiera completarse esta nómina informativa con Emilio Bacardí, Eduardo Varela Zequeira, Miguel A. Macau, César Rodríguez Expósito, Roberto Bourbakis, Carlos Felipe, Virgilio Piñera, y con José Cid, autor e historiador del género en Cuba.

Sostenido por el favor del público, vivió por muchos años el teatro costumbrista, de sátira festiva y tipos convencionales, con frecuencia de alusión política, en el que trabajaron con mayor perseverancia y gusto de los espectadores, Federico Villoch, Carlos y Gustavo Robreño.

Desplazado por las producciones cinematográficas, el teatro, sólo una promesa en las letras cubanas aun para el pronóstico más optimista, sobrevive con dificultad, y al promediar el siglo, parece refugiarse, considerado como actividad regular, en el esquema y las adaptaciones del género a la radio trasmisión.

El copioso florecimiento del ensayo es uno de los fenómenos que caracterizan la evolución de la literatura cubana durante la primera mitad del siglo XX. Progreso en el número de manifestaciones del género, después en su calidad, el hecho se convierte, por último, en comunicación del espíritu ensayístico a toda la actividad literaria.

Sin desmentir la libertad ilimitable propia del ensayo, en cuanto a temas y enfoques, los ensayistas cubanos han preferido, como campo de trabajo, el de la crítica literaria o el de las cuestiones político sociales, y alguna vez la disquisición filosófica.

Los grandes prosistas y oradores de la generación finisecular, Piñeyro, Sanguily, y sobre todo, Varona, llegaron alguna vez a las fronteras del género; pero fué notable su influencia en los ensayistas de la segunda y la tercera generación republicana. Varona, en sus breves y reposados artículos periodísticos de su penúltima etapa de evolución, escritos poco antes y poco después de 1900 y reunidos en series tales como *Desde mi Belvedere* y *Violetas y Ortigas*, anima y orienta con espíritu ensayístico sus páginas de prosa diáfana, en las que se combinan la agudeza, la comprensión y la leve ironía, e igualmente suele dar carácter y estructura de ensayo a sus conferencias de asunto literario o histórico, político o social.

Pero el desarrollo consciente del ensayo propiamente dicho se inicia con una nueva promoción literaria hacia 1910. Entonces se distinguen como ensayistas Jesús Castellanos, que prefiere el tema estético o literario, y José Sixto de Sola (1888-1916), el autor de *Pensando en Cuba* (1917), que se preocupa por lo social y político. Luis Rodríguez Embil, en los años de madurez, dió forma ensayística a sus impresiones

del imperio austro-húngaro destruído por la Primera Guerra Mundial en *El Imperio mudo* (1928), y después a una concepción personal, idealista y crítica, de la vida, en *El soñar de Segismundo* (1937). Emilio Gaspar Rodríguez (1889-1939), influído por corrientes filosóficas y literarias del momento modernista, utilizó el tema cervantino para sus primeras producciones, después las referencias a lo griego, y discutió además acerca de lo histórico americano, en *Los conquistadores* (1921). Francisco José Castellanos (1892-1920), muerto prematuramente, dejó en sus páginas sobre Robert L. Stevenson (1917) la promesa de un notable ensayista de tema literario y estético. Fernando Llés cultivó primero el ensayo filosófico en obras inspiradas en ideas de la Grecia clásica, y posteriormente se desvió hacia el tema político social. José Antonio Ramos encontró naturalmente en el ensayo el vehículo más apropiado a sus inquietudes y rebeldías, y unas veces, como en el *Manual del perfecto fulanista* (1916), quiso actuar como sociólogo, y otras, se acercó a la crítica literaria y a la evocación, como en su interpretación de Alfonso Hernández Catá (1944), sin duda el mejor ejemplo de este aspecto de su obra. Luis Felipe Rodríguez fue un novelista atraído siempre por el ensayo. Sus novelas abundan en páginas, y aún largos pasajes, caracterizados por el afán interpretativo y la libre disquisición; pero por excepción, como en *Don Quijote de Hollywood* (1936), abandona la forma novelesca; y, superando barreras cronológicas, se incorpora a la generación que tuvo uno de sus grupos representativos en los ensayistas que iniciaron su producción hacia 1930.

En el transcurso de la tercera década del siglo, concluída la vigencia del modernismo con sus implicaciones de ideario y estilo, se manifiesta en ascenso y domina el campo literario un ensayo renovado, identificado con la época. Jorge Mañach (1898), Juan Marinello (1899) y Francisco Ichaso (1900), vinculados inicialmente por esfuerzos comunes, como el de la *Revista de Avance* y sus proyecciones, aunque separados después en la literatura y en la vida, son ejemplos representativos. Y no debe olvidarse en esta ocasión, como hecho de trascendencia histórica, el descubrimiento y adecuada apreciación de la personalidad humana y artística de Martí, eclipsada hasta entonces por el resplandor de su leyenda heroica. En lo literario, la influencia martiana, gracias al esfuerzo interpretativo de escritores de la época, comienza a actuar en el orden de las ideas así como en el del estilo. Jorge Mañach, esencialmente ensayista, conserva este carácter en los demás aspectos de su obra, periodismo, crítica y oratoria. Su incorporación a la literatura

se realizó a través del periodismo, en el comentario múltiple de la actualidad. Reflejo de aquella actividad juvenil fué su *Glosario* (1924). Sus primeras incursiones en lo ensayístico tienen por motivación la crítica de arte, como su estudio de Goya (1928), o la problemática social de Cuba, la crisis de la alta cultura o la indagación del choteo (1928). Biógrafo de Martí (1933), autor de panoramas histórico críticos, de la cultura en Cuba, como *Historia y estilo* (1944), político ocasional, profesor universitario de materia filosófica, Mañach, presionado por las circunstancias, ha dispersado su incesante actividad en el periodismo de temas innumerables. Es un escritor que vale, en primer término, por razones de orden estilístico. De sus rebeldías juveniles, que superaron el plano artístico, conservó cierto espíritu iconoclasta y la independencia de criterio, caracteres compatibles en él con la tolerancia, que a veces le sirve de vía y justificación para notables desplazamientos del criterio, sin duda contrarios al afianzamiento de la personalidad y a la íntima y vital humanidad de su obra. Ichaso, ensayista, periodista y crítico, es otro caso, aún más acentuado, de multiplicidad de temas y actitudes. Es menos intelectualizado que Mañach. Su especialidad, que lo caracteriza, es el juego imaginativo de la frase en torno a ideas esencialmente conservadoras que se combinan con soluciones eclécticas y procedimientos propios de tendencias liberales. Más que en sus páginas dedicadas al esclarecimiento del arte de Góngora y de Lope de Vega, y en otras similares, se manifiesta la índole y el estilo del ensayista ya en obras de amplio desarrollo como *Defensa del Hombre* (1937), ya en multitud de artículos, disertaciones y conferencias de variadísimo asunto. Marinello es, en síntesis, un escritor imaginativo y sentimental, cuya expresión caudalosa, puesta al servicio de un riguroso ideario político social, se adapta a la dialéctica de éste y a sus exigencias de estilo. Poeta lírico y crítico literario, en su inicio, Marinello tiene en el ensayo el campo propio de su vocación y aptitudes, y ha utilizado también la oratoria y lo oratorio como vehículo de ideas. Ha sido intérprete de Martí, crítico literario de autores hispanoamericanos, y renovador, de acuerdo con sus ideas, de temas históricos y literarios, como el de lo español, en diferentes situaciones, o el significado político y humano de Martí o de Maceo en el proceso histórico de Cuba. En su última fase, es típico representante de la literatura de compromiso, en este caso al servicio de los principios marxistas.

Sin perjuicio de lo personal de las reacciones, se evidencia la nota ensayística común que relaciona a los escritores más representativos de la pasada entreguerra, así como su coincidencia de evolución que los

lleva de lo literario a lo social y político. Con respecto a esto último, hay algunas excepciones. Como ejemplo notable, podría citarse a José de la Luz León (1892), periodista, diplomático y ensayista de tema literario, intérprete de Varona, de Benjamín Constant y de Amiel, con marcada inclinación hacia el estilo ligero de la crónica.

Considerada la crítica literaria en sí misma, nótase en ella una evolución de pensamiento y estilo cuyas etapas coinciden con la aparición y desarrollo de los sucesivos grupos generacionales. Después de la crítica finisecular de Piñeyro, Sanguily y Varona, a la que puede adscribirse la de José de Armas y Cárdenas (*Justo de Lara*) (1866-1919), y la menos abundante de Rafael Montoro (1852-1933), crítica de pretensión científica y de estilo con frecuentes concesiones a lo oratorio, exceptuando naturalmente el caso de Varona, el género no recibe nuevos impulsos hasta la aparición de los hombres de 1910, influidos por las ideas y el arte del modernismo en su postrer momento. Desde entonces, la marcha de la crítica se caracteriza por su orientación hacia alguna forma de impresionismo. Los críticos han desplegado su actividad en la investigación erudita o en el comentario de la actualidad literaria, y su manifestación ha fluctuado entre el ensayo, la monografía y el artículo periodístico.

La labor literaria de Medardo Vitier (1886), abundante y valiosa, se comparte entre ensayo y monografía, periodismo y oratoria académica. Partió de lo literario, y sin abandonarlo nunca, se ha interesado después por cuestiones filosóficas, de educación y de historia de la cultura. Es escritor de estilo sobrio, con frecuencia inclinado a cierto giro oratorio pausado y solemne. Especializa en la exposición magistral de los grandes temas; su obra se forma siguiendo un proceso de acumulación y sedimentación de ideas; su pensamiento, demasiado cauteloso casi siempre, avanza entre prevenciones y reservas. Ha insistido en el estudio de grandes autores como Martí, Ortega y Gasset, Luz y Caballero y otras grandes figuras del siglo XIX, y muy especialmente en Varona. Parte de esta labor está reunida en sus *Apuntaciones literarias* (1935), *Las ideas en Cuba* (1938) y *Del ensayo americano* (1945), bien perfilada síntesis crítica de grandes prosistas hispanoamericanos que trabajaron en el campo del ensayo o cerca de él. Al margen de cuestiones polémicas y de innovaciones radicales, la tolerancia, compatible en él con la persistencia de criterios básicos, ha permitido a Vitier, hombre de la segunda generación republicana, coexistir sin contrastes violentos con promociones literarias posteriores.

Félix Lizaso (1891) es un ejemplo de laboriosidad persistente y regular y de fidelidad a ciertos temas. Sus trabajos suelen fluctuar entre

el ensayo, la monografía y el artículo periodístico. Su obra como biógrafo, comentarista e intérprete de Martí, es extensísima. En colaboración con José A. Fernández de Castro, publicó una antología ejemplar, *La poesía moderna en Cuba* (1926). Con un volumen que vio la luz en 1938, inició su estudio y selección de *Ensayistas contemporáneos* de Cuba. Su compañero de labores, José A. Fernández de Castro (1897-1951) publicó esporádicamente obras interesantes y valiosas para el estudio de las letras hispanoamericanas, y particularmente para el de las de Cuba. Fué investigador paciente y observador erudito y sagaz, muy influido, sin embargo, por sus ideas de un liberalismo radical. A él se deben ensayos y monografías, terminados o iniciados, y numerosos artículos sobre Saco, Luz, del Monte y otros temas cubanos, hispanoamericanos o españoles del siglo XIX; *Medio siglo de historia colonial de Cuba* (1923); y la ya citada antología de la poesía moderna en Cuba en colaboración con Félix Lizaso.

Crítico, erudito y animador de la cultura, de obra realizada sin prisa y sin tregua, es José María Chacón y Calvo (1893). Su labor comprende crítica e investigación, literatura, historia y folklore. Después de sus *Orígenes de la poesía en Cuba* (1913) y otros ensayos y Conferencias coleccionados en *Literatura cubana* (1922), ahondó con perseverante empeño en el estudio de Heredia, la Avellaneda, Zenea, y de casi todos los grandes prosistas y poetas de Cuba en el pasado siglo. Inspirado en el ejemplo de Menéndez y Pelayo, formó la breve y útil antología *Las cien mejores poesías cubanas* (1922). Después de una etapa en la que parecía desviar su investigación hacia el tema de la colonización española en América, de regreso a lo literario, ha dedicado numerosos artículos, ensayos y conferencias a la crítica de las letras en lengua española. Su criterio es amplio, sin abjurar nunca de sus propias ideas orientadoras, matizadas de sobrio sentimentalismo y espiritualidad; y su forma permanece fiel a las normas de un atemperado clasicismo.

Juan J. Remos (1896), profesor, conferenciante e historiador de las letras cubanas, se destaca por su obra muy extensa y variada que, además de asuntos relativos a estética y música, comprende todo el campo de la literatura en lengua española. Se distingue por la amplitud de su criterio, y por su estilo fácil, que a menudo refleja la vocación oratoria. Su *Historia de la Literatura Cubana* (1945) contiene la más copiosa información biográfica y bibliográfica acerca del proceso general de la cultura, y en particular de la literatura, en Cuba, y las orientaciones básicas para el estudio panorámico completo de la materia. Salvador Salazar (1892-1950), desde la cátedra universitaria, así

como en conferencias, discursos y otros trabajos, se mostró como estudioso y divulgador de la historia literaria de Cuba y de España, a la que dedicó además tratados generales utilizados en la enseñanza de la materia. De vocación y particulares aptitudes de periodista, Antonio Iraizoz (1890) ha examinado, con información abundante y espíritu inquieto, autores, obras y tendencias de la literatura cubana, y con frecuencia, como al estudiar a Piñeyro o a Martí, entre otros casos, ha rectificado datos y puntos de vista, y ha ofrecido nuevos juicios y planteamientos. En la obra literaria de Rafael Esténger (1899), concentrada en el periodismo de actualidad, hay labor de crítico independiente, que se refleja en artículos, ensayos y biografías, y en alguna obra de conjunto, como en *Cien de las mejores poesías cubanas* (1943). A Salvador Bueno, se debe un notable panorama informativo y crítico, *Medio Siglo de Literatura Cubana*, (1902-1952); y a Anita Arroyo, una personal y valiosa interpretación de Sor Juana Inés de la Cruz.

Entre los autores que más decididamente se concretaron al campo de la prosa didáctica, y que como tratadistas, o en conferencias o monografías, desarrollaron temas científicos diversos, precisa mencionar al naturalista Carlos de la Torre (1858-1951) y a los educadores Alfredo M. Aguayo (1866-1948) y Arturo Echemendía (1880-1934).

En las ciencias sociales, en derecho, antropología e historia, Fernando Ortiz (1881) es autor de una producción variada y extensa. El firme encadenamiento de las ideas, la abundancia e importancia de los datos y lo preciso de la planificación, hacen fluctuar sus trabajos entre el ensayo y la monografía. Son fundamentales sus estudios acerca de la cultura afrocubana, *Los negros brujos* (1906), *Los negros esclavos* (1916), *Glosario de afronegrismos* (1924) y otros muchos acerca de arte, religión y costumbres de africanos e indios de las Antillas y Centro América. Su lista bibliográfica comprende títulos acerca de cubanismos, como su *Catauro de cubanismos* (1923); cuestiones sociales, como *La decadencia cubana* (1924); temas económicos como el del tabaco y el del azúcar; antropología, y particularmente discusión y nuevo planteamiento de problemas étnicos. En campo más cercano a lo propiamente literario, sobresale por sus estudios históricos, alguno de los cuales aparece en la inconclusa y muy valiosa *Colección de Libros cubanos*, publicada bajo su dirección. Es, en resumen, un polígrafo de pensamiento vigoroso y agudo en cuya prosa se aúnan, con la claridad y energía, sobria elegancia, y alguna vez la nota viva de lo popular y lo folklórico, y el toque humorístico.

Manuel F. Gran (1893) es en este proceso histórico caso excepcional del hombre de ciencia con buen gusto, cultura variada y personal estilo literario, aptitudes caracterizadoras que suele manifestar con brillantez en ensayos y conferencias.

En lo estrictamente didáctico, merecen ser recordados los estudios lexicográficos de Alfredo Zayas y los de Juan M. Dihigo; en los gramaticales los de José A. Rodríguez García y de Miguel Garmendía; y en los de sociología, el tratado fundamental de Roberto Agramonte, profesor y conferenciante de sólida formación y sereno juicio; a Elías Entralgo, erudito y personal en numerosos estudios sociológicos e históricos; y Aurelio Boza Masvidal, acucioso historiador de la literatura italiana.

El comprobado desarrollo del ensayo es, pues, uno de los hechos fundamentales que caracterizan el proceso histórico literario de Cuba en la primera mitad del siglo, y explica además, en virtud de causas no ajenas al mismo, la proyección del espíritu ensayístico a otros géneros o manifestaciones de la literatura.

CAPÍTULO V

LA HISTORIA, LA BIOGRAFIA Y LA ERUDICION HISTORICA. LA ORATORIA Y EL PERIODISMO. SINOPSIS

EL estudio, crítica y valoración del pasado nacional ha motivado medio siglo de creciente actividad en el campo de lo histórico. Se observa, en este período, el aumento de historiadores, biógrafos, eruditos y antólogos, y también el mejoramiento de la calidad de muchas de sus producciones.

En las primeras décadas, la literatura histórica no puede abandonar el carácter de panegírico, y el estilo tiende a ser, salvo casos de excesiva llaneza por razones didácticas, acentuadamente oratorio; pero, con la perspectiva del tiempo y la evolución de las ideas y del gusto literario, la ponderación crítica y la sobria elegancia de expresión tienden a imponerse como definidos ideales de las diversas manifestaciones de la historia.

Vidal Morales (1848-1904), el autor de *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana* (1901), puso su abundante erudición y su buen juicio al servicio de una obra de esclarecimiento y fijación de la historia política de Cuba en el siglo XIX. Enrique Collazo (1848-1921) cultivó la historia en casos como el de *Cuba heroica* (1912) y *Cuba independiente* (1900), combinando el relato directo de los hechos con recuerdos, impresiones y juicios personales de actor o testigo de los sucesos. Con el optimismo general, contrasta alguna obra de excepción, como *Cuba y su evolución colonial* (1907), de Francisco Figueras, fría revisión del pasado fundada en la estadística y en apreciaciones ajenas a la emoción patriótica de la época. A Luis Estévez y Romero (1849-1909) hay que anotar el esfuerzo de documentación y exposición de *Desde el Zanjón hasta Baire* (1899) y el de *Tiempos pasados* (1906); y a Fernando Figueredo (1846-1929), el de *La revolución de Yara* (1902).

A veces lo histórico se manifiesta en crónicas, anales y apuntes de diverso género, y hay ejemplos de laboriosidad e interés en la materia, como el de Emilio Bacardí en sus *Crónicas de Santiago de Cuba* (1908);

y aún casos de acierto en el relato y en la evocación, como el de José Miró Argenter (1852-1925) en sus *Crónicas de la guerra* (1909), escritor espontáneo que logra superar a muchos profesionales del género.

El pasado político reciente fué el tema de Rafael Martínez Ortiz (1859-1931) en *Cuba: los primeros años de independencia* (1911). Manuel Márquez Sterling (1872-1934), excelente periodista, además de sus trabajos como historiador de la diplomacia y de la llamada Enmienda Platt, discutió las teorías y métodos de la historia en una obra de madurez muy apreciable, *En torno a la Heurística* (1929). Evelio Rodríguez Lendíán (1860-1939), profesor universitario y orador grandilocuente, y Francisco de Paula Coronado (1870-1946), erudito y bibliófilo de felicísima memoria, reflejaron sus dotes respectivas en algunos prólogos, conferencias y monografías. Antonio L. Valverde (1867-1951), cultivador de la escueta biografía documental, a veces fundándose en nuevos aportes de investigación, rectifica juicios generalmente aceptados como el de la personalidad histórica del poeta Zenea, casi similar al de Roque Garrigó (1876-1937). Y Francisco González del Valle (1881-1942), laborioso, bien informado y de firme sentido crítico, esclareció, completó y rectificó juicios y datos fundamentales acerca de figuras y aspectos del siglo XIX, y terminó obras muy útiles como su *Cronología hereditaria* (1938), cuantiosa acumulación de materiales biográficos y bibliográficos acerca de Heredia.

Ultimamente un grupo numeroso de autores se ha distinguido por su labor sistemática en el campo de la historia, por la buena utilización de las fuentes y la equilibrada crítica. Ramiro Guerra (1881) es autor de una obra extensa y valiosa, en parte de historia general, como su *Historia de Cuba*, iniciada en 1925 y aun inconclusa, o como su *Manual de Historia de Cuba* (1938), y en parte integrada por notables monografías dedicadas al estudio de temas particulares de historia de la economía o de la educación, como *Azúcar y población en las Antillas* (1927), o al panorama de una época, como *Un cuarto de siglo de evolución cubana* (1924). Emeterio S. Santovenia (1889) es otro historiador de excepcional laboriosidad. Es autor de numerosos estudios de historia local o regional, como los dedicados a Mantua o a Pinar del Río; de una inconclusa *Historia de Cuba* (1939); y de numerosas monografías y obras de divulgación, estas últimas orientadas a la exaltación de ideales de moral y patriotismo; y ha trabajado también en la biografía de personajes ilustres de la historia americana, como Martí, Lincoln o Sarmiento. Joaquín Llaverías (1875), archivero e historiador, ha clasificado y utilizado, en numerosas publicaciones, copiosa documentación relativa a diversos temas de historia política, biografía y

bibliografía. Gerardo Castellanos (1879) ha querido ser un patriota dedicado a la evocación sentimental y al recuento de la historia. Muy abundante es la producción de Enrique Gay Calbó (1889), realizada perseverantemente con criterio de historiador de austeras ideas liberales, estudioso de figuras representativas del siglo XIX cubano, como Arango y Varela, de cuestiones internacionales y del panorama de la cultura en Cuba. La obra de Emilio Roig de Leuchsenring (1889) forma extensa lista bibliográfica. Ha sido evocador de las costumbres pasadas, investigador de la historia habanera, y estudioso especializado en ciertos temas jurídicos o históricos, como las relaciones internacionales entre los Estados Unidos e Hispanoamérica, la dominación inglesa en Cuba, la labor de Martí y los orígenes del periodismo. Herminio Portell Vilá (1901), biógrafo de Narciso López, profesor y periodista de tema histórico o político, es el autor de una extensa y documentada historia de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. La historia ha sido cultivada, en fin, monográficamente por Calixto Masó, por José Manuel Pérez Cabrera (1901), nombres a los que pueden añadirse el de Fernando Portuondo, Armando y Antonio Alvarez Pedroso, Leví Marrero y Edilberto Marbán, la mayoría de ellos autores de obras didácticas.

La biografía ha tenido especial desarrollo en los últimos años, y en general, se ha elevado la calidad de sus manifestaciones. Los personajes preferidos han sido las grandes figuras de la historia política nacional, Martí, Maceo y Gómez, en primer término.

Los biógrafos de Martí forman ya un grupo numeroso. Editadas las obras de Martí primero por Gonzalo de Quesada y Aróstegui, y después por Gonzalo de Quesada Miranda y por M. Isidro Méndez, la biografía martiana ha tenido en los dos últimos muy afortunados y perseverantes trabajadores. Félix Lizaso ha dado a su biografía de Martí acento de profunda devoción, casi religiosa, y orientación similar caracteriza a la de Luis Rodríguez Embil, mientras que la misma materia en manos de Jorge Mañach, alejándose de la preocupación documental, adquiere caracteres artísticos por la eficacia del estilo. La vida y la obra martianas, estudiadas y divulgadas también por los hermanos Carbonell y por Arturo R. de Carricarte, han tenido otros muchos expositores, y mención particular merecen Blanca Zacharie de Baralt por su sencillo e ingenuo relato *El Martí que yo conocí* (1945), y Néstor Carbonell, por su vida de Martí (1951), redactada en estilo autobiográfico.

En la biografía de Maceo se han distinguido Leonardo Griñán Peralta y Leopoldo Horrego Estuch; Benigno Souza y Ramón Infiesta,

en la de Máximo Gómez; en la de Céspedes, René Lufriú, Miguel Angel Carbonell y Herminio Portell Vilá; Federico Córdova en la de Saco; Francisco Ponte y Domínguez, en la de Arango y Parreño; Pánfilo D. Camacho, en la de varios personajes ilustres del siglo XIX; y Roberto Agramonte ha dedicado a la vida y a la obra del P. Caballero un libro muy valioso. Y en general, nótese muy apreciable progreso artístico en la copiosa producción de carácter biográfico.

Para el estudio particular de la poesía, se formaron varias antologías, muy diferentes por su carácter y utilidad para la crítica. En 1904, se publicó *Arpas Cubanas*, en que se confunden autores de tendencias y épocas distintas; y en 1926 apareció *La poesía moderna en Cuba*, de Félix Lizaso y José A. Fernández de Castro, realizada con preciso y acertado criterio histórico y útil información biográfica y bibliográfica. En 1936, amparada con el nombre de Juan Ramón Jiménez, vió la luz otra colección representativa de la obra de poetas muy diferentes. Notables por el acierto crítico de la selección, y por sus notas complementarias, son *Las Cien mejores poesías cubanas*, de J. M. Chacón y Calvo; *Cien de las mejores poesías cubanas*, de Rafael Esténger; y de Cintio Vitier, *Diez poetas cubanos*, que recoge ejemplos de la última generación de la lírica; y las antologías de la poesía afrocubana de Ramón Guirao y de Emilio Ballagas.

En 1928, aparecieron los volúmenes de la *Evolución de la cultura cubana*, por José Manuel Carbonell, obra que, por su extensión, rebasa los naturales límites de lo antológico. Es una vasta compilación de obras y fragmentos representativos de la literatura cubana, acompañados de información complementaria biográfica y bibliográfica.

La erudición histórica tuvo sus figuras más representativas en Vidal Morales, Domingo Figarola Caneda y Francisco de Paula Coronado. Figarola Caneda (1852-1925), erudito y bibliógrafo, autor de numerosos trabajos de su especialidad, lo fué de un diccionario de seudónimos; y José Augusto Escoto coleccionó documentos, que utilizó y en parte publicó.

Por último, la bibliografía ha tenido, entre sus cultivadores de obras más amplia, a Carlos M. Trelles, autor de la *Bibliografía cubana*, general y especial; y Fermín Peraza, entre los bibliógrafos posteriores, que ha dedicado sus trabajos a autores y publicaciones periódicas notables.

En resumen, a despecho de cierta desproporción entre la cantidad y la calidad de las diversas manifestaciones del género histórico, se nota en éste firme progreso, particularmente en algunas de sus especies, como la biografía.

Al comenzar el siglo xx, la generación vigente, aparecida y triunfante a fines de la centuria anterior, tendía a imponer su carácter polémico y oratorio a la literatura, y como consecuencia los géneros preferentemente cultivados tenían que ser la oratoria y el periodismo, y aun puede decirse que la nota oratoria o periodística trascendía a las demás manifestaciones literarias.

Posteriormente, por influjo de la política, desarrollado hasta el exceso en todos los órdenes de la vida nacional, la oratoria y el periodismo, convertidos, con escasas excepciones, en vehículos de propaganda, a despecho de su desarrollo en cantidad e influencia efímera, fueron perdiendo los valores que determinan la calidad literaria.

De la generación finisecular, continuaron deplegando sus actividades oratorias, y ejerciendo su influencia desde la tribuna, oradores políticos y académicos antes divididos en revolucionarios y autonomistas, como Rafael Montoro, Manuel Sanguily y Enrique José Varona. En los primeros tiempos de la República, la oratoria política tuvo figura representativa en Alfredo Zayas, apegado al estilo abundante y florido de ascendencia española. José Antonio González Lanuza, que fué orador político, académico y forense, se distinguió siempre por la precisión y solidez de las ideas y por la sobria elegancia de la forma. Mariano Aramburo fué notable orador académico, especializado en lo literario y en lo jurídico. Y Antonio Sánchez de Bustamante (1865-1951), cuyos discursos desarrollaban también temas de literatura, historia o derecho, gozó de máxima notoriedad por razón de la forma que evocaba el trabajado perfil parnasiano. Mario García Kohly (1876-1935) cultivó la oratoria de sonoridades y período amplio, caracteres que distinguen a su vez a la de José Manuel Cortina (1880). El género tuvo finalmente figuras típicas de lo que fué durante las primeras décadas del siglo, en los hermanos Carbonell. José Manuel Carbonell (1880) utilizó la tribuna tanto para empresas políticas como para el tratamiento de temas históricos y literarios, y su palabra se distinguió siempre por su lirismo romántico e idealizador. Néstor Carbonell (1884), biógrafo de Martí, dió a sus discursos carácter sentimental, y escogió como tema el patriótico. Miguel Angel Carbonell (1894), periodista, ensayista preocupado por la situación de los pueblos americanos y sus mutuas relaciones, es orador de grandes auditorios, y con tal carácter se ha distinguido lo mismo en la oratoria política que en la académica. Sus temas han sido muy diversos; aunque en los últimos tiempos, ha utilizado la tribuna preferentemente para la exaltación apasionada de hombres y hechos significativos de la historia nacional.

Otros nombres pueden citarse relacionados casi exclusivamente con la oratoria académica. Jesús Castellanos prefirió la conferencia para el despliegue de temas e ideales de su generación, conservó siempre espíritu y carácter de ensayista, y fué, por tanto, orador de minorías cultas. Fernando Ortiz refleja en la tribuna su carácter de gran polígrafo de pensamiento preciso y vigoroso y de forma sobria y enérgica, aligerada a veces por la nota de humor, o trascendida por las proyecciones revolucionarias del criterio personal. Medardo Vitier, todo ordenamiento, elegante sobriedad y cautela, combina en su oratoria el acomodamiento a la cultura de públicos numerosos y heterogéneos con el estudio de problemas sociales, filosóficos o literarios propios de minorías letradas. Y a partir de la generación de la pasada entreguerra, han sido los más notables oradores académicos los ensayistas de la época, en cuya palabra tiende a confundirse lo académico o de selección y lo popular.

La oratoria forense fué perdiendo posibilidades e importancia después de haber tenido figuras representativas como José Antolín del Cueto, Enrique Roig, Felipe González Sarraín y Enrique Lavedán, entre otros muchos.

La decadencia evidente de la oratoria inspirada en los modelos típicos del siglo XIX, a partir de la tercera década del siglo actual, no significa, en resumen, sino una crisis que produce la transformación del estilo oratorio y su necesario acomodamiento a nuevas circunstancias, especialmente a las exigencias de la radio transmisión, en la cual desaparece el público con su presión inmediata y queda sustituido por un auditorio lejano e indefinidamente heterogéneo. El resultado de tales cambios, puesto aparte naturalmente el caso permanente de la oratoria académica, ha sido desfavorable, en términos generales, para los valores literarios del discurso, y por desgracia también para sus proyecciones morales en la colectividad.

Circunstancias y reacciones similares a las anotadas en la evolución de la oratoria se manifiestan en la historia del periodismo. Este último presenta sus tres aspectos fundamentales: comentario e información de actualidad, periodismo político propiamente dicho y periodismo literario, influidas todas estas especies por la aparición de la radio transmisión y la televisión.

Caracterizado el periodismo propiamente dicho por la reacción inmediata, información y comentario vivo, ante la actualidad, el número de sus representantes se reduce; pero la calidad de los mismos es suficiente para dar alto relieve literario a su producción. Superando las circunstancias desfavorables del diarismo, fueron excelentes periodistas en las primeras décadas del siglo Eduardo Dolz (1856-1923), Gastón

Mora (1861-1938), Juan Gualberto Gómez (1854-1933) y Manuel Márquez Sterling; y posteriormente José Ignacio Rivero (1895-1944), cuyo estilo, llano, impresionante y enérgico, se alteró en los últimos años por la acritud y la excesiva parcialidad ideológica; Ramón Vascancelos (1890), notable por su maestría en lo panfletario; y Sergio Carbó (1892), apreciado por la forma periodística de sus artículos políticos.

Conservando carácter periodístico, pero combinado éste con temática y estilo literarios, pueden citarse nombres como los de Jorge Mañach, Francisco Ichaso, Juan Marinello y Raúl Roa (1909), este último de estilo nervioso y agudo e independencia ideológica; los demás, ligados a tendencias políticas ocasionales o persistentes, y de más acentuado estilo ensayístico.

El diarismo ha estado representado por múltiples publicaciones de vida efímera y por algunas que lograron asegurar permanencia. Entre estas últimas, y como las más influyentes, pueden citarse sucesivamente el centenario *Diario de la Marina* (1832), sometido a una política extremadamente conservadora y de hechos consumados; *La Lucha* (1885), *La Discusión* (1882), *El Mundo* (1901), *La Noche* (1912); el *Heraldo de Cuba* (1913), de particular significación política y literaria; *La Prensa* (1914), de información; *La Nación* (1916); *El País* (1923), exclusivamente informativo y político; y *El Siglo* (1936), de publicación poco frecuente e ideas conservadoras. En provincias, vieron la luz, en Camagüey, *El Camagüeyano* (1900); *El Cubano Libre* (1904) y el *Diario de Cuba* (1917) en Santiago de Cuba; y *La Correspondencia* (1925) en Cienfuegos.

Publicaciones periódicas, especialmente revistas, tuvieron que ser siempre los órganos de expresión y de enlace de autores en el proceso de la literatura cubana, de tal manera que algunas generaciones y algunos autores aparecen vinculados a una revista que es como su símbolo. Al comenzar el siglo, se publicaba *El Fígaro* (1895), animado en sus dos épocas por Ramón A. Catalá (1866-1941); y en los años siguientes, reflejando el paso de sucesivas generaciones, aparecieron y tuvieron vida casi siempre poco duradera *Cuba y América*, iniciada en 1899; *Azul y Rojo* (1902), *Letras* (1904), *Bohemia* (1908), que perdura y se transforma en semanario de actualidad preferentemente política; *Cuba Contemporánea* (1913), órgano representativo de la segunda generación republicana; *Renacimiento* (1915); *Social* (1916); *Gráfico* (1917); *Carteles* (1919), que también perdura con carácter informativo y tendencias políticas conservadoras; *Revista de Avance* (1927), a la que se vinculan los escritores representativos de la pasada

entreguerra; *Ideas* (1929), animada por el Profesor Juan J. Remos; *Espuela de Plata* (1939), *Nadie parecía* (1942) y *Orígenes* (1944), nombres sucesivos de una misma publicación que expresa el arte y las ideas del grupo generacional de líricos y ensayistas de la última década. A las anteriores, hay que añadir las revistas de instituciones oficiales o privadas, que recogen trabajos de erudición y crítica casi exclusivamente, como la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* (1905); *Revista de la Biblioteca Nacional* (1909); *Revista Bimestre Cubana* (1910), que reproducía el nombre y el ejemplo de la publicación famosa dirigida por José Antonio Saco en el siglo anterior; *Universidad de La Habana* (1929), y la *Revista Cubana* (1935), órgano de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, cuya publicación se debió a los esfuerzos de José M. Chacón y Calvo, eficazmente auxiliado por Félix Lizaso. En provincias vieron la luz también revistas literarias como la *Revista de Oriente*, que se debió a Primitivo Cordero Leiva, y *Archipiélago* (1928) de Max Henríquez Ureña, ambas de Santiago de Cuba; y *Orto* (1920) de Juan F. Sariol, en Manzanillo. El comentario festivo de la actualidad política dió vida a semanarios populares como *La Política Cómica* (1894), de Ricardo de la Torriente; *La Semana* (1925), de Sergio Carbó, *Zig-Zag* (1938) y otros.

Actuaron en el desarrollo de la cultura, y han sostenido publicaciones algunas entidades oficiales o privadas, como las Academias Nacionales de Artes y Letras, de la Historia, de Ciencias, y la más reciente, la de la Lengua, correspondiente de la Academia Española; el Ateneo de La Habana; la Institución Hispanocubana de Cultura, y la sociedad de mujeres Lyceum Lawn Tennis Club, y la Universidad del Aire, que colecciona y publica sus conferencias.

En términos generales, es evidente el desarrollo numérico de las manifestaciones de la oratoria y el periodismo; pero al mismo tiempo, progresivamente vinculados ambos géneros a la literatura de propaganda, e influídos por la aparición de la radio y la televisión, los valores literarios tienden a ser desplazados cada vez más por el efectismo y todos los recursos que conducen de modo exclusivo a la conquista del veleidoso y heterogéneo *gran público*.

Observado el panorama que acaba de esbozarse con objetivo espíritu de síntesis, se derivan sin esfuerzo conclusiones que, si no al franco optimismo, conducen al reconocimiento y comprobación de posibilidades favorables.

En primer término, tiene que consignarse la necesidad de juzgar históricamente la evolución de la literatura cubana de acuerdo con la

totalidad de las circunstancias que influyen en su desarrollo. En 1900, Cuba era un país colonial conmovido y material y moralmente desolado por seculares injusticias, conflictos, amenazas internas y externas, inquietudes e incertidumbres, a través de lo cual, superando dificultades enormes, iba en busca de su independencia política; y, por lo menos teóricamente, lograda ésta en 1902, la historia cubana en el medio siglo siguiente tenía que ser, y en efecto ha sido, un proceso complicado y penoso en el cual el ascenso se consigue sólo merced a esfuerzos perseverantes y heroicos.

La consolidación de la independencia política, al desaparecer los motivos legales de intervención extranjera con la abolición de la llamada Enmienda Platt impuesta por los Estados Unidos, y el desarrollo cuantioso, aunque mal equilibrado, de los recursos económicos, constituyen, con el consiguiente crecimiento de la población, el haber histórico fundamental de esta media centuria, al que no corresponde, por desgracia, ganancia semejante en la consolidación de la nacionalidad, en el afianzamiento de los valores morales y en el general progreso de la cultura. Pero humanamente no podían suceder los hechos de otro modo. El caso cubano es, con sus atenuantes y agravantes particulares, un caso de mundial desajuste y alarmante falta de concordancia entre el progreso de la mecánica y de la economía y el progreso de la cultura. No puede olvidarse, sin embargo, la peculiar y gravitadora circunstancia cubana, el influjo de un colonialismo deprimente y oscuro, a pesar de sus escasísimos oasis de bondad, y las posibilidades de perturbación de una estructura económico social en gran parte fundada en injusticias y prejuicios profundamente arraigados. En resumen, los cubanos poseían una fuerte tradición sólo para la perduración de antecedentes perniciosos, y nexos mucho más débiles los ligaban a un pasado en que lo heroico se encuentra tanto en los hombres de acción como en los hombres de pensamiento que luchaban inermes por derrocar el imperio de la corrupción y de la fuerza.

En tales condiciones, el robustecimiento de las tradiciones culturales, del influjo de las ideas y los valores constructivos, tenía que adquirir capital importancia. Y en el orden literario, ha sido precisamente el mantenimiento y desarrollo de la tradición nacida en el siglo XIX, el hecho característico quizá más significativo de la primera mitad de la presente centuria. Los esfuerzos y manifestaciones de generaciones sucesivas se eslabonan con mayor seguridad en los géneros más y mejor cultivados, en la lírica, el ensayo y la novela; y en general, las iniciativas a favor de la cultura, y particularmente las impulsoras de la ac-

tividad literaria, persisten a despecho de todos los antecedentes desfavorables y de poderosas circunstancias adversas.

A lo largo del período, se nota la presencia de numerosos escritores de personalidad sobresaliente y firme vocación; pero también es cierto que tienen que laborar sin la efectiva cooperación de un público capaz de comprenderlos y de ofrecerles el imprescindible respaldo social; y descartada la acción del Estado, dominado por la política de intereses particulares, y en el mejor de los casos, que no es naturalmente el de Cuba, generadora sólo de movimientos literarios artificiales, es claro que nada ha podido facilitar la aparición del escritor profesional propiamente dicho, con autonomía económica y social suficiente para el libre desarrollo de sus ideas y de su arte.

Por razones esenciales de contenido y de forma, la literatura cubana de 1900 a 1950 es, en resumen, una literatura local, de marcado espíritu ensayístico, reflejo de una nacionalidad en formación, de una sociedad de economía rudimentaria, aunque rica en posibilidades esperanzadoras, y de un medio cultural caracterizado por la irregularidad y dispersión de los esfuerzos.

Con relación al pasado, indicio de un balance favorable es la toma de posesión del siglo XIX, el descubrimiento y captación de sus valores esenciales, su incorporación a la historia nacional, como en el caso de Martí, como elemento vivo de la conciencia de la colectividad. Con relación al momento que transcurre, es evidente la influencia de un generalizado espíritu novedoso, excitado y nunca satisfecho con la rápida comunicación de ideas y noticias. Con ello, si se rompen ligaduras que dificulten el necesario avance de todo lo histórico, la tradición se debilita y pasa por violentas transiciones, y la frivolidad se favorece. Pero mirando lo porvenir, en última síntesis, es indudable que hay los antecedentes y los recursos necesarios para la creación regular de una literatura vigorosa y personal en que esté el espíritu y la voz del pueblo cubano.

LIBRO SEGUNDO

LA ENSEÑANZA EN CUBA EN LOS PRIMEROS
CINCUENTA AÑOS DE INDEPENDENCIA



CAPÍTULO I

LA ENSEÑANZA PRIMARIA OFICIAL

EL período final de la Colonia, que coincidía con la terminación de la centuria XIX, sirvió de escenario al postrer y baldío esfuerzo de la Metrópoli por asimilar, a través de una planeada política educativa, su última posesión de América. Después, desde la economía hasta la docencia, todo quedó en ruinas. La población de Cuba, que crecía progresivamente, según los censos periódicos, y que en el 1887 mostraba un aumento de 122,396 sobre la última investigación celebrada, disminuyó en 68,800 habitantes según el censo de 1899. De 775 escuelas, con un alumnado de 31,000 niños en 1887, se llega a 541 establecimientos docentes al terminar la dominación española, propiciando un analfabetismo del 64% de la población total.

Tal era el cuadro que se presentaba ante el Gobierno norteamericano de ocupación, que hubo de movilizar las más efectivas energías para lograr su mejoramiento. La preocupación mayor se dirigió a la enseñanza pública primaria, y fueron llamados a colaborar con las altas autoridades, dos figuras de grandes méritos como organizadores y pedagogos, los señores Matthew Hanna y Alexis E. Frye, el primero para desempeñar el cargo de Comisionado de Escuelas Públicas y el segundo el de Superintendente General.

La legislación de la enseñanza primaria

La Orden Militar No. 368 de 1900 —modificada posteriormente por las Ordenes 127 de 1901 y 4, 19, 29, y 43 de 1902— fué la disposición con que se inició aquel impulso de renovación, que tuvo como resultado la creación de 3,000 aulas en toda la Isla y permitió que 172,273 niños pudieran recibir enseñanza primaria. Al terminar el año de 1901, el número de aulas en todo el país era de 3,594.

En el año de 1909, se aprobó la Ley Escolar por el Congreso de la República, y fué su autor el doctor Ezequiel García. Más tarde recibió múltiples modificaciones, como las realizadas por las leyes de 4 de julio de 1911, 1º de julio de 1916, 23 de enero de 1918, así como por la Ley

de 18 de abril de 1927, la Ley Orgánica del Poder Ejecutivo de 24 de mayo de 1927, el Decreto-Ley No. 283 de 8 de junio de 1934, el Decreto-Ley No. 294 de 15 de junio de 1934, el Decreto-Ley No. 323 de 11 de octubre de 1935, el Decreto-Ley No. 716, de 1º de abril de 1936, la Ley Docente de 8 de enero de 1937, el Código de Defensa Social de 1938, la Constitución de 1940, etc.

En aquella Orden Militar No. 368, se creaban los cargos de Comisionado, Superintendente General de Escuelas y Superintendentes Provinciales. La Junta de Superintendentes la integraban los seis que correspondían a las provincias, presididos por el que lo era General. Sus principales funciones se referían a tomar acuerdos sobre los métodos para la enseñanza, así como llevar a efecto la elaboración de los cursos de estudio y escoger los textos más eficaces para la enseñanza.

A los fines administrativos, la Orden Militar dividió el territorio de la Isla en distritos escolares de primera y de segunda clase, así como en distritos municipales, según la población de estos términos. En cada uno de dichos distritos debía haber una Junta de Educación, de elección popular. En los que fueran de primera clase, la Junta designaría un Superintendente de Instrucción, una de cuyas funciones sería la de proponer el nombramiento de los maestros, y otra la de inspeccionar su labor docente.

Contemplaba también la citada Orden Militar la forma de realizarse las elecciones para cubrir los cargos de miembros de las Juntas de Educación. También se preocupó de la creación de organismos para la preparación de los maestros, de exámenes respecto a éstos y de lo concerniente a la asistencia de los alumnos.

Por su parte, la Ley Escolar de 1909 reorganizó las Juntas de Educación, creó las Inspecciones de Distritos y dispuso la estabilidad de los maestros, que hasta entonces tenían que hacer exámenes periódicos para seguir en el disfrute de sus cargos, pues según la ya citada Orden Militar No. 368, las Juntas de Educación sólo podían contratar a los maestros de su distrito por un año.

La Constitución de 1940, —como los otros textos de esta clase que ha tenido Cuba—, ratificó los principios de gratuidad y obligatoriedad de la enseñanza primaria elemental para los menores de edad escolar, enseñanza que será dispensada por el Estado, sin perjuicio de la cooperación encomendada a la iniciativa municipal. Asimismo, estableció el ideario de la educación en este país, en el párrafo segundo del Artículo 51, donde expone con singular acierto: "Toda enseñanza pública o privada estará inspirada en un espíritu de cubanidad y de solidaridad humana, tendiendo a formar en la conciencia de los educandos el amor



PALACIO PRESIDENCIAL

PALACIO PRESIDENCIAL. Proyectado por el arquitecto Alberto Belau, con la colaboración del arquitecto cubano Alberto Maruri, para asiento del Gobierno de la Provincia de la Habana, fué a la postre adquirido y adaptado para residencia oficial del Jefe del Poder Ejecutivo e inaugurado en 1920 por el Presidente Mario G. Menocal. El urbanista Pedro Martínez Inclán, citado por Roig de Leuchsenring, no vacila en afirmar que aunque "no tiene las proporciones de vanos y macizos de los grandes palacios que dan majestad y nobleza al edificio en que se proyectan [...], cualquier arquitecto moderno podría vanagloriarse de haber sido el autor de una obra que es, por su construcción, una de las mejores de La Habana".

La División de Fotografía del Ministerio de Obras Públicas facilitó la impresión original que se reproduce.

a la patria, a sus instituciones democráticas, y a todos los que por una y otras lucharen”.

El Decreto-Ley No. 716 dejó sin efecto las leyes números 5 y 38 de 10 y 22 de marzo de 1935, y restableció todas las disposiciones legales que garantizaban la inamovilidad de los cargos de maestros, así como declaró inamovibles también a todos los inspectores, cualquiera que fuese su categoría. Y el Servicio de Higiene Escolar fué creado a virtud del Decreto-Ley No. 323. En 1926, por Decreto Presidencial, se fundaron las escuelas primarias superiores, que funcionaron al siguiente año.

El 26 de octubre de 1946 fué aprobado el Reglamento General de Instrucción Primaria, que aún rige, y que sustituía el que había sido elaborado veinticuatro años antes, por el Decreto No. 1147 de fecha 12 de agosto de 1922.

De acuerdo con dicho Reglamento, las Juntas de Educación, que habían perdido su carácter electivo, se encuentran reguladas en su constitución y funciones. Son integradas por tres miembros: en las capitales de provincia, por el Director de la Escuela Normal para Maestros, por el Jefe Local de Salubridad, y por una persona designada por el Ministro de Educación, escogida en terna propuesta por el Superintendente Provincial respectivo, la que actuará como Presidente. En los demás términos municipales, por el Director de la Escuela Pública del Distrito Escolar más antiguo en el cargo, previa demostración de ese requisito; por el Jefe Local de Salubridad o en su defecto, por el Médico Municipal de la cabecera; y por la persona que designe el Ministro de Educación, escogida en terna propuesta por el Superintendente Provincial respectivo.

Sin embargo, a pesar de sus facultades, y aunque están muchas de ellas detalladas en el Reglamento, ha sido grandemente mermada la autoridad de las Juntas, que de hecho se han transformado —por el control que ejerce el Ministro de Educación— en organismos de mero trámite.

Revivir la autoridad de esas Juntas locales, con el objeto de descentralizar la administración y estimular el interés y el control locales, es una de las recomendaciones más importantes que hace al Gobierno de Cuba la Misión Técnica que acaba de hacer el estudio titulado *Report on Cuba*.

Divide este Reglamento las escuelas o aulas, en lo que al personal docente se refiere, en: a) comunes diurnas, urbanas o rurales; b) comunes nocturnas, urbanas o rurales; c) comunes ambulantes, rurales; d) aulas de Kindergarten; e) centros o aulas de Artes Manuales y Economía Doméstica; f) centro o aulas especiales de Inglés; g) aulas de

Dibujo; h) aulas de Música; i) aulas de Educación Física; j) aulas de Trabajos Manuales, para varones; k) escuelas Primarias Superiores urbanas; l) escuelas Primarias Superiores rurales (Hogares Infantiles Campesinos).

Establece los escalafones provinciales de aspirantes para cubrir los cargos de maestros. Dispone la formación de escuelas intermedias y autoriza la creación de escuelas de ensayo. Exhorta para que sean organizadas las Asociaciones de Padres, Vecinos y Maestros en la Escuela Pública, y propicia el establecimiento de aulas en asilos, creches, sociedades, etc., así como en las cárceles.

Considera maestros especiales los de Kindergarten y sus auxiliares; los de Artes Manuales, Economía Doméstica, Inglés, Dibujo, Música, Educación Física y Trabajos Manuales para varones. Regula cuanto se refiera a las escuelas Primarias Superiores, equiparando en derechos y deberes a su personal docente con el de las escuelas elementales, cubriéndose sus plazas por oposición.

Dispone lo que atañe a la Junta de Superintendentes, desde su integración y alcance hasta el sistema de Inspección, viniendo a ser este último como el organismo de enlace entre las Juntas de Educación, las escuelas y la Superintendencia; el Reglamento detalla minuciosamente toda su constitución y funciones. También regula lo que concierne a las escuelas privadas, tanto en su creación y marcha como en lo que a su vigilancia se refiere, creando, para ello, la Inspección General de Escuelas Privadas.

El 29 de agosto de 1919, se aprobó la Ley de Retiro Escolar, estableciendo un sistema de retiro, jubilaciones y pensiones para los miembros del magisterio público de Cuba.

Por el Decreto-Ley No. 620 de 27 de febrero de 1936, se creó un tipo de escuela rural en el que se usarían miembros del Ejército para prestar servicios en la enseñanza primaria, en aquellos lugares donde no existiera escuela ni hubiera probabilidad de próxima creación. Y por el Decreto-Ley No. 707 se fundó el Instituto Cívico-Militar "para amparar, proteger y educar a la niñez desvalida huérfana de padres campesinos, obreros, policías y alistados del Ejército y de la Marina Constitucional que hayan muerto con motivo u ocasión de su trabajo o servicio". Al objeto de sufragar los gastos que las escuelas Cívico-Militares irrogarían, se estableció el impuesto de 9 centavos a cada saco de azúcar elaborado en la República, por medio de la Ley de 30 de diciembre de 1936.

Toda esta organización Cívico-Militar vino a integrar una institución de más vastas proyecciones que se denominaba Consejo Corpo-

rativo. Al ponerse en vigor la Constitución de 1940, y en cumplimiento de sus preceptos, se dispuso, por el Decreto No. 3117 de fecha 30 de octubre de 1940, que todo el organismo Corporativo pasara al Poder Civil, integrándose cada sector al Ministerio correspondiente. Para el gobierno de las que habían sido escuelas Cívico-Militares se dictó un Reglamento, por medio del Decreto No. 3450 de 10 de noviembre de 1943. Asimismo se dictó un Reglamento para los Hogares Infantiles Campesinos —Escuelas Elementales Politécnicas— por el Decreto No. 459 de 11 de febrero de 1941; se creó la Escuela del Hogar Rural por el Decreto No. 463 de la misma fecha; y la Escuela Normal Rural —con el objeto de preparar maestros rurales— por medio del Decreto No. 887 de 18 de marzo de 1941.

Posteriormente, y en virtud del Decreto Presidencial de fecha 16 de octubre de 1946, se reguló la Enseñanza Politécnica, transformándose las instituciones anteriores en centros politécnicos, y dándoseles una organización nueva por el Ministro de Educación, por Resolución de fecha 26 de agosto de 1946.

Salvo el sistema de las escuelas cívico-militares, que obedecía a un proyecto definido de abatir el analfabetismo rural y fomentar los estudios de carácter técnico, toda la legislación elaborada en 50 años de República ha carecido de un plan general. No se ha cuidado de que exista verdadera coordinación entre las distintas etapas de la enseñanza, ni se ha tenido en cuenta una filosofía educativa para su orientación. Aunque la Constitución de 1940 ordena en su primer párrafo del artículo 51 que "La enseñanza pública se constituirá en forma orgánica, de modo que exista una adecuada articulación y continuidad entre todos sus grados, incluyendo el superior. El sistema oficial proveerá al estímulo y desarrollo vocacionales, atendiendo a la multiplicidad de las profesiones y teniendo en cuenta las necesidades culturales y prácticas de la nación", no se ha llevado a cabo todavía la reforma general de la enseñanza, que ordena la propia Constitución.

Las escuelas

En el año de 1902, al inaugurarse la República, existían 3,594 aulas de enseñanza elemental. En el 1907 ese número había aumentado a 3,841, invirtiéndose en el sostenimiento de las mismas \$ 3,062,506.92. En el 1920, ya ascendía el número de aulas a 5,652, con un costo para el Estado de \$ 7,884,311.16. En el año de 1925 sumaban 6,383 las aulas. (Censo de la República, año de 1943.)

Al cumplirse el primer cuarto del siglo, se podía observar como el crecimiento de la escuela pública cubana —en lo que a sus aulas se re-

fiere—, había sido sumamente lento, después del vigoroso impulso dado por el Gobierno de Ocupación. A más de los locales que se construyeron —más de 400— fueron cedidos en los dos primeros años gran número de cuarteles militares en toda la Isla, al objeto de instalar escuelas.

Fué por entonces que se introdujo un sistema escolar, el del Kindergarten, que poco a poco se difundió por todo el país. A su frente se puso a la profesora Miss Marie Keil, de reconocida competencia.

Si lenta había sido en esos veinticinco años la creación de aulas, más lenta fué la edificación de escuelas. Y esto sucedía en lo que pudiéramos llamar años normales. Antes de que empezara a sentirse la crisis económica y política que tan hondamente trastornó la vida cubana, en el año de 1926, y por iniciativa de un gran educador e historiógrafo, el doctor Ramiro Guerra, se crearon por Decreto Presidencial las escuelas primarias superiores, que debían tener carácter vocacional. En el año de 1929-30 el número de estas escuelas era de veintinueve.

En el curso escolar de 1931-32, el número total de aulas era de 7,389, correspondiendo a un total de 3,771 escuelas. Los dos años siguientes fueron de gran crisis; en el 1932-33 las aulas subieron a 7,403 y el de escuelas a 3,782; en el de 1933-34 aquellas disminuyeron a 7,402, aun cuando éstas aumentaron a 3,811.

En los diecinueve años siguientes Cuba, a través de Gobiernos revolucionarios provisionales y constitucionales, que han mantenido conmovida su existencia, ha dado, sin embargo, un impulso tan notable a toda la enseñanza que sólo es comparable con el que recibiera ésta de manos de los gobernantes norteamericanos.

En efecto, a pesar de la todavía honda crisis económica, el número de aulas ascendió en el curso de 1934-35 a 8,204, y el de escuelas subió a 4,140.

Por entonces las aulas se clasificaban en: diurnas, urbanas y rurales; nocturnas; ambulantes; penales; y las llamadas especiales, que comprendían kindergarten, inglés, sloyd, economía doméstica, corte y costura, música, etc., así como las que integraban las escuelas primarias superiores. (Estadística General 1931-1936, Secretaría de Educación, Negociado de Estadística.)

En el año de 1942-43 el número de casas escuelas era ya de 3,099, con 7,516 locales para aulas. De ellas 199 venían a ser propiedad del Estado, 49 de diferentes municipalidades, 1,249 de particulares que las cedían gratuitamente, y las 1,603 restantes eran arrendadas. (Censo de la República, año de 1943.)

Por esta época ya estaban funcionando las escuelas Cívico-Rurales, constituidas por 40 Misiones Educativas, cuyas sedes se encontraban en los Hogares Campesinos, de las cuales había 117 en Pinar del Río; 72 en la Habana; 128 en Matanzas; 295 en Las Villas; 183 en Camagüey y 356 en Oriente, haciendo un total de 1,151.

En el año de 1947 había establecidas 6,253 escuelas públicas. Y al cumplirse el cincuentenario de la Independencia, los datos estadísticos confirman lo que hubimos de decir con anterioridad, o sea, que a pesar de todas sus dificultades políticas y económicas, el crecimiento de la escuela pública cubana es altamente confortador, admitiendo todas las limitaciones y deficiencias que todavía pueden señalársele.

En el curso de 1951-52 existen en el territorio de la República:

111	Escuelas Primarias Superiores Urbanas.
28	” ” ” Rurales.
1,824	” ” Elementales Urbanas.
4,754	” ” ” Rurales.
<u>1,610</u>	” de Kindergarten.
Total: 8,327	

Todo lo cual, unido a las especiales, hacen un total de 16,668 aulas.

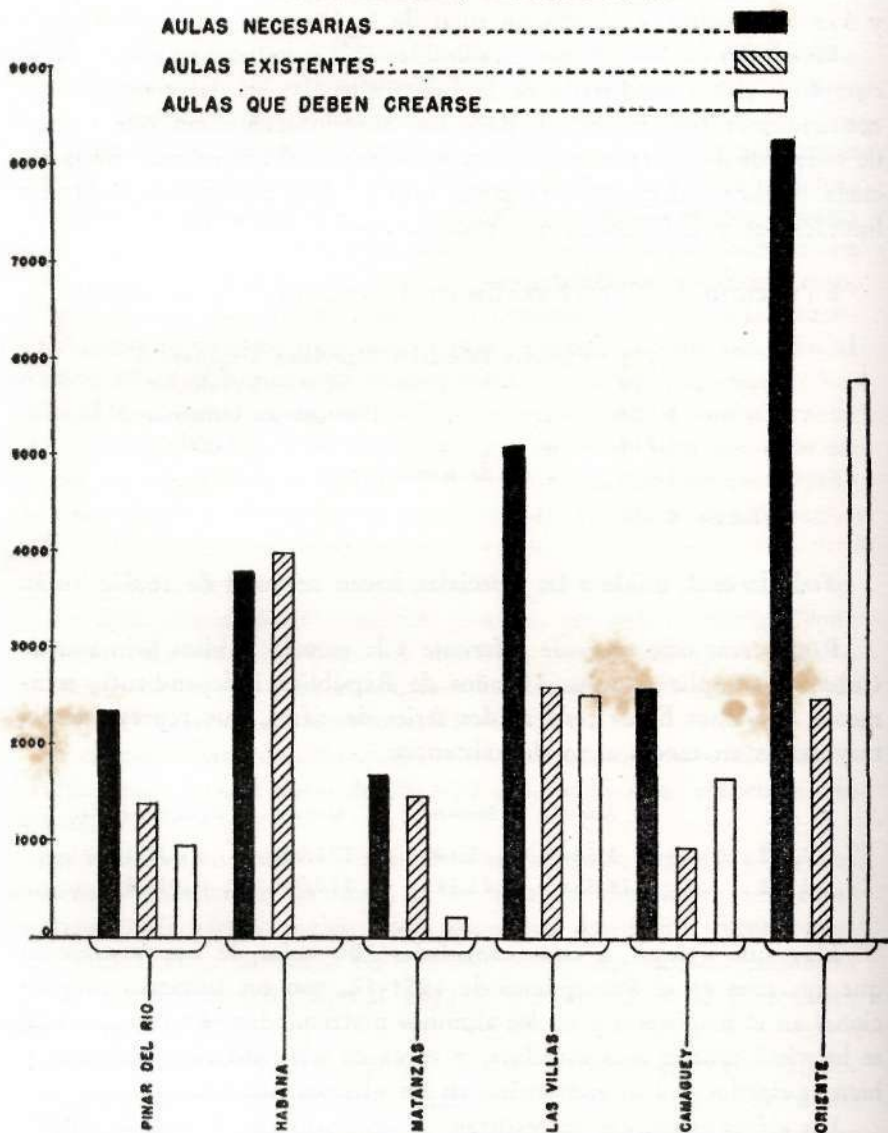
Para cerrar este epígrafe referente a la escuela pública primaria de Cuba, al cumplir ésta sus 50 años de República independiente, solamente queremos hacer resaltar dos series de cifras, que representan la trayectoria en medio siglo de existencia:

	Aulas	Maestros	Alumnos	Población escolar
1902	3,594	3,608	172,000	338,306
1952	16,668	23,115	550,000	1,016,811

Hay que agregar a estas cantidades 500 aulas de nueva creación que aparecen en el Presupuesto de 1951-52, con un aumento proporcional en el magisterio y en los alumnos matriculados. La escuela rural se ha visto mucho más atendida, y cerca de 600 edificios modernos y bien equipados se han construido en los últimos tiempos.

Las cifras anteriores representan un aumento en 50 años de 463% sobre el número de aulas existentes en 1902. Se podrá objetar a ese crecimiento fantástico que la población de Cuba al inicio del siglo era sólo

RESUMEN NACIONAL



de 1,572,797 personas, en tanto en 1952 pasa ya de los 4,778,583 habitantes que registra el Censo de 1943, y que si en aquella época la mitad de la población escolar se quedaba sin servicio de enseñanza, ahora viene a ser poco más o menos lo mismo, Mas, esto no resulta exactamente así cuando se examina —según lo expondremos más adelante— lo referente al desarrollo de la escuela privada. Esta escuela ha crecido de una manera tan asombrosa, principalmente en los últimos 25 años que, con cifras muy conservadoras podemos decir que cuenta con 580 centros primarios autorizados y más de 200 no inscriptos, y una matrícula de 79,645 en aquéllos e incalculable en éstos.

De todos modos, es aceptable que a la escuela pública primaria de Cuba le queda mucho por hacer para que pueda resultar accesible a toda la población escolar del país.

La creación de no menos 10,000 aulas —sobre todo rurales— y la situación adecuada de éstas, así como la construcción y equipo de edificios apropiados para las existentes y las futuras, son los dos problemas más graves que se confrontan en el aspecto de la escuela pública que estamos contemplando en este epígrafe.

En la página anterior exponemos la gráfica de la distribución de las aulas de la República, según el Informe rendido ante el Senado por el Ministro de Educación doctor Aureliano Sánchez Arango en 1948.

El magisterio

Entre las muchas dificultades con que tropezó la autoridad gubernativa al cesar la soberanía española, fué la escasez de maestros una de las más graves. Como medida de emergencia, se autorizó a las Juntas de Educación para que libremente nombraran a las personas que juzgaran honorables y competentes, al objeto de ejercer como maestros.

A pesar de las deficiencias de tal sistema, y como consecuencia del espíritu patriótico que animaba ardientemente a todo el pueblo de Cuba, se organizó el magisterio más entusiasta que ha tenido la República. Cuando poco tiempo después se suspendió dicha medida y se convocó a exámenes, fueron aprobados como maestros 1,086 aspirantes.

A partir de aquel momento se estableció un procedimiento por el que habían de someterse a exámenes periódicos los maestros en ejercicio. En las primeras de esas pruebas se les otorgó un Certificado de Primer Grado, válido por un año; en los cursos siguientes esos Certificados fueron de tres clases: a más del de Primer Grado, hubo de Segundo y Tercer Grados. Cada uno valía por tantos años como grados representaba.

Bajo tal sistema, los primeros exámenes habilitaron como maestros 4,480 personas, las cuales debían repetir sus pruebas cuando se les vencieran los años que acreditaba su Certificado.

Esta situación tenía la ventaja de mantener al magisterio en actividad, siempre pendiente de su mejoramiento, pero en cambio, lo llevaba a un constante desasosiego por la inestabilidad a que se encontraba sometido. La lucha de estas dos opuestas consecuencias se resolvió por la Ley de 1909 en la que el Congreso, al darle validez definitiva a los Certificados en aquel momento en vigor, produjo, implícitamente, la estabilidad en sus cargos del magisterio entonces en activo.

Por otro lado, la preocupación por la formación y el mejoramiento de un magisterio idóneo, llevó desde los instantes iniciales a las autoridades escolares a crear organismos donde pudieran dichos profesionales superar sus deficiencias. Así la Junta de Superintendentes organizó desde los primeros momentos Cursos de Verano, en los que funcionaron centros normales, con el objeto de impartir enseñanza complementaria a todos los maestros. También en poblaciones que no eran capitales de provincia se ofrecieron cursos pedagógicos.

Como un magnífico precedente —que no tuvo, sin embargo, repetición en los tiempos que siguieron—, un grupo de 1,300 de esos entusiastas educadores fué invitado por la Universidad de Harvard, a fin de recibir las enseñanzas pedagógicas de sus cursos de ese verano. Y la Escuela Normal de New Platz, New York, acogió por un año 60 maestras, que percibieron una especial preparación.

En 1908, dejaron de funcionar los Cursos de Verano, que tan alto habían levantado el nivel de la enseñanza. A pesar de la laboriosidad de las autoridades escolares —la Junta de Superintendentes redacta en 1905 los primeros Cursos de Estudios— que trataban de superar todas las deficiencias del sistema general de enseñanza, no sólo producidas en lo que al magisterio se refería, sino también por la ausencia de libros adecuados —se tenían que emplear obras traducidas del inglés— y por la aplicación de nuevos métodos, la eficiencia del magisterio va declinando visiblemente. Se iba haciendo, cada vez más necesaria, la creación de organismos que tuvieran la misión de formar educadores capaces.

Este estado de conciencia cuajó en la ponencia de Manuel Sanguily, quien, por iniciativa de la Asociación Pedagógica Universitaria, planteó ante el Senado de la República la necesidad de crear una Escuela Normal para varones y otra para hembras en cada una de las capitales de las provincias. Después de un proceso de elaboración necesario —aprobada la Ley en 1915 y dispuestos los medios para su ejecución— co-

menzaron a funcionar dos años más tarde un centro para cada sexo en la Habana, y posteriormente en las otras provincias.

La preparación de las maestras para la enseñanza del kindergarten venía realizándose eficientemente desde 1902, en que se abrió en la Habana la Escuela Normal de Kindergarten. Hoy funcionan cuatro planteles de esta clase, con una matrícula de 684 alumnos.

Otra escuela que derivó en normal, puesto que el objetivo que guió a sus fundadores fué dejado en segundo plano, para dedicarse a la formación de maestras especiales, ha sido la Escuela del Hogar. Surgió por la iniciativa de la Secretaría de Instrucción Pública, en 1918, siguiendo el tipo de las escuelas de enseñanza doméstica en Francia. Posteriormente en 1927, y por Ley de la República, se reorganiza su plan de estudios y se transforma en escuela profesional, preparando a las maestras de Trabajos Manuales y Economía Doméstica. Hoy existe una en cada capital de provincia y en otras ciudades, alcanzando el número de nueve.

Por otro lado, y desde 1900 por la Orden Militar No. 266, se dispuso la reforma universitaria y se creó la Escuela de Pedagogía, que no sólo otorga títulos que capacitan para el ejercicio de la docencia primaria, sino también para la docencia media y superior, reclutándose entre sus graduados a la casi totalidad de los profesores de las Escuelas Normales.

A pesar de todo lo anteriormente expuesto sobre la formación del magisterio cubano, siempre fué objeto de crítica por parte de pedagogos, sociólogos, etc., nacionales y extranjeros, dicha formación —debido en buena parte a la identidad de los planes de estudios de todas sus Escuelas Normales—. Consideraban que para educar con eficacia a los niños de las comunidades rurales no estaban debidamente capacitados los graduados de las Normales urbanas. A este respecto vamos a reproducir el juicio que en la obra *Problemas de la Nueva Cuba* emite la Comisión de Asuntos Cubanos de la Foreign Policy Association en 1934: "Las escuelas de Cuba están fracasando por completo en la satisfacción de las necesidades de la población rural" y agrega más adelante, "Cúpole a Cuba la mala fortuna de que la pauta para el sistema de sus escuelas públicas hubiera sido colocada bajo auspicios norteamericanos y bajo la dirección de un educador escolástico de Massachusetts", y señala de modo terminante: "Es indispensable que el maestro de la escuela rural conozca los problemas agrícolas del distrito en donde trabaja. Y es imperativo que viva en la comunidad en donde enseña... Deberá decidirse qué instituciones van a preparar a estos maestros y elaborarse un programa de preparación".

Esas razones llevaron a la creación de una Escuela Normal Rural —denominada “José Martí”— en el año de 1941, que estaba destinada a la formación de los misioneros y maestros de educación cívico-rural y que contó de inmediato con una matrícula de 1,200 alumnos.

Algunos intereses se levantaron en contra de dicha institución, que dejó de funcionar como Escuela Normal Rural a los tres años, al producirse el cambio de Poderes, siendo transformada en escuela politécnica.

Los procedimientos que se han empleado para el nombramiento de los maestros en los cargos oficiales han sido, desde la designación libre de las Juntas de Educación en los primeros momentos, al cesar la soberanía española, y el nombramiento en virtud de pruebas periódicas —como sucedió después— hasta la implantación definitiva de escalafones de aspirantes, con cuya nómina se cubren los cargos que van vacando, como sucede actualmente. Sin embargo ha habido momentos durante algunos períodos agitados que ha vivido la República, en que se han suspendido los escalafones, y los Secretarios y Ministros de Educación han hecho uso del nombramiento libre.

Los sueldos que reciben los maestros han sido aumentados en diversas ocasiones —en 1911, en 1918, en 1924, 1952, etc.— pero también han sufrido disminuciones en los momentos de crisis económica. La Constitución de 1940 entre las muchas cuestiones de naturaleza no constitucional que incluyó en su texto, hizo figurar el siguiente párrafo en su artículo 52: “El sueldo mensual del maestro de instrucción primaria no deberá ser, en ningún caso, inferior a la millonésima parte del presupuesto total de la nación”. Los propios representantes de los partidos políticos que mantuvieron esa disposición, y que han ocupado posteriormente el Poder, la han considerado de imposible cumplimiento.

De la luchas sostenidas por el magisterio cubano para que se le haga efectiva esa medida constitucional, se ha derivado una mejora en sus emolumentos, de muy reciente aprobación.

Hemos dicho que en 50 años de Independencia el número de aulas de instrucción primaria oficial aumentó un 463%, pues bien, ahora diremos que el magisterio creció un 320% del existente en 1902.

Se ha pensado por los técnicos en materia educacional, que el número mayor de alumnos de enseñanza primaria que puede eficientemente atender un maestro es el de 36. A pesar de ello, siempre las aulas primarias estuvieron recargadas —en el curso de 1931-32 el promedio de alumnos por aula era 58, en el 1934 era 49— sin embargo, actualmente, y en cálculo global, se aproxima mucho a aquella cifra modelo, todo lo cual representa un gran progreso en la enseñanza primaria.

El crecimiento que en medio siglo ha experimentado el magisterio se puede apreciar por las siguientes cifras:

Maestros		Clasificación por enseñanza	
1902	3,608	Primaria Superior Urbana	1,872 maestros
		" " Rural	112 "
		" Elemental Urbana ...	9,946 "
		" " Rural	5,112 "
		Kindergarten	1,610 "
1952	23,115	Artes Manuales	1,232 "
		Música	1,210 "
		Inglés	991 "
		Educación Física	125 "
		Dibujo	28 "
		Agricultura	6 "
		Directores sin aula	871 "
		Total	23,115 maestros

Se estima que de este total, el 81% está constituido por mujeres.

Actualmente el magisterio cubano cuenta con una serie de medidas que tienden a protegerlo y a estimularlo, tales como el Retiro Escolar, por Ley de 25 de agosto de 1919, sobresueldos por antigüedad, ratificación por residencia, colegiación obligatoria, etc., así como se ha instituido el sistema de premiar con el nombramiento para un aula a los mejores expedientes de las Escuelas Normales.

A pesar de la frecuencia con que se repite que el número de maestros que se gradúa anualmente en Cuba es excesivo para la capacidad adquisitiva de la escuela primaria —por lo que hay un escalafón de cerca de 5,000 maestros expectantes— es lo cierto que, por el crecimiento de la población escolar de Cuba, que aumenta en más de un 1% cada año, y no ser proporcional el número de maestros que se gradúa, estamos expuestos a afrontar en el futuro el grave problema de la escasez de maestros. (*Atlas de Cuba*, Gerardo Canet, 1949.)

Los alumnos

Ya dijimos como al comenzar su labor de ordenamiento el Gobierno de Ocupación Norteamericano elevó, con la creación de 3,000 aulas, el exiguo número de las existentes —312— y permitió que la matrícula de las escuelas primarias alcanzara la cifra de 172,273 niños, cifra que representaba el 50.9% de la población de 5 a 14 años y el 10.9% en relación con la población total.

En el año de 1907, el número de matriculados había descendido a 122,214; en parte, tal vez, porque había disminuido el impulso crea-

dor de los primeros momentos, y también por el auge que iba tomando la escuela privada.

En 1919 la matrícula en las escuelas públicas de la Nación llegó a 234,038, sin embargo, sólo representaba el 28.5% de la población de 5 a 14 años y el 8.1% de la población total, diferencia explicable por el aumento extraordinario que se había producido en esos años en el número de los habitantes de la República.

En el año de 1923, la matrícula alcanzaba 269,796 alumnos, y había subido su proporción a 30% de la población de 5 a 14 años y a 8.5% de la población total.

En el año de 1931, el total de matriculados había subido a 426,708 pero inmediatamente empezó a descender, influenciado por la aguda crisis económico-política que Cuba padeció por tres años. Así vemos como esa cifra desciende a 402,893 en 1932-33; a 366,854 en el curso de 1933-34; para comenzar a ascender de nuevo en 1934-35, en que ya alcanza 398,487 alumnos. (Estadística General, Secretaría de Educación, 1931-1936.)

En el Censo de 1943, aparecen solamente 371,443 matriculados en las escuelas públicas urbanas, incluyendo las primarias superiores, sin contar las escuelas rurales. Lo cual nos explica que en 1947 las estadísticas oficiales del Ministerio de Educación nos dieron las cifras de 520,000 niños matriculados en las escuelas de todo el país, número que representa el 52% de la población escolar de 6 a 14 años. (*Atlas de Cuba.*)

Los datos estadísticos del año 1950-51 nos dan una matrícula de 550,000 alumnos en las escuelas primarias elementales, en tanto en las primarias superiores alcanza 18,525.

Es incuestionable que, en cuanto a matrícula escolar, el progreso ha sido notable, sobre todo en los últimos tiempos. Ofreceremos a continuación un cuadro sintético, para la mayor objetividad de esta afirmación:

	Total de alumnos matriculados	% de la población escolar	% de la población total
1902	172,273	50.9	10.9
1907	122,214	30.1	5.8
1919	234,038	28.7	8.1
1923	269,796	30.4	8.5
1931	426,708	...	10.7
1947	520,000	52	10.8
1952	550,000	54.0	11.3

Los últimos datos los hemos calculado sobre una población escolar de 6 a 12 años de un millón de niños, y respecto a una población total de 5,200,000 habitantes, en que se calcula actualmente la de Cuba. (*Atlas de Cuba*, Gerardo Canet.)

Naturalmente que para juzgar el progreso de los alumnos de un país, los antecedentes que más interesan —aparte el número de matriculados— es el de su asistencia y el de sus promociones.

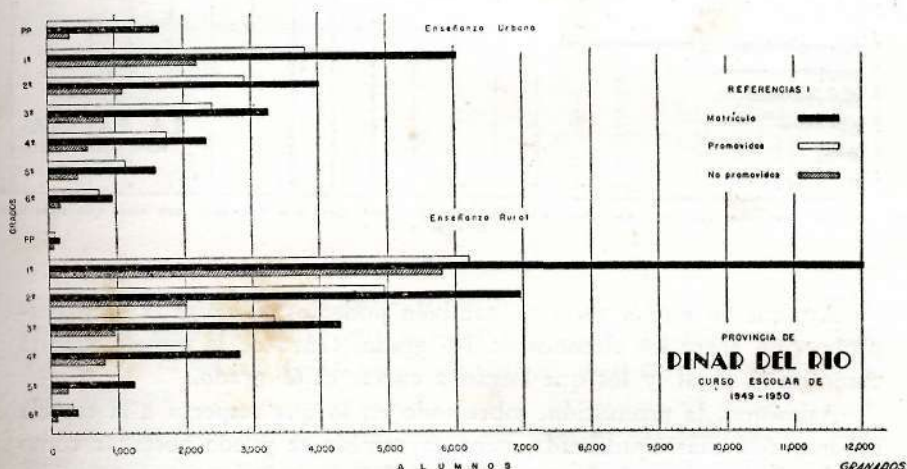
A continuación vamos a ofrecer las gráficas oficiales de promoción del año 1949-1950, ya que carecemos de suficientes datos para hacer un estudio comparativo en los 50 años de Independencia:

I

GRÁFICA DE PROMOCIÓN DE PINAR DEL RÍO

DIRECCION GENERAL DE EDUCACION Y CULTURA

GRÁFICA DE PROMOCION

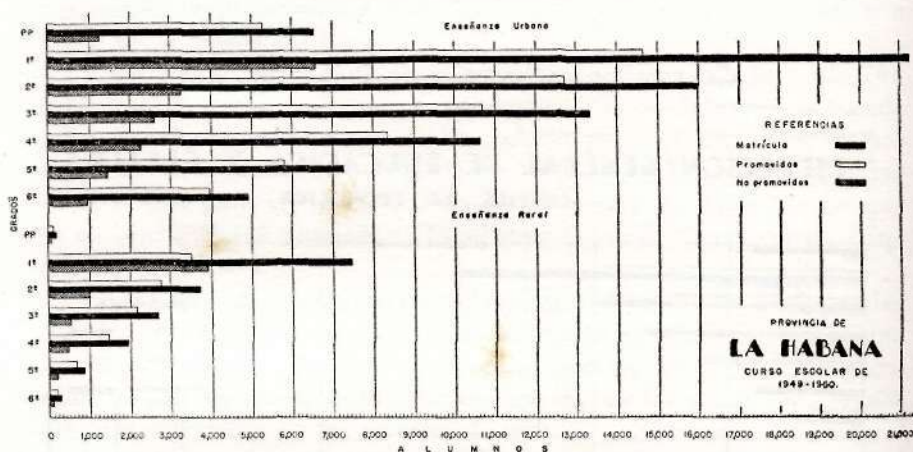


Como puede observarse, el número de alumnos que en la escuela urbana de Pinar del Río alcanza el 6º grado es cinco veces menor que el de los matriculados en el 1º. año. En la escuela rural es tan fantástica esta desproporción, como la que puede haber entre 12,000 y 400 matriculados.

En cuanto a las promociones, es realmente alarmante ver como, en tanto en la escuela urbana son promovidos en el 1º. año casi las dos terceras partes de los alumnos, en la escuela rural son un poco más de la mitad, lo cual explica que el 2º grado cuente con menos de 7,000 alumnos, en tanto el primero tiene matriculados 12,000.

II

GRÁFICA DE PROMOCIÓN DE LA HABANA

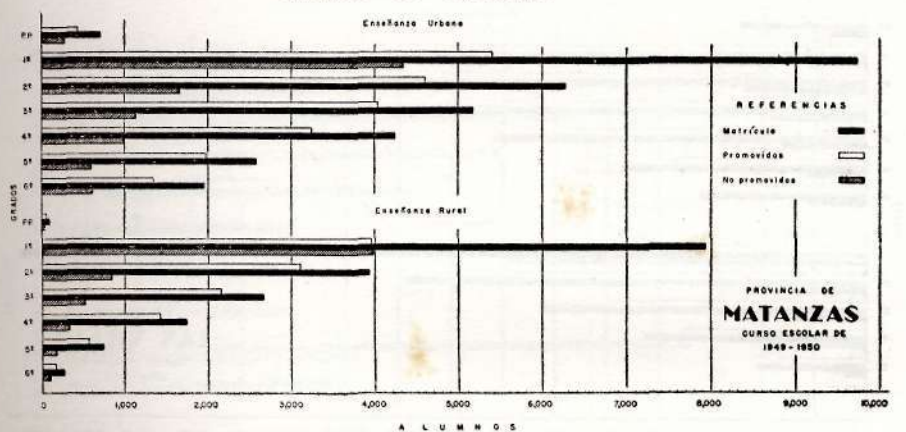
DIRECCION GENERAL DE EDUCACION Y CULTURA
GRÁFICA DE PROMOCION

Aunque en menor número, también podemos observar la gran desproporción entre los alumnos de 1er. grado, tanto de la escuela urbana como de la rural, y los que llegan a cursar el 6º grado.

Asimismo, la promoción, sobre todo en lo que respecta a la escuela urbana, está más equilibrada, pero en cambio se puede observar como en el primer grado de la escuela rural fueron más los no promovidos que los que pudieron pasar.

III

GRÁFICA DE PROMOCIÓN DE MATANZAS

DIRECCION GENERAL DE EDUCACION Y CULTURA
GRÁFICA DE PROMOCION

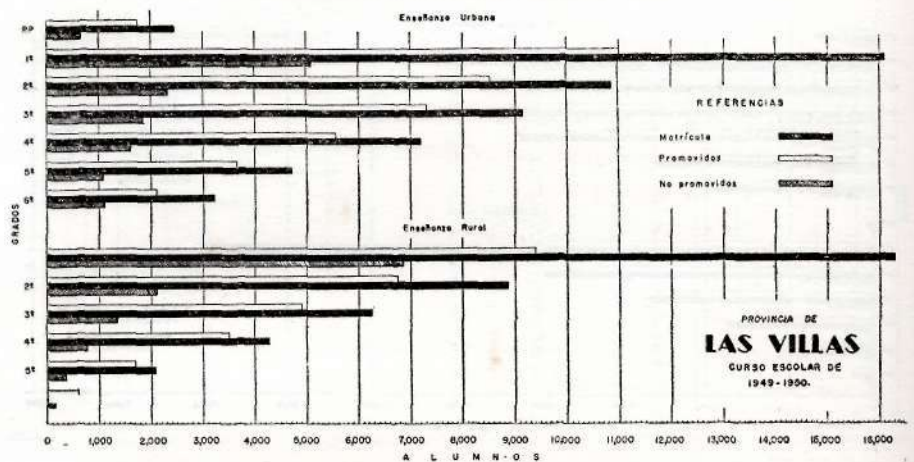
En Matanzas, como se advierte, de 9,700 alumnos que se matriculan en el 1º. grado de la escuela urbana sólo llegan a cursar el 6º unos 1,950. En la escuela rural, de 7,900 que estudian el 1º, alcanzan el 6º 300 alumnos.

Las promociones son igualmente alarmantes, también aquí vemos como en el 1º. grado de la escuela rural, son ligeramente más los alumnos no promovidos que los que logran pasar.

IV

GRÁFICA DE PROMOCIÓN DE LAS VILLAS

DIRECCION GENERAL DE EDUCACION Y CULTURA
GRÁFICA DE PROMOCION



Del mismo modo, aquí podemos ver cómo de 16,100 alumnos de 1er. grado de la escuela urbana, 3,200 llegan al 6º. En la escuela rural, como sucede en todas las provincias, el problema es mucho más grave, alcanzando el 6º grado solamente 800 niños de los 16,300 matriculados en el 1º.

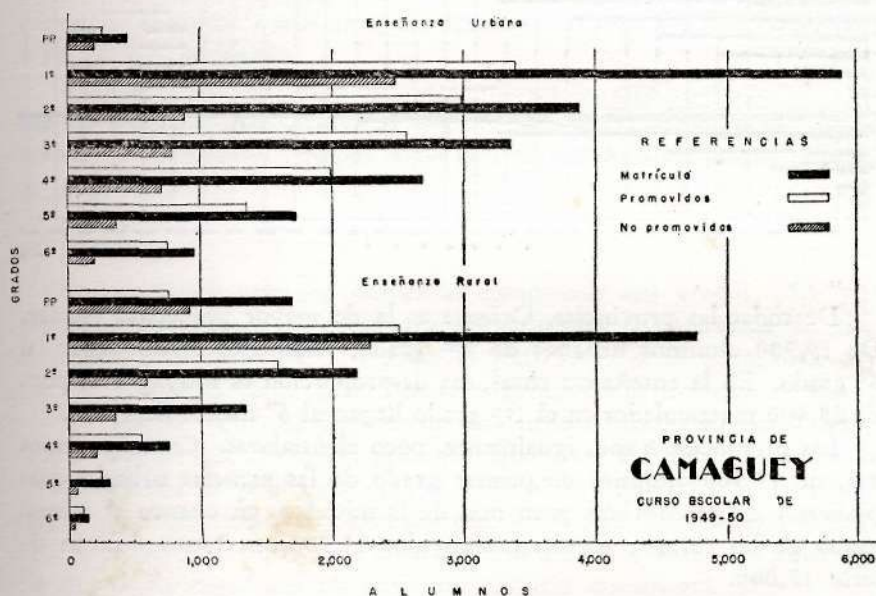
En cuanto a las promociones, se observa una mejor proporción que en las provincias restantes, sobre todo en lo que respecta al primer año de la escuela rural.

V

GRÁFICA DE PROMOCIÓN DE CAMAGÜEY

DIRECCION GENERAL DE EDUCACION Y CULTURA

GRÁFICA DE PROMOCION

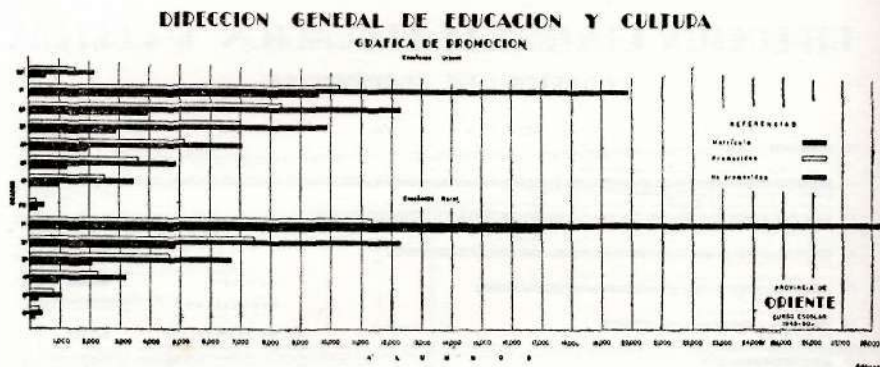


Camagüey es la provincia que tiene menos población escolar. De 5,900 alumnos urbanos, llegan al 6º unos 900. En la escuela rural, de 4,800 sólo alcanzan el 6º grado unos 150 alumnos.

Las promociones son igualmente muy pobres, sobre todo en el primer año de la escuela rural, aunque resultan más los promovidos que los que no lo son.

VI

GRÁFICA DE PROMOCIÓN DE ORIENTE



De todas las provincias, Oriente es la de mayor población escolar. De 19,900 alumnos urbanos de 1^{er}. grado, solamente 3,500 llegan al 6^o grado. En la enseñanza rural, esa desproporción es muy grave, pues de 28,400 matriculados en el 1^{er}. grado llegan al 6^o menos de 1,000.

Las promociones son, igualmente, poco alentadoras. Como podemos ver, de 19,900 alumnos de primer grado de las escuelas urbanas sólo pudieron ser promovidos poco más de la mitad, y en cuanto al mismo grado de las rurales, fueron promovidos 11,200, en tanto dejaron de serlo 17,000.

Los anteriores gráficos nos ponen de manifiesto, realmente, la verdadera médula del problema de la docencia primaria en Cuba. No sólo la creación de más aulas sería la solución precisa, sino que se requiere una mejor ubicación de las mismas, una más estrecha relación del maestro con la comunidad rural, así como ejercitar acerca de los padres una discreta presión para que no sustraigan demasiado temprano a sus hijos de la escuela, como sucede corrientemente en el campo.

En 1947, las estadísticas señalaban que la asistencia a las escuelas primarias de la Habana y Matanzas era el 71% de la población de edad escolar, mientras que en Camagüey sólo asistía un 36% y en Oriente un 34%; en Las Villas asistía el 58% y en Pinar del Río el 53%.

En esa misma fecha, y en lo que se refiere a diferencia de matrícula en los grados, se ponía de relieve que, en tanto el 36% de los matriculados estaba en 1^{er}. grado, en el 6^o sólo había el 3.2%. Se señalaba

entonces que, como la proporción en cada grado no variaba mucho de año en año, se podía asegurar que sólo un 10% de los alumnos que comienza sus estudios llega a realizar su 6º grado. (*Atlas de Cuba*, Gerardo Canet, 1949.) Sin embargo, el cálculo para la América Latina es mucho más bajo, pues apenas llega al 5%; en tanto los Estados Unidos y el Canadá alcanzan un 65%. (*La Educación Fundamental del Adulto Americano*. Unión Panamericana, 1951.)

La escuelas primarias elementales y superiores disfrutaban del servicio de Higiene Escolar, consistente en la inspección y asistencia médico-dental de alumnos y maestros, así como de la inspección de la escuela, a los efectos higiénicos.

También disfrutaban los alumnos —aunque no está establecido en todas las escuelas— del desayuno escolar. Este servicio ha estado mejor dotado en los últimos tiempos, y ha sido extendido a un mayor número de escolares.

La enseñanza

La enseñanza primaria elemental comprende seis grados, pero por debajo del 1º grado se encuentran organizadas la enseñanza de kindergarten y la preprimaria, y sobre el sexto están el séptimo, octavo y noveno grados, a cargo de las escuelas primarias superiores.

El objetivo con que fué creada esta última enseñanza era ampliar la preparación que la escuela primaria daba a sus alumnos —que son la gran masa de la población escolar de Cuba— dotándolos, al mismo tiempo, de conocimientos prácticos que los habilitaran —como instrumento económico— para irse abriendo camino en la vida. De aquí que tuviera dicha enseñanza un marcado carácter vocacional.

Aunque se desvirtuó en cierto modo este objetivo apenas su inspirador —el doctor Ramiro Guerra— abandonó la Superintendencia de Escuelas y se redujo a sólo el 7º y 8º grados su enseñanza, perdiéndose en buena parte su sentido práctico, las escuelas primarias superiores han ido multiplicándose, existiendo en la actualidad 111 urbanas y 28 rurales, con un total de 18,525 alumnos.

La enseñanza recibida en estas escuelas capacita para ingresar en los centros de segunda enseñanza, en virtud del Decreto-Ley No. 365 de 28 de octubre de 1935. Han recibido dichas escuelas en el curso de 1950-51 una mayor atención, en cuanto a dotación y equipos, de las autoridades escolares; cosa que les permite un mejor cumplimiento de sus fines vocacionales.

En cuanto a la enseñanza que se imparte en los seis grados primarios, ha sido objeto de cambios substanciales cada vez que se han mo-

dificado los Planes y Cursos de Estudios. En los 50 años que lleva de instaurada la República, se han revisado estos últimos en varias ocasiones: los primeros, redactados en 1901, fueron modificados por la Junta de Superintendentes en 1905. En 1914 se les hizo objeto de cambios más fundamentales, reorganizándose la enseñanza de la mayor parte de las asignaturas a tono con los tiempos y las nuevas corrientes pedagógicas. En 1921 volvieron a ser alterados, con el objeto de simplificar lo que en dichos cursos de estudio se refería a las escuelas rurales. En el año de 1926 la Junta de Superintendentes aprueba otra modificación, y en el año de 1944, la Comisión Revisora sugiere nuevos cambios en dichos Cursos de las escuelas urbanas, tomando como base las actividades infantiles y propiciando, por lo tanto, la escuela activa.

En los momentos actuales se está estudiando nueva modificación, teniendo en cuenta todos los adelantos que en el orden pedagógico se han llevado a cabo en el mundo en el último decenio, fundándose dicho estudio en las posibilidades de aprendizaje del niño.

Una de las causas que se han señalado al déficit de la enseñanza primaria oficial, es el sistema de la sesión única. Esta fué una medida de carácter provisional, implantada con motivo de la escasez de locales. Se ha hecho una disposición permanente, porque este último problema, a pesar de lo que se ha laborado en los últimos años, sigue existiendo más o menos igual. Es lógico que con una sola sesión toda la enseñanza se resienta, y se explique el enorme porcentaje de niños que fracasan en los primeros grados, dando lugar a la baja promoción que ya hubimos de señalar.

La enseñanza primaria está bajo la dirección y supervisión de la Junta de Superintendentes y del Jefe de la Sección de Instrucción Primaria, aparte de las facultades que le están conferidas al Ministro de Educación por la Constitución y la Ley Orgánica del Poder Ejecutivo.

Dado que el aspecto técnico de la enseñanza incumbe a aquellos organismos, la Constitución de 1940 establece en su último párrafo del artículo 52: "Todos los cargos de dirección y supervisión de la enseñanza primaria oficial serán desempeñados por técnicos graduados de la Facultad universitaria correspondiente", que en este caso es la de Educación, de ahí que el Reglamento de Instrucción Primaria exija para los beneficiarios de dichos cargos el título de Doctor en Pedagogía.

El manejo y dirección administrativa de las escuelas está al cuidado de las Juntas de Educación, existiendo una en cada Municipio. Como es necesario que el aspecto técnico y el administrativo estén sincronizados, la Ley regula un cuerpo de Inspectores, que no sólo cumple las instrucciones de carácter técnico que le confiere la Superintendencia, y rinde los informes de esta clase sobre todos los aspectos de la enseñanza,

sino que está en relación con las Juntas de Educación, siendo los Inspectores verdaderos oficiales de enlace entre ellas y la Superintendencia.

De acuerdo con la Ley Escolar en vigor, existe un Superintendente General, que tiene la alta inspección técnica de la primera enseñanza, y seis Superintendentes Provinciales. Reunidos integran la Junta de Superintendentes, y ésta cuenta, como organismo adjunto, con la Comisión Asesora Permanente de los Cursos de Estudios, cuyo carácter, exclusivamente técnico, le permite asesorar sobre dichas cuestiones al Ministro de Educación.

El aspecto económico

Los gobiernos democráticos están de acuerdo desde el siglo pasado, en que el éxito de ese sistema de convivencia que ellos representan depende en su mayor parte de la preparación de los ciudadanos. Estos deben de decidir con su voto las más arduas cuestiones, y mal podrán hacerlo si no reciben la educación que los capacita. Tales postulados fundamentan los principios de gratitud y obligatoriedad de la enseñanza.

Los técnicos en estas cuestiones han querido encontrar una relación científica entre el total del presupuesto de un país y la cantidad que se dedica a la enseñanza del pueblo, para juzgar matemáticamente su atraso o su adelanto.

Aunque no somos partidarios de tales mecanizaciones —ya que existen factores imponderables que pueden afectar substancialmente esas proporciones económicas— sí creemos que es un dato importante, como mero elemento de juicio, la relación que hay en un país entre su presupuesto total y su presupuesto de educación pública.

En los primeros presupuestos de la República —muy modestos y hechos con gran sentido económico— los gastos de la llamada entonces instrucción pública, en todos sus grados y clases, consumían alrededor del 25% de aquel total.

En el año de 1933-34 el presupuesto para educación representaba el 19.85% del presupuesto nacional, desglosadas las partidas correspondientes a la deuda exterior y a los gastos fijos. Esto equivalía a \$ 13.90 por cada niño matriculado en las escuelas primarias. Esta cantidad resultaba muy pequeña, "menos de la tercera parte de la suma que se dedica para los mismos propósitos en el Estado más pobre de los Estados Unidos". (*Problemas de la Nueva Cuba*, Foreign Policy Association.)

Pero recordemos que éste ha sido uno de los años más críticos que ha pasado Cuba, pudiendo apreciarse cuánto ha progresado en ese sentido cuando expongamos a continuación las cantidades presupuestadas más tarde para fines educacionales.

La Constitución de 1940, en el segundo párrafo del artículo 52, establece una medida altamente significativa a este respecto: "El presupuesto del Ministerio de Educación no será inferior al ordinario de ningún otro Ministerio, salvo caso de emergencia declarada por la Ley".

Los presupuestos nacionales aprobados para el año fiscal de 1951-52 ascendieron a \$ 281,546,841.00; el Ministerio de Educación tiene asignados, en el llamado presupuesto ordinario, \$ 16,246,578.08 y por el extraordinario \$ 41,922,015.04, lo que hace un total de \$ 58,168,593.12, y un poco menos del 25% del presupuesto general del país.

Donde resulta altamente confortador comparar las cifras presupuestales es en lo que a la enseñanza primaria se refiere. Esta tiene asignados, entre los dos presupuestos, \$ 34,858,769.72, lo que arroja \$ 63.3 por cada niño matriculado en las escuelas primarias de la República. Bastaría contemplar la cantidad correspondiente en el año de 1933-34 y la de 1951-52, para juzgar el adelanto que en este sector de la educación pública ha experimentado Cuba.

El analfabetismo

Al terminar la dominación española, el estado desastroso de la enseñanza en el país trajo como consecuencia el 64% de analfabetos de la población total.

Según el Censo de 1943, "si se considera la proporción de personas con instrucción, no con respecto a la población de 10 años y mayores, sino respecto de la población total de la República, los porcentajes de personas con instrucción eran de 52.9 y 53.3 por ciento para 1931 y 1943, respectivamente". Es decir, 47.1% de la población total y 46.7%, eran analfabetos.

En cambio, respecto a la población de 10 y más años de edad —que es la que en realidad debe tomarse en cuenta para establecer el analfabetismo de un país— y que alcanzaba la cifra de 3,575,431, había 789,301 analfabetos, lo que equivalía al 22.08%. Estos verdaderos analfabetos representan, frente a la población total de 4,778,583 almas, el 16.52%. (Censo de la República, 1943.)

En el siguiente cuadro comparativo puede apreciarse el adelanto que, en este aspecto, ha experimentado nuestra República:

	Total de población	Personas que no saben leer de la población total	Analfabetos de 10 años y más	% de analfabetos respecto a 10 años y más	% de analfabetos respecto a la población total
1899	1,572,797	64%	690,565	45%	32.06%
1943	4,778,583	46%	789,301	22%	16.52%

CAPÍTULO II

LA ENSEÑANZA OFICIAL SECUNDARIA Y ESPECIAL

AL instaurarse la República en 1902, existían, como instituciones secundarias, los seis Institutos de Segunda Enseñanza; fundados los primeros en la Habana, Matanzas, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, en virtud de la aplicación en nuestro país —Plan General de Estudios para la Isla de Cuba— de la Ley Española de Instrucción Pública de 1857; y reorganizados éstos, creándose además el de Pinar del Río, por el último Plan de Instrucción Pública de la Colonia, establecido en el Real Decreto de 1880.

Como institución especial más antigua estaba la Academia de Dibujo y Pintura "San Alejandro", fundada por la Sociedad Económica de Amigos del País en 1818, a instancias del Intendente Alejandro Ramírez. La Escuela de Artes y Oficios, que había iniciado sus actividades en 1882, rendía una labor muy eficaz. También existían una Academia de Comercio anexa al Instituto de la Habana y una Escuela Normal de Kindergarten, creadas por el Gobierno Norteamericano de Ocupación.

Así como la reorganización de la primera enseñanza gravitó fundamentalmente sobre los pedagogos norteamericanos Hanna y Frye, la reforma de la enseñanza secundaria y superior recayó sobre Enrique José Varona: él le imprimió el rumbo que su filosofía y sus ideas pedagógicas consideraban más apropiado para un pueblo que, como el nuestro, se iniciaba en la vida de la libertad.

Como hoy se aplica el concepto de enseñanza secundaria o media tanto a los antiguos Institutos y Escuelas Normales, como a los Centros de carácter técnico y especial que existen, desarrollaremos bajo este capítulo lo concerniente a Institutos, Escuelas Normales de Maestros, Escuelas Normales de Kindergarten, Escuelas del Hogar, Escuelas de Comercio, Escuela Profesional de Periodismo, Escuelas Técnicas, Escuelas de Artes y Oficios, Escuelas Politécnicas, Escuelas de Bellas Artes, e Instituto Nacional de Educación Física.

Los Institutos de Segunda Enseñanza: Su legislación

No sucedió igual con la enseñanza secundaria que con la primaria: en ésta casi no existían las escuelas, en aquélla sí, en cambio los planes de estudios eran en la secundaria tal vez más ineficaces que en la primaria, y había una absoluta carencia de laboratorios, museos, bibliotecas, etc., salvo en el Instituto de la Habana, que se encontraba mejor dotado.

En 30 de junio de 1900, por la Orden Militar No. 267, se llevó a cabo la reorganización de estos Centros, consignándose en los presupuestos cantidades para material científico y otras necesidades.

Por esa reforma se anexaban al Instituto de la Habana una Escuela de Náutica, así como estudios de Comercio y Taquigrafía, y un Jardín Botánico. A cada uno de los Planteles de provincias se agregaba una Escuela de Agrimensura. Pese a estos anexos de tipo vocacional, los Institutos Provinciales funcionaron siempre con carácter pre-universitario.

Esta legislación se mantuvo sin cambio substancial por 37 años. Por la Ley Docente de 8 de enero de 1937, y después de las grandes perturbaciones políticas y docentes experimentadas en esa década, se suspendieron en su artículo 39 "todas las leyes, decretos-leyes, decretos, órdenes y cuantas disposiciones estén en vigor en relación con la Segunda Enseñanza que estaba a cargo de los Institutos, y especialmente suspende el cumplimiento de la Ley No. 179, de 20 de mayo de 1935 y de todas las actuaciones de cualquier índole que fueren derivadas o hechas al amparo de esta última Ley".

Se había intentado reformar la estructura y funcionamiento de los Institutos de Segunda Enseñanza aumentando su número y modificando sus planes de estudios en virtud de ese Decreto-Ley 179 de 24 de mayo de 1935. En total se creaban 18 Centros de este tipo —después se redujeron a 15— y se determinaron como asignaturas independientes la Geografía de Cuba, Historia de Cuba, Literatura Cubana, Introducción a la Biología, Sociología y Agricultura. Pero estos planteles no llegaron a funcionar, aunque su número se mantuvo para el futuro.

Por el Decreto Presidencial No. 2557 de 18 de agosto de 1937, se vuelve a poner en vigor un plan de estudios igual al llamado Plan Varona.

Más tarde, por el Decreto Presidencial No. 1911 de 14 de agosto de 1939, se dicta un Reglamento para la segunda enseñanza que se imparte en los Institutos, estableciendo un nuevo Plan de Estudios —conocido popularmente con el nombre de Plan Guzmán—. En él se hacían innovaciones notables a dicha enseñanza, y se aclaraba que el

término "segunda enseñanza" se aplicaría estrictamente a los Institutos, excluyendo las demás ramas de la enseñanza media. A la sazón funcionaban en la República 21 de estos Planteles, a más de un Curso Nocturno en el No. 1 de la Habana, autorizado por Resolución del Secretario de Educación de fecha 30 de julio de 1937.

La Constitución de 1940 estableció en el párrafo 3º del artículo 48 que "será gratuita la segunda enseñanza elemental y toda enseñanza superior que impartan el Estado o los Municipios con exclusión de los estudios pre-universitarios especializados y los universitarios". Y agrega en el párrafo siguiente: "En los Institutos creados o que se crearen en lo sucesivo, con categoría de pre-universitarios, la Ley podrá mantener o establecer el pago de una matrícula módica de cooperación, que se destinará a las atenciones de cada establecimiento".

En el artículo 59 de la propia Constitución se creaba el Consejo Nacional de Educación y Cultura, que la Ley Docente de enero de 1937 había también regulado, sin que entonces se llevara a la práctica su organización. Por el Decreto Presidencial No. 3439 de 19 de noviembre de 1940 se hizo efectiva dicha organización, por lo que venía a estar encargado de fomentar, orientar técnicamente o inspeccionar las actividades educativas, científicas y artísticas de la nación, una entidad técnica, similar a la que existe en muchos países.

Integraban ese Consejo un Delegado de cada una de las siguientes Facultades de la Universidad de la Habana: Educación, Filosofía y Letras y Ciencias, para lo cual fueron escogidos por sus respectivos claustros los doctores: Diego González, Salvador Massip y Manuel Mencía. Un miembro de la Academia de Ciencias, que fué el doctor Felipe Mencía; un miembro de la Academia de la Historia, que fué el doctor Tomás de Jústiz; un miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras, el doctor Esteban Valderrama; un miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País, el doctor Antonio María Eligio de la Puente; un miembro del Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales, el doctor José Manuel Cortina; un miembro por la Sociedad Cubana de Ingenieros, el doctor Cirilo Pérez; un miembro por la Facultad de Derecho y otro por la de Medicina de la Universidad de la Habana, que fueron, respectivamente, los doctores José Guerra López y Rodolfo Pérez de los Reyes. Y "seis personas de relieve intelectual designados por el Presidente de la República a propuesta del Consejo de Secretarios, de las cuales una tendrá que haber sido profesor de educación primaria, otra de educación secundaria o normalista y otra de enseñanzas especiales o artísticas", siendo nombrados los doctores: Carlos de la Torre, Alfredo M. Aguayo, Juan Marinello, Fernando Aguado, Leopoldo Ro-

mañach y Mercedes García Tudurí. Se encontraban presididos, inicialmente, por el doctor Juan J. Remos, Ministro de Educación en esa oportunidad.

Posteriormente se relevaron algunas de esas personas, entrando a formar parte los doctores José Manuel Gutiérrez, Raimundo Lazo y Julio Quintana.

Más tarde, y por el Decreto Presidencial No. 2323 de 20 de agosto de 1941, se puso en vigor un nuevo Plan de Estudios para los Institutos de Segunda Enseñanza, conocido popularmente con el nombre de Plan Remos. En el primer Por Cuanto se explicaba que el anterior Plan, establecido en 1939, "ofrece, en la práctica, notables dificultades que han sido reiteradamente expuestas por los propios centros docentes a los cuales afecta, ya que el excesivo número de horas de clases, así como las nuevas asignaturas hacen difícil, no sólo la coordinación necesaria con las realidades actuales, sino que constituyen un recargo de labores para el alumnado, poco provechoso desde el punto de vista pedagógico".

Este Plan formaba parte de un Proyecto de Reforma General de la Enseñanza que elaboraba el Consejo Nacional de Educación y Cultura, en cumplimiento de disposiciones constitucionales, y al ser puesto en vigor por el Decreto 2323, fué alterado en su contenido original, como se expresa en la Resolución Sexta del mismo Decreto: "Las asignaturas de la Sección Práctica de cada año, con excepción de la Educación Física, quedarán en suspenso hasta tanto los gastos que ellas originen sean incluidos en los Presupuestos Generales de la Nación". Es este Plan el que está actualmente en vigor.

Posteriormente, los Decretos Presidenciales Nos. 2512 de 12 de septiembre de 1941; 1886 de 26 de junio de 1942; 3375 de 11 de diciembre de 1941; y 114 de 7 de febrero de 1942, se dictaron para completar distintos aspectos de aquella legislación.

El profesorado

A los Profesores de los Institutos que tienen a su cuidado las materias de Ciencias y de Letras, se les exige ser graduados de la Universidad. La Orden Militar 267, vigente hasta 1937, exigía que los Profesores fueran Doctores en Ciencias o en Letras, según la Cátedra. Exceptuaba de este requisito a los que enseñasen lenguas vivas.

La Ley Docente derogó la Orden Militar 267, pero el Consejo Nacional de Educación y Cultura, así como la Universidad de la Habana, mantuvieron la necesidad de aquellos títulos.

Por otro lado, y puesto que la Constitución de 1940, en su Transitoria Tercera al Título V, establecía un término no mayor de tres le-

gislaturas para que el Congreso votara la Ley de Reforma General de la Enseñanza, donde se debían establecer todos los requisitos para ocupar las Cátedras (y aun no lo ha hecho, a pesar de que estamos en 1952) sigue en suspenso esta cuestión. "Mientras tanto —dice la propia Transitoria— no podrá proveerse ninguna cátedra de enseñanza oficial sin los debidos títulos y certificados de capacidad específica." La mayor parte de las autoridades docentes en los últimos años ha estimado que dichos títulos han de ser los mismos que establecía la Orden Militar 267.

Las Cátedras de Educación Física, que fueron creadas con posterioridad a dicha Ley, deberán ser desempeñadas actualmente por Profesores que posean el Diploma acreditativo de haber cursado esos estudios. Pese a todo lo anteriormente expuesto, existe un gran número de Profesores de Institutos que no posee los Títulos antes señalados. En sus nombramientos ha intervenido, tanto la influencia política, como la situación verdaderamente confusa a que ha dado lugar la derogación de la Orden Militar 267, que no ha sido sustituida, en lo que a la capacidad académica se refiere, por una ley que regule los requisitos para ser profesor.

Las categorías que para los Catedráticos establecía la Orden Militar eran tres: Titular, Auxiliar y Supernumerario. El primero estaba obligado a profesar todos los cursos de las asignaturas de su Cátedra, y sólo cuando sus alumnos excedieran de 50, se le nombraría un Auxiliar.

Después de los tres años en que estuvieron clausurados por el Gobierno los centros docentes —del 1930 a 1933— se modificó esa jerarquía, creándose gran número de Titulares en cada Cátedra. Posteriormente desapareció el cargo de Supernumerario. En cambio, dado que le fué siendo impartida con el tiempo más intensidad a los trabajos de Laboratorio y Museo, se creó la categoría de Ayudante en muchas Cátedras, y se multiplicaron los nombramientos.

Cuando existía un sólo Titular, era obvio que éste ejerciera la jefatura de su Cátedra. Pero cuando se crearon varias plazas con esta misma categoría, se determinó por el Reglamento —Decreto Presidencial No. 2557 de 18 de agosto de 1937— que el Profesor más antiguo actuaría como Jefe de la Cátedra, y que debería, como tal, procurar que existiera en ella unidad de enseñanza.

La forma de designarse el Profesorado también ha sufrido modificaciones de acuerdo con las circunstancias políticas y sociales por las que ha atravesado el país. La citada Orden Militar 267 señalaba los preceptos para provisión de las cátedras, en los cuales se establecía el procedimiento de concurso-oposición.

Aun cuando esta legislación siguió vigente, se dejaba de cumplir con frecuencia, usando las autoridades docentes el sistema de nombramiento libre para cubrir provisionalmente las cátedras. Después de la clausura de los Institutos en el año de 1930, no han vuelto a realizarse pruebas para cubrir en propiedad los cargos de Profesor. En el año de 1949, el Ministro de Educación convocó a concurso-oposición para muchos grupos de Cátedras de los 21 Centros de esta clase, pero esas pruebas sólo tenían por objeto resolver el problema de ajustar el Profesorado secundario a las posibilidades económicas de los Presupuestos de ese año fiscal, por lo que sólo pudieron concurrir las personas afectadas.

Los sueldos y categorías han sufrido, a lo largo de 50 años diversos cambios, de acuerdo, sobre todo, con la situación económica que ha atravesado el País. En el año de 1926 alcanzaron los cargos de catedráticos la más elevada categoría y los más altos sueldos. Aunque últimamente han sido objeto de considerable aumento, el Profesorado secundario reclama, y le ha sido reconocido de modo condicional por la Ley No. 13 de 22 de diciembre de 1951, el retorno a aquella categoría del año de 1926.

El crecimiento del Profesorado de estos Centros ha corrido parejas con el de los alumnos y, naturalmente, con el aumento de la población de Cuba. En el año de 1933, cuando se levantó la clausura que por tres años mantuvo cerrados los planteles, y seguían siendo seis los Institutos de Segunda Enseñanza, los profesores Titulares sumaban 136 y los Auxiliares 49 —sin contar los de categoría de Supernumerarios—. En 1944, funcionando ya 21 Institutos, los Titulares eran 491 y los Auxiliares 299. En el curso 1951-52 el número de Titulares era 632 y el de Auxiliares 305. El aumento, por lo tanto, ha sido notable, sin que figure en las cantidades anteriores un gran número de Profesores que fué declarado excedente en el curso de 1949-50, y que ha sido ahora repuesto en sus cargos para ejercer en el 1952-53. Para poder apreciar más objetivamente los datos anteriores, los resumiremos en el siguiente cuadro:

	Institutos	Alumnos matriculados	Total de Profesores
1930	6	5,483	185
1944	21	26,222	790
1952	21	17,071	937

El aumento extraordinario del Profesorado secundario, sin embargo, no ha obedecido a un plan científico, y las plazas se han creado, muchas veces, para servir intereses personales y políticos.

Los alumnos

Durante 30 años, los alumnos de los Institutos, llamados entonces Provinciales, mantenían un aumento discreto de curso en curso. Pero después del año de 1933, fué tan grande el crecimiento de la matrícula en todos los Centros, que su capacidad resultó extremadamente limitada para satisfacer la gran demanda de la adolescencia y juventud.

Antes de la gran crisis del 1930-1933, en el último año escolar normal, la matrícula en los Institutos de Segunda Enseñanza alcanzaba la cifra de 5,483 alumnos. En su casi totalidad eran adolescentes de 13 a 17 años. Su oficio era estudiar, y su máximo objetivo pasar a la Universidad de la Habana para realizar estudios profesionales. Recibían por entonces instrucción militar, puesto que hacía 4 años se había dispuesto que en la mayoría de esos Centros fungiera de Director un militar de alta graduación.

Pero al producirse la caída del Gobierno en el año de 1933 y reabrirse dichos Planteles, a los adolescentes de edad normal se le sumaron los jóvenes que habían interrumpido sus estudios por tres años, y otras muchas personas de edad más madura. Una verdadera fiebre por aprender y ganar el tiempo perdido pareció contagiar a todo el mundo, a cuyo fenómeno no era ajeno el prestigio que habían adquirido entonces los Centros docentes por el esfuerzo estudiantil y profesoral realizado contra el régimen político que acababa de ser derrocado.

Las autoridades docentes dispusieron en casi todos los Planteles la celebración de Cursos, que permitieran a los estudiantes que habían sacrificado tres años en sus estudios, recuperar parte del tiempo pasado. Estas facilidades incitaron a muchas personas que ya no eran estudiantes, a comenzar o a proseguir estudios, lo que produjo un estado de congestión indescriptible, desde los Institutos hasta la Universidad.

Poco a poco las cosas fueron normalizándose, y los estudiantes de los planteles secundarios volvieron a ser adolescentes. Sin embargo, tuvieron que pasar tres lustros, para que pudieran erradicarse plenamente del seno de estos establecimientos las prácticas de violencia y desacato, a que cierta parte de los estudiantes se había habituado en la lucha política.

Todos esos acontecimientos explican el descenso que parece haber experimentado el total de la matrícula en los últimos años, percibiéndose, a la vez, un gran aumento compensatorio en los colegios privados de segunda enseñanza, pues muchos padres, alarmados con las frecuentes perturbaciones que padecieron durante toda esa época los Centros oficiales, optaron por matricular a sus hijos en instituciones menos expuestas.

La enseñanza

Aunque en los primeros momentos, cuando se iniciaba la organización de los servicios públicos por el Gobierno Norteamericano de Ocupación, pareció producirse una divergencia acerca de la orientación que debía dársele a la enseñanza secundaria y superior, entre humanistas y científicistas, la rápida sustitución del General Brook por el General Wood, llevó a Enrique José Varona a formar parte del Gabinete de este último, permitiéndole estructurar la educación de Cuba de acuerdo con sus ideas filosóficas y pedagógicas. Frente al realismo que encarnaba su tendencia, estaba el humanismo, representado, entre otros, por González Lanuza y Manuel Sanguily.

"A Cuba le bastan dos o tres literatos; no puede pasarse sin algunos centenares de ingenieros" expresa Varona al exponer su Reforma. Por eso suprime el Latín y la Historia de España y estructura un Plan de Estudios para la Segunda Enseñanza, breve, pero intensivo, con predominio de las ciencias, para ser impartido en cuatro años. "Ni siquiera como disciplina del intelecto —agrega en *Las Reformas en la enseñanza superior*, 1901— puedo admitir que debamos preferir los cubanos el estudio de las humanidades al de las ciencias."

Las materias que comprendía la enseñanza secundaria, agrupadas en cuatro años, eran: Gramática y Literatura Castellanas (preceptiva e histórica); una lengua extranjera (inglés o francés); Geografía Universal; Historia Universal; Matemáticas hasta la Trigonometría inclusive; Física; Química; Nociones de Cosmología (Descripción física del mundo); Introducción a la Biología. Historia Natural; Lógica y Nociones de Psicología; Introducción a la Sociología. Enseñanza Cívica.

Aunque la Cosmología, la Sociología y la Biología se declaraban potestativas, y por lo tanto, se suprimían en la práctica, otras materias se impartieron en varios cursos: las Matemáticas en tres años; la Física en dos; el Inglés o Francés en dos; la Gramática y Literatura Castellanas en tres.

Tal vez se pueda alegar respecto a este Plan que su larga vida fué la mejor prueba de que había sido operante para la realidad cubana. Lo que sí resultaba obvia era su ineficacia a los 37 años de vigencia.

El aliento de renovación que animó a Cuba después de 1933, se hace patente en la Ley Docente de 8 de enero de 1937, que entre otras iniciativas dispone la creación de una Comisión Reorganizadora de la Segunda Enseñanza, a la que le señala ciertas normas, integrada por un Profesor por cada una de las siguientes Escuelas de la Universidad: Ciencias, Filosofía y Letras y Pedagogía; así como por cuatro Profesores de Segunda Enseñanza.

En el Proyecto elaborado por esa Comisión —que no llegó nunca a ponerse en vigor— se manifestaban ya las nuevas ideas que animaban la enseñanza secundaria de los países más civilizados.

En el Decreto Presidencial No. 1911 de 14 de agosto de 1939, hemos dicho que se regula un nuevo Plan de Estudios. Por primera vez, aparece oficialmente la división del Bachillerato que, a una etapa común de cuatro años, la hacía seguir de otra especializada y de un año de duración. En cada año, existía una parte de carácter teórico, y otra vocacional; pero esta última, por la Disposición transitoria de dicho Reglamento se “suprimía provisionalmente”.

Ya hemos dicho que antes de comenzar a cumplirse lo correspondiente al 3^{er}. año de este Plan, fué derogado y sustituido por el Decreto 2323 de 20 de agosto de 1941. El Plan de Estudios que ahora se ponía en vigor —Plan Remos— recogía el principio de distinguir entre el Bachillerato Elemental —de cuatro años— y el Pre-universitario. En la ponencia original elaborada por el Consejo Nacional de Educación y Cultura, como parte del proyecto de la Reforma General de la Enseñanza, los estudios pre-universitarios comprendían dos años, pero el propio Consejo tuvo que modificar provisionalmente su dictamen, a petición del Ministro de Educación, y limitar la parte pre-universitaria a un solo año, como había mantenido el Plan derogado, dada la urgencia en sustituir éste, que se consideraba de imposible cumplimiento.

También ahora las materias vocacionales que integraban la parte práctica del Plan fueron suspendidas temporalmente en el propio Decreto, hasta tanto se incluyeran sus gastos en los Presupuestos Generales de la Nación.

La llamada sección teórica de cada uno de los años de este Plan se impartía en 20 horas semanales, y la práctica en 6. La edad de ingreso se fijó en 12 años como mínimo, pudiendo hacerse con la certificación del 8^o grado de las escuelas primarias superiores o bien mediante examen. Dados los cinco cursos que comprendía la enseñanza, los alumnos que aspiraban a realizar estudios superiores terminaban a los 17 años, edad mínima que señala la Universidad para el ingreso en sus Facultades.

Las materias establecidas y su ordenamiento eran los siguientes:

Primer año. Sección Teórica: Español, primer curso; Matemáticas, primer curso; Inglés o Francés, primer curso; Geografía e Historia Antigua y Media. Las tres primeras se daban con una intensidad de 5 horas semanales, la 4^a con 3 y la 5^a con dos. La sección práctica la integraban la Educación Física y Laboratorio, Oficina, Dibujo Natural y Lineal, Música o Taller.

Segundo año. Sección teórica: Español, 2º curso; Matemáticas, 2º curso; Inglés o Francés, 2º curso; Geografía Regional; Historia Moderna y Contemporánea; Anatomía, Fisiología e Higiene. Las tres primeras con una intensidad de 4 horas semanales, la 4ª y la 5ª con 3 horas y la 6ª con dos horas. La sección práctica la componían las mismas materias que integraban la citada sección en primer año.

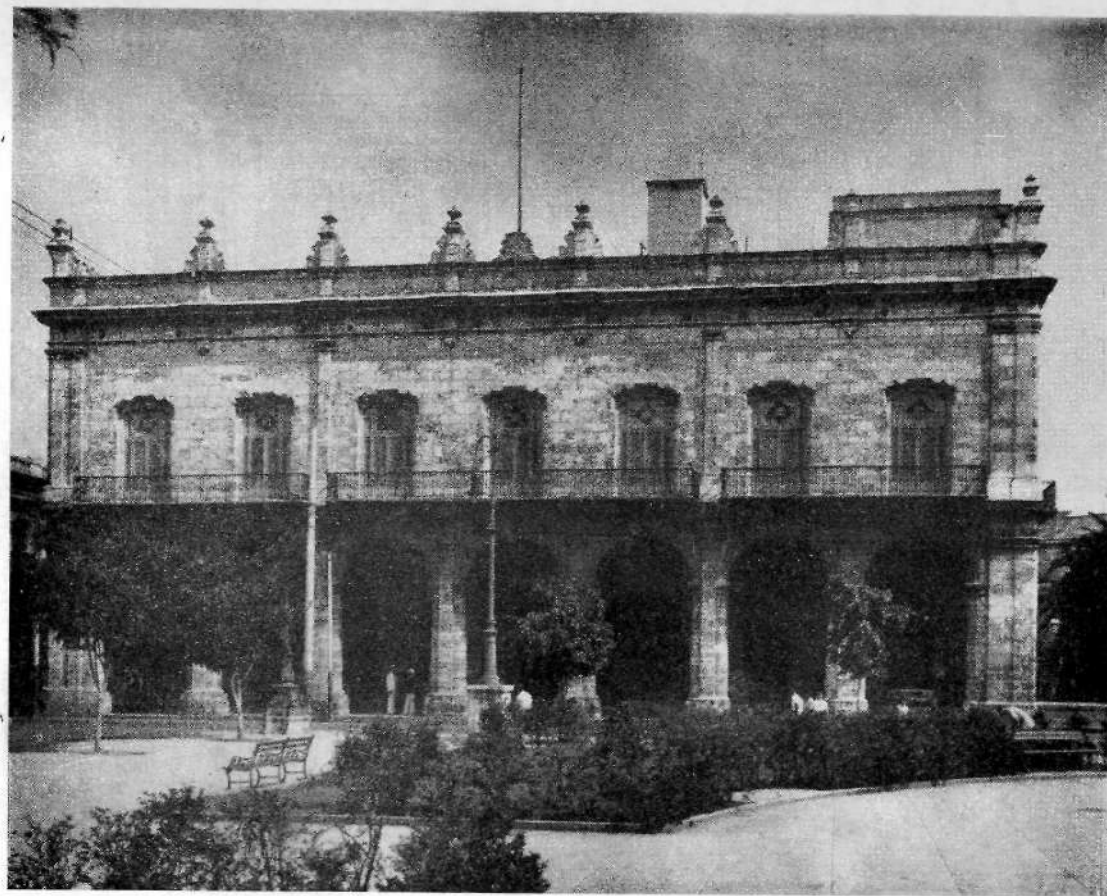
Tercer año. Sección teórica: Español, 3er. curso; Matemáticas, 3er. curso; Inglés o Francés, 3er. curso; Geografía de Cuba e Historia de Cuba; Cívica; Física, 1er. curso y Psicología. La 1ª, 2ª, 5ª y 6ª con una intensidad de 3 horas semanales; la 3ª y la 7ª con 2, y la 4ª con 4 horas. La sección práctica seguía la norma de los otros años.

Cuarto año. Sección teórica: Español, 4º curso; Matemáticas, 4º curso; Física, 2º curso; Química; Ciencias Naturales; Economía Política; Agricultura. Las cuatro primeras con una intensidad de 3 horas semanales, la quinta con 4, y las dos últimas con dos. La sección práctica era idéntica a la de los otros cursos.

Ya hemos dicho como el Decreto Presidencial No. 1886 de 26 de junio de 1942 completó dicho Plan de Estudios regulando el 5º año, que tendría carácter pre-universitario y que se dividiría en dos ramas, de acuerdo con las Facultades universitarias en la que los alumnos fueran a matricularse. El *Quinto año de Letras*, que capacitaba para ingresar en Filosofía y Letras, Pedagogía y Derecho, en sus diferentes Escuelas, contaba de seis asignaturas: Español, Francés, Historia de América, Sociología, Introducción a la Filosofía y Lógica. Estas cuatro últimas serían de medio curso, y se impartirían todas con una intensidad de 5 horas semanales. El *Quinto año de Ciencias*, capacitaba para ingresar en Medicina, Ciencias, Farmacia o cualquier otra similar, y estaba integrada por cuatro cursos: Ampliación de Matemáticas; Ampliación de Física; Ampliación de Química, y Biología; todas con una intensidad de 5 horas semanales.

Se aclaraba en el mismo Plan, que las asignaturas que constituyeran medios cursos se impartirían sin interrupción, con el objeto de evitar la simultaneidad de un número excesivo de asignaturas y reducir a uno sólo el examen de las mismas. Años después, cuando ya no funcionaba el Consejo, se modificó este aspecto, se hicieron alternas las materias de medio curso, impartíéndolas a lo largo de todo el año académico y se multiplicaron, naturalmente, los exámenes de las mismas.

Es curioso como el hecho de no haberse puesto en vigor las materias prácticas no ha impedido que en un gran número de Centros docentes de esta clase se hayan ido fomentando oficiosamente las enseñanzas mu-



TRIBUNAL SUPREMO

TRIBUNAL SUPREMO. Antigua Casa de Correos, Palacio de la Intendencia o del Segundo Cabo, como se le ha denominado por sus diversos destinos coloniales, fué iniciada su construcción bajo el gobierno de don Felipe Fonsdeviela y Ondeano, marqués de la Torre, y concluida dos décadas después, hacia 1792, durante el mando de don Luis de las Casas y Aragorri. Dirigió la edificación el reputado ingeniero cubano don Antonio Fernández Trevejos "con arreglo al plano que presentaría don José Antonio Armona", a quien, apunta el profesor Joaquín Weiss, "probablemente le sería enviado [el diseño original] desde la Península". En 1902, fué destinada la vasta y hermosa construcción a Palacio del Senado hasta que, en 1929, inaugurado el Capitolio, quedó instalado allí el Tribunal Supremo de Justicia, previa una oportuna e inteligente restauración. "El edificio, puntualiza Weiss, aunque poco movido, posee una gran personalidad."

Grabado de una impresión fotográfica obtenida por el Ministerio de Obras Públicas.

sicales, sobre todo se han organizado y dirigido conjuntos polifónicos, algunos muy notables, que están evidenciando las apetencias que tienen los estudiantes secundarios de estas enseñanzas.

La ausencia de fiscalización especial y sistemática de los estudios de Bachillerato, ha sido señalada siempre como una quiebra de este tipo de enseñanza entre nosotros. En vista de ello, las autoridades docentes reorganizaron la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, y crearon un cuerpo de Inspectores Técnicos. Aunque todavía, por defectos de regulación, no rinden estos organismos el beneficio que de ellos debe esperarse, es lógico estimar que en el futuro, mejor delineadas sus funciones, sean de efectiva eficacia para esta modalidad de la educación secundaria.

Dado que el Consejo Nacional de Educación y Cultura, a pesar de su carácter constitucional y la alta misión que le está conferida por la Ley, ha dejado de funcionar, por la falta de asistencia de las altas autoridades que tienen la obligación de reunirlo y escucharlo, el Proyecto de Reforma General de la Enseñanza quedó sin viabilizar. Esto no ha impedido que en distintas ocasiones se haya anunciado por los Ministros de Educación que se han sucedido, la realización inmediata de esa reforma, para lo cual han designado Comisiones de trabajo, pero nunca se ha llegado a efectuar definitivamente ningún proyecto.

Recientemente, la Misión Económica y Técnica organizada por el International Bank for Reconstruction and Development, en colaboración con el Gobierno de Cuba, indicó a éste, como recomendación más importante, la de crear un Consejo Nacional de Educación, ajeno a la política, que administre todo el sistema educativo de Cuba. (*Report on Cuba, 1951.*)

El aspecto económico

El progreso material de los Institutos de Segunda Enseñanza es muy notable, no sólo cuando se comparan las asignaciones que han tenido en los Presupuestos Generales de la Nación sino también cuando se aprecian las mejoras establecidas en sus locales, Laboratorios, Museos, etc.

Se han instalado adecuadamente en edificios modernos, construídos especialmente, los Institutos del Vedado, Víbora, Marianao, Güines, Morón, Ciego de Avila, Santiago de Cuba, Holguín, Pinar del Río, Sagua la Grande. La Habana, y otros de los antiguos provinciales, poseían ya magníficas construcciones.

En el Cuadro que exponemos en la página siguiente se han tabulado las cantidades presupuestadas para cada Centro durante el año fiscal de 1949-50. Como podrá advertirse, el costo por alumno resulta,

CUADRO ECONOMICO DE LOS INSTITUTOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA

(Elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza de acuerdo con las cantidades asignadas en los Presupuestos Generales de la Nación para el año de 1949-50 y el número de alumnos matriculados en el propio año en dichos Centros docentes)

	Total de alumnos oficiales	Personal docente		Personal administrativo y subalterno		Material y gastos diversos	Alquileres	Total anual presupues- tado	Promedio anual por alumno
		Haber básico	Gratifica- ción	Haber básico	Gratifica- ción				
1 - Pinar del Río ..	537	\$ 62,500.00	\$ 18,468.85	\$ 17,460.00	\$ 9,489.15	\$ 2,740.00	\$	\$ 110,658.00	\$ 206.06
2 - Artemisa	324	46,900.00	15,977.51	11,520.00	5,769.63	2,740.00	967.92	81,875.06	252.70
3 - Habana	2,707	259,200.00	76,408.56	64,860.00	36,368.48	5,476.00		442,313.04	163.39
4 - Vedado	1,608	158,200.00	46,331.08	45,510.00	24,672.82	3,930.00		278,643.90	173.28
5 - Vibora	2,017	197,600.00	57,963.54	59,030.00	34,207.34	4,500.00	1,045.44	354,346.32	175.68
6 - Marianao	1,096	123,800.00	36,047.34	28,690.00	15,228.65	2,740.00		206,505.99	188.42
7 - Güines	512	49,200.00	14,610.80	11,970.00	6,189.63	2,740.00		84,710.43	165.45
8 - Matanzas	946	81,800.00	24,202.94	26,880.00	15,250.57	3,000.00		151,133.51	159.76
9 - Cárdenas	395	39,000.00	11,550.32	13,170.00	6,594.52	2,740.00	864.00	73,918.84	187.14
10 - Santa Clara	954	84,300.00	25,199.27	21,400.00	12,315.83	3,000.00		146,215.10	153.27
11 - Cienfuegos	491	55,600.00	16,568.98	16,410.00	8,226.85	2,740.00	864.00	100,409.83	204.50
12 - Sagua la Grande	349	35,500.00	10,670.61	12,270.00	6,182.65	2,740.00	864.00	68,227.26	195.49
13 - Remedios	386	38,200.00	11,386.04	12,720.00	6,602.65	2,740.00	864.00	72,512.69	187.86
14 - Sancti Spíritus ..	351	41,200.00	12,324.06	12,420.00	6,609.63	2,740.00		75,293.69	214.51
15 - Camagüey	627	64,700.00	19,242.59	17,270.00	9,103.87	3,000.00		113,316.46	180.73
16 - Ciego de Avila ..	321	42,800.00	12,652.62	11,520.00	5,769.63	2,740.00	967.92	76,450.17	238.16
17 - Morón	359	40,100.00	11,937.19	10,530.00	5,011.71	2,740.00	864.00	71,182.90	198.28
18 - Santiago de Cuba ..	1,603	103,900.00	31,155.95	36,130.00	19,470.74	5,800.00	1,651.68	198,108.37	123.59
19 - Holguín	581	49,500.00	14,833.39	11,520.00	5,769.63	2,740.00	1,299.60	85,662.62	147.44
20 - Manzanillo	334	39,000.00	11,550.32	12,270.00	6,182.65	2,740.00	1,372.20	73,115.17	218.91
21 - Guantánamo	573	51,600.00	15,747.50	12,870.00	6,601.50	2,740.00	708.00	90,267.08	157.53
Totales	17,071	\$1,664,600.00	\$ 492,829.54	\$ 466,420.00	\$ 251,618.13	\$ 67,066.00	\$ 12,332.76	\$2,954,866.43	\$ 173.09

por lo general, mucho más elevado en los Institutos de matrícula reducida que en los de alta matrícula.

El promedio por alumno es de \$ 173.09, cantidad que es mucho más baja que la de casi todas las otras escuelas secundarias que mantiene el Estado.

Las Escuelas Normales: Su legislación

La Ley de 16 de marzo de 1915 que creó las Escuelas Normales, fué el resultado de un estado de conciencia que se venía gestando desde la Ocupación Norteamericana.

El sistema de exámenes periódicos no podía mantenerse indefinidamente, y la supresión de ellos, por otro lado, creaba un verdadero problema técnico. Las personas de mayor autoridad en el campo de la docencia pedían la creación de centros preparatorios de maestros, y la Asociación Pedagógica Universitaria, presidida por Alfredo Aguayo, tomó la iniciativa, que hace suya Manuel Sanguily, Senador de la República, quien en 1910 presenta ante dicho Cuerpo Legislativo un proyecto destinado a hacer viable aquella aspiración. La Ley fué aprobada definitivamente en 1915, y por ella se creaban dos Escuelas Normales en la Capital de la República, agregándose en el artículo II que en el término de dos años se establecería una Escuela para varones y hembras en la capital de cada una de las restantes provincias.

Las Escuelas Normales de Oriente y de Las Villas se establecieron en 1º y 9 de octubre de 1916, respectivamente. La de Pinar del Río el 5 de enero de 1918; la de Matanzas el 16 de octubre de 1918, y la de Camagüey el 1º de noviembre de 1923.

Para ejecutar dicha Ley se dictó un Reglamento —Decreto Presidencial No. 1624 de 4 de diciembre de 1915—. En el año de 1923, se aprobó un segundo Reglamento —Decreto No. 1056 de 25 de junio de 1923—, y por último, por Decreto No. 1749 de 1º de octubre de 1927, se estableció un tercer Reglamento.

Posteriormente, nuevas disposiciones legales reformaron distintos aspectos de aquella regulación original, como fueron la Ley de 24 de julio de 1916, la de 28 de julio de 1923, la de 27 de febrero de 1926, la de 10 de febrero de 1927, la de 20 de julio de 1931, la de 21 de diciembre de 1931, la Ley Docente de 8 de enero de 1937, y la Ley de Emergencia Económica No. 28 de 8 de septiembre de 1941.

También modificaron la legislación respecto a las Escuelas Normales los Decretos-Leyes Nos. 16, de 16 de febrero de 1934; 29, de 23 de febrero de 1934; 365, de 28 de octubre de 1935; y 390, de 8 de noviembre de 1935.

Reformaron la legislación de las Escuelas Normales, asimismo, los Decretos números 1636, de 7 de octubre de 1918; 300, de 20 de febrero de 1919; 1482, de 15 de octubre de 1919; 1286, de 1º de julio de 1921; 1638, de septiembre 28 de 1923; 397, de 7 de marzo de 1925; 467, de 17 de abril de 1926; 233, de 9 de febrero de 1927; 655, de 9 de mayo de 1927; 876, de 15 de junio de 1927; 654, de 9 de mayo de 1927; 815, de 27 de mayo de 1926; 1784, de 3 de noviembre de 1927; 29, de 3 de enero de 1928; 460, de 29 de marzo de 1928; 1081, de 30 de junio de 1928; 1308, de 1º de agosto de 1928; 1873, de 3 de noviembre de 1928; 222, de 5 de febrero de 1929; 17, de 6 de noviembre de 1929; 2638, de agosto 10 de 1934; 1233, de 15 de agosto de 1933; 2205, de 7 de oct. de 1933; 1236, de 15 de agosto de 1933; 781, de 27 de dic. de 1934; 1351, de 11 de mayo de 1934; 472, de 23 de diciembre de 1935; 1749, de 1º de octubre de 1937; 2731, de 8 de noviembre de 1938; 2731, de 28 de noviembre de 1938; 1378, de 6 de junio de 1939; 2461, de 9 de septiembre de 1940; 3416, de 19 de noviembre de 1940; 3414, de 26 de noviembre de 1940; 3549, de 16 de diciembre de 1940; 3441, de 19 de noviembre de 1940; 3452, de 18 de noviembre de 1941; 2181, de 1º de septiembre de 1942; 2691, de 28 de agosto de 1942; y 870 de 10 de marzo de 1943.

El Plan de Estudios actualmente en vigor fué dispuesto por Resolución Ministerial de 19 de noviembre de 1937. Y por último, la Constitución de 1940 establece en su artículo 50, con referencia a estas enseñanzas: "El Estado sostendrá las escuelas normales indispensables para la preparación técnica de los maestros encargados de la enseñanza primaria en las escuelas públicas. Ningún otro centro podrá expedir títulos de maestros primarios, con excepción de las Escuelas de Pedagogía de las Universidades".

El profesorado

En las Escuelas Normales que eran exclusivamente de varones o de hembras, se establecía —por la modificación dispuesta en virtud de la Ley de 24 de julio de 1916— que las materias de los distintos grupos de asignaturas tuvieran un Profesor o una Profesora, según el caso. En las mixtas, habría una Profesora para el grupo XII (Estudios especiales de Kindergarten); un Profesor y una Profesora para cada uno de los grupos 9º y 11º. (Anatomía, Fisiología e Higiene, Educación Física, Juegos y Deportes, para el 9º; Trabajos Manuales —con preferencia por el Sloyd en madera para los alumnos y la Economía Doméstica para las alumnas— para el 11º.) En los demás grupos de asignaturas podrían servir, indistintamente, Profesores o Profesoras.

Había dos clases de Categorías: Titulares y Auxiliares, y además la condición de Adjunta, que sólo se establecía para la Habana. En 1916, al agregársele un grupo más de alumnas al número caculado por la legislación inicial, tienen que aumentarse los Profesores. En el 1926 se amplía el número de alumnos que pueden ingresar. A consecuencia de estas prácticas, y por servir intereses, en su mayoría políticos, se nombran Profesores interinos al margen de lo establecido en las Leyes y Reglamentos. En 1930, ya la Escuela Normal de Señoritas de la Habana contaba con un personal docente cuatro veces mayor que el calculado, en tanto la de varones, cuya matrícula tanto ha decrecido después, llegó a duplicar el número de sus Profesores.

Al reanudarse las actividades docentes después de los tres años de clausura, se refunden en una sola Escuela las dos que habían sido creadas en la Habana. Un curso nocturno, semejante al que se ofrecía en el Instituto No. 1 de esta Capital, es agregado a los ya existentes, por lo que vinieron a ser cinco los grupos de Profesores que constituyeron, en lo adelante, el claustro de la Escuela Normal de la Habana.

En el curso de 1951-52, la nómina de Profesores era la siguiente en todas las escuelas de esta clase de la República:

	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares
Escuela Normal de Pinar del Río	15	11
„ „ „ La Habana	75	50
„ „ „ Matanzas	15	10
„ „ „ Las Villas	15	23
„ „ „ Camagüey	15	10
„ „ „ Oriente	15	29
Total	150	133

Los Títulos que según la Ley deben poseer los Profesores de las Escuelas Normales son los de Doctor en Pedagogía de la Universidad de la Habana o sus equivalentes; para los grupos de asignaturas 1º y 4º pueden optar también los Doctores en Filosofía y Letras de la propia Universidad; y para los grupos 2º y 3º los Doctores en Ciencias y los Ingenieros Agrónomos; así como para el grupo 9º los Doctores en Medicina.

Los Idiomas, los Trabajos Manuales y la Música, podrán ser desempeñados por los que posean certificados o diplomas que acrediten su idoneidad.

El procedimiento que la Ley señala para cubrir las plazas de Profesor de una Escuela Normal, es la oposición, estimándose el expediente académico como elemento de apreciación para juzgar la aptitud del can-

didato. Sin embargo, desde hace muchos años, como ha venido sucediendo en todos los centros secundarios, los nombramientos se han realizado libremente por las autoridades docentes.

También en el año de 1949, como aconteció respecto a todos los planteles secundarios, el Ministro de Educación convocó a oposiciones en muchos grupos de Cátedras, con el objeto de equilibrar los Presupuestos Generales de la Nación de aquel año fiscal, ya que en éste aparecían suprimidas muchas plazas. Pero esas oposiciones no tenían por objeto cubrir en propiedad ni definitivamente los cargos de Profesor, puesto que su objetivo era decidir una cuestión económica.

Además es conveniente recordar que todo el personal docente de los variados centros considerados como secundarios, fué equiparado hace años en sus haberes, de acuerdo con sus categorías.

Los alumnos

Las Escuelas Normales son instituciones creadas con una capacidad limitada. El Reglamento especifica en su artículo VII que "De los aspirantes a ingreso en una Escuela Normal se concederá la inscripción únicamente, en cada año, a los 50 que a juicio del claustro de Profesores posean la mejor disposición y aptitud para ejercer la profesión de maestro". Ya hemos dicho como esta limitación ha sido en la práctica alterada, concediéndose por las autoridades docentes, y no sólo en la Capital de la República, autorizaciones anuales para aumentar aquel cupo.

Para ingresar como alumno se requieren 14 años cumplidos, y como los estudios duran cuatro, la edad mínima para graduarse de maestro son 18 años. La enseñanza es gratuita, y está en vigor una disposición por la cual los alumnos que son declarados eminentes tienen derecho a una plaza de maestro, que se ha creado como estímulo a sus esfuerzos.

Del cupo total de ingreso de cada año, el 50% —de acuerdo con el Decreto-Ley No. 365 de 28 de octubre de 1935— es cubierto por los alumnos que posean el certificado de 8º grado de las escuelas primarias superiores, sin previo examen; y el 25% por los alumnos del mismo grado de las escuelas privadas que estén legalmente reconocidas. También quedan exentos de examen los aspirantes que posean el título de Bachiller o certificado de maestro obtenido legalmente. Cualquier otro aspirante que no esté en las condiciones ya expresadas, deberá ser aprobado en un examen de ingreso, que versará sobre todos los cursos de estudios de las escuelas primarias.

En el año de 1949-50, el número de alumnos matriculados en todos los centros de esta clase de la República era 4,665, en tanto en el de 1943-44 era 3,631, repartidos en la siguiente forma:

			ALUMNOS	
			1949-50	1943-44
Escuela Normal de Pinar del Río			520	553
„ „ „ La Habana			1,661	1,459
„ „ „ Matanzas			385	353
„ „ „ Las Villas			673	565
„ „ „ Camagüey			518	280
„ „ „ Oriente			908	421
Totales			4,665	3,631

Las muchachas constituyen más del 88% de la matrícula de todas las Escuelas juntas.

La enseñanza

La formación del magisterio cubano está a cargo, fundamentalmente, de las Escuelas Normales, aunque también preparan una parte del mismo las Escuelas de Kindergarten y del Hogar, en lo que se refiere a las enseñanzas de este tipo. Sin embargo, por las materias especiales que hoy se han incorporado a la enseñanza primaria, existen profesores, como los de educación física, dibujo, música, etc., que no son graduados de esas Escuelas.

El Plan de Estudios que se imparte en las Normales ha sido variado en cinco oportunidades; el 1º estuvo vigente hasta 1923; el 2º hasta el 1927; el 3º hasta el 1929; el 4º hasta 1934; y el 5º hasta 1937. El que está actualmente en vigor es el sexto Plan, y consta de 49 asignaturas, agrupadas en cuatro cursos, las cuales se ofrecen, para el 1º, 2º y 4º años en 29 horas semanales y en 33 para el 3º.

Al objeto de realizar el aspecto práctico de los estudios, la Ley determina que se adscribirán escuelas de primera enseñanza a cada Normal. Antes de que estuvieran creadas por separado las Escuelas de Kindergarten, la Ley disponía efectuar dichos estudios en las mismas Escuelas Normales, lo que exigía que también estuviera adscrita a éstas un aula de Kindergarten.

En el año de 1923, y por Ley de 28 de julio, se autorizó al Poder Ejecutivo para habilitar maestros en la provincia de Camagüey, así como en las otras provincias cuando las necesidades de la enseñanza lo exigieran, a estos maestros se les autorizó a cursar por la libre los estudios normales.

El profesor norteamericano Marvin S. Pittman hizo una investigación sobre la educación en Cuba y la sometió a la consideración de las altas autoridades docentes en el año de 1932. Aunque la hubo de rea-

lizar a petición de dichas autoridades, el Informe no fué dado a la publicidad, tal vez porque aquéllas se sintieron defraudadas, por la crítica que el Profesor hizo sobre todo el sistema educativo de Cuba, o bien porque en esa fecha la situación político-económica era ya muy difícil.

Entre las cosas que aconsejaba, respecto a las Escuelas Normales, estaba la tarea de iniciar una reforma de sus Planes y Programas que las colocaran en un nivel universitario, pues consideraba que así lo exigía la profesión del magisterio. (*Dictamen sobre el Informe del Profesor Marvin S. Pittman sobre el estado de la educación en Cuba*, Luciano R. Martínez, La Habana, 1933.)

En cuanto a llevar la inspección y el control técnico de esta enseñanza, existe la Superintendencia General, que ya citamos al hablar de los Institutos; así como un grupo de Inspectores Técnicos. Lo que dijimos en aquel lugar lo repetimos ahora, y esperamos, del mismo modo, que al perfeccionarse la estructuración de estas entidades, sea aun más eficaz el rendimiento de estas Escuelas, que están hoy, en su mayoría, perfectamente instaladas y equipadas.

El aspecto económico

Tanto la Escuela Normal de la Habana, que radica desde 1944 en un magnífico edificio de tres plantas, fabricado exprofeso, así como las de Matanzas, Santa Clara, Pinar del Río, etc., presentan un indudable progreso material.

Las cantidades consignadas en los Presupuestos Generales de la Nación para sus atenciones han aumentado considerablemente. En la página siguiente exponemos el cuadro económico, elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, en que se comparan dichas cantidades, correspondientes, al año fiscal de 1949-50, con el número de alumnos matriculados en las Escuelas Normales de la República, pudiéndose apreciar el costo que representa cada uno de esos alumnos para el Estado Cubano.

La Escuela Normal Rural "José Martí"

La organización de la Enseñanza Rural Cívico-Militar creó la necesidad de preparar un magisterio especializado en la educación rural. En 1936 se estableció en General Peraza la "Escuela de Aplicación, Instrucción y Perfeccionamiento", a la que se le impuso el nombre de "José Martí", y en ella se formaron los primeros maestros y misioneros.

En 1938 se había construído un edificio adecuado en la finca Doña Juana, donde se instaló la citada Escuela, que funcionó con carácter de internado.

CUADRO ECONOMICO DE LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTROS

(Elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza de acuerdo con las cantidades asignadas en los Presupuestos Generales de la Nación para el año de 1949-50 y el número de alumnos matriculados en el propio año en dichos Centros docentes)

	Total de alumnos	Personal docente		Personal administrativo y subalterno		Material y gastos diversos	Alquileres	Total anual presupuestado	Promedio anual por alumno
		Haber básico	Gratificación	Haber básico	Gratificación				
1 - Pinar del Río ...	520	\$ 43,500.00	\$ 12,957.35	\$ 11,780.00	\$ 6,231.29	\$ 3,450.00	\$ 826.08	\$ 78,744.72	\$ 151.43
2 - La Habana	1,661	217,500.00	64,786.75	70,190.00	34,511.83	12,770.00		399,758.58	240.67
3 - Matanzas	385	43,500.00	12,957.35	19,400.00	11,842.96	3,860.00	1,612.92	93,173.23	242.01
4 - Las Villas	673	63,000.00	19,054.48	16,430.00	8,588.27	4,000.00		111,072.75	165.04
5 - Camagüey	518	43,500.00	12,957.35	16,430.00	8,588.27	4,260.00		85,735.62	165.51
6 - Oriente	908	72,000.00	21,868.54	18,470.00	9,752.23	4,300.00		126,390.77	139.20
Totales	4,665	\$ 483,000.00	\$ 144,581.82	\$ 152,700.00	\$ 79,514.85	\$ 32,640.00	\$ 2,439.00	\$ 894,875.67	\$ 191.83

En 1941, por el Decreto No. 887, se transformó esta institución en la primera Escuela Normal Rural que se creaba en Cuba, cuyo objetivo fué, asimismo, la preparación de un magisterio especializado en la educación rural, dispuesto a abatir el analfabetismo en la población campesina del país, y elevar el nivel de vida de esta clase.

En el Reglamento que se dictó para viabilizar su funcionamiento, se establecían los requisitos para ingresar en ese internado: el 50% de las plazas sería cubierto con jóvenes graduados en los Hogares Infantiles Campesinos, el resto con los que lo fueran de las Granjas Escuelas, Escuelas Técnicas Industriales, Escuelas del Hogar e Institutos de Segunda Enseñanza, pues la capacidad del establecimiento fué limitada a 300 plazas.

Además de las asignaturas propias del magisterio Normal, el Plan de Estudios de esta Escuela comprendía 10 Cátedras de especialización rural. Los estudios debían de efectuarse en cuatro cursos, los primeros graduados debían salir en junio de 1945.

Pero al sobrevenir el cambio de Poderes en 1944, se produjo una transformación fundamental en toda la organización de las escuelas Cívico-Rurales —que como ya hemos dicho en otro lugar, habían dejado de ser militares, al ponerse en vigor la Constitución de 1940— y la Normal Rural se declaró extinguida, desenvolviéndose en sus funciones, como escuela politécnica, por el Decreto Presidencial de 16 de octubre de 1946, declarándose en disponibilidad todo el Profesorado Normal.

Las Escuelas Normales de Kindergarten

La legislación inicial por la cual se organizó la Escuela Normal de Kindergarten en la ciudad de la Habana, fué la Circular No. 11 dictada por el Comisionado de Escuelas Públicas el día 8 de febrero de 1902, cuya creación y plan habían sido aprobados previamente por el Gobernador militar y el Secretario de Instrucción Pública.

El régimen de esta Escuela se mantuvo hasta el año de 1927 en que, por Ley de 10 de febrero del propio año, fué reorganizada. Posteriormente, por el Decreto-Ley No. 390 de 8 de noviembre de 1935, se creó en la ciudad de Santa Clara otra Escuela de esta clase, regulada por la misma legislación. Como fueran omitidos los créditos para su sostenimiento en los Presupuestos Generales de la Nación correspondientes al siguiente año fiscal, este Centro fué prácticamente suprimido.

Poco después, y con motivo de haberse aprobado la cantidad de \$ 22,050.00 para su sostenimiento, por Ley de 25 de agosto de 1936, la Escuela pudo continuar sus actividades durante el curso de 1936-37.

Más adelante se estabilizó su existencia, al figurar permanentemente en los Presupuestos.

Hoy existen con carácter oficial, cuatro Escuelas Normales de Kindergarten, las dos citadas de la Habana y Santa Clara, y las de Camagüey y Oriente. Estas últimas surgieron por iniciativa privada, y se sostuvieron durante un tiempo con los recursos que allegaban Patronatos locales.

Los Decretos 677 y 678 de marzo de 1944 le dieron existencia oficial a esos establecimientos, y aun cuando continuaban bajo los auspicios de sus respectivos Patronatos, colaboraba el Estado con los créditos necesarios para el pago del personal administrativo y subalterno. Posteriormente se hicieron figurar en los Presupuestos Generales los medios precisos para cubrir todas sus atenciones.

La primera Escuela Normal de Kindergarten estuvo adscrita a la Junta de Superintendentes, que tenía entre sus facultades la de fijar las reglas necesarias para la celebración de los exámenes de ingreso en sus cursos, así como resolver todos los asuntos que le concernían relacionados con su funcionamiento. Hoy dependen todas las instituciones de esta clase de la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, la cual, en su cuerpo de Técnicos, y para su debida fiscalización, cuenta con un Inspector de Escuelas Normales de Kindergarten.

En lo que respecta a su enseñanza, la Ley de 16 de marzo de 1915 que creó las Escuelas Normales de Maestros, establecía, entre las materias que formaban su Plan de Estudios, un grupo de asignaturas, el No. 12, denominado Estudios Especiales de Kindergarten, y más adelante se especificaba que estos Planteles expedirían el diploma de maestro a los alumnos que hubieren aprobado los 11 primeros grupos de materias, pero que, además, otorgarían el título de Maestra Normal de Kindergarten a las alumnas que "a más de los estudios mencionados cursen y aprueben los prescriptos en el apartado 12".

Por Ley de 10 de febrero de 1927 se hicieron modificaciones a la legislación anterior. En ella se disponía la creación de un Departamento de Kindergarten en cada una de las Escuelas Normales, destinado a la formación de maestras de aquella especialidad, y se organizaba la enseñanza en dos secciones, una teórica y otra práctica, teniendo esta última un Kindergarten modelo adscripto. Se regulaba lo referente a los Profesores, sus requisitos, la forma de proveer sus cátedras, y se establecía un Plan de Estudios de tres años para obtener el título de Maestra de Kindergarten. Para realizar su preparación de carácter general, las alumnas debían seguir los cursos de cultura común junto con las demás educandas de la Escuela Normal respectiva, y los especiales de

Kindergarten en el Departamento de esta clase de la Escuela. También se regulaba el cupo de esos Departamentos, limitando a 20 el número de alumnas de ingreso.

Más tarde, de acuerdo con el Decreto-Ley No. 390 de 8 de noviembre de 1935, fueron derogadas todas las disposiciones relacionadas con los estudios especiales de Kindergarten en las Escuelas Normales, Decreto-Ley al que hemos hecho mención al referirnos a la creación de la Escuela Normal de Kindergarten de Santa Clara. Hoy estas instituciones funcionan con entera independencia de las Normales de Maestros, y poseen planes de estudios, Profesorado y edificios propios.

Los requisitos académicos para ejercer la docencia en esos Planteles —Doctor en Pedagogía, graduado de escuelas especiales, en las materias de esta clase, etc.—, así como el sistema de provisión de las Cátedras —la oposición— han seguido el mismo curso que en el resto de los establecimientos secundarios: se encuentran hoy supeditado a la futura Ley de Reforma General de la Enseñanza, y aunque las altas autoridades docentes han respetado en la mayor parte de los casos los requisitos que las leyes y reglamentos vinieron exigiendo para impartir esa enseñanza, se ha empleado el nombramiento libre para cubrir los cargos de Catedrático.

En el curso de 1951-52, el número de Profesores en las cuatro Escuelas Normales de Kindergarten era de 76 y el número de alumnas 684, repartidos en la siguiente forma:

	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares	Total de Profesores	Total de alumnas
Escuela N. de K. de la Habana	8	18	26	276
„ „ „ „ „ Las Villas	8	12	20	156
„ „ „ „ „ Camagüey	7	7	14	128
„ „ „ „ „ Oriente	7	9	16	124
Totales	30	46	76	684

En cuanto al aspecto económico de estas Escuelas, resulta su enseñanza de las más costosas para el Estado, como lo veremos inmediatamente en el cuadro elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, comparando las cantidades presupuestadas con el número de alumnas matriculadas. El alto promedio obtenido se explica recordando que se trata de Escuelas de capacidad limitada, y que, además, comprenden en su Plan de Estudios materias de especialización.

CUADRO ECONOMICO DE LAS ESCUELAS NORMALES DE KINDERGARTEN

(Elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza de acuerdo con las cantidades asignadas en los Presupuestos Generales de la Nación para el año de 1949-50 y el número de alumnas matriculadas en el propio año en dichos Centros docentes)

	Total de alumnas oficiales	Personal docente		Personal administrativo		Material y gastos diversos	Alquileres	Total anual presupuestado	Promedio anual por alumna
		Haber básico	Gratificación	Haber básico	Gratificación				
1 - La Habana	276	\$ 42,200.00	\$ 12,851.38	\$ 14,760.00	\$ 7,354.55	\$ 2,500.00		\$ 79,665.93	\$ 288.64
2 - Las Villas	156	33,200.00	10,037.32	10,990.00	5,140.96	2,200.00		61,568.28	394.67
3 - Camagüey	128	23,800.00	7,141.12	7,090.00	2,923.00	2,000.00		42,954.12	335.58
4 - Oriente	124	26,800.00	8,079.14	7,090.00	2,923.00	2,000.00		46,892.14	378.16
Totales	684	\$ 126,000.00	\$ 38,108.96	\$ 39,930.00	\$ 18,341.51	\$ 8,700.00		\$ 231,080.47	\$ 337.84

Las Escuelas del Hogar

La Escuela del Hogar de la Habana se creó por Decreto Presidencial en septiembre de 1918, con el nombre de "Escuela del Hogar, Economía, Artes, Ciencias Domésticas e Industrias para la Mujer". Sus alientos los recibió de la gran educadora Angelita Landa, que fué designada Directora.

En 1927, por Ley del Congreso —que se ha denominado "Ley Cortina" por haber sido su ponente el doctor José M. Cortina— se reorganizó el Plan de Estudios de la Escuela del Hogar, y se modificó su naturaleza, transformándose en una institución normal, formadora de maestros especiales; en el mismo acuerdo se autorizaba, a la vez, la creación de nuevos centros de la misma clase.

Por Decreto Presidencial No. 1343 de 6 de mayo de 1941, se dictó un nuevo Reglamento, actualmente en vigor, y por el No. 1959 de junio 12 de 1943, se establecieron las reglas precisas para la incorporación de las Escuelas del Hogar Privadas, a los efectos de la validez académica de sus enseñanzas.

El aseguramiento de su carácter normal y profesional está contenido en la propia Constitución de 1940, que dice en el último párrafo de su artículo 50: "Para la enseñanza de la economía doméstica, corte y costura e industria para la mujer, deberá poseerse el título de maestra de economía, artes, ciencias domésticas e industrias, expedido por la Escuela del Hogar".

Hasta el presente, son nueve los centros de esta clase, de carácter oficial, siete de los cuales tienen su origen en la iniciativa privada. La técnica, en la mayoría de los casos, consistió en la organización de Patronatos que auspiciaban los primeros esfuerzos, más tarde se conseguía la ayuda gubernativa, y terminaban transformándose en los Planteles oficiales que son hoy.

Por el Decreto Presidencial No. 3149 de diciembre de 1939, se autorizó el funcionamiento de la Escuela del Hogar de Camagüey, que había fundado y sostenía un Patronato local. En ese mismo Decreto se reconocía, igualmente, la validez académica de los estudios que se llevaban a cabo en la Escuela creada por el Gobierno Provincial de Oriente, en la ciudad de Santiago de Cuba.

Hacia muchos años funcionaba en Cienfuegos, creada por un legado y al cuidado de un Patronato, la Escuela del Hogar "Santo Tomás", la cual, por el Decreto-Ley No. 197 de agosto de 1935, había logrado que a sus graduadas se les reconociera la capacidad para ser nombradas Maestras de Corte y Costura y Trabajo Manual en las escuelas públicas de niñas.

También en la ciudad de Matanzas surgió una Escuela del Hogar sostenida por un Patronato, la cual fué posteriormente reconocida y autorizada por el Decreto Presidencial No. 1401 de 23 de abril de 1941, figurando desde entonces con carácter oficial.

Otro tanto se hizo respecto a la Escuela del Hogar de Guantánamo, también iniciada por un Patronato, a la cual por el Decreto Presidencial 504 de febrero 13 de 1942 se autorizó oficialmente.

En 1944, por Decreto No. 632 de 9 de marzo, se hizo el reconocimiento oficial de la Escuela del Hogar de Santa Clara. En 1945 se tomó igual medida con las recién fundadas de Manzanillo, Victoria de las Tunas y Bayamo, y en 1948 con la que funcionaba en Pinar del Río, también bajo los auspicios de un Patronato local.

La enseñanza en este tipo de Escuela ha variado de acuerdo con la orientación que se le ha impuesto. Cuando fué creada la primera en el año de 1918, se siguió el modelo de las escuelas francesas de enseñanzas domésticas. Su objeto era preparar a las jóvenes, futuras amas de casa, para la administración eficaz del hogar doméstico.

Después de 1927, al transformarse en escuelas profesionales, aquel objetivo primero quedó en segundo plano, y su fin primordial es el de preparar maestras que pueden, no sólo desempeñar las plazas de Trabajos Manuales y Economía Doméstica en las escuelas públicas primarias, sino también el de Profesora del Grupo XI de las Escuelas Normales, que comprende, asimismo, Trabajos Manuales y Economía Doméstica.

El Profesorado de las Escuelas del Hogar está equiparado, en categoría y haberes, a todo el personal docente secundario. Los títulos y demás requisitos académicos dependen de las materias que se impartan —Doctoras en Pedagogía, graduadas de otras escuelas especiales, graduadas de la propia Escuela, etc.— y el sistema de provisión de Cátedras es el concurso-oposición, aunque como ha ocurrido en otros centros secundarios, se han venido cubriendo los cargos por nombramiento libre en la mayoría de los casos. Las pruebas efectuadas en algunos grupos de Cátedras en el año de 1949 tuvieron, al igual que en otros Planteles, el exclusivo objeto de ajustar los Presupuestos de ese año fiscal, en el que se suprimían un cierto número de plazas.

Hemos dicho que por el Decreto 1959 de junio 12 de 1943 se dispuso la incorporación de Escuelas del Hogar privadas. Esta oportunidad la han aprovechado muchos Centros particulares para crear la sección de enseñanzas del hogar, pudiendo decirse que las escuelas privadas más importantes, tanto de la Capital como de las Provincias, tienen organizados hoy estos estudios.

Para la debida fiscalización de todas las Escuelas oficiales del Hogar, la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, bajo cuya autoridad se encuentran, dispone en su cuerpo técnico de un Inspector de Escuelas del Hogar.

En el curso de 1951-52, el número de Profesores de las nueve instituciones de esta clase en la República era 333, en tanto el número de alumnas ascendía a 2,279, repartidos en la siguiente forma:

	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares	Total de Profesores	Total de alumnas
Escuela del H. de Pinar del Río	15	25	40	303
„ „ „ „ La Habana	18	45	63	416
„ „ „ „ Matanzas	15	25	40	164
„ „ „ „ Santa Clara	15	15	30	219
„ „ „ „ Santiago de Cuba	15	25	40	456
„ „ „ „ Vict. de las Tunas	15	15	30	126
„ „ „ „ Manzanillo	15	15	30	148
„ „ „ „ Camagüey	15	15	30	262
„ „ „ „ Bayamo	15	15	30	185
Totales	138	195	333	2,279

El aspecto económico de estas Escuelas es excelente. Se encuentran bien dotadas y algunas poseen edificios espléndidos, fabricados expro-feso, con todos los requisitos que su especialidad requiere.

En la página siguiente exponemos el cuadro económico, elaborado por la Superintendencia General de Escuelas Secundarias, de acuerdo con las consignaciones que para esas Escuelas aparece en los Presupuestos Generales de la Nación para el año fiscal de 1949-50 y el número de alumnas matriculadas en dichos Centros docentes:

Las Escuelas Profesionales de Comercio

Estos Planteles, fundados por el Decreto Presidencial No. 563 de 2 de marzo de 1927, se denominaron inicialmente Escuelas Elementales de Comercio, cambiando su nombre por el que actualmente poseen, en virtud del Decreto-Ley No. 74 de 30 de diciembre de 1933.

Las de la Habana, Santa Clara y Santiago de Cuba se establecieron ese mismo año de 1927, apareciendo la de Pinar del Río en 1929 y la de Camagüey en 1930.

CUADRO ECONOMICO DE LAS ESCUELAS DEL HOGAR

(Elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza de acuerdo con las cantidades asignadas en los Presupuestos Generales de la Nación para el año de 1949-50 y el número de alumnas matriculadas en el propio año en dichos Centros docentes)

	Total de alumnas oficiales	Personal docente		Personal administrativo		Material y gastos diversos	Alquileres	Total anual presupuestado	Promedio anual por alumna
		Haber básico	Gratificación	Haber básico	Gratificación				
1 - Pinar del Río ...	303	\$ 51,000.00	\$ 15,302.40	\$ 8,430.00	\$ 4,628.90	\$ 3,500.00	\$ 480.00	\$ 83,341.30	\$ 275.05
2 - La Habana	416	98,700.00	30,088.13	15,780.00	9,884.16	6,000.00		160,452.29	385.70
3 - Matanzas	164	66,000.00	19,992.50	13,270.00	8,793.95	4,000.00		112,056.45	683.27
4 - Santa Clara	219	51,000.00	15,302.40	8,430.00	4,628.90	4,000.00	1,800.00	85,161.30	388.86
5 - Camagüey	262	51,000.00	15,302.40	8,430.00	4,628.90	4,000.00		83,361.30	318.17
6 - Santiago de Cuba ..	456	66,000.00	19,992.50	13,270.00	8,793.95	4,000.00	1,379.40	113,435.85	248.76
7 - Vict. de las Tunas ..	126	51,000.00	15,302.40	8,430.00	4,628.90	3,500.00	720.00	83,581.30	663.34
8 - Bayamo	185	51,000.00	15,302.40	8,430.00	4,628.90	3,500.00		82,861.30	447.90
9 - Manzanillo	148	51,000.00	15,302.40	8,430.00	4,628.90	3,500.00	909.00	83,770.30	566.02
Totales	2,279	\$ 536,700.00	\$ 161,887.53	\$ 92,900.00	\$ 55,245.46	\$ 36,000.00	\$ 5,288.40	\$ 888,021.39	\$ 389.65

La Ley de 9 de mayo de 1938 creó una Escuela de este tipo en Matanzas, que empezó a funcionar al año siguiente, en el que también abrió sus puertas la de Cienfuegos, denominada "Federico Laredo Brú", cuyo establecimiento databa de dos años antes.

En Guantánamo, en virtud del Decreto Presidencial No. 1938 de 11 de julio de 1942, se autorizó el funcionamiento de una Escuela de Comercio, con el nombre de "José Martí", que ya actuaba al cuidado de un Patronato local. También en Holguín, y por análoga iniciativa, funciona desde 1938 una Escuela de esta clase, y en Bayamo desde 1947 existe otra, siendo la de Sancti Spíritus la de más reciente creación, que data de 1948. En total, hoy existen once en toda la República, con carácter oficial.

Cuando por la situación político-social por qué atravesó el País de 1930-33 fueron clausuradas estas Escuelas, se aprobó una Ley en 22 de enero de 1932 que hacía pasar, las que estaban creadas, al control y sostenimiento de los Gobiernos Provinciales respectivos.

El 30 de diciembre de 1933, y por el Decreto-Ley No. 74, que ya hemos citado, se dispuso nuevamente su adscripción, tanto en su aspecto técnico como administrativo, a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

El Decreto-Ley No. 75 de 15 de marzo de 1934 organizó el funcionamiento de todas las Escuelas de Comercio existentes, y dispuso que su Plan de Estudios las hiciera aptas para expedir títulos o certificados de Contador, Administrador Comercial, Tenedor de Libros, Perito en Aduana, Corredor de Comercio, Agente de Venta y Publicidad, Correspondencia, Corredor de Aduana, Taquígrafo-Mecanógrafo en español y de Mecanografía en Español. En febrero 26 y en diciembre 12 de 1941, se dictaron sendos Decretos con el objeto de reglamentar la anterior disposición legal.

Las Cátedras de estas Escuelas se han cubierto por concurso-oposición, y su Profesorado ha de tener los títulos de acuerdo con las materias que se explican —graduados de Ciencias Comerciales de la Universidad, Doctores en Filosofía y Letras, en Pedagogía, Abogados, etc.— estando equiparado en categoría y haberes con el de todos los Centros secundarios.

En el curso de 1951-52 el personal docente de estos establecimientos estaba compuesto por 353 Catedráticos, que impartían sus clases a 5,672 alumnos, repartidos del siguiente modo, entre las once Escuelas:

	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares	Total de Profesores	Total de alumnos
Pinar del Río	14	16	30	608
Habana	34	24	58	1,447
Matanzas	15	17	32	458
Santa Clara	16	15	31	529
Cienfuegos	16	16	32	505
Camagüey	15	22	37	470
Santiago de Cuba	15	18	33	536
Bayamo	15	12	27	367
Holguín	15	12	27	329
Sancti Spiritus	11	11	22	201
Guantánamo	14	10	24	222
Totales	180	173	353	5,672

El aspecto económico de estos planteles es bueno. Muchos poseen excelentes edificios, fabricados con todos los adelantos propios de esta clase de establecimientos, encontrándose bien equipados y atendidos. Por otro lado, las posibilidades que se ofrecen a esta clase de profesionales medios es muy estimable, sobre todo en los últimos tiempos.

En la página siguiente exponemos el cuadro en que se aprecian objetivamente las condiciones económicas de los citados Centros, cuadro que, como hemos manifestado en los casos de otras escuelas secundarias, ha sido elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza con los datos que ofrece el Presupuesto General de la Nación y la estadística de los alumnos matriculados en el propio curso:

Las Escuelas de Artes y Oficios

La enseñanza vocacional se imparte hoy en Cuba a través de varios tipos de planteles, entre los cuales tiene la más antigua tradición la Escuela de Artes y Oficios.

La primera de estas instituciones fué fundada en la Habana, el 10 de enero de 1882, a instancias de la Diputación Provincial de la Habana, y se inauguró con el nombre de "Escuela Provincial de Artes y Oficios".

La Orden Militar No. 101 de 5 de marzo de 1900 reorganizó esta institución, y la dotó de medios materiales para su debido funcionamiento. Por Decreto del Gobernador Magoon en 1907 se llevaron a cabo reformas en su estructuración. El Decreto No. 115 de 25 de enero de 1909, así como la Ley Orgánica del Poder Ejecutivo, también modi-

CUADRO ECONOMICO DE LAS ESCUELAS PROFESIONALES DE COMERCIO

(Elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza de acuerdo con las cantidades asignadas en los Presupuestos Generales de la Nación para el año de 1949-50 y el número de alumnos matriculados en el propio año en dichos Centros docentes)

	Total de alumnos oficiales	Personal docente		Personal administrativo		Material y gastos diversos	Alquileres	Total anual presupuestado	Promedio anual por alumno
		Haber básico	Gratificación	Haber básico	Gratificación				
1 - Pinar del Río ..	608	\$ 49,100.00	\$ 14,751.25	\$ 10,130.00	\$ 5,038.26	\$ 4,770.00	\$ 740.52	\$ 84,530.00	\$ 139.03
2 - La Habana	1,447	100,500.00	29,995.34	39,250.00	20,775.32	10,000.00		200,620.66	138.65
3 - Matanzas	458	54,000.00	16,240.42	11,120.00	5,796.18	4,000.00		91,156.60	199.03
4 - Santa Clara	529	52,900.00	15,853.55	10,670.00	5,376.18	4,850.00	617.20	90,266.93	170.64
5 - Cienfuegos	505	54,400.00	16,322.56	11,030.00	5,878.26	3,650.00	871.20	92,152.02	182.48
6 - Sancti Spíritus ..	201	29,900.00	8,876.71	8,580.00	4,252.60	2,750.00		54,359.31	270.44
7 - Camagüey	470	52,500.00	15,771.41	12,110.00	6,554.10	3,700.00	1,234.20	91,869.71	195.47
8 - Santiago de Cuba	536	55,500.00	16,709.43	13,730.00	6,737.46	5,500.00		98,176.89	183.17
9 - Bayamo	367	46,500.00	13,895.37	9,230.00	4,626.39	2,750.00		77,001.76	209.31
10 - Holguín	329	46,500.00	13,895.37	8,760.00	4,088.44	2,750.00	435.60	76,429.41	232.31
11 - Guantánamo	222	37,100.00	10,999.17	6,020.00	2,829.86	2,550.00	484.80	59,983.83	270.20
Totales	5,672	\$ 579,000.00	\$ 173,310.58	\$ 140,630.00	\$ 71,953.05	\$ 47,270.00	\$ 4,383.52	\$1,016,847.15	\$ 179.27

ficaron su estado, incluyéndola esta última en la jurisdicción y competencia de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Por Decreto de 22 de diciembre de 1924 se promulgó un nuevo Reglamento, y por el de 20 de mayo de 1928 se le hicieron modificaciones. Los de 13 de marzo de 1943 y 22 de junio del propio año, organizaron talleres nocturnos.

La enseñanza que imparte esta Escuela ha sido muy fecunda desde su fundación. Su plan de estudios fué modificado tres veces en el siglo pasado, en 1886, en 1887 y en 1889. La Orden Militar No. 101, a que ya hemos hecho mención, la adaptó al nuevo régimen, desaparecida ya la dominación española. La Constitución de 1901, reconoció la existencia de esta enseñanza en su artículo 31, determinando su gratuidad y poniéndola a cargo del Estado. En 1907 se crearon las Enseñanzas Especiales Superiores de Artes y Oficios. En 1928 se amplió su Plan de Estudios.

Este Plantel, cuya denominación actual es Escuela Superior de Artes y Oficios "Fernando Aguado y Rico", fué la única en su clase hasta que se funda la de Santiago de Cuba en 1928. Más tarde comienza a funcionar la de Colón, en 1935, y posteriormente dos más se crean: la de Santa Clara y la de Trinidad, siendo cinco las que actúan hoy dentro del tipo de Escuelas de Artes y Oficios.

Su Reglamento vigente señala 13 años como mínimo, para el ingreso, y los estudios, que duran tres, comprenden: Enseñanza Preparatoria, Enseñanza técnico Industrial Especial o Superior para Constructores Civiles, Mecánicos Industriales, Químicos Industriales y Electricistas Industriales.

Es curioso que desde la fundación en 1882 hasta el año de 1934, la Escuela Superior de Artes y Oficios de la Habana fuera exclusivamente de varones; a partir de entonces abrió sus puertas también a la mujer, como un signo de los nuevos tiempos. Ya en el curso de 1943-44, en la matrícula total que era de 1,293 alumnos, figuraban 1,227 varones y 66 hembras.

La Escuela Provincial de Artes y Oficios de Oriente, denominada "Antonio Maceo", fué creada originalmente como Escuela Técnica-Industrial por el Decreto Presidencial No. 1994 de 1º de diciembre de 1928. En el año de 1935, y por el Decreto-Ley 377 de 2 de noviembre, se le cambió el nombre por el que actualmente posee. Su plan de estudios y demás requisitos son los mismos que exige la de la Habana, y en el curso de 1943-44, de la matrícula total de 254 alumnos, 218 eran varones y 36 eran hembras.

La Escuela de Artes y Oficios "Tirso Mesa", radicada en la ciudad de Colón, tuvo su origen en un legado del benefactor cuyo nombre lleva, pero comenzó a funcionar muchos años después, en 1935, con un personal nombrado en parte por el Municipio de Colón y en parte por la Secretaría de Educación. En 1941 se convirtió en Escuela oficial, figurando en los Presupuestos Generales de la Nación los créditos necesarios para sus atenciones.

El Decreto Presidencial No. 1380 de 13 de abril de 1943, puso en vigor su Reglamento, que también la autoriza para ambos sexos, siendo en esta ocasión muchas más las muchachas que los jóvenes. Así en el curso de 1943-44, de 189 alumnos, 86 eran varones y 103 eran hembras.

Las Escuelas de Trinidad y Santa Clara fueron posteriormente creadas. Todas figuran con carácter oficial desde 1949 y se encuentran adscriptas a la Dirección General de la Enseñanza Politécnica. Ambas se deben, como la anterior, a la iniciativa privadas; la segunda al benefactor Pierre E. Abreu, la primera a la Asociación Cívica de Trinidad.

El aspecto económico de estas instituciones es bueno. La mayoría se encuentra bien instalada y equipada. Su profesorado goza de los mismos haberes y categorías que corresponden a todo el personal docente secundario. Por la naturaleza de sus enseñanzas se divide en Profesores de enseñanza teórica y Profesores de enseñanza práctica de talleres. Actualmente suman 185 los de las Escuelas de esta clase, las que a su vez cuentan, en total, con 2,541 alumnos.

	Profesores Titulares Teóricos	Profesores Auxiliares Teóricos	Profesores Titulares Prácticos	Profesores Auxiliares Prácticos	Total de Profesores	Total de alumnos
1 - Habana	10	21	10	32	82	1,763
2 - Colón	10	4	10	4	28	183
3 - Santa Clara	7	..	..	5	12	80
4 - Trinidad	7	..	..	7	14	106
5 - Santiago de Cuba	12	13	12	12	49	409
Totales	46	38	32	60	185	2,541

A continuación, y para dar una idea más completa de su aspecto económico, vamos a exponer un cuadro elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, la que ha comparado los créditos con que cuentan estas Escuelas en los Presupuestos Generales de la Nación, con el número de alumnos matriculados en las mismas:

CUADRO ECONOMICO DE LAS ESCUELAS DE ARTES Y OFICIOS

(Elaborado por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza de acuerdo con las cantidades asignadas en los Presupuestos Generales de la Nación para el año de 1949-50 y el número de alumnos matriculados en el propio año en dichos Centros docentes)

	Total de alumnos oficiales	Personal docente		Personal de talleres		Personal administrativo		Material y gastos diversos	Total anual prepu- es- tado	Promedio anual por alumno
		Haber básico	Gratifica- ción	Haber básico	Gratifica- ción	Haber básico	Gratifica- ción			
1 - Escuela de La Habana	1,763	\$ 68,000.00	\$ 20,403.20	\$ 67,000.00	\$ 20,519.82	\$ 28,230.00	\$ 17,987.22	\$ 57,650.00	\$279,790.24	\$ 158.42
2 - Escuela de Colón	183	25,000.00	7,387.54	26,500.00	7,856.55	6,940.00	4,460.39	11,540.00	89,684.48	490.08
3 - Escuela de Santa Clara	80	10,500.00	3,283.07	11,250.00	4,410.15	5,960.00	2,625.46	1,200.00	39,228.68	490.36
4 - Escuela de Trinidad	106	10,500.00	3,283.07	11,250.00	4,410.15	5,310.00	3,105.83	1,200.00	39,059.05	368.48
5 - Escuela de Santiago de Cuba	409	42,300.00	12,710.93	41,700.00	12,653.79	22,290.00	13,251.26	11,540.00	156,445.98	382.51
Totales	2,541	\$156,300.00	\$ 47,067.81	\$157,700.00	\$ 49,850.46	\$ 68,730.00	\$ 41,430.16	\$ 83,130.00	\$604,208.43	\$ 237.98

Las Escuelas Técnicas Industriales

Hasta ahora, todos los tipos de escuelas secundarias y especiales que hemos estado examinando son externados, excepto la Escuela Normal Rural "José Martí". Esta nueva clase de institución, las Escuelas Técnicas Industriales, son para alumnos internos, salvo la de Bayamo "Gral. Milanés", que tal vez por ser de muy reciente creación no tiene consignados en los Presupuestos Nacionales los créditos para la manutención de sus alumnos.

El más antiguo de estos Centros es la llamada hoy Escuela Técnica Industrial "Gral. José B. Alemán". Fué creada por el Decreto No. 837, en 1928, y se le impuso entonces el nombre de "Presidente Machado". Posteriormente, en agosto de 1933, le fué cambiada esta denominación por la de "Enrique José Varona". Por último, en 1942, y por Decreto de 22 de agosto del propio año, se le puso el nombre que actualmente ostenta en homenaje al Gral. José B. Alemán, a quien se debió su iniciativa, y que mostró siempre una gran preocupación por la enseñanza técnica industrial.

Por el Decreto Presidencial 1849 de 1942, se promulgó su actual Reglamento. En él se señala el ingreso previo examen, con un mínimo de 14 años de edad y un máximo de 18 en los aspirantes; y su Plan de Estudios, que consta de enseñanza preparatoria y tres cursos de carácter técnico.

En los Presupuestos Generales de la Nación del año fiscal de 1951-52 se encuentran consignados créditos para la manutención de 400 alumnos, que es su actual capacidad, a razón de \$ 135.05 anuales por cada uno de éstos.

Esta Escuela se ha encontrado siempre admirablemente instalada, y goza de créditos por valor de \$ 593,850.00 en los actuales Presupuestos. Su Profesorado varía de acuerdo con las materias que se imparten, estando éstas divididas en teóricas, prácticas, tecnológicas y talleres. Sus categorías y haberes son los mismos que los de todos los Centros secundarios. Se encuentra adscripta a la Dirección General de la Enseñanza Politécnica. Los Profesores son actualmente 97 y los alumnos 400, según se puede apreciar en el cuadro que al final se ofrece.

La Escuela Técnica Industrial Fundación "Rosalía Abreu" tiene su origen en un legado de esta benefactora, y abrió sus puertas el 24 de febrero de 1932. Su Reglamento empezó a regir el 13 de enero de 1938, consignándose en el mismo la condición de internado para señoritas becarias, y señalando para el ingreso un mínimo de 14 años.

El Plan de Estudios comprende tres cursos, aprobados los cuales se concede a las alumnas un título de Técnica en la especialidad en que se ha graduado.

Como las otras dos Escuelas de esta clase, la Fundación "Rosalia Abreu" tiene carácter oficial, y ha estado siempre muy bien alojada y equipada. Actualmente, los Presupuestos Generales de la Nación para el año fiscal de 1951-52 le tienen asignados créditos para todas sus atenciones por valor de \$ 152,922.00.

Entre estos créditos está la manutención de sus 125 alumnas, para cada una de las cuales se consigna, con ese objeto, \$ 182.50 anuales.

Los Profesores tienen la capacidad docente de acuerdo con las materias que imparten, las que también se dividen en teóricas y prácticas o de taller. Las categorías y haberes son los mismos que el Estado reconoce a todos los de las enseñanzas medias; su número y clases se pueden apreciar en el cuadro que se inserta al final.

Por último, y de reciente creación, tenemos dentro de este tipo de Plantel la Escuela Técnica Industrial "Gral. Milanés", en Bayamo. Se funda en 1947, y como ha sucedido con muchas instituciones secundarias, toma la iniciativa un Patronato local, pasando después a ser un Centro oficial, con consignaciones en los Presupuestos.

El número y clases de sus Profesores figuran en el cuadro que acompañamos; el de sus alumnos lo hemos calculado. Se encuentra dotada, en los Presupuestos para el año de 1951-52 con créditos por valor de \$ 58,690.00.

	Enseñanza Teórica		Enseñanza Práctica		Enseñanza Tecnológica	Total de Profesores	Total de alumnos
	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares			
Esc. Téc. Industrial "J. B. Alemán" ..	16	21	23	27	10	97	400
Esc. Téc. Industrial "Fundación Rosalía Abreu"	12	6	12	10	...	40	125
Esc. Téc. Industrial "Gral. Milanés" ...	10	3	8	4	...	25	50
Totales	38	30	43	41	10	162	575

El número de alumnos de la Escuela "Gral. Milanés" ha sido calculado por nosotros teniendo en cuenta el de los profesores designados para dicho Centro, pues desconocemos el montante de su matrícula en el curso de 1951-52.

Como se puede apreciar por el total de créditos presupuestados y los alumnos que reciben las enseñanzas en cada una de estas Escuelas, el

costo para el Estado es bastante crecido, los más altos que éste paga por alumno en toda la enseñanza media.

Las Escuelas Politécnicas de Grado Medio

Cuando hablamos de la enseñanza primaria, dijimos que en 1936 se había organizado un sistema de escuelas elementales y secundaria de tipo vocacional, tendiente, por un lado, a erradicar el analfabetismo rural, y por el otro, a darle a los adolescentes desprovistos de medios económicos, una preparación de carácter técnico, que les permitiera transcender la enseñanza elemental y adquirir una profesión de las llamadas medias.

Este tipo de escuelas secundarias consistía en internados, y se les planeó y estructuró siguiendo el modelo de las ciudades escolares. Hasta el 1944 se habían construido tres, aunque sólo funcionaban, por estar plenamente terminadas, el llamado en un principio Instituto Cívico Militar de Ceiba del Agua, después Centro Superior Tecnológico, Centro Politécnico Superior, y por último Escuela Politécnica de Grado Medio de Ceiba del Agua; y la Ciudad Escolar de Holguín "Calixto García", posteriormente Centro Politécnico "Gral. Calixto García" y hoy Escuela Politécnica de Grado Medio "Gral. Calixto García" Holguín.

Después se terminó la de Matanzas, y se construyó la de Santa Clara, y cuando en 1946 se declara extinguida la Escuela Normal Rural "José Martí", funciona en su lugar otra institución de aquel tipo, denominada hoy Escuela Politécnica de Grado Medio "José Martí". En la actualidad existen, por lo tanto, cinco establecimientos de esta clase, bajo el título general de Escuelas Politécnicas de Grado Medio.

El Instituto Cívico Militar fué la institución matriz que tuvo su origen en el Decreto-Ley No. 707 de 30 de marzo de 1936. A los ocho años comprendía varias ciudades escolares, dos balnearios marítimos para uso escolar, un Parque Juvenil Deportivo, también para uso escolar, y el Parque y Biblioteca "Carmela Zaldívar", en Banes, Oriente.

El Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua, a 45 kilómetros de la Habana, ha sido uno de los planteles de su clase mejor instalados y equipados del mundo. Con capacidad inicial para 1,200 alumnos internos, a los que se les impartían enseñanza primaria, vocacional y secundaria, contaba, además, con servicios de Correos y Telégrafos, Laboratorio de Orientación Profesional, Biblioteca, Museo, Gabinetes de Física, Química y Biología, Observatorio Meteorológico, Auditorium, etc.

Como una forma de acercarse espiritualmente a todos los pueblos de América, tenía establecido ese Centro la llamada beca "José Martí",

que permitía a los países hermanos enviar un joven por dos años para hacer sus estudios gratuitos en dicho plantel; también tenía establecida la beca denominada "La Niña de Guatemala", exclusivamente para jovencitas de este país.

En su Plan de Estudios figuraba, a más de la enseñanza primaria elemental y superior, un Departamento Comercial, uno Industrial, con secciones de Electricidad, Motores, Mecánica, Construcciones, Artes Gráficas, Industrias Químicas, Industrias Varias, etc. Un Departamento de Enseñanza Agrícola, otro de Escuela del Hogar, otro de Música, y uno de Educación Física.

Por el Decreto Presidencial de 16 de enero de 1946 la Dirección General del Instituto Cívico-Militar se transformó en Dirección General de Enseñanza Politécnica, y se reguló su función con otro Decreto del mismo día y año, adscribiéndole todas las instituciones que existían bajo el primero, determinando en el mismo que "los planes y cursos de estudios de estos Centros comprenderán todas las materias correspondientes a las distintas ramas de las enseñanzas técnicas modernas, adaptadas a nuestro medio".

Por Resolución del Ministro de Educación de 26 de agosto de 1946, se organizó y dictaron los Planes de Estudios del entonces llamado Centro Politécnico Superior de Ceiba del Agua. En su artículo 2 se establecían los fines docentes: "proporcionar las enseñanzas teóricas de cultura general, básicas generales, básicas técnicas y técnicas de especialización y los aprendizajes prácticos de taller, laboratorio o granja, que capaciten a un personal técnico que satisfaga las necesidades de la industria nacional cubana, en sus diversas ramas, del comercio, de la agricultura, de las especialidades artísticas y del hogar".

Los Planes de estudios se desarrollaban a través de las siguientes Escuelas: Pre-Tecnológica, de Electricidad y Radio, de Construcción de Obras, de Industrias Químicas, de Mecánica, de Artes Gráficas, de Artes Industriales, de Agricultura, del Hogar, de Administración, y tres Departamentos: de Educación Física, de Música, Danza y Arte Escénico y de Internado, además de un Laboratorio de Orientación.

Al producirse esta transformación, la enseñanza empezó a decaer, tanto en este Plantel como en todos los que integraban la antigua Dirección General del Instituto Cívico Militar, sobre todo en el aspecto vocacional. Posteriormente, dichas Escuelas han sido objeto de mayor cuidado, reorganizándose y funcionando con más eficiencia.

La ciudad escolar "Gral. Calixto García", hoy Escuela Politécnica de Grado Medio de Holguín, fué inaugurada el 23 de febrero de 1944. Situada admirablemente, a 5.5 kilómetros de la ciudad de Holguín, fué

realizada siguiendo el modelo de Ceiba del Agua. Tiene capacidad para 1,300 alumnos, aun cuando hoy cuenta con 1,200.

Sus edificios y equipos son de primera calidad, y su organización y Planes de Estudios siguieron la misma trayectoria que los del Centro Superior Tecnológico. La ciudad escolar de Matanzas, ya casi terminada en 1944, así como la de Santa Clara, construida con posterioridad, fueron organizadas desde el primer momento con el carácter de Politécnicas, obedeciendo a la estructuración general de éstas.

Ya dijimos que cuando se declara extinguida la Escuela Normal Rural "José Martí", por el Decreto Presidencial de 16 de octubre de 1946, y se dispone que ésta, así como los Hogares Infantiles Campesinos, funcionen como Escuelas Politécnicas, se aumentó por ese motivo una ciudad escolar más de grado medio.

Después de ser todas ellas ordenadas y unificadas bajo la autoridad de la Dirección General de Enseñanza Politécnica, se distinguen, por la jerarquía de sus estudios, de las que, siendo también ciudades escolares, como la de Cangrejas —de más reciente creación—, sólo imparten enseñanza primaria, al igual que las denominadas Escuelas Pre-Vocacionales Rurales.

En la página siguiente exponemos en un cuadro las condiciones docentes y económicas de estos establecimientos, durante el curso de 1951-52, teniendo a la vista lo que establecen respecto a ellos los Presupuestos Generales de la Nación para el propio año fiscal:

Las Escuelas de Bellas Artes

De todas las escuelas que hoy se catalogan dentro del tipo secundario, la que tiene la tradición más antigua entre nosotros es la actualmente denominada Escuela Nacional de Bellas Artes "San Alejandro". Durante más de un siglo fué la única en su clase. Hoy existen seis: la Elemental de Artes Plásticas, Anexa a la propia "San Alejandro", situada también en la Habana; la de "Tarascó", en Matanzas; la de Pinar del Río; la de Santa Clara, y la llamada "José Joaquín Tejada", en Santiago de Cuba. Todas tienen actualmente carácter oficial, y se encuentran adscriptas a la Dirección de Enseñanza Superior y Secundaria.

La Escuela Nacional de Bellas Artes "San Alejandro", se fundó en el 1818, auspiciada por la Sociedad Económica de Amigos del País y en virtud de la iniciativa del Intendente Alejandro Ramírez. Dicha Sociedad estuvo a cargo de aquella entidad hasta 1883 que pasó a depender del Estado. En 1900, y por la Orden Militar No. 76 de 19 de febrero del propio año, se procedió a una nueva refoma en su organización, dotándola de un modo más conveniente en los Presupuestos.

CUADRO DEL ESTADO ECONOMICO-DOCENTE DE LAS ESCUELAS POLITECNICAS DE GRADO MEDIO

(Elaborado con datos tomados de los Presupuestos Generales de la Nación para el año fiscal de 1951-52)

	Enseñanza Teórica		Enseñanza Práctica		Total de Profesores	Total de alumnos	Total presupuestado por Escuela
	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares			
1 - Ceiba del Agua	38	27	14	44	123	1,100	\$ 658,689.51
2 - "José Martí"	12	17	8	8	45	400	255,388.15
3 - Matanzas	11	16	5	17	49	400	269,784.13
4 - Santa Clara	12	15	6	6	39	320	232,269.91
5 - "Gral. Calixto García" Holguín	11	23	5	19	58	1,200	442,386.82
Totales	84	98	38	94	314	3,420	\$ 1,858,518.52

Sólo para manutención por alumno: \$ 108.00 anuales

En 25 de abril de 1935 se le impuso el nombre de Escuela Nacional de Bellas Artes "San Alejandro", que hoy ostenta. En el 1940, y por Decreto Presidencial No. 2860 de 11 de octubre, se reformó una vez más, dividiéndose en dos Secciones, una de Pintura y otra de Escultura, siendo 14 años la edad mínima para el ingreso.

La Escuela Elemental de Artes Plásticas, Anexa a "San Alejandro", se estableció por el Decreto-Ley No. 461 de 31 de agosto de 1934. Su objetivo es el de servir de escuela preparatoria de Artes Plásticas y Aplicadas. La edad mínima para el ingreso de sus alumnos es de 12 años y terminados los dos años de estudios, se les reconoce el derecho a ingresar en la Escuela Nacional, donde tendrán que cursar por lo menos cuatro años para obtener sus diplomas de graduados.

Las restantes Escuelas de esta clase han tenido su origen en la iniciativa privada, y a veces Municipal. Han figurado por lo general a cargo de patronatos locales, hasta lograr la ayuda del Gobierno, pasando a ser instituciones oficiales tan pronto han figurado los créditos para sus atenciones en los Presupuestos Nacionales. Es así como han aparecido en los últimos años la de Pinar del Río, Matanzas, Santa Clara y Oriente, aun cuando esta última ya tenía una larga tradición cultural.

A continuación exponemos, en un cuadro, el estado económico de estas Escuelas en el curso de 1951-52, de acuerdo con los datos que figuran en los Presupuestos Generales de la Nación del citado año fiscal:

	Personal docente		Total de Profesores	Total presupuestado para cada Escuela
	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares		
1 - Escuela Nacional de Bellas Artes "San Alejandro"	13	6	19	\$ 64,442.01
2 - Escuela Elemental Anexa	8	2	10	30,157.22
3 - Escuela de Artes Plásticas de Matanzas	11	5	16	47,177.70
4 - Escuela de Artes Plásticas de Pinar del Río ...	10	4	14	42,647.54
5 - Escuela de Artes Plásticas de Santa Clara	10	4	14	42,647.54
6 - Escuela de Artes Plásticas de Santiago de Cuba	10	4	14	42,647.54
Totales	62	25	87	\$ 269,719.55

Escuela Profesional de Periodismo

La necesidad de una institución que tuviera a su cuidado la preparación de los profesionales del periodismo, fué sentida desde los primeros días de la República.

Se pensó que la Universidad de la Habana podía establecer una Escuela de este tipo, adscripta a cualquiera de sus Facultades de Letras. Por dos ocasiones, los que mantenían estas intenciones —principalmente la Asociación de Reporters—, sostuvieron con la Universidad las relaciones iniciales encaminadas a ese fin, primeramente en el año de 1937 y después en el de 1938. Por vía de ensayo, se consideró la conveniencia de desarrollar en el Curso de Verano un programa sintético de técnica periodística, pero tampoco esta idea llegó a realizarse.

La Escuela nace por fin a virtud del Decreto Presidencial No. 1441 de 2 de abril de 1942; imponiéndosele el nombre de "Manuel Márquez Sterling" mediante otra disposición, el Decreto No. 1531 de 16 de abril de 1943. Era el resultado de las gestiones que la Asociación de Reporters de la Habana realizó, recogiendo el anhelo latente en el Primer Congreso Nacional de Periodistas, celebrado en 1941.

Asesorado por el Consejo Nacional de Educación y Cultura en esa labor creativa, el Gobierno dicta el Reglamento de esta institución mediante el Decreto No. 1588 de 31 de mayo de 1943, estableciéndose en él los objetivos que la Escuela se propone: impartir las enseñanzas correspondientes a los títulos que expide de "Periodista Graduado" y de "Técnico Gráfico Periodista".

El Plan de Estudios se desarrolla en cuatro años y comprende materias de cultura general y técnicas, tales como: Idioma Español; Geografía; Historia del Periodismo y del Arte; Psicología y Ética; Idioma Inglés; Idioma Francés; Mecanografía y Taquigrafía; Economía; Estadística; Industria y Comercio de Cuba; Derecho y Política Internacional; Reportaje; Redacción; Organización Periodística; y Tipografía y Estética Periodística. Existen, además, Técnica de Fotografía; de Fotograbado; de Máquinas; de Linotipo y de Tipografía.

La enseñanza es gratuita y la matrícula limitada a cincuenta alumnos de nuevo ingreso por año. Está bien instalada y equipada, contando con diversos talleres, una linotipo y una rotativa. Su primer curso se realizó de 1943 a 1944.

Para ser Profesor se requiere haber ejercido veinte años la profesión de periodista y no menos de diez algún cargo de responsabilidad en periódicos de primera clase. Sus categorías y haberes son los mismos de todo el Profesorado secundario. A continuación resumiremos en cifras

el aspecto económico de esta Escuela, de acuerdo con los Presupuestos vigentes para el año fiscal de 1951-52, y la matrícula del mismo curso:

	Personal docente		Personal técnico		Total de alumnos	Total presupuestado para dicha Escuela
	Titulares	Auxiliares	Oficiales	Auxiliares		
Escuela Profesional de Periodismo "Manuel Márquez Sterling"	18	10	5	5	148	\$ 99,319.45

El Instituto Nacional de Educación Física

La institución de tipo secundario que ha iniciado su funcionamiento más recientemente, es el Instituto Nacional de Educación Física. Su objetivo primordial es la formación de maestros de esta especialidad, por lo que viene a ser una nueva escuela normal.

Desde el 1928 databa su iniciativa, a la que dió legalidad el Decreto Presidencial No. 1096 de 30 de junio del propio año, mas no funcionó entonces. Es objeto de nueva atención cuando en el 1929 se dicta su Reglamento por el Decreto Presidencial de 14 de enero, pero tampoco en esta ocasión llegó a realizar actividad alguna. En 1935 se le incorpora a la Comisión Nacional de Educación Física mediante el Decreto-Ley 409 de 12 de noviembre de ese año. Y es, por fin, en 1948, cuando se le hace funcionar organizando su primer curso.

Por el Decreto No. 3068 de 15 de septiembre de 1950, se dicta un nuevo Reglamento, en el que se establece el actual Plan de Estudios. Comprende este Plan un conjunto de materias de cultura general unas, y de carácter técnico otras, todas las cuales se imparten a través de once Cátedras. En esa oportunidad se convocó a oposiciones, a fin de cubrir sus 29 plazas de Profesor.

Se establece esta Escuela con capacidad limitada, determinándose un máximo de 60 alumnos de nuevo ingreso por año. De éstos, 24 se cubren con graduados de enseñanza secundaria, 18 con alumnos de 8º grado de las escuelas primarias superiores, y 18 por la libre, mediante un examen selectivo.

Los estudios duran tres cursos, aprobados los cuales se le expide al alumno un título que lo capacita legalmente para la enseñanza de esta especialidad en cualquier establecimiento docente primario o secundario de la República.

En estos momentos se acaba de ratificar por las altas autoridades docentes la existencia y funcionamiento de este Instituto, que está



CATEDRAL DE LA HABANA

CATEDRAL DE LA HABANA. La expulsión de los padres jesuitas, en 1767, dió ocasión a que se destinase a Parroquial Mayor, un lustro después, la iglesia que la Compañía había comenzado a construir en la plazuela habanera de la Ciénaga. En 1777, la nueva edificación fué capaz de consagrarse ya al culto de los fieles, y doce años más tarde, erigido el Obispado de La Habana, se exaltó la Parroquial Mayor a Catedral. A principios del siglo XIX, el famosísimo obispo Espada, "furibundo neoclasicista, apunta Weiss, realizó algunas obras de poca importancia, y en cambio hizo substituir los altares existentes —sin duda espléndidamente *barrocos*— por los actuales, pretendiendo además reformar a *nueva arquitectura* el cornisamento y las molduras interiores, cosa que por fortuna no se llevó a cabo". No se conoce, con seguridad, el nombre del autor del proyecto de la Catedral; pero sábase que trabajaron en su edificación el arquitecto habanero Lorenzo Camacho y el maestro gaditano Pedro Medina. Recientemente, el arquitecto Cristóbal Martínez Márquez ha emprendido la restauración de la Catedral y del anexo Seminario de San Carlos, transformado en Palacio Arzobispal. Dos estatuas de mármol: Colón, cuyos discutidos restos reposaron durante un siglo en la catedral habanera, y fray Bartolomé de las Casas, debidas al escultor cubano Sergio López Mesa, han sido colocadas en sendas hornacinas de la fachada.

De una fotografía obtenida por el Ministerio de Obras Públicas.

adscrito, por su carácter técnico, a la Comisión Nacional de Educación Física, como ya dijimos, y por su carácter docente, a la Dirección de la Enseñanza Secundaria y Especial.

El Instituto se encuentra instalado en el Parque "José Martí", que por estar espléndidamente situado y con magníficos equipos, hace eficaz sus enseñanzas prácticas. Ejerce la Dirección de este Parque, que también presta servicios a centros escolares primarios y secundarios, el propio Director del Instituto.

No es necesario decir que esta Escuela resultaba de gran necesidad en nuestro País, por el peligro que significaba para la enseñanza la improvisación del personal docente de Educación Física, tan numeroso ya en todos los centros educativos de la República.

El Profesorado goza de las mismas categorías y haberes que disfrutaban todos los de carácter secundario, y está constituido por 29 personas. La matrícula del curso de 1951-52 alcanzó la cifra de 142 alumnos. Como lleva funcionando cuatro años, ya tuvieron el pasado curso la primera promoción de graduados.

A continuación expondremos en cifras, para mayor objetividad, los anteriores datos, así como las dotaciones que tiene este centro en los Presupuestos Generales de la Nación:

	Personal docente		Total de Profesores	Total de alumnos	Total presupuestado
	Titulares	Auxiliares			
Instituto Nacional de Educación Física y Parque "José Martí"	11	18	29	142	\$ 103,791.78

CAPÍTULO III

LA ENSEÑANZA SUPERIOR OFICIAL Y SINTESIS DEL RECUESTO DE LA ENSEÑANZA OFICIAL

DURANTE más de dos siglos fué la Universidad de La Habana la única institución de este tipo radicada en Cuba.

Fundada por la Orden de los Predicadores en el siglo XVIII, mediante un Breve del Papa Inocencio XIII, fué objeto, como todas las instituciones coloniales, de reformas importantes al cesar la soberanía española. Pésimamente instalada, se procuró por el Gobierno de ocupación mejor alojamiento: a un antiguo cuartel de la Guardia Civil fué llevada la Facultad de Medicina, y las enseñanzas clínicas se reunieron en el Hospital "Nuestra Señora de la Mercedes". El resto de la Universidad fué trasladado el 7 de mayo de 1902 a la antigua Pirotecnia Militar, previamente adaptada. Pronto se construyeron los "Laboratorios Wood", dedicados a la Facultad de Medicina y Farmacia; y la Escuela de Ingenieros, Electricistas y Arquitectos ocupó por el momento el edificio de la Escuela Profesional.

La Orden Militar No. 266 de 1900, reorganizó la enseñanza universitaria. Antes se había publicado la Orden 212, que disponía su debido ordenamiento; pero dicha Orden estuvo apenas vigente, con motivo de la sustitución del General Brook por el General Wood. Éste separó las Carteras de Justicia e Instrucción Pública, nombrando para la última a Enrique José Varona, cuyo pensamiento fué vaciado en la citada Orden 266.

Por ella la enseñanza universitaria vino a ser impartida a través de tres Facultades, Derecho, Medicina y Letras y Ciencias. La primera contaba con las Escuelas de Derecho Civil, Público y Notariado; la segunda con las de Medicina, Farmacia, Cirugía Dental y Veterinaria; y la tercera con Letras y Filosofía, Pedagogía, Ciencias, Ingenieros Electricistas, Arquitectos y Agronomía.

Algunas de estas Escuelas eran de nueva creación como Pedagogía, Ingenieros Civiles, Electricistas, Arquitectos e Ingenieros Agrónomos.

Más tarde, en 1907, se fundó Medicina Veterinaria. El régimen que se dió a la Universidad disponía la oposición como procedimiento para la selección del Profesorado, y un sistema de becas de viaje para premiar a los alumnos más aprovechados. También creaba una Junta de Inspectores, que debía proponer al Gobierno las mejoras que creía pertinentes para la Universidad.

Varona, desde su alta posición oficial, fué el alma de toda aquella reforma, en la que se hacían sentir sus ideas filosóficas, pedagógicas y sociales. Él mismo viene a desempeñar una Cátedra en la Escuela de Filosofía.

Durante veinte años se mantuvo esta organización, sin grandes cambios. En el año de 1923 comienza la agitación de la masa estudiantil, que ha tenido su máxima efervescencia durante la tercera década de este siglo, estado que aún no ha podido superar enteramente. Sus protestas iniciales, se proyectaban de modo exclusivo dentro del marco universitario —reforma de la enseñanza, autonomía, etc.— pronto se desviaron al campo político y social, tomando los estudiantes parte activa en el movimiento revolucionario que estalla, precisamente, por la muerte de uno de ellos en manos de la policía, que quiso disolver un acto de calle.

La clausura de la Universidad y de todos los centros secundarios de la República que siguió a tan lamentables hechos, sumió en un inconcebible estado, durante tres años, a toda la enseñanza del país. La cultura, paralizada tanto tiempo, estalla, como la simiente que rompe la semilla, en un crecimiento sin paralelo, a partir de la caída del régimen político que había mantenido su clausura. Los veinte años siguientes han sido un verdadero frenesí de crecimiento, de creaciones, de novedades en todos los órdenes.

El Gobierno Provisional Revolucionario, por Decreto No 2059 de 6 de octubre de 1933, declara la autonomía de la Universidad. En su virtud quedó constituida en corporación de interés público, con plena personalidad jurídica, a la vez que se declaraba totalmente independiente de la Secretaría de Instrucción Pública, por lo que fué disuelta la Junta de Inspectores que la regía. Por el Decreto No. 2189 del 11 de octubre del propio año, se consideró exenta de todas las contribuciones. Nuevas dificultades, al declararse la huelga revolucionaria en marzo de 1935, provocan otra vez la clausura de la Universidad, que vuelve a reintegrarse a la vida normal en febrero de 1937.

La Ley Docente del 8 de enero de 1937 al restablecer el funcionamiento de todos los centros docentes, ratifica la autonomía universitaria, que alcanza rango constitucional al ser recogida por la Consti-

tución de 1940 en su artículo 53: "La Universidad de la Habana es autónoma y estará gobernada de acuerdo con sus Estatutos y con la Ley a que los mismos deban atemperarse. El Estado contribuirá a crear el patrimonio universitario y al sostenimiento de dicha Universidad, consignando a este último fin, en sus presupuestos nacionales, la cantidad que fije la Ley".

Y, en la disposición Transitoria al Título V, Sección Segunda, detallaba pormenores económicos acerca de esta institución, entre ellos: "la cantidad con que el Estado contribuirá al sostenimiento de la misma, de acuerdo con el artículo 53 de esta Constitución, será el de 2 y un cuarto por ciento de la suma total de gastos incluidos en dichos presupuestos, con excepción de las cantidades destinadas al pago de la deuda exterior". Esa cantidad ascendió, en los Presupuestos Generales del año fiscal de 1951-52, a \$ 2,779,000.43.

El patrimonio universitario fué acrecido con la adición del Central "Limonas" para las prácticas de su Facultad de Agronomía, por el Decreto No. 3222 de 1942. En cumplimiento de la disposición Transitoria a que hemos hecho referencia, el Gobierno traspasó a la Universidad Nacional el Hospital Nacional "Calixto García".

El crecimiento material de la Universidad ha sido asombroso, cuenta co un magnífico Stadium, y bellos edificios para casi todas sus Facultades, Bibliotecas y Museos.

La enseñanza en esta institución se mantuvo casi sin cambios importantes hasta la Ley Docente del año de 1937. Los nuevos Estatutos elaborados y promulgados como consecuencia de su imperio, modifican totalmente sus planes de estudios y la estructura de su organización. Estos Estatutos fueron nuevamente revisados en 1943, y por ellos quedó constituida la Universidad por trece Escuelas, que son: Filosofía y Letras, Ciencias, Ingeniería, Arquitectura, Educación, Ingeniería Agronómica y Azucarera, Derecho, Ciencias Sociales y Derecho Público, Ciencias Comerciales, Medicina, Farmacia, Odontología y Medicina Veterinaria.

También funcionan en la Universidad las Escuelas Anexas de Enfermeras y Enfermeros, Comadronas y Optometristas; el Instituto de Administración Pública; el Teatro Universitario y Seminario Anexo de Artes Dramáticas; la Escuela de Verano y el Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y de Ampliación de Estudios.

La Universidad de la Habana ha sido el Centro docente de Cuba más sacudido por las conmociones políticas y sociales que ha experimentado el país en los últimos treinta años. Este estado de cosas se ha reflejado no sólo en la enseñanza, sino en toda la vida universitaria.

CUADRO COMPARATIVO, ECONOMICO-DOCENTE, DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
DESDE 1902 A 1952

(Elaborado con los datos de las Memoria Anuario y los Presupuestos del propio Centro)

	Personal Facultativo			Total de Profesores	Total de alumnos	Total de Titulos expedidos	Total presupuestado por la Universidad
	Profesores Titulares	Profesores Auxiliares	Profesores Agregados				
1901-1902 ...	53	35	...	88	527	80	\$ 264,870.00
1902-1903 ...	88	6	...	94	503	116	301,320.00
1926-1927 ...	106	92	...	198	4,281	625	1,017,570.00
1927-1928 ...	106	92	...	198	4,736	468	1,001,361.00
1951-1952 ...	178	124	144	446	11,900	1,500	\$ 3,251,600.32

(Esta cifra corresponde al Presupuesto de 1952-1953)

Hay un Rector.
„ 13 Decanos.
„ 7 Profesores Eméritos.

A pesar de ello, el progreso experimentado es notable, como se advierte, no sólo en su economía, sino en el crecimiento de sus Facultades, planes de estudios, métodos, etc.

Los cargos de Profesor son cubiertos definitivamente por el sistema de Concurso-oposición, existiendo las categorías de Titular, Auxiliar y Agregado.

En la página anterior exponemos, en un cuadro comparativo, de carácter económico docente, la evolución experimentada por la Universidad de la Habana en los cincuenta años de vida republicana independiente.

En ese cuadro hemos usado los datos que la *Memoria Anuario* de la Universidad nos ha ofrecido hasta el año de 1939, teniendo que lamentar que, por no haber sido editada a partir de 1940, nos hayamos visto precisados a recurrir a otras fuentes, como son los Presupuestos que el propio Centro formula para sus atenciones. Los que acaba de aprobar para el ejercicio económico de 1952-53 nos han sido de gran utilidad a ese respecto.

En 1946 se funda en La Habana, con carácter privado, la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, y posteriormente se organiza en la ciudad de Santiago de Cuba un Centro de esta clase, denominado Universidad de Oriente. Aunque esta última debió su fundación a la iniciativa privada de un Comité local, se transformó en oficial en el año de 1949; también en la misma oportunidad se aprobó por el Gobierno la creación de otra Universidad en la ciudad de Santa Clara, denominada Universidad Central, que abrirá sus puertas para el curso 1952-53.

Estas dos nuevas Universidades oficiales obedecen a necesidades largamente sentidas. Los esfuerzos de los que propugnaban un Centro de esta naturaleza en la Provincia oriental vieron coronados sus empeños al inaugurarse un plantel superior el 10 de octubre de 1947. El 27 de abril del siguiente año su existencia fué reconocida oficialmente por acuerdo del Consejo de Ministros, y por Resolución de 11 de diciembre de 1948 fué reorganizada por el Ministro de Educación, promulgándose sus Estatutos el 23 de marzo de 1949. Por último, la Ley No. 16 de 22 de noviembre de 1949 le concedió "status" oficial definitivo y dotación económica, y la Ley No. 13 de 22 de diciembre de 1951 le reconoció la autonomía.

En la Ley 13 se dispone que tanto la Universidad de Oriente como la de Las Villas recibirán del Estado una recaudación anual total, para las dos Universidades —y a título de anticipo— consistente en la can-

tividad de \$ 960,000.00. Esa cantidad será reintegrada al Presupuesto con cargo al cual se hubiere adelantado, tan pronto se recauden los beneficios del fondo especial con que ambas se nutren por ministerio de la ley.

En el Art. 6 de la Ley que las crea se establece que la Universidad de Oriente no admitirá mayor número de alumnos que el aconsejado por el límite de la capacidad docente de la misma. Hasta ahora, este Centro consta de tres Facultades, en las cuales se agrupan ocho Escuelas, que son Filosofía y Letras, Educación, Derecho, Ciencias Comerciales, Ingeniería Química Industrial, Ingeniería Mecánica, Ciencias Físico-Químicas y Ciencias Naturales. Existen, además, varios Departamentos, como los de Educación Física, Psicología, Extensión y Relaciones Culturales, Actividades Sociales, Técnicas Audio-Visuales, Musical, etc. Hay también una Sección de Teatro Universitario, un Instituto de Idiomas, Bibliotecas, Laboratorios, Museos, etc.

Los Profesores pueden ser Ordinarios y Extraordinarios; Titulares y Auxiliares; los primeros suman unos 43 y los segundos unos 22. Desconocemos el número total de alumnos que se encuentra matriculado en el actual curso, pero por los que han figurado en años anteriores y por la capacidad del Centro, consideramos que debe ascender a mil.

Todas estas fundaciones, que evidencian la impresionante evolución experimentada por nuestro país en los últimos años, tienen su base legal en la Constitución de 1940, que dispuso en su artículo 54: "Podrán crearse Universidades oficiales o privadas y cualesquiera otras instituciones y centros de altos estudios. La Ley determinará las condiciones que hayan de regularlos".

La creación de las instituciones antes señaladas en Oriente y Las Villas, así como la Ley de Universidades Privadas, aprobada en diciembre de 1950, no fueron más que el desarrollo de aquel texto constitucional.

Sin embargo, a pesar de todo, la Misión Económica y Técnica que acaba de publicar el estudio *Report on Cuba* hace al Gobierno de la República la recomendación de que invite a expertos extranjeros en materia educativa, al objeto de revisar la política, curricula, métodos, etc. de las universidades oficiales, ya que ella considera que el aprendizaje que dichos centros procuran a sus alumnos es inadecuado para las necesidades de nuestro país. Producen demasiados hombres de letras y pocos técnicos de acuerdo con los requerimientos agrícolas e industriales de Cuba. (*Report on Cuba*, 1951.)

Para terminar este recuento que hemos estado haciendo respecto de la enseñanza oficial en cincuenta años de vida independiente, vamos a sintetizar en unas cuantas cifras, a modo de balance, todo lo anteriormente expuesto, ya que los números tienen una elocuencia a veces mayor que las palabras.

Con todas las quiebras que puedan señalársele —y que indudablemente tiene— la enseñanza oficial en nuestro país en cualquiera de sus grados, sale incuestionablemente gananciosa en la prueba comparativa a que la hemos sometido. Para avaluar nuestros asertos, expondremos como resumen objetivo, las cifras que representan esos hechos:

ENSEÑANZA PRIMARIA OFICIAL

	Número de aulas	Población escolar	Total de alumnos matriculados	% de los alumnos respecto de la población escolar	% respecto de la población total	Total de maestros
1902	3,594	338,306	172,273	50.9%	10.9%	3,608
1952	16,668	1,016,811	550,000	54.0%	11.3%	23,115

ENSEÑANZA SECUNDARIA OFICIAL

	Número de Instituciones Secundarias	Número de alumnos matriculados	Número total de Profesores
1902	10	...	...
1952	72	37,197	2,797

ENSEÑANZA SUPERIOR OFICIAL

	Número de Universidades Oficiales	Número de alumnos matriculados	Total de Profesores
1902	1	527	83
1952	3	11,900	446

(Los datos sobre alumnos y Profesores son exclusivamente de la Universidad de la Habana)

PRESUPUESTOS COMPARADOS

	Presupuestos Generales	Presupuesto para educación pública	% del Presupuesto de educación res- pecto al General
1902	\$ 17,514,000.00	\$ 3,721,790.00	21.25%
1952	299,812,841.00	58,168,593.12	19.46%
1953	314,285,931.62	83,493,266.19	26.56%

Hemos agregado a este estudio comparado las cifras correspondientes a los Presupuestos Generales de la Nación para el año de 1952-1953, porque han salido en la *Gaceta Oficial* en los momentos en que estamos terminando este trabajo, y nos parece interesante hacerlos figurar, aunque sea sólo para percatarnos de la marcha de nuestro progreso material. Como podemos ver, esos Presupuestos alcanzan la suma total de \$ 314,285,931.62, es decir, superan a los del año de 1951-52 en la cantidad de \$ 14,473,090.62. El Ministerio de Educación, sin embargo, aparece mejorado en \$25,324,673.07, ascendiendo por ese motivo a la cantidad de \$ 83,493,266.19, que es la más alta que ha tenido en toda su vida, y que supera, por sí sola, el total del Presupuesto que tuvo la Nación durante mucho tiempo, incluso en años de prosperidad económica.

Estos últimos aumentos para el año de 1952-53 parecen responder, en primer lugar, al mejoramiento en sus haberes experimentados por maestros y Profesores; y en segundo término, a mayores consignaciones para la enseñanza primaria rural. Al efecto, aparece creada una Dirección General para ese sector de la educación, y se transforman de nuevo la Dirección General de la Enseñanza Politécnica y las Escuelas Politécnicas, que figuraba con esa denominación en los Presupuestos de 1951-52, en Dirección General del Instituto Cívico Militar y Escuelas Cívico Militares, respectivamente.

Queremos hacer la observación de que nuestro trabajo no se ha extendido a las enseñanzas que se desarrollan fuera del sector específicamente docente a cargo del Estado, como sucede con las escuelas que mantienen algunos Municipios y Gobiernos Provinciales. Tampoco hemos entrado a considerar las valiosas actividades que en el orden de la enseñanza agrícola ha desenvuelto el Ministerio de Agricultura. Su programa educativo se ha venido desarrollando a través de seis Granjas Agrícolas, una Escuela Forestal y una Estación Experimental Agronómica, así como mediante el sistema práctico de los Clubes "5C", que siguen el modelo norteamericano conocido por "4H".

CAPÍTULO IV

LA ENSEÑANZA PRIVADA

LA Orden No. 4 de 1902 marcó el inicio de la reglamentación de las escuelas privadas. "Después de la publicación de la presente Orden —dice en su preámbulo— no será considerada como establecida legalmente ninguna escuela privada que no haya sido autorizada por el Secretario de Instrucción Pública, o por el Superintendente de Escuelas de la Isla." Sin embargo, a pesar de ésta y de todas las legislaciones posteriores, existen actualmente en Cuba, de acuerdo con los datos oficiales de la Inspección de Escuelas Privadas, más de doscientas escuelas de esta clase que funcionan sin la autorización de los organismos competentes.

La autorización se otorgaba, en lo que a las escuelas primarias se refería, en virtud del informe que el Superintendente Provincial de Escuelas Públicas le remitiera al Superintendente General con los detalles sobre aptitudes, competencia pedagógica, etc., de los maestros que en dicha escuela fueren a ejercer; así como también respecto a las condiciones —consideradas como mínimas— de situación, acceso e higiénicas de los edificios; material escolar, etc. Cualquier persona que fuere a establecer una escuela privada tendría que solicitar la autorización oportuna del Superintendente Provincial, y obtenida ésta, sería objeto de inspección por agentes debidamente habilitados, pudiendo ordenarse la clausura del plantel en el momento que sus condiciones no respondieran a los fines para los cuales se les había expedido el permiso correspondiente. Cada director de escuela privada que funcionara de modo legal, debería rendir informes mensuales al Comisionado de Escuelas Públicas, los que tendrían carácter estadístico, de acuerdo con los modelos que le serían suministrados.

Como garantía para el magisterio privado, se le reservaba el derecho a aquellos profesores que no hubieran sido favorablemente informados por el Superintendente Provincial, de pedir examen, al objeto de obtener Certificado de Primer Grado; prueba ésta que sería realizada ante un Tribunal nombrado al efecto por el Secretario de Instrucción Pública.

La escuela privada, que tan esforzada tarea había efectuado el siglo anterior, venía ahora a realizar su cometido, en lo que a la enseñanza primaria se refería, regulada por una legislación especial, y supervisada en su funcionamiento docente.

En cuanto a la segunda enseñanza, los establecimientos que la impartían estaban subordinados a los Institutos provinciales, ya que sus estudios carecían de valor para el ingreso en la Universidad de la Habana —único centro superior en Cuba hasta 1946— por lo que debían los alumnos sufrir el examen de las materias del plan de los centros oficiales ante Tribunales formados por los propios Catedráticos de estas Corporaciones; cosa que, por otro lado, se venía cumpliendo desde el siglo anterior como consecuencia de la Ley de Instrucción Pública de 1857, que reguló la incorporación de estudios a los Institutos Provinciales, y los requisitos para su validez académica.

A pesar de los tiempos difíciles de la última década del siglo xix y de las dos primeras del xx, nuevos colegios privados abrían sus puertas. Las Religiosas del Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús, fundan en 1892 un plantel en la Habana, El Apostolado, que es hoy una de las mejores instituciones de su clase, donde se ofrecen primera y segunda enseñanza, y enseñanzas del Hogar y especiales, contando con una matrícula de cerca de 600 alumnos y un edificio excelente. En el 1894 las Hnas. de la Caridad del Sagrado Corazón abren un colegio —El Sagrado Corazón de Jesús— en la ciudad de Pinar del Río, que hoy funciona con una capacidad de 250 alumnos; y al año siguiente, la propia Orden funda en La Habana otro de igual nombre, dedicado a la enseñanza primaria y a la de especiales materias, para un alumnado de 200 niñas. En los años de 1896 y 1897 la Orden del Apostolado realizó nuevas fundaciones en Marianao y en Cárdenas, que hoy funcionan como colegios primarios y secundarios, con una capacidad de 200 y 300 alumnos respectivamente. En el 1899 las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl inician tareas docentes en el pueblo de Bejucal, fundando el colegio Santa Susana; y al año siguiente el de Nuestra Señora de la Caridad en Güines. En ese mismo año, las Madres Dominicas Americanas abren la American Dominican Academy of our Lady Help of Christians, que hoy ofrece enseñanza primaria y High School con una capacidad para 700 alumnas; también en ese tiempo, la Orden de las Oblatas de la Divina Providencia comienza a enseñar en el colegio Nuestra Señora de la Caridad, en la Habana. En el 1901, los Padres Agustinos fundan en esta ciudad el colegio San Agustín, que ofrece enseñanzas especiales, primaria y Comercio, teniendo una capacidad de 500 alumnos. Y en 1902, por último, los

Hermanos Maristas inician sus tareas en Cuba abriendo el colegio Champagnat de Cienfuegos, que hoy imparte, a más de la primera y segunda enseñanza, enseñanzas especiales y Comercio, teniendo capacidad para 600 estudiantes. Ese mismo año, dos colegios seculares de gran prestigio —el Santo Tomás de Aquino y El Angel de la Guarda— abren sus puertas en Manzanillo y en la Habana respectivamente, el primero dedicado a la enseñanza primaria; y el segundo a esta enseñanza, así como a la secundaria, Secretariado, Comercio y enseñanzas especiales, contando hoy con un alumnado de 380 niñas.

Con el impulso dado por las autoridades norteamericanas de Ocupación, la enseñanza —sobre todo la pública y primaria, tan indispensable al verdadero régimen democrático— prometía óptimos frutos, al movilizarse lo mejor de nuestras clases sociales para ponerse al servicio de la cultura.

La regulación oficial de la Enseñanza Privada:

La Constitución de 1901

Al aprobarse el 21 de febrero de 1901 y promulgarse en 20 de mayo de 1902 la Constitución de la República, se dió base constitucional a la libertad de enseñanza. “Toda persona —decía en el segundo párrafo del artículo 31 del Título IV— podrá aprender o enseñar libremente cualquier ciencia, arte o profesión, y fundar o sostener establecimientos de educación y de enseñanza; pero corresponde al Estado la determinación de las profesiones en que exija títulos especiales, de las condiciones para su ejercicio, la de los requisitos necesarios para obtener títulos y la expedición de los mismos, de conformidad con lo que establezcan las leyes.”

En el primer párrafo de ese mismo artículo se había declarado la gratuidad y obligatoriedad de la enseñanza primaria, la que estaría a cargo del Estado en tanto las Provincias y los Municipios carecieran de recursos suficientes para sostenerlas. Y el inicio del segundo párrafo declaraba que también estarían a cargo del Estado la enseñanza secundaria y la superior.

Es obvio que la Constitución garantizara la libertad de enseñanza, ya que se trataba de una República democrática, y ser propio de las democracias el reconocimiento de esa libertad, que es suprimida en los regímenes no democráticos —principalmente los totalitarios— porque en ellos se realiza por el Estado la formación compulsiva de los ciudadanos de acuerdo con sus intereses políticos.

La Ley de 8 de junio de 1909 marca el inicio de la legislación escolar republicana, perfeccionada después con la Ley Escolar de 18 de julio de 1909, que reguló cuanto a la enseñanza primaria se refiere, y fué modificada posteriormente por la Ley del 4 de julio de 1911, la del 1º de julio de 1916, la del 23 de enero de 1918, etc.

En el Decreto-Ley No. 283 de junio de 1934, que modifica la Ley Orgánica del Poder Ejecutivo, se establece en el artículo 250 que, entre las facultades del Secretario de Educación está la de "ejercer la alta inspección de la enseñanza privada en todos sus grados".

Por otro lado, y para garantizar de modo más eficaz la libertad de enseñanza, el *Código de Defensa Social*, en vigor desde el 9 de octubre de 1938, especifica los Delitos contra la Libertad de Enseñanza diciendo en su "Artículo 200. A) El funcionario público que ordenare la clausura o disolución de un establecimiento privado de enseñanza, a no ser por causas expresamente previstas en la Ley, será sancionado con privación de libertad de seis meses y un día a dos años, interdicción especial por igual período, y multa de cien a doscientas cuotas. B) El funcionario público que no pusiere en conocimiento de la autoridad judicial la clausura o disolución en las veinte y cuatro horas siguientes de haber sido llevada a efecto, será sancionado con interdicción especial de dos a seis años y multa de cien a doscientas cuotas. C) El funcionario público que interrumpiere en cualquier otra forma el desarrollo normal de los trabajos de un establecimiento de enseñanza privada, incurrirá en interdicción especial de seis meses y un día a dos años y multa de cien a doscientas cuotas".

Al ponerse en vigor la *Constitución de 1940*, se estableció la Sección II del Título V exclusivamente dedicada a los asuntos de la cultura. En ella se ratifican la libertad de enseñanza y de investigación que ya figuraban en la Constitución de 1901; la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza primaria, así como esta última condición para la vocacional, y aquélla para la segunda enseñanza elemental; se agregan las escuelas para adultos, las escuelas normales para maestros, y se define lo que se puede considerar el ideario de la enseñanza cubana: "Toda enseñanza pública o privada estará inspirada en un espíritu de cubanidad y de solidaridad humana, tendiendo a formar en la conciencia de los educandos el amor a la patria, a sus instituciones democráticas y a todos los que por una y otra lucharen".

En esta Sección se llega hasta regular el sueldo de los maestros públicos de instrucción primaria, especificándose que en ningún caso será inferior a la millonésima parte del presupuesto total de la nación. Se declara la autonomía de la Universidad de la Habana, y se autoriza la

creación de Universidades Privadas. Declara la enseñanza oficial laica, y agrega con respecto a los centros en que se lleva a cabo la docencia privada: "estarán sujetos a la reglamentación e inspección del Estado; pero en todo caso conservarán el derecho a impartir separadamente de la instrucción técnica, la educación religiosa que deseen".

Como una limitación a dicha docencia privada, se determina que la enseñanza de la Literatura, Historia y Geografía cubanas, así como la Cívica y la Constitución, serán impartidas por profesores cubanos por nacimiento y mediante textos de autores que tengan esa misma condición. Y por último, crea el Consejo Nacional de Educación y Cultura que estará encargado de fomentar, orientar técnicamente e inspeccionar las actividades educativas, científicas y artísticas de la Nación, debiendo ser oída su opinión por el Congreso en todo proyecto de Ley que se relacione con materias de su competencia.

Tres años antes, en enero de 1937, la *Ley Docente* había creado, asimismo, dicho Consejo y determinado su estructura y su carácter consultivo. Poniendo en vigor los preceptos de esta Ley, el Decreto Presidencial No. 3439 de 19 de noviembre de 1940 organizó el Consejo, que trabajó asiduamente en el proyecto de la reforma general de la enseñanza que la Constitución exigía, como ley del Congreso, en un término no mayor de tres legislaturas. Los proyectos se vieron obstaculizados por diferentes causas, y no llegaron nunca a ser objeto de un mensaje presidencial a las Cámaras.

Una parte de ese citado proyecto de reforma general, el que se refería a la segunda enseñanza impartida en los Institutos, fué segregado, y con supresiones y modificaciones substanciales que lo apartaban del plan original, se puso en vigor por el Decreto Presidencial No. 2223 de 20 de agosto de 1941, rigiendo actualmente en ese campo de la enseñanza.

En 1946 se dictó un nuevo *Reglamento General de Instrucción Primaria*, en virtud del Decreto Presidencial No. 2726 del 5 de diciembre del propio año. El anterior Reglamento había sido promulgado 24 años antes, por el Decreto 1147 de 12 de agosto de 1922. En la nueva reglamentación se regula cuanto se refiere a la enseñanza privada de carácter primario, dedicándole, a más del Capítulo XXXVII, el Capítulo XI, donde trata de los Inspectores de las escuelas que tienen ese carácter.

Refiriéndose sin citarlo al precepto constitucional que autoriza la libertad de enseñar y aprender, y sí de modo expreso al artículo 48 que establece la obligatoriedad de la enseñanza primaria, regula este Capítulo la que se recibe en las escuelas privadas, y la que se imparte con

carácter doméstico, exigiéndoles un mínimo de estudios —acordado por la Junta de Superintendentes de Escuelas— y todos los actos que formen parte de dicha enseñanza. Los padres y tutores que deseen que sus hijos y pupilos hagan esos estudios individualmente en el hogar, estarán obligados a hacerlo constar ante la Junta de Educación del Municipio de su residencia, de otro modo incurrirán en responsabilidades.

Se señalan las condiciones para establecer una escuela privada, pudiendo tener esta iniciativa tanto los nacionales como los extranjeros que lleven, entre otros requisitos, seis años de residencia en el país. El aspirante a llevar a cabo la citada iniciativa deberá, en la solicitud que dirija al Superintendente Provincial de Escuelas que le corresponda, establecer todos aquellos detalles sobre la localización y condiciones de la escuela, así como los que se refieren al personal docente de la misma. El Superintendente se encargará de constatar dichos pormenores, estando la autorización definitiva a cargo del Superintendente General, a quien el Provincial elevará su informe.

Toda escuela privada legalmente autorizada estará sujeta a la inspección oficial, existiendo para ello un Inspector General de Escuelas Privadas, a las órdenes del Superintendente General de Escuelas y de la Junta de Superintendentes, y un cuerpo de Inspectores Provinciales y Auxiliares. Los directores de esos centros privados están obligados a expedir certificados a sus alumnos en los que se le acrediten haber cursado las materias primarias elementales del 1º al 6º grados; y las primarias superiores, del 7º al 8º grados, cuando las impartieren, poseyendo esos certificados toda la validez legal de los oficiales. En esas escuelas privadas se observará la misma distribución del año que establece la Ley Escolar para las que mantiene el Estado, y todas están obligadas a realizar los actos cívicos, como el de la Jura de la Bandera, el Saludo, etc.

Hasta aquí en lo que respecta a la enseñanza primaria. La secundaria, con antecedentes que vienen desde la legislación colonial, establece, a más de la enseñanza oficial, la incorporada y la libre. Para que tengan validez académica los estudios efectuados por medio de estas dos últimas, se precisa el examen de las materias del plan de estudios respectivo ante un Tribunal formado por Catedráticos del establecimiento oficial a que corresponda. Esto rige para el Bachillerato, como reza en el Decreto Presidencial No. 1911 de 14 de agosto de 1939 que contiene el Reglamento de Segunda Enseñanza en vigor y que organiza la incorporación de establecimientos privados señalando los requisitos de local, de material docente, de personal facultativo y de procedimiento para la

incorporación y validez académica de los estudios. También regula la enseñanza libre, y el procedimiento para convalidar sus estudios.

Dentro del grupo de las llamadas enseñanzas medias, existen algunas que por su carácter, o por ser de matrícula limitada —como la que corresponden a las Escuelas Normales y de Kindergarten— no organizan ni reconocen estudios incorporados ni libres.

En cuanto a la enseñanza superior, no hubo en la República centro alguno que tuviera rango universitario —fuera de la Universidad de la Habana— hasta el año de 1946, en que se funda en Marianao por los Padres Agustinos la primera institución de esta clase de carácter privado, con el nombre de Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva. La Constitución de 1940 autoriza específicamente la creación de esos centros en su artículo 54: "Podrán crearse Universidades oficiales o privadas y cualesquiera otras instituciones y centros de altos estudios. La Ley determinará las condiciones que hayan de regularlos".

El 20 de diciembre de 1950, el Presidente de la República sancionó la *Ley de las Universidades Privadas y Centros Superiores de Altos Estudios*, publicada en la *Gaceta Oficial* del 29 del propio mes y año. Regula los estudios que se cursen en las Universidades Privadas exigiendo condiciones y capacidades no inferiores a las requeridas por las Universidades del Estado. El ideario que la Constitución determina para toda enseñanza, así como los requisitos especiales para la docencia de la Literatura, Historia, Geografía y Cívicas cubanas, que ya hemos citado en otra oportunidad, son aquí recordados.

Tres organismos oficiales: el Ministerio de Educación, el Consejo Nacional de Educación y Cultura y el Comité General de Universidades privadas y Centros Superiores de Altos Estudios —este último creado por la propia Ley— son los relacionados con todo lo que se refiera a las Universidades y Centro Privados. Los dos finalmente nombrados serán los que habrán de conocer de las solicitudes que dirija cualquier persona natural o jurídica que desee establecer una institución de esta clase, acompañando los requisitos que la propia Ley establece; estudiarán los antecedentes del caso y emitirán su informe al Ministro de Educación para que sea expedida —si así procede— la correspondiente Carta de Constitución de la nueva Universidad. La propia Ley crea el Tribunal de Estado, que autorizará, previa la prueba correspondiente y la visa del Ministro del ramo, el ejercicio de la profesión a los poseedores de los Títulos que expidan las citadas Universidades. Y por último, el Consejo Nacional de Educación y Cultura tiene a su cuidado la inspección técnica de estos planteles, así como de los Centros Superiores que se crearen.

La Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, como ya dijimos, ha sido fundada y dirigida por la Comunidad de los Padres Agustinos de la rama norteamericana que mantiene en Estados Unidos otras Universidades, como la de Villanueva, Pennsylvania; cuenta hasta hoy con cinco magníficos edificios de varias plantas, fabricados exprofeso, donde se instalan sus siete Facultades, dos de ellas en inglés, pues se trata de una Institución bilingüe. Dichas Facultades son: Filosofía y Letras, Educación, Derecho, Ciencias Comerciales, Ingeniería Química y Mecánica, Bachelor of Arts y Bachelor of Science in Economics. Cuenta, además, con una Escuela de Psicología, un Departamento de Idiomas, otro de Artes Domésticas; y mantiene de junio a agosto una Escuela de Verano. Posee una gran Biblioteca pública, laboratorios, museos, etc.

A este Plantel concurren hombres y mujeres, pues es un Centro coeducacional; cooperando a su dirección un cuerpo de Consejeros y Benefactores, cuya gestión ha sido de extraordinario valor. En el curso de su fundación —año de 1946-47— la matrícula fué de 37 alumnos; ascendiendo ésta en el curso del 1952-53 a cerca de 600 jóvenes. Sus Profesores suman 60, entre Titulares y Auxiliares y son, salvo los que pertenecen a las Facultades en inglés, cubanos y graduados en nuestro País.

La Escuela Privada en la República

Al cumplirse cincuenta años de la iniciación de la República, podemos decir que es la escuela privada una de sus instituciones que más ha progresado, y ha venido, por ello, a rendir una gran función social, cual es la de auxiliar al Estado en la tarea de educar a la colectividad, que le viene impuesta por su condición democrática.

Las múltiples instituciones de este carácter que existen en Cuba actualmente tienen muy diversos orígenes: un gran número de ellas se debe a la iniciativa de corporaciones religiosas; y otro a particulares e instituciones fraternales que le han dado carácter laico; algunas son creadas por sociedades mutualistas, y otras por grupos filantrópicos.

Durante su primer cuarto de siglo de vida republicana, a pesar de sus indiscutibles progresos —evidenciados en la multiplicación de establecimientos excelentes y en sus crecidas matrículas— la escuela privada no había ofrecido al Estado una orientación que le auxiliara a superar las deficiencias oficiales. En el año de 1934, en el Informe que rinde la Foreign Policy Association con el nombre de *Los Problemas de la Nueva Cuba*, se expone el siguiente juicio sobre el rendimiento de la escuela privada en Cuba: "El que las escuelas particulares no hayan

desarrollado ninguna institución de métodos progresistas o experimentales de importancia, puede atribuirse en parte a los auspicios bajo los cuales funcionan y en parte al hecho de que la expedición de títulos constituye un monopolio del Gobierno”.

En aquellos momentos, comprendían dichos planteles alrededor de 25,000 alumnos, casi la tercera parte de los que tendrían en el año de 1942-1943, en que la matrícula de las escuelas privadas alcanzó la cifra de 71,077 según el Censo de 1943; y casi la cuarta parte de la matrícula actual. Esa desproporción se debió a que en el año de 1934 todavía atravesaba el país una aguda crisis económica, cuyo momento más intenso había estado entre el año 1932 y 1933; y no es preciso recordar lo profundamente que repercutió lo económico en el campo de la enseñanza particular.

En los primeros veinticinco años fueron los grandes colegios religiosos los que más progresaron; le siguieron las escuelas de los centros regionales, que a más de ofrecerle enseñanza primaria a los hijos de los socios, crearon Academias nocturnas para adultos que comprendían dibujo, música, idiomas, mecanografía, taquigrafía y estudios comerciales, servicio muy necesario para los que, trabajando de día, querían mejorar sus conocimientos primarios, así como desarrollar habilidades vocacionales. Fué con posterioridad que los planteles debidos a la iniciativa de profesores cubanos aparecieron en mayor número, estimulados por el éxito que alcanzaban los fundados por las Ordenes Religiosas, principalmente. El bienestar económico experimentado por Cuba en los últimos quince años, como consecuencia de los acontecimientos internacionales, ha influenciado en no escasa medida en el auge de la escuela privada.

En estos tiempos, ese crecimiento y los intereses comunes que tenían que defender y salvaguardar, sobre todo por las posibilidades de cambios legales a que la interpretación de la Constitución del 1940 pudiera dar lugar —al disponer la reforma general de la enseñanza— movieron a los planteles privados a organizarse en dos asociaciones diferentes, una integrada por los colegios religiosos católicos, y otra por un grupo compuesto casi totalmente por colegios laicos. La primera se denomina Confederación de Colegios Cubanos Católicos, la segunda Federación Nacional de Escuelas Privadas Cubanas.

Según los datos estadísticos suministrados por la Confederación, las escuelas católicas de Cuba ascendían en el año de 1949, en toda la República, a 245, de acuerdo con la enseñanza a que se dedicaban, como puede apreciarse en los siguientes Cuadros que hemos elaborado con los citados datos:

CUADRO No. 1
COLEGIOS DE ENSEÑANZA PRIMARIA

	Masculinos	Femeninos	Mixtos	Total
En la Habana	11	40	4	55
En el interior de la República .	15	55	3	73
Totales	26	95	7	128

CUADRO No. 2
COLEGIOS DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

	Masculinos	Femeninos	Mixtos	Total
En la Habana	5	13	2	20
En el interior de la República .	8	16	...	24
Totales	13	29	2	44

CUADRO No. 3
COLEGIOS DE ENSEÑANZA SUPERIOR
(UNIVERSITARIA)

	Masculinos	Femeninos	Mixtos	Total
En la Habana (Marianao)	...	...	1	1
En el interior de la República .	...	...	...	...
Totales	0	0	1	1

CUADRO No. 4
COLEGIOS DE ENSEÑANZA SECUNDARIA
Y SUPERIOR EN INGLES

	Secundaria	Superior	Masculinos	Femeninos	Mixtos	Total
En la Habana	3	1	...	3	1	4
En el interior de la República .	...	...	...	...	...	...
Totales	3	1	0	3	1	4

CUADRO No. 5
ENSEÑANZAS ESPECIALES
ESCUELAS DE COMERCIO

	Masculinas	Femeninas	Mixtas	Total
En la Habana	6	12	2	20
En el interior de la República .	4	8	...	12
Totales	10	20	2	32

CUADRO No. 6
ENSEÑANZAS ESPECIALES
ESCUELAS DE SECRETARIADO

	Masculinas	Femeninas	Mixtas	Total
En la Habana	...	14	2	16
En el interior de la República .	...	6	...	6
Totales	0	20	2	22

CUADRO No. 7
ENSEÑANZAS ESPECIALES
ESCUELAS DEL HOGAR

	Masculinas	Femeninas	Mixtas	Total
En la Habana	...	7	...	7
En el interior de la República .	...	4	...	4
Totales	0	11	0	11

CUADRO No. 8
ENSEÑANZAS ESPECIALES
ESCUELAS VOCACIONALES

	Masculinas	Femeninas	Mixtas	Total
En la Habana	1	1	...	2
En el interior de la República .	1	...	...	1
Totales	2	1	0	3

Como en muchas ocasiones varias de esas escuelas radican en el mismo plantel, el número efectivo de éstos según los datos de la Confederación es de 128; estando 120 de ellos dirigidos por Comunidades religiosas, y 8 seglares.

Puede observarse la curiosa desproporción entre el número de escuelas femeninas y masculinas, siendo el de aquéllas muy superior tanto en la capital como en el interior de la República.

Infortunadamente, en los datos que poseemos no figura siempre el número de alumnos matriculados, sino por lo regular la capacidad de las escuelas; ni tampoco las cifras de las promociones de sus estudiantes. Pero muchos de estos planteles, como Belén, Escuelas Pías, De La Salle, Champagnat, Baldor, Merici Academy, Apostolado, La Inmaculada, etc., tienen una matrícula que pasa de 1,000 alumnos, y algunos hasta de 2,000. Las promociones en todos es muy alta.

Tenemos que lamentar, asimismo, no haber podido obtener elementos de juicio relacionados con todos los anteriores pormenores de la Federación Nacional de Escuelas Privadas Cubanas, que se fundó, y así lo dice en la relación de sus fines, "para promover el cordial acercamiento del personal dirigente de los establecimientos de enseñanza privada, para darle unidad y consistencia a la labor docente inspirada en un sentido de positivo y fervoroso nacionalismo". La Federación está gobernada por el Ejecutivo Nacional, radicado en la Habana, y un Ejecutivo Provincial en cada una de las Cabeceras de Provincias, aunque sólo aparece funcionando aquél. Un requisito que se exige para ser miembro de la Federación es, no sólo el de ser director o profesor de escuela privada cubana, sino también poseer título de capacidad para ejercer la docencia. Entre las gestiones que ha realizado la Federación con verdadero éxito está el proyecto para la creación del Retiro del Maestro de Escuela Privada, que acaba de ser presentado a la Cámara como una proposición de Ley; ha auspiciado concursos entre los escolares, como el de ortografía; ha mantenido contacto con las esferas oficiales tendientes a ajuste de programa, extensión de cursos, etc., gestionando de las autoridades a quienes compete se libre a la escuela privada del impuesto nacional del Timbre, en razón de la labor de ayuda al Estado que ella realiza.

El número de colegios que figuran en la nómina de la Federación asciende a treinta y seis, todos radicados en la Habana y Marianao, teniendo una gran cantidad de ellos carácter secundario, e impartiendo, asimismo, enseñanzas especiales, como Comercio, Secretariado, Hogar,

etc. Algunos de estos establecimientos docentes, como el Instituto Edison, el Colegio Cubano Arturo Montori, el Colegio La Luz, etc., tienen una matrícula de muchos cientos de alumnos, siendo sus promociones también muy altas.

Queremos hacer una mención especial de la Sociedad Económica de Amigos del País, que regentea una serie de escuelas magníficas, casi todas creadas por donaciones y legados de particulares. Las más notables de estas instituciones son: Instituto San Manuel y San Fernando, fundado en 1886, por legado de Francisco del Hoyo y Junco; Institución Zapata, una para niños y otra para niñas, creadas en 1873 por legado del doctor José Salvador Zapata; Escuela Redención, que data de 1905, por legado de Gabriel Millet; Colegio Pío El Santo Angel, que se inicia en 1886 por donación de la señora Susana Benítez Vda. de Parejo; Instituto La Encarnación, situado en Limonar, creado en 1891 por disposición testamentaria de Basilio Martínez y González, y otra que con el mismo nombre y origen se crea en Marianao; la Fundación del Maestro Villate, denominada Escuela Elemental de Artes Liberales y Oficios, creada por disposición testamentaria de D. Gaspar Villate en 1906; el Conservatorio Santa Amelia, etc. Todas estas instituciones imparten instrucción gratuita diaria a más de mil niños.

La Inspección de Escuelas Privadas del Ministerio de Educación, que funciona a las órdenes directas e inmediatas del Superintendente General de Escuelas y está subordinada a la dirección técnica de la Junta de Superintendentes, tiene, a más del Inspector General de Escuelas Privadas, un cuerpo de Inspectores Provinciales y Auxiliares que viene realizando una loable tarea de ordenamiento y vigilancia de la docencia de este carácter en la República. A dicho organismo debemos los siguientes datos sobre la escuela primaria privada, que complementan nuestra visión general de esta enseñanza en Cuba al cumplirse el cincuentenario de la República independiente, y nos dicen de sus posibilidades futuras:

CUADRO No. 1

Año de 1949

Escuelas Primarias Privadas autorizadas en la República	580
Total de aulas	2,690
Matrícula en la enseñanza primaria en las 580 escuelas	79,645 alumnos

CUADRO No. 2

Año de 1949

TIPOS DE ESCUELAS PRIMARIAS Y MATRICULA

	Número de escuelas	Matricula
Laicas	431	45,984
Católicas	116	28,262
Protestantes	31	5,135
Hebreas	2	264
Totales	580	79,645

CUADRO No. 3

Año de 1949

NUMERO DE ESCUELAS PRIMARIAS POR PROVINCIAS

Pinar del Río	29	
Habana	349	(dato del 20 de no- viembre de 1951)
Matanzas	48	
Las Villas	104	
Camagüey	51	
Oriente	71	
Total	652	

Las diferencias entre el número de las escuelas que se observan en este Cuadro y el No. 2 se deben a que en aquél se han usado datos del 1951

CUADRO No. 4

Año de 1949

NUMERO DE AULAS Y SU DISTRIBUCION POR PROVINCIAS

Número de aulas en la República 2,690

	Pinar del Río	Habana	Matanzas	Las Villas	Camagüey	Oriente	Totales
Escuelas que tienen Kindergarten .	1	47	8	12	5	7	80
Escuelas que tienen Preprimaria .	7	83	16	32	22	20	180
Aulas de 1er. grado al 6º grado .	64	1,150	158	260	168	296	2,096
Escuelas autorizadas para 7º y 8º grados	16	171	18	45	30	54	334
Totales	88	1,451	200	349	225	377	2,690

Según las autoridades que nos han suministrado los anteriores datos, existen en estos momentos alrededor de 200 escuelas que funcionan sin autorización oficial. Tal vez este ha sido el motivo que han tenido algunos funcionarios e investigadores para considerar que el número de alumnos matriculados en las escuelas privadas asciende actualmente a 140,000.

Si comparamos las cifras anteriores con las que seis años antes representaban el movimiento de las escuelas privadas, nos encontramos con un progreso indudable. En efecto, al finalizar el curso de 1942 a 1943, según el Censo de 1943, estaban autorizadas para funcionar legalmente en el territorio de la República 587 escuelas privadas, con una matrícula de 71,077 alumnos. Es cierto que aparecen siete escuelas más en el 1943 que en el 1949, pero hay, en cambio 8,568 alumnos de ventaja en este año respecto al primero; es decir, sólo el aumento experimentado por la escuela privada en seis años, equivale a la población que asistía al total de las escuelas existentes en Cuba un siglo antes, de acuerdo con el Censo de 1836. Entonces los habitantes del país eran alrededor de un millón, y la proporción de escolares debía haber sido 200,000, hoy es cinco veces aquel número, y también la cantidad de personas en edad escolar, pero si recordamos que sólo la enseñanza primaria oficial comprende 550,000 niños, y la privada de esta clase 71,077, sin contar los contingentes de la secundaria y de la superior, tendremos que convenir que no es vano optimismo el que sentimos por Cuba y sus instituciones docentes, al arribar a sus cincuenta años de independencia.

FUENTES

- ACOSTA RUBIO, RAÚL. *Batista: Pensamiento y Acción*. La Habana, 1944.
- ANTEPROYECTO DE PRESUPUESTO DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA PARA EL EJERCICIO ECONÓMICO 1952-1953.
- AGUAYO, A. *Pedagogía de las escuelas secundarias*. (En *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, 1906-1907.)
- *La reforma de la Segunda Enseñanza*. (En *Revista Lyceum*, mayo de 1945.)
- BOLETÍN OFICIAL DE LA CONFEDERACIÓN DE COLEGIOS CUBANOS CATÓLICOS (1949).
- BOLETÍN DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS (1944).
- CANET, GERARDO. *Atlas de Cuba*. 1949.
- CUBA CONTEMPORÁNEA. *La enseñanza secundaria en Cuba: reformas que necesita*. (Vol. 27, septiembre-diciembre, 1921.)
- CUBA EN LA MANO. ENCICLOPEDIA POPULAR ILUSTRADA. La Habana, 1940.
- CENSO DE LA REPÚBLICA DE CUBA. 1907, 1919, 1943.
- CÓDIGO ESCOLAR. La Habana, 1947.
- CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA, 1940.
- EDUCACIÓN, SECRETARÍA DE. *Estadística general, 1931-36*.
- ECHEMENDÍA, A. *Orientaciones de la Segunda Enseñanza*. (En *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, 1919.)
- *La Educación Secundaria en los Institutos*. (En *Revista de Instrucción Pública*, 1925.)
- EL LIBRO DE CUBA. 1925.
- ESPINOSA, CIRO. *La crisis de la Segunda Enseñanza en Cuba y su posible solución*.
- FOREIGN POLICY ASSOCIATION. *Problemas de la nueva Cuba*. (Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos), 1935.
- GUERRA, RAMIRO. *El espíritu de la escuela cubana*. (En *Revista Lyceum*, noviembre, 1950.)
- HANNA, MATTHEW. (Comisionado de Escuelas.) *Memoria sobre las escuelas públicas de Cuba, 1900-1901*.
- INFORME DE LA COMISIÓN REORGANIZADORA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA. (*Revista de la Universidad de la Habana*, n° 13, junio-julio de 1937.)
- LEGISLACIÓN DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA Y ESPECIAL. (Recopilación por los doctores Manuel Febles Montes y José Manuel Pérez Cabrera.) La Habana, 1943.
- MONTORI, A. *La Educación en Cuba*. (En *Cuba Contemporánea*, 1905.)
- *La Enseñanza Secundaria*. 1925. (Publicado por la Asociación Pedagógica Universitaria.)
- MAZA, PIEDAD. *Didáctica de las Escuelas Secundarias*. 1940. (Universidad de La Habana.)
- MARTÍNEZ, LUCIANO R. *Dictamen sobre el Informe del profesor M. Pittman sobre el estado de la educación en Cuba*. La Habana, 1933.
- MEMORIA DE LOS TRABAJOS DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DURANTE EL AÑO DE 1921.
- MOVIMIENTO DE POBLACIÓN EN LA REPÚBLICA. La Habana, 1934.
- PATRONATO ADMINISTRATIVO DE LAS ESCUELAS RURALES CÍVICO-MILITARES. 1938.
- PITTMAN, MARVIN S. *Informe acerca del estado de la Educación en Cuba*. 1932.
- PLA, EDUARDO F. *El Bachillerato en Cuba*. (En *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, Vol. 5, n° 3, noviembre, 1907.)
- PRESUPUESTO ORDINARIO Y EXTRAORDINARIO PARA EL AÑO FISCAL DE 1951-1952.
- PRESUPUESTO ORDINARIO Y EXTRAORDINARIO PARA EL AÑO FISCAL DE 1952-1953.
- SÁNCHEZ ARANGO, AURELIANO. *Informe ante el Senado*. La Habana, 1949.

- TRUSLOW, FRANCIS ADAMS. *Report on Cuba*. The Johns Hopkins Press, 1951.
- UNIÓN PANAMERICANA, DIVISIÓN DE EDUCACIÓN. *La Educación Fundamental del Adulto Americano*. Washington, D.C., 1951.
- UNIVERSIDAD DE LA HABANA. *Memoria Anuario 1901-1902*.
- *Memoria Anuario 1902-1903*.
 - *Memoria Anuario 1926-1927*.
 - *Memoria Anuario 1927-1928*.
 - *Catálogo General y Memoria (1937-1938)*.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *Las reformas de la Enseñanza Superior*. 1901.
- VALDÉS RODRÍGUEZ. *Consideraciones histórico-críticas sobre la segunda enseñanza en Cuba*. (En *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, 1907.)
- VILLAR BUCETA, GUSTAVO. *Los problemas de la Segunda Enseñanza Oficial*.
- VITIER, MEDARDO. *Enrique José Varona: su pensamiento representativo*. La Habana, 1949.

LIBRO TERCERO

LAS CIENCIAS

LIBRO TERCEIRO

CAPÍTULO I

CIENCIAS MEDICAS

COMENZAREMOS la historia de los adelantos científicos de Cuba, en el período de 1902 hasta la fecha, con el mismo orden que planteamos en nuestra descripción anterior, que cubrió desde el año 1868, inicio de la primera guerra de independencia, hasta terminar en el 1902, con la instauración de nuestros derechos como República Cubana, libre, democrática e independiente.

Es imposible fijar exactamente todo lo nuevo en ciencias en un cincuentenario, y menos ahora, en la época actual, donde cada momento nos presenta un descubrimiento en el cada vez más maravilloso y extenso campo de los conocimientos modernos.

Pero, de todos modos queremos referirnos a los hombres de ciencia que en este largo tiempo de 50 años han sido y valieron mucho en Cuba; y algunos, con el favor de Dios, siguen con nosotros, para nuestra suerte y para la ventaja y adelanto de la generación próxima.

Nuestros mejores médicos, los buenos cirujanos, los naturalistas, ingenieros, matemáticos, químicos, físicos, etc., eran, antes de establecerse la República, en su mayor parte españoles.

Algunos científicos cubanos estaban entonces en el campo de la revolución redentora; y volvieron para ilustrarnos con sus conocimientos, probados en tan dura campaña. Otros, exilados o ausentes en países extranjeros, contribuían notablemente a sostener el buen nombre de Cuba.

Esta era nuestra situación cuando, terminada la intervención norteamericana, se inauguró nuestra República.

Desde luego, tuvimos la gran suerte de que las autoridades interventoras, designadas por el gobierno amigo de la poderosa nación que nos ayudó a obtener la independencia, fueron hombres cultos y capacitados, que supieron recabar la cooperación de los mejores cubanos para el mejor éxito de la difícil tarea que realizaron, de ordenación y encauzamiento nacional en todos los sectores, en la forma que era imprescindible para la brusca transición de país colonial a República soberana.

Como testimonio de su acierto están las numerosas obras de beneficio que realizaron en tan breve tiempo, las leyes que promulgaron en forma de Ordenes Militares, la organización de los distintos departamentos de trabajo gubernamental, los reglamentos y disposiciones que compilaron y adaptaron a nuestra nueva condición, las grandes mejoras sanitarias y en la enseñanza, etc.

Con lo que antecede como base, trataremos de mencionar, aunque sea someramente debido a la vasta extensión del campo a tratar, lo que nosotros, los cubanos, hemos adelantado en el decurso de nuestro *primer cincuentenario* de vida libre.

Y para ello procederemos a enumerar y explicar ligeramente, por su orden cronológico aproximado, los avances obtenidos, refiriéndonos, en su época respectiva, a los compatriotas que en nuestra Isla o fuera de ella se han distinguido por sus labores, sus inventos, sus descubrimientos y sus publicaciones científicas, siempre que estas últimas no hayan sido traducciones ni obras de rutina, sino algo que constituya un aporte nuestro para el mundo.

Naturalmente que en muchos casos, ante la imposibilidad de extenderlos demasiado, sólo citaremos nombres, títulos y fechas.

En esta labor de reseña de nuestros adelantos en el inmenso conjunto de las Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, en el primer cincuentenario de la República, seguiremos, como hemos dicho, nuestro plan anterior, o sea que comenzaremos por las Ciencias Médicas, y dentro de ellas nos parece acertado iniciarlo con la referencia a las etapas finales de las dos más destacadas y gloriosas figuras de la Medicina y Cirugía cubanas, los ilustres doctores Finlay y Albarrán, cuyos nombres perdurarán siempre en la memoria de los pueblos del mundo por sus descubrimientos, trabajos y obras de beneficio internacional, a que dedicaron sus vidas, sus excepcionales facultades y sus maravillosas inteligencias, en la eterna lucha humana contra la enfermedad y la muerte.

Ya en el curso de la Primera Intervención, el Gobernador Militar, general y doctor Leonardo Wood, gran amigo de Cuba, en un informe rendido a su Gobierno calificó la confirmación de las "doctrinas del Dr. Finlay" como uno de los pasos más grandes que se han dado en la ciencia médica, y presidió un gran banquete que dió el cuerpo médico de La Habana conjuntamente con oficiales del ejército americano, para celebrar su triunfo. El propio General Wood designó al Dr. Finlay como Jefe de Sanidad, y fué igualmente honrado con la designación de Presidente Honorario de Sanidad y Beneficencia.

En el año 1902, al terminar la intervención, el Gobierno de la República lo nombró igualmente, por indicación del Dr. Diego Tamayo,

Secretario de Gobernación, como su primer Jefe de Sanidad y Presidente de la Junta Superior de Sanidad. Su Alma Mater, el Jefferson Medical College, le confirió el Doctorado en Leyes, *ad honorem*, y a propuesta del Dr. Mitchell, el College of Physicians de Filadelfia, la asociación médica más antigua del continente americano, le colocó en la limitadísima lista de sus socios de honor. La Escuela de Medicina Tropical de Liverpool le otorgó, en 1907, la medalla Mary Kingsley, creada para recompensar el mérito de los grandes descubridores en el campo de la medicina tropical, como lo fueron también Manson, Ross y Koch. El Gobierno de Cuba, la Universidad Nacional y el Ministro de la Gran Bretaña, contribuyeron a solemnizar este acto, que se celebró en el Aula Magna de la Universidad. En 1908, el Ministro de Francia, en nombre de su Gobierno, ante numeroso público, en los salones de la Academia de Ciencias, le condecoró con la insignia de Oficial de la Legión de Honor. Finalmente el Gobierno de la Segunda Intervención, por gestiones del coronel J. R. Kean y a propuesta del Primer Congreso Médico Cubano, le asignó una pensión vitalicia y ordenó la publicación de sus obras. Anteriormente, en la sesión XXXI de la American Public Health Association celebrada en Wáshington en octubre de 1903, fué electo Presidente de la Asociación, que se reunió en La Habana, en enero de 1905, con brillante éxito.

No fué sólo en el campo de la fiebre amarilla donde el Dr. Finlay se ha hecho acreedor a la gratitud universal. La inventiva de su claro ingenio descubrió, o dió forma práctica, a la solución del problema del tétanos infantil. En el año 1903 el Dr. Finlay fijó su atención en este importante asunto, y, con una precisión verdaderamente admirable, sugirió al Dr. Dávalos que examinase bacteriológicamente el pabito que usaba generalmente el pueblo para la ligadura del cordón umbilical. La investigación dió por resultado que, efectivamente, esta cuerda suave de algodón era un nido de notable riqueza en bacilos del tétanos. En aquel mismo año sugirió el Dr. Finlay la preparación de una cura aséptica para el ombligo, la cual desde entonces, viene distribuyéndose gratuitamente en paquetes cerrados, por el Departamento de Sanidad, hoy Ministerio de Salubridad y Asistencia Social, lo que ha reducido muy notablemente la mortalidad causada por el terrible tétanos infantil.

La laboriosidad del Dr. Finlay era pasmosa. En medio del trabajo constante de su profesión y de la producción frecuente de escritos sobre asuntos de patología y de terapéutica, en los que se adelantaba generalmente a sus compatriotas, como puede verse en sus trabajos sobre la filaria y el cólera, encontraba tiempo, por ejemplo, para descifrar un manuscrito y hacer acopio de datos históricos y de filología y heráldica,

para probar que el ejemplar de la Biblia en que aparece el manuscrito debió ser propiedad del emperador Carlos V en Yuste; o resolvía problemas de altas matemáticas, de ajedrez, de filología, o elaboraba complicadas y originales teorías sobre el Cosmos, en la que figuraban hipótesis atrevidas sobre las propiedades de las sustancias coloideas y el movimiento en espiral. Más recientemente aun en medio de la labor mecánica y cansada de una gran oficina del Estado, y cumplidos ya los 70 años, estudiaba hasta conocer a fondo toda la doctrina complicadísima de la inmunidad y las teorías de Metchnikoff, Ehrlich y Buchner, presentando su propia concepción del intrincado problema.

La designación del Gobierno para enviarle como Representante al Congreso de Higiene y Demografía de Berlín, celebrado en 1907, espolea aquellas grandes energías y revive los estudios sobre la influencia de la temperatura en la propagación de la fiebre amarilla, por su acción sobre el mosquito, estudios que, en sus comienzos, habían contribuido a fijar en su mente la teoría que le ha hecho inmortal. Esta fué la última producción de aquel cerebro privilegiado antes que apagase su lumbré la sombra de los años.

Desde luego que el portentoso descubrimiento del sabio Finlay tuvo, como ocurre siempre en todos los grandes triunfos humanos, sus envidiosos, sus detractores y sus pretensos aprovechadores. En la propia Unión Norteamericana, aun cuando sus representantes en Cuba durante la Primera Intervención reconocieron noblemente desde un principio al Dr. Finlay como legítimo autor de su inmortal Teoría, y así lo hicieron constar entonces sus distinguidos médicos que la estudiaron y en colaboración con otros cubanos la probaron y contribuyeron a demostrar plenamente su certeza, surgieron luego motivos al parecer políticos y ciertos intereses personales, deseosos de usurpar una gloria que no les correspondía, lo que intentaron silenciando y opacando el mérito y derechos del verdadero descubridor, ante la opinión pública de su País, restando también importancia a la participación médica cubana en general, como ocurrió en el caso del Dr. Arístides Agramonte. Con esta labor, que falseaba la verdad del hecho histórico, pretendieron asignar todo el éxito obtenido a la famosa Comisión Americana.

En nuestros primeros años de vida republicana, los múltiples problemas propios de tal inicio motivaron que los cubanos prestaran poca atención a tan insidiosa campaña, la que, por otra parte, era llevada a cabo lenta y solapadamente; pero pasado algún tiempo comenzaron a surgir las justificadas protestas, no sólo de Cuba, sino de otros muchos países, y hasta de científicos norteamericanos conscientes, que comprendieron la injusticia contenida en esos procedimientos.



AYUNTAMIENTO DE LA HABANA

AYUNTAMIENTO DE LA HABANA. Construido para Casa o Palacio de Gobierno sobre los solares donde se alzó modestamente su primera iglesia parroquial —la construcción iniciada en 1776 no fué concluida hasta 1792 o acaso un poco más tarde—, el hermoso edificio, "nuestro máximo palacio barroco", como le ha llamado el profesor Weiss, "será siempre el que represente a nuestra ciudad por razones de antigüedad y de historia...", según la opinión autorizada del urbanista Martínez Inclán. Dirigió la edificación, el teniente coronel de Ingenieros, nacido en esta ciudad, don Antonio Fernández Trevejos. Residencia hasta 1920 del Jefe del Poder Ejecutivo, ha quedado desde entonces como sede del Ayuntamiento capitalino y de las oficinas de la Administración Municipal. En 1930, el doctor Miguel Mariano Gómez, Alcalde de La Habana, dispuso su restauración, que dos arquitectos cubanos, los señores Govantes y Cabarrocas, llevaron a cabo con éxito notorio.

La fotografía que se reproduce fué tomada por el Ministerio de Obras Públicas.

Afortunadamente, y como tenía que suceder en este paso de avance tan grande de la ciencia que representaba la salud para muchos pueblos del mundo, luego la verdad se abrió paso, comenzando a cambiar la opinión de aquellos que, por falta de información correcta o por la propaganda mixtificada, desconocían la prioridad indiscutible y única de nuestro insigne sabio.

En el año 1915, el Dr. Agramonte gestionó y obtuvo en los Estados Unidos de América el reconocimiento de su participación y la equiparación con sus compañeros de la Comisión. En la propia fecha publicó un folleto, impreso en inglés y que fué repartido profusamente, donde aclaró en forma indubitante que el Dr. Walter Reed, Presidente de dicha Comisión, a quien reconocía altos méritos como médico y como sanitario, no fué en modo alguno verdadero autor y descubridor de la teoría del mosquito.

El Profesor cubano Dr. Francisco Domínguez, en una conferencia que dió el 5 de diciembre de 1933, fiesta del centenario de Finlay en la Academia de Medicina de París, y que fué publicada, estableció ante los médicos y pueblo de esa culta nación europea, la verdad sobre Finlay; y en esa misma época el busto del Dr. Reed que estaba colocado en el Museo Nacional de Wáshington, con una inscripción en su pedestal acreditándolo como *descubridor* de la Teoría, fué trasladado al Hospital que lleva su nombre y que pertenece al Ejército, y situado allí cambiando dicha inscripción por otra sencilla que expresa solamente "Walter Reed". En febrero de 1941, el General Kean, en carta al doctor Domínguez, dice textualmente: "Siempre he dado a Finlay el mérito del *DESCUBRIDOR* y a Reed el de haberlo demostrado".

Como punto final en esta pugna donde se trató de negar o disminuir la gloria imperecedera del gran Finlay, sólo nos resta decir que el *International Medical Digest*, la más prestigiosa de las revistas médicas norteamericanas, publicó, en su número correspondiente a marzo de 1951, refiriéndose a la extinción de la fiebre amarilla, lo siguiente: "Todo este fantástico aunque fascinador sueño fué hecho realidad en 1901, cuando Walter Reed y sus asociados probaron la teoría que Carlos Juan Finlay previamente había demostrado en 1881: que la fiebre amarilla es transmitida por un mosquito".

La Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, acordó la conmemoración de la obra del Dr. Finlay, disponiendo la celebración anual, en la fecha del *Día de la Medicina Americana*, de una Sesión Solemne, donde uno de sus miembros designado al efecto pronuncia la *Oración Finlay*. La propia Academia tiene un museo his-

tórico especial de Finlay, con reliquias, instrumentos, obras, etc., del ilustre sabio, incluyendo la tribuna desde donde en la memorable sesión del 14 de agosto de 1881 explicó ante tan docta corporación su genial teoría, llamada a cambiar la historia y los procedimientos sanitarios, primero en las Américas y luego en todo el mundo.

Además del Instituto y de la Orden de Mérito, que son instituciones oficiales creadas exclusivamente para honrar y enaltecer su memoria, hay un parque y una calle importante de la Capital que llevan su nombre, y también la ostenta como merecido homenaje la revista mensual de la Asociación Nacional de Técnicos de Laboratorios de Cuba, que comenzó a publicarse en el año 1941.

Hay en la Academia de Ciencias un busto, solemnemente inaugurado en el día 6 de febrero de 1926; y en el año 1929 se develó su estatua en el patio de la entonces Secretaría de Sanidad y Beneficencia y hoy Ministerio de Salubridad y Asistencia Social; la estatua inicialmente colocada en el parque que lleva su nombre, fué acompañada con los bustos de los más distinguidos colaboradores del Maestro.

El Instituto Finlay, para estudios, labores e investigaciones científicas, fué creado por Decreto Presidencial de 17 de enero de 1927, asignándosele como dedicación especial la atención y adelanto de todo lo relacionado con la higiene y la Medicina Preventiva. Cuenta con equipos muy modernos, es organismo técnico-consultivo del Ministerio de Salubridad, e igualmente conlleva la noble misión recordatoria de propagar intensamente los trabajos y la gloria del Dr. Finlay. Entre los adelantos médicos recientes, logrados por este Instituto, y que merecen mención destacada, tenemos el descubrimiento de la paratifoidea C en Cuba; de formas de Salmonelosis sumamente graves y anteriormente no descritas; la confirmación del descubrimiento del ictero-infeccioso, Leptospirosis ictero-hemorrágica o Enfermedad de Weil; el estudio de nuestras peculiares formas de Rickettsiosis y su tratamiento moderno con antibióticos, y ensayos de tratamientos específicos nuevos de la fiebre tifoidea, que han dado por resultado notable disminución de su índice de mortalidad en la República.

La Orden Nacional de Mérito Carlos J. Finlay se creó por Decreto Presidencial de 21 de enero de 1928, siendo destinada a recompensar servicios considerados como extraordinarios en la rama de Sanidad y Beneficencia, tanto de ciudadanos cubanos como de extranjeros que sean declarados y reconocidos como dignos de ingresar en la misma. Las personalidades de la ciencia médica honradas con tan alta y señalada distinción incluyen una verdadera selección de los mejores profesionales de la medicina en Cuba, y de aquellos que en otros países se distinguen

por sus méritos, originalidad, descubrimientos y relaciones con el adelanto en esa materia.

El día 3 de diciembre de 1941, fecha consagrada por la medicina cubana para recordar al eximio Maestro, se creó el Instituto Finlay de las Américas, como otra organización más, de carácter continental, para honrarlo y perdurar la memoria de su portentoso y trascendental descubrimiento.

El 19 de agosto de 1949, entre los actos verificados en Miami para celebrar un Día de Cuba, se inauguró en uno de los parajes más señalados de tan importante ciudad floridana, Collins Park, y por iniciativa de los comerciantes de dicha urbe, secundada por sus altas autoridades, un busto del Dr. Finlay, obra de nuestro escultor Domingo Ravenet, con una tarja de bronce en su pedestal cuya inscripción en inglés, literalmente traducida, expresa: "Dr. Carlos J. Finlay — 1833-1915 — Que descubrió la trasmisión de la fiebre amarilla por el mosquito e hizo posible vencer tan temible azote. El mundo considera a este científico cubano como un gran benefactor de la humanidad".

En este año de 1952, que completa el primer cincuentenario de nuestra República, y correspondiendo a una petición de las autoridades de Nueva York, será enviado a esa ciudad otro busto del ilustre médico cubano, que será colocado en la Avenida de las Américas, situada céntricamente en una zona de parques de la poderosa metrópoli.

El Hospital Militar de Cuba, uno de los mejores de su tipo en la América Latina, por su moderna construcción, amplitud y equipos, lleva el nombre de *Doctor Carlos J. Finlay*.

Finalmente, por acuerdo del gobierno cubano se llevaron a cabo las obras para conservar, restaurar y proteger como monumento nacional la histórica caseta en que se verificaron las pruebas de su teoría, destinada a cambiar los conceptos sanitarios del mundo.

Al cesar, el 20 de mayo de 1902, la intervención americana, ya se había realizado una obra sanitaria notable, y la salud pública había mejorado sensiblemente y se encontraba mucho mejor protegida que en épocas anteriores cuando el abandono y la falta de conocimientos produjo una situación realmente desastrosa.

Con el advenimiento de la República se inicia en nuestra naciente Secretaría de Sanidad y Beneficencia la era gloriosa de los grandes médicos sanitarios cubanos. Es la época inolvidable de los Finlay, Delgado, Agramonte, Guiteras, Lebrede, Díaz Albertini, Barnet y otros muchos que eficazmente los secundaron.

En el año 1905, terminada la revisión y bien estudiada la posible ampliación y mejoramiento de las primeras disposiciones básicas pro-

mulgadas como Ordenanzas Sanitarias mediante Ordenes Militares del Gobierno Interventor, se editó un *Manual de Práctica Sanitaria*, código científico dirigido por el Dr. José A. Barnet; obra tan completa y eficiente que ha servido durante largos años, con ligeras adiciones y modificaciones, como guía del sanitario cubano en el terreno de la práctica, y como protección del más alto de nuestros intereses, la salud del pueblo de Cuba.

Merecen especial mención en nuestros primeros años de soberanía propia, además del inolvidable Finlay, otras figuras médicas que prestigiaron la ciencia en tal época, destacándose los doctores Arístides Agramonte, que fué compañero y colaborador del gran sabio, y que publicó en 1908, dándolo a conocer, el primer caso de fiebre paratifoidea observado en Cuba; el Dr. Diego Tamayo, autor en 1916 de un interesante informe sobre *El Dr. Finlay y la Fiebre Amarilla*; el ilustre Juan Guiteras Gener, el centenario de cuyo nacimiento será conmemorado este año 1952 en sesión solemne celebrada el día 4 de enero en el paraninfo de la Academia de Ciencias Médicas de La Habana. El Dr. Guiteras fué igualmente devoto amigo y copartícipe en la portentosa labor de Finlay; y sucesivamente director del hospital de enfermedades infecciosas *Las Animas*, Director General de Salubridad, Secretario de Sanidad y Beneficencia, y ya en el ocaso de su vida resultó elegido presidente de la Federación Médica de Cuba, siendo el primero en desempeñar tan honroso cargo. Entre sus publicaciones científicas resaltan las dedicadas a *Mosquitos y otros Insectos transmisores de enfermedades*, impresas en los años 1908 a 1915.

Son también integrantes del valioso grupo de médicos sanitarios que tanto hicieron en los primeros tiempos de vida republicana, Hugo Roberts, fundador de nuestra Sanidad Marítima; Francisco María Fernández, que fué Secretario de Sanidad; José Antonio López del Valle, autor de numerosas publicaciones hasta el año 1914; Francisco Domínguez Roldán con valiosos trabajos desde el 1902; Mario G. Lebrede, con importantes obras sobre mosquitos y parasitismo intestinal desde 1902 al 1914; José H. Pazos, especializado en el estudio de los mosquitos cubanos, del 1903 al 1914, y Leonel Plasencia y Julio Ortiz Cano, sobre filarias, en el 1915.

Hay que recordar igualmente al Dr. Emilio Martínez, fundador con Guiteras de la *Revista de Medicina Tropical*, que fué en su época el único periódico de tal especialidad impreso en América. El Dr. Manuel Delfín publicó su revista decenal *La Higiene* hasta el 1905; Joaquín L. Jacobsen publicó sobre Tuberculosis en 1905 y 1908, y en la misma materia Filiberto Rivero en igual año.

Las publicaciones sobre temas sanitarios del Dr. Enrique Barnet continuaron hasta el 1908.

El Dr. Antonio Díaz Albertini, uno de los grandes de la medicina cubana, era, al ocurrir su fallecimiento en el año 1945, Director del Hospital Las Animas, miembro de la Academia de Ciencias y Presidente de la Comisión de Enfermedades Infecciosas.

El Dr. Juan Santos Fernández, Presidente de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, desde el 1901 hasta el 1922, tiene en su haber como sanitario el haber introducido en Cuba el virus rábico de Pasteur, y su persistente labor de muchos años al frente del Laboratorio Histobacteriológico e Instituto de Vacunación Antirrábica de La Habana, del que fué fundador y primer Director, y en cuyo Laboratorio, establecido en su propio domicilio, Prado N° 115, en esta ciudad, se han preparado muchos miles de vacunas que han salvado las vidas de aquellas personas mordidas o lesionadas por animales afectados con tan terrible dolencia.

No quedaría completa la historia de los adelantos de la medicina cubana sin mencionar al reducido pero selecto grupo de hombres de ciencia que en los primeros años del presente siglo han contribuido al crédito y prestigio de nuestra naciente República, en otros países, que, con nosotros, honran y enaltecen su memoria; y así debemos citar al ilustre Profesor Joaquín Albarrán y Domínguez, cuya continuación de su grandiosa labor anterior culmina en la publicación en París, el año 1905, del libro *Exploración de las Funciones Renales*, que el sabio Guyon calificó como "la obra más científica de la época"; establece la prueba de la Poliuria Experimental, modificada más tarde por su discípulo Heitz-Boyer con la poliuria ureica, y desde ese momento ningún cirujano está autorizado a quitar un riñón sin probar la suficiencia funcional del que queda. Este trabajo de Albarrán, traducido a todos los idiomas, ha salvado miles de vidas humanas en el mundo entero. También, en el Primer Congreso de la Asociación Internacional de Urología, celebrado en París en 1908, se aceptó de manera concluyente su teoría de la "nefrectomía precoz como tratamiento de la tuberculosis renal unilateral", confirmada como único medio de salvar al paciente, teoría formulada, sostenida y puesta en práctica por él desde hacía doce años, en contra de la opinión de casi todos los urólogos de su tiempo.

En 1906, por el voto unánime de la Facultad, fué designado Profesor titular de la Cátedra de Enfermedades de las Vías Urinarias de la Universidad de París. En el concurso para cubrir esta Cátedra presentó doscientos veintiún trabajos, a cual más interesante y más origi-

nal, cada uno de los cuales constituye un hecho fundamental en la medicina, y por eso, mientras haya médicos y cirujanos en el mundo, se hablará de Albarrán.

Sólo tres años pudo dedicar Albarrán a la enseñanza en tan alta investidura, en la Escuela de Necker, pero fueron los suficientes para dar a conocer su obra, modelo de técnica y de precisión quirúrgica, *Medicina operatoria de las vías urinarias*. El Dr. Albarrán falleció joven, a los 52 años de edad, pero dejó una escuela propia en su especialidad: en honor a su memoria el servicio modelo de urología del Hospital Cochin, en París, lleva el título de *Joaquín Albarrán* como fiel homenaje y recuerdo al desaparecido Maestro. En Sagua la Grande, la hermosa ciudad cubana que tuvo el honor de ser su cuna, figura su estatua como preciado monumento, y en el gran salón de Actos de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, en la sesión de clausura del Séptimo Congreso Médico Nacional el día 20 de diciembre de 1927, se develó un busto del eximio cubano, cuya labor ha sido un galardón de honra para nuestra Patria.

En la propia época otro médico cubano, nativo de nuestra culta ciudad de Matanzas, el Dr. Enrique Lluria, se distingue también en París, junto con Albarrán. A él se debe la cura del riñón flotante sin previa operación. Luego, en 1905, publica en Madrid su obra maestra, prologada por el sabio Ramón y Cajal, titulada *La evolución super-orgánica de los seres humanos*, libro que le da merecida fama.

Sobre el año 1930 se destaca igualmente en París el Dr. Domingo M. Gómez, cuando el Profesor Henri Vaquez, Director del Servicio Hospitalario, lo escoge, pasando por encima de los Jefes más reputados de Clínica, como colaborador suyo en los trabajos científicos de mayor envergadura. Pronto el nombre de tan ilustre compatriota se pronuncia con respeto y admiración en el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina de París, citado por sabios médicos como el mismo Vaquez, Cley, Giroux, Binet, Roger, Pasteur-Vallery Radot, Bezancon, Clerc y Paul Savy, en conferencias y en sus obras. Toma parte principal, con Vaquez y Cley, en la invención de un nuevo oscilómetro, aparato para medir las oscilaciones arteriales, que con el nombre de *Kimometre* fabricó la famosa casa Boullitte de París, y en cuya esfera se lee el nombre *Domingo M. Gómez*. Sus admirables estudios y descubrimientos sobre el tratamiento de la hipertensión arterial con extractos de la región cortical del riñón, preparados por él, le valieron el premio Mesureur, que la Academia de Medicina de París concede cada cinco años "al sabio cuyos trabajos hayan contribuído más a prolongar la existencia humana". Más tarde, sus publicaciones en la prensa médica fran-

cesa sobre las leyes de la hemodinámica, sorprenden y revolucionan al mundo científico. Luego aplicó por primera vez en el mundo el fenómeno de la Piezo-Electricidad, descubierto por el ilustre Pierre Curie, a la medida de las tensiones sanguíneas en los vasos, inventando para ello un aparato llamado *Piezographe*. Su compendio de las leyes de la hemodinámica, concentradas en un libro de cerca de mil páginas, editado con la ayuda económica del gobierno de Cuba, ha merecido el elogio y la aprobación del sabio Einstein, y la poderosa nación norteamericana le dió plenas facilidades para continuar y ampliar sus interesantes trabajos.

En este primer cincuentenario de la República son tantos los profesionales que han realizado labor meritoria en el extenso campo de la medicina, en sus distintas ramas y especialidades, y tan grandes los adelantos logrados, que sería tarea imposible enumerarlos todos, ni aun citando meramente los nombres, dentro de la forzosamente limitada extensión de una reseña como la presente, por lo que con gran sentimiento nuestro nos vemos precisados a citar solamente algunos, simplemente como ejemplo, y sin que ello disminuya el mérito ni los beneficios que han rendido muchos otros en el curso de cincuenta años de progreso científico debido al esfuerzo de todos, cuyos empeños, en tan dura y noble tarea, han situado a Cuba en prominente lugar, reconocido dentro del concierto de los pueblos más civilizados de la Tierra.

Hecha esta salvedad, imprescindible y justa, creemos sinceramente que la mejor forma que se nos presenta para cumplir la difícil misión que nos ha sido encomendada es mencionar las publicaciones, descubrimientos propios o introducción de nuevos métodos, equipos y técnicas de mayor importancia en tratamientos médicos, quirúrgicos, etc., expresando quienes son los autores o innovadores a quienes se debe reconocer tal mérito, las fechas y ligeros detalles sobre cada uno.

Siguiendo esta pauta forzada por las circunstancias ya explicadas, nos referiremos a los siguientes:

Profesor José A. Presno y Bastiony, conceptuado como fundador de la moderna cirugía en Cuba: su carrera profesoral comienza en 1898 como Catedrático Auxiliar de Anatomía, cargo que obtiene por oposición en 1901, y en 1920 pasa a ocupar la Cátedra de Anatomía Topográfica y Operaciones con su Clínica. A principios del siglo fué el introductor de la anestesia intrarraquídea, las primeras operaciones sobre vías biliares y la pielotomía. En 1938, sus intervenciones en aneurismas de las extremidades marcan jalones en el desarrollo de la cirugía cubana. Su libro *Clínica Quirúrgica y Técnica Operatoria*, publicado

en 1920, fué básico en la formación de toda una generación de médicos y cirujanos. Es Director desde hace muchos años de la *Revista de Medicina y Cirugía de La Habana*, y Presidente actual de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales.

Profesor Ricardo Núñez Portuondo, Maestro de Cirujanos: comenzó a impartir sus enseñanzas en nuestra Universidad desde 1923. Entre sus numerosas publicaciones, que han formado Escuela, citaremos las *Lecciones de Clínica y Terapéutica Quirúrgica*, *La úlcera gástrica y duodenal, su tratamiento quirúrgico*, *Laparoscopia*, *Histerectomía total por vía abdominal* y otras muchas de gran importancia científica. Como cirujano, fué uno de los primeros en practicar en Cuba gastrectomías totales, y a partir del 1930, toracoplastias y drenajes de abscesos pulmonares.

El Dr. Antonio Rodríguez Díaz practicó en 1943 la primera neumectomía, y en 1947 operó con éxito varios casos del Mal Azul. Entre sus trabajos publicados, figuran: *Colecistografía operatoria*, *Reconstrucción del busto*; *Resultado de las Operaciones del Mal Azul*, que fué presentado ante el Congreso Internacional de Cardiología de París, y *Cáncer del Pulmón*, presentado ante el Congreso de Roma en 1951. Con otros colaboradores acaba de publicar un libro sobre *Cirugía del Tórax*, el primero completo sobre esta materia que se ha escrito en español.

El Dr. Agustín Castellanos ha publicado más de 100 trabajos. En 1937 descubrió la angiocardiógrafa, cuyo procedimiento, indispensable para el diagnóstico de las cardiopatías, es utilizado ya en el mundo entero.

El Dr. Octavio Montoro es uno de nuestros mejores clínicos. Autor de más de 300 trabajos médicos publicados en revistas científicas cubanas. Introdutor en Cuba de la *metabolimetría*, en 1922. En el propio año, con el cardiólogo Dr. José M. Martínez Cañas, de la *electrocardiografía*. También, la técnica de los drenajes biliares, y el tratamiento científico de la diabetes, en 1924. Descubrió en Cuba los primeros casos de encefalitis letárgica. Está especializado en problemas de la nutrición, de la cardioesclerosis y otras enfermedades cardiovasculares.

El Profesor Angel Arturo Aballí está reconocido como fundador de la Pediatría Cubana. Su actuación en el cuerpo profesoral de la Universidad se inicia en el año 1906 y culmina en haber desempeñado hasta muy recientemente la cátedra de Patología y Clínica Infantil. A su tesonera labor se debe la creación de los efectivos servicios pediátricos en los Hospitales Calixto García, Mercedes, Hospital Infantil Municipal y los del Antituberculoso que lleva su nombre. Como Presidente

de la Sociedad de Estudios Clínicos, de la Federación Médica y Decano de la Escuela de Medicina, sus contribuciones han sido muy notables.

El Profesor Arturo Curbelo, connotado bacteriólogo cubano, cuyas obras *Texto de Bacteriología*, *Las Bacterias Patógenas del Hombre* y *Manual de Bacteriología Clínica* han sido declaradas de texto en la Universidad de La Habana y de consulta en distintas universidades extranjeras. Entre sus importantes descubrimientos tiene la localización por primera vez en Cuba, con el Dr. Martínez, del bacilo disentérico *Shiga*, en el año 1936; y su participación en el de la *Salmonella habana*, en momentos de un brote epidémico de gravedad extrema, único hasta esa ocurrencia observado en el mundo, y el cual fué combatido uniendo la eficacia de los estudios bacteriológicos y la capacidad de los pediatras cubanos, salvándose numerosas vidas de recién nacidos a los que se pudo proteger profilácticamente, y en cuyo éxito médico colaboraron también los Dres. R. Márquez, F. Schiff e Ivan Saphra.

Como médico pediatra se destaca igualmente en Cuba el Dr. Clemente Inclán, actual Rector de la Universidad, que entre sus merecidas distinciones ostenta la Vicepresidencia de nuestra Academia de Ciencias; Presidente de la Sociedad Cubana de Pediatría por tres períodos consecutivos; Presidente de la Comisión encargada de la Vacunación del BCG en Cuba y miembro distinguido de otras numerosas entidades científicas. Es jefe de los servicios infantiles del Hospital *Calixto García* y de la Sala F del Hospital Municipal de la Infancia.

Al Profesor Alberto Inclán se le considera como propulsor de la moderna Ortopedia. Es Catedrático titular por oposición de dicha especialidad en la Universidad de La Habana desde el año 1925. En 1916 aplicó, en su internado del Hospital *Mercedes*, la técnica de injertos óseos en la columna vertebral para el tratamiento del Mal de Pott. A sus iniciativas se debe el mejoramiento de numerosas técnicas quirúrgicas y su labor en la utilización de huesos de donantes conservados en refrigeración, a cuyos estudios se viene dedicando desde 1936, trasciende fuera de las fronteras de Cuba.

El Dr. Nicolás Puente Duany, eminente cancerólogo de reputación internacional, obtuvo en el año 1930 la posición de Titular de Anatomía Patológica en nuestra Universidad de La Habana y desde entonces se especializó en el estudio y tratamiento del cáncer. Merecen especial mención, entre sus muchas publicaciones médicas, que pasan de 200, sus obras *Anatomía Patológica General* y *Anatomía Patológica Especial* en 1944, y *Aparato Digestivo* en 1946.

Otras obras de medicina y de cirugía publicadas en Cuba, que han contribuido notablemente a nuestro adelanto en esa rama, son: *Derma-*

tología y Sifilografía, por el Dr. Vicente Pardo Castelló, en 1945; *Obstetricia*, 2 vols., por el Dr. José Ramírez Olivella, en 1943-1945; *Clínica Infantil*, por el Dr. Teodoro Valledor, en 1946; *Patología Médica*, 3 vols., por el Dr. Pedro Iglesias Betancourt, en 1946; *Lecciones de Ginecología, con su Clínica*, 2 vols., por el Dr. Gabriel Casuso, en 1947; *Otorrinolaringología práctica*, por el Dr. Pedro Hernández Gonzalo, en 1949; *Temas de Cirugía*, por los Dres. Roberto Varela Zequeira, Manuel Iriondo Aragón y Alfredo Antonetti y Muñiz, en 1949, y *Clínica y Terapéutica Quirúrgicas*, por el Dr. Vicente Banet y Pina, en 1951.

Los trabajos del Dr. Francisco Domínguez Roldán, sobre *Rayos Finsen*; *Rayos Roentgen y Radio*, *Radiología y Electricidad Médicas* en los años 1906 al 1912, marcan el inicio firme de esta importante especialidad en Cuba. El Dr. Domínguez Roldán fué fundador del primer gabinete de Rayos X en La Habana.

El Dr. Pedro L. Fariñas publicó, con el título *Estudios radiológicos* su primer trabajo sobre esta materia, en el año 1918. Sus nuevas técnicas en el diagnóstico y tratamiento de los cánceres del pulmón y del estómago, y de las úlceras pépticas y duodenales, superaron a todo lo hecho anteriormente en esas materias. Fué miembro destacado de distintos Congresos Médicos, nacionales e internacionales, y concurrió como invitado a diversas Universidades extranjeras para dictar conferencias sobre su especialidad. El Dr. Fariñas falleció en el año 1951.

En el año 1950 el anatomo-patólogo Dr. Francisco León Blanco diagnosticó el primer caso de *Histoplasmosis* conocido en Cuba. Esta grave enfermedad, producida por un hongo, es muy rara, al extremo de que desde su descubrimiento por el Dr. Darling en 1906 no llegan a 200 los casos registrados en el mundo.

El 18 de mayo del 1950 se presentó a la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana un trabajo titulado *La Punción Cardíaca en el Hombre*, por los Dres. Elmo R. Ponsdomenech y Virgilio Beato Núñez, donde los autores, por primera vez en la historia de la medicina, abordaban el corazón directamente para su investigación radiológica y abrían un nuevo campo a la terapéutica de las distintas afecciones cardíacas. Dicho trabajo, que tuvo gran repercusión mundial, apareció publicado en mayo de 1951 en el *American Heart Journal*, órgano de la Sociedad Americana de Cardiología.

En las operaciones de cerebro para tratamiento psiquiátrico hay que acreditar al Dr. Carlos M. Ramírez Corría haber efectuado con éxito la primera leucotomía prefrontal, en el año 1937. Por este y otros especialistas en tan novísima y delicada rama de la cirugía se han prac-

ticado en Cuba recientemente los distintos tipos de operación de cerebro para trastornos mentales: leucotomías, según la técnica de Efaz Monis, de Lisboa, primero en hacer tal intervención en el mundo; y subsiguientemente se ha hecho por la técnica de Freeman y por la técnica "a cielo abierto" de Scarf, de Nueva York.

El primer tratamiento de electro-shock aplicado en nuestra República lo fué por el Dr. René de Valette, en 1942.

El primer encefalógrafo lo introdujo el Dr. José Gumá Herrera, iniciando su empleo en 1943. Posteriormente ha traído equipos más modernos, de 4 y 8 canales.

El tratamiento psico-analítico lo introdujo en Cuba el Dr. Rodolfo Julio Guiral, en 1926. Recientemente se ha distinguido mucho en esta rama el Dr. Frisso Potts, actualmente en el Servicio de Higiene Mental y Neuropsiquiatría del Municipio de La Habana, siendo autor de una interesante monografía sobre nuevo tratamiento de grupo, o Psicoterapia de Grupos, en enfermedades mentales.

En el decurso de este Primer Cincuentenario de la República han surgido numerosas publicaciones médicas, de las que algunas ya han desaparecido o han cambiado su nomenclatura, pero otras muchas siguen apareciendo, como revistas o boletines mensuales, trimestrales, etc., siendo las más importantes las siguientes: *Anales de Cirugía*, revista mensual, órgano oficial de la Sociedad de Cirugía de La Habana; Director-Fundador, Dr. M. Costales Latatú, en 1929. *Archivos de Medicina Interna*, revista bimestral. *Boletín del Colegio Médico de La Habana*, mensual. *Boletín de la Sociedad Cubana de Pediatría*; *Revista de Medicina Tropical y Parasitología, Bacteriología y Laboratorio*; *Revista Cubana de Obstetricia y Ginecología*; *Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana*; *Revista de Medicina y Cirugía de La Habana*, mensual, cuyo director-fundador es el Dr. José A. Presno y Bastiony; *Archivos de Medicina Infantil*, trimestral, del Hospital Calixto García; *Cirugía Ortopédica y Traumatología*, trimestral, cuyo director-fundador es el Profesor Alberto Inclán; *Finlay*, revista de divulgación sanitaria del Ministerio de Salubridad y Asistencia Social, y expresamente cerramos esta relación con la que consideramos de mayor mérito científico: *Los Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*.

Orgullosamente podemos decir que nuestra República al cumplir su primer cincuentenario de vida libre ocupa lugar mundialmente destacado en cuanto a su adelanto en las Ciencias Médicas en general, como lo prueba el hecho de que La Habana ha sido frecuentemente escogida

como sede de muchos congresos y convenciones tanto interamericanas como internacionales.

Nuestro Primer Congreso Médico Nacional tuvo efecto en el año 1905 y han continuado celebrándose regularmente hasta el presente. En este año de 1952 se ha verificado el XXXIV.

En eventos internacionales acaba de celebrarse la *Primera Conferencia Internacional de Vitaminas, Metabolismo y Nutrición*, con la asistencia entre otras notabilidades médicas de los Dres. Hench y Murphy, Premios Nobel ambos por sus trabajos médicos; el Profesor Robert R. Williams, que aisló la vitamina B₁; el Profesor King, que aisló la vitamina C; el Profesor Jukes, que aisló el ácido fólico, etc.

También se ha efectuado últimamente en La Habana el *Tercer Congreso Panamericano de Otorrinolaringología*, con la asistencia de más de cien especialistas extranjeros, representando a Francia, la Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, México, Nicaragua, Perú, Puerto Rico y los Estados Unidos.

Y para Cuba ha sido igualmente una honra la visita de la *Misión Médica Británica*, integrada por el Dr. T. Ling, psiquiatra; Dr. A. I. Parry Brown, anestésista, especialmente en cirugía torácica; el Dr. Francis J. Bach, reumatólogo y especialista de Medicina Física, y el doctor T. Holmes Sellors, cirujano de tórax, cuya opinión expresada a la prensa cubana muestra un alto concepto de los adelantos médicos que han observado en nuestra Isla.

En oftalmología, en este cincuentenario (1902 al 1952), tenemos primeramente al Dr. Juan Santos Fernández, introductor en su época de importantes técnicas operatorias y de tratamiento de ojos, y el cual ha publicado más de 1,000 trabajos en el curso de su fecunda labor científica. Le siguen los doctores Rodolfo Guiral y Viondi, que comenzó a destacarse en 1913, y Horacio Ferrer, también en 1913, especializado en operaciones de cataratas con nueva técnica propia.

Durante el decurso de este período se han distinguido por sus éxitos y publicaciones muchos otros profesionales cubanos; y en la actualidad existe laborando científicamente la Sociedad Cubana de Oftalmología que preside el Dr. Oscar Horstmann; además, merecen mención actualmente los Dres. Gilberto Cepero, Tomás R. Yanes y Miguel A. Branly, catedrático de esa rama médica en nuestra Universidad de La Habana. Como actos recientes en este año de 1952, citaremos la Convención que acaba de celebrarse en esta Capital, y la Conferencia dada en el aula *Presno* de la Escuela de Medicina por el sabio profesor francés Dr. Edward Hartmann, Jefe del Servicio de Oftalmología del Hospital Lari-

boisiere de París, que nos ha visitado en tránsito para México, donde se celebrará la próxima reunión de la Federación Internacional de Oftalmología, con la asistencia de la representación cubana.

Como inicio histórico hay que referirse, en cuanto a odontología, a la creación de la *Escuela Dental* establecida en el año de 1900 por decreto del Gobierno Provisional Americano, a propuesta del insigne educador Enrique José Varona. Fueron fundadores de esta Escuela, originalmente anexa a las de Medicina y Farmacia, tres grandes maestros: los profesores Pedro Calvo, Marcelino A. Weiss y Cirilo A. Yarini, con la colaboración en años posteriores del Dr. Ramón A. Mendoza; pero realmente la odontología no fué reconocida plenamente como especialidad médica en nuestra República hasta el año 1917, en que se crearon cinco nuevas cátedras de esa disciplina. En 1933, junto con la autonomía universitaria, se logró el establecimiento de esta Facultad independiente de las demás.

En el momento presente, año de 1952, funciona, con todos los equipos y adelantos modernos, en el justamente llamado *Palacio de la Odontología Americana*, espléndida y amplia construcción situada en Carlos III y G, en esta Ciudad.

Fueron organizadores del Primer Congreso Odontológico Cubano, junto con los fundadores ya mencionados, los profesionales Leandro Cañizares, Manuel Díaz, Generoso Rivas, Augusto Renté, Andrés G. Weber, Ignacio Rojas, Francisco Justiniani, Alfredo Carnot, José A. Roviroso, Ramón Mendoza, Jorge Castellanos y José Roig, en diciembre de 1912.

Uno de los propulsores de la construcción del soberbio edificio actual, que costó a la Universidad medio millón de pesos, fué el Dr. Carlos Coro de la Cruz, Decano de la Facultad en ese tiempo.

No resulta posible, por razón de espacio, citar a todos los que hoy ejercen con distinción en esta rama médica, pero como referencia mencionaremos a los doctores Mario Martínez Azcue, Decano de la Facultad; Antonio Fernández, Presidente del Tercer Congreso Dental; César Mena Serra, Presidente del Colegio Estomatológico Nacional; Arcadio Sequeira, Director de *Protesis Clínica*; Valentín R. Suárez Rubí, Presidente de la Sociedad Cubana de Radiología Oral; Carlos Criner García, Presidente de la Sociedad Cubana de Odontología Infantil; Carlos Funcia Cornell, Presidente de la Sociedad de Cirujanos Orales de Cuba, y Alfredo Sampera y Cervera, Presidente de la Sociedad Odontológica Cubana.

CAPÍTULO II

CIENCIAS FISICAS Y MATEMATICAS

A partir del año 1902 y hasta la fecha, los adelantos en Cuba en el vasto campo de las Matemáticas pueden compendiarse como sigue: El ingeniero José Ramón Villalón y Sánchez introdujo en nuestra Isla los métodos norteamericanos de enseñanza universitaria en cuanto al Álgebra y al Análisis Matemático.

El Dr. Claudio Mimó, catedrático que fué de nuestra Universidad, contribuyó notablemente a la difusión de nuevos conceptos sobre Trigonometría, Geometría Analítica y Geometría Descriptiva.

El Dr. Pablo Miquel y Merino tiene obras publicadas sobre Álgebra Superior en 1939; Cálculo Diferencial en 1941 y Cálculo Integral en 1943.

Otros profesores cubanos que han publicado sobre esta materia son: el Dr. Aurelio Baldor, Aritmética y Álgebra, ambas en 1944; Antonio Ferrer Amich, Aritmética, Geometría y Trigonometría, y Álgebra, las tres en 1929; el Dr. Rafael Huguet, Álgebra, y Problemas aperceptivos, en 1940; Juan M. Lagomasino, Geometría Analítica, 2 vols., y Trigonometría, 1 vol.; el Dr. Isidro Pérez Martínez, Aritmética Superior en 1936 y distintas obras de la misma rama en 1937 y 1940. Debe citarse su *Metrología Universal*, publicada en 1932 como obra muy completa y extensa, y el Dr. Elpidio Pérez Somossa tiene distintas publicaciones sobre Aritmética, que constituyen todas textos modernos para su enseñanza.

En Mecánica Racional, el Dr. Rafael Fiterre y Riberas, actual catedrático de esa disciplina en la Universidad de La Habana, introdujo en Cuba la enseñanza del *Cálculo Vectorial* en 1934.

En Análisis Matemático, el actual profesor universitario Dr. Mario O. González y Rodríguez, está reputado como el más connotado matemático cubano en el presente. Tiene obras publicadas en 1941, 1942, 1946 y 1949, principalmente sobre resolución de ecuaciones diferenciales y teoría de los números y de las funciones. Es muy notable su trabajo presentado en 1950 en el Congreso Internacional de Matemáticas

celebrado en la Universidad de Harvard, sobre *Una nueva apreciación a la teoría de las funciones elípticas*.

Y expresamente hemos dejado como final la mención del mejor matemático que ha existido en Cuba en cualquier época: el ingeniero José Isaac del Corral, que nació el día 3 de junio de 1882 en la ciudad de Cárdenas y falleció en La Habana el 14 de diciembre de 1946. Sus publicaciones contienen frecuentemente teorías originales, e incluyen: Nuevos métodos para resolver ecuaciones numéricas, en 1912; Una nueva propiedad involutiva de polígonos afectos a una cónica, en 1916; Nuevos teoremas que resuelven el problema de Hurwitz, en 1921; La nueva Ley de Gravitación Universal, en 1923; Nueva solución del problema de Lord Kelvin sobre ecuaciones de coeficientes reales, en 1926; Nuevas fórmulas de transformación de Coordenadas, en 1928; Mecánica No-Newtoniana de tipo elíptico, en 1929, que mereció ser publicada por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid; Relatividad elíptica, en 1929; Cantidades complejas, en 1929; Brigadas de Sustituciones, con aplicación a la resolución de las ecuaciones algebraicas, en 1932 al 1935; El Ciclo de Carnot, en 1936; Nuevos algoritmos de cálculo infinitesimal, en 1936; Ampere y la Teoría de la Relatividad, en 1936; La Entropía de Clausius, en 1937; Ecuaciones diferenciales de la rotación terrestre, en 1937; Nuevas formas de la Transformación de Tschrinhausen, en 1938; Ideas modernas sobre la constitución del átomo, en 1941; El Cálculo de Probabilidades y la Física Moderna, en 1943; Ideas fundamentales de Mecánica Ondulatoria, en 1943; Una nueva función elíptica, en 1944; La Mecánica Cuántica, en 1945; La Mecánica Ondulatoria, en el propio año, y otros varios estudios, entre los cuales se cuentan sus últimas conferencias sobre *La Relatividad elíptica en el átomo, Atomo y Relatividad y Universo y Relatividad*. Tiene además numerosos artículos de carácter técnico, publicados en la *Revista de la Sociedad Cubana de Ingenieros*, editada durante largo tiempo bajo su dirección como Presidente de la Comisión de Publicidad, tratando sobre cuestiones de Matemáticas, Geometría, Trigonometría, Mecánica, Física, etc. Como publicaciones directas en el extranjero, hay sus colaboraciones en la *Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería* de Madrid, y en varias revistas científicas norteamericanas.

Semanas antes de su sensible deceso, y por no poder hacerlo personalmente debido a su precario estado de salud, encomendó a su amigo el ingeniero Mario Guiral Moreno la lectura, que se verificó con pocos días de anticipación a la muerte del ilustre Corral, de su obra póstuma,

magnífica monografía sobre la Energía Atómica, preparada para el VI Congreso de Ingeniería celebrado en esta Capital.

El ingeniero Corral, cuyo fin en plena producción de su maravillosa capacidad intelectual ha sido una gran pérdida para Cuba, fué uno de nuestros pocos hombres de ciencia que podía comprender, interpretar y aplicar la famosa Teoría de Einstein sobre la Relatividad.

Astronomía y Ciencias Geodésicas

El Observatorio de la Universidad de La Habana, construído en este período, cuenta con un Anteojo Ecuatorial de 6", con plataforma poligonal de observación y cúpula giratoria eléctricamente, siendo el único equipo moderno de este tipo en Cuba.

Recientemente en la Cátedra de Astronomía se ha iniciado la enseñanza de la Astrofísica, como nueva e importante rama de la Ciencia Astronómica, cuya introducción aquí representa un positivo adelanto.

El Observatorio Nacional, que tiene un telescopio ecuatorial de 25 cm. de objetivo, y una cámara astrofotográfica, cuenta igualmente con otros equipos muy modernos, que le permiten realizar labor notable, siendo la primera institución en Cuba donde se han calculado órbitas de cometas y asteroides, y se han tomado fotografías de las regiones estelares. Fué el primer observatorio del mundo que identificó un cometa anunciado como nuevo (Sasaki) con otro ya conocido (Finlay).

Entre otros trabajos astronómicos importantes hechos en este período, hay los del P. Mariano Gutiérrez Lanza con sus estudios sobre el cometa Halley en 1910. El habanero Luis J. de Carballo fué autor de distintas memorias presentadas a la Sociedad Astronómica de Francia, las que publicó en esta Capital en los años 1911 y 1914.

Geodesia y Cartografía.

En el año 1907 el Dr. Alejandro Ruiz y Cadalso dirigió la triangulación del municipio de La Habana. En 1927, la *Coast and Geodetic Survey* de los E. U. de A. publicó unas instrucciones para el levantamiento de ciudades, que concuerdan con lo señalado por el Dr. Cadalso 20 años antes. El mismo Profesor creó el Gabinete de Geodesia de la Universidad de La Habana, y su publicación más notable es la *Historia de las Ciencias Geodésicas*.

En época reciente se ha terminado la confección de un nuevo Mapa Mural de Cuba, basado en la carta levantada por el Estado Mayor del Ejército. Este mapa ha sido impreso a ocho tintas, y muestra las alturas terrestres, profundidades marítimas y comunicaciones, estando acompañado con cuatro cartas auxiliares, que son: Nuevo plano de la

ciudad de La Habana; Esquema Geológico y las minas activas de todas clases y mapa de orientación. También se ha editado una colección de nuevos mapas de las provincias de Cuba, en colores, trabajo que ha sido llevado a cabo por cartógrafos competentes, resultando muy completo y perfecto.

El Instituto Cartográfico Nacional, de la Dirección de Montes, Minas y Fauna del Ministerio de Agricultura (Sección de Geodesia), utilizando fotografías aéreas que viene tomando desde 1949 la U. S. Air Force, está confeccionando esos trabajos modernos sobre Cuba. El de la provincia de La Habana queda terminado en este año 1952.

Meteorología

El servicio oficial de observaciones meteorológicas fué inaugurado en el año 1902, con el nombre de *Servicio Climatológico*, cambiando más tarde al de *Estación Central Metereológica*, y finalmente al de *Observatorio Nacional* que lleva actualmente.

Tiene varias estaciones auxiliares en la Isla, y en el extranjero las de la Isla Caimán Grande, y Cabo Gracias a Dios en Nicaragua.

Cuatro de estas estaciones realizan estudios aerológicos, iniciados en 1926 con globos pilotos, y son: La Habana, Cabo San Antonio, Camagüey y Caimán Grande.

El Observatorio Nacional publica partes diarios del estado del tiempo, y sus estudios sobre ciclones tropicales son notables. Su actual Director, ingeniero Carlos Millás, reconocido como una autoridad en esta materia, tiene una hipótesis original sobre la génesis de los huracanes, y es autor de la teoría de la recurva en lazo, reconocida y aceptada como correcta por los mejores especialistas del mundo.

El Observatorio del Colegio de Belén, que siempre se ha distinguido por la precisión de sus informes, y por el profundo conocimiento y constante labor científica de sus Directores, sólo rinde información pública, por la prensa diaria, en época ciclónica cada año.

Una obra interesante y valiosa es la titulada *Los Huracanes en las Antillas*, publicada en segunda edición, el año 1928, por el P. Simón Sarasola, S.J., del Colegio de Belén, constituyendo una completa recopilación de todo lo hecho anteriormente por el admirable Padre Viñes, y los trabajos del P. Gutiérrez Lanza, más un apéndice sobre *Génesis y evolución del huracán del 20 de Octubre de 1926*, con prólogo del eminente meteorólogo José Carlos Millás.

El P. Simón Sarasola, siendo Director del Observatorio del Colegio *Nuestra Señora de Monserrat*, en Cienfuegos, presentó, en el año 1915, ante el Segundo Congreso Científico Panamericano, una Memoria sobre

predicción de las variaciones barométricas, y en el siguiente año de 1916, ante el propio Congreso, presentó el P. Mariano Gutiérrez Lanza, S.J., otra titulada *El Clima de Cuba*. También el P. Lorenzo Gangoití, S.J., que sustituyó al sabio Padre Viñes en la Dirección del Observatorio de Belén, tiene excelentes publicaciones desde el 1904 al 1907.

Física

El Dr. Manuel Gran, Catedrático de Física Superior en la Universidad de La Habana, tiene un notable trabajo de determinación de la gravedad en nuestra Capital. Al repetirse este estudio por una Comisión de la Smithsonian Institution, con instrumentos más precisos y en mejores condiciones experimentales, hallaron exactamente el mismo valor establecido por nuestro compatriota con años de anterioridad. En esta rama de las ciencias merecen citarse igualmente los doctores Moleón, Castro, Páez, Vélez y Alonso, como autores todos de buenos libros de enseñanza sobre la materia. El texto de Física del Dr. Gran, con varias ediciones y profusa difusión en nuestro país, ha sido adoptado como tal en muchas otras naciones latino-americanas.

Uno de los ensayos más notables de Física aplicada fué el verificado en la bahía de Matanzas por el sabio francés Mr. Georges Claude, en el año 1929, utilizando el procedimiento Claude-Boucherot que ya había sido presentado ante la Academia de Ciencias de París en noviembre de 1926. Dicho procedimiento, consistente en el aprovechamiento de la energía que puede producirse por la diferencia de la temperatura entre la superficie y las profundidades del mar, para generar vapor utilizado en una turbina, fué demostrado en Cuba con éxito por tan notable inventor, logrando con el equipo de prueba una potencia de 60 kilowatts.

Oceanografía física

Dentro del período comprendido desde 1902 hasta la fecha han recorrido las aguas cubanas distintas expediciones, en algunas de las cuales han participado nuestros hombres de ciencia. Podemos anotar la del *Tomás Barrera* en 1914, en la que fué el sabio Dr. Don Carlos de la Torre. Posteriormente, las de los naturalistas norteamericanos John B. Henderson y Paul Bartsch con el buque *Carolina*. Las principales son las dos del *Atlantis* en 1938 y 1939, concertadas por las Universidades de Harvard y de La Habana, realizándose dos bojeos completos de la Isla, y donde concurrió el Dr. Luis Howell Rivero.

La Universidad de Miami, en conexión con la Oficina Hidrográfica de Cuba, está laborando en un amplio estudio, por cómputos dinámi-

cos, de la Corriente del Golfo, en distintos parajes de su extenso recorrido. La Oficina Hidrográfica de la República de Cuba, dependencia de la Marina de Guerra, cuenta con un buque, el antiguo guardacostas *Yara*, que ha sido adaptado y equipado para esos servicios.

Química

En el comienzo del siglo imperaba en Cuba la Escuela Europea, fundamentalmente la francesa y la española, con algo de la alemana. Es la época en que pasan por la Cátedra de Química de nuestra Universidad los doctores Carlos Theye, Gerardo Fernández Abreu y Francisco Muñoz Silverio. En la segunda fase de la organización de esta enseñanza se introduce en sustitución la escuela norteamericana en Química Inorgánica por el Dr. Francisco de la Carrera, y en Análisis Químico por el Dr. Francisco Vargas. Los valiosos equipos modernos del nuevo edificio de Química de la Universidad de La Habana responden precisamente a esta tendencia. Un destacado profesor en investigaciones químicas universitarias es el Dr. George Rosenbranz, que ha dirigido la formación de muchas tesis de grado, algunas con aportes originales para esta ciencia.

De las publicaciones cubanas sobre Química mencionaremos un trabajo de Gastón Alonso Cuadrado, publicado en La Habana en 1912 y que la Academia de Ciencias reprodujo en sus *Anales* del siguiente año. Antonio María Moleón publicó su *Química General* en 1921; Román Galán su *Curso de Química* en 1939; Francisco de la Carrera y Francisco Vargas su *Curso de Química Inorgánica* en 1941; Ernesto Ledón y Fernando Zayas su *Texto de Química* en 1941; Luis Larrazábal su *Química Fundamental* en 1943; Ernesto Cuervo *Los Principios Fundamentales de la Química* en 1945; Carlos P. Urbach su *Química General* en 1948, y los ya mencionados F. Vargas y F. de la Carrera su *Teoría Fundamental de Química Analítica* en 1949.

En el estudio de nuestras aguas minero-medicinales el Dr. José A. Fernández Benítez publicó en La Habana el año 1907 una extensa y valiosa Memoria, que fué laureada por nuestra Academia de Ciencias Médicas. Otros trabajos interesantes en este sector son los del Dr. Emilio Pardiñas en 1904 al 1908.

En Química Médica hay una obra del Dr. Enrique B. Barnet publicada en 1907, y la *Microscopía Química Clínica* de los doctores Emilio Martínez y Leonel Plasencia, en 1908.

CAPÍTULO III

CIENCIAS NATURALES

EN botánica y sus ciencias aplicadas el Dr. Manuel Gómez de la Maza y Jiménez, Catedrático titular de la Universidad de La Habana, publicó: *Determinación de plantas cubanas; Phanerógamas* en los años 1906 al 1913; sus *Elementos para el estudio de la Flora cubana* en 1908 al 1910; su *Sinonimia de las Familias de la Flora cubana*, en los Anales de la Academia de Ciencias en 1909; *Flora de Cuba* con la colaboración del Dr. Juan Tomás Roig, en el Boletín 22 de la Estación Experimental Agronómica, en 1914; *Sinopsis de las Malváceas cubanas y Leguminosas cubanas* en 1907, y *Compuestas cubanas* en 1910. Su *Farmacofitología cubana* fué publicada en la *Revista de Medicina y Cirugía* en 1908.

El Dr. Juan Tomás Roig publicó *Plantas nuevas o poco conocidas en Cuba* en 1914 al 1917; *Cactáceas de Cuba* en 1912, y un trabajo sobre el *Marabú o aroma* en 1915. Ha publicado también una obra titulada *Plantas Medicinales*, pero su principal contribución es el *Diccionario Botánico* en dos tomos, obra de consulta muy extensa y completa. Es autor de numerosos trabajos de divulgación botánica en distintas revistas y en la prensa diaria; ha determinado algunas especies nuevas para nuestra flora y ha rectificado la clasificación de otras importantes, pudiéndose citar como ejemplo el jiquí, árbol que suministra una de las maderas más famosas de Cuba, y que se clasificaba entre las Sapotáceas; habiendo podido determinar recientemente su identificación botánica correcta, como correspondiendo a la familia de las Euforbiáceas, siendo una planta exclusiva de nuestra Isla.

El Hermano León (Joseph Sylvestre Sauget), dedicado durante más de 30 años al estudio de nuestra flora, es descubridor de muchas nuevas especies que ha descrito y publicado en multitud de monografías, destacándose la que escribió sobre nuestras palmas. En colaboración con el profesor Hermano Alaín, como él del Colegio de La Salle, y con los botánicos doctores Juan Tomás Roig y Julián Acuña, ha pu-

blicado dos volúmenes sobre la Flora Cubana y tiene en preparación los tres restantes, pues la obra completa consta de cinco tomos.

Sobre algas cubanas, el Dr. Mario Sánchez y Alfonso publicó en 1930, en las *Memorias del Instituto de Investigaciones Científicas*, un interesante trabajo con descripciones y grabados. También el Dr. Isidoro Castellanos, Catedrático del Instituto de La Habana, ha estudiado y escrito sobre nuestras algas marinas.

El actual profesor en la Universidad, Dr. Antonio Ponce de León y Aymé, es autor de un *Tratado de Botánica Sistemática*, con las últimas clasificaciones adoptadas por el Séptimo Congreso Internacional de Botánica, celebrado en Estocolmo en 1950. Creó en 1944 la Sociedad Cubana de Botánica, con su revista, que dirige y donde colabora intensamente.

El botánico H. A. Van Herman publicó su *Flora de Cuba* en 1916.

El especialista norteamericano Albert S. Hitchcock, que estuvo en Cuba en 1906, publicó en Wáshington en 1909 su *Catalogue of the grasses of Cuba*, mencionando 228 especies. Esta obra fué calificada por el ilustre botánico cubano Dr. Manuel Gómez de la Maza como "interesantísimo trabajo, de gran valor científico".

Los naturalistas botánicos norteamericanos N. L. Britton, J. N. Rose y C. F. Baker, también tienen en este período publicaciones importantes, relacionadas con nuestra flora.

Agricultura

En Silvicultura se destacan: primeramente el ingeniero José Isaac del Corral, con sus múltiples y excelentes trabajos sobre Ordenación de Montes y asuntos forestales en general, incluyendo obras básicas, de carácter superior, y numerosas publicaciones de divulgación o enseñanza en la *Revista de Agricultura* y en la de *Agricultura y Zootecnia*. La extraordinaria competencia de este autor en materia forestal hace que se le considere como la más alta e indiscutible autoridad que ha existido en Cuba, en asuntos referentes a la Dasocracia. Una relación de sus principales trabajos es como sigue: *La tala de nuestros bosques* en 1921; *Propagandas forestales* en 1922; *Importante innovación en materia forestal* en 1923; *Los Montes Altos del Estado* en 1923; *Aprovechamientos en Montes Bajos* en 1923; *El turno en los Montes Bajos* en 1923; *Rodales y Cuarteles de Corta* en 1923; *Rodales de Yana* en 1923; *Los ríos y los montes* en 1924; *Costas y Montes; repoblación del litoral marítimo* en 1924; *El fuego en los montes* en 1925; *Cumbres y montes* en 1925; *Utilidad de los manglares* en 1927; *La repoblación forestal*

como negocio en 1929, y otras muchas cuya reseña completa sería interminable.

Sus obras cumbres son: *Ordenación y Valoración de Montes*, en tres tomos publicados del 1935 al 1938; el *Derecho Forestal Cubano* en 1936, y su *Curso de Aprovechamientos e Industrias Forestales* en los años 1942 al 1946. Hay además sus recopilaciones tituladas *Disposiciones que regulan la concesión de aprovechamientos forestales en los Montes del Estado*, que alcanzó dos ediciones; las *Leyes vigentes dictadas para evitar la destrucción de la riqueza forestal cubana*, con tres ediciones; el *Reglamento para la concesión de aprovechamientos forestales y la conducción de sus productos*, con ocho ediciones comprendiendo desde 1912 al 1940, y la *Cartilla Forestal Cubana* con cinco ediciones, divulgando e interpretando todas las disposiciones vigentes en materia de Montes. En 1944 redactó el *Reglamento para la conservación y defensa del arbolado público*, que hoy rige en sustitución de las defectuosas disposiciones antiguas. En el Segundo Congreso Nacional de Ingeniería, celebrado en la ciudad de Santiago de Cuba el año 1937, se le otorgó premio a su magnífico trabajo titulado *Ordenación dasocrática de un monte alto*.

El ingeniero Corral fué creador de los Viveros Forestales, estableciéndose el primero a iniciativa suya en La Habana el año 1925, y en 1933 creó la Escuela Forestal *Pozos Dulces*, también en esta Capital, cuyos alumnos se gradúan allí de silvicultores.

El ingeniero Alberto J. Fors, actual Jefe de la Sección de Montes de la Dirección de Montes, Minas y Fauna del Ministerio de Agricultura, publicó en 1947 una obra titulada *Manual de Selvicultura*, y tiene otros muchos trabajos de importancia, distinguiéndose los dedicados a la introducción y propagación de las distintas especies de Eucaliptus en Cuba.

Estaciones experimentales

De la Estación Agronómica de Cuba podemos decir que fué fundada en abril del 1904, siendo su primer Director el distinguido botánico y agrónomo F. S. Earle. Los trabajos que ha realizado desde su inicio hasta la fecha representan verdaderos adelantos científicos, cuyos resultados han sido publicados en sus grandes Boletines anuales y en numerosos folletos y monografías, abarcando todas las ramas de sus actividades. Colaboraron en ella los norteamericanos Stephen C. Bruner, durante muchos años; R. A. Jehle; Melville T. Cook; William T. Horne; F. S. Earle; C. T. Austin; E. W. Halstead; Nelson S. Mayo; C. F. Baker y J. T. Crawley; y distinguidos especia-

listas cubanos como el Dr. Manuel Gómez de la Maza; Juan Tomás Roig; Gonzalo M. Fortún; Patricio Cardín; Ramón García Osés; Manuel A. Centurión y otros muchos científicos, sin olvidar al escocés R. F. Cunliffe y al italiano Mario Calvino. Merecen especial mención los importantes estudios y resultados obtenidos en este centro sobre selección y mejoramiento de nuestras variedades de cañas de azúcar; sobre el tabaco habano, y dentro del mismo vasto campo de la Genética vegetal los trabajos sobre el maíz del ingeniero agrónomo C. González del Valle, y las interesantes contribuciones de los Departamentos de Fruticultura, Horticultura, Química Agrícola y Agricultura en general, control y eliminación de plagas, etcétera. *Análisis bromatológico de frutos cubanos* es una importante e interesante obra, publicada por el Dr. Enrique Babé en 1929.

Las Estaciones Experimentales del Tabaco y del Café y Cacao, de reciente creación, establecidas en distintas zonas de nuestra Isla, constituyen indudablemente un notable adelanto, por su especialización, contando con todo el equipo moderno y personal técnico necesario para la mejora de tan importantes producciones.

Igualmente, la Estación Experimental de la Caña de Azúcar está laborando intensamente, y en 1946 su Director, el ingeniero agrónomo Fernando Agete, publicó una obra en dos tomos, titulada *La Caña de Azúcar en Cuba*, compendiando todos los adelantos modernos en ese ramo de nuestra Agricultura.

En este mismo sector de la ciencia agrícola, tenemos la *Historia de la Caña de Azúcar*, por el Ing. Gastón Alonso Cuadrado, publicada en los Anales de la Academia de Ciencias en 1912 y la *Tecnología de la Caña de Azúcar*, del propio autor, en 1916.

Anteriormente, el Ing. Francisco Zayas y Jiménez publicó, en el año 1904, su *Nuevo método de siembras y cultivo de la caña de azúcar*, cuya aplicación ha reportado notables beneficios.

La Asociación de Técnicos Azucareros de Cuba celebró su vigésima-quinta Convención anual en noviembre de 1951. En estas Convenciones, que tienen señalado aspecto científico, cada año se presentan y discuten trabajos sobre la caña, su cultivo e industrialización y utilización total de sus productos.

Los subproductos en la fabricación del azúcar de caña constituyen una verdadera riqueza por su valor y gran diversidad de los mismos. Sería imposible hacer una relación completa, pero deseamos destacar la utilización del bagazo en la manufactura de papel, cartón y tablas artificiales. Un cubano, el Sr. José Vidal Caro, realizó en el año 1909 las primeras pruebas en nuestra Isla, con notable éxito. En 1915 fun-

cionó en el central *Preston*, en Oriente, una planta de papel de bagazo, que produjo la calidad de Kraft para envolver, y experimentó con otros tipos. A partir del 1928 y hasta el 1936, otro ingeniero cubano, Joaquín J. de la Roza, ha registrado diez procedimientos distintos para producir celulosa, para diversos usos, de la fibra de caña, registrando sus patentes en los E. U. A. y en otros países; y estableció, con el concurso de los azucareros Rionda, en su central *Tuinucú*, en Las Villas, una fábrica, cuya empresa se denominó *Celulosa Cubana, S. A.*, donde se verificaron valiosas labores de orden experimental, como planta piloto de esta naciente industria. Este ingeniero fué el primero en lograr la fórmula práctica para extraer la celulosa del bagazo de caña. En los Estados Unidos instaló la primera fábrica de papel de periódico hecho de bagazo de caña, siguiendo su patentado *Proceso de la Roza* en Clewiston, Florida. Desde el año 1940 asumió el encauzamiento técnico de la fábrica de papel de bagazo que montó en el Perú la Sociedad Agrícola *Paramonga, Ltda.*, subsidiaria de la Empresa de Vapores Grace Line. Esta fábrica se especializa en la producción de cartón corrugado, papel grueso para sacos, cartuchos, etc., y es la primera en rendir esos productos, en gran escala industrial, en el mundo. El ingeniero de la Roza, cubano, está considerado como una autoridad mundial en esa materia.

Otro valioso técnico azucarero cubano, el ingeniero Eugenio Armando Vázquez, en 1928 registró en la Oficina de Patentes de los Estados Unidos un aparato de su invención para producir simultáneamente azúcar y pulpa para papel; en 1930, un procedimiento para producir celulosa, y en 1932, otro proceso para producir subproductos extraídos de la caña. Ha publicado un volumen titulado *Utilización de los Residuos de la Industria Azucarera*, y es inventor del procedimiento *Vazcane* para la elaboración de tablas aisladoras de bagazo de caña, que están en producción en el central *Andreíta*, donde se manufacturan actualmente sobre dos millones de pies cuadrados de tablas aisladoras del calor y amortiguadores del sonido, cada año, las que son consumidas totalmente en el mercado nacional.

Biología animal

La cátedra de Biología de la Universidad de La Habana ha sido sucesivamente desempeñada por destacados profesores, como don Carlos de la Torre, Carlos G. Aguayo y Víctor Rodríguez y Torralbas.

El Dr. Julio Fernández de la Arena, catedrático de Embriología y Anatomía Comparadas, ha realizado importantes trabajos de investigación biológica, empleando, por primera vez en Cuba, los modernos mé-

todos de microvivisección y de microdisección, y ha estudiado y descrito dos nuevas especies de amibas. Es el introductor en nuestro medio de las enseñanzas de Embriología Comparada y de Citogenética.

Zoología en general. Invertebrados

La fauna viviente de invertebrados cubanos ha sido estudiada durante los últimos 50 años por distintos naturalistas, nacionales y extranjeros, publicando los resultados obtenidos, de los que como principales citaremos los siguientes:

En foraminíferos actuales, el Dr. Pedro J. Bermúdez y Hernández ha descubierto y descrito muchas especies nuevas para la ciencia o para la fauna de Cuba.

En Espongiarios se destacan los estudios y trabajos del Dr. Mario Sánchez Roig y su ayudante Federico Gómez de la Maza, especialmente los referentes a la desastrosa epidemia que arrasó nuestros fondos esponjeros, y los de otras aguas americanas, en la Florida, Islas Bahamas y Honduras Británica. Los resultados de la investigación practicada en Cuba, en el año 1940 y subsiguientes, coincidieron, en cuanto al agente causal, un hongo, y a la forma de diseminación de la plaga por las corrientes marinas, con los obtenidos por los especialistas de las Comisiones Técnicas Norteamericana e Inglesa.

En Celentéreos, los dos viajes de exploración científica del *Atlantis* en aguas cubanas, con la concurrencia de nuestros naturalistas técnicos en esa materia, han aportado numerosas especies, algunas nuevas, muy raras o interesantes, especialmente las obtenidas dragando en fondos profundos.

En Gusanos, sobre parasitismo humano, el Dr. Mario G. Lebreo publicó, en 1915, una extensa obra titulada *Parasitismo intestinal en Cuba*, y los Dres. José L. Cartaya y Leonel Plasencia, en 1910 y 1915, respectivamente, escribieron sobre *Filaria*. Más recientemente, las obras de los especialistas doctores Pedro Kouri, y Basnuevo, sobre *Parasitología Tropical*, y del mismo Dr. Kouri con la colaboración del Dr. Rogelio Arenas, sobre *Distomatosis Hepática*, en 1932, representan los modernos conocimientos en este ramo. En parasitismo de animales, el Dr. Ildefonso Pérez Viguera, catedrático de la Escuela de Medicina Veterinaria de nuestra Universidad, ha publicado numerosas monografías, muchas de ellas con descripciones de parásitos internos por él descubiertos.

Dentro del extenso tipo zoológico de los Artrópodos o Articulados, donde se incluyen los Arácnidos, Crustáceos e Insectos, tenemos lo siguiente: el Dr. Mario Sánchez Roig publicó en los años 1911 al 1916

sus trabajos titulados *Arácnidos de la Isla de Cuba*. Hay una importante obra del naturalista americano Nathan Banks, publicada en el Segundo Informe de la Estación Central Agronómica, en 1909, con el título *Arácnidos de Cuba*, y la del P. Franganillo Balboa, considerado como el mejor especialista cubano, con el título de *Los Arácnidos de Cuba hasta 1936*.

El Profesor Abelardo Moreno y Bonilla, de la Universidad de La Habana, ha hecho estudios sobre escorpilogía cubana y ha emprendido además la revisión de este grupo en las Antillas.

La Clase de los Insectos, tan numerosa en Cuba, ha sido estudiada por distintos naturalistas en nuestra Isla: Charles Ramsden de la Torre ha publicado notables trabajos sobre Lepidópteros, a partir del año 1916; el Dr. Stephen C. Bruner, norteamericano radicado en Cuba y laborando en la Estación Central Agronómica desde hace muchos años, tiene numerosas publicaciones describiendo nuevas especies por él descubiertas, y está conceptuado como nuestro mejor Entomólogo en la época presente. Otras publicaciones cubanas dignas de mención en estos cincuenta años son: *Mosquitos Cubanos*, del Dr. Carlos Finlay, en 1902; las muy importantes del Dr. José H. Pazos y Caballero, desde 1903 hasta el 1914, destacándose su *Catálogo de los Dípteros de la Isla de Cuba*. Sobre Coleópteros, lo publicado por William W. Dimock, de la Estación Agronómica, en 1906; el *Estudio de los Insectos*, de Melville T. Cook, en 1905; el *Catálogo de los Ortópteros de Cuba*, del experto James A. Rhen, de la Estación Agronómica, en 1909; en Himenópteros, de los Profesores P. Cameron y Charles F. Baker, de la propia Estación, en 1906, y del Dr. Mario Sánchez Roig, en 1916. La *Clasificación Gundlach de Hemípteros Cubanos* fué publicada por el doctor Pedro Valdés Ragués, en los Anales de la Academia de Ciencias, en 1910.

Los principales trabajos sobre crustáceos cubanos son: la *Introducción a su Estudio*, por el Dr. Mario Sánchez Roig, en 1916; la *Contribución al Estudio de la Langosta*, por el Dr. Salvador de la Torre, en 1916; la publicación de la obra *Crustáceos Cubanos*, del sabio Juan Gundlach, que dejó inédita y fué luego impresa en los Anales de la Academia de Ciencias, en 1917. El Dr. Mario Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza han publicado muchos trabajos sobre crustáceos cubanos en general, y su aprovechamiento, en la Revista del actual Ministerio de Agricultura, antes Secretaría del propio ramo, desde el año 1929 hasta la fecha, incluyendo los más recientes sobre *Camarones de Mar y Langostas Cubanas*.

La fauna cubana viviente de moluscos es muy extensa, y sobre ella han escrito: el Dr. Don Carlos de la Torre, que descubrió muchas nue-

vas especies, y publicó en 1940 el *Género Polymita*, de moluscos terrestres, en colaboración con el Dr. Abelardo Moreno. Don Carlos colaboró con el Dr. Paul Bartsch en los tres volúmenes publicados por dicho autor, en la Smithsonian Institution, sobre moluscos cubanos, en los años 1938 al 1942. A su vez el Dr. Bartsch fué colaborador con Don Carlos de la Torre en la *Monograph of Urocoptidae*, obra póstuma publicada en este año de 1952. Sobre nuestros moluscos terrestres son también importantes las publicaciones del naturalista norteamericano John B. Henderson, en los años 1920 al 1922. El Dr. Carlos Guillermo Aguayo, profesor de la Universidad de La Habana, ha publicado su estudio sobre *Moluscos fluviátiles de Cuba* y también sobre moluscos marinos de grandes profundidades, recogidos en la expedición del *Atlantis* del 1938 al 1939, incluyendo distintas especies nuevas para la ciencia o para Cuba. Es autor de un *Catálogo de Moluscos Cubanos*, con la colaboración del Sr. Miguel Jaume y García. El Dr. Mario Sánchez Roig viene dando a conocer, en la revista malacológica *Carlos de la Torre* numerosas nuevas especies de moluscos terrestres cubanos, cuyo número pasa de 50 hasta la fecha. Sobre las especies de importancia económica hay diversos trabajos publicados por el Dr. Mario Sánchez Roig, Federico Gómez de la Maza y otros autores, en la *Revista de Agricultura*, en distintos boletines y en la prensa diaria.

Zoología en general. Vertebrados

Sobre peces cubanos y su pesca y aprovechamiento hay las publicaciones de Sánchez Roig y Gómez de la Maza en la *Revista de Agricultura*, y en otras editadas en Cuba, desde 1929 hasta la fecha, 1952. El Dr. Luis Howell y Rivero, Profesor en nuestra Universidad y especializado en Ictiología, es autor de varias monografías sobre peces de la fauna cubana, describiendo algunas nuevas especies. Sus obras más importantes son: *Los Peces Apodales de Cuba*, en 1932; *Peces nuevos para la fauna cubana*, en 1934; *Some new and rare cuban eels*, en 1935; *The family Ateleopidae and its West Indian form*, en 1935; *Six records of the pointed-tailed ocean sunfish near Havana, Cuba*, en 1936; *Some new, rare and little-known fishes from Cuba*, en 1936; *List of fishes, types of Poey, in the Museum of Comparative Zoology*, en 1938; descripción del Tiburón Azul en 1937; de una raya nueva en 1941; y de un tiburón de la familia Heptranchidae, nuevo para nuestra fauna, en 1941.

En Piscicultura de agua dulce hay un folleto del Ing. José Isaac del Corral en 1927; la *Repoblación Piscícola de nuestros ríos*, del propio autor, en 1931, y varios artículos y trabajos publicados por el Dr. Ma-

rio Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza, desde el 1929 hasta la fecha. La primera Estación de Piscicultura en Cuba fué creada por nuestro actual Ministerio de Agricultura, en La Habana, el año 1934, y su labor ha culminado en la población de nuestras aguas dulces con valiosas especies introducidas, como el Black Bass o *trucha*, el Sunfish, etcétera. Esta Estación remitió crías nacidas en Cuba, para comenzar la Piscicultura en las Repúblicas de Colombia y Santo Domingo.

Otras especies de nuestra fauna

Thomas Barbour y Charles T. Ramsden publicaron en 1916 un *Catálogo de los Reptiles y Anfibios de la Isla de Cuba*; el propio autor, Barbour, en el mismo año, su *Herpetology of Cuba*, y tiene además otros trabajos y monografías sobre reptiles cubanos.

En Aves, hay la obra publicada por el naturalista William Palmer en 1902, y la descripción, por Thomas Barbour, de tres nuevas especies halladas en la Ciénaga de Zapata en 1927, que constituyen además géneros nuevos para la ciencia.

En Mamíferos, el propio naturalista Barbour descubrió también en la Ciénaga de Zapata una nueva especie de jutía, más pequeña que las anteriormente conocidas, en el año 1926, y la describió con el nombre científico de *Geocapromys enana*, vulgarmente *Julía enana*.

El naturalista Allen descubrió, en el 1916, una especie nueva de murciélago; y el profesor Víctor J. Rodríguez ha encontrado y descripto también especies nuevas en Cuba.

J. A. Allen y Glover M. Allen publicaron en 1908 y 1910 interesantes trabajos sobre el *Solenodon cubanus*, o *almiquí*; un ejemplar de este rarísimo insectívoro, considerado punto menos que extinguido, fué capturado en Baracoa, Oriente, el año 1948, y conservado vivo en el Parque Zoológico de La Habana durante algún tiempo.

Nuevos Museos y Colecciones de Historia Natural

Además de las labores de restauración y mejora en los ya existentes, durante estos últimos cincuenta años se han creado otros, tanto oficiales como particulares. Los más importantes son: Los nuevos del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, formados con los valiosos ejemplares del gran Museo que el Estado adquirió del Dr. Mario Sánchez Roig en el año 1932. Este Museo, anteriormente, estaba adscripto al Instituto de Investigaciones Científicas fundado por el Dr. Sánchez Roig en 1928 y sus colecciones, que representaban ampliamente los Reinos Animal, Vegetal y Mineral, incluían más de 500,000 ejemplares, colocados en noventa vitrinas, algunas de gran tamaño, y entre las piezas mayores

incluía Gorilas, Chimpancés, Renos, Búfalos, etc. Estuvo abierto al público, en su local de Cerro 530, hoy Colegio Champagnat, hasta su adquisición por el Gobierno en el citado año.

La Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, a propuesta de su Presidente el Dr. José A. Presno, creó, en 1944, un Museo nuevo de Zoología General, exclusivo de la fauna cubana, que ha sido instalado en salón especial construido expresamente para el mismo en el piso principal, a la derecha del Paraninfo, y cuenta con más de 1,000 ejemplares debidamente preparados y clasificados. Este Museo fué montado bajo la Dirección del Académico de la Sección de Ciencias Dr. Mario Sánchez Roig, por los taxidermistas Federico y Pedro Gómez de la Maza, especializados en esos trabajos.

Bajo la dirección del mismo científico Dr. Sánchez Roig se montó, en el año 1937, un Museo General de Historia Natural, muy valioso y completo, en el Instituto Tecnológico en Ceiba del Agua. También el de la Escuela Provincial de Agricultura de La Habana, en el año 1944, por el propio Dr. Sánchez Roig.

El Museo de Zoología de la Academia Naval del Mariel, inaugurado en 1944, contiene solamente ejemplares de nuestra fauna marina, incluyendo grandes piezas disecadas o moldeadas siguiendo la técnica moderna, de peces, quelonios, etc., cuyas preparaciones, muy notables por su perfección, han sido hechas por el especialista Pflueger, en Miami, y por el taxidermista cubano Pedro Gómez de la Maza, entonces en el servicio de la Marina de Guerra.

En el Departamento de Peces del Museo Poey de la Universidad de La Habana hay una nueva colección para estudio, principalmente integrada por preparaciones en líquido, del profesor Dr. Luis Howell y Rivero.

En el Colegio Champagnat, de la Víbora, La Habana, se creó un valioso museo, donde por primera vez en Cuba se han montado vitrinas con cuadros de *Vida Natural*, presentando los ejemplares en fondos y paisajes apropiados. Sus trabajos de Taxidermia han sido realizados por el experto cubano Telmo Naranjo, que también tiene a su cargo los del mencionado Instituto Tecnológico en Ceiba del Agua.

Otros Museos notables de nueva creación son: los de los Colegios La Salle, Belén, Baldor y algunos más de orden superior que imparten la Segunda Enseñanza, incorporados a nuestros Institutos oficiales. Desde luego, todos los nuevos Institutos del Gobierno tienen sus museos correspondientes, estando algunos en proceso de formación.

En colecciones especializadas merece mención la de Entomología de la Estación Experimental Agronómica en Santiago de las Vegas, La Ha-

bana, formada y mantenida por los naturalistas S. Bruner, I. C. Scaramuzza y otros colaboradores en dicho Centro.

En Botánica, el Herbario del Jardín Botánico de la Universidad de La Habana, a cargo del profesor Dr. Antonio Ponce de León; el formado por el Hermano León en la Academia de Ciencias y el de la citada Estación Central Agronómica, por los botánicos Julián Acuña y Juan Tomás Roig.

Antropología, Etnología y Arqueología

En Antropología continuaron los trabajos iniciados a fines del pasado siglo por el Dr. Luis Montané y Dardé, fundador de la cátedra de esa disciplina en nuestra Universidad de La Habana; y por el doctor don Carlos de la Torre y Huerta.

El Museo que hoy lleva su nombre, en esta Universidad, lo fundó el Dr. Montané como anexo a la cátedra, en el año 1903. En él hay muchas notables piezas etnológicas y de arqueología de Cuba.

Merecen citarse: los estudios del Dr. René Herrera Fritot, que ha publicado 23 trabajos especializados y ha precisado la existencia y tipología de una cultura indígena intermedia en Cuba, así como las características craneanas y de cultura material de cada uno de los tres grupos culturales aborígenes de esta Isla. También es el primer investigador que ha estudiado los cráneos deformados de indígenas de las Antillas, aplicando la Craneotrigonometría.

Hay trabajos publicados por el Dr. Montané en 1905, 1909 y 1911; por el Dr. Vidal Morales en 1903, y un interesante folleto con resultados de sus investigaciones arqueológicas en la zona de Cienfuegos, por el Dr. Osvaldo Morales Patiño, en 1939.

Como organismo oficial hay una Junta Nacional de Arqueología y Etnología, que supervisa las exploraciones de ese tipo en todo el territorio cubano. Es digna de mención la *Sociedad Espeleológica de Cuba*, fundada en el año 1940, que en sus actividades incluye estas especialidades, y cuyos miembros han hecho importantes hallazgos y descubrimientos valiosos.

Paleontología

La fauna Jurásica de Cuba, señalada desde la época de Humboldt a principios del pasado siglo, fué más tarde estudiada por el notable paleontólogo español don Manuel Fernández de Castro, recogiendo en la Cordillera de los Organos una serie de Ammonites, los cuales pudimos ver el año 1949, en la Escuela de Minas de Madrid, y determinar los géneros *Perisphinctes* y *Ochetoceras*.

Durante los trabajos para la carretera de Viñales a Puerto Esperanza, en 1910, fueron descubiertos enormes bancos con nódulos que contenían Ammonites, los cuales fueron enviados a La Habana por el Dr. Vesa Fillart al sabio profesor don Carlos de la Torre, el que dió cuenta a la Academia de Ciencias del hallazgo, y fué comisionado por la misma para trasladarse a dicha región y precisar las localidades en que aparecían esos fósiles; publicando al siguiente año un folleto con ilustraciones de algunas formas, pero sin determinaciones específicas ni estratigráficas. Así quedó plenamente confirmada la presencia del Jurásico en la región de Viñales.

Los estudios posteriores, hechos por Barnum Brown, del American Museum, y el Dr. Mario Sánchez Roig, dieron por resultado las publicaciones casi simultáneas de dos trabajos; el primero titulado *La Fauna Jurásica de Viñales*, en 1921, por M. Sánchez Roig, con láminas y otros grabados; estableciéndose los tipos de pisos Oxfordiano, Portlandiano y Kimeridgiano y distribuyéndose en varias familias y géneros las distintas especies de Ammonites, siendo algunas nuevas, como un *Perisphinctes* y un *Aspidoceras*, y fijándose la gran semejanza con la Fauna Jurásica de San Pedro del Gallo, en Durango, México.

La doctora Miss Marjorie O'Connell publicó meses después, con el material recogido por Burnum Brown, un folleto sobre dichos fósiles y posteriormente otro sobre el género *Ochetoceras*.

En publicaciones sobre Paleontología cubana hay las del Dr. Don Carlos de la Torre, en sus informes sobre *Excursión Científica a Viñales*; *Descubrimiento de fósiles del género Barretia* y *Descubrimiento de Ammonites del período Cretáceo en Santa Clara*, en 1907. En 1910, *Excursión a la Sierra de Jatibonico* (hallazgo de osamentas fósiles del *Megalocnus rodens*) e *Investigaciones en la Sierra de Viñales*.

El Dr. Mario Sánchez Roig viene publicando desde el año 1920 trabajos sobre el Jurásico, Cretácico y Terciario de Cuba. Tiene su *Fauna Jurásica de Viñales*, en 1921; *La Fauna Cretácica de Cuba*, en 1924; *Contribución al Estudio de los Equinodermos Fósiles de Cuba*, en la revista de la Sociedad Poey, años de 1924, 1925 y 1926; *Revisión de los Equinodermos Fósiles de Cuba*, en el Boletín de Minas N° 10 de la Secretaría de Agricultura, en 1926, que es una obra de 150 páginas, con multitud de ilustraciones y descripción de varias especies nuevas; *El Mioceno y Plioceno de la Habana*, en 1924; *Paleontología Cubana. Los Equinodermos Fósiles de Cuba*, que es un libro de 330 páginas y 50 láminas, publicado en 1949. Es autor además de otros muchos trabajos, artículos y monografías en esta rama de la ciencia. Debe mencionarse también que en su *Catálogo del Museo del Instituto de Inves-*

tigaciones Científicas de La Habana, fundado por él, relaciona detallada y sistemáticamente las extensas colecciones de fósiles existentes en la Sección correspondiente de dicho Museo. Este Catálogo, publicado en noviembre del 1928, es, en todos sus aspectos, una verdadera obra de referencia y consulta.

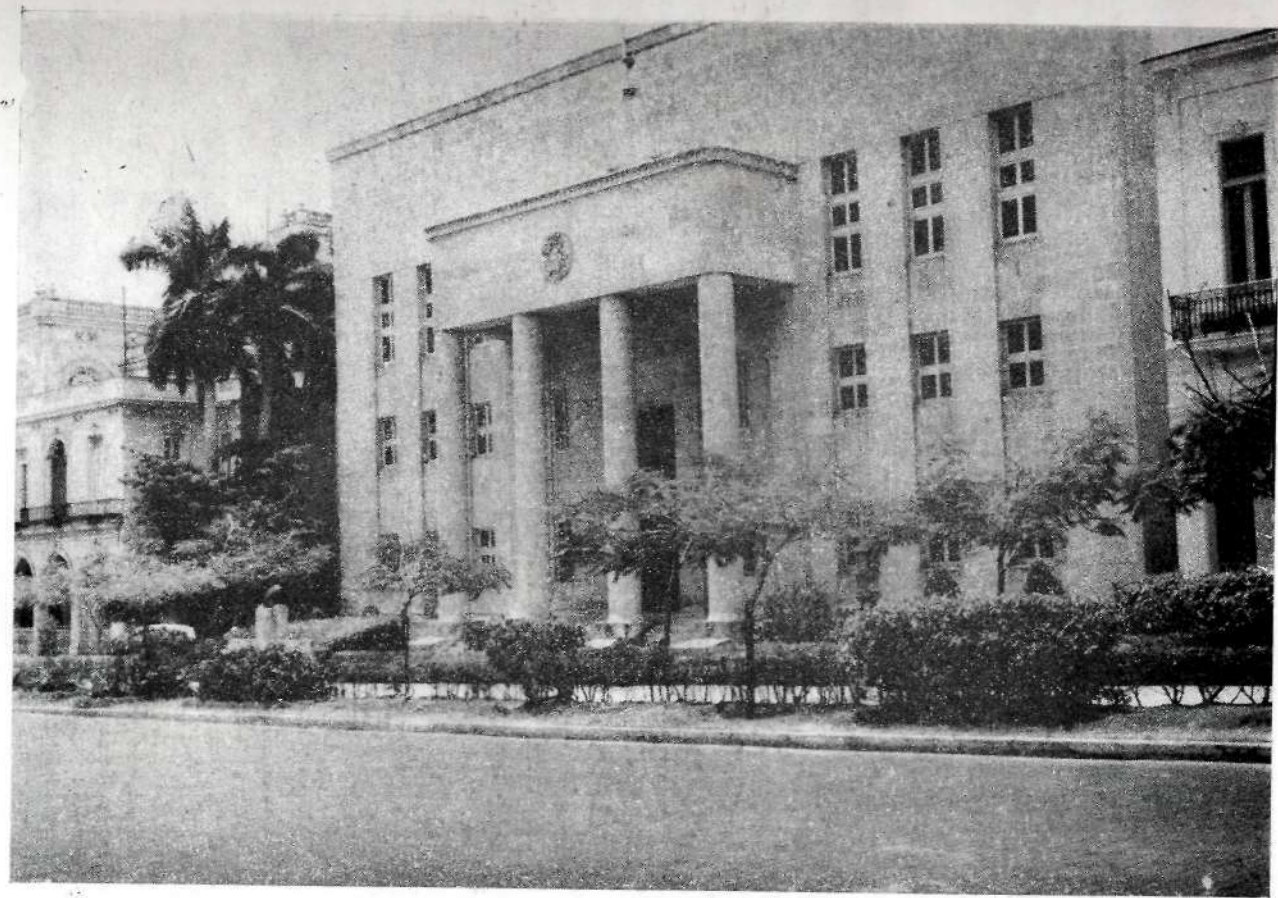
El Dr. Carlos Guillermo Aguayo, profesor de Zoología de la Universidad de La Habana, ha dado a conocer distintas especies nuevas de moluscos fósiles del Pleistoceno de Cuba.

La Sociedad Espeleológica de Cuba, fundada en 1940, entre los estudios y excursiones de exploración a que se dedica, en el reconocimiento de las numerosas cuevas y cavernas existentes en nuestra Isla, incluye la Paleontología, y en este sector sus miembros han encontrado también restos fósiles del *Megalocnus rodens*; numerosos fósiles de equinodermos; dientes de escualos; rudistas, ammonites, peces y de distintos moluscos, constituyendo esos hallazgos, que trasladan para su estudio a los especialistas en la materia, muy valiosos aportes para el adelanto en los conocimientos de nuestra fauna paleontológica.

Varios entusiastas investigadores y exploradores constituyeron en la ciudad de Morón el *Grupo Caonabo*, en años recientes, y con el tesorero esfuerzo de sus más destacados miembros, los doctores Zanoletti, Rojas y Herrera principalmente, han logrado formar un verdadero museo, que en su parte de Arqueología Indígena cuenta con miles de piezas de gran valor; y es digna de mención la extensa colección paleontológica que poseen.

En La Habana, otra organización similar, el *Grupo Guamá*, realiza similares labores, con idénticos resultados beneficiosos para la ciencia, extendiendo sus actividades de exploración a toda la Isla.

La importante rama designada como Micropaleontología, cuyos estudios son la base del conocimiento de las formaciones geológicas donde se aúnan los intereses científicos y económicos, como por ejemplo cuando se trata del descubrimiento de posibles capas petrolíferas, es y ha sido atendida en Cuba notablemente por el Dr. Pedro J. Bermúdez y Hernández, considerado en la actualidad (1952) como uno de los más destacados paleontólogos cubanos y una autoridad mundial en el estudio de los foraminíferos. Ha descubierto y descripto centenares de especies nuevas, recientes y fósiles, en nuestra Isla y en otros países americanos. Es hoy profesor de Paleontología de la Universidad de Caracas y Paleontólogo de la Standard Oil Company. Ha publicado un extenso número de monografías, muchas de las cuales se refieren a especies por él aquí halladas.



SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS.
Fundada en 1793 bajo el gobierno de don Luis de las Casas, la Sociedad Patriótica o Económica, de esta ciudad, inauguró su nuevo y hermoso edificio el día 9 de enero de 1948. La amplia construcción, levantada con el concurso del gobierno del Presidente Batista, contiene, aparte de las oficinas de la Sociedad y de un espacioso salón de actos, la rica y bien instalada biblioteca, la más antigua de las bibliotecas públicas de Cuba, y sus útiles y modernas dependencias, como la flamante Biblioteca Circulante Juvenil. Un bello patio pompeyano ocupa la parte central del edificio.

Fotografía obtenida por el Sr. José Rivero Muñiz, de la Biblioteca de la Sociedad Económica.

Geología en general

En Geología Dinámica y Sismología, el Padre Mariano Gutiérrez Lanza presentó sus *Puntos de vista sobre los terremotos* al Cuarto Congreso Internacional, celebrado en Santiago de Chile en 1910. Dió en la Academia de Ciencias en 1907 una serie de conferencias sísmicas, que luego se publicaron en los *Anales*.

La Primera Estación Seismológica del Colegio de Belén fué establecida en Cuba en el año 1907.

El Dr. Julio Jover publicó en 1916 un trabajo titulado *Sismología de la región oriental de Cuba*.

En Geología Histórica, Don Carlos de la Torre presentó un informe sobre la *Existencia del Período Jurásico en Cuba*, ante el XI Congreso Internacional, en París, el año 1910.

Don Antonio Vesa y Fillart publicó en 1909 en los *Anales de la Academia de Ciencias*, su trabajo titulado *Hallazgo de terrenos geológicos secundarios en la Isla de Cuba*.

El ilustre ingeniero D. José Isaac del Corral es autor de innumerables obras y publicaciones sobre esta materia. Las principales son: Reconocimiento geológico-minero del Valle de Viñales, en 1911; Demarcaciones Mineras, en 1911; Reconocimiento geológico-forestal de los Cayos, Jardines y Jardinillos, en 1912; Aprovechamiento de los gases de la mina San Juan de Motembo, en 1918; Examen industrial de los gases combustibles naturales, en el propio año; su muy valiosa obra *Derecho Minero Cubano*, en dos tomos con más de 1,300 páginas, en 1920 y 1923; *La unión de Cuba con el Continente Americano*, en 1939; fué autor del vigente *Reglamento Orgánico para la Minería Cubana*, puesto en vigor en 1914; del Reglamento para la recolección y conducción de la sal nacional, en 1931; del Reglamento para la recolección y conducción de las arenas marítimas, fluviales y de yacimientos minerales, en 1932; fué el principal colaborador en la redacción de la Ley de Minerales Combustibles de 1938 y autor de su Reglamento, promulgado en 1939. En el Tercer Congreso de la Sociedad Cubana de Ingenieros, su notabilísimo trabajo titulado *El Geosinclinal Cubano* obtuvo el máximo galardón, medalla de oro y Diploma.

Fué asimismo el ingeniero Corral quien sugirió la creación de la Comisión del Mapa Geológico. Ya en el Boletín de Minas de la entonces Secretaría de Agricultura se habían publicado en 1916, uno general de la Isla de Cuba y el de la Provincia de Pinar del Río; pero el trabajo completo, en mayor escala moderna, fué emprendido al crearse esta Comisión el año 1938, estando a cargo esta importante labor de los mejores técnicos sobre esa materia, como son el ingeniero Jorge Bro-

dermann y Vignier, con la colaboración del Dr. Mario Sánchez Roig, Pedro J. Bermúdez y los también ingenieros Jesús de Albear y Armando Andreu, en 1947. Posteriormente, en el año 1950, esta Comisión cambió su designación, pasando a ser la *Comisión Técnica de Geología y Minería del Ministerio de Agricultura*, a cargo de los mismos competentes científicos mencionados.

Merece especial mención el folleto del ingeniero Jorge Brodermann, titulado *Consideraciones generales acerca de nuestras estructuras geológicas con posibilidades petrolíferas*, publicado en los Anales de la Academia de Ciencias y separadamente en 1951. Igualmente, la *Bibliografía Geológica Cubana* del Dr. Pedro J. Bermúdez, en 1938.

Mineralogía y minería cubanas

El Dr. René San Martín y Sáenz introdujo en la Cátedra de Mineralogía y Cristalografía de la Universidad de La Habana el moderno método de enseñanza mediante equipos individuales de laboratorio, y en la investigación, los estudios de Espectrografía con Rayos X, en 1951. El Dr. San Martín es autor de una modificación de los métodos que se siguen en los ensayos mineralógicos por deflagración y por fusión con los fosfatos amónicos, y ha confeccionado el *Repertorio de rocas ígneas de Cuba*, en colaboración con la doctora América A. Cuervo. El doctor Francisco Barroso ha extendido el método de fusión con fosfatos a otros elementos no comprendidos en la investigación del Dr. San Martín.

El Dr. René Herrera Fritot publicó en 1937 un trabajo con el primer estudio completo de la Génesis del Cobre y de los minerales de enriquecimiento derivados de los sulfuros primarios, y en 1936 descubrió en Cuba, con la colaboración del Dr. Ricardo de la Torre y del Sr. Jorge Morlón, el mineral *Ilmenita*.

El ingeniero Antonio Calvache, actual Director de Montes, Minas y Fauna del Ministerio de Agricultura, publicó en La Habana el año 1944 su valiosa obra titulada *Historia y Desarrollo de la Minería en Cuba*, con 170 páginas, la que puede conceptuarse como el tratado más completo editado en Cuba sobre tan importante riqueza natural, abarcando en forma moderna y científica el estudio y descripción de todos sus sectores, tanto en la parte histórica como en la técnica, económica y de Legislación Minera, dando al final una Bibliografía minera de Cuba Colonial y Cuba Republicana, hasta la citada fecha de publicación en 1944. Otras publicaciones del ingeniero Calvache son: *La Minería en Cuba*, en 1915; *El Manganeso de Bueycito*, en 1923; *Informe sobre una formación granítica próxima a Santiago de Cuba*, en 1926; la parte de Mineralogía en sus *Elementos de Ciencias Naturales*, texto de la Escuela

Técnica Industrial de Oriente, en 1929; *Aportes al conocimiento geognóstico de Cuba*, en 1934; *El Níquel y sus aplicaciones industriales*, *Minerales y Metalurgia del Níquel*, en 1937; *Esquema de la riqueza minera de Cuba*, en 1936; *Tungsteno en Isla de Pinos*, en 1939; *Minerales del Grupo de Hierro en Cuba*, en 1939; *Estado de la Minería en Cuba al finalizar el año 1939*; *Recursos Económicos Mineros de Cuba*, en 1943; *Rocas formadoras de suelos en Cuba*, en 1943, y *Política de Fomento Minero para un Gobierno Cubano*, en 1944.

Entre los ingenieros y otros científicos cubanos que se han destacado por sus publicaciones sobre Geología, Mineralogía y Minería, desde 1902 hasta la fecha, figuran, además de los ya mencionados, los siguientes: Pablo Ortega; J. R. Villalón; R. Guardiola; Juan P. Ros; Manuel Rabassa; Santiago de la Huerta; E. Aguilera; J. R. Manduley; Eduardo R. Suárez Murias; Roque Allende; Luis García Lorenzana; E. Cayado; Manuel García Lago; E. I. Montouliou; A. Bonazzi; R. Castillo; A. González Muñoz y Alberto Quadreny, según datos tomados de la mencionada Bibliografía compilada y publicada por el ingeniero Antonio Calvache.

Finalmente diremos que el propio ingeniero Calvache es autor de un proyecto muy completo, titulado *La Enseñanza de la Ingeniería de Minas en nuestra Universidad*, en 1943, con plan de estudios para esa carrera, que no existe en Cuba.



LIBRO CUARTO

LAS ARTES PLASTICAS



CAPÍTULO I

LA PINTURA EN CUBA

ANTE todo, demos color en el mapa a la geografía de nuestro designio. Se trata simplemente de una reseña histórica de la pintura en Cuba independiente. Es decir —y casi estremece decirlo—, de la pintura cubana midiendo la estatura ganada por Cuba durante la primera mitad del siglo xx. Reseña histórica, entiéndase bien y en su cabal sentido. Lo ha dicho John Dewey muy certeramente: "El juicio histórico no es juicio estético". Pongamos este lema, a modo de divisa, en la entrada de nuestra tienda. Y no entre quien no sea, en cuanto humano, entendedor de Historia.

No es posible, al intentar una valoración histórica, prescindir del Arte. ¿No han sido, por ventura y para ventura, los testimonios, los vestigios, las realidades del Arte las que han dado a los historiadores la luz y la voz (hay que ver y oír el arte; por ende, hay que oír y ver la pintura) y les han llevado al conocimiento del proceso vital del hombre?

Pero el analista histórico al afrontar el Arte no puede, no debe ser propiamente crítico, según exigencia estética. No se trata de calibrar, medir, sopesar, ponderar y valuar las obras de arte; sino de ver y de oír lo que yerguen, lo que proclaman como realidad histórica de su momento, en el misceláneo tumulto de la vida. Y a veces se trata, con necesidad de sobreponer este testimonio de lo histórico al de lo estético, ya no de oír, acaso sin escuchar, sino de auscultar lo recóndito y definidor, rico de valores bajo escasez de méritos artísticos. Porque en la hondura, en la esencia, en la raigal zona de lo genitivo, el arte es muchas veces, logrado o no, la voz que dice lo genuino y lo vivo; lo nacional y lo decisivo.

A eso parecía referirse Taine cuando afirmaba que "lo que la Historia calla, el Arte lo revela". Y en secuencia, que no se reputará seguramente demasiado audaz, podemos entender, por consiguiente, que ante la obra de arte, muchas veces lo que el arte calla la historia lo revela; en suma: lo que el crítico silencia o disminuye, el historiador lo traduce y lo mensura equitativo.

En obediencia a este criterio, que no puede aquí ser olvidado, cumple todavía una mayor observancia en el rigor de sacrificios ante el ara. Disciplina escueta en la trayectoria del proceso evolutivo; disciplina escueta de equidistancia bien guardada, de ecuanimidad fortalecida por las razones de lo histórico tanto o más que por las razones de lo estético.

Debe todo esto ayudarnos a huir de la reiterada contumacia de un error que lo mismo la Crítica que la Historia han cometido al entender su misión respectiva o en sólo función del tiempo o en única función de espacio, o en ambas pero separadamente, en lugar de entender su tarea según un concepto —una realidad— “témpero-espacial”. Al cabo, este es el problema eterno y básico de la pintura (de todas las bellas artes, en general): el de la relación entre la visión y el objeto. Cúmplenos a nosotros también tenerlo en cuenta no olvidando que esa relación —tanto más cuanto que se trata ahora de un quehacer historiográfico— no puede hacerse sino en conjunción de espacio y tiempo. Establecida queda así la norma a que hemos de atenernos. Y de este modo, después de la geografía y el diseño geométrico de nuestro designio, lo insertamos en el clima a que hemos de someternos y contra el cual nos será preciso alguna vez defendernos a lo largo de nuestro itinerario.

No podemos, por todo esto, atenernos únicamente a los hitos que nos señalan la ruta ni ante los más bellos espectáculos y las más impresionantes bellezas, sino que nos es preciso también no dejar sin amor de mirada ni anotación en la mente recodos y rincones en los que la flora, si escasa y sencilla, lozanca peculiares gracias no aprendidas, naturales o creadas.

Lo que importa es recoger lo que, en medio siglo, ha dejado en vivencia, y a veces en excelencia, la pintura en Cuba y lo que, al mismo tiempo, ha afirmado en ostensible presencia de su genuinidad la pintura cubana.

En esta parte del mundo —y también mucho en la otra— la Historia se registra en “gritos” pero se graba en gestas. Y mientras de este modo ella le va cumpliendo el destino —posibilitándose— a la criatura humana, ésta va diciendo en el grito su voz hasta cuajarla en creación. Pero como todo fruto, cada grito tiene su raíz. Y los gritos así arraigados en el mantillo feraz de la tierra fecunda pueblan de afirmaciones el aire. Hay que entender en la voz la raíz del grito.

Cuando, en una mañana luminosa se pudo palpar Cuba la estatura libre de correaes coloniales y dió rostro a la vida propia, la Historia había en sus gritos hablado tanto y tan sustantivamente que no cabía, no cupo desatender su voz. En realidad, Cuba era ya una nación antes

de entonces. Si, como quería Renan, "una nación es un plebiscito diario", largos años había Cuba diariamente, con denuedo y conciencia, en la sangre y en el heroísmo, rubricado su plebiscito. ¿Había algo, no obstante, por debajo, en la entraña, en el meollo de lo épico, en el silencio de lo histórico, acurrucado bajo el estrépito de la peripecia, de la hazaña y de la gloria, que con voz no audible fuese aquello que según Taine revela el arte aunque lo calle la Historia?

Es decir: en coloniaje ya pretérito, cadáver tendido bajo la palpitation de la bandera soberana y ateniéndonos al menester concreto que nos incumbe, ¿qué cercanos o lejanos antecedentes, qué raíces de grito cuajaban también en la pintura la afirmación de lo cubano? ¿Qué antecedentes podemos anotar, qué datos precursores, qué señales o atisbos demostrativos de la existencia en la pintura de un sentido, de un espíritu, de un sentimiento propios, cubanos o fecundadores de lo cubano?

"Nunca surge de súbito y como creado de la nada un utensilio, un estilo, un pensamiento", ha dicho Frobenius. Y en ello advierte "el fenómeno interno que constituye cada cultura".

Nuestro problema, pues, se formula así: ¿Con qué contaban la pintura y los pintores en Cuba al estrenar la nación su independencia para, en el total proceso evolutivo histórico, contribuir a la plenitud de lo nacional, de lo cubano, después de fenecido lo colonial? En otros términos: ¿en qué medida y con qué influjo podían hallarse realidades de un cubanismo en la pintura o, por lo menos, de una especial caracterización o estilo que pudiesen significar raíz de grito, voz de afirmación propia?

Por una parte, había ya en Cuba una larga y brillante onomástica de valores acreditados y un extenso repertorio de realizaciones. La Escuela de Bellas Artes de San Alejandro, fundada en 1818 y de la que fué primer eminente director el francés Vermay, discípulo de David, había cumplido larga tarea, muchas veces brillante, pero dentro siempre de un academicismo importado de Europa y en secuencia de los influjos de grandes pintores extranjeros, no sólo residentes, en diversos momentos, en el país, sino también presentes en el influjo directo de su pintar remoto. (Pérez de Cisneros ha señalado, entre otros, a Anglada Camarasa, Chicharro, Pinazo, Rusiñol, Mir, y a Sorolla, sobre todo, que siguieron influyendo en años posteriores.)

No nos incumbe aquí detenernos en análisis ni en crítica de lo que fué ese momento y de lo que fueron los anteriores. Pero era indispensable registrar esta realidad, la más fuerte y determinante, de una pintura que sólo —y ni siquiera en todos los casos— era, en realidad

cubana por la partida de nacimiento de sus autores y ni siquiera esto "oficialmente" tampoco todavía.

Pero, por otra parte, ¿no había nada, absolutamente nada que hubiese ya, en el transcurso de la Historia pimpolleado brotes de genuinidad, capullos de cierta especial manera donde lo cubano intentase abrir su flor? Conviene quizá una más detenida alusión.

Quizá debe ser citado, como el primer atisbador, o, con un "plus" de simpatía, como al primero que en Cuba, con un pincel en la mano y una coacción en el espíritu y un mandato en la voluntad supo, no obstante, dar a su tremulante hacer primitivo un tinte cubano a José Nicolás de la Escalera (1734-1804), pintor al dictado de los padres jesuitas, copista de imágenes y estampas, pero que, como sagazmente advierte el fino espíritu crítico de Martha de Castro, en la "emotividad en el color —rosados salmón y azules desteñidos— nos habla de una sensualidad ya latente en el artista criollo", en tímida liberación de lo espontáneo que se evade de lo impuesto. ¿Sería, así, ese lejano José Nicolás de la Escalera, el primer peldaño de una escala que está aun en trunca construcción buscando arquitectura?

Lo cierto es que, en largos años, no parece que se afirme esa "sensualidad del artista criollo" y la pintura toma los rumbos antes aludidos, sin ostensible afirmación paralela a lo que, callando esta vez el Arte, iba proclamando la Historia.

Sin embargo, reflorecía a veces, como en injerto más o menos visible y quizá no del todo estéticamente voluntario, o sin plena conciencia de su impulso, ese fondo criollo que se asomaba en el cuadro, tentación en la paleta o en el sentimiento. Puede recogerse, en cierto modo y para esta rápida alusión, tan cercada de elusiones, a antecedentes genuinos, el nombre de José Arburu Morell, de cuyo cuadro *La primera misa* ha escrito Jorge Mañach que "fresco y vivaz como una acuarela de Fortuny, constituye una de las más preciadas reliquias de nuestro Museo". Pero frente a esta obra, Mañach comenta: "El tema, como todos los episodios colombinos, era tradicional y favorito entre los pintores cubanos, ansiosos ya de contribuir a la exaltación de las propias efemérides y a la exaltación orgullosa de la tierra".

Adviértase en estas palabras la comparecencia de dos de los motivos o temas, o valores, si ustedes prefieren, que se enumeran, en la eterna disputa, como factores de nacionalismo en arte: lo histórico y lo natural; es decir, la gesta hazañosa y la peculiaridad de la naturaleza. Por esas dos vías ha pretendido andar hacia su propia potencialidad nacionalista, con varia fortuna y esporádico esfuerzo, la pintura cubana.

Pero no sólo hallamos eso como herencia del coloniaje a los pintores de la Cuba republicana. Sin hacer demasiado hincapié en Chartrand y Peoli y Melero, en los grandes grabadores que dieron una lección que tanto han tardado en recoger los artistas cubanos, nos hallamos—ya muy cercano al tiempo que nos interesa historiar—con un artista tan extraordinariamente dotado, tan singularmente desorientado en su insobornable y apasionada orientación, como Landaluze. En apariencia, nadie menos criollo, menos cubano, por sus sentimientos, por sus intenciones, por sus alegatos que este español, gran artista del lápiz, maestro de la gracia. Pero, en realidad, “a forciori”, contra sí mismo, “malgré lui” Landaluze es—quien sabe el efecto que podría causarle este ter-giverso resultado—un criollista, y su influjo—no podemos detenernos ahora a estudiarlo—ha sido grande precisamente, como dibujante satírico y costumbrista, en el arte de Cuba. Puso en pie, dándoles categoría vital y razón histórica, los tipos que, en aquel momento de transición, sagrado por la sangre, alto por la nobleza, degradado por la incompresión, eran, en conjunto, una de las razones cubanas y enseñó lo que de venero fecundo, de manantío de arte genuino encerraba la varia pululación de la vida cubana. También de este modo y a pesar suyo, Landaluze, en la herencia recibida por los artistas de la República, era un antecedente de criolledad, de cubanía; un camino hacia lo cubano propio.

Y quedaban así evidentes los módulos en que cuajar una tipicidad y acaso una estilística. La razón histórica, la realidad distinta de lo natural, el vigor de lo típico. Elementalmente, sin calar en la química ni en la filosofía de lo estético, de que habremos de tratar más adelante, estas eran, en realidad, pobres y débiles, las señales. En la manigua los hechos bélicos, afirmativos y gloriosos, habían arrasado también brotes imposibles.

De inmediato, sin embargo, y dentro de una estilística aprendida en las tendencias y escuelas extranjeras y ejercitada con absoluta y honrada convicción, estas tres corrientes habían de hallar sendos seguidores en tres grandes artistas de aquel tiempo. Es ya tradicional en las exégesis críticas y en las monografías eruditas aludir al triunvirato constituido al inicio de los tiempos republicanos en el predio de la pintura por los pintores Armando Menocal, Joaquín Tejada y Leopoldo Romaniach. No desentonemos. Sobre petulante, sería erróneo e injusto. Porque, efectivamente, esos tres excelentes artistas llenan un momento que es de transición en cierto modo, y sin embargo es, históricamente, todo un capítulo, con ellos tres casi solos en la cima, de la pintura cubana, siquiera no hayan sido iguales en la coetaneidad ni en el mérito.

Desde luego, a nuestro modo de ver, Armando Menocal es, entre los tres, el más apegado al "alejandrismo" sin que los otros dos hayan roto con su tradición. Hay una circunstancia que no debe ser olvidada cuando se habla de Menocal pintor: fué mambí. Y lo fué a plena convicta obsesión de libertad. Una tarde de las de su ocio en su vivienda del Vedado le oímos contar un episodio de guerra y en el ardor del relato se le desmesuraron de fulgor los ojos mientras en una cálida exaltación creciente el trémulo acento de la voz cuajaba historia; pura, exacta, meticulosa historia. Ni una palabra vana, ni un detalle olvidado, ni una razón desfigurada. Y en la crudeza de la narración, una elegancia pulcra, de señor y de artista. Todo el arte de Menocal, factura meticulosa, cuidadosa técnica, rigor de líneas, exactitud de impresión, se nos hizo claro y patente como una segunda —una única— naturaleza del patriota.

Se ha dicho de Menocal que se mantuvo, por razón de factores étnicos y epocales, incólume, ileso, invulnerable, impenetrable a las nuevas corrientes que ya por entonces empezaban —en la batalla, que hoy parece pueril, entre clásicos y románticos— a anunciarse agresivas. Le dejaría esto, sin mengua de sus intrínsecos méritos como pintor, al margen de lo que estamos en obligación de hallar en pesquisa de lo cubano genuino. Pero no olvidemos que este mambí que abandonó el pincel para manejar el machete, cuando retornó a su arte en el que logró señalada preeminencia, fijó sus mejores empeños y sus más esmerados primores en un cuadro en que quiso perpetuar "la muerte de Antonio Maceo". Era, en suma, aquella ansia "de contribuir a la exaltación de las propias efemérides" que ya entonces eran genuinamente propias. Uno de los tres caminos hollados —o casi sin dejar huella— por algunos de sus predecesores. Esto aparte, Armando Menocal (1861-1942) se dedicó, con especial predilección, al retrato realista, detallista, cominero y verista. A este propósito el profesor de Historia del Arte, Luis de Soto, afirma que, dada la boga y el buen suceso que tal arte realista ha obtenido siempre, "no es de extrañar que en la Cuba de entonces, habituada al concepto davidiano del retrato "oficial", el realismo verista de nuestro pintor tuviese aceptación y fuera la "novedad" del día".

José Joaquín Tejada (1867-1943) fué paisajista y además, sin que pueda tenerse por peyorativa la calificación, pintor de "argumento". Y ahí está el cuadro famoso de *La lista de la Lotería* tan bellamente elogiado por José Martí. En su visión, el objeto, el paisaje, es una previsión; es decir, Tejada quiere ver lo que desea ver, lo que ansía ver. Si el paisaje es algo para él —lo dijo en notas que ha recogido Luis de Soto—, es un "estado de alma". Su costumbrismo y su paisajismo son

creaciones subjetivas y romantizadas por un lirismo que le gravita sobre la técnica.

Toda reverencia, con convicta veneración, hay que rendirle, hasta en su senectud gloriosa, a Leopoldo Romañach, gran patriarca de la pintura cubana, maestro de generaciones, impulsador de aptitudes, gran señor de la comprensión generosa. Su obra, vasta y bella, le acredita de gran artista. Si ha podido decirse que su maestría estribaba en el buen arte y el gran espíritu con que se ha aplicado a ser siempre, maravillado de la belleza del mundo, un aprendiz, puede decirse también que su influjo en el proceso de la pintura cubana es el mayor, más benéfico, más hondo que se ha registrado nunca.

¿Cuál es, en definitiva, el gran bien que, aparte el regalo de tantas obras maestras, ha procurado el arte de Romañach? Creemos que Jorge Mañach lo ha señalado muy certeramente cuando ha dicho: "A Romañach débesele como sustancial aporte, más que la admisión de la luz en nuestra pintura, que algunos han apuntado, la enseñanza inteligente, metódica, tenaz, del principio de valoración; es decir, que él ha cultivado la fundamental aptitud para discernir la cantidad de luz y sombra que debe llevar cada pincelada".

Exacto. Y bien: ¿no es esta aptitud más fundamental que nunca quizá cuando se trata de que un pintor cubano, en el milagro de la luz cubana, de la radiación cubana, se apresta a establecer la cabal relación entre la visión y el objeto, es decir, plena y cabalmente cuando se apresta a pintar? Si pensamos en esto, se nos antoja que no puede parecer paradoja ni hipérbole asegurar que, cubano o no en su obra, en su temática, en su personal estilo, Leopoldo Romañach ha sido un maestro para pintores cubanos; lo que en su pintura hay de cubano es precisamente esa fundamental aptitud a que tan admirablemente alude Mañach. Ya aquí, por consiguiente, Leopoldo Romañach, que no por halago vano e injustificado merece la veneración en que se le tiene, abre para el cultivo y el completo logro de una pintura cubana, genuina, propia, en la estilística y en la esencia, en el cogollo y la flor, una nueva ruta que —digámoslo sin regateo— no ha sido demasiado frecuentada y en algunos casos se ha poblado de exotismos.

En la imposibilidad de mayores y más detenidos exámenes, dejemos diseñadas así la obra y la influencia de estos tres pintores a quienes cupo el destino de ser, en el paso de un siglo a otro, y del coloniaje a la independencia, los tres maestros de nuevas generaciones. Luis de Soto los llama, después de recordar sus sendos viajes a Europa: "Tres pintores europeos nacidos en Cuba". Pero cumplieron su tarea y, se diesen cuenta o no ellos y sus discípulos, enseñaron a mirar lo cubano.

En definitiva, al resumir todo esto, lo que inquieta es la evidencia con que de nuevo yerguen su misterio los interrogantes perpetuos: ¿Qué cosa es pintura cubana? ¿Qué quiere decir nacionalismo en arte? ¿Cómo y dónde se ha de buscar lo cubano en la pintura?

Bien advertidos nos tiene la sabiduría de Benedetto Croce contra los peligros y los errores de las clasificaciones epocales, de la división del tiempo en la apreciación histórica, cuando con extraordinaria lucidez distingue entre "períodos cronológicos" y "períodos reales". Es evidente que no siempre, y aun diríamos que casi nunca, coinciden. Quizá sea esa precisamente la realidad que mantiene sin solución de acuerdo la larga disputa en torno al problema de las generaciones, que tampoco coinciden siempre, ni mucho menos, en cuanto al "período cronológico" con el "período real" que históricamente viven, en el que vitalmente actúan forjando Historia.

Todas las dificultades se acrecen, y se agravan todos los peligros cuando ese intento de ordenación de períodos cronológicos se aplica al estudio o contemplación de un proceso contemporáneo, es decir, aun en vigencia y en un diorama poblado de personajes que están de pie sobre su vida, en pleno respiro y en constante afán y se mezclan las fronteras cronológicas antes de que se hayan acimitado los períodos reales.

No nos arriesgaremos, por tanto, a establecer una división del medio siglo pictórico a que se contrae nuestro quehacer discursivo, porque ya no sólo la perspectiva nos falta en este caso, sino también la evidencia de los resultados y cambios que positivamente puedan marcar, con independencia o no de una nómina de períodos cronológicos, la sucesión neta y bien definida de períodos reales, es decir, de procesos cíclicos bien cumplidos, de etapas redondamente contorneadas, geométricamente diseñadas sobre las placas espectrales de un análisis decisivo.

Sin desdeñar, por tanto, ni mucho menos, sino, al contrario, teniéndolas muy presentes, las ordenaciones epocales que han marcado algunos autorizados y excelentes críticos y profesores (Luis de Soto y Guy Pérez de Cisneros, entre otros), soslayaremos ese peligro que nos asusta no por lo peligroso que se muestra, sino por lo erróneo que, al cabo, podría resultar, al tender una mirada al conjunto de medio siglo xx de pintura cubana. Pero, puesto que, de todos modos, es tarea histórica la que debemos intentar, siquiera en desproporción evidente con nuestras capacidades, forzoso nos es someterla a una norma que la encauce y la inserte morfológicamente en unos lineamientos válidos.

Puestos a ello, viene también en nuestro auxilio el propio Benedetto Croce, tan agudamente tercio en su estética. Afirma el gran profesor

en su libro *La Historia como una hazaña de la Libertad* que "si pensar es pensar históricamente, pensar es siempre y exclusivamente, individualizar". He aquí una segura manera de poner en pie en la historia de la pintura—que es nuestro caso—la Historia de Cuba. ¿La pintura como individuo en ella? No tanto quizá; pero, desde luego, en la Historia y en la Pintura, un pensar que, siendo un individualizar, ponga en enhiesta y ostensible erguidez "momentos"; es decir, individuos históricos, sin atender más que a aquellos que en el instante de su diferenciación influyen como determinante histórico. Es decir, aun: una sucesión de "momentos históricos" de individuos en lo histórico colectivo que señalan una nueva afirmación, un cambio, una acentuación o un desvío, independientemente, desde luego, de la propia historia de los individuos-personajes que los protagonizan o, por lo menos, les procuran caracterización y sentido.

De este modo, resumiremos en una sucesión escueta y sobria de "momentos históricos" el proceso de la pintura en Cuba desde los albores de la República hasta el momento actual.

A grandes rasgos hemos aludido ya a la situación en los momentos en que Cuba sintió libre el espíritu que libre había alentado en su ligamen. Naturalísimo fué que en las condiciones a que hemos tenido que referirnos, desapareciera—o se aminorara—la vena populista que había hinchado de humor y a veces de despecho sarcástico, que se le tornó antídoto, Landaluce, y que cultivaron otros, y en un afán de aseguramiento de las capacidades individuales, estimulado por la Escuela de San Alejandro, propulsara estímulos y proliferara manifestaciones, con preponderancia innegable, el academicismo trasunto de europeidad (franco-italiano, principalmente, casi exclusivamente).

Surgió así una pléyade afanosa y laboriosa, empapada de las influencias de las escuelas entonces en boga en el viejo mundo. En general, sin casi excepciones apreciables, sobre todo si nos atenemos a las sendas tareas de los distintos pintores, esa fué la tónica.

En ella, sin embargo, cabe distinguir algunas peculiaridades y matices. Advertimos, en el conjunto misceláneo, pero muy homogéneo, dos principales escuelas o corrientes del arte pictórico por aquellas primeras décadas de régimen republicano. De un lado, un impresionismo muy ostensible en ciertas adopciones técnicas; del otro, un romanticismo evidente en la total manera, desde la inspiración temática hasta la ejecución "sentimental".

En el segundo grupo, el ya citado Menocal, Hernández Giró, Tejada—ya nombrado también—, Sánchez Araujo, Olivera, etc. Todos ellos con una evidencia de aliento romántico. Destacaríamos en el gru-

po por la recia personalidad y el arte bello, y también por lo que interesa a la anotación del proceso de una pintura propiamente cubana, al ilustre Antonio Rodríguez Morey, cuya vida, además, que Dios quiera conservar muchos años entre nosotros, es benemérita por la heroica y abnegada salvación de nuestro Museo a él debida.

Antonio Rodríguez Morey, en cierta manera, y dentro del academicismo romántico que le tuvo por devoto en sus años de gran actividad pictórica, "descubrió" el paisaje cubano. He ahí un "momento histórico". Todavía, sin duda con aquel mismo criterio de Tejada que sentía un "estado de ánimo" en el paisaje; pero ya, sin abdicación romántica, con un mayor, más preciso entendimiento de lo criollo en el paisaje; con una aplicación de aquella gloriosa enseñanza de Romañach que le dió el don y la gracia de captar en lo sombrío—su clima predilecto—, en lo umbroso y profuso, la luz esclarecedora, mediante un equilibrio de colores que es en sus óleos una presencia impalpable pero innegable de algo distinto y donde lo cubano se delata suaviorio.

(En este mismo sentido, y muy advertidas sus diferencias, y en cuanto a lo genuino, sus limitaciones, hay que nombrar también, como aplicados a la pesquisa de lo cubano en el paisaje y en el contorno vivo a Bencomo Mena, de quien habremos de hablar más adelante; a Roberto Vázquez, paisajista; a Domingo Ramos, que acertó a dar una "versión" y se enamoró de ella y la convirtió en narcisa, muy sabiamente experto en su técnica, todos ellos y algunos otros que pudiéramos añadir, tocados de una cierta sentimentalidad lírica más que nacionalista, pero, en el fondo, más o menos claramente orientada hacia un cierto nacionalismo pictórico, si se nos permite hablar así.)

Algunos de estos pintores ahora últimamente citados deben ser incluídos más propiamente en el grupo de lo que hemos llamado impresionismo, rico, en el momento a que aludimos, en onomástica brillante y algunos de los cuales han evolucionado hacia otros derroteros y figuran hoy entre los cultivadores de las nuevas y a veces casi nuevas, de las modernas y a veces casi viejas escuelas y tendencias de la pintura universal de hoy.

Sin que pretendamos, ni lejanamente, una enumeración exhaustiva—conste así, de una vez para siempre en lo que respecta a esta reseña histórica y por si acaso—, nos vienen a la memoria los siguientes nombres: Esteban Domenech, Mariano Miguel, Esteban Valderrama, Domingo Ramos, Ramón Loy, Enrique Caravia, Luisa Fernández Morell, Bencomo Mena, Cossío, etc.

Claro es: cada uno con su modo propio, con su manera personal (a algunas de las cuales se aludirá más allá), pero todos ellos, dentro

de lo que puede considerarse un aglutinante de tendencia impresionista manifiesta en la temática (con mucha preferencia por el paisaje) y en la técnica: adopción de los colores puros y una propensión a la brillantez policroma sin gusto por los matices grises.

En realidad, por aquellos años (1900-1925) el "momento histórico" fué el de ese influjo indirecto pero muy gravitante de las escuelas extranjeras. Se distinguió, además, por un positivo adelanto en todas las sabidurías de las técnicas academicistas y por un notable aumento en el interés efectivo por la pintura en los artistas y en la sociedad. Por lo demás, como hizo notar certeramente Mañach: "advenida ya la República, la pintura, como toda otra actividad desinteresada de lo inmediato, por dos lustros todavía (hasta más allá del 20, aclaramos nosotros) debía estar atendida a sus viejos hábitos".

No obstante, cuando Mañach escribía estas palabras (1924), ese momento pictorial cubano se había iniciado por lo que criollamente podríamos llamar "un momentico", de insuperable interés. El propio Mañach lo recuerda: el año 1905 por primera vez pudo contemplar un público habanero, en el local del Ateneo, hoy glorioso, dos Exposiciones francesas, de artistas del momento, más o menos actuales y notorios: Jean Paul Laurens, Chabas, Gaston Latouche, etc. No es posible olvidarlo. Por primera vez, de algún modo y en alguna medida, el influjo era "directo", inmediato, personalmente captado con la colaboración entera de los sentidos. Tamaño suceso tuvo, sin duda, repercusiones que son las que caracterizaron esas dos décadas largas de la pintura en Cuba.

Se inició así un fenómeno que en Cuba ha marcado de modo muy acentuado el proceso de la pintura. (Entre paréntesis: cerca de cuarenta años después, un analista tan penetrante en su agudeza como Guy Pérez de Cisneros, pudo escribir (1943) que las notas distintivas—los modos determinantes, podemos entender—en la pintura de Cuba son internacionalismo y enciclopedismo.) Aquellas primeras exposiciones francesas hundieron huella perdurable en campo cubano.

Fué abundosa y pródiga la cosecha. Se multiplicaron los esfuerzos. La pléyade—algunos de cuyos nombres hemos recordado—se esparció por todas las vertientes: el retrato (Eugenio Olivera, Pastor Argudín, etcétera); el paisaje (Rodríguez Morey, Tejada, Sánchez Araujo, María Josefa Lamarque, Domingo Ramos, etc.); y el tema histórico (Menocal, Hernández Giró, Valderrama, etc.).

Sin duda alguna: academicismo aprendido, no sólo en San Alejandro, sino en la influencia de los artistas extranjeros, de las escuelas europeas y, por consiguiente, sin duda también, más pintura en Cuba que

pintura de Cuba. Pero, además de un positivo medro venturoso en capacidad y en eficiencia, en técnica y en entendimiento, en ciencia y en conciencia, unas aún vagas y tenues aspiraciones a logro de cubanía en busca de lo genuino, de lo distinto y propio.

Una vez más, Mañach nos lo dirá con palabra justa y precisa, resumiendo el panorama de aquellos años, con positiva nostalgia de ese acento cubano, de esa criolledad que aun no había hallado domiciliación en la pintura de los artistas cubanos. Pero, al dolerse de ello, o sin dolerse más que con elusiones, Mañach apuntaba los brotes: "Será acaso algún atisbo ardoroso e intenso de nuestra campiña sin demasiadas palmas ni arroyos murmuradores; pero ricamente, pastosamente realizado por el pincel inquieto de Domingo Ramos. Será algún retrato de personaje de color—Morúa Delgado o Juan Gualberto Gómez—hecho con sobriedad y soltura por un tal Argudín—Pastor Argudín, hermano de sus modelos en la raza."

Basta con eso. El "momento" se individualiza con estos rasgos. ¿No se advierte ahí un afán de volver los ojos hacia lo propio, de adentrar el ansia, de resolver el deseo por y para y en lo cubano? Claro está, se dirá y no sin razón, que eso, al cabo, no era un seguro y bien orientado camino hacia la cubanía pictórica, hacia un nacionalismo artístico, hacia una pintura cubana propiamente dicha. Desde luego, pero...

Pero, en primer término es insoslayable la realidad—en todos esos detalles y síntomas y hechos harto ostensibles—de una atención, más o menos sostenida y certera, a lo autóctono y decisivo en orden a la genuinidad. Y no se olvide que el "pincel inquieto" y después fatigado de su inquietud del maestro Domingo Ramos puso a una multitud de artistas frente al paisaje cubano. Y ¡ah! no olvidemos tampoco aquellos verdes de la paleta de Rodríguez Morey, no tropicales, sino, casi siempre, alucinantemente cubanos, "distintos".

En segundo término, es evidente que por entonces si existió—y todo lo apuntado podría demostrar que si no "era", "estaba"—una primera—o segunda—tendencia, débil como se quiera, a lo cubano, se orientaba a cubanía por la temática, por el asunto; es decir, por el objeto en sí; faltaba que la visión supiese captar en el objeto, o a pesar del objeto, contornándolo o atomizándolo, lo cubano; faltaba quizá en la voz hallar el grito y su raíz. No sólo ver, sino oír lo cubano en el objeto; entenderlo no en lo real sino por encima de lo real, en el cogollo de su silencio puro.

En tercer término, aquellas primeras exposiciones francesas tuvieron una repercusión que es indispensable reportar en el terreno histórico: la primera exposición de artistas cubanos; hecho extraordinariamente

significativo, no en su condición de primero, sino en la calidad de su contenido. Porque esa primera exposición en La Habana de artistas cubanos se nutría de obras de dos dibujantes y caricaturistas: Conrado Massaguer y Rafael Blanco. Si ninguno de los dos contasen —como contrariamente, y para gloria suya, cuentan— con tantos y tan esclarecidos títulos para la admiración y el elogio, ese hecho de haber iniciado las exposiciones de artistas cubanos les daría extraordinario relieve, bastante para que sus nombres figurasen con derecho propio en la historia de la pintura cubana. Y no por el hecho material de haber sido los primeros, sino porque siendo los primeros eran dibujantes y caricaturistas, vocados a la captación de lo cotidiano en el ámbito de la vida cubana; de lo que diariamente, en la calle y en la plaza, cubanamente, como “cosas de aquí”, como acontecer que sólo acontece en “Cubita bella”, era, como sigue siendo ahora, en un pueblo de tanta personalidad transida de absolutos que juega con los “problemas” en función de las “boberías”, lo sustantivo, la expresión de lo recóndito esencial y genuino. Ese es, pues, otro “momento histórico” que no puede ser silenciado.

De él deriváronse otros. El año 1915 la Asociación de Pintores y Escultores inauguró los Salones de Bellas Artes. Una onomástica brillante era ya gala de catálogos y afirmación de rotundas realidades; a los ya citados cabe añadir pintores como Vega, Rivero Merlín, Mantilla, Mesa, etc.

En resumen: el “momento” era o fué, en sus realidades positivas, de auge de la pintura en Cuba. En cuanto a la pintura cubana, sólo atisbos, aunque también, por serlo, ya afirmaciones. En verdad, aun en los casos más evidentes de tendencia a una cubanía pictórica, sólo una orientación, sólo un criterio para su búsqueda: el tema, el objeto, el asunto. Ciertamente, no eran el buen criterio ni la orientación acertada. No sería lícito aún hablar de “pintura cubana”.

Para no caer en pesimismo acaso, o por decir la palabra de estímulo, Mañach resumía, no sé si con cierta melancolía o en una aspiración de superaciones: “Un arte nuestro por la intención crítica y por los asuntos. Para empezar, por lo menos, una pintura de un cubanismo temático”.

Lamentablemente por un lado, afortunadamente por otro, desde hace años, al hablar de pintura en Cuba hay que referirse a lo que Luis de Soto llama el “cisma”; es decir, a la agria, beligerante oposición de dos bandos contrarios e irreductibles, entrañablemente enemigos: Luis de Soto los llama los tradicionalistas y los innovadores; otros lo simplifican usando las denominaciones de académicos y modernos.

No es posible pasar de largo y a pasos quedos para no alzar soliviantos ante este hecho que es ya una larga historia en la historia de la pintura cubana. Y mucho menos cuando se quiere fijar con imparcial seguridad de pulso el diseño exacto, la verdad más aproximada a lo verdadero que está—volvamos al viejo problema—tanto en el objeto como en la visión, sobre todo, si ésta ve algo más que el objeto. No es posible silenciar esta antagonica realidad bipartita que ha sido al mismo tiempo servidumbre y gloria y mantiene vivaces y pugnaces muchas energías, siquiera no aúne cordialidades.

Si se ha de ejercitar la ecuánime norma de la imparcialidad, debe, ante todo, reconocerse, aparte la existencia de grandes artistas y de excelentes obras en ambos opuestos bandos, que la pugnacidad es también elemento vivo en cada uno de ellos, entre sus mismos integrantes, por la diversidad de tendencias en las que se han proliferado, dividiéndose las predilecciones. Y también porque una singular inquietud, afianzada en la presteza fácil, en la captación rápida, en la habilidad innegable, ha originado en cada uno de los numerosos grupos del bando innovador (modernos) y hasta del tradicionalista (académicos) el hecho de que casi todos los numerosos partícipes desviándose, con sana y noble y apetente avidez de la escuela o del credo o de la tendencia o de la filosofía o de la geometría—que de todo hay—que han seguido hasta hoy, aparezcan mañana situados en contra y ardidamente proclamando con obras nuevas una distinta convicción. Todo a nombre y bajo el signo de arte nuevo, o por lo menos de arte “moderno”.

Por otra parte, han sido tantos y tan en extremo movedizos e inestables, en la voracidad de nuestro tiempo, desbridado en estepa arrasada, los modos nuevos, los estilos revolucionarios, las nuevas tendencias y los credos innovadores; en una palabra, son tantos los “ismos” que han florecido y marchitado en el mundo prodigiosamente fecundo del Arte, en el campo pictorial también, por tanto, que a veces muchos de los artistas de aquí—y de allende—que aprisionan en la mano un capullo no se dan cuenta de que se les ha marchitado antes de que pudieran aspirar su perfume. Esta es una realidad ambiental que estorba en mucho el sereno justiprecio de la actualidad pictórica cubana.

Multitud de veces, multitud de casos evidencian que el propio artista que nos presenta su arte, en su última modalidad, como “nuevo”, ignorando que “ya” no lo es, ignora también a ciencia cierta e incluso a intuición estética, qué cosa es ese arte que pretende servir.

No va dicho esto en afán de tratar peyorativamente a nadie. Al cabo, es mal de todas partes y del que todos tenemos la culpa y nadie es culpable. Es la secuencia de un capítulo de la historia universal

agitado por dos guerras mundiales que han derrumbado todos los fundamentos de la vida humana anterior y han destruido todos los asideros. En la desolación de la ruina, el Arte se está tentando el cuerpo herido, el esqueleto crujiente y busca una actitud nueva, sin poder aún, por falta de ella, adoptar una conducta. La insularidad de Cuba, que la defiende y a la vez la retrasa, produce, a tono con ese desconcierto, su desconcierto propio. Y en una algarabía de pugnacidad se espesa de incógnitas y se eriza de enigmas y se constela de arbitrariedades el actual capítulo de la pintura cubana.

La multiplicidad de "ismos": surrealismo, cubismo, expresionismo, posexpresionismo, abstractismo, activismo, constructivismo, etc., dificulta tanto como la verdadera caracterización, los distintos modos de estilizarlos; es decir, de darles espíritu y forma. Si no pareciese demasiada irreverencia, nos atreveríamos a exponer nuestro criterio sobre este caos, lo que equivale a definir lo indefinible, valiéndonos de la simpleza de dos chascarrillos de almanaque. A cada uno de ellos corresponde cada uno de los dos grupos en que, si esto se nos permite, pueden reducirse, agabillándolos por sus maneras, los "ismos" o escuelas o tendencias.

Es uno el cuentecillo del hombre que cultivaba con esmero su naranjal y observó un día que un mozalbete merodeaba en torno a los hermosos frutales, recargados de redondos y amarillos frutos. Le increpó airado: "¿Con que estás pensando robarme las naranjas?". Y el muchacho contestó sincero: "Todo lo contrario: estoy pensando cómo conseguir no robárselas".

Muchas veces habrán pensado en Cuba eso mismo —y fuera de Cuba también— numerosos artistas que están procurando, en su afán de novedad, la manera de no robar las naranjas ajenas; muchos artistas y muchas escuelas o tendencias con respecto a otras.

El otro donoso chascarrillo es el de los dos sordos. Se encuentran a la salida del pueblo; uno sale, y otro llega. Dialogan: "¿Vas a pescar?". "No; ahora voy a pescar." "¡Ah! —replica el otro—, creí que ibas a pescar." He ahí las escuelas o tendencias que están haciendo lo mismo sin saberlo y que sin saberlo van y vienen del mismo lado hacia ninguna parte.

Pero no se debe creer por todo esto que de todo esto no ha salido y ha de salir aun gran auge de nuevos valores artísticos, nuevos caminos en busca de lo mejor del hombre, y hallazgos magníficos en obras admirables. Al fin y al cabo siempre surge, por ejemplo, un Picasso que se come las naranjas y los pescados.

Sin embargo, mientras tanto, no es posible el juicio histórico, aunque lo sea el estético. No podemos nosotros, en nuestro menester concreto, tener en cuenta todo esto y, al reanudar nuestro desfile de momentos históricos, llegar hasta el examen y el juicio crítico. Por eso nos vamos a limitar a presentar algunos de esos momentos que para mayor exactitud de las palabras de Croce, será individualizar, porque de individuos se trata, sin que, en los casos en que sería posible, nos detengamos a considerar sus últimas actitudes y sus actuales estilos.

Lo que nos interesa es fijar la evolución pictórica en las dos décadas siguientes a las que ya han sido antes aludidas. Nuestro examen, pues, va ahora a referirse al año 1925 para terminar propiamente en el 1943. Y no será, naturalmente, una revisión onomástica completa. Sólo los nombres y los hechos que nos parecerán más adecuados para fijar en la sucesión de momentos históricos el itinerario del arte pictórico en Cuba.

Escuela de París. He aquí el faro. Mejor dicho, la luz sin faro, porque, en realidad (como hiciera, de cierta guisa, alusión Romero Brest), la celeberrima Escuela de París ha sido en todos los tiempos París sin escuela. Pero, por eso mismo —por la gran lección de los ismos destilados y admitidos— siempre, con soberano influjo, Escuela de París. Y desde Gauguin, por ejemplo (“Lo que Manet fué para la generación de 1870, lo fué Gauguin para ésta de 1890...”, escribió Maurice Denis), hasta Matisse (“...es uno de los pintores que han restituido a la inteligencia —más o menos descartada de la composición desde Delacroix— su parte en la creación del cuadro”, ha definido Pierre Courthou), la Escuela de París, rosa de los vientos jugando a brújula de las orientaciones.

Naturalmente, también en Cuba. También en Cuba, la Escuela de París (ya quizá desde las exposiciones del año 1905, de un modo diferido, de segunda mano, como si dijéramos) hubo de marcar su influjo. Aconteció una venturosísima cosa. Los artistas —de todas las que después han sido tendencias o vocaciones o credos en lucha— sintieron el universal influjo, la insoslayable tentación. París, sirena del mundo. Y el retorno de la muchachada entre bohemia y sumisa, entre alocada y reflexiva, entre artista y dilettante, que había ido a saciar su sed de Lutecia (por entonces no era cursi todavía hablar de Lutecia), significó, a partir precisamente del año 1925, un sacudimiento muy vivo, muy beneficioso en los anales de la pintura cubana.

Quien esto escribe sigue creyendo que el primer nombre a citar entre los que en Cuba han marcado un auge del arte pictórico y lo han

puesto de cara al mundo—y a veces en examen de conciencia criolla—es el muy ilustre de Víctor Manuel. No sólo en razón de sus indiscutibles grandes méritos de gran pintor, tan vivos en el vigor y la gracia, en la sabiduría y en el arte de sus obras, sino porque, entre otras muchas cosas, fué además el que de un modo más directo, más plural y más beneficioso sin duda llegó a tener un discipulado, un grupo a cuyo empuje el arte de la pintura dió en Cuba un paso de avance muy considerable.

Víctor Manuel—y es sintomático y significativo el dato—es verdaderamente maestro sin aula, sin cátedra, después de abandonar la que profesaba en San Alejandro. ¿No habrá en esa "categoría" de su anécdota toda una norma que aclara y acaso encauza el proceso pictórico entre nosotros? Y fué maestro porque, sobre todo, su arte es pintar. Pintar; he ahí lo que demasiadas veces se olvida. En lo que se quiere hallar de influjos ajenos en Víctor Manuel hay siempre lo victormanuelino genuino: la visión propia a cuya facultad el tema asume definición. Víctor Manuel de lo gauguiniano a lo propio no se encastilla, pero tampoco se pierde.

Es un gran pintor y porque lo es no necesita teorizar; pinta su teoría, si la tiene. Y de tal modo, con tal fuerza de potestad decisiva que, sin proponérselo tampoco, de tal manera da en lo verdadero que es, tan de cara al mundo exterior, un pintor criollo; en la estática de su simbolismo y en la dinamia de su expresivismo. Lo raigal está ahí a veces sin distintivos ni reclamos; sin lo pintoresco y por eso, vivo y eficaz. Pero no es aún la cabal norma de lo objetivo.

En torno a Víctor Manuel, otros pintores aportaron nuevas maneras, nuevas comprensiones. Entre ellos, por muchos motivos es de singular importancia Eduardo Abela, su perfecto coetáneo (nacidos ambos en 1892). Lo que le distingue y define, ante todo, es precisamente la inteligencia. La "cosa mentale" de que hablara Leonardo. Por los ojos achicados y la sonrisa ácida y el humor agudo y la comprensión rápida, Eduardo Abela absorbe la verdad y la re-crea, que es privilegio de ciencia en su arte. Vario, inquieto y múltiple ha cultivado —y cultiva, afortunadamente— todos los géneros y se ha destacado siempre por el primor de sus aciertos. Sin entrar—sería, aunque prolija, muy grata tarea—en el examen de su vasta y distinta obra, lo que más interesa recoger aquí al hablar de Eduardo Abela son dos hechos directamente enfocados al proceso de la historia cultural (artística) de Cuba y que desde el predio limitado de sus caracteres y objetivos específicos son de singular relieve en la evolución nacional.

El primero, naturalmente, es su creación de El Bobo, hijo genial en la enjundia de sus boberías, de su lápiz genial. El Bobo —de quien, como personaje humano y cubano, nuestro amigo el Dr. Enrique Gay-Calbó ha escrito en glosas sutiles una cabal etopeya muy lúcida en sus sagacidades— es el aporte más considerable que el arte de la caricatura, hoy tan en auge magnífico gracias a Juan David y a los humoristas que no nos incumbe analizar aquí, ha hecho al conocimiento del alma cubana, de la idiosincrasia y la espiritualidad cubana. Un criollismo donde, por arte del humor en tiempo dramático, no sólo fulgen los caracteres sino las raíces; la melancolía, el fondo mágico, la hondura del desdén en faz de alegría, etc.

En este orden, el influjo del gran artista que es Abela ha sido considerable y más duradero y efectivo que el logrado por el otro hecho, el otro "momento" que queremos subrayar con gruesa línea: el de la creación del Estudio Libre de Pintura. Se practicó allí por breve tiempo y bajo su dirección una pedagogía estética libérrima; sólo vigilancia y guía de los temperamentos; libertad de estilos, de maneras, de normas; encauzamiento de sensibilidades. Fué efímera su vida. Pero quedó la huella y el estímulo de vocaciones, sin que ello quiera decir que siempre fueron verdaderas.

Eduardo Abela, por todo ello, por ese "primitivismo asustado ante la vida exuberante del color y que quiere aplacarlo con un juego lógico de líneas implacables" que en él ha anotado con admirable sentido crítico Guy Pérez de Cisneros, es uno de los exponentes a tener en cuenta, y no de cualquier modo, sino con sincero elogio, en la búsqueda de intentos hacia la genuinidad de la pintura cubana.

En cierto modo, en algún momento y con ausencia y odio de los exotismos, de que han abusado otros en falaz versión de lo pintoresco, puede anotarse también entre los pintores que han adentrado o se han acercado a la pulpa genuina de lo cubano, a uno que, por hartos merrecimientos ocupa en el friso histórico destacadísimo lugar. Hemos querido aludir a Carlos Enríquez, mago de las nieblas luminosas. En cierto modo —un modo alucinante de aciertos, rico de sugerencias— un anticipado al subrealismo en el que, sin embargo, no se domicilió, más a sus anchas en la pesquisa de ese fondo mágico del alma cubana, trasunto extrañamente en un complejo social atormentado y que en el tormento de algunos de sus cuadros traslucía —translúcida es su pintura— la honda congoja de su problemática.

Se juntaban así, se han juntado durante algún tiempo (hace ya mucho que no hemos visto obras de Carlos Enríquez) dos elementos que desentendiéndonos una vez más de los puros y exclusivos criterios es-

téticos, han sido patentes también, con intermitencias, infidelidades, ignorancias y adivinaciones, en otros muchos artistas cubanos que de algún modo en algún tiempo, con más o menos conciencia de ello, han marcado ruta o inciso rendija hacia una cubanía pictórica: El fondo mágico del alma nacional y la agria realidad de los problemas sociales.

En este orden, y sin atender tampoco a rigor de almanaque y erudición cronológica (al cabo, todos son de "hoy", del mismo "hoy" en que los estamos aludiendo), hay que traer aquí a unos cuantos pintores de vario mérito y distintos modos.

El ya citado Guy Pérez de Cisneros, al referirse al grupo que surgió con Víctor Manuel y a algunos de cuyos integrantes hemos de referirnos después, escribió estas palabras: "Por otra parte, al lado del grupo víctormanuelino, aséptico y cerrado, algunas otras individualidades pictóricas contribuían a la búsqueda de temas y a la indagación de lo nacional. En esto pecaron no poco de "exotismo", es decir, que en lo nacional pusieron mucho de pintoresco de lo que sorprende, atrae y gusta al extranjero".

Con estas palabras se alude a parte de lo que es el total panorama. Porque, a nuestro juicio, conviene no olvidar la dualidad de criterios dominante en la búsqueda de lo nacional; en suma: de aquello que han de dar a la pintura en Cuba su verdadera categoría de pintura de Cuba. Por un lado, ese modo o entendimiento con el que se muestra severo Guy Pérez de Cisneros: el pintoresquismo mal creído tipismo. En el fondo un hijo de aquel "cubanismo temático" a que eufemísticamente se refería unos años antes Jorge Mañach. De otro, el de los que buscan, allende este simplismo fácil, la nacional enjundia, la expresión cubana, no en la peculiaridad de lo atractivo y pintoresco, ni siquiera de lo que se entiende por típico, sino en algo que no está en el objeto y en la realidad multiforme más que para la pupila que sabe verlo; que es lo objeto y algo más, independiente incluso del objeto, pero sin lo cual éste no sería tal objeto en tal minuto y en tal espacio del mundo situado.

En Cuba ha habido —hay— seguidores de ambos criterios. No hay que decir que por el camino certero van los que andan bajo el signo de este último. Entre ellos, como ya hemos intentado señalar, en muchos momentos Víctor Manuel y Carlos Enríquez. Y Eduardo Abela. Posteriormente, a nuestro modo de ver y de oír la pintura, ha ofrecido maravillosos y hondos aciertos en este sentido la joven y personalísima pintora Mirta Cerra, que capta con estremecedora adivinación profunda una cardinal tristeza del alma criolla florecida en el milagro de una beatitud risueña.

Pero al lado de lo que aludía Pérez de Cisneros en las frases transcritas, la búsqueda de lo nacional era seguida por otro grupo de artistas por muy distinto camino: el de la angustia y el drama sociales.

Hay que abrir aquí lugar a Peñita. Coetáneo de Ponce de León, Alberto Peña, pintor negro y en su vida negro convicto con orgullo, como ha de ser, y conocido por Peñita, vió en la pintura, para la que estaba más dotado de fervor que de facultades, sin que éstas fueran nulas, una manera de incidir y reincidir, más sentimental y dolido que polémico, en el tema de la discriminación racial y de las desigualdades sociales. Con influencias de los muralistas mexicanos, que han señalado en su obra algunos autorizados críticos y profesores de arte, Alberto Peña, movido de un afán muy suyo en su congoja, muy noble en su propósito, no fué, contra lo que se ha podido decir, un artista polémico; le abrumaba, desarmándolo, la vehemencia, la mucha congojosa quejumbre. Quizá hallaría ahí el querido amigo y maestro Luis de Soto respuesta a su pregunta de qué va a quedar de ese arte de Peñita. No quedará por eso. Pero ello no es aplicable a los muralistas mexicanos, precisamente también por eso. El suyo es un arte con mayúscula, pero además polémico en el más amplio y artístico sentido de la palabra.

Dentro de esa tendencia social, por diversos modos y con distintos temas servida, hay que citar a otros pintores: Lorenzo Romero Arciaga, al propio Carlos Enríquez, como ya se ha dicho, y porque no pueden olvidarse cuadros suyos como *Los Carboneros*. Y otros de menos empuje y de menor empeño socializante.

De esa nueva infusión de lo europeo que trajeron los que como Víctor Manuel llegaron de otras tierras trayendo tierras de otros climas, surgieron naturalmente muchos seguidores más o menos enterados, por experiencia o referencia, de las escuelas nuevas. Un considerable número de pintores y algunos pintores considerables.

Por ejemplo. Amelia Peláez, uno de los valores más fuertes en la seguridad de su orientación, firmemente abrazada a sus convicciones cubistas. "No me interesa copiar el objeto —ha declarado ella misma—. Lo que importa es la relación del motivo con uno mismo..." En esta mimesis dogmática, su frenesí —geométrico, lúcido, armonioso frenesí— ha sido siempre, con abundancia de hallazgos felices, la expresión por el color. En su obra el color es una cuestión vital.

Antonio Gattorno. En quien la estilización de la normalidad fué derivando, con sapiencia técnica muy señalable, hacia la naturalidad de la estilización, inquieto en sus actitudes aunque fiel siempre a una conciencia de sencillez.

Ramón Loy. Uno de los más severos en la autoexigencia, muy enterado de lo que la pintura reclama como arte de definiciones y de revelaciones, siempre en progresión de técnica y en equidistancia de todos los extremismos. Puede además incluirse —y aun debe incluirse— con especial mención de honor entre los artistas en afán activo de hacer arte cubano, no por la aparential y “turística” acomodación de lo pintoresco a la veleidad simplista del espectador ingenuo, sino en la expresión de lo hondo y decisivo.

Pero París —y ahora, con más propiedad para el caso, Lutecia— no atrajo ni enseñó ni formó sólo a los artistas que al llegar a Cuba fueron representantes de lo no académico, en sus diversas escuelas, sino también a los academicistas: Valderrama, por ejemplo, acaso el más señero entre todos y que, ligado a la Academia de San Alejandro, de la que es desde hace años reputado profesor y ha sido dos veces Director dignísimo, es un incansable defensor de los cánones clásicos, con la exposición crítica de postulados y razones y con la variedad de su obra muy rica en todas las sapiencias de la técnica, maestro de la pintura al pastel y hombre versado en disciplinas varias como Doctor en Filosofía y Letras. En torno a él, eje y centro, propulsor y guía, ha girado muchas veces la rotación de la polémica.

Para resumir, respecto a Valderrama, y con autoridad, lo que de su obra puede decirse, transcribimos, para fortuna del lector, estos juicios de Luis de Soto: “Magistral dibujante y conocedor a fondo de todos los secretos de la técnica pictórica...”; “estilísticamente, un realista de filiación académica...”; “una de las figuras más notables de su generación y de la historia general de la pintura cubana”. Nacido en 1892, Esteban Valderrama, para fortuna de todos y por muchos años sea, sigue en pleno vigor de sus alardes a veces mosqueteriles, según el brío con que esgrime sus razones sin olvidar en la pendencia que “obras son amores y no buenas razones”.

Con honores de veteranía, podemos saludar al viejo amigo Esteban Domenech, también hecho en Europa, a la sombra de Toledo especialmente y ya en su madurez prodigiosamente renacido en Cuba, donde la alucinante luz y el hechizo callado y la magia sugestionante le han ganado el espíritu. En orden a una cubanía pictórica, sus cuadros numerosos de La Habana, de Sancti Spíritus y de Trinidad son uno de los capítulos más claros y a la vez más densos y ejemplarizantes. Por lo demás, la maravilla con que su paleta ha sabido cumplir las copias de *Los Apóstoles* del Greco testimonia sobradamente la gran sabiduría técnica de este pintor con alma de muchacho y blanca melena de profesor fáustico.

Armando Maribona, siempre joven, estereotipia de la edad joven. Entusiasta, a mil cosas con mil amores dedicado; impulsor, animador, pintor, profesor, crítico, periodista, retratista, paisajista, dibujante, Armando Maribona lo estima todo, lo comprende todo, lo perdona todo. Su gran alma se le desborda cordial y transfiguradora. Pone en los retratos amor de mirada y amor de pincel. Cree en la omnipotencia del Arte como en la de Dios. No se lanza a extremismos, pero no se encierra en vejeces; porque comprende, es cauto; porque es cauto, es pulido; y en toda hora para cada labor tiene tanto como arte, ciencia. Ciencia con conciencia.

De José Bencomo Mena habría y habrá mucho que hablar. En resbaloso perfil, en alusión elusiva de mayores adentramientos, diremos nuestro mucho amor por su pintura. Y sobre todo por esa noble inquietud que le ha llevado, maestro cabal y perfecto, a sentirse siempre aprendiz ante el milagro de la vida. Por temperamentalidad muy acusada de cierta misantropía, propende en la vida a la soledad y en el arte al intimismo. Se ha acercado muchas veces, en ocasiones con estremecedor sentido y con evidente acierto a lo más profundo del alma cubana. Algunos de sus óleos—de factura maestra—son verdaderos documentos de cubanía. Y sin embargo, es un pintor hecho a los modos de Italia especialmente, pero con un profundo poder de captación de lo humano en su expresión viva.

Abramos acápite especial, como en reverencia de minué, para rendir homenaje a las pintoras. El medio siglo xx cubano es rico y gentil en la onomástica cubana. El benemérito Lyceum, que está siempre atento a la palpitación del tiempo y al latido del corazón de Cuba, ha podido en varias ocasiones dar espléndidas muestras de lo que en las artes plásticas ha cumplido a través de los años la mujer cubana.

Nombres señeros son, por de pronto, los de Concha Ferrant y María Ariza, esta última profesora meritísima de la Escuela de San Alejandro.

Concha Ferrant descansa a la sombra fragante de los laureles conquistados en el mundo entero en los años de sus actividades. En la época romántica galaneó triunfal el brío de su arte. Le infundió al romanticismo un cierto vigor de realista pergeño con un gran dominio del color y mucha pericia en el alarde de las grandes composiciones.

María Ariza es una poetisa del paisaje; una delicadeza de matices diluye gracias pensativas en sus óleos. Se diría que pinta en voz baja y como en meditación. Su labor docente es una larga aportación utilísima.

En la docencia, nada menos que desde una cátedra en la Universidad (*Estructura del Arte*), sobresale brillantemente la pintora María Capdevila. En este aspecto su nombre es uno de los más inolvidables en el proceso histórico de la pintura cubana. Como pintora es de un eclecticismo que delata la profunda sinceridad con que obedece a su sentimiento. Pero, en la trayectoria de su arte una continua superación advierte el gran mérito de una sensibilidad siempre atenta a su cultivo y rostro a la dinámica de su tiempo.

Isabel Chapottin es otro preclaro nombre de mujer en la pintura y en el arte de Cuba. No cabe aquí examinar ni someramente su gigantesca, magna, admirable labor en el campo de creación y fomento de las artes manuales, de los bellos oficios y las bellas artesanías con utilización de los productos naturales cubanos. En este orden, la grande, la sabia, la bella obra de esta mujer extraordinaria y buena, maestra y orientadora, es de una transcendencia que va acreciendo con el tiempo como la sombra de un roble y la esbeltez de una palmera. Las perspectivas que Isabel Chapottin ha abierto y los caminos que ha enseñado a recorrer son para Cuba de una importancia que el futuro verá asentada en provechosas y pingües realidades. De modo que Isabel Chapottin es la mejor realizadora, por ruta de seguridad, de un arte cubano en la traza, en la idea, en el tema, en la materia. Cuando Cuba se halle, gracias principalmente a ella, en posesión de un arte, de un bello arte manual propio, todo a cubanía trasunto y en cubanía vivo, su nombre será para siempre bendecido y alabado.

Aparte las ahora nombradas, otras mujeres han cultivado con notoriedad la pintura; Dulce María Borrero de Luján, que fué también poetisa; Luisa Fernández Morrell, que, como algunos pintores aferrados al romanticismo, ama los viejos vestigios coloniales y los paisajes sombríos; Victoria Nanson, muy fuerte en el vigor de los retratos y en la policromía de las flores; Mercedes Carballal de Remos, que mereció el espaldarazo honroso de hombre tan autorizado en toda ley de humanismo, por ser genio de un nuevo sentido renacentista, como el eminente sabio doctor Gustavo Pittaluga; María Luisa Ríos, primor de genuina criolledad, y otras que escapan ahora a los límites de esta ojeada histórica.

Naturalmente, habría de repetirse ahora el nombre de Amelia Peláez, pero ¿no será acaso más un pintor que una pintora? En cierto modo, lo mismo puede decirse de María Josefa Lamarque, que, en realidad, ha superado maravillosamente su obra con las estampas al carbón logradas en España y México, y de la cual puede repetirse ahora que su técnica es un estado de alma.

Una frustración y un logro; un malogramiento por temprana muerte y un largo morir en vida de soledad han de registrarse por modo conmovido y con intención de indeleble cuño: Arístides Fernández y Fidelio Ponce de León. Dos momentos disímiles, desde luego, distantes, no conciliables pero unidos, no obstante, por no se sabe qué honda melancolía de irremediable truncamiento.

Acaso parezca inadecuado hablar de truncamiento ante la obra de Ponce de León, una de las más recias y definitivas de la pintura cubana. Pero hay en ella siempre junto al afirmativo don de su belleza y de su sapiencia una como impalpable angustia de desarraigo, una entre vaporesidad de Carrière y misantropía de Gauguin, sin que ninguno de estos dos pintores—sobre todo el último—tenga nada que ver con el arte de Ponce. Lo que queremos decir es más atañadero a lo íntimo, a aquello que transpira en la obra como personal estado de espíritu de su autor, un no estar en ninguna parte, sintiéndose a la vez seguro en el Olimpo. Acaso una fuente de pesimismo; quizá una razón de orgullo.

Fidelio Ponce de León (1895-1949) es una soledad entre incompresiones y una incompresión constelada de soledades. Personalísimo en su estilo no aprendido, no ligado a nada ni a nadie, hijo no tanto de una técnica como de una manera de entender la vida (por eso, válido y soberano), Ponce de León es una cumbre solitaria; pero perdida la cima entre nubes. Hallóse a sí mismo y no se evadió de su cárcel. Magno pintor, se estilizó en pintor magno. Su obra es uno de los más brillantes capítulos de la pintura en Cuba. Pero Cuba no está en ella. Está sólo Ponce. Y naturalmente, no hay que exigir más y acaso ha superado Ponce con su arte todas las posibles exigencias. Por su manera es un genio; por su genialidad, una manera. El uso imponderablemente sabio de los blancos, los ocre y los grises le procuró una facultad de expresión que se adecuaba idóneamente a su concepto del mundo, en la rumiación áspera de sus soledades.

Gran solitario fué también Arístides Fernández, escritor y pintor. En cuanto a su arte, naturalmente. Solitario en frenesí callado, en vehemencia reivindicativa. Y ese sí: muy con el alma puesta en las pupilas y las pupilas en pesquisa de lo cubano. En él se truncó y se malogró, aparte una carrera artística que prometía plenitud de logros, una pintura cubana genuinamente válida en sus expresiones veraces. Una reciente exposición de sus obras puso a Cuba ante el espejo. Fortuna grande, si los pintores de hoy se asomaron a mirarle el alma.

Aunque en estos últimos tiempos ha podido admirarse en Cuba un amor por la acuarela por parte de muy meritísimos artistas, lo cierto es que, históricamente, la acuarela no es uno de los exponentes cubanos.

Existen, sin embargo, algunos precedentes que no pueden ser olvidados. Acaso se le deba, en la recordación, la primacía a Juan Emilio Hernández Giro, cuya erguida prestancia, atenta al rumor del mundo y ávida de la miel de los panales de oro, es grata presencia en los acontecimientos artísticos e intelectuales, siquiera tenga ahora en reposo el pincel y la pluma, antaño tan activamente manejados.

Ya se aludió antes a Hernández Giro como pintor al óleo y como uno de los que en la temática histórica abrió camino hacia una posible cubanidad pictórica, hacia una estilística nacional. Como acuarelista es muy notable su aportación. En cuanto a la acuarela en sí, a lo que es y debe ser este bello género pictórico, que tiene, a la vez que la precisión de lo seguro la libre gracia de lo poético, y es como aquel hablar en voz baja que para Mme. Svetchine era escribir con lápiz, él mismo en un notable estudio en que habla de esto, define así: "la acuarela pura se ejecuta exclusivamente con colores transparentes, pues la blancura del papel que sirve de soporte trasluciendo contribuye en proporción notable a la luminosidad que le es típica". Todo el arte de la acuarela, con enseñanza de una técnica muy útil, está ahí: la luminosidad en la delicadeza; el vigor en la transparencia. No en vano Hernández Giro es un maestro cuyas virtudes estéticas parece haber aprendido muy bien su joven hijo Hernández Rousseau, ya en la acuarela cercano a la perfección.

Entre los acuarelistas cubanos, sin que en ninguno pueda registrarse, junto a evidentes méritos intrínsecos, alguna raíz honda de cubanismo no limitado al asunto o tema, deben ser citados por lo que han contribuido en distintas épocas a mantener, por lo menos sin que muriese en olvido, ese arte bello, Emilio de Soto, gran arquitecto que se deleita y nos deleita con el "hobby" de acuarelista, muy seguro en el trazo, muy artista en la composición, muy valiente en el color.

Otros acuarelistas pertenecen al tiempo que escapa de los límites que nos hemos impuesto en la ocasión presente.

Estamos ya en el umbral de "hoy", del hoy que nos inquieta las cogitaciones y nos aturde en la algarabía. No se espere que sigamos ni siquiera a grandes rasgos y a saltos, como hasta ahora, una norma de revisión de todos los aspectos, aunque haya sido registrando sólo algunos nombres. Ahora, la promiscuidad nos envuelve como integrantes de ella, como metidos en ella. Nuestro jadeo está ahí también. Y nuestro laborioso vivir en angustia de proximidades finales. No. No se puede, en menester histórico, formular monografía crítica; no se puede establecer rangos ni aquilatar méritos ni fijar categorías. Para

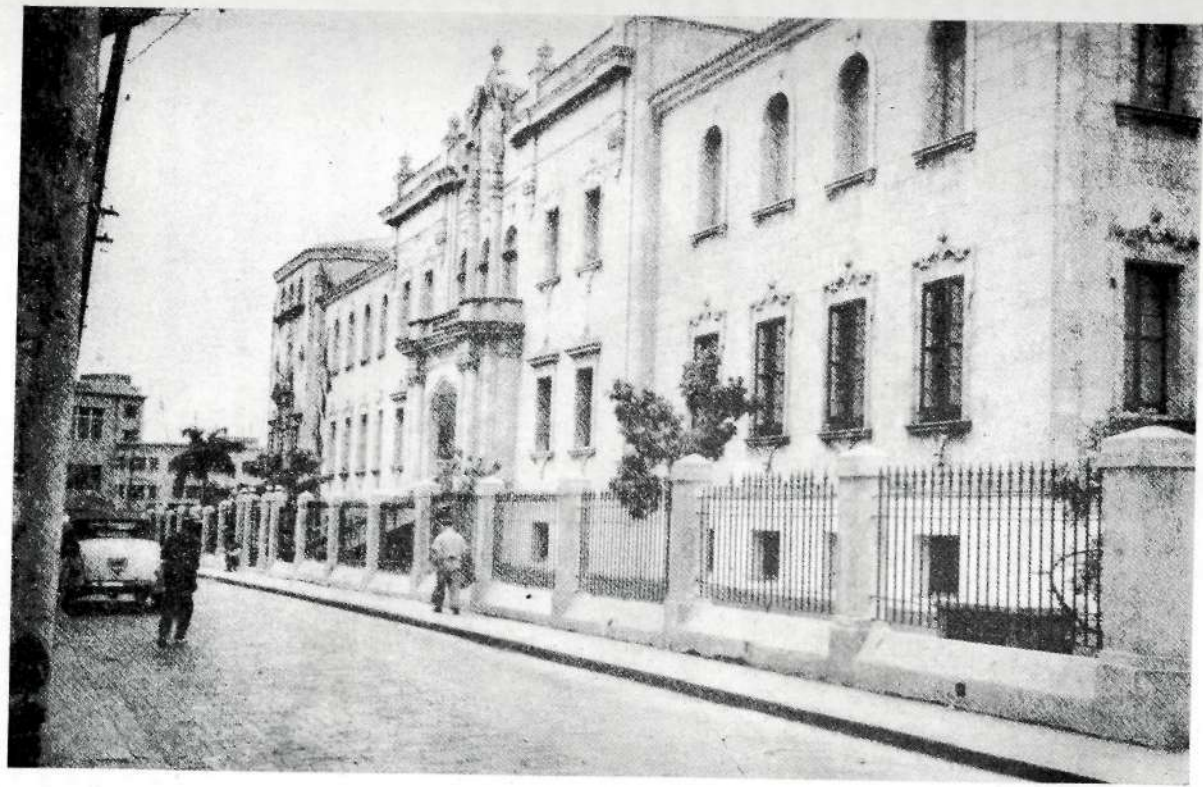
no perder la continuidad en la pesquisa de lo cubano que hemos puesto como cardinal objetivo de este resumen histórico, aludiremos únicamente a cuatro pintores de hoy que fueron también de ayer; que tienen detrás un historial y que no son de la última promoción. Para ésta, con el augurio mejor, está nuestra simpatía y ha estado siempre nuestro estímulo en su labor gigante de crear el porvenir.

Los cuatro pintores, todos de gran estatura en el diorama vivo, a que queremos referirnos son Mariano Rodríguez, Wilfredo Lam, Renato Portocarrero y Mario Carreño. Aparte sus grandes valores, que los han situado ya a los cuatro en sendos lugares de honor en la historia de la pintura, la elección responde, además, a la circunstancia de que en los cuatro hallamos en presencia o en potencia, latentes o en ostentación fácilmente advertible, los elementos y los modos con que llegar, mediante secuencia y cultivo de aptitudes plurales en otros pintores, a la realidad plena de una cubanía pictórica, aun hoy, a pesar de todos los atisbos subrayados, no hallada.

No incidiremos en un nuevo análisis de la pintura de cada uno de estos cuatro grandes artistas. Es labor que ha sido muy bien cumplida en ocasiones anteriores por capacidades críticas tan autorizadas como Rafael Suárez Solís, Pérez de Cisneros, Lezama Lima, Dulzaides Noda, etcétera. Lo que nos importa aquí es otra cosa. Es la raíz cubana que ha de ser flor.

Ni en Mariano ni en ninguno de los otros tres hay que buscar lo cubano en el tema, en lo típico. Incluso Mariano, que alguna vez —con los otros en ocasiones— se inserta en el tipismo, cuando lo hace es más con deseo de retorcerle el cuello como al gallo bonito que le valió un premio no alardeado. Lo típico es una manera de exotismo que pugna, al cabo, con aquella aspiración de universalidad que se ha acusado en el arte de Mariano y su grupo, si es que ha tenido alguna vez grupo que no sea el de sus preocupaciones tan acendradas a la vez como desabridas. Este gran pintor no aspira a la temática cubana; la creación de lo que de universal hay en lo cubano con presencia de lo distinto es lo que le importa.

En la última exposición de obras suyas que pudimos contemplar a plenitud, sus cuadros últimos eran a este respecto reveladores. Poco, y en algunos nada, había de cubano en ellos. Sin embargo, lo esencial, lo decisivo, aquello que por ser el binomio armonioso entre visión y objeto era su razón de arte, era distinto, peculiar, propio, tropical, cubano. Y sencillamente porque en ellos se cumplía, por lo menos en la mayoría de ellos, aquella norma que no es técnica pero es toda la



ARCHIVO NACIONAL

ARCHIVO NACIONAL. "Resguardo histórico y simiente de patriotismo y cultura", como se le ha llamado con razón, el Archivo Nacional, fundado en 1840 como Archivo General de Hacienda, ocupa, desde 1944, un vasto y ventilado edificio, construido ad hoc en los terrenos de la antigua fábrica colonial que durante varias décadas guardara sus riquísimos fondos. Cuba, ha dicho el distinguido investigador Roscoe R. Hill, miembro, que fué, de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, cuenta hoy "con el archivo más moderno de todos los países de Latinoamérica", bien equipado con talleres fotográficos y de laminación, con imprenta y encuadernación propias, cámara de desinfección de documentos, aparatos de microfilms, etc.

El grabado reproduce una fotografía reciente de la fachada del Archivo.

técnica, a la que sin duda alude Dewey cuando dice que "lo que cuenta es la manera cómo el objeto está relacionado".

Esta relación del objeto es, sin duda, la almendra a descascarillar en cuanto se pretende hallar el meollo, la pulpa de lo genuino. El objeto, como tal, es mostrenco. La luz lo dibuja cada minuto, el silencio lo define en cada instante. Pero el objeto está en su espacio y en su tiempo perenne y en clima de fijeza. He ahí la cuestión.

En Mariano a veces da la impresión de cuestión resuelta. (Recuérdese, por ejemplo, *Pareja acostada* o *Lectura de Orígenes*.) Parece resuelta y lo está. Lo está en función de arte y cubanía. Por el modo de relación; por el juego de relaciones entre lo vertical y lo horizontal que es —sería largo el intento de una exégesis— fundamentalmente propio, captado con pupila del trópico, con geometría de caribe euclidismo. Una relación en que al ascender la mirada halla en su punto exacto el reposo de lo horizontal para que el objeto, el tema, la evocación asuman su perenne fijeza característica y entendamos que son lo que son los demás iguales, pero distintos, únicos, en un juego de visiones que rebrillan en un complejo tropical para aquietarse en definición.

De parecido modo resuelve, con otro estilo, en otra técnica, pero siempre guardando otro postulado básico —unidad en la variedad— su criollismo tan lastrado de influjos europeos, pero tan vivo en su estridencia africanoide bautizada con agua del Almendares, el gran pintor Wilfredo Lam, últimamente tan inquieto alrededor de sí mismo. Sus últimas obras no desmerecen de su gran nombre. En ellas lo recóndito genuino, aquello que en la entraña es jadeo y respiro tanto como teorema y factura, es una raíz de cubanía, por lo menos de antillanismo que se estiliza en sabias fórmulas de pintor potente. Lo que allí hay de vital respira aire cubano y huele a misterio y enigma del alma indígena.

Para Renato o René Portocarrero, en algunos momentos —quizá uno de ellos el actual— lo cubano, aun sin alzar la voz en sus propósitos, se advierte como una presencia de preocupación. Aquellos patios y ventanales del barrio de La Víbora expuestos en ocasión, por este motivo memorable, son de ello buen testimonio. Pero si aquí parece derivarse lo genuino autóctono hacia lo temático, con peligro de incidir en lo típico adulterado con lo pintoresco, no cayó el artista en ello, sino que también, como en el caso de los dos artistas anteriores, el teorema se demuestra con la cabal relación de los objetos a través de una visión en la que el color es línea, porque la luz dibuja en Cuba. Es posible —y algunas de sus obras posteriores permiten arriesgar la su-

posición— que René Portocarrero sienta a veces en el espíritu, en comeción de impulsos o para sosiego de reflexiones, la callada pero imperativa voz de lo cubano desde que hizo el gran hallazgo, digno de su gran talento artístico, de “oír” la fuerza definidora de la luz de Cuba filtrada por los cristales de colores de los portales de La Vibora.

Desde su ayer hasta su hoy, Mario Carreño anduvo largos caminos. Estamos, yendo con él y admirándole, muy lejos ahora de aquellos inicios suyos en que había como una nostalgia de lo clásico, como una vaga pero muy fuerte tendencia a “inventar” un neo-clacisismo. Pero, no queriendo ahora (digámoslo una vez más) incidir en examen crítico, yendo al grano del trigal que nos interesa cuidar, veamos lo que en aquel inicial período tan luminoso de gracias sanas y de perfiles exactos supo avizorar de cubanía la sagacidad estimativa de un buen crítico como Guy Pérez de Cisneros: al señalar en Carreño “una delicadísima gracia cuando el pintor se topa con los juguetones temas del trópico: la fruta pulposa; el cuerpo de piel que absorbe y descompone la luz como un curiosísimo prisma, las formas repetidas, repletas, regordetas, retorcidas, sembradas de risueños hoyuelos. Encuentro inesperado y muy bien salvado por Carreño, este hallar bajo la ondulante sensualidad de lo mestizo el fino perfil de la Venus de Milo”.

En la última manera de su gran arte, siempre noble, Mario Carreño incide en el estilo que se ha llamado “abstracto”. Y bien: a simple distraída impresión mimética y rutinaria eso le desgajaría totalmente, ya no de lo nacionalista, sino de lo nacional. Pero si tal creyéramos, incurriríamos en una de tantas absurdas acusaciones con que se pretende limitar el arte abstracto sin tener en cuenta que como ya se ha dicho hasta la saciedad (Venturi, Dewey, etc.), todo arte es, en definitiva, abstracción. No; nada le invalida a Carreño para llegar a una cubanía pictórica, a una pintura indubitablemente cubana en su raíz, su actual adhesión al arte abstracto. (Como tampoco a Wilfredo Lam, que, además, parece más lógicamente imantado por el abstractismo (pásese la palabra) si recordamos, con Víctor Servanckx, que el arte abstracto es “espiritual y mágico, ritual y religioso”).

Cuando Mario Carreño se adentra en la abstracción, lo hace porque posee un derramamiento; porque para absorberse se ha derramado; para abstraerse ha comulgado en la gran emoción de lo que en torno le dicta el misterio del mundo. Y lo que en esa abstracción va más allá, más acá, por dentro desde afuera, y no es la realidad fugaz de lo temporal, sino, cabalmente, su razón de fijeza y de claridad, responde (sus últimas obras lo están diciendo a gritos y a veces con guiños pícaros de los

ojos sabios) a una manera de sentir lo abstracto que, acaso, acabe por dar al mundo pictórico un pleno arte abstracto cubano.

Esa impresión —última que nos produce el gran artista— va desde lo que cabría calificar de poemática "Salutación al Mar Caribe", por ejemplo, como la sutileza de estilización de la carreta cañera, verbigracia. Toda una concepción cíclica, por tanto, no aprendida ni formulada, pero ostensible y suasoria en la belleza de las obras.

Una última tangencial observación, a propósito de lo abstracto en arte. Nadie, cualesquiera que sean sus preferencias —y las nuestras no van desde luego hacia el abstractismo—, podrá negar que, tal como dijera el ruso Kandinsky, uno de los primeros apóstoles de ese arte, la pintura abstracta actúa o pretende actuar "sobre el interior del hombre por medio del sentido de la vista, de manera estrictamente pictórica". Subraya lo de "manera estrictamente pictórica" como poniendo en ello acento decisivo.

De todo eso pudiera quizá derivarse, en cuanto a los cuatro grandes pintores cubanos a que ahora aludimos y teniendo en cuenta esas sendas proyecciones, más o menos deliberadas y voluntarias, hacía una cubanía pictórica que se irá cuajando precisamente en esa potestad visual estrictamente pictórica. Es decir, con ausencia del dictamen tiránico del objeto. Por la visión a pesar del objeto.

En el momento actual este es el laberinto de incógnitas en que se nos pierde una genuina pintura cubana. En que se nos pierde, pero en que también va apareciendo el secreto de las orientaciones para hallar la salida.

Quizá todo esto, que hemos querido subrayar como una realidad que ha de cuajar en categoría histórica, por lo que puede entenderse en el estudio de sus raíces, vendrá a desembocar finalmente, en lo que concierne al gran problema de la pintura de Cuba, sobre el cañamazo brillante de la pintura en Cuba, en la gran fórmula resolutive y plena: unidad en la variedad. Tal como acontece con los tipos étnicos. (Más que una cuestión nacionalista, es esta, en terreno de estética, una cuestión étnica. En última instancia, para un biólogo, una cierta peculiar potestad y conformación de la pupila.)

Es, después de todo, indiscutible que en cuanto más se asegure el extraordinario auge que ya en el continente americano ha alcanzado el buen arte de los pintores cubanos, más se irá, por gravitación natural —y aparte toda polémica, ahora revivida, sobre nacionalismo en arte—, a la caracterización genuina y típica.

Los caminos han quedado señalados; tal ha sido, por lo menos, nuestro propósito en este breve bosquejo histórico.

La gran tradición que ha mantenido siempre en Cuba a buen número de artistas extranjeros, aquí radicados y casi (es otro dato histórico) naturalizados o no, casi criollos en la mayoría de los casos, ha continuado la generosa nobleza de su realidad. Muchos son los nombres que, de no ser tan estricto nuestro empeño de hoy, podríamos aquí insertar con simpatía y con elogio. Y no es escaso el influjo de que pueden satisfacerse muchos de los pintores aquí residentes sin haber aquí nacido.

Sólo a modo de alusión escueta vayan algunos entre los que en estos últimos años (sin contar los que sólo estuvieron de paso, para exposición de sus obras) más arraigo y notoriedad han adquirido: Hipólito Hidalgo de Caviedes, Fernando Tarazona, Martínez Andrés, Rosandra, el inglesito de la pintura cubana que ha entendido la "cubanía" (vale decirlo) mejor que muchos cubanos, Palko Luckas, Sandu Darié, etc., etc.

De laberinto, de pugna, de cisma se habla. Y de todo ello hemos tenido que hablar aquí, incluso reiteradamente. Por fortuna tengámoslo, y no por calamidad. En una época que es aún de formación (siempre, claro está, sin movernos del problema que se tiende en la hamaca de la pintura cubana y no en el paisaje de la pintura en Cuba), por graves que sean —y lo son muchísimo— los agrios incidentes y la desdichada incompatibilidad, de todos ellos dimana una fuerza que habrá de canalizar hacia el empeño común, de grado o por fuerza, de la integración de una cubanía pictórica que está reclamando el alma nacional. De esa confusión de hoy, discutidora y polemista, pero que se desarrolla entre un presente de buena pintura, surgirá la variedad en la unidad, que es sin duda la solución mejor.

Medio siglo de pintura no ha cuajado aun —ni acaso podía— en una pintura cubana. Pero las cosechas actuales son promisorias y doradas.

Nos interesa tanto más dejar aquí, al término de este esbozo, en pie esta afirmación para que además nos sirva de nuevo para explicar la ausencia en estas páginas de nombres muy queridos, de artistas muy admirados y a muchos de los cuales nos ha sido grato muchas veces elogiar con toda sinceridad y sin violencia alguna de nuestro sentido de la justicia. Reiteradamente hemos expuesto el concreto designio que nos ha movido y los límites que lo han contorneado. Fuera queda, en el vasto campo de nuestras simpatías y de nuestros criterios, mucho arte bello que no ha cabido en nuestra tienda histórica ni podía entrar en nuestro análisis espectral de la cubanía pictórica.

Sépase, pues, así para que, con evidente yerro no se pueda atribuir a otras causas el hecho plural de esas ausencias.

Es una afirmación válida, porque históricamente es cierta, la de que en los momentos actuales Cuba, en cuanto a pintura, disfruta de excelente reputación continental entre los primeros países americanos. Y ello se debe en gran medida a los artistas aquí nombrados, pero también, en medida grande, a muchísimos de los que aquí no comparecen y de los cuales habríamos tenido que hablar largamente con ancho elogio de haber sido más estético que histórico el análisis que hemos intentado.

Conste así, porque, en definitiva, el estado actual de la pintura en Cuba es honra y gala de la República y un brillante exponente de la cultura y la capacidad cubanas.

Y para terminar, digamos —porque también es verdad— que si hace unos años pudo advertirse con exactitud una acentuación del intimismo en la labor total y compleja, disímil y varia, de los pintores cubanos, hoy se la reconoce hincada en hondas preocupaciones de orden vital, muy viva en el dolor de su tiempo y en el afán de situar al hombre frente a sí mismo y en la verdad de su ser. En cierto modo, es la tarea noble que definió Tomás Mann cuando habló de "lo eterno humano que es el Arte".

CAPÍTULO II

EL GRABADO EN CUBA

BREVE historia y larga dificultad. Desde el inicio se tropieza con la incógnita, la carencia y el desorden. Pocos datos e incompletos; escasa documentación histórica y deficiente aportación analítica. Sin buena crítica que, orientadora en la rebusca de lo pretérito, sirva de Ariadna para encontrar la salida del oscuro laberinto.

Es preciso, por tanto, una vez asegurados en esta inseguridad, limitarnos a los tanteos y contentarnos con los escasos testimonios exactos que ha podido hallarse para el intento de un relato histórico que, por estas razones, quedará en simple información incompleta. No es circunstancia cubana; el origen del grabado, la historia de las artes del grabado y de su proceso evolutivo, no han hallado aun, a pesar de los eruditos esfuerzos de tratadistas e historiadores, la certeza y la exactitud que ha de poseer toda tarea historiográfica.

Claro es que ante todo importa no incidir en confusionismo y separar, cuando de grabado se habla, los diversos elementos que en la viciosa denominación común agrupan y definen artes distintas o, por lo menos, distintos modos exigentes de sendas técnicas diversas. Hay tres razones materiales para imponer esta clasificación, esta separación prudente y veraz: la piedra, el metal y la madera. Ello es muy de tener en cuenta al ceñir la alusión histórica concretamente a lo cubano. Porque, como ha dicho con acierto uno de los hombres más autorizados entre nosotros para decirlo, el pintor y xilógrafo Carmelo González, "existe un gran desnivel en nuestra producción gráfica entre la madera, el metal y la piedra; gran parte de ella, y posiblemente la mejor, ha sido la litográfica".

Sin aventurarnos en la imposible empresa de explorar los antecedentes primarios, los iniciales tanteos, los orígenes remotos, en un horizonte de nieblas, sólo hacia el siglo XVIII empezamos a ver surgir entre la vaguedad de lo impreciso hitos y señales y hechos y obras...

El primer nombre es el de Francisco Javier Báez, habanero y, a lo que parece, vitalicio vecino de La Habana, en donde nació el año 1748

dotado de una vocación que tempranamente se le manifestó veheméntísima. “Desde tierna edad —dice Calcagno— se le veía continuamente pintando con el lápiz, haciendo croquis y esforzándose en mirar cuantas láminas llegaban a sus manos, y bien que la falta de dirección hiciese débiles sus imitaciones, siempre servían éstas para revelar una verdad desconsoladora; que un gran pintor, tal vez el Rafael cubano, se ocultaba en el joven Báez y hubiérase descubierto a haberle tocado vivir en época más aventajada, o si hubiera podido trasladarse a cualquiera de los grandes focos de Italia.”

Bien que mal, en este largo párrafo el benemérito Calcagno expone —tentando la inserción de muchos comentarios— el caso, el drama y la historia. Y de ellos, evocados hoy, una observación de natural fluencia nos alerta el pensamiento: el primer grabador cubano (“único en Cuba de que tengamos noticia”, advierte el autor del *Diccionario Biográfico*), por frustración de sus vocaciones de pintor, dió en cultivar el grabado, mientras que hoy, pintores cubanos ya muy dueños y maestros de su arte, por serlo y a plena conciencia, se consagran a la xilografía, reputándola como una de las más bellas, más ricas de las artes bellas.

Quizá, faltos de una historia del grabado en Cuba e imposibilitados de suplir tal carencia, en esa sola moraleja, en esa inversión de circunstancias a que acabamos de referirnos, podemos hallar, en latencia y potencia, esa historia viva.

Aplicóse, pues, Báez a su arte, y es fama que se bastó para servir todas las necesidades y demandas del mercado. La Habana tenía su grabador y no había menester aportaciones foráneas. Por ejemplo: el sello de la Sociedad Económica de Amigos del País fué grabado por Báez. Y también, en cantidad que no ha podido fijarse y en calidades de esmero y primor, láminas de santos, escudos de armas y emblemas heráldicos, viñetas, etc.

Está tenido por cierto que este primer grabador cubano trabajó la madera, el plomo, el cobre al buril y el aguafuerte.

Por referencias del ya citado Calcagno se tienen noticias de sus obras mejores: “una lámina que contenía un retrato alegórico de Carlos IV, otra con Fernando VII y Jorge III de Inglaterra, también con adornos alegóricos y atributos de la época”. Báez ilustró además la obra que con nomenclatura y relación de la ictiología cubana escribió el portugués Antonio de la Parra y que Carmelo González supone que eran ilustraciones grabadas sobre madera. (Es decir, xilografías.)

Francisco Javier Báez murió octogenario en La Habana el 28 de julio de 1828. Aunque Calcagno afirma que dejó tres discípulos y que

uno de ellos, de no haber muerto prematuramente, le habría igualado, cierto es que nada se sabe de esos grabadores ni de ningún otro en Cuba hasta mediados del siglo pasado.

Por entonces se ejercitó también en el grabado un artista: Veza, que, a atenernos a lo que se ha podido saber, no sólo empleó la piedra y el metal, sino que, como Báez y compartiendo con él esa exclusividad, hasta muy recientes tiempos, utilizó la madera.

En la cronología histórica sucédele un período muy abundoso en la aportación de artistas extranjeros. Como en las demás artes, por ley de circunstancias cuya presencia es realidad de evolución cubana, en la o en las del grabado, de una parte, las propias necesidades y apertencias de la población de La Habana, y de otra, las posibilidades vislumbradas por artistas de muy distintos países en el señuelo ubérrimo de las Américas ubérrimas, originaron una inmigración que al cultivar en estas tierras las artes bellas y las industriales, produjeron bienes y daños, tendencias y vocaciones. No incumbe a nuestro concreto menester de ahora analizar, con inserción en lo crítico, realidades y consecuencias. Únicamente advertir que, aparte los discípulos y aficionados y adláteres que pudiesen hallar o hallaren los grabadores cuyos nombres recoge el testimonio histórico entre los cubanos, lo cierto es que todos ellos son extranjeros, quebrándose así por vez primera, en lo estrictamente cubano, una veta de cultivo que, al cabo, había de restaurarse, aunque muchos años después, como veremos.

Este período al que ahora aludimos con grabados en Cuba y sin grabadores cubanos, se fija no obstante en la Historia a virtud de una onomástica miscelánea, que sería tanto más injusto olvidar o silenciar cuanto que, decididamente, produjo, sobre todo en la litografía, en el grabado sobre metal, obras estimabilísimas y que han significado para el proceso histórico del arte en Cuba una etapa de cierta caracterización en la que por imperativo de las realidades concurrentes, extranjeros o no los artistas, lo cubano —si no en sentido, en imagen; si no en esencia, en figura— grabado fué para perpetuidad, lección y estímulo.

Dice bien Martha de Castro cuando afirma que, en lo que atañe a ese grupo de grabadores registrados en los períodos iniciales de la pintura colonial, puede considerarse que “de ellos ha quedado una serie de grabados que constituyen un capítulo del costumbrismo cubano, documento vivo de toda una época”. Esta condición reviste de mucho interés esa aportación de los grabadores de un período que abarca desde principios del siglo XVII a mediados del XIX.

Algunos coleccionistas poseen hoy muestras muy valiosas de bellas litografías que aseguran de certeza la observación de un costumbrismo

—más pintoresco que genuino— y de un paisaje cubano —captado con mirada deleitada más que con visión penetrativa— que legaron en sus obras esos artistas.

No puede olvidarse el hecho de que, de todos modos, en su gran mayoría y en el mejor de los casos, artísticamente hablando, esas obras fueron producidas bajo la coaccionante obediencia a demandas muy concretas y específicas y para usos muy determinadamente mercantiles o industriales. Litografías para las cajetillas de cigarros, vistas panorámicas de los ingenios, marcas de tabaco, cromo para los estuches tabaqueros, etc. Todo ello, ya no sólo, en ocasiones, con alegorías más o menos fáciles y más o menos brillantes, sino, en muchísimas otras, con reproducción lo más exacta posible de realidades contundentes y presentes.

Pero todo eso, en el fondo, ¿no era ya, en incipencia, todo lo inconsciente que se quiera, un latido de lo raigalmente cubano, aunque no sentido quizá ni expresado por los artistas en las sendas obras, vivo en ellas para la conciencia de quienes pudiesen, si no oír el tácito reclamo, escuchar las voces audibles?

Tengamos en cuenta además que no sólo en esa dirección se encauzaron los artistas grabadores, en el vario ejercicio de su arte. De aquellos tiempos son también algunas colecciones —acaso fueron muchas más de las que conocemos o sabemos— de láminas y grabados, de donosa intención, de pinturas con designio, de satirizante propósito que agrupaban, por ejemplo, una *Galería de voluntarios españoles* o escenas de la *Vida de la Mulata* o el humor plural de un *Almanaque profético para el año 1866*. Todas ellas, cualesquiera fuesen sus móviles e intenciones, ricas en la virtud testimonial del costumbrismo a cuya gracia deben su ingreso en lo histórico como documentación muy apreciable.

Esto aparte, debe anotarse todavía la publicación de libros como el ya aludido *Peces y crustáceos de la Isla de Cuba*, de Antonio de la Parra, ilustrados con moroso primor amoroso por grabadores cuyo esmero no correspondió siempre a su buen deseo. Citemos, como ejemplos: *Los Ingenios de Cuba* y *Album Pintoresco de la Isla de Cuba*.

Con todo ello creemos puede advertirse, junto a la extranjería de los artistas, la imperativa, aunque tácita exigencia de lo cubano, siquiera fuese captado o reproducido, exaltado o satirizado con espíritu ajeno, con sentido desarraigado de la genuinidad.

Y para mejor esclarecimiento y más útil noticia conviene fijar un momento la atención, deteniéndonos en algunos hitos alzados por una onomástica de indiscutible brillo, en lo que ofrece ese capítulo histórico en cuanto a sucesión de valores indiscutibles.

Agitemos, pues, laureles en memoria de Eduardo Laplante. Hemos aludido de modo implícito a él al citar el libro de *Los Ingenios de Cuba* (1858), cuyos 38 grabados buriló con acierto y primor tan notables que ha podido decirse con toda justicia que son los más perfectos (en cobre) que se produjeron en la Cuba colonial.

Y citemos además a:

Hipólito Gorneray (1783-1858), a quien se debe una muy curiosa colección de estampas habaneras. La Habana de su tiempo —calles, plazas, mercados y rincones— está en ellas captada con cierta indudable delectación que se somete voluntaria a los rigores de la exactitud.

Leonardo Barañano, de quien han llegado hasta nosotros bellas litografías de aspectos y paisajes de diversas ciudades y lugares distintos de la Isla (1856): el valle de Yumurí, Santiago de Cuba, Puerto Príncipe, etc.

Federico Mialhe, indiscutiblemente, aunque francés, muy inserto en lo cubano por más de un motivo cubanísimo. Pintor, grabador, profesor. En su triple dedicación, destacado en aciertos, rico en enseñanzas, audaz en iniciativas. Las primeras décadas del xix le vieron en La Habana muy activo en su arte y en sus artesanías. Aunque pintor al modo clásico y académico (fué Director de la Escuela de San Alejandro), es necesario recordar aquí que con vocación más o menos decidida, pero con noble e inteligente sentido y loable criterio preocupóse del grabado y se ejercitó en este bello oficio.

No sólo fué grabador, sino que de diversos modos propulsó el cultivo de la litografía en Cuba. A este propósito, léase lo que de él dice Calcagno en la breve alusión biográfica que le dedica: "en 1841 importó una máquina para sacar paisajes". Indudablemente "sacó" paisajes. Indiscutiblemente paisajes cubanos, como que sirvieron para ilustrar la obra *Isla de Cuba pintoresca* con sendas alusiones gráficas a Matanzas, Regla, La Habana, San Diego de los Baños, etc. Hombre diserto y de pulidas maneras hubo amistad con los mejores talentos de su época y es de toda justicia destacar su nombre cuando se intenta siquiera someramente repasar la historia del grabado en Cuba.

Pudiera incluso, sin demasiado riesgo, considerársele como un adelantado en la aplicación del arte al costumbrismo. Creó algunos tipos y reprodujo algunas escenas populares con cierto brío, aunque no con demasiada genuina cubanería.

Aunque no fué el de grabador su mejor título ni la litografía su más acertada actividad, es imposible no recordar al habanero Camilo Cujas (según otros, Francisco Camilo Cuyás), hombre de muchas inquietudes espirituales, de mucha ardidez de actividades artísticas y cien-

tíficas. Abogado, astrónomo, dibujante, grabador. Por dos veces, aunque interinamente, Director de San Alejandro; miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País; periodista y cultivador de las ciencias exactas. Fundó el periódico *Boletín de Artes* y colaboró en algunos otros, como redactor en los *Anales* y como dibujante en *El Colibrí* y en *El Prisma*.

Hipólito Garneray, ya citado, es, para muchos, la más destacante figura. Como pintor, como hombre de aventura, cosmopolita en inquietudes y gustos, viajero infatigable, no nos incumbe biografiarle aquí. Nacido en París en 1783, sus grabados con vistas de La Habana se dan como realizados en 1807. No obstante, sus biógrafos, al referirse a la pena que hubo de sufrir en presidio en Francia, aseguran que permaneció preso desde 1806 a 1814. Por otra parte no consta, por lo menos, con certeza, cuándo estuvo en Cuba. No nos atreveríamos, por tanto, a fijar las circunstancias en que fueron realizados esos grabados habaneros de Garneray. Ciertamente son bellísimos y eso basta.

Todos estos grabadores, y algunos otros de menor relieve que por escasez de datos o carencia de testimonios no traemos a recuerdo, no pueden ahora, no podrán ser nunca, aun sin olvido de sus méritos, de sus aciertos y de sus logros, antes al contrario, reconociéndolos muy elogiadamente, ser considerados en una especial y crítica historia de las artes gráficas en Cuba, de las bellas artes o simplemente del grabado como precursores, en el sentido de genuinidad cubana. Todos ellos, aun los que se aplicaron con fervor a una temática cubana, a un costumbrismo realista, no pasaron de eso; no lograron penetrar la entraña de lo cubano y mucho menos dieron al grabado una modalidad, una técnica, un sentido que pudiesen acreditarlo de cubana. Se inspiraron en los grabadores franceses del siglo anterior, sin aportar lo que la realidad circundante, la viva presencia de lo distinto vanamente les estaba gritando. No dejaron escuela ni tradición. Quizá esto ayuda a comprender por qué el grabado en Cuba careció prestamente de este inicial vigor.

Porque, efectivamente, hay que registrar después una larga laguna. Durante mucho tiempo, medio siglo aproximadamente, el cultivo del grabado, en cualesquiera de sus manifestaciones, se hace esporádico en Cuba. Los grabadores propiamente dicho no existen. Algunos pintores sienten a veces veleidades litográficas y se aplican al arte supremo del blanco y negro, como ha sido llamado. Claro es que el mérito de su buen deseo se acrece considerando que, como hemos dicho, se hallaron sin tradición a que acogerse y a la que servir o mejorar. Por otra parte, por ese conjunto de circunstancias, tampoco les eran propicios los

imponderables con que ha de contarse sin poder contarlos. Pero lo cierto es que en el cultivo del grabado y sus artes se abrió en Cuba un largo paréntesis que no pudieron nutrir de continuidad y de escuela, de sentido y de valor, algunos notables artistas del pincel, del buril y del lápiz a que vamos a referirnos.

Como en tantos otros aspectos, en éste, al poner pie en los predios del arte moderno en Cuba hay que saludar de entrada a ese inquieto artista y hombre reposadísimo que se llama Eduardo Abela. Muchas demandas íntimas, muchas inquietudes espirituales podrían sin duda traerse a cuento al indagar la razón por la que Eduardo Abela ha cultivado, alguna vez, las artes del grabado. Pero, en realidad, suponemos que todas se habrían de resumir y aglutinar en una sola: técnica. Porque Abela, a través de todas sus mudanzas, actitudes y aventuras, es un domador de la técnica. Con gran inteligencia se aplicó siempre a conocerle todos los secretos. Y ahora es un gran maestro de la pintura.

A este propósito, y para definir bien el caso, nos parece oportunísimo traer aquí estas palabras de Rafael Suárez Solís, clarividentes y precisas en la donosa gracia de su estilo:

"Sabio como técnico, Abela está pintando ahora como si estuviera descubriendo el arte de pintar. Pone en la tarea toda la paciencia y la cachaza que se expresan en las otras épocas primitivas." Es decir —queremos entender nosotros—, está pintando como si grabase.

Otros nombres que han de citarse entre los de artistas no específicamente grabadores y que, sin embargo, durante la larga ausencia del grabado en Cuba, han tenido para este arte acción de amor y amor de conocimiento, son entre otros: Domingo Ravenet, Manuel Vega, Ramón Loy, Atilano Armenteros,

Justo parece, hecha ya esta enumeración, destacar a algunos otros que sin duda alguna merecen sendos párrafos aparte.

En primer lugar el maestro pintor Mariano Miguel, que desde su cátedra de la Escuela de San Alejandro, servida con asiduidad y competencia ejemplares, ha dado a la enseñanza que le incumbe un gran fervor y ha propulsado el gran incremento que ahora se registra con general regocijo en los sectores artísticos mejor orientados del país. Cuenta además con una labor personal muy digna de mención elogiosa y que le hace acreedor a la distinción que le otorgó hace poco la reciente Asociación de Grabadores de Cuba nombrándole su Presidente de Honor.

En lugar de honor muy destacado, Enrique Caravia, profesor también actualmente de la Escuela de San Alejandro. Desde hace años, con constante atención y labor muy sostenida, Enrique Caravia, muy dueño de todas las técnicas pictóricas, cultiva el aguafuerte y el grabado

con muy notable acierto. Ahora, además, sirviéndose de su maestría para orientación ajena y para en algunos momentos de su arte vario afirmar genuinas afirmaciones cubanas.

“¿Sus aguafuertes? —pregunta Eduardo Avilés Ramírez, y contesta—: Magníficas. Llenas de verdad objetiva, naturalmente, pero también vibrantes de equilibrio, de gracia, de armonías interiores.”

Después de Enrique Caravia, presidente de honor también, a justo título, de la Asociación de Grabadores de Cuba, citaremos a Andrés Nogueira, calcógrafo; Domingo Ravenet, pintor; Jorge Rigol, pintor y xilógrafo; Roberto Diago. Y pocos más podrían añadirse, no siendo algunos de los que han de ser aludidos en seguida al registrar el impresionante resurgimiento de la xilografía en Cuba.

Digamos antes de referirnos a ese feliz acontecimiento que durante los últimos cincuenta años lo que, en grabado, se registra en Cuba es casi exclusivamente en metal, cobre y zinc con preferencia. La madera, a pesar de la incalculable variedad de ricos materiales que ofrece la Isla, y, en otro orden de asombro, a pesar de lo que el grabado en madera o xilografía se presta con belleza y menor costo a la ilustración bibliógrafa, no ha sido trabajada por los artistas grabadores, como lo está ya ahora y lo ha estado, por otra parte, desde hace unos años por los escultores.

Ya lo que sigue no es propiamente historia, sino noticia. No relato, sino información; no análisis, sino reseña. Demasiado cercano, carece de perspectiva; demasiado reciente, no tiene lugar hecho. Es un inicio, aunque mucho haya también de restauración. Es un comenzar que termina una etapa de vacío; un amanecer en la pradera de la soledad y a cuya gracia nueva se va poblando el valle. No haremos, por tanto, ni siquiera del modo somero que hemos empleado hasta aquí, referencia analítica o, por lo menos, calificativa. Hemos de limitarnos, como quería el autor ilustre de *La Cartuja de Parma*, a medir, contar y narrar.

Nos parece, sin embargo, inexcusable, porque es demanda de la justicia, al encararnos con el hecho nuevo del triunfo de la xilografía en Cuba, destacar la principalísima parte que en él ha tenido el pintor Carmelo González, gran xilógrafo que, desde su regreso de los Estados Unidos, donde aprendió y practicó con felicísimos resultados todas las técnicas gráficas, se aplicó con denuedo estético, con brío polémico, con fervor místico, con humor graso, con sereno orgullo y larga paciencia, a restablecer en Cuba el arte del grabado que, sin duda, es entre todos uno de los llamados a mayor porvenir.

Carmelo González merece indudablemente, sin disputa, el lugar de honor en este capítulo de la historia del arte en Cuba. A él, a su en-

tusiasmo, a su pericia artística y... de la otra; a su incansable afán, a sus dotes de organizador y a su fervor de artista puro, ha respondido un grupo de cultivadores del grabado en madera que en poco más de dos años ha logrado ya poner muy alto el nombre de Cuba.

El caso es que, a las gestiones, iniciativas, prédicas y excitaciones de Carmelo González, respondió con acogimiento inteligente la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, entonces en manos del doctor Raúl Roa, siendo Ministro el Dr. Aureliano Sánchez Arango, y en los primeros días del año 1949 se abrió al interés y curiosidad del público habanero, en el Parque Central de la ciudad, un Salón de Xilografía, exposición de un positivo y muy vivo interés, cuyas obras produjeron admiración y respeto. Se pudieron apreciar de inmediato dos principales y señeras categorías estéticas o, si se prefiere, dos cardinales orientaciones motrices: libertad de creación, genuinidad de técnica. Estos dos básicos valores organizaban en concierto de expresiones una fórmula que no había menester mejor explicación que las propias obras.

Tuvo todo ello, a virtud de esas presencias indudables, relieves de revelación. Y el buen suceso fué la aprobación con que se sancionaba el esfuerzo estimabilísimo, la bella obra de aquel grupo de artistas independientes cuyos nombres no pueden ser silenciados: Carmelo González, Israel Córdova, Armando Posse, Ana R. González, Armando Fernández, José López, Eugenio Rodríguez, Angel Martí, Luis Peñalver, Rolando Santana y Holbein López.

De lo allí expuesto, xilografías magníficas todas ellas, de la variedad de linóleos, calcografías, etc., se hizo, bajo los auspicios de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, *Xilografías Cubanas*, un libro que, en la pulcritud de su esmero en sencillez pulido, honra a Cuba.

Esta primera exposición xilográfica (se han hecho otras) fué después exhibida en algunas ciudades del interior de la Isla: Matanzas, Santa Clara, Sancti Spíritus, Camagüey, y en todas ellas mereció la favorable sanción popular.

Con legítima satisfacción pudo afirmar después la Asociación de Grabadores de Cuba que "el hecho de haber logrado que un grupo de artistas realice lo que hasta ahora no había existido en Cuba, prueba que el objetivo final será logrado, o sea, que el grabado tenga la importancia merecida como ilustración y ornamento del libro, y difundirlo de manera tal que esté representado en todas las exposiciones que se celebren en Cuba". (Posteriormente se ha dispuesto que en las Exposiciones Nacionales organizadas bajo el auspicio oficial haya, efectivamente, una sección destinada al grabado.)

El buen éxito así obtenido, si halagó el noble espíritu de los artistas, estimuló su afán creador y constructivo. Nació así la Asociación de Grabadores de Cuba que organizó la Exposición de Xilografías del año 1950 con resultados sobremedida satisfactorios.

Entre los más firmes e importantes propósitos de esta Asociación figura el del montaje de un gran taller, a modo "de cabeza de playa de un futuro despliegue". Por lo demás, los postulados de esta entidad, que ha unido en perfecta armonía a un considerable número de artistas, han sido expuestos en una breve declaración cuyos son los párrafos siguientes:

"No nos arrogamos derechos que no nos pertenezcan, no nos auto-limitamos ni limitamos a nadie, pero sí creemos que hemos discernido con clara pupila lo que nos pertenece y de lo que somos capaces, sin más pretensiones que nuestro propio esfuerzo... No nos atenemos a tendencia o escuela en particular; el oficio, el dominio de la técnica, la expresión personal pura y libre es determinante de nuestra obra."

Y hasta aquí lo que, en síntesis muy ceñida, puede ser haz de datos útiles para una futura historia del grabado en Cuba. Pero, ya fuera de lo meramente histórico, como estamos ya, cabe añadir, es obligatorio añadir lo que en adecuada terminología actualista y noticiara llamaríamos última hora. Aparece un astro nuevo. He aquí a un joven pintor tan maravillosamente pintor como escandalosamente joven. Rolando López Dirube, nacido en La Habana el 14 de agosto de 1928. Y he aquí que a los 23 años ha sido en lo que a pintura y a grabado, a todas las artes pictóricas y gráficas se refiere, un suceso; todo un capítulo aparte. El historial de este joven gran artista cubano es de una brillantez que asombra; pero que se justifica por la obra que lleva ya realizada.

No nos incumbe aquí tratar extensamente de lo que en pintura es y vale López Dirube. Tampoco es pertinente detallar con prolijidad su "curriculum vitae" que abunda en logros honrosos. Baste saber, porque es lo más acreditativo de excelencias, que ha sido becado por el Instituto Cubano-Norteamericano de Cultura; obtuvo trece becas consecutivas del *Museum Art School* de Brooklyn; ha sido becario en el taller de artes gráficas de Gabor Peterdi, en Nueva York, y actualmente en España disfruta otra beca del Instituto de Cultura Hispánica. Ha expuesto en Nueva York, Minnessota, Florida, California, Madrid y La Habana. Ha conseguido medallas de oro y premio de honor en la Primera Exposición de Pintura y Grabado Latino-Americana en La Florida y Premio de Líneas Aéreas Iberia en la Primera Bienal Hispano-Americana de Arte.

Pues bien: este Rolando López Dirube, encerrado en el silencio de su sordera, llama ardiente en el fervor del arte, es un gran xilógrafo que por un secreto y personal procedimiento, por una técnica por él creada, y con materiales y útiles que también él mismo crea y fabrica, realiza xilografías en color sobre maderas de toda dureza y belleza; dagame, pino, cedro, sabicú, ocuje, etc.

Sus recientes grandes triunfos dan idea del extraordinario interés que ha despertado, lo mismo como pintor que como grabador, y son para Cuba, en la presencia de su generación artística más joven, un nuevo valioso exponente con que mantener en el mundo su categoría artística.

CAPÍTULO III

LA ESCULTURA EN CUBA

HACE ya algunos años, que no han contado sin embargo para la juventud de su espíritu, el eminente profesor Dr. Luis de Soto, al iniciar una conferencia sobre la escultura en Cuba leída en la Asociación de Pintores y Escultores, decía estas palabras:

"Por estudio de la escultura en Cuba pudieran entenderse dos aspectos: uno, referente a las obras de estatuaría en sus múltiples fases, de la decorativa a la monumental, que existen en nuestro país, sin distinciones de nacionalidad u origen del artista que las ejecutó; el otro, relativo a la producción escultórica realizada por autores cubanos en el suelo natal o en tierra extraña. Y es el segundo aspecto señalado el que yo me propongo ofrecer esta noche a vuestra amable consideración."

Este mismo criterio se va a emplear aquí, no sólo por razones obvias en este caso, sino además porque, en oposición a lo que acontece con la pintura, la influencia de los artistas extranjeros, más difusa y menos ostensible porque en ellos mismos no había demasiada ni voluntaria diferenciación, se pudo, en todo caso, ejercer sólo de un modo indirecto, no abundando tanto, ni mucho menos, no sólo las obras, sino los escultores que aquí vivieron durante un tiempo suficiente para que su permanencia pudiese trascender a planos de ordenamientos artísticos.

Se prescinde aquí, por consiguiente, de ociosas reiteraciones relativas a la escasez, casi carencia absoluta de antecedentes conocidos y válidos y de todo aquello que de un modo concreto no entre en el marco que con la adopción del mismo criterio de Luis de Soto hemos dado al cuadro que vamos a contemplar.

Pero aun así, como lo histórico no puede ser desarraigado de su origen ni desgajado de su árbol, ni separado de sus circunstancias, preciso será, con toda la concisión que nos hemos propuesto, un bojeo por la oceanografía de los antecedentes, de los orígenes, de los primeros intentos, de las remotas aventuras. En una palabra: una incursión, siquiera leve y fugaz, en lo que, a los efectos del plan que acabamos de iniciar, podríamos entender como la prehistoria de la escultura en Cuba.

Se halla en litigio entre eruditos y arqueólogos cuál sea en definitiva la primera escultura, en el orden del tiempo, que puede señalarse en Cuba, aunque más concretamente —y creemos que sin riesgo de error— se habla, en tal debate de La Habana. Sin terciar en la contienda cuya peripecia importa relativamente a este empeño nuestro de hoy, nos atenderemos a lo más asegurado de verosimilitud y hasta hoy más asistido de probanza.

En consecuencia, no sin aludir al retraso con que, en relación con la arquitectura y la pintura, surge el arte escultórico en este país, señalaremos como la más venerable presencia una que, en fin de cuentas, es sólo escultura rudimentariamente, sucintamente. Nos referimos a una lápida que por gracia de esta circunstancia no es funeral, aunque nació siendo funeraria.

Nos referimos a la que todavía puede verse en el Ayuntamiento de La Habana incrustada en uno de los muros del gran patio central, en el lugar donde se dice pereció de un arcabuzazo recibido mientras oraba en el templo la señora María de Cepero, a cuya pía memoria, en recordación y tributo, estuvo consagrada. Ante el anonimato con que se escamotea el conocimiento exacto del autor, se ha conjeturado diversamente. Se supone por los más, que puede tratarse de un platero que llegase con los primeros colonizadores, pues la lápida, muy finamente trabajada, parece de influjo renacentista en días del siglo xvii.

Si pasamos muy de prisa, sólo nombrándolos, ante la columna conmemorativa (1754) de una primera misa que algunos historiadores afirman que no se dijo,alzada junto al Templete, en la hoy Plaza del Ayuntamiento, en el lugar donde otros afirman que se dijo; el monumento al Obispo Apolinar Serrano, obra realizada en Florencia por Pietro Costa (1778); por la Giraldilla famosa, que es veleta y gala, gracia y primor de castillo y levedad de fuerza, construída, según Eugenio Sánchez de Fuentes, por Jerónimo Martín Pinzón, podemos ya entrar en el siglo xix. A extramuros, sin embargo, de lo cubano propiamente dicho. Avanzamos por una ideal galería de monumentos. De obras escultóricas que propiamente —y no como la ya aludida consagrada a la memoria del Obispo Apolinar— pueden ser consideradas como verdaderos monumentos; por las dimensiones, la traza y la intención. La lista es breve pero inomisible.

Año 1803. Estatua de Carlos III en el paseo de su nombre, antes Tacón. Sin disputa, una de las más bellas de que puede envanecerse la capital de Cuba. Una elegancia de pergeño neoclásico la ennoblece y aun hoy, tan maltratada de incuria y por el agravio del tiempo, luce

bella, recortada en la luz la seguridad de sus perfiles. Obra de Cosme Velázquez, director a la sazón de la Academia de Bellas Artes de Cádiz.

Año 1834. El escultor español José Alvarez Pereira comenzó el monumento a Fernando VII, si funesto rey para España, beneficioso para Cuba. Muerto el escultor antes de ver concluida su obra, la terminó su compatriota Antonio Solá. (No creemos se trate del famoso escultor del mismo nombre muerto en Roma, donde vivió casi permanentemente, en 1861.)

Año 1857. En la plaza de Isabel II, frente al teatro Tacón y sustituyendo a un busto que de esa reina se había allí quitado el año 1840, se colocó la estatua —hoy en el Museo de Cárdenas— que la reproduce en mármol. Es obra del escultor francés Philippe Carbeille, que residió en Cuba durante algunos años y a quien se deben también algunos de los bustos que hoy pueden verse en los jardines de la Universidad: Luz y Caballero, Varela y Bachiller y Morales, y cuyo primitivo destino había sido el Aula Magna, a la que, ignoramos por qué motivos, se les privó el acceso, según parece.

Año 1860. En ese año fué adquirida al escultor italiano J. Cucchiri la estatua de Cristóbal Colón que decora el patio del palacio municipal habanero.

El Descubridor cuenta con otro tributo escultórico en La Habana. Lo conserva la Sociedad Económica de Amigos del País y es obra del muy famoso y gran escultor catalán Venancio Vallmitjana (1828-1919), aunque es posible que en la obra trabajara también, como en tantas otras ocasiones, su hermano Agapito.

Nos quedan aun por mencionar, para silenciar cualquier escrúpulo historiógrafo, dos monumentos.

En primer lugar, el erigido en 1890 por suscripción popular a la memoria de los estudiantes fusilados en 1871. Fué obra de un escultor, entonces estudiante en Roma, del que luego hemos de hablar con alguna extensión. Su designación fué objeto de censuras y su tarea de duros comentarios. A este respecto, en su monografía, muy documentada, sobre *Arte cubano colonial* escribe Martha de Castro: "... la obra en que se pretendió exponer un momento de intenso dramatismo y dolor en que vivió Cuba en sus días coloniales por el asesinato de ocho jóvenes inocentes, resultó una obra fría y falta de espíritu, a más de una factura mediocre. Fué criticado igualmente su emplazamiento en el Cementerio de Colón, en vez de en una de nuestras principales avenidas para recuerdo imborrable. Un hecho como este, que conmovió tan profundamente a la sociedad, se prestaba para haber realizado un monumento romántico, pero esto no quedó más que en el tema: "la con-

ciencia pública, a través del tiempo, justifica la inocencia". El monumento lo constituye una columna truncada cubierta de un manto fúnebre, con estatuas que representan la Conciencia Pública, la Justicia y la Inocencia".

Finalmente, contemplemos el monumento que en el mismo cementerio fué erigido (1897) en honra y en devoción a la memoria de un grupo de bomberos, muertos en el cumplimiento de su deber el 17 de mayo de 1897 (el incendio de Isasi), obra de Agustín Querol, ya por entonces famoso, y de Julio Martínez Zapata.

Henos, pues, ya en la frontera de la historia. Lo prehistórico—según el concepto con que lo hemos empleado—se ha adentrado, como se ve, muy en nuestro tiempo. Pero sólo pasada la mitad del siglo XIX, nos hallamos plenamente en el período cubano, con escultura propiamente cubana, realizada por cubanos. Al primero de todos lo hemos aludido ya sin nombrarle; es José Vilalta de Saavedra, el joven estudiante becado en Roma a quien se encargó la ejecución del monumento a los estudiantes fusilados.

José Vilalta de Saavedra nació en La Habana por los años de 1863-1865. Sin duda las vicisitudes bélicas que durante sus primeros años agitaron la vida cubana fueron causa de que sus primeros estudios los hiciera en Canarias, bajo la dirección de un tal Pellicer, de quien nosotros no tenemos ninguna otra noticia. Se sabe que años más tarde Vilalta estudiaba en Cienfuegos, donde logró interesar a su maestro el escultor Miguel Valls hasta el punto de mover su munificencia con el generoso gesto de posibilitar los estudios en Italia de su joven discípulo, costeándolos de su peculio. Fué especialmente en Florencia donde Vilalta perfeccionó sus conocimientos. Porque, en general y con plena justicia, creemos que eso fué exclusivamente lo que hizo: mejorar conocimientos que una vez poseídos le hicieron dueño del oficio sin procurar el aliento necesario para elevarlo a categoría de gran arte.

Fué, desde luego, alumno distinguido de la Real Academia de Bellas Artes, de Carrara. Antes de verle de nuevo en Cuba, recordemos obras suyas que en Italia dejaron testimonio de sus dotes y de su facultad siempre en proyección hacia lo monumental, que fué su gusto más señalado.

En Cuba son aun numerosas las obras de Vilalta que atestiguan su destreza y dentro del clima de su época certifican un notable esfuerzo no desdeñable, siquiera después en Cuba la escultura, hoy en tanta lozanía de vigor maestro, anduviese por otros senderos desentendiéndose

—no siempre sin haberlos entendido primero hasta lo más sustantivo— de los géneros académicos en boga y los criterios europeos triunfantes.

Entre las obras de Vilalta que todavía hoy puede contemplar el transeúnte habanero están las siguientes: la estatua de Martí, en el Parque Central; la de Albear en el parquecito de su nombre; el grupo que remata la entrada principal del Cementerio de Colón y los relieves exornativos de la misma con alegorías de la resurrección de Lázaro y la Crucifixión.

Aunque fué el monumental el estilo que más tentó sus apetencias y ocupó sus horas laboriosas, también se ejercitó Vilalta en otras modalidades escultóricas donde algunas veces señoreó ciertas gracias de factura. A este propósito, Luis de Soto, en la conferencia ya aludida, se detuvo a considerar una obra de Vilalta, un busto en bronce, *El Matón*, que se conserva en el Museo Nacional. Y hace de él esta bella y bizarra descripción: "Representa un hombre tocado de chambergo que enriquece la luenga pluma sujeta al frente por una gruesa perla. Sobre el cuello de rizados encajes emerge la faz altanera, bajo cuya frente surcada de arrugas cae su mirada altiva y desdeñosa. Los retorcidos bigotes, las enarcadas cejas, los labios fruncidos, dan singular expresión a este rostro cuyas facciones, muy acentuadas, revelan cansancio, hastío y altivez". Le estamos viendo. Casi no podemos reprimir el intento de parangonarlo con algunos dibujos de Fortuny.

En honor a la escultura, detengámonos ahora un momento frente al muro de la Historia y, escultores también, abramos hornacina y situemos, para el culto público, un nombre de inestimable mérito en la evolución de las artes plásticas en Cuba. Hemos aludido a Miguel Melero.

Su influjo en la pintura y en su enseñanza, como debe hacerse constar en este capítulo monográfico, fué extraordinario; bastará recordar que durante treinta años, con un sentido renovador muy notable y un criterio estético de la mejor ley, dirigió —primer cubano que tuvo acceso al cargo— la Escuela de Bellas Artes de San Alejandro.

Nos corresponde aquí aludirle sólo como escultor, tan favorecido de dotes y rico en aciertos como lo fué en la pintura. Entre sus obras escultóricas recordaremos, pues, en primer término el monumento a Colón en la ciudad de Matanzas, los bustos de Echegaray y Zorrilla que esculpiera para el teatro de La Caridad, de Santa Clara; la estatua para la tumba de Cortina, reproduciendo la erguida figura del orador sobre el silencio de su tumba en el cementerio habanero.

Pero sin duda el mejor testimonio del valor de Melero en el arte escultórico es la estatua de Santo Tomás de Aquino, de modelado muy puro y perfecto, verdaderamente bella y, según el profesor Soto, "la única de carácter religioso hecha por el autor".

Contrariamente, su hijo Aurelio Melero, de una inquietud de espíritu rica en nobleza, de una avidez abundante en pesquisas, como escultor; fué también pintor, fundidor, profesor, cultivó todos los estilos y se sintió dominador de todas las tentaciones. Vario y misceláneo es el catálogo de su producción: retratos, temas sacros, paganos, realistas; una apetencia de pluralidad que excitaba su fiebre creadora. Y esto aparte, en la intimidad de sus soledades, cuando el artista aviva e incita el dictamen de su conciencia, el deseo imperativo, el consiguiente intento de expresarse a sí mismo, de plasmar su mensaje, de entregar el íntimo misterio del alma a la disputa de los hombres. Ahí está, en probanza, su *Sugestión*, pregunta que a la vez es ya adelantada respuesta.

Fué también este Melero, sino el primero, uno de los que más pronto se ejercitó en esculpir para la posteridad bustos de próceres cubanos, en que luego se ha mostrado tan variamente pródiga la escultura cubana. Así, por ejemplo, *Máximo Gómez*, *Felipe Poey*, *Martí*.

A citar también entre sus obras el *Dante*, *El pilluelo*, *Cristo*, *El sátiro*, etc.

Como para asegurar con mayor fragancia de laurel su nombre de patriarca de las artes cubanas, Miguel Melero, a quien nos hemos referido antes, padre de este Aurelio Melero de quien acabamos de hablar, lo fué también de Miguel Angel Melero, infaustamente arrancado a la vida en plena primavera de su edad. (Murió en París a los 22 años.) Lo poco que de él como escultor ha quedado como promesa trunca no permite que la crítica sustituya a la lamentación por su malogramiento.

El gran influjo, la enorme labor, la inmejorable enseñanza de Miguel Melero dejó hondo surco abierto. La Academia Villate testimonia suficientemente esta realidad venturosa, y que por algunos años dió frutos muy asegurados de promesas que la vida no dejó madurar y en otras ocasiones cuajaron en la obra de artistas que con sus esfuerzos añadieron nuevos avances. Podemos entre ellos citar, en obediencia al buen celo histórico, a Ramiro Ortiz, Ramón Fernández Balcorva, José Antonio Díaz.

Hasta entonces, no obstante, sin que esto pueda sospecharse de subestimación —puesto que hemos de tener en cuenta el ambiente y la realidad circundantes—, los escultores cubanos —no podemos hablar de es-

cultura cubana todavía—no fueron más que—en algunos casos, como se ha visto, brillantemente—meros seguidores de un canon que, de todos modos, cualesquiera fuesen las incidencias vitales y las inquietudes artísticas, les venía dictado por el academicismo italiano, por el ordenamiento clásico en la exigencia estricta de su norma. Más que sentimiento propio y que facultad creadora, convicción impuesta y técnica aprendida.

Antes de llegar a un período de magnífico florecimiento, en que la pugna de “ismos”, la diversidad de influjos, la gran polémica universal del Arte, en suma, y por otra parte la concurrencia de los factores de toda índole que sin duda influyen en el tropicalismo y más específicamente en lo antillano, habían de dar oportunidad a eclosión de singularidades, a afirmación de personal acento en muchos casos, a una nueva manera que, sabedora de todos, de ninguna fuese remedo exacto, había que pasar por otro de transición que es, a este respecto, tan significativo como importante en la historia de la escultura cubana. Un período en que los artistas del cincel empezaron a advertir en Cuba que era posible limar las rejas, abrir ventanas nuevas en el muro, asomarse y dominar otros paisajes; en una palabra: no encerrarse en una fórmula estática.

Nos parece convenientísimo, sobre todo por la obligación de síntesis que hemos de cumplir, subrayar esta significación porque realza el mérito y certifica la importancia de los escultores que hemos de recordar insertos en ese tiempo y que acaso, acaso fueron, en este sentido, superiores a su obra, por lo que aportaron de inquietud salvadora, por la levadura nueva con que proveyeron la enlindada masa del pan futuro.

Séales, pues, rendido, en bloque, este reconocimiento que les procura, en la perspectiva histórica, un mérito independiente de los que pueda hoy reconocerles una crítica rigurosa y ecuaníme y cuyo ejercicio no nos corresponde a nosotros aquí. En este período que, para nosotros, es el inmediatamente anterior —la frontera— al que podemos considerar como el de la escultura moderna en Cuba, destacan a nuestro juicio, como más significativos en el sentido y la transcendencia que hemos querido apuntar, dos artistas opuestos en su modo y en sus modos y en su sexo; queremos aludir a Esteban Betancourt y a Mimin Bacardí, la extraordinaria inspirada que, en realidad, lo cierra.

Esteban Betancourt Díaz de Rada fué camagüeyano. En su ciudad natal, la capital de la provincia, un solo monumento para satisfacción de sus contemplaciones lastradas ya, aligeras ya, y a la vez concentradas y frenéticas en un vago presentir de facultades que debían hormiguearle en las manos, le preparó quizá para esa búsqueda de otra cosa

que fué siempre su norma noble, su afán obseso, su mejor timbre artístico. Contemplando aquel único monumento, le nacieron alas, en su quietismo, a su espíritu. Y muy joven, como "la torcaz camagüeyana" del soneto de Fornaris, tendió el vuelo fuera de Cuba.

Su periplo artístico es largo, laberíntico y provechoso. Primero, Barcelona, en España, donde todavía (Betancourt nació en 1893) dominaba con su dictamen entre patriarcal y quietista el viejo Venancio Vallmitjana; después: Italia, es decir, detallando: Roma (donde realiza sus obras *Estudio de reposo* y *Aurora*), en donde gana, a pesar de su extranjería, con grandes encomios la beca —muy disputada de muchos— de la Real Academia de la Medalla y donde expone reiteradamente con muy halagadores sucesos.

Su larga estancia en Roma, en contacto conocimiento del gran arte escultórico de Europa, aquella inquietud que le incitaba el ansia le fué fidelísima guiadora hacia una nueva manera de entenderse a sí mismo entendiendo de otra manera el canon clásico, el arte académico. No se mantuvo en reiteración monótona y mimética. Si ha podido decirse, no sin acierto, que Esteban Betancourt entendió que además de las formas armoniosas, que la euritmia perfecta de la armonía formal, el arte era un modo de captar lo real, de darle a la vida precedera su crisma de eternidad, es precisamente porque, en efecto, se dió cuenta de que la escultura —arte con mayúscula indiscutiblemente— había de servirle a él para exteriorizar, para decir su manera de ver el mundo, de entender la vida; su poesía de la realidad sin menoscabo de lo real y en superación de lo realista. Cuando Betancourt, en los últimos años de su vida, retornado a su tierra, hablaba de su modo de entender, de ejercitar la escultura, algo de esto se intuía oyéndole; algo de esto, muy claro en la confusa palabrería un poco inconexa con que pretendía explicarlo.

Pero de este modo, quisíeralo o no, reconózcasele o no, Esteban Betancourt, con la presencia activa de su ejemplo, fué de los primeros en Cuba en marcar nueva ruta, en señalar separación, en independizar criterio, cualesquiera sean las distintas influencias que un examen crítico pueda hallar palpitantes o remotas en sus obras. Después de Roma, París le había dado, con el prodigio de lo multiforme, el secreto de la creación, del poder revelador. Y a su dominio se aplicó tenaz y voluntarioso.

Entre sus obras más conocidas hay que citar el monumento en bronce y granito a Manuel Ramón Silva por encargo del Ayuntamiento de Camagüey y una cabeza a gran tamaño del gran pintor Leopoldo Románach.

Muy otro es el caso de Lucía Victoria Bacardí de Grau, aun situándola, como hemos hecho, en un mismo plano que Betancourt en cuanto a haber dado impulso a su propio sentimiento, a su modo personal señalando —abriendo— una ruta nueva a la escultura cubana.

Lucía Victoria Bacardí de Grau es un caso de vocación y de conciencia. Ambas categorías en su cabal plenitud de razón vital. Vocación y conciencia, antítesis sendas de capricho y arbitrariedad. Por eso, precisamente por eso, algunos todavía hoy creen ver en la obra de esta extraordinaria artista un modo bizarro, libérrimo de hacer plástica la arbitrariedad de un capricho, sin darse cuenta de que uno y otro eran estricta, rigurosa obediencia a su vocación jamás en desacuerdo con su conciencia. Y también por eso, precisamente por eso también, aun pudiendo evitarse todas las incomodidades y todos los sacrificios, Lucía Bacardí se sometió a un duro, tenaz aprendizaje. Y se ha retirado del quehacer artístico creída de que no había terminado de aprender. Ya esto es, por sí solo, una bella lección. Pero sus obras la desmienten. Algunas de ellas son, en su tiempo y fuera de él, obras maestras.

¿Qué caracteriza, en definitiva, el arte de esta escultora singular? Veamos en escueta esquematización los hitos de su itinerario estudioso: Santiago de Cuba (su ciudad natal, hija del gran patricio de alma grande y talento múltiple, Emilio Bacardí Moreau); estudios con Luis Desangles; lecciones de dibujo con José Joaquín y Félix Tejada. París: Academia Julian, con los profesores Bouchard, Laparra y Landowsky; visitas al taller de Rodin, gran admiración por este coloso rebosante de concepciones geniales. Nueva York, con los maestros Sobot Aitken y Solon Borglum.

De regreso a Cuba se aplicó con tenacidad hosca, no fácil al halago ni al aplauso rendida, a su arte. Temas, afanes y modos la definieron muy pronto. *Hatuey* en expresión de lo que el propio Hatuey jamás presintió ni fué, pero que hoy sabemos que "es" Hatuey; *El nacimiento de Eva*, *Un poema*. Ya se va entendiendo de qué secreto afán se nutría su poder plástico, de qué honda y delirante aspiración definidora se encendía el espíritu de sus imaginaciones. Y *Faunesa* y *El espíritu de la fuente* y las tres formidables cabezas de Cristo y los dos ladrones... Una imaginería en la que lo escultórico pugnaba por idealizar —realizándolo, dándole volumen, dimensión, luz y aire— lo real como en el minuto en que se hace trance —éxtasis, tránsito— lo efímero y en que el barro, el bronce, el mármol palpitan como las arterias bajo la frente.

No es que Rodin... no es que Borglum... no es que lo clásico... no es que lo moderno. Es que lo propio, lo genuinamente propio se

debate por cuajar su verbo, por dictar su voz, por aprender su mensaje. No hay —sobre lo aprendido y lo captado y admirado— una bien aprendida técnica mimética, sino una conciente voluntad de vocación proyectada hacia la hondura del alma, hacia el misterio del mundo.

El caso de Lucía Victoria Bacardí fué, en el tiempo en que laboró tenaz y numerosa, un caso de soledad. Un magnífico caso de pureza estética. Y aquel severo modo de su propio descontento como final sentencia de su autoanálisis es una prueba más, tan viva que sangra, tan artista que es sólo espíritu, no sólo de su puro temperamento artístico, sino de esto que creemos entender ante su caso. Su mismo afán de lo fenoménico, unas veces casi exacerbado, abandonado otras, siempre en tendencia a la desmesura y en la medida como violentamente contenido, es recio intento de evasión que teme el desespero. Y es una clara dicción de palabra cargada de íntimas razones.

El famoso *Martí* de Lucía Victoria Bacardí la define por entero. Es lo que Martí será. A medida que se agrande aun más, en la proyección de su sombra sobre el mundo entero el genio de Martí, como se ha ido agrandando en el mosaico de América, más se irá pareciendo a esta imagen suya que esculpió esta mujer que le vió el futuro ardiéndole en la frente.

Claro es que en el momento que hemos definido por la presencia de Esteban Betancourt y Lucía Bacardí, otros escultores de alguna notoriedad adquirieron derecho a que la historia no olvide sus nombres. No incurramos, pues, en pecado olvidándolos. Los recordaremos en rápidas alusiones:

Alberto Sabas, Benito Paredes, José Oliva Michelena fueron grandes cultivadores del retrato. Héroe, próceres, personajes y personas. No siempre —justo es decirlo— la persona. Pero en muchos casos muy buenos logros. Y entre los tres reforzando, para asegurar continuidad plural y proliferada, la tradición de los “bustos patrióticos” que en tantas exposiciones y en tantos parques y avenidas de las ciudades cubanas remedan por sus frutos la acreditada viña del Señor.

Rodolfo Hernández Giro es, según el profesor Luis de Soto, “uno de los escultores cubanos de más variada y copiosa producción”. Santiaguero, hubo de emigrar a Europa. Estudió en Barcelona (Academia Martí), París (con Paul Loiseux, Injalbert y Barlett). Obras suyas: *Santa Cecilia*, *Eco*, *Beethoven*, *Festín de buitres*, monumento a Luz y Caballero (figuras de *El Olvido* y *La Patria*), etc.

Guillermina Lázaro es la primer mujer escultora de que se tiene noticia en Cuba. Cultivó también la pintura. Más que por su obra, de la que nada conocemos, la citamos aquí por este título de prioridad.

Efectivamente nos encontramos ahora en la frontera del tiempo nuevo. Se inicia en escultura, como en las demás artes, la que podemos llamar era moderna. Después de aquellas inquietudes—nos referimos ahora solamente a la escultura—que acabamos de registrar, se inicia ya el período en que los escultores cubanos “echan a andar”, y echan a andar en medio de la luz, en busca de la luz, esculpiendo con la luz. Este es gran fenómeno que anuncia el advenimiento de un futuro mejor. Esta es la gran revelación. Y el primero que trae la luz es un gran escultor cubano, hoy famoso y, por muchos justísimos títulos, benemérito: Juan José Sicre. Por la belleza de su obra, por la enseñanza de su tarea, por el influjo de su talento, Sicre es una de las grandes figuras de la escultura en América.

Dentro del criterio metodológico que nos hemos fijado, al entrar en lo histórico, nos hallamos ante la evidencia de un único capítulo, que apenas se ha iniciado. Como en los demás órdenes de las tareas del espíritu, es preciso reconocer que la transición también se halla aquí condicionada y como regida por ciertas actitudes generacionales, por ciertas tónicas ambientales que en Cuba, con heroísmo e inteligencia, con sensibilidad magnífica y advertencia y captación de los nuevos dictámenes afirmaron grupos en torno a la Revista de Avance, a la Escuela de Plata, a Orígenes, en cierto modo paralelas en su distinta manera a las redivivas como la Revista Cubana, benemérita.

Si estamos, pues, ahora en el primer capítulo apenas iniciado de una escultura cubana propiamente dicha—y cuya inicial miniada corresponde, para su honor, a Sicre—, se nos excusará que sólo intentemos ya una alusión plural, apenas algo más que onomástica, para recoger la variedad de estilos, de valores y de conceptos.

A este respecto, parece bastante certera la clasificación que recientemente ha hecho o ha esbozado Gladys Lauderman Ortiz en su largo ensayo sobre *Factores estilísticos de la escultura cubana contemporánea*. Según ella, al iniciarse este período cuyo paladín fué el magno Sicre, las tendencias fueron las del cubismo y el expresionismo (como dictamen de nuevos modos, claro está, más ideológicos que técnicos, entendemos nosotros), pero después “en aquel tiempo también se formaban las ideologías de los más jóvenes que comenzaban a opinar en arte. Sicre trajo los conceptos clásicos de Maillol, el realismo de un Victorio Macho, de un Julio Antonio, el arcaísmo bourdelliano, y así incorporó una serie de tendencias que pronto encontrarían eco vistas a través de sus contemporáneos que simultáneamente tenían iguales apetencias. Pero esta época de inquietud no se conformaba con trabajar en “ismos” conocidos, sino buscaba nuevas vías, y la estilización y el “voluminismo” luchaban por sus fueros”.

Creemos que con estas palabras Gladys Lauderman diseña certeramente el panorama. Y apunta con sagaz percepción los elementos influyentes y efectivos. En realidad, sin otra alusión que la dual al voluminismo y a la estilización —entendiendo las dos maneras distintas de utilizar o jugar la relación espacial y lumínica, es decir, espacio y luz—, está encerrado en el marco exacto el actual y aun no concluso primer capítulo histórico de la escultura cubana propiamente dicha.

Claro está, las distintas, pujantes individualidades, en plena fecunda evolución, en no recluso proceso de desenvolvimiento, obligan a eludir el riesgo de una clasificación estricta y cerrada. No es posible aun el intento histórico. La historia se está haciendo y no ha cuajado aún sus módulos definitivos. Nos limitaremos, por consiguiente, después de haber puesto a Sicre, creemos que con toda justicia, al frente y en el inicio, en pedestal y en faena, como el primero y mayor, a citar algunos nombres de los muchos que hoy dan a la escultura cubana con la pura nobleza de su esfuerzo y la bella calidad de sus obras una categoría que ya es histórica, válida para la futura presencia de Cuba en el universo escultórico. Y lo haremos sin que el orden de cita suponga sincronía con criterio valorativo.

Teodoro Ramos Blanco. Si Armando Maribona le ha llamado con justicia "escultor monumental" en sanción de los muchos monumentos con que ha demostrado su pericia, también Suárez Solís ha podido ser exacto refiriéndose al "ritmo" y a la "exactitud" de sus esculturas como señales inequívocas de su gran arte.

Alfredo Lozano irrumpió con los hombros atlantes cargados de la gran preocupación de la materia en juego con la forma. La influencia de Reder, que algunos señalan en él, es más bien una coincidencia en lo que, en la escultura, no es precisamente lo escultórico. La gran potestad de Lozano es, sin embargo, para solidez de su obra, el exacto sentido de la materia como expresión, de la forma como materia.

Entre los escultores más jóvenes, por lo menos más jóvenes escultóricamente, una pléyade brillante está en estos momentos afirmando con brío, con pujanza, con belleza, una excelencia indiscutible: Roberto Estopiñán, Rodulfo Tardo, Eugenio Rodríguez Ernesto nos valen meritorios para probanza decisiva. Estopiñán ha impuesto un arte tan personal que la crítica ante la maravillosa presencia de lo inequívoco ha jugado peligrosamente con los equívocos al juzgar esa estilización de la forma en que el joven escultor delira su serenidad. Y desde el sentimiento renacentista de lo humano hasta la vaga cosa de la que se elude el análisis llamándola expresivismo, a todo se ha aludido. Pero lo cierto

es que el gran arte de Estopiñán es ya bastante para tener a su autor como la cuarta dimensión de la escultura. En cierto modo, como en otros escultores de ayer y de hoy, un modo de apresar en forma la luz, de modelar la luz por forma.

De Reder y su arte y su estancia en Cuba, no sólo Lozano y Estopiñán sintieron el influjo. Eugenio Rodríguez es el que lo ha evidenciado con más voluntaria sumisión.

Muy recientemente ha asomado Rodulfo Tardo con indiscutible personalidad muy dotada de facultades extraordinarias. La gracia del ritmo, que posee como pocos, le permite abordar y resolver bellos problemas de desequilibrio mantenidos a flor de acierto como en un minuto de cuajo eterno.

Existe otro grupo de escultores que desde el gran suceso de la primera exposición en Cuba de obras de Sicre (1927) se sintió como vocado a una cierta y tenaz reinstauración de cánones y tradiciones de prestigio clásico; entre ellos ya hemos señalado cómo desarrollaron sus personales conceptos Ramos Blanco y el propio Sicre. Quedaron más adscritos al rigor de esa norma otros que sin evolucionar tan abiertamente han producido y producen obras muy estimables: Florencio Gelabert, Jesús M. Casagran, Ernesto Navarro, Fernando Boada.

Caso aparte, muy de hoy: Tony López, que ha elevado a estética pura el decorativismo y ha introducido la escultura en la vida diaria con méritos de creaciones prácticas.

Es muy notable—y ha sido muy subrayado—el hecho de que en Cuba sea muy considerable, por la calidad y el número, el aporte femenino a la escultura. Al aludir, como lo hemos hecho, al caso original y magnífico de Lucía Bacardí, ha podido sin duda advertirse que, aparte la excelencia conceptual y el dominio técnico, lo que esa escultora, en su tiempo, aportó a la escultura fué una positiva fuerza creadora, distinta, capaz de apresar lo que hasta entonces había aparecido al margen de lo escultórico y muy fuerte en riqueza varia de concepciones en las que el espíritu imponía su dictamen. Se diría que esa inquietud manifiesta y cuajada en la piedra, en el mármol, en el bronce, es herencia que han magnificado las escultoras cubanas actuales.

A la cabeza debe figurar Rita Longa, la muy gentil y muy sapiente, de quien en muchas gratas ocasiones hemos escrito con encomio convicto. El monumento, la figura, el mundo le caben en sus capacidades. Y por encima de la materia, en torno a ella, la luz y el espacio son escultura también, en la cíclica concepción de esta artista que a veces deja en sus obras huella indudable de lo genial y siempre—serena en

su inquietud—una presencia de euritmia bien lograda, de belleza sustentada en seguridad. En ella lo escultórico es tanto como belleza, razón; tanto como materia, luz; tanto como espacio, tiempo.

Originalísima en sus valores y en sus conceptos, caso aparte y notable, es Lucía Álvarez, obsesa en su adentramiento constelado de soledades; obsesa en su dura manera de trabajar el mármol, con desdén de la faena fácil en materiales dúctiles; obsesa en el afán de decir su mensaje, estremecido de augurios vagos, frenético de sosiegos cogitativos. Una escultora que ha dado con sus obras, siempre bellas, siempre fuertes y trabajadas con un dominio que acredita fortaleza, muestra extraordinaria y sugestionante de su gran espíritu.

Marta Arjona, muy joven todavía, se ha inserto en la zona de Roder y como casi todos estos artistas ahora citados como los más jóvenes, alguna vez se ha inclinado hacia lo abstracto. (Lo abstracto ha tenido su momento fugaz; hasta la serena seguridad de Rita Longa cayó en la tentación y acaso sigue tentada todavía.) Marta Arjona trabaja orientándose todavía. Las promesas que ha ofrecido permiten augurio feliz para su arte.

El caso de Jilma Madera, muy digno de elogioso subrayamiento, parece testificar un asentamiento cuya madurez está produciendo muy bellos frutos. Podría quizá hablarse ante sus obras de un neoclasicismo, de un modo de entender y plasmar con fuerza vigorosa, con recio trazo, con vigor seguro una estilización de formas capaz de darle espíritu a la materia. Algunas figuras suyas en terracota, bellas en su audacia breve, son definitivas. El sumo acierto del ritmo se acentúa valientemente con el recio estilo de una gracia que se afirma en reciedumbre.

A Caridad Ramírez le ha dado lo genioso facultad monumental: es una escultora que define lo que siente; que sabe sentir lo que define.

La pintora Mirta Cerra fué algún tiempo escultora. Debe ser citada en este aspecto porque cultivó muy notablemente este arte con declinación hacia lo abstracto—en cuya tendencia persiste hoy con muy notables hechos Ernesto Navarro—y dejó en prueba muy prometedoras muestras.

Naturalmente, no pudiendo hacer propiamente historia, hemos soslayado el tratamiento de problemas, análisis de tesis, clasificación de tendencias que sólo de modo especulativo, en función analítica y crítica podrían ser tratados, pero que no tienen la estabilidad necesaria para ingresar en el campo de lo histórico.

En los actuales momentos, de casi todos los artistas que hemos nombrado, cabe esperar nuevas manifestaciones, nuevos mensajes inspirados en conceptos distintos de los que ahora cultivan, distintos, a su vez, de los que hasta hace poco habían sustentado. En una continua inquietud que les honra, en una constante excitación de su sensibilidad, muy atentos a la voz del mundo y al dictamen de su espíritu, los escultores cubanos contemporáneos, que han alzado entre todos, en diversa pugna, en varia miscelánea, la magnífica afirmación con que han puesto a Cuba en el mundo, están en plena búsqueda, en labor angustiada, que es servidumbre y gloria, en constante pesquisa del nuevo ser del mundo, de la nueva ruta hacia el mañana.

Al cabo, con ello sincronizan el arte escultórico cubano con lo que hoy caracteriza, define y crisma el arte universal.

Es evidente, en efecto, que hoy el Arte está en una desorientación de la que ha hecho su estado de conciencia. Por eso, porque tiene conciencia de ella, esta desorientación es hoy la gran justificadora del noble esfuerzo, del heroico sacrificio que el Arte realiza en tránsito y crisis, en climaterio doloroso hacia su transubstanciación. El humanismo es, en cierto modo, agonismo, en esta dramática hora del mundo. Y el Arte en la encrucijada lo primero que hace para orientarse es abrazarse a su desorientación para que le sea acicate, estribo, lanza e impulso.

Ha periclitado el viejo concepto que definía al arte como una evasión, como un modo de eludir la confusión y salvarse de la procela. Al contrario: el arte es más bien una agresión, un modo de agredir el enigma, de vencer el misterio. El arte está en la afanosa búsqueda del camino nuevo hacia la luz definitiva.

Y esta ley cósmica, ecuménica, se cumple también, se está cumpliendo en Cuba en todos los aspectos artísticos. No ha de dolernos, sino al contrario, ha de estimularnos a todos a interesarnos en la ayuda para el hallazgo, porque esa desorientación, este inquieto, revuelto —caótico, si se quiere— tumulto de intentos, de inicios, de cambios, de pruebas y de ensayos, sitúa a Cuba, en este caso a la escultura cubana, en el ritmo universal del Arte.

En el libro ya citado, Gladys Lauderman se ha esforzado en analizar y estudiar los influjos que pueden advertirse en la escultura contemporánea cubana ejercidos por los que llama factores estilísticos: nacionales, geográficos, raciales, etc.

No es de este lugar el tratamiento de tan complejo problema. Pero cualesquiera fuesen las conclusiones, conformes o contrarias de las suyas, a que llegásemos comentando el estudio notabilísimo realizado por

Gladys Lauderman, siempre habríamos de estar conformes con la postrera afirmación que cierra y concluye su obra. Literalmente transcrita es ésta:

“Lo escrito anteriormente demuestra de una manera convincente que nuestro arte, específicamente el escultórico, cuenta con manifestaciones de gran calidad plástica y promete un porvenir brillante para la cultura cubana.”

Esta es una verdad que suscribimos seguros y convictos.

Y con tanta mayor convicción cuanto que es la misma razón con que proclamamos la miscelánea pugnaz, la diversidad inconexa, la lucha de tendencias y la pluralidad de estilos y de conceptos, como una identificación de la escultura cubana con la contemporaneidad.

Si hemos dividido en dos grandes campos la gran contienda nobilísima, el voluminismo y el expresionismo, o como quiera llamárseles, admitimos también que en cada uno hay proliferación de tendencias y de convicciones sin que en ninguno de los dos haya cuajado una rotunda seguridad de credo y una indubitable certeza de camino.

Por eso, en fin de cuentas, creemos en el “porvenir brillante” del arte cubano, específicamente ahora de la escultura cubana, porque se halla en plena conciencia activa del quehacer humano; porque se halla forjando su propia historia que, por esta razón, no puede escribirse todavía.

Lo que antecede es, por consiguiente, un mero esbozo, un esquema escueto y sumario. El cañamazo para que alguien —los propios escultores— teja el tapiz. Un gran tapiz para la gran sala de Cuba en la inmortalidad.

Para final seguridad de estas arraigadas esperanzas, comprobemos el avance registrado.

El Dr. Luis de Soto terminaba hace años su conferencia ojeando la realidad de aquel momento en que apenas habían surgido los nombres que hoy son de autoridad y prestigio en la escultura. Y decía, a modo de resumen:

“Pudiéramos decir que la escultura en Cuba está en su etapa de clacismo escolar con atisbos de modernismo y prueba de tendencias diversas, a veces encontradas. Aun no han surgido en el campo de nuestra escultura cultivadores de las tendencias más avanzadas: el cubismo a lo Zadquine, las estilizaciones a lo Pierre Imans, los alardes decorativistas, el radical expresionismo a lo Archipenko y la influencia del “art negro”. Nuestra escultura es joven todavía para esas complicaciones propias de un arte secular ávido de encontrar fórmulas nuevas.”



UNIVERSIDAD DE LA HABANA

UNIVERSIDAD DE LA HABANA. La Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo, de esta ciudad, fué fundada, en 1728, por los religiosos de la Orden de Predicadores, en su convento de San Juan de Letrán. Secularizado en 1842, el alto centro docente pasó a ocupar, seis décadas después, los edificios de la antigua Pirotecnia Militar, donde "de 1928 a la fecha, ha escrito Roig de Leuchsenring, y principalmente desde [la vigencia del] régimen autónomo [de que disfruta], ha recibido muy notables mejoras y ampliaciones en lo que se refiere a la construcción de numerosos y magníficos edificios destinados a las diversas facultades de la misma, de entre los que merece mención muy especial el de la Biblioteca General [...], construido con todos los adelantos y perfeccionamientos modernos de las instituciones culturales de tal indole".

De una fotografía facilitada por el Ministerio de Obras Públicas.

En el breve tiempo transcurrido —brevísimos en lo que exige lo histórico—, todo eso que entonces no se había iniciado en Cuba ha sido, en gran parte, superado. Y los artistas, los escultores de hoy, están más allá de ciertas tendencias y mucho más acá del sentido humanista, en el más hondo valor de la calificación, del arte verdadero que está buscándose el corazón con auxilio de la mente. Por eso, para terminar, podemos seguir diciendo las mismas palabras, parecidas a las de Gladys Lauderman antes transcritas, que entonces decía Luis de Soto, hoy indiscutible gran autoridad en la materia:

“De la generación actual de Cuba pueden esperarse días de gloria y pronto han de anunciar las campanas del triunfo un radioso amanecer cuyos primeros rayos doran ya el horizonte de la patria.”

Cercanos estamos ya al mediodía.

CAPÍTULO IV

LA ARQUITECTURA EN CUBA

CON la Iglesia hemos topado, Sancho. Con estas mismas palabras quijotescas puede iniciar todo historiador su indagación de lo arquitectónico propiamente dicho. Fué la Iglesia, en suma, la primera constructora. Pero el Hombre fué el primer arquitecto. He aquí una distinción que hemos de tener muy en cuenta siempre, incluso cuando se trata, como en el caso actual, de una simple ojeada, de un trazado a grandes rasgos de un diorama sin detalles.

Muy copiosa, y muy polémica inclusive, es en Cuba la bibliografía arquitectónica. Plumas muy eruditas han terciado en debates muy meticulosos que cada vez con mayores seguridades han ido estableciendo hitos inmutables y verdades históricas.

No pretendemos nosotros, ni lo consiente la naturaleza del encargo que cumplimos, entrar en liza ni detallar historiográficamente distintas historias. Propende únicamente este breve resumen a fijar esas verdades sobre las que están de acuerdo los tratadistas (siquiera algunas veces adicionen sus reparos y distingos) y fijar las líneas divisorias de épocas históricas, deteniéndonos en el umbral de nuestro tiempo sin entrar en el agitado estadio tan rico en audacias y bellezas como en singularidades discutibles.

Abre la puerta de La Habana arquitectónica una admirable definición del arquitecto José M. Bens Arrarte. En su libro sobre *La Habana del siglo XVI y su admirable evolución social y urbana* señala dos períodos en la vida de la ciudad en dicho siglo. Y llama al primero el de la "villa del carpintero" (1519 a 1555) y al segundo el de la "ciudadela militar" (1555 a 1592).

Véase, pues, cómo no habiendo aun arquitectura propiamente dicha ya el hombre fué arquitecto: de su casa en "carpintería" sumaria, en rudimento de cobijo (recuérdese que Joaquín Weis habla, aludiendo a los primeros años habaneros, de "siglo del bohío") y en defensa de su urbe, primera concepción de vaga e imprecisa comunidad. Las dos imperiosas urgencias vitales en dictamen inmediato y coaccionante.

El primer período fué parvo en hechos y parco en alientos. Bohíos de tabla y guano con paredes de embarrado. La mampostería, las paredes de cal y canto, no comparecen hasta el final del siglo xvi. Bien que mal, guarecíanse los vecinos poco exigentes en satisfacción de primarias necesidades y dedicados al fomento de hatos y corrales.

Pero La Habana era ya —no corresponde ahora historiar las causas— harto codiciada de la piratería, y cebo goloso para los aventureros. Víctima de ellos fué el año 1538, en que quedó arrasada toda la rudimentaria traza de sus alineamientos.

Fué entonces cuando se gestó lo que Bens Arrarte llama segundo período del siglo, el de la ciudadela. El Historiador de la Ciudad de La Habana, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, lo explica perfectamente:

“Fué ante estos acontecimientos desgraciados que el 20 de marzo de este último año (1538) la Reina encomendó al Adelantado Don Hernando de Soto, Gobernador de la Isla, la construcción de una fortaleza en La Habana, de cuya obra quedó hecho cargo el vecino de Santiago, Mateo Accituno, dejándola terminada en 12 de marzo de 1540. El asalto y toma de La Habana por el corsario Jacques de Sores en 1555, sirvió para comprobar lo inadecuada que era para la defensa de la villa esa primitiva fortaleza, pues no obstante la tenaz y heroica resistencia que hizo su alcaide Juan de Lobera, fué obligado a rendirse, quedando aquélla prácticamente destruída, pues en 1565 el gobernador García Osorio la encontró en tan pésimas condiciones que era utilizada para guardar el ganado que se destinaba al sacrificio...”

Se llevaron a cabo, por consecuencia de tantas calamidades y en ayuda y defensa de la ciudad que iba resurgiendo nueva de sus derrumbes, con mayor atención por parte de los gobernadores y de los lejanos Reyes, varias fortalezas que son muy de notar por su historia. Sea aludida en primer término la llamada de la Fuerza, emplazada en lo que fueron casas del vecino Juan de Rojas. Mandada edificar por Real Cédula de 9 de febrero de 1556, no se iniciaron las obras hasta 1558, por Bartolomé Sánchez, siendo Gobernador Diego de Mazariegos, y se terminaron en 1577 por Francisco de Calona, gobernando Francisco Carreño. A finales del xvi (1590) se iniciaron las obras de otras dos fortificaciones: la Punta y el Morro o de los tres Reyes. Ambas, por el ingeniero militar Juan Bautista Antonelli. Pero no se terminaron hasta entrado ya el siglo xvii.

Este Juan Bautista Antonelli debe ser tenido como benemérito en los anales habaneros. Por los años mismos a que nos estamos refiriendo, propulsó y realizó —mediante los arbitrios que se establecieron por

la llamada "sisa de la zanja"— el primer acueducto que ha tenido La Habana, la llamada Zanja Real, que traía el agua desde el río de la Chorrera hasta el centro de la población, a la que hoy es plaza de la Catedral (entonces plazuela de la Ciénaga), donde se recogía en el Callejón del Chorro. Dice el ya nombrado Dr. Roig de Leuchsenring que "durante 243 años (1592-1835) fué la Zanja Real el único acueducto que abasteció a la ciudad de La Habana".

Iban pues, paralelamente, medrando los servicios urbanos y los militares. Al mismo tiempo, ¿cómo atendía la arquitectura lo religioso? En su *Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en el siglo XVI*, Irene A. Wright dice: "la primera iglesia de La Habana era un bohío. Consta que en 1524 le fueron destinados 32 pesos; desde el año 1519, por lo menos, se cobraban diezmos".

Por su parte, el Historiador de la Ciudad de La Habana apostilla esta noticia con las precisiones siguientes: "Durante el período de gobierno de Gonzalo Pérez de Angulo fué destruído el bohío que servía de iglesia, iniciándose —después de agosto de 1550— obras para la construcción de una iglesia de cal y canto, de la que dice el propio Pérez de Angulo, al atribuirse la iniciativa de esas obras, "que el cuerpo della tiene cien piés antes muy más que menos y la capilla mayor cuarenta piés y de ancho cuarenta piés".

Como la primitiva fortaleza, la primera iglesia fué destruída por el coraje saqueador y pirata del francés Sores. Durante años quedó sin iglesia la ciudad, hasta que en 1574 pudo inaugurarse la nueva. "Esta no se encontraba ya en el lugar que ocupó el primitivo bohío, sino en parte del sitio en que se levantó más tarde la Casa de Gobierno." (Emilio Roig.)

Véase, pues, cómo en el siglo XVI había ya nacido y, en cierto modo, evolucionado en La Habana la arquitectura en su triple dedicación urbana: civil, militar y religiosa.

En su libro sobre el prebarroco cubano, notabilísimo y muy documentado, el Sr. Francisco Prat Puig, sirviéndose de documentos recogidos por la valiosísima investigadora María Teresa de Rojas, en su insuperable labor de transcripción de documentos del Archivo de Protocolos de La Habana, habla de tres contratos para construcción de casas que por los datos en ellos transcriptos supone fuesen de tienda con esquina, una planta y dos habitaciones.

Se refiere también a la Iglesia de San Francisco en los siguientes términos: "Este documento (el que ha copiado textualmente, relativo a detalles de construcción y reparación del templo) atestigua que la primitiva iglesia del convento de San Francisco en La Habana tenía que

tener una cubrición de alfarje morisco. La reja de madera de las tres capillas convenidas en el año 1579 (el de la fecha del documento) ya se planearon con barrotes torneados. Las tres capillas de cabecera parecen indicar que la planta de dicha iglesia no se concibió como las demás habaneras estudiadas pero de forma parecida a la de otras iglesias de tres naves del interior de la República".

Sin propósito ni creencia de haber agotado, en sumario índice, el repertorio de indicios y datos con que estimular el estudio de los interesados, úrgenos ya, acicateados por la necesidad de concisión, entrar en el siglo XVII, verdaderamente notable en lo que atañe al desarrollo arquitectónico en Cuba.

El siglo XVII

En primer lugar, ha de registrarse el auge considerable que asume la arquitectura, especialmente la religiosa. Y en segundo lugar, no dejarse engañar por ese fomento y medro en cuanto a entendimiento de su significación juzgándolo sólo por lo aparente y material o, por el contrario, con exclusión de lo material y aparente.

A este respecto nos parece pertinentísimo ceder de nuevo la palabra al Sr. Prat Puig, quien, después de hacer notar la importancia de ese auge y la solidez de las construcciones religiosas entonces construídas, que han llegado, sin modificaciones impuestas por derrumbes, hasta nuestros días, dice muy perspicazmente esto que copiamos:

"Estas consideraciones permiten inferir que realmente debió de haber una gran diferencia entre las primeras construcciones religiosas cubanas y las que se edificaron durante el siglo XVII, diferencia que podría achacarse a la distinta capacidad económica o también a la falta en el siglo XVI de materiales u operarios capacitados. Pero ni la situación económica del siglo XVII ni la densidad de su población parecen haber variado tanto respecto a las del siglo anterior como para propiciar por sí solas un tal radical cambio en la calidad e importancia de sus construcciones religiosas. El cambio experimentado en las construcciones tampoco parece atribuible al de los materiales disponibles en una y otra centuria, ya que en ambos siglos se usaron los mismos materiales y principalmente el barro y la madera; las tejas, el ladrillo y la cal que se combinaban con aquéllos ya fueron usados en el siglo XVI y su fabricación en Cuba sólo requería artesanos dedicados a la misma. En consecuencia, lo que a todas luces parece indudable es que el cambio operado en el sistema constructivo de las iglesias del siglo XVII respecto a las de la centuria anterior fué debido principal, si no exclusi-

vamente, a la aparición de artesanos más aptos que los que construían en el siglo xvi."

Este largo párrafo es un excelente resumen breve de lo que, en orden a una apreciación histórica, no analítica, nos incumbe recoger aquí. Y mucho dice respecto al adelanto que el arte (y la ciencia) de la arquitectura medró ufano y útil y bello prontamente por el aporte de ciudadanos aptos.

Sería, por lo demás, demasiado extensa para el espacio de que disponemos, una relación completa o casi completa de las numerosas edificaciones religiosas que se llevaron a cabo en Cuba durante la centuria décimoséptima. No la intentaremos. Bastará citar algunas entre las más notables:

En La Habana: La iglesia del Espíritu Santo, el convento de Santa Clara (1644), la iglesia de San Agustín (hoy San Francisco) (1633), la iglesia de Santo Domingo (ca. 165), ya derruida y que fué sede de la Real Universidad Pontificada. En Remedios: la Parroquial y la iglesia del Santo Cristo. En Sancti Spíritus, la iglesia Mayor Parroquial y la auxiliar de La Caridad. En San Salvador del Bayamo, la Parroquial. Y en cuanto a Santiago de Cuba, dice textualmente Prat y Puig: "Las iglesias de Santiago de Cuba, según Pezuela, tienen las siguientes fechas: Nuestra Señora de los Dolores fué abierta al culto en 1723. La de Santo Tomás refiere que su fábrica data de fines del siglo xvii; según el Hermano Justo de la Doctrina Cristiana, en el cementerio de esta iglesia se enterraba en mil seiscientos setenta y pico, lo que parece indicar que en aquella fecha debía existir la iglesia; en su puerta principal una leyenda parece indicar la fecha 1715 y en el campanario otra reporta la de 1780. La iglesia de Ntra. Sra. del Carmen fué empezada a edificar a fines del siglo xvii. De la de la Santísima Trinidad dice que ha tenido dos o tres formas desde el siglo xvii; en los documentos que nos facilitaron los Padres del Corazón de María que la regentean se deduce que entre 1784 y 1787 sufrió una gran reforma, siendo su maestro albañil Raimundo Mojena. La de Santa Lucía, de fines del siglo xvii, ha sido profundamente modificada. En el año 1754 se abrió al culto el Santuario del Santísimo Sacramento; suponemos que se refiere a la capilla de la Caridad de la Catedral. Por su parte, D. Emilio Bacardí dice que "en 1772 es edificada la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores... aprovechando fragmentos de la antigua ermita de Santa Ana". Basándose probablemente en la lápida aludida, cree que en 1715 se construyó la iglesia de Santo Tomás".

En este mismo siglo xvii se amuralló la ciudad de La Habana, como ajustándose con majeza de rumba el cinto, dispuesta a no dejarse sor-

prender. Las murallas empezaron a ser construídas el 3 de febrero de 1674 y fueron concluídas en 1797 aproximadamente.

En cuanto a la arquitectura doméstica, hay que tener en cuenta, desde luego, ya metidos de lleno en el siglo xvii, las mismas causas que ha señalado Prat y Puig para las diferencias observadas en la arquitectura religiosa comparada con la del siglo anterior. Y es preciso además recordar que sólo hasta la llegada del siglo xviii no empieza la casa cubana a asumir sus características propias, independientes, estilísticas y tropicales. En el xvii se adopta para la casa un patrón andaluz, una adaptación foránea que han estudiado muy minuciosamente nuestros arquitectos.

El siglo XVIII

La palabra mágica: barroco, signa y crisma este siglo cubano. Un siglo que, digámoslo de pasada, a pesar de su enorme interés, no ha sido quizá suficientemente estudiado de un modo exclusivo y monográfico.

En su aspecto arquitectónico fué también, desde luego, un gran siglo cubano. Todos los autores que han estudiado—y abundan las obras notables—este siglo en lo que atañe a la arquitectura parecen estar de acuerdo (aun aquéllos que no se muestran del todo conforme con las tesis de Prat y Puig en cuanto al prebarroco cubano) en que las influencias que en el xviii llegaron de España a Cuba para moldear un estilo y cuajar una arquitectura produjeron un surgimiento barroco o, por lo menos, más hacia lo barroco inclinado que a los rígidos cánones herrerianos triunfantes en la Península. Tal parece ser, en efecto, el común sentir de Bens Arrate, Acosta, Weis, etc.

Por otra parte, la Dra. Marta de Castro, en su *Contribución al estudio de la arquitectura cubana; algunas ideas acerca de nuestro barroco colonial*, sienta la tesis de que esos estilos españoles al llegar a Cuba se transforman y precisamente a mitad del siglo xvii (de 1760 hasta el siglo xix) surge un estilo nuevo, propio, distinto que bautiza con el nombre de "barroco cubano colonial".

Hemos llegado con esto a un punto del mayor interés porque en él se mece la cuna—o la hamaca—de un arte cubano determinado y determinante, al que acaso se ha olvidado o ha sido preciso olvidar en la adopción de las características "funcionales" de la moderna arquitectura. Acerca de si ha habido el prebarroco de que habla Prat y el barroco de que habla Marta de Castro, netamente cubanos, se ha escrito y se ha debatido mucho. Cuando se admite, por lo menos en parte, la tesis de M. de C., se habla de un estilo "herreriano-churrigüe-

resco" y ella ha adicionado a esta clasificación esta característica: "de movimiento borrominesco". Y ello porque "si nuestro barroco no se pudo explayar en ornamentación influída por Churriguera, tuvo al menos un movimiento innegable en sus fachadas que lo acercan al arquitecto italiano Borromini".

Todavía, en insistencia de persuasiones, añade la ensayista que "la influencia churrigueresca, sumamente atemperada, se observa sólo en detalles ornamentales que rompen la estructura herreriana. Estos detalles son: ménsulas, copas, piñas, pequeñas balaustradas en terracotta, a lo que podemos agregar el carácter que dan a las fachadas muy simples los balcones y ventanas movidas de madera torneada".

En abono a esta tesis tan acuciosamente expuesta puede aportarse por modo tangente esta opinión de Prat Puig cuando dice: "En cambio, las casonas con pretensiones de palacio que han sido objeto de esta investigación, por la carencia absoluta de barroquismos y por el arcaísmo que en las mismas se refleja, tienen que ser necesariamente anteriores al tipo de casa del pleno siglo XVIII, tipo que indudablemente es derivado de las mismas; en estas casas evolucionadas a pesar de sus muchas concomitancias con las construcciones estudiadas, se reconocen fácilmente, repetimos, infiltraciones de ornamentación barroca, casi rococó, cuyo desarrollo corresponde cronológicamente lo más pronto al pleno siglo XVIII. Paralela a la adopción de esta decoración se nota en dicha época una adaptación de las construcciones al clima cubano cálido pero con brisas que lo atemperan, circunstancias que no habían tenido presente los constructores de las casonas palacios".

Podemos, por tanto, después de todo esto, aceptar plenamente la conclusión de Marta de Castro: "El mejor exponente de nuestro barroco cubano es la "casa criolla", genuino producto de nuestro clima tropical y de nuestras condiciones de vida muelle y sedentaria".

Este es, pues, el gran hecho histórico del siglo XVII en lo que a la arquitectura se refiere: la aparición de la casona criolla, distribuída en torno a un patio central, con su zaguán o vestíbulo, su entresuelo y todas sus dependencias adaptadas a las necesidades de la familia cubana de aquel tiempo y con la utilización de las ricas y duras maderas del país —jiquí, dagame, cedro, ácana, caoba— para cubanizar en maderamen los herrajes de las ventanas y puertas españolas.

Aunque sin poder detenernos demasiado en ello, y dada la innegable importancia de este asentamiento de lo barroco en Cuba, con tan claras señales de genuinidad criolla, es indispensable referirnos con algún mayor detalle a la consideración de dos períodos que señalan los arquitectos historiadores en esta presencia barroca que, en cierto modo,

caracteriza el siglo XVIII cubano. Según las más autorizadas opiniones, cabe considerar dos etapas distintas, en efecto: una española y otra cubana. La primera, que algunos autores señalan como un segundo período después del de formación, se extiende desde 1700 a 1760, y la segunda se alarga hasta mediados del siglo XIX.

Al período llamado español, es decir, aquél en que la criolledad no había aun plasmado en las formas importantes su sello propio, su manera de entender la vida (que al cabo esto supondría la implantación de modalidades propias en el barroquismo importado) se define por la superposición de órdenes sobre altos pedestales, los piñones, las torres cuadradas, los óculos, las balaustradas de terracotta, las torres poligonales, etc. Ejemplos: iglesias San Francisco, La Merced, Paula, en la Habana; Las Mercedes, en Camagüey.

En el período ya francamente cubano por su afirmación de nuevas formas en obediencia a dictámenes propios y genuinos, corresponde el arranque desde el mismo suelo de las columnas y los pilares, con supresión de pedestales y ciertas adiciones que dieron a la fachada aquella movilidad de ventanal y fingido herraje típicamente acriollado. La Catedral de La Habana, el Palacio de los Capitanes Generales y el de la Intendencia son ejemplos harto bellos y específicos.

En lo que atañe al templo catedralicio, bueno es recordar que su total construcción, iniciada (1778) con las obras de transformación del llamado Oratorio de la Caridad, no puede decirse que fuese terminada hasta que en la prelación del Obispo Espada, por tantos méritos muy amado (1802-1832), se amplió el recinto y se mejoró notablemente el adecuado exorno, la apropiada pompa.

En el siglo XVIII este estilo barroco, que de tal modo —según algunos— marcó una diferenciación cubana, que luego había de expandirse por muy divergentes caminos, se extendió notablemente por el interior de la Isla. De ese auge y de ese estilo quedaron valiosos testimonios en Trinidad, Santiago de Cuba, Camagüey, Sancti Spíritus.

Es de advertir, sin embargo, que por razones geográficas en conexión con la dificultad de las comunicaciones y los transportes, esa expansión fué lenta, retardada, morosa. Y en realidad su momento se alarga hasta el siglo XIX.

La Dra. Castro, a quien se debe un interesante estudio, que ya hemos citado, de este barroquismo a que ahora aludimos y que vió en él una "voluntad de forma" patente en la utilización y creación de caracteres y materiales concordantes con las exigencias vitales y climáticas, en su opúsculo *Arte cubano colonial*, dice a propósito de Trinidad lo que copiamos a continuación, a modo de síntesis muy expresiva:

"Callada y olvidada vive Trinidad hasta el siglo XIX (1855), en que comienzan el fausto esplendor que le proporcionan sus cuarenta ingenios cuando en sus fiestas el champagne brotaba de las fuentes, y venían artistas italianos a decorar las residencias. La arquitectura trinitaria, por lo tanto, no adoleció de la humildad y sencillez de la santiaguera o camagüeyana, sino que se crearon residencias palaciales que en algunos casos superaron a la misma Habana. Son ellas los palacios Iznaga, Borrell, Béquer y Cantero.

"Aislada en medio de montañas, Trinidad tuvo poco contacto con el exterior; de aquí que dió una arquitectura propia de elementos barrocos a los que se mezcla la corriente neo-clásica imperante ya en este siglo.

"Las fachadas de las casas burguesas trinitarias difieren poco de las camagüeyanas: aleros y ventanas voladas con tajarotes o guardapolvos de albañilería. Se ven algunas ventanas de hierro—influencia neoclásica—terminadas en la parte superior a manera de cáliz o consola. Pero a pesar de ello, la utilización de la madera continúa en puertas, medios puntos, etc."

Hemos procurado hasta aquí, en lo que atañe a esta arquitectura barroca cubana, extractar lo que, en términos generales y sin mayores discrepancias se ha sostenido casi unánimemente por cuantos tratadistas, arquitectos o no, pero principalmente los profesionales, han mantenido como conclusión de sus estudios. Pero sin ánimo de elucidar lo que pueda estar en litigios, ni de terciar en un debate para el que no tenemos capacidad ni competencia, nos parece conveniente, llegados a este punto, adicionar a todo lo expuesto algo que pueda dar al lector idea de otros criterios, de otras tesis no completamente concordantes con las que hemos recogido. Es natural que, tratándose del barroco, cedamos también un lugar en el palenque al ya tantas veces citado Francisco Prat y Puig, cuyas son, en relación con este estilo barroco cubano, las manifestaciones que a continuación transcribimos:

"Desde principios del siglo XVIII se conocen en Cuba las tendencias barrocas y hasta parcialmente se imponen por las autoridades civiles y eclesiásticas y algún que otro señor de la época. Al parecer, el nuevo estilo encontró el ambiente de la colonia y más probablemente a sus constructores mal dispuestos a su aceptación. Prueba esa incompreensión o resistencia pasiva hacia las nuevas formas el hecho de que la mayor parte de los monumentos sigan construyéndose en lo esencial según las normas de la vernácula tradición arquitectónica. De ahí la pobreza de nuestro período barroco como manifestación de dicho estilo y, sobre

todo, la falta de personalidad que se manifiesta en nuestras construcciones al considerarlas como exponentes del mismo."

La discrepancia, como se ve, con los arquitectos que habían estudiado el caso, es absoluta. Y se acentúa, en un afán aclaratorio, en estos otros párrafos igualmente rotundos:

"Cada uno de los contados edificios habaneros de estilo barroco puro puede haber formado escuela; esto no obstante, la escuela local propiamente barroca no nació. Así, por ejemplo, el Palacio de los Capitanes Generales, el de la Intendencia o la fachada de la Obra Pía, lejos de haber propiciado un barroquismo cubano con difusión y fisonomía suficiente, apenas tienen proyecciones en otros monumentos, y las pocas que pueden señalarse son tan fragmentarias y localizadas que no merecen considerarse exponentes de una tradición barroca local. La Catedral, el Convento de San Francisco y el de Paula son entre sí tan dispares y sus tipos tan exclusivos en los respectivos monumentos que de la misma manera que se encuentran en Cuba podrían hallarse chocando menos que aquí, en España o en otros países de Hispanoamérica de donde seguramente se copiaron."

Naturalmente, no niega, a pesar de esto, el erudito historiador del prebarroco cubano algunas características barrocas en ese período histórico, pero cree que "perpetúan las tradiciones constructivas de nuestra primera escuela de naturaleza morisco-herreriana". Las estudia con algún detalle, siempre teniéndolas, no obstante, como "galas barrocas" y en relación con las cubriciones, que siguen haciéndose "a base de alfarjes de sabor morisco, aunque más evolucionados y degenerados que los de la época anterior"; de las puertas, "cada vez más esbeltas", "a la par que se decoran con temas barrocos o rococó"; de los grandes balconajes de madera, etc., mantiene su criterio resumiéndolo, en definitiva, con estas aseveraciones:

"Los ejemplares verdaderamente barrocos son contados en número y se hallan circunscritos a pocos lugares. Además, ofrecen entre sí tal disparidad que todas estas circunstancias impiden considerarlos tipos representativos de una determinada escuela barroca. Como ocurría con los herrerianismos, el barroco se manifiesta relativamente puro en la capital y cada vez más tímido y popular conforme se avanza hacia Oriente.

"Así el barroquismo crea sobre la base morisca modalidades locales tan sugestivas y llenas de sabor como la ciudadana de la capital, que parece reconocer ascendencia gaditana; las deliciosas pueblerinas de Trinidad y Camagüey, que se hallan caracterizadas por sus originales y graciosos barroquismos de corte popular; las modalidades de cada una

de estas ciudades se confunden en Sancti Spíritus, mientras Remedios parece seguir su propia tradición vernácula; finalmente, Santiago de Cuba, ciudad que por lo pintoresco es digna de ser más conocida y estimada de lo que es, tiene su propia escuela dieciochesca muy apegada a la tradición morisca del siglo anterior y poco afectada por la ornamentación barroca, salvo en el adorno de las puertas y alguna guarnición de portal.

"Tanto como nuestra arquitectura del siglo XVIII, refleja una pobre manifestación de arte barroco, resulta sumamente interesante como exponente de arquitectura mixta de sabor local y poderosa personalidad cuya fisonomía es perfectamente determinable teniendo en cuenta el precedente de la misma representado por la escuela que hemos estudiado."

Con todo esto, copioso de citas, hemos querido recoger, apartándonos voluntariamente de toda intención polémica, pero manteniendo criterio histórico y reforzando argumentos válidos, lo que en torno al barroco cubano se ha escrito, desde distintos puntos de apreciación, pero reconociendo, por ley misma de la polémica, su existencia, su importancia y su innegable genuinidad.

Lo que se discute es el cuánto y el cómo; pero no, en fin de cuentas, la existencia de una realidad que con singular acento caracteriza el siglo XVIII cubano. Y que, como ha podido entenderse, se extendió a la arquitectura religiosa y a la civil.

Queda, por tanto, en pie esta secuencia que tiene todas las garantías de las seguridades históricas.

El siglo XIX

Si el siglo XVIII fué el del barroco, el XIX se caracteriza por el neoclacismo. Y a despecho de todos los influjos que se le han advertido y señalado, que lo tiñen y destiñen, que lo retuercen o lo achatan, parece también muy defendible la tesis de que en ese modo peculiar de un neoclacismo efectivo se advierten realidades bastantes para señalar el nacimiento de un estilo nacional que no podemos estudiar aquí porque nos detenemos en el umbral del siglo XX, rico en tan diversas manifestaciones, adelantos, audacias y teorías y realizaciones en lo arquitectónico que está exigiendo ya de quien pueda acometerla una exigente y rigurosa labor analítica, que no es de este lugar.

Como en Europa, pues, en Cuba al barroco sucedió el neoclacismo. Naturalmente, como es ley histórica, en juego con las circunstancias y realidades ambientales de muchos influjo e histórica gravitación. Por ellas, precisamente, se explica que las directas, determinantes, claras in-

fluencias, en lo arquitectónico doméstico —palacios, palacetes y residencias— vinieran de Italia y de Francia más que de España, que en aquellos momentos era ya hostilizada por el espíritu cubano con voluntad de destino propio y de propia soberanía. Las testimoniales evidencias abundan al respecto y no es menester insistir en razonamientos.

Algunos de los muchos palacios que durante este siglo se construyeron, por ejemplo, en La Habana, con las nuevas formas y manera —la columnata arquiteada, la balaustrada, el pretil, los tejados— y la utilización de otros materiales —mármol, hierro—, etc., son razones históricas tanto como artísticas. Aludimos, como ejemplos, al Palacio Aldama (1838) y al Palacio Balboa (hoy Palacio Provincial), las Casas Santovenia y Fernandina, Lombillo, Villanueva, etc. Unas en el casco de la capital y otras en los que entonces eran barrios fuera de murallas. Pueden citarse también, en Matanzas, el Teatro Sauto y las Iglesias de San Juan Bautista (1832) y de San Pedro (1870).

El siglo XIX, y más especialmente los tiempos de la dictadura de Tacón, que siguió en algunos aspectos las tradiciones constructivas del Marqués de la Torre, la ciudad de La Habana se mejoró en urbanismo con importantes obras y pluralidad de plazas, paseos y edificios.

A este respecto y con relación a la plaza de Armas, que aun es una de las más bellas de la ciudad, el historiador Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, con su acuciosidad acostumbrada, ofrece las siguientes precisiones:

“La necesidad de instalar la Casa del Gobernador y la de los Capitulares en edificio adecuado y la concesión que por Real Cédula de 1772 hizo el Soberano de la Iglesia del Colegio de la Compañía de Jesús para Parroquial Mayor, provocó el arreglo y mejoramiento de la que hasta entonces sólo tenía de plaza el nombre. A este empeño se consagró el Gobernador y Capitán General Felipe Fondesviela, Marqués de la Torre, según proyecto aprobado por el Rey en 1774. Posteriormente los Gobernadores Marqués de Someruelos, Juan Ruiz de Apodaca y Francisco Dionisio Vives realizaron diversas obras de embellecimiento de la Plaza. Cronistas, historiadores y viajeros reconocen unánimemente la importancia extraordinaria que como lugar de esparcimiento tuvo en los tiempos coloniales la Plaza de Armas y desde luego su parque.”

Para mensurar debidamente lo que La Habana había ganado en lo que a urbanismo, arquitectura edilicia se refiere, bueno será comparar estas referencias de un historiador de hoy con estas otras de José María de la Torre, hablando de la misma plaza:

“Fué el centro donde irradió la población, extendiéndose primero desde allí por las calles de los Oficios y de los Mercaderes como más

próximas al punto de desembarque de los bajeles; por la calle Real (llamada después de la Muralla) que daba salida al campo en un principio (no por la Calzada de Monte, sino por el Camino de San Antonio o sea la calle de Reina) en seguida por la parte Norte de la calle de La Habana y después por la de Aguiar y Cuba porque conducían al torreón de la Caleta donde de día y noche había vigilantes para vigilar la llegada de piratas y además servía entonces de paseo su calzada orillada de uveros y otros arbustos."

De los edificios décimonónicos de La Habana acaso el que mejor representa el adelanto en la arquitectura y en la genuinidad sea el de Aldama. Lo construyó el rico comerciante español Domingo Aldama, de tan buena memoria, y fué obra del arquitecto o ingeniero Rafael Carrerá (año 1838). El reputado arquitecto y excelente tratadista Joaquín Weis lo reputa muy certeramente de "espléndida mansión, que bien merece el apelativo de palacio con que se le designa".

Puesto que en párrafos anteriores nos hemos referido a la diversidad de opiniones o, por lo menos, a la discrepancia en apreciación de estilos arquitectónicos, nos parece que debemos también en este momento y recogidas estas informaciones, y después de recordar que el neoclásico tomó también cierto auge fuera de La Habana (recordemos en Matanzas, por ejemplo, el teatro Sauto (1863) y el Palacio de Gobierno (1860) y otros edificios), la opinión con que, en cierto modo, resume su pensamiento, insistiendo en su tesis, el historiador del pre barroco en Cuba:

"En cambio, el período neo-clásico cubano ofrece una rica floración de bellas manifestaciones que tienen un interés estético y arqueológico muy subido. Durante este período, el vernáculo arte morisco-herreriano presta bastantes detalles de su herrerianismo para las soluciones clasicistas y en algunas construcciones urbanas de tipo humilde se resucitan diversos elementos de sabor morisco, mientras muchos de éstos lentamente se desplazan en estado de máxima postración de los focos urbanos hacia el campo o los núcleos rurales más apartados. Todavía a principios del siglo XIX se hacen iglesias que remedan las de la primera etapa y en las fincas de labor o de recreo las galerías primitivas se truecan en colgadizos y los balconajes en portales con pies derechos de soporte que aun en las casas pueblerinas de nuestros días se perpetúan. En el siglo XIX los balconajes de madera con tejadillo todavía siguen haciéndose en alguna que otra construcción capitalina de corte neoclásico, y en Santiago de Cuba imprimen carácter a gran parte de la arquitectura del siglo pasado."

Naturalmente, el autor cuyos son los párrafos ahora transcritos no insiste en estas apreciaciones que utiliza en alusión y tangencia al concreto tema de su interesantísimo libro, tan documentado. Pero esas alusiones son harto expresivas del criterio de quienes como él comparten esa persistencia de lo morisco en la arquitectura cubana y por eso conviene no olvidarlas al dar una ojeada, siquiera rápida, al panorama. Porque para el estudio de la arquitectura en Cuba hay que tener ya en cuenta todo esto. Acaso a esa convicción obedecen estas otras palabras del propio Prat y Puig:

"Por la aportación morisca nace nuestra arquitectura y gracias a sus proyecciones en el período barroco éste alcanza una acusada personalidad representada principalmente por su simplicidad, que está en desacuerdo con las galas y oropeles de las demás escuelas barrocas. Y aun durante la boga del neoclasicismo la huella morisca aparece, cada vez más amortiguada pero con suficiente relieve para poder imprimir a muchas de nuestras construcciones del XIX el sello característico de lo nacional en arquitectura."

La ciudad de La Habana, en los umbrales del siglo XIX, no contaba con lo que pudiese llamarse plenamente un teatro. Algunas precisiones suministradas a este efecto por el Historiador de la ciudad fijarán la exactitud. Recordemos, pues, que hasta 1773 La Habana no poseyó un local concretamente dedicado a espectáculos públicos. En aquella fecha el Marqués de la Torre, Gobernador de la Isla, propició y realizó la edificación de *El molinillo*, situado al final de la calle de Oficios y a uno de los extremos de la Alameda de Paula. Más tarde, el Marqués de Someruelos derribó aquel rudimentario teatro, erigiendo otro de mampostería, tomando como remoto modelo el teatro del Príncipe de la capital española.

Pero ya mediado casi el siglo, en 1846, el Capitán General Leopoldo O'Donnell amplió y embelleció ese teatro que, sin embargo, quedó destruido por el ciclón de octubre de dicho año. Quedó así trunco el proyecto de reconstrucción del teatro alzado por Someruelos.

Ya por entonces, no obstante, se habían registrado importantes y curiosas novedades en punto a edificios para teatro y diversiones. En 1827 el famoso pintor Juan Bautista Vermay construyó en el fondo del Jardín Botánico un pequeño teatro para exhibición de un Diorama. Se inauguró el 8 de julio del año 1828. En 1839 se convirtió en sede de la Academia de Declamación y Filarmonía de Cristina.

El año 1835, por iniciativa de Miguel Tacón, capitán general entonces de la Isla de Cuba, se inició la construcción de un gran teatro que costó el millonario español Francisco Marty y Torrens. Fué el

magnífico teatro *Tacón*. Mereció unánimes elogios y se reputó tan espacioso y perfecto como los mejores de la Península.

Sírvanos de nuevo la autoridad del Dr. Roig de Leuchsenring para ofrecer más detalles:

"Muchos otros teatros de menor importancia fueron levantados en La Habana durante la época colonial, de los cuales sólo queda un vago recuerdo en los cronicones de antaño. Uno de ellos, el teatro *Villanueva*, íntimamente ligado a la historia de las luchas cubanas por la independencia...

"De los vetustos teatros coloniales sólo han llegado hasta los días presentes el teatro *Payret* y el teatro *Irijoa*, al que le fué puesto el nombre de *Martí*."

En cuanto al *Payret*, su reconstrucción —verdaderamente magnífica— en año reciente es quizá la mejor prueba de lo que en arquitectura funcional y en estética arquitectónica puede enorgullecerse Cuba actualmente.

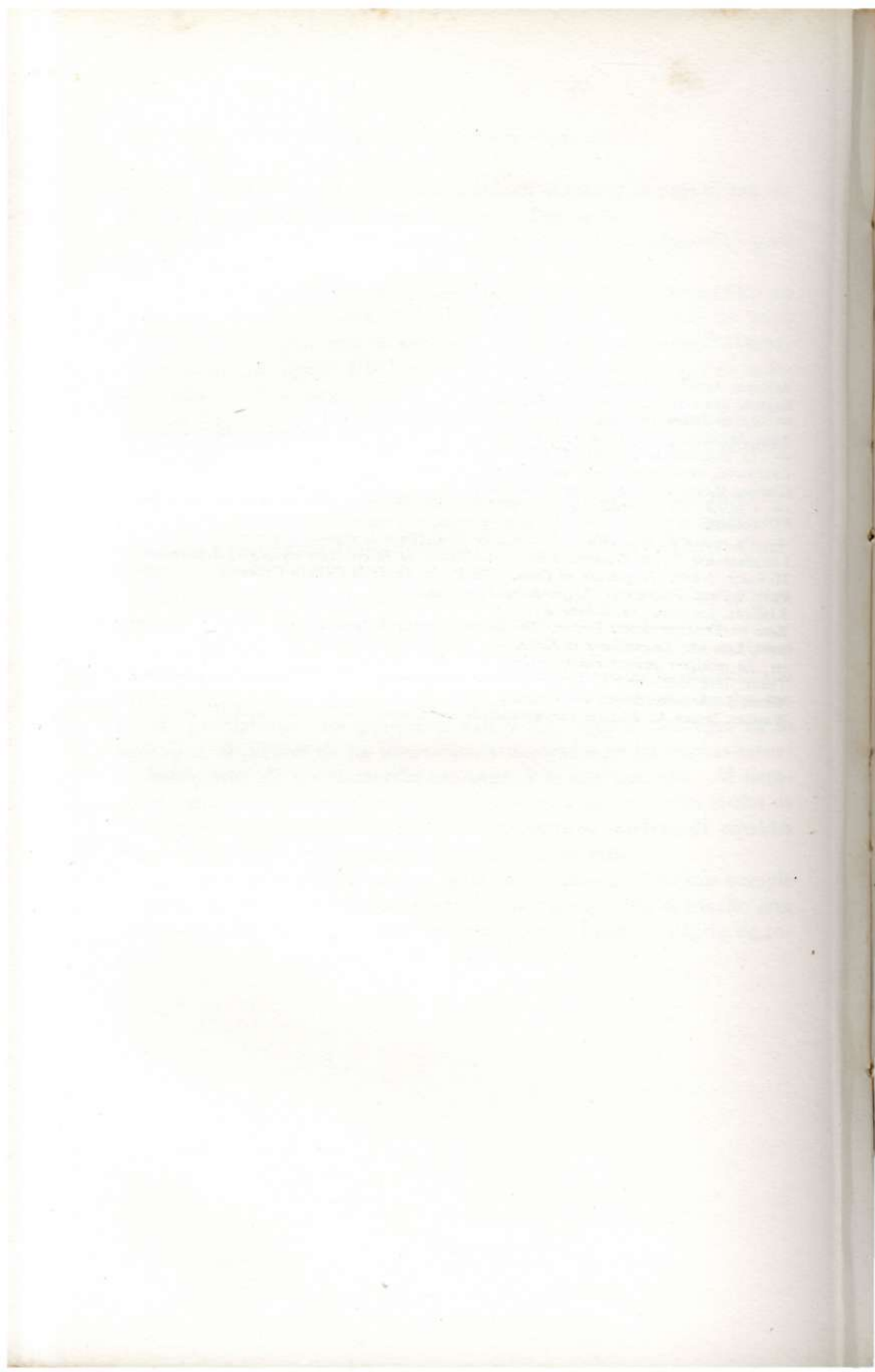
Sea esta la afirmación final de esta reseña que no entra en el gran capítulo del siglo xx porque ya ese no es aún capítulo histórico.

Una floración tan abundosa como original y sapiente, tan artístira en sus concepciones como científica en sus fundamentos, ha patentizado sus excelencias —y a veces sus discutibles audacias también— en las calles de La Habana. En general es válido decir que el concepto de lo funcional, el intento de las innovaciones inspiradas en las nuevas escuelas han producido un extraordinario auge de la arquitectura. Al tiempo que un grupo de arquitectos se afana en adaptar los viejos estilos de mayor genuinidad a las nuevas tendencias, otros se vuelven de espaldas a toda tradición y se dedican a sentar nuevas teorías.

No nos corresponde entrar en examen y análisis. Sólo nos cumple —satisfaciéndonos— constatar el extraordinario impulso, el mucho arte y la mucha ciencia que en estos momentos, para honra y alegría de todos, ha asumido la arquitectura en Cuba.

FUENTES

- ARROYO, ANITA. *Las artes industriales en Cuba.*
- BARROS, BERNARDO G. *Origen y desarrollo de la pintura en Cuba.*
— *La caricatura en Cuba.*
- BENS ARRARTE, J. M. *La Habana del siglo XVI y su admirable evolución social y urbana.*
— *La arquitectura colonial.* (En *Revista de Arquitectura.*)
- CALCAGNO, FRANCISCO. *Diccionario biográfico cubano.*
- CASTRO, MARTHA DE. *Arte cubano colonial.*
— *Contribución al estudio de la arquitectura cubana; algunas ideas acerca de nuestro barroco colonial.*
— *Un ensayo de aplicación de la teoría de Woëlfelin a la arquitectura colonial cubana.*
- LAUDERMANN ORTIZ, GLADYS. *Factores estilísticos de la escultura cubana contemporánea.*
- MAÑACH, JORGE. *La pintura en Cuba.* (En *Evolución de la Cultura Cubana.*)
- PRAT Y PUIG, FRANCISCO. *El pre-barroco en Cuba.*
- RAMÍREZ, SERAFÍN. *La Habana artística.*
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO. *La Habana; apuntes históricos.*
- SOTO, LUIS DE. *La escultura en Cuba.*
— *La escultura cubana contemporánea a través de sus cultivadores más representativos.*
- TORRE, JOSÉ MARÍA DE LA. *Lo que fuimos y lo que somos, o La Habana antigua y moderna.*
- WEISS, J. *Arquitectura cubana colonial.*
- WRIGHT, IRENE A. *Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en el siglo XVI.*



LIBRO QUINTO

LA MUSICA CUBANA EN EL PERIODO
REPUBLICANO

LIBRO QUINTO

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO I

TESIS GENERAL

DE nuestra música, valorada en buena parte dentro del período republicano de la Nación Cubana, apenas podría intentarse su más ligera explicación si no se tomara en cuenta el mucho lastre y peso que sobre ella ejerció la herencia del siglo XIX. Y es que lo moderno propiamente dicho, en este orden cultural, nos llega muy tardíamente, cuando sus corrientes ya habían fertilizado otros campos y se estaba, por así decirlo, de regreso en cuanto a lo nuevo. En ese sentido el siglo XIX en la música cubana fué un siglo largo —como lo llamaría Salazar—, por lo que él se infiltra demasiado dentro de la nueva centuria y determina, en buena parte, el curso de los acontecimientos, creando, más que una etapa de transición, una continuidad poderosa de su tutela y sus valores. Así, la música, en los primeros veinticinco años de nuestro período republicano, gira y se desenvuelve dentro de la órbita de un romanticismo tardío que, en lo tocante a su vertiente culta, y en ésta la obra de largo vuelo, sólo presentaba la veta de la cubanía pura de manera incidental, como a ráfagas, con pinceladas de color demasiado diferenciadas y sin fundirse con la esencia misma del arte más calificado. En tal sentido, digamos desde ahora que, a nuestro juicio, la música cubana todavía está en el crisol pero no nos ofrece, en este instante preciso, todo el oro limpio que fuera de desear. Intentos, a granel; soluciones verdaderas para una gran música cubana de presencia universal por su óptima incorporación a las formas superiores de arte, creemos, de buena fe, que todavía ninguna.

Por eso lo más distintivo habrá que buscarlo en la otra cantera, la inextinguible de lo popular, de donde han brotado joyas preciosas, valoradas por el arte magnífico de sus cultores refinadísimos, que le han dado presencia a nuestra nacionalidad en todos los rincones del mundo entero. Así entonces, mientras no surja el compositor cubano que equivalga en su orientación estética y capacidad creativa, digamos por ejemplo, a lo que Falla representa para la música española, Villa-Lobos a la del Brasil, o Chávez para la de México, superemos, mejor, la calidad de

nuestro arte propio, de aquella música en la que se engarza y funde el caudal de las dos culturas que nos dan fisonomía de pueblo, antes que sancionar con el calificativo de obra lograda lo que sólo es "pasticcio" y obedece a un folklore de acomodaciones.

Aún en ese mismo campo mucho tienen que hacer los compositores cubanos de la hora presente para evitar la continua dispersión de nuestra fisonomía más neta. Cuba, país isleño, absorbido dentro del poderío de aquellos vecinos que casi tocan a nuestras puertas, está cayendo, en cuanto a música se refiere, por no considerar otros factores que no son de nuestra incumbencia actual, en una peligrosa mixtificación que nos resta la pureza diferencial que siempre fué nuestro más claro timbre. Si hacemos un balance limpio y desapasionado entre la calidad de la música cubana que hoy invade los espacios sonoros y aquella otra situada grosso modo treinta años atrás, el saldo no es nada favorable para la primera, descontando, desde luego, los casos de excepción que confirman por demás el nudo de esta tesis. Y esta quiebra no la apreciamos por cuestiones de lenguaje musical más o menos, sino por la falta de esencias puras; y la gravedad del caso llega al punto de producir inclusive la confusión interna, que ya la generación presente no distingue o lo hace mal entre lo proteicamente cubano y propio y lo que sólo es el reflejo diminuyente de la moda de importación.

Al abrirse el siglo xx mucho es de lamentar que se abandonara la tendencia nacionalista en nuestra música tal y como la había dejado planteada Ignacio Cervantes con sus Danzas Cubanas. A cambio de eso era más poderosa la proyección de Espadero con aquel su romanticismo exacerbado, válido y valioso en su momento y circunstancias pero sin razón de ser en el nuevo minuto de la etapa republicana. También pesaba poderosamente el trasunto del gusto operático y a través de este cauce es que se canalizaba la veta nacionalista en su escape hacia las producciones mayores.

En medio de aquel mundo emerge sin embargo una figura de subido relieve cuyas apetencias culturales y artísticas estaban al día con las corrientes de los tiempos: fué Guillermo M. Tomás Bouffartigue.

En 1899 habíase fundado la Banda de Música de la Policía —originalmente el cargo de Director con el grado de Capitán le fué concedido al maestro Agustín Mullor, Tomás figuraba como Supervisor General—, transformada después en Banda Municipal de La Habana, al frente de la cual el maestro Tomás se propuso y supo sacudir la modorra del ambiente artístico que se respiraba. Contaba para ello, además de su propia capacidad en germen, con la calidad incuestionable del

grupo de instrumentistas bajo su mando, algunos de los cuales, por ejemplo Antonio Rodríguez Ferrer, para citar uno solo, eran músicos de mayor hechura. Y esto es lo sorprendente en aquel notable musicólogo cubano, que de aficionado muy distinguido cual era en los años de la emigración y primeros tiempos de la Banda Municipal, dotado en cambio de sólida cultura histórico-musical así como bien impuesto en el campo de las Humanidades, él supo superarse por minutos al extremo de merecer sin regateos aquel calificativo con que le hemos señalado antes, tanto por el saber, que le era consustancial, como por su técnica y práctica musicales. Qué lejos está el Tomás de los *Esbozos de mi Tierra* de aquel otro que al principio de su carrera al frente de la Banda al realizar una orquestación anotaba toda su partitura en Do, fuesen o no instrumentos transpositores, temeroso tal vez de perderse en el mundo de sonoridades concebidas. Y esto que se apunta no va por el lado de lo censurable, sino al contrario, como lección y ejemplo vivos de los que mucho tendría que aprenderse en este minuto actual en que lo "genial" casi parece planta silvestre.

Guillermo Tomás como director dió con su Banda verdaderas lecciones prácticas de historia musical, presentando a lo vivo —en transcripciones, claro está; que no disponía de otros medios— autores y obras de los que hasta entonces sólo se sabía por referencias. En esa actividad francamente educativa su labor fué extraordinaria colocándose al frente de todo el movimiento musical americano. Notables, antológicos fueron los ciclos de conciertos en que dió a conocer el sinfonismo wagneriano, o aquellos otros bajo los títulos genéricos de: *Fases del Género Sinfónico Moderno*, *Las Grandes Etapas del Arte Musical*, *Los Grandes Poetas Tonales*, *Orientaciones del Arte Tonal Moderno*, etc. Y a lo vivo de la acción directa acompañaba Tomás el dato histórico ilustrativo con los folletos-programas —verdaderas monografías de apretada síntesis— en que dejaba para el futuro constancia exacta de la tarea rendida. Hombre de refinada elegancia ésta se traslucía inclusive en la presentación de los materiales impresos; por eso aquellos fascículos mencionados, además de su valor intrínseco, hoy son de mérito inapreciable dentro de la bibliografía musical cubana.

Como compositor en el maestro Tomás vale más su técnica, infinitamente superior a su propia capacidad inventiva. Wagneriano "enragé", a su ídolo le rindió culto en más de una página brillante, así por ejemplo *Sakuntala*, "melólogo en cuatro actos sobre el drama sánscrito de Kalidasa"; para el mismo compuso el poema y la música, acorde, por supuesto, con la tendencia estética de la fusión de las artes que era el ideal del drama lírico germano. Su *Coral y Fuga*, para orquesta, o

La Oración del Creyente, cantata para solo, coro y banda, obras sólidamente construída desde el punto de vista de la forma, eran eso mismo, grandes arquitecturas que quedaban algo atrás por la atmósfera que las informaba. La veta de lo cubano en Tomás, descontadas las tantas obras de circunstancias que debió escribir y escribió por imperativo de su cargo en relación con las obligaciones de tipo cívico que se lo reclamaban, está patente en sus *Tres Danzas Intimas*, para banda; *Esbozos de mi Tierra*, para piano y orquesta; danzas populares como *Piña*, *Mamey*, *Zapote*, o en *Páginas de mi Breviario*. Aunque en todas ellas flota aligera la mejor y más flúida inspiración del compositor, un poco ya de vuelta de aquella densidad con que se asomó a lo que constituía su universalidad, su nacionalismo no alcanza la proyección que Cervantes había sabido darle al suyo propio; de ahí que el empeño del primer Director de la Banda Municipal de La Habana fuese un círculo cerrado en sí mismo del que no se expande luz orientadora.

Además de fundar en 1908 una orquesta sinfónica que le serviría para ensanchar el cuadro de sus actividades, y la que por incomprensión de un ambiente todavía rezagado no logró desgraciadamente la vida regular indispensable, Tomás será siempre recordado por su gran espíritu de empresa del que dió buena prueba al fundar, anexa a la Banda, la Escuela Municipal de Música, el primer centro oficial de su clase en nuestro país que después de sucesivas etapas y transformaciones hoy subsiste con crédito artístico creciente como Conservatorio Municipal de Música y Declamación de La Habana.

Por lo muy estrechamente unido que estuvo al maestro Guillermo Tomás, del que cabe decirse, sin disminución de sus valores, que fué en varias ocasiones su leal consejero, toca mencionar ahora el nombre de José Antonio Rodríguez Ferrer, y para enjuiciarle, nada tan exacto como las palabras del propio musicólogo cubano: "Antonio Rodríguez Ferrer es uno de nuestros más positivos valores musicales por la profundidad de su ciencia y la exuberancia de sus recursos artísticos. . . En sus composiciones se observa el procedimiento de combinar las prácticas armónicas tradicionales con las tendencias de las nuevas escuelas, y, muy singularmente, un constante anhelo de desentrañar nuevas formas e insospechadas combinaciones sonoras dentro de los principios rítmico y tonal". Y refiriéndose a su solemne *Marcha de Concierto*, obra contrapuntística-temática que había ganado las opiniones más lisonjeras en otro tiempo, añade: "¡Notable espécimen de avanzada y vigorosa estética la que ofrece esta sólida creación del maestro Rodríguez! Tuve el honor de reestrenarla desde el escenario del Teatro Nacional, en una de mis últimas series de conciertos de vulgarización, con la Banda Mu-

nicipal de Música que entonces yo dirigía y, ¡treinta y cinco años después de concebida!, resistió airoosamente la influencia de las creaciones de otros autores modernos de fama mundial que figuraban en el mismo programa... Parecía, y aun lo parece hoy, escrita en estos días de 1928". Incuestionablemente, Rodríguez Ferrer manejaba el contrapunto con exuberante soltura y toda su obra es de una franca textura polifónico-instrumental. A este compositor se le debe la *Ampliación y Armonización* de la melodía del Himno de Bayamo, obra declarada Himno Oficial de la República de Cuba. Chocante contrasentido artístico el que ofrece la Constitución vigente, de 1940, al estatuir que el Himno Oficial de la República será el de Perucho Figueredo, con lo que, si se hubiese hecho interpretación rigurosa de ese texto fundamental, habría que desechar el admirable trabajo de Rodríguez Ferrer y quedarnos con una melodía de insuperable mérito histórico pero de muy escaso valor musical. Casi equivaldría a no tener Himno propiamente dicho. Compuso, además: *Gran Marcha Triunfal*, para gran banda, homenaje a la Bandera Cubana; *Martí*, marcha militar, homenaje a la memoria del Apóstol Cubano, único premio otorgado en el certamen del Ateneo y Círculo de La Habana; *Maceo*, marcha solemne; *Marcha Presidencial*; *La Estrella*; *Preludio Temático*, para gran orquesta, primer premio en el concurso de la Academia Nacional de Artes y Letras; *Fantasia en forma de Overtura*, para orquesta y banda, segundo premio en el anterior concurso; *Suite Elegíaca*; *Cubanas*, danzas de concierto y *Gran Cantata a Colón*, para tenor, bajo, coros y orquesta.

José Marín Varona, camagüeyano de nacimiento, muere en 1912, a los cincuentitres años, cuando todavía le quedaba tanto que dar a la literatura musical de nuestra tierra. Alternó con notable éxito conjuntamente con el maestro Modesto Julián como director de orquesta del teatro Albisu. Su pluma, agresivamente combativa, estuvo siempre al servicio de la nacionalidad artística, acaso con apasionada vehemencia. Como compositor fué un fidelísimo intérprete del alma cubana, ofreciendo páginas que sin lograr vuelo supremo eran en cambio joyitas de fluidez, espontaneidad y corrección. Así por ejemplo su zarzuela *El Brujo* y la colección de danzas denominadas *Tropicales*. Marín Varona fué en 1905 el organizador de la primitiva Banda de Artillería, transformada después en Banda del Estado Mayor del Ejército de la República.

En otro orden de actividades y por lo que ellos penetran en el período republicano, no puede omitirse la mención de Emilio Agramonte Piña, verdadero musicólogo, más especializado como pianista y pro-

fesor de canto, que ganó fama y reputación en Norteamérica; José Manuel Jiménez, notabilísimo pianista que conquistó los públicos y la crítica europea. Como compositor formado dentro de la tradición del postromanticismo alemán, produjo obras de factura externa acabada en las que falta sin embargo el gran impulso que le hubiese llevado a las grandes creaciones. Hablamos, por supuesto, de aquellas obras que hemos podido alcanzar, y aunque a veces se ha dicho en relación con su *Sonata* y el *Concierto* para piano y orquesta, compuestos por "Lico" a su regreso a Alemania después de su profunda decepción al palpar las dolorosas realidades del ambiente cubano, que dichas obras no añadirían gran cosa a la tradición musical de la isla, sí cabe afirmarse, después de haber examinado una partitura, en versión para banda, realizada por el maestro Tomás, de su *Estudio Sinfónico*, que Jiménez debió dar en sus últimas producciones mucho más de lo que su talento había dejado en obras pianísticas tales como el *Valse Caprice*, *Elegía* o *Solitude*, que en aquel Estudio, un poco a la sombra de los otros de título similar de Schumann, sí hay, en medio de su forma elusiva, verdaderos gérmenes de trabajo temático susceptibles de una definitiva concreción sinfónica. Claudio José Domingo Brindis de Salas, José Silvestre White Laffite y Rafael Díaz Albertini Urioste, desaparecidos, respectivamente, en 1910, 1918 y 1928, forman una trilogía brillantísima de violinistas que conquistaron con su arte para la tierra cubana más honores, gloria y prestigio que los que se han acumulado en cincuenta años de amabilidades diplomáticas, descontando, desde luego, en este sector aquellos casos de verdadero talento y capacidad.

La tradición del Maestro de Capilla que entre los músicos cubanos la inaugura en el siglo XIX Laureano Fuentes y Matons, en la capital de la provincia de Oriente, como violinista y compositor, la recoge y continúa superadamente en La Habana Felipe Palau, adscripto a la Iglesia Catedral. Su plaza de organista la gana por oposición en reñidísima justa a la que concurrieron músicos notables que ocupaban posiciones similares en otras iglesias de México y Centroamérica. Instrumentista notable, aún recuerdan los viejos habaneros amantes de la buena música aquellas audiciones dominicales de Palau en que las fugas de Bach parecían escapadas de un arpa eólica de sonoridades sublimes. Como compositor su tarea estaba centrada por supuesto dentro del ámbito de sus actividades como Maestro de Capilla, por lo que siempre produjo, principalmente, a tono con esas mismas exigencias. El autor recuerda como una de sus impresiones más imperecederas la audición de una *Salve*, original de Don Felipe, concebida con todo el rigor y equilibrio de los grandes polifonistas al tiempo que con la más lozana y fértil

emotividad. Lástima grande que la producción de este notable organista cubano no se haya conservado o al menos no sea accesible al juicio de la posteridad.

Cuando en Cuba se habla de los más genuinos cultores de la música típica, entendiendo por ésta no la canción arrabalera, sino la música de más fina esencia expresada en el lenguaje musical más correcto, el nombre de Jorge Anckermann viene en primera línea. Caso verdaderamente excepcional de fecundidad, Anckermann, en su labor prolongadísima como teatrista dentro del llamado género cubano, ha producido con caudal inextinguible positivas montañas de música y en todas se aprecia una fluencia melódica más allá de lo concebible. Como es lógico suponer, adaptado a un género fácil sin grandes apetencias artísticas —la actitud francamente superativa de Roig, Lecuona y Grenet constituye nota aparte—, cabría pensarse que la producción de Anckermann está informada de simplicidad y ligereza, sin embargo, en medio de lo mucho circunstancial abunda también lo que es modélico dentro de lo típico cubano. Enumerar su producción es tarea punto menos que imposible, tal es la superabundancia de los títulos de sus composiciones. Sin embargo, cuando se quiere exponer buen ejemplo de la “guajira” y de la danza cubana en manos de los compositores actuales, éstas se asocian inseparablemente a estas dos joyas de nuestro tesoro musical: *El Arroyo que Murmura y Riendo y Llorando*, respectivamente.

Luis Casas Romero es otro nombre valioso entre la gama de los folkloristas cubanos; su inventiva corre a la par que su técnica en un centenar de producciones, desbordantes, todas ellas, de la más limpia cubanía. Casas Romero, además de cultivar los géneros típicos tradicionales de nuestro cancionero, él supo enriquecer este acervo creando uno nuevo, el de la *Criolla* que se asocia en seguida al título de *Carmela*, la primera que compuso dentro de esa modalidad. Pero su tarea de compositor no la limitó al cultivo de lo típico exclusivamente, sino que también abordó los caminos de la suite y del poema sinfónico, realizándolos éstos dentro del panorama sonoro de que él disponía más a mano: la banda; Casas fué hasta su muerte, y durante más de treinta años, primero Subdirector y luego Director del cuerpo de música del Estado Mayor del Ejército. Mencionar su nombre es unirlo indispensablemente a *El Mambí*, esa límpida gema del cancionero cubano en que la espontaneidad melódica se desborda y la emoción de la Patria cobra acentos patéticos. Como instrumentista Casas fué un virtuoso de la flauta, con lo que su nombre se empalma al del maestro Modesto Fraga —sucesor que fué del maestro Tomás en la dirección de la Banda Municipal de La Habana—, para continuar en línea ascendente hasta

la figura cimera y excepcional de Juan Roberto Ondina, ese superflautista cubano contemporáneo que desde su atril en las Orquestas Sinfónica —donde se hizo músico— y Filarmónica ha sido el asombro de cuantos directores consagrados —y ya van muchos— han subido al podium.

Moisés Simons, Eliseo Grenet y Ernesto Lecuona forman un trípode vigoroso sobre el que la música cubana ha subido a alturas sumamente apreciables. Centrados los tres dentro del molde típico, lo esencialmente cubano ha fluido con fecundidad y belleza excepcionales, elevándolo, al propio tiempo, por la corrección de su lenguaje y lo exacto de la forma, al rango de pequeña obra de arte. Los tres han cultivado con marcado éxito el género teatral, manifestación, entre nosotros, algo expansionada de lo típico propiamente dicho, y en esa empresa, conjuntamente con Gonzalo Roig —cuya *Cecilia Valdés* se ha calificado muy justamente como el “capolavoro” del género lírico cubano—, han dejado un caudal enorme de bellezas apreciables. Pero mencionado el tópico del teatro cubano no podemos dejar de expresar una queja frente a un género dramático que todavía sigue discurriendo, en lo que al drama propiamente dicho se refiere, dentro de la órbita de lo primario. Y en esto la música aventaja muy subidamente a los valores del libro, que nuestros compositores han abordado con una visión mucho más amplia y acertada. Y dejamos dicho que nuestro teatro sigue discuriendo dentro de la órbita de lo primario porque la tónica general —claro que hay casos de excepción, lo es la propia Cecilia Valdés cuyo libro se basa sobre la novela del mismo nombre de Cirilo Villaverde— es sólo la del teatro de entretenimiento, sin haberse planteado todavía la más exacta problemática cubana en toda su dimensión social. Y no es que el comentario plantee la inutilidad de aquella manifestación, lo que se reclama es su exceso de singularidad, que ella debía ser, con todos sus valores, una *modalidad* dentro del panorama genérico de nuestro teatro. Cabe hacerse honrosa distinción del teatro no musical donde sí tenemos por lo menos muestras muy vigorosas y aciertos muy logrados de una verdadera dramática cubana.

Para enjuiciar, de entrada, los supremos valores de José Mauri Esteve, músico y compositor cubano, que lo fué enteramente por su obra, dedicación y sentimientos, no importa la incidencia de su nacimiento —Valencia 12 de febrero de 1856—, nada mejor ni más exacto que esta anécdota relatada por Edwin T. Tolón y Jorge A. González en su libro valioso *Operas Cubanas y sus Autores*:

“Estando un día sentados en un café habanero frente al Parque Central, el compositor Ignacio Cervantes y su hijo del mismo nombre,

acertó a pasar por los portales un individuo de regular edad, aspecto humilde y ropas maltratadas.

"Cervantes lo contempló un instante, movió la cabeza con aire de pena y le dijo a su hijo: —*Ves ese hombre...? Es Mauri, el músico más grande de Cuba.*"

Para atestiguar la veracidad del dato, añaden los autores: "Esta anécdota, que nos la relató poco antes de morir el hijo del autor de las *Danzas Cubanas*, es el mayor elogio y el mayor tributo que se puede rendir a la memoria del inspirado compositor que tejió las bellas melodías para la ópera más genuinamente cubana que existe: *La Esclava*".

En efecto, sin rebajarle valores a los demás operistas cubanos, es justo reconocer que la obra de "Pepito" Mauri es aquella en que lo cubano discurre con más vigorosa razón de pueblo. La trama dramática, de Tomás Juliá, está muy lógicamente concebida y desarrollada y los caracteres tanto como la tipología, así la principal como la accesoría, obedecen en todo a la más pura esencia nuestra. En cuanto a la música, descontadas algunas concesiones a favor de lo tradicional de ese género que dondequiera se sitúe es italiano en la médula, siempre busca —y la encuentra— lo popular cubano en todas sus formas, tejiéndolo inteligentemente dentro de la lógica discursiva de lo sonoro y no como brochazos hirientes. La "rumba", el "danzón", etc., obedecen en manos de Mauri, en esta obra, como ingredientes de un panorama distintivo, y si el compositor recurre, como le era ineludible, al dato estrictamente folklórico en determinadas situaciones, éste ya no es un folklore de apriamiento y trasplante, sino el otro de original concepción. Tal y como era Mauri, descreído y escéptico —no por voluntariedad, sino por las muchas magulladuras de la vida—, *La Esclava* no alcanzó el premio en el concurso convocado por el empresario Adolfo Bracale en la temporada de 1917-1918, porque la partitura, a juicio del tribunal, no estaba en condiciones de ser analizada in extenso, que sólo contenía una guía del total de la obra. Cuba está en deuda con este eminente compositor y ningún tributo más justiciero en esta oportunidad del Cincuentenario de la República que ofrecer por lo menos una digna representación de *La Esclava* para conocimiento de la generación actual que por ignorancia habla de una revalorización del folklore cubano pretendiendo situarlo solamente en fechas recientes que casi tocan a nuestras puertas. Mauri se merece el homenaje de la República que sería el homenaje de sí misma. Pero el compositor no limitó su esfera de acción dentro de la ópera ni tampoco en el campo de lo popular donde produjo copiosamente. En este último sentido siempre habrá de recordar los danzones de Mauri que son arquetípicos en su género, habane-

ras, guarachas, boleros, etc. Entre sus títulos de ese sesgo no se puede omitir, por ejemplo: la *Serenata Cubana*; *A una Coqueta*, habanera; *Blanca, Parda y Morena*, danzón, o el *Himno a La Avellaneda*. En el orden de la música sacra compuso innumerables obras, todas soberbias y vigorosas de factura al tiempo que de la inspiración más sublime y elevada, pero sobresale muy marcadamente su *Misa de Requiem* para solistas (tenor o soprano y barítono o bajo) coros y orquesta. Si de ella se ha dicho que a veces el autor no puede refrenar el torrente de su vena dramática, eso no va en detrimento de la obra en sí aunque pugne un poco con el contén ascético que fuera de desear si recordamos las estipulaciones del "motu proprio". Después de todo, la Misa en sí menor de Bach o la Misa Solemne de Beethoven ¿no sobrepasan también el marco y límite de la música litúrgica propiamente dicha? Y ¿qué censura sana puede hacérsele a la obra de Mauri en una Iglesia como la nuestra, muy amada, que en lo tocante a música ha estado siempre informada de la profanidad más estrepitosa? El autor no podrá olvidar nunca la audición de la Danza número cinco (Playera) de Granados en una ceremonia nupcial celebrada en la Catedral Metropolitana de La Habana, ni las tantas veces que en ocasiones "solemnes" del mismo tipo en nuestros templos suena y resuena la Marcha de Lohengrin. Justo es sin embargo señalar una excepción, la que representa la Capilla de los RR. PP. Franciscanos, cuidadosos —hasta donde lo posible es posible en Cuba— y estrictos conservadores de la más pura tradición musical sacra. Permítaseme al respecto, dentro de esta misma coyuntura, y aunque ello sea una consciente digresión, señalar ahora la obra creativa y activa de dos notables compositores y organistas de esa Orden, los PP. Estanislao de Sudupe y José Arrúe, quienes por su arraigo en Cuba, y el primero, además, por una buena parte de su formación, yo diría que nos pertenecen por entero. Sudupe ha compuesto, descontadas las obras menores, las grandes creaciones siguientes: *Sanctus Franciscus*, Misa solemne; *Stabat Mater*, para solos, coro y órgano; *Aleluya* y *Estampas Navideñas*, verdadera obra de carácter esta última sobre el episodio de la Natividad. En todas está presente el compositor de alta escuela para el que técnica y creación son valores inseparables. Arrúe como compositor es de una ternura conmovedora que sabe dar con una sola frase melódica toda la ambientación extática con que él concibe la música al servicio de Dios y a la gloria del "poverello". Buena prueba son estos dos títulos suyos: *Salve y Bone Pastor*.

Para rematar esta nota sobre José Mauri, digamos, como final, que el género sinfónico no le fué ajeno, pero, claro está, se trata de un sinfonismo desbordante de luz, derrochador de ideas, impregnado de bri-

sas tropicales. Su paleta orquestal tiene y resume todas esas características y en todo momento sus partituras son buena prueba de su dominio de los timbres instrumentales, en lo que, a nuestro juicio, y visto Mauri en su momento y circunstancias, muy pocos ejemplos, aún actuales, se le pueden igualar. En un camino mucho más avanzado y moderno —no en balde él es de “hoy” y ha bebido sabiduría en el estudio profundo y continuado de los grandes cinceladores del sinfonismo de todas las épocas— hay que situar a Gonzalo Roig, el orquestador por excelencia de todos los tiempos. José Mauri nos dejó obras tan sólidas como las siguientes: *Grandeza y Locura de Don Quijote* y *Serenata de Dulcinea*, poemas sinfónicos para gran orquesta, laureados con el primero y segundo premios en el certamen auspiciado por el *Diario de la Marina*, en 1902, en ocasión del Tercer Centenario de la obra inmortal de Cervantes. *Los Gnomos de Moncayo*, poema sinfónico también; *Adagio*, a gran orquesta, obra que mereció de nuestro Ignacio Cervantes los más vivos elogios; *Sinfonía en La Mayor*, más bien obertura; *La Alhambra Ideal*; *Gran Himno*, a tres voces, coro y orquesta, etc.

Rafael Pastor Marco, músico español que en Madrid había sentado plaza como bajo cantante y compositor adscrito a la Real Capilla, llegó a Cuba en 1896 y en seguida se hizo notar por lo que de renovador tenía para nuestro ambiente religioso-musical su familiaridad con la literatura europea del género sacro. Así las ingenuidades de Eslava o de Calahorra pasaban a un segundo plano frente a la propia obra de Pastor que aunque vertida dentro de los moldes wagnerianos, no dejaba de ser descubridora de nuevas bellezas, insospechadas dentro de una curia, importada en su mayoría, cuyo denominador común era aquel de Misa y Olla. Más de un centenar de títulos débense a Pastor en el género religioso, entre lo que sobresalen los oratorios *La Aparición del Salvador* y *Resurrexit*, obras moldeadas dentro de una rigurosa lógica tonal y que denotan en el autor un buen equipo técnico aunque hoy se pueda discrepar de su estética.

Caso verdaderamente formidable de superación artística el que representa Eduardo Sánchez de Fuentes, tan querido para nosotros, el musicólogo consagrado, el compositor reverenciado, quien a pesar de haberle rebatido públicamente su tesis de la “aborigeneidad” de la música cubana enfrentándole la otra que plantea el feliz maridaje de la doble raíz negra y española, supo tener —cosa rara en nuestro ambiente— la alta elegancia espiritual de conocerla sin resentimientos y, lo que es más, de estrechar con el autor con una sincera y limpia amistad que culmina cuando el maestro Gonzalo Roig, miembro ya de la Academia Nacional de Artes y Letras, le sugiere a Sánchez de Fuentes

y él la acepta complacido, nuestra candidatura para cubrir una vacante en la Sección de Música de ese alto organismo cultural cubano.

Sánchez de Fuentes, sin cuyo nombre no hubiera podido hablarse de la música cubana en ningún estudio responsable con sólo haber escrito las páginas inmortales de su "habanera" *Tú*, o haber continuado cultivando el género de la canción cubana con esa elegancia depurada que tanto le distingue, fué, a pesar de su gloria temprana, un estudioso infatigable de la música en sus consecuencias más trascendentes. Así el glorioso cantor de la "canción sin palabras", que eso fué aquella habanera por antonomasia antes de que un mero incidente la bautizara con el nombre que ha recorrido todos los confines del mundo, se desbordó a sí mismo enfrentándose airoso con las creaciones de largo vuelo y, entre éstas, la ópera fué el campo que le era más consustancial. Melodista por naturaleza, Sánchez de Fuentes quiso siempre, y lo logró en buena medida, actualizarse en su técnica y lenguaje armónico-sonoro, pero sin apartarse —y ello no es defecto— de su rígido concepto de la unidad tonal.

Una muestra temprana y muy lisonjera de sus posibilidades como compositor en gran escala ya la dió en 1898, a los veinticuatro años, al escribir una ópera nacional con argumento y libro de don Rafael Fernández de Castro. Lo "nacional" en *Yumurí*, si así puede llamársele, radicaba solamente en la anécdota dramática, un incidente hipotético de la época de la conquista que habría de informar desde afuera un cierto "indigenismo" musical que en Cuba nunca tuvo vigencia. Con todo eso *Yumurí* fué el bautismo de fuego, muy cristianizado por cierto, de un compositor que, aunque novel, captaba bien el contenido dramático de cada situación escénica al servicio de la que ponía todo el caudal de su inspiración ancha y generosa.

En 1901, otra ópera, *El Naufrago*, libro de Eugenio, el hermano mayor del compositor, sobre el *Enoch Arden* del poeta inglés Alfredo Tennyson, planteaba la total y fervorosa adscripción de Sánchez de Fuentes a la escuela verista italiana, y para que no faltara ningún detalle aquella ópera "debía" cantarse y se cantó en italiano según la versión del señor Biaggi, *il fedele traduttore*. Con todos estos antecedentes no hablaremos, pues, de nacionalismo y menos de cubanía en esta ópera, la que, sin embargo, objetivamente juzgada, demuestra un formidable adelanto en el compositor y con respecto a *Yumurí*.

La culminación del "verismo" en Cuba y también en toda la América, la ofrece el compositor en 1910 con *Dolorosa*, idilio trágico en prólogo y dos actos, sobre libreto de Federico Uhrbach, obra ésta en la que el músico no pudo salvar al dramaturgo del maremagnum en que



UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA. La Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva —la primera Universidad privada en la historia de la República de Cuba— inició sus labores el día primero de octubre de 1946, bajo la dirección de los Padres Agustinos de la provincia norteamericana de Villanova, estado de Pennsylvania, Estados Unidos de América. El flamante y progresista centro docente debió su establecimiento al celo y dinamismo del infatigable P. Lorenzo Spirali, O.S.A., y a la generosidad de un grupo de familias cubanas amantes de la enseñanza católica.

El grabado reproduce una vista de la Capilla y del edificio central de clases, construídos bajo la dirección de los arquitectos Mira y Rosich. En primer término, la estatua de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia y Padre de los Pobres.

se debate la trama. Por el vigor de la música, a pesar de las influencias que en la misma se han señalado y un cierto desnivel en la totalidad de la concepción, *Dolorosa* tuvo el honor de ser estrenada en Turín, en 1911, desde luego con un libreto transformado y refundido, de Gustavo Macchi, que cambiaba inclusive la situación cronológica del original. El éxito fué más que promisorio, lo que vale mucho más en un ambiente totalmente ajeno al compositor. *Dolorosa* fué por mucho tiempo, a pesar de otros trabajos del autor, una de sus partituras más atrevidas y revolucionarias, a tono por supuesto con aquella actualización de que hablamos al comenzar la exposición sobre Sánchez de Fuentes.

Con *Doreya*, estrenada el 7 de febrero de 1918, ópera que ganó el concurso mencionado al hablar párrafos arriba de José Mauri, como bien dice Alejo Carpentier en su libro *La Música en Cuba*, Sánchez de Fuentes "rehizo *Yumuri*", quiere decir que vuelve sobre su amada tesis del indigenismo musical. Esta vez la trama dramática se le debe a Hilarión Cabrisas, el vigoroso poeta de *La Sombra de Eros* y desgarrado cantor de *La Lágrima Infinita*. La música, tratando de verificar el nudo de la tesis aborígen, recurre inclusive a lo arqueológico-musical con la falla lamentable de la falta de autenticidad.

Unos meses después del estreno de *Doreya*, Sánchez de Fuentes concluía otra partitura operática, *El Caminante*, poema lírico en un acto de Francisco Villaespesa. La obra fué estrenada en La Habana el 7 de junio de 1927. Acaso por el propio asunto del poema, *El Caminante*, de ambiente místico e inspiración religiosa, parece ya un retorno del compositor de aquellos sus adentramientos veristas. Esta partitura es tal vez la que ofrece más unidad y coherencia musicales de todas cuantas haya compuesto su autor, a lo que el libro contribuye poderosamente, que en un solo acto bien concentrado y de fino hilván no hay escapatoria que favorezca las tantas digresiones casi naturales a que suele dar lugar la ópera. Por lo que a la música se refiere ella está siempre a la misma altura de la ternura espiritual que informa el poema.

Aparte de las producciones en este campo operático, Sánchez de Fuentes abordó el oratorio con *Navidad*, el ballet con *Dione* y la cantata con *Anacaona*, en la que reincide, y era lógico, el asunto del autoctonismo musical elevado ahora a sus últimas consecuencias con la intercalación del "areito de Anacaona", único asidero de la tesis indigenista que ya la investigación moderna había cancelado por ser un dato corrupto e inexacto. Sánchez de Fuentes, que además de músico y abogado poseía una péñola bien pergeñada, abordó con alta elegancia lite-

raria el ensayo musicológico, dejando también en ese campo títulos muy numerosos en que sostiene, principalmente, sus personales puntos de vista en relación con nuestro cancionero.

El último gran empeño del maestro fué su ópera *Kabelia* (1942), en prólogo y dos actos. Fué su canto de cisne después de veinte años largos de silencio en ese orden de producciones, que Sánchez de Fuentes quiere demostrar la perennidad de sus capacidades creativas. Para ello, cual un Wagner reencarnado, compone su propio poema, una leyenda hindú un poco discutible y extemporánea, y en seis meses, trabajando con pulso febril, la mayor parte del tiempo sobre su mesa arrinconada en la biblioteca de la Academia Nacional de Artes y Letras, concluye la partitura, pese a los intolerable de un radiorreproductor que a perpetuidad "entreténía" a unos muy amables convecinos.

Una vez más, con *Kabelia*, Sánchez de Fuentes quiso "ponerse al día" componiendo una ópera "moderna". ¿Logró su objetivo? Sinceramente, creemos que no. Lo moderno en música, como en toda manifestación artística, no es sólo una actitud ni puede sostenerse únicamente por cuestiones de lenguaje o introducción voluntaria de procedimientos. Se es de hoy por convicción, por raíz íntima y hasta por organización intrínseca; ante todo la idea, el concepto medular, luego vendrá la exteriorización formal. Ese fué el pecado de *Kabelia*, que por lo demás no es más capital que otros tantos sancionados favorablemente. Y esto fué lo doloroso y lacerante del estreno de la ópera, obra que por su empeño pudo y debió ser enjuiciada, aun adversamente, y, sin embargo, sólo mereció el silencio más pavoroso de esos ríos de tinta y papel que a diario comentan hasta la feliz intervención de un cirujano en un caso de vulgar tonsilitis. El empeño postrero de Sánchez de Fuentes, su obra total siempre al servicio de los más limpios empeños artísticos merecía otra recompensa. Tenga al menos en esta nota la inconformidad sincera, en relación con *Kabelia*, de quien siempre le medirá por el conjunto de obra valiosa y ejemplar y no por las fallas tan naturales en todo aquel que tiene la honradez de dar a la luz los brotes limpios de su pensamiento.

En un panorama abarcador de nuestra música nunca podrá faltar la referencia inevitable a la música de los trovadores, ese tesoro de arte creado por aquellos melodistas espontáneos que, abrazados a sus guitarras, han sembrado toda Cuba con la simiente más pura de lo que en verdad representa lo más neto y genuino del alma popular. En esas canciones, nacidas muchas veces al calor de las emociones más directas

y primarias o bajo el manto estelar de un cielo en franca madrugada, hay que beber, sin duda, el vino que tiene más sabor de cubanía fresca, exenta de contaminaciones.

Entre esos trovadores hay que distinguir dos grupos: uno, el de los que, en otro tiempo, en calidad de "cantadores" centraron sus trovas alrededor de la interpretación de un repertorio tradicional y típico cayendo en lo creativo no de manera sistemática; otro, el de los que enriquecieron el cancionero cubano dejando páginas de eterna belleza. De los primeros hay que hacer cita indispensable, por ejemplo, de: Regino y Colombo, duo que formaban Regino López y Adolfo Colombo, o el de este último con Pilar Jiménez, consagrados ambos dentro del género teatral, o con Susana Mellado, en idéntica proyección. Floro Zorrilla y Miguel Zaballa formaban aquella otra pareja inolvidable de cantadores que toda Cuba conocía por Floro y Miguel; posteriormente Floro hizo duo con Juan Cruz y Miguel con Pepe Luis, notable "falsete" éste a la vez que "clavero" sin par. El Galleguito (Parapar) e Higinio, y Ferola y Parapar fueron dos magníficas muestras de este arte un tanto juglaresco. Pancho Majagua (Francisco Sabo) con Miguel Zaballa integró el duo Pancho y Miguel, así también con Tata Villegas y con Manuel Corona, el notable melodista. Otros duos famosos fueron los de Nicolás Núñez y Juanito Valdés, Bienvenido León y Juan de la Cruz, Ballagas y Montalván, los Hermanos Enrizo (Joaquín y "Nené") y el de María Teresa (Vera) y Zequeira. Otros grupos mayores fueron el Cuarteto "Nano" que lo integraban: Ballagas, Bienvenido León, Carballo y "Nano" León, y el Trío Habana con las guitarras y voces de Rosendo Ruiz, Enrique Hernández y Emilio Betancourt.

Toda aquella tradición, en su mayor parte hoy desaparecida, tiene sin embargo una continuidad llena de nostálgicos encantos en los duos de María Teresa (Vera) y Hierrezuelo y en las Hermanas Martí ("Cuca" y Berta), heredera ésta del mejor estilo guitarrístico cubano que caracterizó el acompañamiento de nuestra música y tasunto las dos de aquel arte en lontananza.

Por la fama individual que cada uno supo ganarse hay que hacer el recuento de: Pepe Bandera, Emiliano Blez, Pepe el Cubano, El Trova, el famoso Dorila y Félix Cobo. Cuando se habla de los guitarristas cultivadores de esa modalidad trovadoresca cubana hay que situar en primer término a "Guyún" (Vicente González Rubiera), verdadero virtuoso dentro del género.

De la legión inmensa de trovadores-compositores, en primer término, el decano, Sindo Garay, reliquia que en este instante preciso se nos apaga ya como una luz mortecina. De su vena, flúida como pocas,

son estos títulos imperecederos: *La Tarde* (bolero); *Guarina*, *Africa* y *Perla Marina* (canciones); *El Erial* que junto al primer bolero mencionado es una joyita dentro de esa forma tan cubana; la famosa "clave" patriótica *A Maceo*; las guarachas *Cuba tus hijos lloran* y *La mulata de Oriente*; la rumba *En qué parará la cosa caballeros* y *La Bayamesa*, que ha recorrido todas las latitudes.

Manuel Corona, el delicadísimo cantor de *Longina* (canción) y *Mercedes* (criolla), ha dejado estas otras preciosidades: *Carmela*, *Mi pecho y mi alma*, *No tienes corazón*, *Las flores del Edén*, o las rumbas y guarachas tan sabrosas como: *Sube la loma San Martín*, *El que quiera azul celeste*, *El Servicio Obligatorio*, etc.

Alberto Villalón ha visto el cincuentenario de su canción *A Martí*, la primera trova dedicada en nuestro cancionero al Apóstol egregio, nacida en la histórica barbería de Guayo, y nos deja muestras tan notables como *Guajira*, excepcionalmente bella; *El triunfo del Bolero*, *Mis anhelos*, *La palma herida*, *Me da miedo quererte* y muchas más. Villalón tiene que ser acreditado como el introductor en La Habana de un estilo guitarrístico netamente oriental que se conoce con el nombre del "rayado" y que es peculiar del acompañamiento del bolero.

Rosendo Ruiz, fino espécimen de artista y caballero, ha compuesto: *Mares y Arenas*, clave magistral; *Junto al Cañaveral* (guajira-son); *Se va el Dulcerito* (pregón); *Confesión* (canción); *No quisiera olvidarte* (capricho cubano); *El Maine* (rumba), entre otras.

De Miguel Matamoros, ese fidelísimo intérprete del alma cubana que con su famoso trío ha impuesto con calidad de obra de arte la nacionalidad de nuestra música, es esta apretada referencia: *Mamá son de la loma*, *Lágrimas Negras*, *El que siembra su maíz*, *Olvido*, *Promesa*, *Advertencia*, etc.

Miguel Companioni, ciego, de Sancti Spíritus, es autor de *Mujer Perjura*, página antológica de nuestro cancionero.

Floro Zorrilla y Juan Cruz, notable "segundo", mencionados antes dentro del primer grupo, dejaron también hermosas muestras de su creación, así: *Martí* y *Maceo*, de Floro; *El Nuevo Tamalero*, *Bella María*, *Mi Confesión*, *Bajo el Arbol del Mamey*, de Cruz.

Una canción fué famosa en esa misma época, *La Cleptómana*, creación del popular cuarteto Luna.

En nuestros días prosiguen la tradición del género trovadoresco cubano, además de algunos de los mencionados que por suerte constituyen documento vivo —como Villalón, Rosendo Ruiz y Matamoros, Servando Díaz, figura principal del trío de su nombre, y "Ñico Saquito"—.

Música llena de gracia y hasta pimentosa la de estos creadores, pero en la que con facilidad se rastrea una cierta influencia producto del cosmopolitismo que actualmente nos invade. Y dígase para final, en honor de aquellos trovadores cubanos que forman lo más puro de nuestra tradición, que además de la calidad cubanísima de su música, ésta estuvo siempre al servicio de una poética fácil, bella, elegante y bien construída, lo que no constituye por hoy, salvo excepciones, el mérito primordial de nuestro cancionero.

CAPÍTULO II

EL MOVIMIENTO SINFÓNICO EN CUBA

SI en materia de arte puede hablarse de héroes o de titanes, no hay duda de que al enfocar este aspecto de nuestra cultura musical ese es el apelativo exacto que conviene a cuantos en Cuba, luchando contra todas las corrientes de la apatía y el desinterés, han logrado imponer una verdadera conciencia al respecto. Entre aquellos héroes hay que señalar, además, a los que tuvieron por primera vez la conciencia de la cosa, a los fundadores, a los que, cual nuevos almirantes, se lanzaron en frágiles embarcaciones a remontar las olas más encrepadas, con tal de darle a la patria la institución de arte que la cultura general de nuestro pueblo reclamaba, no tanto como vocación absoluta y perentoria como por la propia dignidad del empeño, sentido y acariciado en el alma romántica y soñadora de una minoría por demás superdotada.

Desaparecida la primitiva Sociedad de Conciertos que bajo la dirección del maestro Modesto Julián y también de Agustín Martín, se esforzaba, en los primeros balbuceos de la República, por implantar una modalidad hasta entonces desconocida en Cuba, la de los conciertos de tipo sinfónico —que por lo demás no eran tan sinfónicos a juzgar por el contenido de sus actuaciones—, sin pasar de lo esporádico hasta su total esfumación; vencido también el maestro Guillermo Tomás en aquel intento suyo de 1908 y sin éxito la propuesta de Hubert de Blanck interesando al Alcalde de La Habana en el proyecto de fundar una orquesta sinfónica municipal cuyo costo de mantenimiento hoy lo consideraríamos irrisorio, el pabellón de la dignidad artística fué recogido y levantado por un grupo de magníficos instrumentistas que alrededor del maestro Gonzalo Roig Lobo hicieron causa común hasta lograr, en julio de 1922, la fundación de la Sociedad de Conciertos de La Habana y su anexa Orquesta Sinfónica que ofreció su primer concierto el 29 de octubre del mismo año, en el Teatro Nacional. Cuanto había de valer entre los instrumentistas cubanos, y era mucho, se puso al servicio de la noble causa, sin otra aspiración —la más alta y desinte-

resada— que la de elevar el nivel artístico del país con el medio idóneo a las mejores obras de la literatura universal de la música. Si los nombres de Ernesto Lecuona —el primer solista que presentó la Orquesta—, Joaquín Molina —concertino—, Antonio Andraca —clarinetista consumado—, David Rendón, Antonio Bustamante, Modesto Bravo, Mauricio Ortega y tantos otros de igual prestigio y entusiasmo cuya mención se hace imposible en esta apretada referencia, se unen indisolublemente al del maestro Roig, hay otro, perdido en el anonimato de estas interioridades, que tampoco puede ocultarse. Nos referimos al glorioso pedagogo y compositor Hubert de Blanck, uno de los primeros benefactores de la empresa cubana que además de suscribirla entusiasmado con la especie monetaria disponible puso en manos del Director de la Orquesta un buen caudal de su propia biblioteca.

A los dos años de fundada la Sinfónica, el 8 de junio de 1924 aparecía en el propio escenario del Teatro Nacional otra entidad similar, la Orquesta Filarmónica, bajo la dirección del compositor español Pedro Sanjuán Nortes. Este nuevo organismo en el mundo musical cubano era un desprendimiento temprano del otro tronco matriz que representaba su antecesor; dícese, por una parte, que cuestiones de estética fueron las determinantes; afirman otros que un afán de aprovechamiento insatisfecho por parte del director español recién llegado a nuestra tierra derivó en la institución de la otra orquesta antagonica. El hecho es muy cercano, los personajes que intervinieron en su desarrollo todavía se codean a diario (con excepción del maestro Sanjuán, radicado hoy en Norteamérica) y falta perspectiva y hasta objetividad históricas para juzgar adecuadamente. Lo cierto es que ambas entidades entraron en noble competencia y hasta rivalidad artística, la Sinfónica conservando el grueso de los mejores instrumentistas, la Filarmónica —con las excepciones muy honrosas— supliendo con esforzado entusiasmo lo que faltaba en su realidad práctica.

Si examinamos las programaciones de una y otra orquesta a lo largo de sus años de combatividad, sí se aprecia una divergencia de tendencias: la Sinfónica cultivando principalmente las escuelas clásica y romántica y algunos compositores-puentes a lo moderno; la Filarmónica abundando en el campo de lo actual o por lo menos de lo más desconocido.

La Orquesta Sinfónica fué siempre un vivero de músicos, facilitándoles el camino del perfeccionamiento a cuantos instrumentistas y compositores, huérfanos de todo campo, reclamaban su sombra a la que crecer artísticamente.

Porque él fué un producto neto y legítimo de la Orquesta Sinfónica a la que amó más allá de su propia vida, es deuda de espiritualidad y justicia traer aquí el recuerdo imperecedero de Virgilio Diago, violinista concertino de supremos valores para quien la vida le fué látigo constante e implacable hasta arrebatarlo presa de la más conmovedora desesperación. Si alguna vez puede hablarse en la historia de nuestra música de un émulo o un continuador del arte mágico de Brindis de Salas, ese fué Virgilio Diago en toda su magnífica plenitud.

En el seno de la Orquesta Filarmónica comenzó sus prácticas como director y sus experiencias directas en el campo de la composición otro músico cubano de gran bagaje técnico: Amadeo Roldán, que agotó el hilo de su existencia ocupando ya en propiedad la dirección de la misma orquesta.

La evolución de los tiempos ha hecho cambiar el curso de los acontecimientos. La Orquesta Filarmónica a la muerte de Roldán, y bajo la égida protectora del doctor Agustín Batista, mecenas generoso a quien esa agrupación nunca le recompensará adecuadamente el fruto de sus sacrificios —si es que en arte puede hablarse de recompensas—, después de constituir el Patronato Pro-Música Sinfónica al que casi toda la sociedad pudiente de La Habana le prestó su apoyo, suscribiendo abonos por temporadas completas, emprendió la tarea de contratar directores invitados y presentar a los solistas más demandados de todos los públicos extranjeros. Esta tendencia avivó aun más el interés del público de holgada capacidad económica, lo que se tradujo, a su vez, en beneficio artístico para la orquesta que retribuída como nunca antes lo había sido, le permitió a sus profesores dedicarse con más preferencia al estudio y adiestramiento, tanto individual como colectivo. La realidad ha sido una: si como se ha dicho por plumas responsables el caso de la Filarmónica en relación con su público consumidor devino en buena parte espectáculo social, ese mismo espectáculo y su poderío consecuente acabó por absorber a la orquesta matriz, por lo que la Orquesta Sinfónica de La Habana plegó en lo aparente su heroica bandera ya que no en la realidad, pues fué ahora, parece que en justa reciprocidad, que el grueso de sus mejores instrumentitas, que son sin duda los mejores entre los cubanos, pasaron a ocupar los atriles principales de la otra agrupación que sin quererlo ni presentirlo resultó ser la hija espiritual.

Otro empeño noble de la Orquesta Sinfónica antes de su receso fué su generoso aporte a la empresa de arte denominada Opera Nacional que alentara el cumplido caballero y entusiasta redactor teatral señor Juan Bonich. Opera Nacional se propuso despertar el interés del público por ese espectáculo de arte valiéndose solo de artistas cubanos. En

poco tiempo pudo demostrar las posibilidades de varios cantantes cubanos que sin ser "divos" metropolitanos dejaron buena prueba de su capacidad y empeño tesonero. Opera Nacional tuvo en lo musical al frente al maestro Gonzalo Roig y a la Orquesta Sinfónica. Todos en conjunto seguían alentando sueños de gloria y la gloria en esa actitud ensoñadora es nube que se va... Opera Nacional se fué sin recibir el más leve apoyo ni estímulo por parte de los organismos oficiales. El público, ya se sabe, en ese orden de empeños si no lee en el elenco muchos nombres extraños que terminen en "ini", "elli", "off" u otras cosas parecidas cuesta trabajo movilizarlo. Luego más tarde hemos tenido ópera de importación, si bien esporádicamente, no mucho mejor que la nuestra, y las consecuencias han sido bien distintas de aquella suerte gitana que acompañó la corta vida de Opera Nacional. No en balde ésta nació bajo la mala sombra de la *Carmen* de Bizet, y su protagonista ya sabemos cómo acaba...

Hasta ahora el nombre de Gonzalo Roig se ha mezclado diferentes veces a lo largo de estas apuntaciones por diferentes motivos y es que de él habría que repetir lo que de sí mismo dijo el Generalísimo Máximo Gómez, claro que acoplando las circunstancias: sin el nombre de Roig no puede escribirse la historia de la música cubana... Y añadamos: aunque el apasionamiento algunas veces lo haya intentado.

Originalmente el maestro Roig no estaba "destinado" a ser músico, sino dibujante y colateralmente tallista en madera. Fué la intervención de un notable maestro, pedagogo por naturaleza, el doctor Gaspar Agüero Barreras, de quien diremos algunas palabras oportunamente, la que decidió la cuestión final. Pero no se trata ni se puede en este momento trazar un esbozo biográfico, queremos solamente fijar su posición líder en estos cincuenta años de la República cubana. Violinista primero, contrabajista y pianista después, él no llega al campo de la dirección orquestal por vía de sorpresa, como en tantos casos en que "se ha querido ser director". Roig procedía del teatro; primero, del teatro de la zarzuela española donde sí se había enfrentado con el toro la primera vez, después, de la ópera y del teatro cubano. De ahí esa especialísima ductilidad suya desde el podium cuando por cualquier incidencia en una ejecución, bien de orquesta o de ésta acompañando solistas, hay que "salvar" un momento difícil. Sus características sobresalientes cuando empuña la batuta podrían resumirse en esta enumeración: sobriedad de gestos y actitudes, absoluto respeto por la obra interpretada, dominio perfecto de los "tempi" y adecuadísima captación del contenido de cada obra. Sin regateos y sin apasionamiento hay que reconocer en el maestro Roig al *Director de orquesta por excelencia*. En esta

segunda etapa, pues ya había ocupado el cargo anteriormente, durante la administración alcaldicia del Dr. Miguel Mariano Gómez, está al frente de la Banda Municipal de Música de La Habana desde el año 1938 y de ella ha hecho, a pesar de las muchas limitaciones a que da lugar la desatención cordial de la política administrativa, una institución modélica limpia de toda grosería sonora. Eso se debe a que Roig es más director en su trabajo cuidadoso de ensayos que frente al público o para la galería.

Su tarea de compositor la ha centrado, como su sentimiento todo, alrededor de lo cubano; pero no se trata ahora de la música "popular" directa, sino de la música cubana elevada al rango de obra de arte. Y así tenía que ser en un músico de sólida formación técnica y amplia visión estética. Cada una de las obras de este compositor es el más fino trabajo de orfebrería musical, no por lo recargado —que en él las ideas musicales más bellas brotan solas, frescas y lozanas—, sino por la delicadeza y finura del tratamiento. Su producción en ese sentido es vastísima y cuesta trabajo retener y escoger los títulos más sobresalientes que están prendidos al corazón de todos los cubanos. Pero el maestro Roig ha ido también a empresas superiores de creación y dentro de lo cubano nuestro teatro le cuenta como el artífice supremo. Mencionemos una sola de sus obras, *Cecilia Valdés*, y su nombre quedaría indeleblemente impreso entre los de los mejores cultores del género. Con ella, como con tantas otras anteriores del mismo autor, el teatro cubano se ha dignificado por vía de la música de superior calidad y factura. En otro orden de actividades creativas Gonzalo Roig es un compositor de casi rubor pudoroso; nunca se siente satisfecho de la página escrita, y después de haber creado muchas admirables las desecha o arrincona. Raro ejemplo de modestia en nuestro ambiente y en nuestro clima. Sin embargo, algo ha podido salvarse, así por ejemplo: *Suite Cubana*, para orquesta; *Retablos de San Pompilio*, para orquesta de cuerdas, de los que hay que extraer el *Intermezzo*, ofrecido después como obra independiente bajo el título de *Página de Album*, la que puede igualarse y se iguala a las mejores composiciones de ese género salidas de la pluma de los más calificados compositores de cualquier clima o latitud; *Ave María*, para solo y orquesta; *Generalísimo Máximo Gómez*, marcha solemne; también sabemos de una *Sinfonía* sobre la que el autor vuelve sus ojos de cuando en cuando. La medida del maestro Roig en el manejo de los timbres orquestales ya la dijimos antes en relación con la nota sobre Pepito Mauri: *Es el orquestador por excelencia de todos los tiempos.*

La Pedagogía Musical

La verdadera instauración en Cuba de la enseñanza del arte de la música en una forma coherente y orgánica que obedeciese a un criterio rigurosamente artístico, al estilo de los grandes pedagogos de Europa, se le debe al maestro Hubert de Blanck que fundó, en 1885, el Conservatorio de su nombre, denominado después Conservatorio Nacional. Quien como Blanck era en sí mismo un pianista de supremas calidades formado en el Conservatorio de Lieja y perfeccionado después en los mejores centros europeos, compositor muy distinguido y hombre de rigurosas convicciones estéticas, tenía que impartirle a su obra pedagógica las orientaciones que formaban su propia conciencia artística. El Conservatorio Nacional ha sido y es no sólo el decano de las instituciones privadas en Cuba, sino también el punto de mira y ejemplo para ese sector de la educación artística.

Con el crecimiento de la población y el auge de los tiempos que siguieron, otros centros de enseñanza privada fueron surgiendo a lo largo del período republicano, así los conservatorios Peyrellade, Orbón, Falcón, Carnicer —de cuyos méritos mucho quisiera hablar el autor si no se le impidiese la estrecha vinculación que le unió al maestro Fernando Carnicer (Primer Premio de Piano y Composición del Real Conservatorio de Madrid y Director de la Academia de Bellas Artes de España en Roma) en cuya fuente de sabiduría ejemplar bebió sus conocimientos—; Granados —fundado por la señora Flora Mora—; Internacional, bajo la rectoría de la señora María Jones, y otra infinidad de Academias donde se ha ido formando con mayor o menor grado de perfeccionamiento el *status* actual de la cultura musical cubana.

Cabe señalarse en nota aparte la vida del actual Conservatorio Municipal de Música de La Habana, fundado en octubre de 1903 como primitiva Academia Municipal, adscripta a la Banda, que la dirigía, como se sabe, el maestro Guillermo Tomás. En esa primera etapa el cuerpo de profesores estaba integrado por los mismos que formaban parte en calidad de instrumentistas de la organización matriz. En tal sentido, natural era que se propendiese fundamentalmente a la preparación de músicos prácticos, lo que era una verdadera exigencia ambiente, pues ninguno de los planteles privados abordaba ese campo más allá de lo que representaba la enseñanza del piano y el violín. En tiempos superiores y ya desde 1908 contaba con la cátedra de Armonía y Composición, desempeñada por el maestro Carnicer hasta su muerte, en 1935. El paso del maestro Roig por la dirección de la Banda, lo que le imponía también la dirigencia del centro de estudios, marcó un cambio favorable en la organización y proyecciones del plantel el que se

revitalizó por completo abordando actividades nuevas y con un sentido pedagógico también actual. Posteriormente la Banda y la casa de estudios cobraron vidas independientes, adoptando esta última su actual denominación. Inauguró la nueva etapa el maestro Amadeo Roldán, le siguió a su muerte al maestro Diego Bonilla y actualmente rige el Conservatorio el muy emprendedor maestro Raúl Gómez Anckermann, violinista destacado que ocupó a plena capacidad el cargo de Instructor en la Orquesta Filarmónica de La Habana. Puede decirse, sin reservas, que el Conservatorio abarca actualmente todas o casi todas las posibilidades de la enseñanza de la música, tanto en la rama instrumental cuanto en las disciplinas teóricas y cursos superiores, teniéndose la ventaja de que, por tratarse de un Centro Oficial sostenido por la Municipalidad sin costo alguno de matrícula, la enseñanza se brinda "sin compromisos" y de igual manera se practica su valoración. La matrícula en este curso vigente sobrepasa a dos mil alumnos. Mucho sería de desear que un proyecto del maestro Anckermann, no logrado hasta ahora por sus implicaciones de política administrativa, permitiese, como él piensa, la total reestructuración del plantel convirtiéndolo en un Centro de Estudios Superiores. Se aspira, nada menos, que a fomentar una verdadera Universidad dentro de su especialidad artística, de la que dependería el Conservatorio anexo.

También con carácter semioficial funciona en Santiago de Cuba el Conservatorio Provincial de Música, bajo la dirección de su fundadora, la distinguida pianista Dulce María Serret.

En este sector de la pedagogía no puede omitirse jamás el nombre glorioso del doctor Gaspar Agüero Barreras, catedrático por más de treinta años en la Escuela Normal de La Habana. Fué aquel venerado maestro el primero que en Cuba siendo músico ganó el título de Doctor en Pedagogía. Así quería servir a plenitud las responsabilidades de su cargo.

Mucho material inédito dejó al morir el maestro Agüero relativo a su especialidad, verdaderas monografías en que recogió sus experiencias pedagógicas; entre éstas hay que señalar su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras, *Alrededor de la Amusia*, publicado en los *Anales* de la Corporación. Agüero, además, cultivó el folklore cubano como compositor e investigador; de esta última veta es su trabajo sobre las células rítmicas que mereció de Adolfo Salazar, el notable musicólogo español, estas palabras: "... lo he leído con tanto gusto como provecho". Con finalidad didáctica compuso una Colección de Cantos Infantiles graduados y numerosas piezas fáciles para piano —él fué muy notable instrumentista—, pero también le interesó

la composición en grande, así su poema *Guido D'Arezzo* y el *Concierto* para piano y orquesta (temática cubana) en el que trabajaba últimamente.

Don Gabriel de la Torre es otra cita indispensable en este orden de actividades. Durante más de cincuenta años ejerció el magisterio, al cabo de los cuales pudo escribir sus *Memorias* y sus *Consejos a los Pianistas*, buen caudal de experiencias pulsadas. Conjuntamente con su esposa, la exquisita dama y notable pianista Lina Campuzano, varios millares de estudiantes cubanos estuvieron bajo su responsabilidad, y la mejor prueba de su capacidad pedagógica supieron dejarla en sus hijos, verdadera familia de músicos, entre los que se destacaron notablemente en el extranjero Angela, maravillosa pianista, prematuramente desaparecida, y Marta, formidable violinista.

Joaquín Nin Castellanos, el notable musicólogo cubano que hizo toda su carrera y vida artística en Europa ganando fama y laureles difícilmente igualables, ya como pianista, musicólogo o compositor, consumió en la tierra natal los últimos años de refugio, dedicándose también a las tareas de la enseñanza. Lástima grande para la cultura musical cubana que su talento y sabiduría sólo se pudiese disfrutar tan tarde y por tan poco tiempo.

Discípulo de Nin es César Pérez Sentenat quien actualmente continúa las tradiciones de aquél, afirmando en cada estudiante el aprendizaje artístico sobre bases de ancha cultura general.

Juan Torroella ha sido el maestro por excelencia de la generación actual de violinistas cubanos. Esa tradición la continuó y aun prosigue un discípulo suyo eminentísimo, el maestro Joaquín Molina. Y no puede olvidarse tampoco en esta referencia que sólo va a lo primordial, a don Francisco de Paula Arango, notable violinista cubano que sirvió durante tres décadas la cátedra correspondiente en la Escuela Municipal de Música de La Habana.

Instituciones más representativas

Luego de varios intentos esporádicos por los años 1906 al 8, en noviembre de 1910 y en la Sala Espadero del Conservatorio Nacional, renacía, ahora con más continuidad, la Sociedad de Cuartetos de La Habana integrada por los maestros Juan Torroella, Arturo Quiñones, Constante Suárez Chané, Antonio Mompó y Hubert de Blanck. Sus actividades fueron las concernientes al género que le dió nombre.

Alberto Falcón, pianista y director del conservatorio de su nombre, fundó, en 1927, una Orquesta de cámara con el concurso inicial de instrumentistas tan calificados como Amadeo y Alberto Roldán,

Casimiro Zertucha, Emilio Hospital, Francisco Arango, etc. Posteriormente amplió sus actividades y panorama convirtiéndola en pequeña orquesta sinfónica.

Aquellos intentos valiosos, muchas veces no acompañados de la mejor suerte, condujeron a la fundación de la Sociedad Coral de La Habana (1931) bajo la inspiración y rectoría de la señora María Muñoz de Quevedo, verdadera instauradora de una actividad coral que había tenido precedentes, aunque en otro sentido, en los Orfeones de los Centros Regionales, especialmente los Orfeones Vasco, Gallego y Catalán; la Sociedad Amigos de la Música; la Sociedad de Música de Cámara y la Orquesta de Cámara, fundada y dirigida por el maestro español José Ardevol.

Como ejemplo de perseverancia y talento artístico de la mujer cubana hay que destacar la Sociedad Pro Arte Musical, fundada en el mes de diciembre de 1918 gracias al dinamismo siempre constructivo y elevado de aquella dama distinguidísima, María Teresa García Montes de Giberga, que no se contentó con ser una líder social, sino que puso todo su tesón al servicio de la mejor causa de la cultura cubana. Diez años más tarde su obra quedaba consagrada definitivamente con la inauguración del teatro Auditorium, sede, al propio tiempo de la Sociedad. La función primordial de esta entidad ha sido la de presentar al público de La Habana, a cuantos artistas de valer desfilan por los escenarios del mundo entero, labor que muchas veces ha tenido que imponerse sobre una multitud de dificultades casi insalvables. Colateralmente con esas actividades, la Sociedad Pro Arte ha promovido el cultivo de otras disciplinas como la Escuela de Ballet, la de Declamación y Arte Dramático y la Escuela de Guitarra, puesta ésta en manos de otra incansable mujer, Clara Romero de Nicola, instrumentista notable e investigadora acuciosa del folklore cubano, que, como la señora García Montes, se impuso a todas las corrientes gazmoñas y señaló orientaciones saludables. Como una consecuencia de esta última actividad mencionada nació la Sociedad Guitarrística de Cuba, destinada a complementar los ideales fundamentales de su mentora por excelencia.

Al decir "las últimas orientaciones de la música sinfónica", nos referimos al movimiento que en el orden de la creación musical empezó a gestarse hace ya casi treinta años. Dicho movimiento significó un cambio en la actitud de los compositores cubanos, muy pocos por cierto, que considerando agotadas las posibilidades de la "música blanca" fueron a descubrir, mejor a explorar, la veta que provenía del otro lado de nuestra fisonomía de pueblo, la música ritual que podía sobrevivir

entre nosotros de ascendencia negra o africana. Mucho es de lamentar que esa cantera hubiese permanecido hasta entonces si no inexplorada enteramente, ya que de manera aislada algo se había hecho más bien como curiosidad, si desechada en cuanto a su posible incorporación a la gran obra de arte. Se luchaba contra los prejuicios y antes que admitir la "mulatez" se prefería invocar lo "colonial" como si esto mismo no fuese el resultado de interrelaciones raciales bien señaladas.

Citado el fenómeno toca ahora hablar de los músicos que abordaron la composición de sus obras fundándose en los documentos de raíz afrocubana, como ha dado en llamárseles. Pedro Sanjuán, compositor español, como ya se ha dicho, gustó aquellos vinos de subido tinte y ácido sabor y quiso "entrar" en lo cubano con una *Liturgia Negra* en la que si hay que apreciar la arquitectura sonora —Sanjuán conocía bien la orquesta y esta opinión viene de su más encarnizado rival, el maestro Roig—, no puede señalarse en cambio como solución al problema de la música cubana moderna. La *Liturgia* no pasaba de ser un mero trasplante de materiales de primera mano y aún éstos no puros en toda su pristinidad. El primer intento más logrado fué la *Obertura sobre temas cubanos* (1925) de Amadeo Roldán, obra ésta incuestionablemente reveladora, atrevida si se quiere —el compositor llevaba a la orquesta sinfónica la presencia física y sonora de varios instrumentos de percusión afrocubanos—, es, en medio de la totalidad de la producción del compositor un simple punto de arranque. Le siguen *Tres Pequeños Poemas* (Oriental, Pregón y Fiesta Negra) de 1926, *La Rebambaramba* (1928) que se considera el encuentro del compositor consigo mismo y la más famosa de sus partituras; *El Milagro de Anaquille* (1929); *Rítmicas* I, II, III y IV (1930) para flauta, oboe, clarinete, fagot, trompa y piano, V y VI exclusivamente para instrumentos típicos de percusión; *Tres Toques* (marcha, rito y danza) de 1931; *Curujey* (1931) sobre un poema de Nicolás Guillén y *Motivos de Son* con textos del propio poeta cubano.

Roldán murió en 1939, en plena juventud y capacidad, cuando aún podía dar mucho de su fecundidad creadora y acaso llegar entonces al rango del primer gran sinfonista cubano, siguiendo el camino de lo nacional que él se había trazado.

Se ha dicho por Carpentier en relación con Roldán que: "Su obra entraña una aportación de tipo técnico que no debe olvidarse: en ella aparecen anotados, por primera vez con exactitud, los ritmos de los instrumentos típicos de Cuba, con todas sus posibilidades técnicas, y los efectos sonoros obtenibles por percusión, roce, sacudida, *glissandi* de dedos sobre los parches, etc. La gráfica de Roldán, en este terreno,

constituye un verdadero método, que han seguido compositores cubanos y extranjeros”.

Cosa similar, aunque más constreñida, la ha realizado también Gilberto Valdés, pero uno y otro, y en esto nos parece radica el error de calificar ese trabajo acucioso y meritorio como “verdadero método”, nos han dado al respecto el lado frío de la cuestión, el del ritmo provocado. Es muy posible y hasta cierto que esa “gráfica” es exacta, pero ella es sólo “un momento” del lenguaje de los tambores y otros accesorios anexos, ya que un mismo “toque”, según hemos podido constatar, no tiene nunca reiteración exacta, que una vez iniciado cada tamborero se entrega a la más prodigiosa y libérrima improvisación. Ojalá pudiera captarse y anotarse toda esa gama infinita de ritmos y polirritmos y encontrar el camino de su verdadera aplicación a la orquesta que entonces sí se habría descubierto a pleno sol la inagotable cantera de la música negra en Cuba.

Otro compositor, entre los cubanos, adscripto de corazón al “negrismo” de nuestra música fué Alejandro García Caturla (1906-1940). Para nuestro gusto, con todo lo genial que quiera suponerse la música de este compositor, creemos que él ha compuesto una sola obra, la *Berceuse Campesina*, para piano. Lástima grande que el camino de ella no lo hubiese recorrido antes el compositor. Es posible, tal vez muy probable, que con la *Berceuse* Caturla se había encontrado a sí mismo después de un parto laborioso que comprende, entre otros momentos de cruel dolor, obras como las siguientes: *Bembe*, *Yamba-o*, *La Rumba*, *El Caballo Blanco*, etc.

Gilberto Valdés ha militado toda su vida dentro de lo negro musical. Talentoso, desordenado, exuberante, casi autodidacto, ha enfrentado la orquesta haciéndola sonar a su gusto y llevando a sus obras un caudal desbordante de melodías bastante auténticas. La obra musical de Gilberto Valdés se compone de una serie de estampas “a lo vivo” donde lo negro auténtico discurre con toda su vitalidad primigenia. No queriendo caer en las inexactitudes de una anotación interpretativa de los ritmos y toques, él ha llevado a la orquesta la presencia física de los tambores rituales y de los tocadores genuinos, y llegado el momento de “hablar de los parches” él los ha dejado a su libre suerte para que se manifestasen tal y cual lo dictaba la espiritualidad casi poseída de cada uno de los ejecutantes. Sin duda este es un folklore primitivo, bárbaro, han dicho algunos, pero es el lenguaje exacto de una raza y un idioma musical que pugna por manifestarse en toda su formidable riqueza.

En otra dirección hay que situar a Gustavo Morales Ubeda, pianista y compositor formado en Madrid y Estados Unidos con Tragó y Gold-

mark, respectivamente. Su centro de actividad comprende casi todas las plazas de Europa, Norteamérica, Canadá y Africa del Norte. Morales ha compuesto profusamente abarcando lo sinfónico, la polifonía, el lied, etc., y cada obra demuestra una lógica modernidad conducida con buena técnica y originalidad generosa. A él se deben los siguientes títulos: *The Royal Fandango*; *Escorpión*; *San Francisco* (cuadros místicos); *Misa en honor de la Inmaculada Concepción*; *Casablanca*; *El Sultán entra en Fez*; *Cuatro Salmos*; *Non Vox Sed Votum*; *Canciones de Bilitis*; *Ciclo a uno que amó*; *Cinco Poemas Chinos*; *Invocation to the Nile*. Recién ha concluido una *Fuga* sobre el motivo popular del "Parampampín".

Agotadas estas posibilidades, el centro de actividad en lo tocante a la llamada "música culta" tuvo nacimiento en el Conservatorio Municipal de Música de La Habana alrededor de un hombre y un nombre: José Ardevol y el Grupo Renovación Musical, respectivamente. Su mentor, formalista por esencia y naturaleza, hombre culto, sobresaturado de problemas técnicos que unas veces aparecen en su música y otras los deja atrás, le impuso a "su grupo", más bien a "su capilla", la férrea disciplina de la unilateralidad pensante. Según el dogma ritual de la iniciación, la música en Cuba comenzaba consigo mismo concediéndosele alguna beligerancia a Roldán o a Caturla. De golpe y porrazo la visión tenía que ser "universalista", para eso estaba la fuga, el canon, los *ricercare*, las sonatas a tres, los *concerti grossi*, la armonía ríspida, el plan de la sonata-sinfonía, el contrapunto estricta y severamente lineal, todo, todo en una palabra, menos la idea noblemente expresada en una melodía que entrara en el oído y dijese por fin si había música. Claro que ese rigorismo casi carcelario no lo pudieron soportar los que tenían dentro de sí algo que decir, por eso bastante pronto Julián Orbón, vigorosa y acusada personalidad, Gisela Hernández, Hilario González, etc., rompieron el cerco y fueron condenados a la proscripción perpetua por la suprema corte.

Andando el tiempo, la orientación del grupo cambió desde su propio centro generador. Ahora interesa lo cubano, pero, es lástima, se trata de una cubanía desde afuera, supersublimada, tal y como pudiera entenderla la sensibilidad de un músico nacido y formado en las Estepas del Asia Central.

Hay que hacer, sin embargo, una distinción honrosa, la de Argeliers León. No nos consta si él continúa o no "agrupado", pero sí sabemos que su actitud frente a lo cubano es limpia y honrada y que disiente fundamentalmente de la interpretación que al respecto tiene el maestro Ardévol. Argeliers León ha ido a las fuentes directas —no se

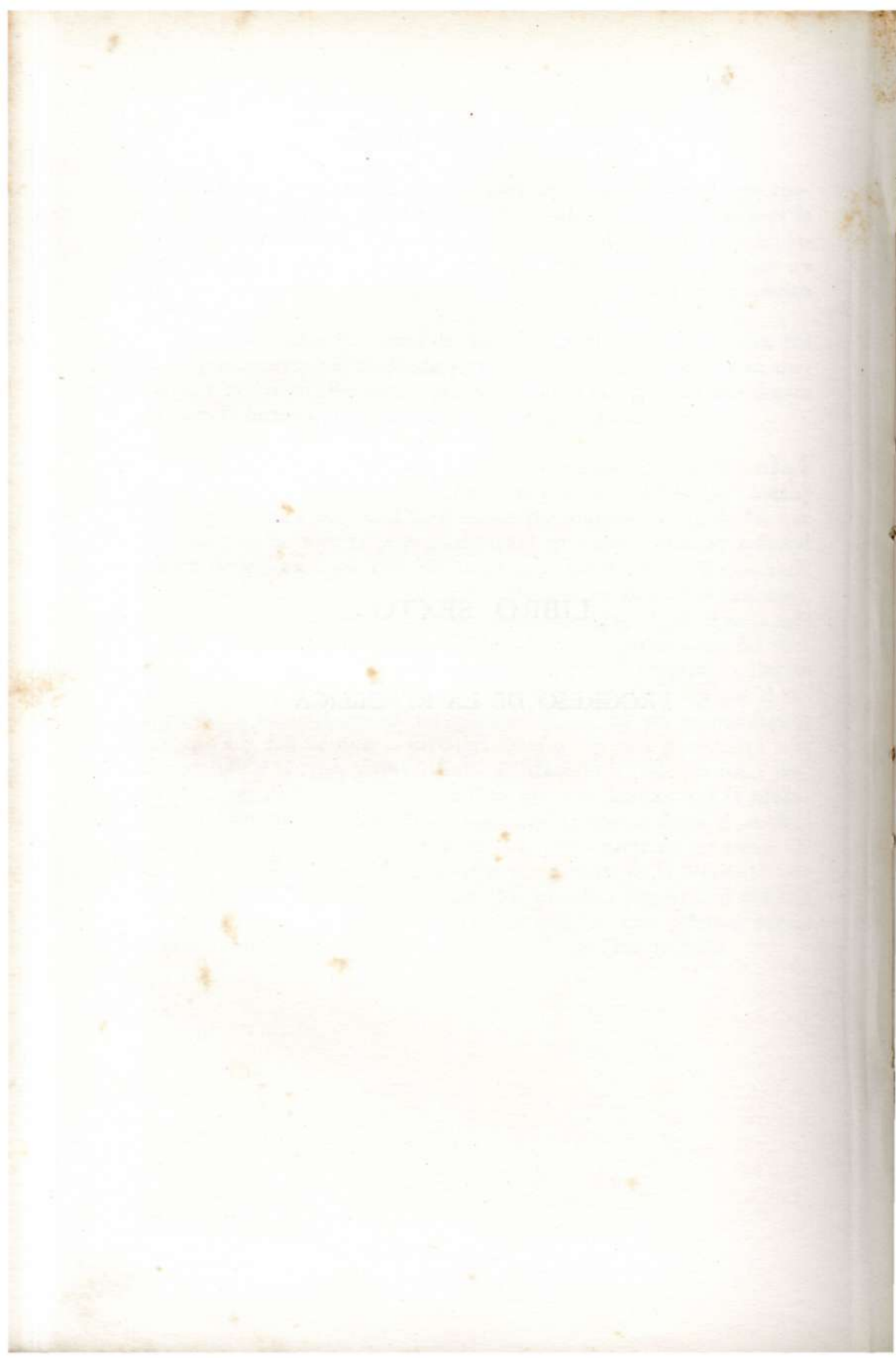
puede afirmar si a las más puras— para captar el frescor de sus chorros, e impuesto de la agradabilidad de su sabor ha movido después la lengua con actitudes propias sin importarle humedecerse también los labios. Él, como Nilo Rodríguez, anda por buen camino; ojalá que un día de éstos se dejen “olvidada” la “maleta de la técnica” y se queden sólo con lo puesto.

De todos modos, la actitud de Ardévol cumplió una misión, que fué la de preocupar a un grupo de jóvenes cubanos, talentosos en su mayoría, y avivar en ellos una inquietud. Aún es tiempo para que dentro de poco la historia pueda expresarse en otras palabras.

Tales son, a nuestro modesto juicio, los puntos capitales en torno a los que se mueve la música cubana en el período republicano. Mucho queda por decir e infinidad de nombres por anotarse, tanto de los que han intervenido directa y personalmente en nuestro proceso cultural cuanto de los otros que viviendo fuera de la tierra han sabido honrarla y enaltecerla con su arte a más de llevarla en el corazón. Las omisiones, por lo tanto, son involuntarias pero no desconocidas; algún trabajo más vendrá tal vez después en que pueda subsanarse lo defectivo del presente. Pero lo que más se anhela, sobre todo, es el progreso constante de nuestro arte de la música. La historia se escribe día a día con el suceder de los acontecimientos; las opiniones de hoy tal vez se modifiquen mañana a la luz de nuevas investigaciones o con una perspectiva más acentuada del tiempo, y qué infinita satisfacción si podemos decir después a favor de los Gobiernos que rijan nuestros destinos que la educación artística forma parte de un engranaje armónico desde el kindergarten a las universidades (ya la música forma parte de los cursos de estudios en todas las escuelas primarias y superiores de la Nación); que las orquestas sinfónicas tienen garantizada su vida a perpetuidad dándole oportunidades a los músicos cubanos y que, en una palabra, hemos vuelto a mirar con más cariño el imperio de las Humanidades.

LIBRO SEXTO

PROGRESO DE LA REPUBLICA



LIBRO SEXTO

CAPÍTULO UNICO

NUESTRA cultura ha progresado evidentemente en los cincuenta años de República independiente. Los elementos educativos que han sido puestos al servicio del pueblo, haciéndolos trascender a todas las clases sociales, sin distingos ni cortapisas, han hecho que sus beneficios alcancen a la generalidad de la población, mucho más que en la Colonia, en que sus restricciones han quedado consignadas en el proceso que informa esta *Historia*; y más aún aquellos factores de índole puramente cultural, que nunca estuvieron en contacto con las masas (ni en la mínima dosis de la escuela) como se ha puesto en práctica en la Independencia, y especialmente a partir de la revolución que derrocó el régimen del Presidente Machado. Podrá argüirse que no se ha hecho en toda la extensión que se anhelaba; pero todo cuanto concierne a las cosas del espíritu, reducíanse exclusivamente en los años coloniales a privilegiadas clases sociales y económicas y a empeños aislados y singulares; lo cual no deja de ser una prueba honrosa para nuestro pueblo, que, no obstante sus dificultades, logró un clima de alta cultura tan brillante en el siglo XIX, contándose en el saldo de ilustres personeros, no pocos pertenecientes a las zonas menos pudientes del país, y que se superaron únicamente por su esfuerzo y por su vocación.

Las cifras hablan: cuando se inaugura la República de la paz, en 1902, el número de aulas escolares dejadas por la primera Intervención norteamericana es de 3,594, con 172,000 alumnos matriculados; y habiendo hallado ésta solamente 312, al cesar la dominación española; actualmente existen 16,807, con 568,525 matriculados; a lo que hay que añadir 79,645 alumnos de las escuelas privadas, haciendo un total de 648,170; quiere decir que de 1902 a nuestros días, la escuela cubana imparte enseñanza a 476,170 alumnos más que los que la recibían al iniciarse el gobierno propio. El analfabetismo ascendía, según el censo de 1899, a 1,021,545 individuos; según el de 1943 (que es el último realizado) a 789,301; y no hay que olvidar que el aumento de población es muy considerable: 1,572,797 habitantes (en 1899) se ha visto

incrementado con 3,205,786 más (1943); de modo que en la Colonia había 312 aulas para un millón y medio de habitantes, y ahora ascienden a cerca de 17,000, para cuatro millones y medio largos: la proporción no puede ser más elocuente en favor de la República.

La soberanía cubana ha multiplicado de modo extraordinario los centros de enseñanza media, ha aumentado las universidades y se ha preocupado por la educación rural, por las enseñanzas agrícolas y técnicas, comerciales e industriales, por la preparación doméstica, así como por la formación periodística; sin contar la educación militar y de otras especialidades; todo ello nació con la República libre. Otros estudios, como los artísticos, existentes desde la Colonia, han progresado notablemente, no sólo en cuanto a los planes de enseñanza, sino a la multiplicidad de centros educativos. Ciertamente es que la música, en el aspecto docente, no ha gozado del apoyo oficial que merece, y que aún se advierte la ausencia de una escuela nacional de música; y lo mismo sucede con el ballet y el arte teatral; pero la iniciativa privada ha sido muy fecunda, especialmente en cuanto a la música y el ballet. Las escuelas normales para maestros han sido otra conquista republicana, a pesar de su antecedente del pasado siglo, en el que fué de limitada duración y circunscrita a un centro en Guanabacoa.

Quiso el Estado garantizar una orientación superior de la docencia y de todas las corrientes que emanan de las fuentes culturales, y a este efecto fué creado en la Constitución de 1940, el Consejo Nacional de Educación y Cultura, organismo consultivo en el que fueron representados, al inaugurarse, las instituciones más significativas y los hombres más representativos, en la enseñanza, las artes, las ciencias y las letras. La alta cultura se encauza a través de importantes y prestigiosas instituciones. A la Academia de Ciencias, fundada en la pasada centuria, súmanse las de la Historia, Nacional de Artes y Letras y Cubana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. La Universidad de la Habana modifica sus organismos y planes, adquiere vida autónoma; y las nuevas universidades nacen con sentido moderno. Los centros culturales que surgen después de 1902 son innumerables y en las principales ciudades; y muchos de ellos no se deben solamente a la iniciativa privada, sino que, o son producto de la voluntad oficial o cuentan con su calor económico y moral: el Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales, la Junta Nacional de Arqueología, la Sociedad Colombista Panamericana, etc. La Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional son posteriores a la Colonia; la primera, con rico fondo bibliográfico, no ha tenido aún la instalación adecuada; aunque

ya está en vías de ello; el segundo es un ejemplo, por su organización, elementos y alojamiento.

Las bibliotecas públicas son múltiples en toda la República. El Museo Nacional, aunque posee un valioso tesoro histórico y artístico, ha sufrido, como la Biblioteca Nacional, los inconvenientes de la falta de un local apropiado a su función; lo que afortunadamente está en camino de solución, ya que el palacio en que ha de ser instalado está al terminarse. Otros museos hay en la Isla, y algunos especializados. La cultura ha tenido a su disposición también, instrumentos tan eficaces como la radio, el cine, y últimamente la televisión, que no obstante la falta de una orientación conveniente al fomento de las buenas costumbres y del buen gusto, han contribuido a la difusión de conocimientos e ideas. La importancia, calidad y número de las corporaciones que han aparecido desde 1902, incluyendo las privadas, y entre ellas, además de las puramente culturales (ateneos, institutos especializados, etc.) las de instrucción y recreo, revelan una copiosa existencia de órganos culturales que no conoció la Colonia, y menos en tan considerable cifra.

Es interesante destacar cómo se incorpora a la vida ciudadana, en todas sus fases, la mujer, cuya actividad infatigable en los empeños en pro de la enseñanza y la cultura, hay que consignarla con resultados eficientísimos. Su espíritu persistente la ha llevado a la creación de diversas instituciones que son modelo por los resultados que han alcanzado (Pro Arte Musical, Lyceum, etc.), contribuyendo a interesar al país en los problemas de la ciencia y en las manifestaciones de las artes. También cabe llamar la atención sobre otra modalidad que concierne a la política oficial, y que es la de la Dirección de Cultura, no sólo del Estado, sino de algunos municipios. Por medio de sus oficinas se han hecho muchas gestiones favorables a la extensión cultural, especialmente por la del Ministerio de Educación (a la que sigue en importancia la del Municipio de la Habana) mediante la publicación de obras, de cuadernos culturales, de revistas, de organización de exposiciones, conciertos, representaciones teatrales, etc., y las convocatorias para concursos literarios y artísticos. El definido y amplio apoyo de las instituciones oficiales a la cultura se desconoció bajo la administración metropolitana, y ha logrado hacer llegar a las masas populares lo que éstas jamás tuvieron oportunidad de disfrutar. La mujer, en particular, el pueblo, en general, se han superado evidentemente, gracias al ritmo progresista de la República. Y las proyecciones no han sido circunscritas ni a la capital, ni siquiera a las ciudades, sino que han trascendido al campesinado.

Las escuelas "cívicorrurales" y las misiones educativas, que han funcionado con ellas, han sido algo más que meros elementos de enseñanza primaria: fueron células aquéllas y legiones éstas, que llevaron a la población campesina los elementos indispensables y eficaces para higienizar su cuerpo y sus normas de vida, para construir su casa, cultivar su huerto, organizar su hogar; ha sido una hermosa cruzada en que grupos de pedagogos, médicos, dentistas, maestros de oficio, maestros agrícolas y graduadas de la Escuela del Hogar, daban luz a los guajiros, con sus explicaciones y prácticas, sobre el mejor y asequible camino a seguir, para salir de la ignorancia en todo cuanto es imprescindible al hombre civilizado. Se llevó a cabo una bien estudiada organización rural, que iba, desde la escuela en el monte, instalada en los más apartados lugares, en las faldas de las sierras, hasta la Escuela Normal Rural, incluyendo las Escuelas Rurales Superiores y la del Hogar Rural; respondiendo todo ello al propósito de enaltecer la vida en el agro, a llevar al campesino la conciencia del valor y trascendencia de su presencia en la sociedad, para que así no sólo sintiera el orgullo de su clase, sino que rindiera con amor y fe el fecundo trabajo en que descansa principalmente la economía del país. Intransigencias e incomprendiones torcieron más tarde la marcha de esta organización; pero sus frutos en poco tiempo (y las estadísticas hablan) demostraron la bondad de su empeño, erradicando rápidamente el analfabetismo en muchas zonas, y haciendo sentir en ellas sus efectos civilizadores. Los acontecimientos del país parecen hacer volver a sus palpados beneficios, la iniciativa oficial.

La enseñanza, en general, varió en su espíritu, sustituyendo las bases humanísticas predominantes durante la Colonia, por una subrayada inclinación hacia lo técnico y experimental, que se intensificó en el período que se abre con la Revolución de 1930. El pensamiento de Varona, producto principalmente de un momento histórico (que pesó mucho en los lineamientos esenciales de su reforma) evolucionó considerablemente, hasta borrar las últimas huellas humanísticas. Los resultados de la educación se palpan en la calidad cultural de las generaciones que suceden a las de los libertadores: no puede negarse que ciertos valores espirituales, ciertos rumbos formativos, que dieron brillantes hornadas de cubanos, que integraron la época más calificada de nuestra cultura, fueron sustituidos por un concepto más práctico y positivista de la vida, que ha reperticutido ostensiblemente en la marcha de la nación; y que, no obstante los adelantos innegables que en el aspecto material señalan un progreso evidente que hemos reconocido, la conducta humana ha sufrido transformaciones sustantivas que han sido debidas al

sentido educativo y que han promovido una quiebra palpable de la espiritualidad, con todas sus consecuencias sintomatológicas de un naturalismo crudo y áspero, que anula en la voluntad del hombre toda postura espontánea hacia la concepción idealista de la actitud, en que precisamente se hicieron y proyectaron los fundadores de la nacionalidad y de la patria. Hoy trata de volver el mundo hacia un tipo de educación humanística, en concordancia, desde luego, con las conquistas de la civilización; se encamina hacia un neohumanismo, si se quiere; pero en que los valores del espíritu vuelvan a pesar sobre la formación del hombre. La apuntan los países occidentales en que más fortuna ha tenido el predominio técnico; y en Cuba, paulatinamente, comienza a perfilarse un empeño reactivo hacia la rectificación; pudiendo afirmarse que el materialismo y sus implicaciones han hecho crisis en la conciencia nacional, aunque aún no se registre dicha rectificación en las reformas oficiales, debido sin duda a la espera de una oportunidad propicia.

Han influido en esa tónica educativa, las corrientes universales del pensamiento. Lo mismo ha sucedido en las letras y en las artes. Cuba ha corrido con el progreso, aunque éste a veces haya sido susceptible de reparos, como en el caso de la filosofía y en el del gusto estético. Pero si en este aspecto ha sufrido los altibajos propios de enfoques intelectuales debidos a elementos tan impresionables y polémicos, como los que alientan el gusto y la especulación filosófica, en cambio ha aprovechado para el bien colectivo, en una firme escala progresiva, todo cuanto concierne a los adelantos de las ciencias. Bastaría recorrer la monografía que a esta fase de nuestra cultura se consagra en el presente volumen, para apreciar cuánto ha avanzado Cuba, desde su independencia hasta nuestros días. No solamente se advierte en el balance de la literatura científica, cómo los horizontes se han ampliado, y cómo la sabiduría de los hombres de ciencia demuestra su conexión directa con las más recientes conquistas de la investigación y de las teorizaciones y experiencias, sino que durante estos cincuenta años se han realizado en Cuba trabajos de singular importancia, que han permitido conclusiones, o, por lo menos, comprobaciones y experimentos, que han repercutido mundialmente. La medicina, sobre todo, ha prosperado de manera sensible, tanto en el laboratorio, como en la clínica y en la cirugía, completando el cuadro la organización sanitaria, superior desde todos los puntos de vista a la casi inexistente de la Colonia. No hemos de repetir ahora lo que constituye el caudal informativo que reza en la citada monografía; pero sí incitamos al lector para que recorra en ella la pormenorización de los adelantos consignados, y compare con lo que, en esta misma Historia, se ha puntualizado, en cuanto al proceso

colonial, para que así, de un modo objetivo, se aprecie nuestro progreso, que ha tenido a la vez repercusión en múltiples congresos científicos, en lo que va de siglo.

¿Quién puede negar lo que en los estudios zoológicos debe la ciencia universal al genio de Carlos de la Torre; nombre tan respetado y exaltado en los principales centros universitarios y científicos del Mundo, como el de Carlos J. Finlay y como el de Antonio Sánchez de Bustamante; este último en el campo del derecho internacional? La meteorología ha sido organizada con todos los elementos necesarios para rendir el magnífico servicio que hoy rinde, desde diversos observatorios de la República; la química, bajo la influencia norteamericana principalmente, gana terreno; y en su aplicación a la ciencia médica y a la farmacia obtiene productos de prestigio continental; a ello no son ajenos los estudios e investigaciones botánicos, que han permitido un material utilísimo; en la agricultura se han modernizado los sistemas, y se ha logrado la conciencia de lo que significan los viveros forestales, cuya importancia encomiaba Saco, y se ha ido a una experimentación y aplicación de provechosos resultados; en otras ciencias, como la geología, la paleontología, la antropología, la etnología y la arqueología, lo que posee la cultura cubana se debe fundamentalmente a la Independencia. En el ángulo de las ciencias, el Cincuentenario arroja un haber extraordinario, superior al pasado.

A lo largo del proceso literario de este siglo se nota cómo, conjuntamente con las manifestaciones estéticas que se van turnando en el gusto, los escritores se alejaron de la postura contemplativa o episódica, para adoptar la crítica y ponderativa. El ensayo es el género que más se aviene con esta actitud, y surgen en nuestras letras ensayistas valiosísimos. Los géneros históricos fueron inclinándose cada vez más a lo interpretativo, sin que faltara la búsqueda y el ordenamiento del dato; labor imprescindible donde había mucho que hallar y encauzar, precisamente para hacer más hacedera la comprensión del hecho y su enjuiciamiento. La novela, el cuento y la propia poesía se iban sumando a lo crítico y polémico; hasta el teatro vernáculo dijo presente. Pasados los primeros lustros de la independencia, desaparecidas las efervescencias y sus optimistas resplandores bajo el golpe de las realidades políticas, Cuba fué reaccionando frente a las frustraciones, y la literatura fué el eficaz instrumento que sirvió para mover las conciencias, desde la palabra oral (que fué desechando la frondosidad, para considerar más la pulpa del fruto) hasta cada una de sus formas escritas. El mismo periodismo, crítico por naturaleza, ha ido tomando una característica bien distinta a la que tuvo hasta la primera Guerra Mundial; y poco a poco

ha surgido la profesión de la pluma, como fué surgiendo la del pintor, la del escultor, la del músico, etc. Desde el punto de vista humano, ante las exigencias de la vida, se logró una conquista; desde el puramente literario y artístico, se ha expuesto, desde entonces, a los peligros de la producción obligatoria con remuneración fija, como ha sucedido en todas partes, donde se ha obtenido esta ventaja social.

La producción en masa es superior relativamente a la del período colonial; el libro científico, incluyendo el histórico, adquiere singular importancia, en número y calidad; en la literatura de ficción no supera el saldo de la Independencia (a pesar de la copiosa publicación) al metropolitano; ni tampoco en la doctrinal, en la oratoria y en la crítica literaria, a pesar de las excepciones que hay que reconocer en figuras de relieve; pero el ensayo, el periodismo y la biografía tienen en nuestro siglo un magnífico aval, que da tono y prestigio a nuestras letras. La poesía va y viene al ritmo de las tendencias estéticas y de las inquietudes sociales, no sustrayéndose a la crisis que considera y discute Guillermo de Torre en su reciente obra (*Problemática de la Literatura*); adopta modalidades peculiares, como la del "motivo negro", en que reviste patente originalidad; y aunque los cultivadores del verso son muchos, pocos son los verdaderos poetas. La literatura filosófica no cuenta apenas, produciéndose en los últimos años una muy apreciable inclinación por parte de algunos escritores jóvenes, debido (y hay que reconocerlo) a la introducción de los estudios de filosofía en los cursos preuniversitarios del bachillerato; lo cual ha despertado la curiosidad en los alumnos, que hasta entonces no habían tenido oportunidad, aunque fuera elementalmente, de conocer sus fundamentos y sus disciplinas.

Hay que convenir, sin embargo, en que, a pesar de la evidente edición de libros, se ha producido un fenómeno que afecta profundamente la cultura: la crisis de la lectura. Atraídas las nuevas generaciones por el excesivo contacto con elementos tan objetivos como el cine, la radio y recientemente la televisión, se han ido alejando cada vez más de la emoción del libro. La falta del espíritu humanístico, que contribuye extraordinariamente a establecer el contacto con los autores, haciendo amar al genio creador y su instrumento de relación, que es el libro, ha sido también un gran factor negativo, y a medida que las juventudes han ido sustrayéndose de la lectura, la cultura ha ido perdiendo su medio más eficaz sobre el temperamento, el gusto y la conciencia. Ha sido lamentable que cuando el Estado ha querido poner en manos del pueblo documentos idóneos para su superación espiritual, como son los cuadernos de cultura, revistas, volúmenes, etc., el desgano de las masas

por la lectura no ha permitido que aquéllas disfruten, en la proporción deseada, los beneficios que se anhelaban; los propios estudios universitarios, realizándose por medio de "copias", mataban todo estímulo favorable al libro. Lo cierto es que relativamente, y teniendo en cuenta la estadística de población, la Colonia propició una alta cultura más sólida y de exponentes más trascendentes y significativos. La Independencia ha contado con medios materiales superiores en número y en alcance democrático; pero han fallado sus resultados, por el erróneo espíritu educativo y por la orientación de las costumbres. Este déficit no es exclusivo de Cuba: afecta aún a los países de mayor tradición cultural; pero no solamente se disimula en éstos, por la fuerza misma de dicha tradición, sino que ello no obsta para que haya que lamentar de todos modos tan contradictorio saldo. La civilización, sin duda, ha obstaculizado el curso de la cultura.

No ha sido Cuba, en el orden de las ideas, refractaria al desarrollo moderno de las mismas, sino que, por el contrario, las ha acogido y ensayado; ya lo apuntábamos al referirnos a las corrientes estéticas; pero es conveniente advertir que, por lo común, han penetrado en nuestro medio un poco tarde; cuando ya en sus lugares originarios habían perdido actualidad novedosa, y, en algunos casos, ya el movimiento había periclitado; tal ha sucedido con el Surrealismo y otros "ismos". Esta es la razón por la cual el Romanticismo perdura en la primera década del presente siglo; y el Modernismo (cuyas agitaciones precursoras palpitaron en la Cuba de Casal y de Martí) se mantuvo cuando por otras latitudes habían hecho historia el Futurismo y las diversas manifestaciones vanguardistas. No sucedió así en el siglo XIX, en que Cuba se incorporaba oportunamente a las nuevas corrientes, como aconteció con el Romanticismo, con el Realismo, etc. Los hombres representativos de nuestra cultura entonces, a pesar de las mayores dificultades comunicativas, vivían más alerta; y lo prueba la superior calidad de la cultura humanística, que hemos querido subrayar. Domingo del Monte y sus contertulios discutían y ensayaban, de 1835 a 1840, los fundamentos y las revelaciones románticas de las literaturas francesa, inglesa, española, italiana; los poetas de *Arpas Amigas* daban señales de la "nueva era" en que latían las contemporáneas posturas de Bécquer y Campoamor; *Leonela* era una repercusión del Naturalismo, aún en controversia; Casal resumía la sensibilidad de parnasianos y simbolistas. En cambio, cuando alrededor de 1930, el Vanguardismo comenzaba a señorear en Cuba, ya cerraba desde 1923, como advierte el citado Guillermo de Torre (esta vez en su *Literaturas Europeas de Vanguardia*) "su etapa de análisis y disgregación", que se había ini-

ciado hacia 1913. Cuando se estrenaba *El Conde Alarcos*, de Milanés, en el teatro Tacón, de la Habana, en 1838, aún estaban frescos los aplausos de los estrenos de *El Trovador*, de García Gutiérrez, de *Los Amantes del Teruel*, de Hartzenbusch, etc., en Madrid.

Ante la música culta, ante las artes plásticas, se produce el fenómeno de retardo. Es más, en la música no solamente faltan figuras de la significación histórica de Saumell, Espadero, Ignacio Cervantes, sino que el valor genuino hay que buscarlo en la cantera popular, en la que Cuba libre brinda un aporte riquísimo; es decir, en aquello que, por un lado, conserva la tradición, y por otro se actualiza con nuevos ritmos; filones ambos que han sido explotados, con más o menos suerte, por diversos compositores. En las artes plásticas Cuba aporta, después de 1902, un caudal mucho más rico que en el pasado. La pintura ha recorrido con copiosos exponentes, todas las tendencias, y ha dado figuras de repercusión universal, como la de Leopoldo Romañach. La escultura supera con creces la producción colonial. El grabado y la caricatura adquieren un prestigio que nunca tuvieron. La arquitectura se ha dignificado en todos los estilos. Puede afirmarse que el balance del Cincuentenario en las artes plásticas es superior al de épocas anteriores. No negamos que el espíritu profesional ha mercantilizado mucho las bellas artes; pero no ha sido óbice para una exteriorización nutrida y variada que ha permitido descollar a positivos valores.

La cultura musical se ha difundido en los grandes núcleos de población, como nunca. Desde los conciertos organizados, comentados y dirigidos por el maestro Guillermo M. Tomás se inicia el contacto divulgador, al que contribuyen en toda la Isla las bandas municipales y militares; se crean instituciones para beneficiar a sus socios con el arte de los mejores instrumentistas y de famosos directores de orquesta, y las agrupaciones sinfónicas se organizan en la República, al igual que las masas corales, habiendo un momento en que actúan en la Habana dos orquestas en fecunda pugna: la Sinfónica y la Filarmónica. Crece la preocupación por la extensión de la música de concierto, sin faltar los conjuntos de cámara; la ópera, como género de mayores dificultades económicas y, por tanto, de difícil acceso popular, no cuenta con el privilegio de esas preocupaciones, y puede afirmarse que las nuevas generaciones se desarrollan desconociéndola casi. Las audiciones, ante grandes públicos, en plazas, teatros, etc., se suceden. El gusto por la buena música se ha extendido mucho más que en la Colonia, en que estaba reducido a las clases pudientes de la nación. En esto hay que anotarle un progreso evidente a la soberanía cubana, cabiéndole principal reconocimiento, a la iniciativa privada, a la que se debe que se

anote en el haber republicano, el fomento del *ballet*, que se ha difundido de modo extraordinario, y en el que, no sólo se han producido figuras de mérito, sino que una de ellas, Alicia Alonso, es estrella admirada en América y en Europa. Nuestra música vernácula se ha popularizado en todas las latitudes, en las obras de algunos compositores como Eduardo Sánchez de Fuentes, Gonzalo Roig, Ernesto Lecuona, Moisés Simons, Eliseo Grenet...

El teatro nunca tuvo auge en Cuba, como manifestación propia. Se han revelado actrices y actores buenos; no pocos han hecho notar cualidades excepcionales; los hubo, como Luisa Martínez Casado, en el drama y Chalia Herrera, en la ópera, que alcanzaron fama ante públicos extranjeros. La falta de escuelas idóneas ha hecho que se malogren o que no se desarrollen a plenitud, individuos con excelentes facultades. A ello ha contribuido también la ausencia del gusto hacia el teatro, que fué perdiéndose en las clases en que existía, por lo esporádico que fué haciéndose la actuación de compañías dramáticas en nuestros teatros, y por la irrupción del cine, en el que puede apreciarse que se ha orientado el gusto popular. Los artistas criollos no han tenido desde hace tiempo otra posibilidad que las escenificaciones radiales, y últimamente la televisión. Se han llevado a cabo nobles esfuerzos por levantar el teatro; pero sólo se han logrado experiencias reducidas y periódicas; falta la continuidad del experimento y los resultados no alcanzan los frutos que se desean. A veces se hacen representaciones populares de obras famosas; pero de tarde en tarde. Ha habido laudables centros educativos, como la Academia de Artes Dramáticas y el Seminario de Artes Dramáticas; y afanes meritísimos, como el Teatro Universitario, el Teatro Popular, el Patronato del Teatro. Se impulsó inclusive por la iniciativa oficial, el teatro ambulante; pero a pesar de su buena acogida, desde todas las poblaciones por donde fué, ni sus elementos eran suficientes, ni basta la periodicidad de estas representaciones, para hundir el surco en el gusto del pueblo. Todo ese déficit ha repercutido en la obra del autor teatral, que carente de posibilidades, no ha tenido estímulo para su labor; le han faltado dos elementos imprescindibles: local y compañía teatral. El único género que ha hecho fortuna es el bufo, y en los últimos tiempos el "vodevil"; y el autor, como el actor, se han refugiado en la radio y en la televisión, pues el mismo cine, como industria, no ha tenido horizontes. De todos modos, no puede anotarse ventaja alguna de la Colonia sobre la Independencia, en el teatro cubano, pues siempre adoleció de la carencia de recursos; en cambio sí se ha evidenciado una afluencia considerable de artistas

vocacionales, y se han hecho tentativas populares que jamás se habían proyectado siquiera.

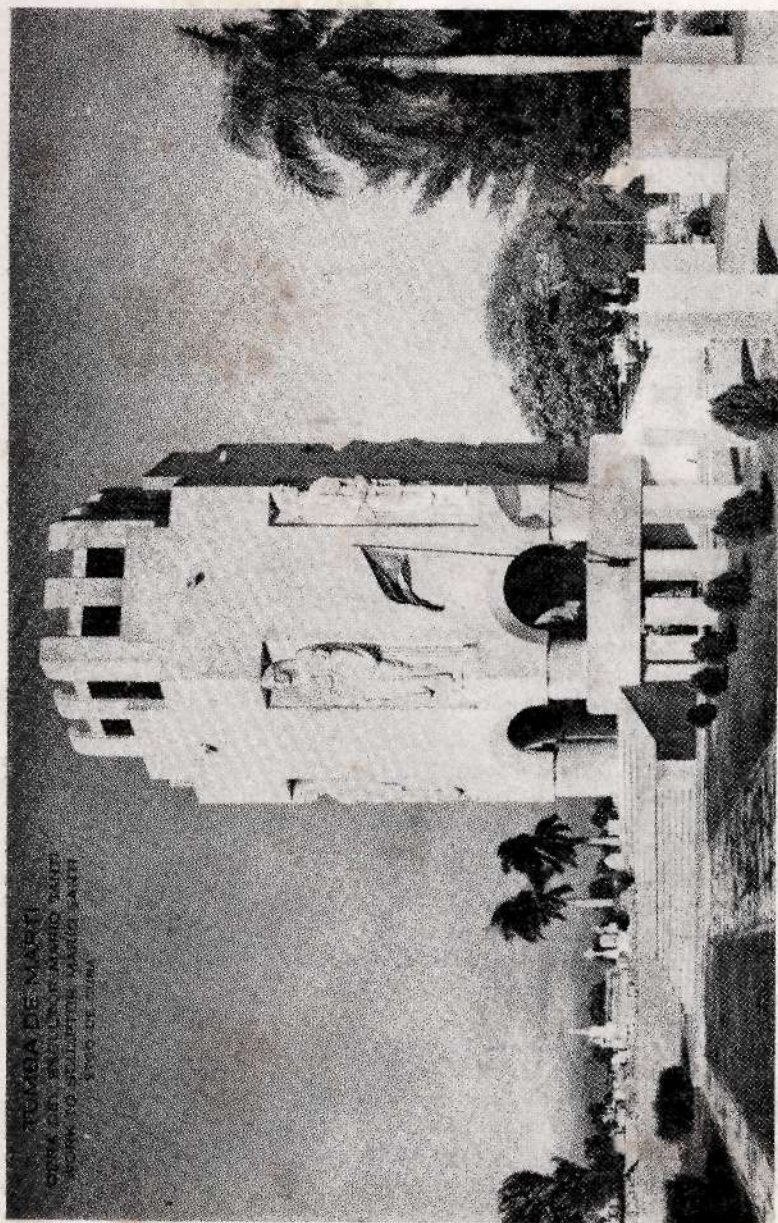
El cine, la radio y la televisión, como hemos reiterado, han sido el refugio de nuestros artistas, de autores y compositores, ante las evidentes dificultades que ha ofrecido el teatro. Desde que fué introducido el cinematógrafo en Cuba, a comienzos del siglo, se agitó el afán de fomentar su industria. En la etapa silente se filmaron algunas películas, inspiradas en tradiciones populares, sin lograr efectivo éxito. El espectáculo del cine había calado en el gusto del público y se multiplicaban las salas dedicadas a las proyecciones, además de los teatros principales, que también se adaptaron a ello, en vista de la predilección que en la masa del país había ganado aquél, debido, en primer término, a su módico costo, asequible a todas las fortunas; pero la industria nacional, sumamente deficiente, no pudo desplazar del mercado, ni siquiera competir con ellas, las cintas extranjeras. Ya en marcha la atractiva novedad del cine sonoro, se hicieron nuevos empeños industriales. La primera empresa fué la firma Películas Cubanas, S. A., cuya primera producción se tituló *Sucedió en La Habana*, y fué estrenada en 1938. A pesar de cierto subsidio aportado por el Gobierno, la empresa no alcanzó el resultado satisfactorio que se esperaba; seguramente por no poder medirse con las películas norteamericanas y europeas; lo cual vedaba no solamente el mercado cubano, sino toda posibilidad en el extranjero, pues la producción de España y la de Argentina se imponían, en los países de nuestra lengua, sumándose poco después la de Méjico. Se han hecho posteriores esfuerzos sin positivos resultados. Esporádicamente, algún que otro exponente ha tenido limitada aceptación, y la única actividad eficaz es la de los noticiarios y documentales. La película extranjera sigue imponiéndose por su calidad superior.

En radio y en televisión, en cambio, se ha triunfado con admirables pruebas de capacidad industrial, que nos colocan en primera fila. En la radio fueron las emisoras pioneras, la CMC, de la Cuban Telephone Co., en 1921, y la CMBZ (Radio Salas) que comenzó en 1922; ambas de onda larga. La primera de onda corta fué la COCO. Industrial y comercialmente, la radio alcanzó pronto un auge extraordinario, multiplicándose de manera asombrosa el número de estaciones radioemisoras. La calidad de los programas no solía estar a la altura de los adelantos técnicos que se iban logrando, aunque hubo honrosas excepciones que merecen un digno recuerdo de esa etapa inicial; tales como las escenificaciones que dirigieron distinguidos actores, como Enriqueta Sierra, Marcelo Agudo y Guillermo de Mancha; y las que se debieron al Radio-Teatro Ideas Pazos; todas las cuales alcanzaron mucha popularidad,

superándolas a todas en este aspecto, la transmisión humorística de dos célebres actores bufos cubanos: Sergio Acebal y José del Campo. Programas de alta jerarquía cultural los hubo, como los de la Universidad del Aire y la Hora Intelectual, en que participaron los profesores y escritores más destacados de aquel momento, coincidente con las persecuciones llevadas a cabo contra el profesorado y los hombres de letras, por el gobierno del Presidente Machado.

La fundación de la emisora CMZ, del Cuerpo de Cultura del Ejército (hoy perteneciente al Ministerio de Educación) reviste gran importancia en la historia de la radio cubana: fué en ella donde se iniciaron series de programas culturales y docentes, redactados por valiosas plumas. Comentarios críticos, diálogos esclarecedores, narraciones históricas, biografías, descripciones geográficas, ejecuciones de grandes obras musicales, etc., animaron esos ejemplares programas, en dramatizaciones que interpretaron nuestros mejores actores, disertaciones, comedias, audiciones efectuadas por la orquesta de la emisora, por escogidos cantantes o por medio de discos fonográficos, etc. Nació allí una verdadera escuela de escritores para la radio, y novedades como la de fondos musicales debidamente acoplados al sentido de la transmisión; de allí salieron, para estaciones comerciales, actores, actrices, cantantes, que fueron y son predilectos del gran público. Tan hermosa y edificante obra, decayó mucho al abandonar el poder el Presidente Batista, que fué quien auspició su aparición y su auge.

Posteriormente se afianzaron en Cuba poderosas empresas radiofónicas, rivalizando en primera categoría, la CMQ y la RHC (Cadena Azul). En *La Voz del Aire* se fundó, por los periodistas Jesús J. López y José Benítez, el primer diario aéreo, que llevaba el nombre de la emisora. Fué una organización cabal. El ejemplo cundió, y los espacios radiales se han plagado de periódicos aéreos y de noticieros, la mayoría de los cuales no hacen honor a la prensa cubana, dedicándose los más, en la información, a saquear el texto de los periódicos terrestres. Cuba es el único país donde la noticia transmitida por la radio, no está absolutamente controlada por las esferas oficiales. Su divulgación es de alcance insospechado, pues los aparatos receptores suman miles en Cuba, y los poseen hasta las personas más humildes, en las regiones más apartadas; amén de aquéllos que, colocados en establecimientos o plazas, reúnen, para escucharlos, a cientos de individuos. La forma en que se desenvuelve la radio en nuestro país, es la prueba más evidente de nuestra libertad de expresión, que afecta inclusive a los que no saben leer, pues hasta éstos llega la acción de la radio. Este dato enaltece a la República, por el principio a que responde; pero estimamos que la



TUMBA DE MARTÍ

TUMBA DE MARTÍ. El día 30 de junio de 1951 tuvo lugar, en Santiago de Cuba, el *entierro cubano* de Martí, es decir, el traslado a su nueva sepultura en el Cementerio de Santa Ifigenia de los restos mortales "del más grande de todos nuestros grandes". El monumento —la tumba digna del Apóstol— fué concebido por el escultor Mario Santí y el arquitecto Jaime Benavent, de acuerdo con las ideas expuestas por el propio Martí en su carta al Sr. Director de *La Nación*, el gran diario de Buenos Aires, de 15 de marzo de 1885. Dentro del severo mausoleo, de forma exterior exagonal, que luce en sus aristas las estatuas de las seis provincias cubanas, se halla la escultura del Apóstol, sentado "al borde del camino", iluminada la figura por la luz natural que a raudales se refleja sobre la piedra. Un camino de baldosas sin pulir, como apuntara Martí, conduce hasta el simbólico templo de mármol blanco.

El grabado reproduce una fotografía reciente de la Tumba.

difusión radial entraña grandes peligros para el desenvolvimiento cívico y cultural de la nación, por la irresponsabilidad y chabacanería con que a menudo suele usarse esa libertad, en cuyo nombre se falta el respeto a las instituciones, a las personas, al buen gusto y a todo lo que merece ser mirado con ponderación.

Ha firmado Cuba convenios radiales con países amigos, para hacer posible el intercambio de audiciones; pero es tál la multiplicidad de estaciones de onda corta y de onda larga que existe, que cada vez se hace más difícil la recepción de los programas de otras naciones, a no ser los de emisoras muy poderosas, que penetran y se imponen. Es también muy considerable el número de aparatos de radioaficionados, que mantienen constante comunicación con colegas de todo el mundo. Los enormes adelantos que entraña la radiotelefonía, se han aplicado en Cuba, como en los países más avanzados, desde la transmisión que es mensaje de amenidad y esparcimiento, hasta la información policíaca, enviada a las unidades radiales de los cuerpos de seguridad.

La televisión se inició el año 1950, y correspondió tal honor a la emisora Unión Radio, transmitiendo desde el canal 4; le siguió la CMQ, en el mismo año, en el canal 6; ambas son, asimismo, emisoras radiales. En este aspecto, Cuba también marcha a la cabeza, siendo asombrosa la rapidez y eficiencia con que en lo técnico y en lo artístico, se han producido estudios y programas de primer orden; insuperados algunos de ellos en los propios Estados Unidos, que es donde nació y avanzó la industria de este maravilloso invento. Ha sido ésta una de las demostraciones más evidentes de la capacidad del cubano, quien muchos de estos éxitos los ha debido más a sus grandes facultades intuitivas que a la propia experiencia. También adolece la televisión entre nosotros de ciertos defectos en la programación, que no pocas veces suele ser insulsa, de mal gusto, carente de buena calidad artística; pero esto es debido al excesivo número de horas televisadas, dando lugar a la intervención de multitud de elementos y factores que, como en la radio, impiden la selección debida. No obstante, el balance es satisfactorio y en general dignifica nuestro progreso.

También la República se anota una superioridad muy evidente, en el cultivo de los deportes y del juego ciencia, en los que Cuba ha ganado extraordinario prestigio, a través de diversos campeones mundiales: Ramón Fonst, atleta excepcional, que conquistó tres campeonatos de esgrima, además de cinco centroamericanos; amén de múltiples triunfos en competencias internacionales, no sólo en esgrima, sino en ciclismo, boxeo y tiro; José Raul Capablanca, genio del ajedrez, en el que llamó poderosamente la atención por la rapidez de sus concepcio-

nes, su técnica matemática y su asombrosa habilidad, tanto en el ataque como en la defensa; y que alcanzó tres campeonatos mundiales; Alfredo Oro, que deslumbró en el billar, ganando diversas justas de carácter internacional; Eligio Sardiñas (Kid Chocolate) que ascendió a la categoría mundial de los *feather-weight*, en su célebre encuentro con Lew Feldman, en Madison Square Garden, de New York. En el boxeo, además del de *Kid Chocolate*, correspondió el campeonato mundial (esta vez de *welter-weight*) a Gerardo González (*Kid Gavilán*); veinte años transcurrieron entre uno y otro: de 1932 a 1952. En todos los deportes Cuba ha contado además, con salientes figuras. En *base ball*, donde ha dado muchos valores, Adolfo Luque fué destacado como *pitcher* campeón de la Liga Nacional, de Estados Unidos. En Jai Alai, Emilio Eguiluz y José María Gutiérrez lograron jerarquía mundial. El Estado ha brindado atención persistente y eficaz a los deportes y a la educación física, cuyo aprendizaje ha sido llevado a la enseñanza media.

La prensa cubana se destaca, en conjunto, entre las mejores del Continente, en lo material y en su misión informativa. Los diarios, nutridos de páginas, no se reducen a dar al público las noticias más completas y verídicas, de la nación y del extranjero, sino que dan cabida al artículo literario periodístico, encarando los problemas de actualidad, en todos los órdenes, incluso los artísticos. Las revistas, tanto las universales como las especializadas, han contado y cuentan con exponentes dignísimos. El humorismo, como eficaz válvula de escape, ha cundido por diarios y revistas, en columnas, *entrefilés* y caricaturas; y se enumeran algunas publicaciones que responden exclusivamente al espíritu festivo y satírico. La prensa ha pasado a constituir de verdad "el cuarto poder", por su libertad e influencia. No todo, desde luego, es encomiable en el periodismo, como sucede en otras zonas de la actividad cubana: publicaciones y periodistas pueden citarse que han faltado a los principios más elementales de la ética que hay que exigir en profesión tan responsable; pero hay grandes periodistas y magníficas publicaciones, que honran el periodismo. Con el propósito de encauzar mejor la clase periodística futura, funciona la Escuela Profesional de Periodismo, que lleva el nombre de uno de los más ilustres representantes de la profesión: Manuel Márquez Sterling; y es de esperarse (porque su creación es reciente) que logre al cabo los resultados ventajosos para que fué fundada.

Lo que política y socialmente ha ganado Cuba, salta a la vista, tan pronto como se lee la historia del proceso nacional, en estos últimos cincuenta años. Respondiendo a las esencias democráticas en que se fundó la República, desde la Manigua, tanto la Constitución de 1901,

como la de 1940, han garantizado todos los derechos individuales, por cuya conquista se luchó. Es más, la última Carta Fundamental se considera como una de las más avanzadas de esta hora. La Revolución de 1930, a través de los gobiernos que mandaron tras el régimen del Presidente Machado, produjo una amplia proyección de la legislación obrera y campesina, inspirada en la más serena justicia social; lo mismo ha sucedido en cuanto a los derechos civiles y políticos de la mujer, y en lo que respecta a la economía del país. Ha habido, es verdad, abusos y desorbitaciones, pero se han cometido al margen de la ley y en momentos determinados; no puede afirmarse que esa sea la consecuencia de las consultas y justas medidas legales, sino producto de la demagogia impuesta por los desaprensivos y ambiciosos que pusieron intereses electoreros por encima de los legítimos intereses de la nación. Al contrario: la estricta aplicación de las leyes sociales y económicas que rigen en Cuba, son una garantía para el normal y equitativo desenvolvimiento del capital y del trabajo. En lo político ha habido errores; pero ciertos vicios heredados de la época metropolitana, como el fraude electoral, se han superado.

Figura también, entre esos vicios heredados, la falta de pulcritud en la administración pública y el nepotismo irritante. En cuanto al primero, existe una conciencia nacional puesta en pie frente a él, y sobre la cual será muy difícil pasar. Algunos movimientos revolucionarios ha habido inclusive, en su contra; se ha establecido el Tribunal de Cuentas, y se palpa en el ambiente republicano un propósito firme de imponer las rectificaciones que la ciudadanía reclama. Todos estos males (no exclusivos de Cuba y latentes en los países de más crédito) se han debido en nuestra nación (como en otras hermanas) al imperio del caciquismo, al espíritu de clan que a menudo se ha dado al agrupamiento de los individuos y las legiones gobernantes, haciendo de la cosa pública un patrimonio privado. El enriquecimiento de los gobernantes coloniales (sin excluir empleados de menor cuantía) a costa del Erario, ha sido ejemplo que ha calado tanto, que ha sido difícil desarraigarlo. En conjunto, nuestras quiebras políticas han sido las mismas de toda nuestra América; bastaría leer algún libro, como el del escritor boliviano Alcides Arguedas, titulado *Pueblo enfermo*, para darse cuenta de la comunidad de defectos y de raíces. Las influencias extrañas, si beneficiosas en ciertos extremos, nos han dañado en otros: la inclinación a las sinecuras, a lo que en el pintoresco lenguaje popular se llama "botella" (percibir emolumentos sin trabajar) se la debemos a la segunda Intervención norteamericana, que la fomentó, corrompiendo las costumbres públicas.

Ahora bien, a pesar de las máculas que persisten desde la Colonia, en lo político Cuba ha evolucionado considerablemente, y el espíritu de igualdad, de libertad de pensamiento y de conciencia, de hacer del poder una meta a la que no existen prejuicios ni privilegios sociales para llegar, con tal que se tenga la capacidad legal para ello, es evidente. Durante el proceso republicano hemos visto ascender a las más altas posiciones de la gobernación, a los individuos de más humilde extracción social, habiéndosele dado oportunidad a hombres que han rendido utilísimos servicios a la patria, y que sin la viabilización que les propiciara la democracia, no hubieran podido nunca poner a prueba sus dotes, y beneficiar con ellas al país. El amor a la libertad, que es tan característico de nuestra idiosincrasia, persiste tanto en el espíritu criollo, que los "golpes de Estado" que ha habido en Cuba, no han desembocado en dictaduras feroces, más que en la propaganda de sus opositores. La libertad individual ha sido para Cuba, no una conquista literaria, sino una realidad palpable. Va el país paulatinamente, y a pesar de los altibajos, hacia el equilibrio definitivo que da de alta a los pueblos en su vida cívica. El sentido de su propia tradición, la sinceridad y amplitud con que ha verificado sus conquistas ciudadanas, los antecedentes históricos mismos en los recientes años, son elementos de apreciación que permiten asegurar que Cuba será una de las naciones jóvenes que en más corto tiempo alcanzará la estabilidad que a otras ha costado más largo trecho de ensayos y peripecias.

El sentimiento criollo, de suyo expansivo y noble, no ha podido ser vencido por los injertos exóticos que en sus costumbres han sembrado intereses ajenos a los legítimos del país. Aquella tendencia al personalismo y al militarismo, a la popularidad, al juego, a la diversión sistemática de que hablara Francisco Figueras, en su meduloso ensayo *Cuba y su evolución colonial*, y que no constituyen déficit exclusivo del carácter cubano, sólo necesitan la madurez del tiempo, para modificarse y encauzarse convenientemente, porque algunas de esas peculiaridades no son negativas, sino por su exceso. El personalismo y el militarismo son todavía resabios del coloniaje; y la inclinación a la popularidad es muy propia de la juventud, ávida de lo que en el argot popular se califica en Cuba como "figurao", es decir, el ansia de notoriedad, que no es en verdad lo que acerca más al hombre a la labor reflexiva y juiciosamente fecunda. No es extraño, pues, que esto haya llevado inclusive, a hombres que se han destacado en la vida intelectual, al afán de mantenerse constantemente en los primeros planos de la vida pública, creyendo de buena fe que su pensamiento y sus pronunciamientos son siempre trascendentales, y que cuanto hacen y dicen re-

sonará en la historia. Todo ello irá perdiendo su manera actual y entrará en los cauces debidos, hasta que adquiera el estilo de la conducta pública, su tónica sensata y prudente.

El juego y las diversiones no son vicios más que cuando dominan: el azar (al primero) y la corrupción (a las segundas). El juego es un mal inveterado en Cuba, que no puede negarse; en cuanto a las diversiones, la sociedad cubana está muy lejos de poder ser clasificada entre las que se desenvuelven dentro de esa órbita nociva. La corrupción, que es calamidad universal, afecta en Cuba, como en todas partes, a determinados individuos y zonas sociales; y superará o decrecerá, a medida que el mundo cambie en sus costumbres; no es problema de Cuba, sino de la humanidad en general. Alegre por naturaleza, el cubano ama las diversiones, y en las que tradicionalmente alborozaron sus ocios antaño, lo mismo que en las que han ido amenizándolas hogaño y que se han nutrido con nuevas modalidades (producto de la civilización y de las imitaciones) hubo y hay en el fondo un espíritu sano, aunque la travesura propia del ingenio criollo haya puesto a menudo, en sus expansiones, sal y pimienta, que a muchos pueda parecer de fuerte sabor; resultado, en definitiva, de nuestra herencia andaluza.

La calidad de las diversiones, como del gusto artístico en las expansiones públicas, depende de la preocupación que hayan tenido por ello, las conciencias responsables de la orientación ciudadana. Ciertos desvíos, frivolidades y chabacanerías en las zonas indicativas, han repercutido en las masas. Lo mismo ha sucedido con el espíritu de trabajo, que si ha encontrado desgano se ha debido a la falta de rectitud entre quienes han tendido a fomentar la ausencia de escrúpulos, para devenir haberes sin rendimiento de labor alguna. El cubano ha probado a lo largo de su historia, sus cualidades para el trabajo; aún en las faenas más rudas. Su curiosidad por el saber y por el arte ha despertado mucho en los últimos veinticinco años, sobre todo, en que las conferencias, los cursos libres, las exposiciones y los conciertos, organizado todo ello para el gran público, han congregado auditorios nutridos. Este estímulo no se le puede regatear a la República. La indolencia tropical no es más que una frase literaria; y el clima, como apuntó oportunamente Saco, no impide la disposición espiritual y física del cubano, en contra de una favorable postura de la atención y del músculo para laborar, exponiendo citas históricas de épocas y naciones diversas, de clima cálido, que desmienten esta creencia; dependiendo el hábito del trabajo sólo de la educación y de la voluntad de los habitantes del país. Dice el insigne estadista cubano, que cuando el hombre posee la virtud del trabajo, se burla del rigor de las estaciones. El cubano ha aumen-

tado sus fuentes de trabajo, en todos los sectores industriales, comerciales y profesionales, empeñando en ello su persona física o su inteligencia; y si en el censo no se registra mayor cifra de ocupados, cubierta por la incorporación de quienes pueden trabajar y tienen ansias de hacerlo, depende más de la falta de empleos, que de la carencia de individuos en disposición de desempeñarlos; fenómeno éste del desempleo, que se confronta, en más o menos análoga proporción, en todas partes.

Cuba ha cultivado con evidente interés y preocupación, las relaciones internacionales; en lo cual responde al espíritu de tradición diplomática, que nace con los primeros esfuerzos por la independencia. El Estado cubano ha solido tener, salvo raras excepciones, debidas a motivos meramente circunstanciales, sincera amistad con cuantos países han querido reciprocársela; ha participado en todos los Congresos políticos, económicos, científicos, sociales, tanto interamericanos como mundiales, y cumplido los acuerdos a que se ha comprometido. Figuró en la Sociedad de Naciones, y hoy figura en la ONU, respondiendo siempre al propósito de fomentar el entendimiento de los pueblos entre sí, por medio de razones jurídicas, y al de tratar de agrupar, en un haz de aquéllos que se deben a una organización democrática, como un medio de defensa contra el predominio de las amenazas totalitarias. Cuba ha sido factor importante en los empeños de previsión continental, debiéndose a sus intervenciones, señalados éxitos y progresos en este sentido. Para honra suya, el Código Internacional, debido a uno de sus hijos más preclaros, el doctor Antonio Sánchez de Bustamante, ha sido adoptado por muchos países, para regir las relaciones entre sí.

Contemplada panorámicamente, la proyección cubana en el orden internacional, ofrece un saldo muy favorable a nuestra política, habiendo logrado beneficiosos tratados de reciprocidad y conseguido la abrogación de la Enmienda Platt y el reconocimiento de la soberanía de Cuba sobre Isla de Pinos; todo lo cual representa positivos triunfos de nuestra diplomacia, como lo son también oportunas y acertadas intervenciones en pro de la paz, entre pueblos hermanos. Al fijarnos en la labor internacional que ha desenvuelto, en tesis general, la Cancillería cubana, no podemos, desde luego, establecer comparación con el período colonial, como hemos venido haciéndolo con otros aspectos del proceso cubano; pero sí debemos consignar que dicha labor, por muchas razones de principio y de eficacia gestora, honra la perspicacia y la habilidad del talento político cubano, que tan reiteradas pruebas de ello ha dado, en la más delicada y grave de sus actividades, de las que tanto depende la prosperidad económica y la evolución cultural en sus más amplias perspectivas. Ciertamente que nuestra Cancillería, en algún mo-

mento, se ha apartado de lo que es, a nuestro juicio, la política sana en las relaciones internacionales, que es la de mantenerse fiel al principio de la no intervención en los asuntos internos de otros países; pero ha sido un lapso, si desfavorable, muy breve.

En lo material se ha progresado durante la Independencia, extraordinariamente. La cantidad de construcciones en todos sentidos (edificios, caminos, parques, etc.), las comunicaciones en general (redes ferrocarrileras, servicios de ómnibus y de tranvías, etc., correos, telégrafos, teléfonos radio, etc.), el surgimiento de industrias y de comercios, la habilitación de puertos, etc., etc., dan a Cuba categoría de gran país. La Carretera central (cordón indispensable para la mejor comunicación entre las provincias); los caminos vecinales; palacios oficiales, como el Capitolio, el Presidencial, algunos Provinciales, etc.; la conservación de lugares y edificios históricos (el viejo Palacio de los Capitanes Generales, la Plaza de Armas, la casa de Apóstol, etc.); la edificación de centros docentes, desde los universitarios (de La Habana y de Santa Clara) hasta planteles escolares; monumentos conmemorativos (a Martí, Máximo Gómez, Maceo, Luz y Caballero, a las víctimas del *Maine*, etc.); la multiplicidad de ingenios azucareros; la urbanización de las principales ciudades de la Isla, especialmente la capital, con sus repartos difícilmente superados en otras partes; la higienización y limpieza; el incremento de la ganadería; etc.; todo ello arroja un saldo muy ventajoso para nuestro gobierno propio. Ciertamente que aún hay deficiencias muy lamentables, como la carencia de agua en determinadas ciudades importantes, como La Habana y Santiago de Cuba; la mala organización del transporte; el justo equilibrio en la política de precios de los artículos primordiales, etc.; pero no cabe duda que, a pesar de ello, en los cincuenta años de Independencia se ha logrado una vida más confortable, en todos los aspectos, que en la Colonia. Difícilmente existe ciudad alguna que aventaje a las de Cuba en elementos de civilización; sólo las norteamericanas compiten con nuestras ciudades principales en ese aspecto.

En el balance general de la gestión republicana no se ha logrado todo cuanto hubiésemos querido; pero lo mismo le sucede a los pueblos más antiguos en su lógico empeño de evolución, de acuerdo con las nuevas corrientes civilizadoras; sin embargo, contemplada con sereno juicio, es notable y palpable el progreso ganado. Las quiebras experimentales en el proceso cubano, no son el fruto exclusivo de nuestro pueblo, que está muy lejos de poder ser clasificado entre los tarados: ellas constituyen, por el contrario, el cociente de una sociedad que, precisamente por no haber quedado rezagada, ha corrido también la misma

suerte de cuantas han participado en el nuevo estilo que caracteriza la postura y la actuación de la humanidad contemporánea, con sus ventajas y con sus errores. Particularmente, y no obstante ello, Cuba ha salvado en su esencia, el fondo tradicional, aunque en la periferia se adviertan síntomas que pudieran parecer alarmantes. El cubano sigue manteniendo su espíritu noble y alegre, amante de su historia y ávido de su superación; el impulso a lo lírico y declamatorio, no lo ha perdido; no es el criticismo lo que lo distingue hoy, como no lo distinguió nunca, sino su predilección por lo imaginativo, a pesar de que haya sido frenado (pero no detenido) por las nuevas inclinaciones hacia el examen de las ideas y de los hechos. Subjetivo más que objetivo, nuestro pueblo sigue poniendo pasión en su modo de producirse; y si es cierto que no se ha curado por completo de su ductilidad hacia la improvisación, la experiencia misma de sus fracasos lo va conduciendo a la rectificación de esa tendencia, efecto de la inmadurez en la responsabilidad plena de la administración propia y de la orientación asimismo de los propios destinos.

INDICES



ADVERTENCIA

Estos índices han sido hechos teniendo en cuenta, más que los cánones establecidos por la técnica —aunque sin olvidarlos—, las necesidades de una obra que alcanza la magnitud de ésta.

El índice geográfico lleva omitida expresamente la palabra CUBA en atención a que su repetición era tan extraordinaria que habría necesidad de referirla en todas las páginas y es obvio que ello hubiera sido inútil labor. Se ha citado solamente cuando el autor la refiere a Santiago de Cuba. En las palabras que comienzan por San, Santo o Santa, se ha seguido la norma de aglutinarlas en la letra "S".

En el caso de Mario García Menocal y Deop, hemos optado por situarlo generalmente en la letra M, porque nadie en Cuba designa al tercer presidente de la República independiente por García, sino por Menocal.

En el índice denominado misceláneo la necesidad espacial nos obliga a no separar algunos elementos que hubiéramos preferido reunir en otra clasificación.

Asimismo hemos optado por un solo tipo de letra en todo el índice atendiendo a que el número de páginas a que tenemos que ceñirnos nos obliga a prescindir de la variedad en los tipos, al efecto de la distinción que generalmente se usa para tales tablas.

Fué necesario trabajar con más de sesenta mil fichas de nombres y números y se hizo preciso desechar en la parte miscelánea mucho que hubiéramos utilizado para aumentar las ventajas del manejo de la obra al lector interesado en la búsqueda de datos.

Me comprometí con los amigos forjadores del gran empeño, a realizar esta parte de la obra y he leído sus 4,019 páginas, cerca de

2,150,000 palabras, con la atención que merecía trabajo de tal responsabilidad. Si no ha respondido el éxito en esta parte al afán que animaba a los directores ilustres de esta HISTORIA DE LA NACIÓN CUBANA, mía es la falta, que nunca será por haber estado ausente el deseo de acertar, sino quizá por mi incapacidad en todo caso. Y si hay algún record —como con tanto empeño se busca ahora— habrá que anotarme el de haber sido el primero que, con Octavio S. Martínez, que revisó las pruebas, se ha leído página por página, en una compensación de alegría del trabajo, esta obra impar hasta ahora en nuestros anales de reunir en diez volúmenes la historia de nuestra Patria.

MANUEL I. MESA RODRÍGUEZ.

INDICE DE NOMBRES DE PERSONAS

A

- Abad, Luis B., VII: 243.
 Abad, Luis V. de, IX: 38, 123, 169, 171, 172, 283.
 Abaguanes, IV: 369.
 Aballí, Angel Arturo, X: 160.
 Abarca, Silvestre, II: 54, 62, 63, 319.
 Abarzuza, VI: 55, 58, 59, 96, 97, 101, 105, 264.
 Abarzuza, Buenaventura de, VI: 53, 455.
 Abela, Eduardo, X: 207, 208, 209, 228.
 Aberdeen, Lord, IV: 68, 71.
 Abreu, Agustín, IV: 403; VII: 460.
 Abreu de Estévez, Marta, VI: 288, 312, 392; VII: 135; VIII: 4.
 Abreu, Pierre E., X: 110.
 Abreu, Rosalía, VI: 392; X: 112, 113.
 Abruñedo, Lorenzo, VII: 449.
 Acea, Isidro, VI: 232.
 Acebal, Sergio, X: 312.
 Aceituno, Mateo X: 251.
 Acevedo, VI: 187.
 Acosta, III: 132; V: 194, 195, 196; VIII: 25; X: 12, 16, 255.
 Acosta, Agustín, II: 201; VIII: 185; X: 15, 185.
 Acosta, Baldomero, VI: 232, 325, 329, 330; VIII: 23.
 Acosta, Carlos Antonio de, III: 378.
 Acosta, Cecilio, VII: 349.
 Acosta y Albear, Francisco de, V: 28; VII: 159.
 Acosta, Francisco Teodoro, VII: 249.
 Acosta, José de, II: 313.
 Acosta, José María de, III: 131.
 Acosta, Juan de, II: 201.
 Acosta Rubio, Raúl, VIII: 96, 182; X: 145.
 Acosta, Salvador, VIII: 139.
 Acuña, Julián, X: 172, 182.
 Achagua, I: 29.
 Adam, Mac, II: 162.
 Adam y Silva, Ricardo, VIII: 182.
 Adams, VIII: 221.
 Adams, John, III: 13.
 Adán Galarreta, Luis, VII: 373; VIII: 34, 44.
 Adán de Yarza, Ramón, VII: 409.
 Adelantado, El, I: 55, 57, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 85, 86, 87, 88, 93, 97, 155, 156, 157, 168, 170, 346.
 Adicto, El (seudónimo), IV: 375.
 Ador Biehman, Inés, VII: 417.
 Aenlle, VII: 288.
 Aenlle, Alvaro, VII: 272, 282.
 Agassiz, Alejandro, VII: 409.
 Agete y Piñeyro, Fernando, IX: 394; X: 175.
 Agnew, VI: 145.
 Agramonte, III: 323; IV: 287, 410; V: 10, 59, 72, 73, 84, 85, 97, 98, 99, 101, 102, 103, 104, 105, 107, 108, 121, 122, 124, 129, 134, 135, 147, 149, 150, 165, 166, 168, 184, 233, 239; VI: 267, 268, 269, 283; VII: 58, 305, 343, 405; VIII: 156, 235; IX: 274; X: 153, 155.
 Agramonte, Abelardo, VII: 371.
 Agramonte, Aristides, VII: 57; X: 152, 156.
 Agramonte, C. F., VII: 308.
 Agramonte, Eduardo, VII: 306.
 Agramonte y Piña, Eduardo, V: 18, 21, 27, 54, 56, 81, 99, 104, 122, 148, 149.
 Agramonte, Emilio, VII: 435, 471, 472.
 Agramonte Piña, Emilio, X: 273.
 Agramonte, Francisco J., VI: 267.
 Agramonte Frank, VI: 191, 266.
 Agramonte y Loynaz, Ignacio: IV: 388; V: 10, 18, 21, 27, 54, 56, 57, 72, 74, 79, 81, 83, 96, 100, 104, 133, 136, 148, 197, 235, 262, 263, 358; VI: 93, 121, 122, 124, 129, 133, 198, 205, 292, 337; VII: 142, 304, 311, 348, 468, 471; VIII: 249, 335.
 Agramonte y Sánchez, Ignacio, V: 103.
 Agramonte, José, V: 303.
 Agramonte, J. A., VII: 371.
 Agramonte, José María, III: 146.
 Agramonte, Juan de, I: 93, 180.
 Agramonte, Roberto, IV: 415; V: 9, 89; VII: 375; IX: 15, 282; X: 42, 46.
 Aguabella, Ramón, VII: 442.
 Aguado, Ana, VII: 435, 459.
 Aguado y Rico, Fernando, VII: 60; X: 81, 109.
 Aguado, Julio: VIII: 177.

- Aguas Claras, marqués de, II: 318.
 Aguayo, Alfredo M., VII: 430, 474; X: 41, 81, 91, 145.
 Aguayo, Carlos Guillermo, X: 176, 179, 184.
 Agudo, Marcelo, X: 311.
 Agüero, III: 146; V: 107, 128, 165, 233; VI: 389; VII: 309, 475.
 Agüero Estrada, Antonio, IV: 90.
 Agüero, Aristides, VI: 353, 360, 369, 373, 378, 388, 390, 393; VII: 26, 365.
 Agüero y Betancourt, Aristides, VIII: 192, 198, 268, 319, 320.
 Agüero, Diego, V: 106.
 Agüero de Osorio, Elisa, VII: 468.
 Agüero, Fernando, VII: 315.
 Agüero, Francisco de, I: 118; VII: 435.
 Agüero Velazco, Francisco, III: 145.
 Agüero Barreras, Gaspar, V: 106; VII: 474; X: 289, 292.
 Agüero, Joaquín de, IV: 19, 20, 78, 88, 89, 90, 91, 93; V: 10, 28, 54, 79; VII: 315.
 Agüero, Oliverio, VII: 468, 471, 474.
 Agüero, Santiago, II: 25.
 Agüero, Sofía, VII: 468.
 Aguiar, Bernardo de, II: 228.
 Aguiar, José Luis de, II: 40.
 Aguilar, III: 44.
 Aguilar, Antonio, V: 244.
 Aguilar, Juan de, I: 274.
 Aguilar, Aguilar, Juan, VI: 325.
 Aguiar, Miguel Angel, VIII: 77.
 Aguilera, III: 323; IV: 131, 133, 134, 136, 137, 138, 139, 287; V: 81, 99, 121, 122, 136, 137, 155, 156, 157, 158, 172, 216, 219, 239, 262, 349; VII: 312; VIII: 156; IX: 279.
 Aguilera, Alejandro, III: 120.
 Aguilera, E., X: 187.
 Aguilera Rojas, Eladio, IV: 134, 135, 136, 137, 141; V: 154, 179, 262, 325.
 Aguilera, Eugenio, VI: 353.
 Aguilera, Francisco Vicente, IV: 130, 139; V: 4, 12, 15, 24, 26, 72, 73, 80, 84, 154, 312, 318, 330; VI: 292; VIII: 249.
 Aguilera, José Antonio, V: 342, 344, 346, 348.
 Aguilera, Juan Antonio, III: 120.
 Aguilera, Manuel Anastasio, IV: 135, 139; V: 330, 362.
 Aguilera y Vargas Machuca, Manuel Anastasio, V: 320.
 Aguilera, Miguel Luis, V: 154.
 Aguilera, Pedro, VI: 337, 338.
 Aguilera Kindelán, Pedro, VI: 198, 248, 349.
 Aguilón, I: 301.
 Aguirre, II: 211; VI: 232, 233, 235, 237, 242, 243, 282, 308, 311; VIII: 71, 391.
 Aguirre, Aristegui y Cía., II: 210, 264.
 Aguirre y Torrado, Benigno, VIII: 70.
 Aguirre, Charles, VI: 188.
 Aguirre, Enrique, VII: 454.
 Aguirre, Fernando V., VII: 399.
 Aguirre, Francisco, II: 210.
 Aguirre, José de, I: 107.
 Aguirre, José María, V: 28, 335, 353; VI: 229, 256, 261, 280, 281.
 Aguirre, Jorge, VI: 188.
 Aguirre, Mirta, X: 19.
 Aguirre, Sergio, VII: 299.
 Aguirre, Severo, VIII: 182.
 Agustín, Padre, IX: 5.
 Ahumada y Centurión, José, IV: 140, 141; VI: 67.
 Aimée, María, VII: 449.
 Aimes, Hubert, H. S., III: 349.
 Aitken, Sobert, X: 241.
 Ajuria, Manuel de, VIII: 33.
 Alaín, X: 172.
 Alaminos, Antón de, I: 153.
 Alarcón, Tomás, VII: 442.
 Alas, Esteban de, I: 288.
 Alba, duque de, I: 296.
 Alba y Monteagudo, José, II: 308.
 Albacete, V: 366; VII: 209.
 Albanés, Wilfredo, VIII: 116, 178.
 Albar, Irene, VII: 338.
 Albarrán, X: 150, 158.
 Albarrán, Jorquín, VI: 392; VII: 406.
 Albarrán y Domínguez, Joaquín, X: 157.
 Albarrán, Pedro, VII: 141; VIII: 44.
 Albe, Joaquín, IV: 399.
 Albear, VII: 416; X: 237.
 Albear y Lara, Francisco de, IV: 404; VII: 415.
 Albear, Jesús de, X: 186.
 Albemarle, II: 42, 45, 46, 47, 48, 51, 111, 114, 115, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 292, 294, 307.
 Albeniz, VII: 472.
 Alberdi, VI: 346, 347.
 Alberdi, Nicolás, VI: 248, 345, 349; VIII: 45.
 Alberich, Mariano, VI: 288.
 Alberoni, Julio, II: 22.
 Albert, VI: 240.
 Alboni, IV: 314.
 Alburquerque, Manuel, I: 108.
 Alburquerque, Miguel, VI: 305, 370, 374, 378.
 Alcalá, Antonio, V: 72; VII: 306.
 Alcalá Galiano, Dionisio, IV: 141, 267, 294.
 Alcalá, Marcos de, I: 195.
 Alcoy, conde de, IV: 80.
 Aldama, III: 226, 246, 253, 292, 323; IV: 132, 156, 244, 394, 399; V: 118, 119, 120, 121, 158; VI: 13; VII: 324, 413; X: 261.
 Aldama, Domingo, III: 288.
 Aldama, Miguel, IV: 75, 112, 131, 262, 386; V: 102, 116, 153, 262, 312; VI: 74, 259; VII: 255, 308; VIII: 191; X: 262.
 Aldecoa, VI: 221, 223.
 Aldecoa, Miguel de, VII: 282.
 Aldoncilla, I: 275.
 Aldrich, VII: 51.
 Alegría, Ricardo E., I: 71.

- Alejandro VI, I: 147, 185, 300.
 Alejo y Campillo, Marcelo, VIII: 182.
 Alemán: VI: 346, 347; VII: 79, 80, 82, 89, 90, 93, 98, 107; IX: 108, 110.
 Alemán, José B., VI: 248, 345, 349; VII: 73, 75, 117, 118, 124, 365; VIII: 43; X: 112, 113.
 Alfaro, VI: 375, 376, 383, 388.
 Alfaro, Colón Eloy, VI: 405.
 Alfaro, Eloy, VI: 305, 370, 374, 382, 387; VIII: 74.
 Alfert y Aroix, Rogelio, VIII: 70.
 Alfieri, III: 365.
 Alfonso, III: 255, 292, 323; IV: 244; VI: 346, 347.
 Alfonso X, I: 241.
 Alfonso XII, V: 226; VI: 23, 24, 39, 91.
 Alfonso XIII, VI: 375, 382, 427; VII: 69; VIII: 219.
 Alfonso el Sabio, VII: 421.
 Alfonso, José, V: 41.
 Alfonso, José Luis, IV: 64, 75, 105, 110, 112, 132, 353.
 Alfonso, José Pilar, VII: 452.
 Alfonso, Juan de Dios, VII: 442, 453.
 Alfonso, Manuel F. VI: 248, 345.
 Alfonso, Pedro Antonio, III: 332, 349.
 Alfonso, Regino, VI: 188.
 Alger, R. A., VI: 433; VII: 13, 14, 15.
 Alienes, IX: 46, 47, 48, 309, 310, 335, 353, 366.
 Alienes, Julián, VII: 242.
 Alienes Urosa, Julián, IX: 11, 38, 49, 282, 298, 368, 394, 395, 396.
 Aljovin, Judas Tadeo, III: 128.
 Alkan, VII: 441.
 Almagro: VI: 360.
 Almagro, Ignacio, VI: 353; VII: 29.
 Almansa, Pedro, I: 360.
 Almendares (seudónimo), V: 338, 339.
 Almendares de Toledo, Enríquez, I: 150.
 Almirante, el, I: 11, 14, 17, 21, 22, 26, 28, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 55, 57, 62, 78, 86, 89, 117, 136, 147, 300, 337.
 Almodóvar del Río, duque de, VI: 450.
 Alomá, Francisco, VIII: 179.
 Alonso, X: 170.
 Alonso, Alicia, X: 310.
 Alonso, Dora, X: 34.
 Alonso Cuadrado, Gastón, X: 171, 175.
 Alonso Pujol, Guillermo, VIII: 92, 182.
 Alonso Montero, José, VI: 325.
 Alonso Fernández, Juan, I: 104.
 Alonso, Pedro, II: 37.
 Alpizar Poyo, Raúl, VI: 181.
 Alqueza, Matías, II: 305.
 Alquizar, I: 323.
 Alquizar, Sancho de, I: 318.
 Alsina, VIII: 192.
 Alsina, Joaquín, VI: 378, 390.
 Altamira, marqués de, II: 313.
 Altamira, Rafael, I: 279, 328, 367; II: 134.
 Altamirano, I: 87, 89, 113, 271, 275.
 Altamirano, Ignacio, VII: 316.
 Altamirano, Juan, I: 86, 88.
 Altarriba, Miguel de, II: 80.
 Alvarado, Pedro de, I: 57.
 Alvarez, II: 165; VI: 224; VIII: 71.
 Alvarez de la Campa, Alonso, VII: 41.
 Alvarez, Anselmo, VII: 286.
 Alvarez Pedrosó, Antonio, V: 262; X: 45.
 Alvarez Pedrosó, Armando, X: 45.
 Alvarez, Aurelio A., VII: 285; VIII: 60, 151, 158, 313.
 Alvarez, Belisario, IV: 134, 135, 136.
 Alvarez Bugalla, VI: 35.
 Alvarez, Cándido, VI: 220.
 Alvarez, Cayito, VI: 219, 226, 227.
 Alvarez, Celestino, VII: 299.
 Alvarez Cerice, VI: 346, 347.
 Alvarez Cienfuegos, VII: 341.
 Alvarez, Diego, II: 301.
 Alvarez Mijares, Eduardo, V: 49.
 Alvarez, Fernando, VI: 282.
 Alvarez Tabío, VIII: 391.
 Alvarez Tabío, Fernando, VIII: 184.
 Alvarez, Francisco, III: 130.
 Alvarez Pereira, José, X: 235.
 Alvarez de Toledo y Dubois, José, III: 35, 41, 133, 134, 138, 152.
 Alvarez Díaz, José, IX: 235, 276.
 Alvarez Ortega, José, VI: 188.
 Alvarez Varona, José, VII: 469.
 Alvarez, Julián, VII: 260.
 Alvarez Cerice, Lucas, VI: 248, 345.
 Alvarez, Lucía, X: 246.
 Alvarez, Manuel, VII: 265, 285, 286.
 Alvarez Mendizabal, VI: 5.
 Alvarez y Rodríguez, Pedro Antonio, VIII: 70, 71.
 Alvarez de Villarin, Pedro, II: 7, 102, 103.
 Alvarez, Segundo, VIII: 215, 264.
 Alzugaray, Mario, VIII: 182.
 Allen, X: 180.
 Allen, Glover M., X: 180.
 Allen, J. A., X: 180.
 Allen, W. V., VI: 419.
 Allende, Joaquín F. de, IV: 404.
 Allende, Roque, X: 187.
 Allo y Bermúdez, Lorenzo de, II: 320; IV: 105.
 Allones, Ramón, IV: 215.
 Amadeo, VI: 20.
 Amadeo I de Saboya, V: 130, 134, 304; VI: 18.
 Amante de la Verdad, Un (seudónimo), IV: 375.
 Amateur (seudónimo) VII: 483.
 Amblard, VI: 48, 54, 94, 107.
 Amblard, Arturo, VI: 67, 90, 114.
 Ames, Roger P., VII: 57.
 Amherst, II: 113.
 Amiel, X: 39.

- Amiel, Emiliano, VIII: 182.
 Amigo (seudónimo), IV: 107, 108.
 Amigo de la juventud, El, IV: 375.
 Ampere, X: 167.
 Amunátegui, III: 363.
 Ana, II: 100; VII: 339.
 Anacaona, I: 32, 36; X: 281.
 Anacreonte, IV: 365.
 Anahuac (seudónimo), V: 338.
 Anaya, II: 322.
 Anckerman, Carlos, IV: 394; VII: 442, 444.
 Anckerman Rafart, Jorge, VII: 440, 444, 445, 476; X: 275.
 Anderson, VI: 145, 146.
 Andraca, Antonio, X: 287.
 Andrada, Pedro de, I: 280, 331.
 Andrade, Olegorio Victor, VII: 349.
 André, Armando, VI: 321; VIII: 73.
 André Chenier, III: 64.
 Andreu, VIII: 71.
 Andreu, Armando, X: 186.
 Andreu y Bassols, Porfirio, VIII: 70.
 Anduaga, Gregorio de, III: 133.
 Andueza, IV: 372.
 Andueza, José María, III: 392; IV: 371, 382, 417.
 Anfitrión, I: 350.
 Angela, X: 293.
 Angélica, I: 353.
 Angiolillo, VI: 61.
 Anglés, Eduardo, VII: 57.
 Angulema, duque de, III: 69; VI: 73.
 Angulo, I: 261.
 Angulo y Pérez, Andrés, VIII: 187.
 Angulo y Heredia, Antonio, IV: 383; VI: 74.
 Angulo y Heredia, José Miguel, IV: 39.
 Anita, V: 167.
 Anjou, duque de, II: 96, 98, 99.
 Annari, Hieronymo, I: 46.
 Anson, Lord, II: 110, 112, 113.
 Anteón, II: 290.
 Antiga, Juan, VIII: 177.
 Antón, Andrés, VII: 449.
 Antonelli, I: 175, 176, 307; IV: 362.
 Antonelli, Batista, I: 97, 174, 357.
 Antonelli, Juan Bautista, X: 251.
 Antonio, Nicolás, I: 356.
 Antonetti y Muñiz, Alfredo, X: 162.
 Anthony, Henry B., V: 298.
 Apezteguía, marqués de, VI: 47, 95; VII: 42, 195.
 Apodaca, III: 42, 43, 44, 45.
 Apodaca, Rafael, VII: 454.
 Apolo, VII: 413.
 Aponte, III: 35, 65; VII: 454.
 Aponte, José Antonio, III: 37, 137.
 Aquino y Padrón, Sixto, VIII: 73.
 Aragón, Sebastián de, I: 312.
 Arambarri, III: 68.
 Aramburo, VII: 449.
 Aramburo y Machado, Mariano, IV: 417; VII: 367; VIII: 389; X: 46.
 Arana, Pedro de, I: 341.
 Aranda, conde de, II: 53, 63, 64, 129; VI: 74.
 Aranda, Francisco, IV: 399.
 Aranda, Manuel, VIII: 288.
 Arango, II: 154, 173, 187, 200, 238, 264; III: 6, 7, 8, 11, 15, 19, 20, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 36, 39, 40, 44, 45, 48, 49, 50, 51, 55, 58, 60, 62, 63, 65, 67, 72, 73, 74, 76, 86, 87, 89, 91, 104, 282, 283, 288, 289, 291, 357; IV: 163, V: 54; VI: 9; IX: 5; X: 45.
 Arango, Alfredo, VI: 188.
 Arango, Augusto, IV: 136, 137; V: 26, 27, 42, 43, 54.
 Arango y Parreño, Alejandro, III: 295.
 Arango, Andrés de, III: 255, 392.
 Arango, Casimiro, II: 267.
 Arango, Francisco, VII: 469; X: 294.
 Arango, Francisco de Paula, X: 293.
 Arango y Parreño, Francisco de, II: 134, 172, 179, 181, 186, 211, 260, 261, 278, 279; III: 4, 105, 111, 117, 128, 293, 295, 312, 319, 320, 335, 345, 349, 350, 356, 390.
 Arango, José Agustín, III: 144.
 Arango y del Castillo, José de, III: 40, 64.
 Arango, José de, VI: 74.
 Arango, José Francisco, VII: 367.
 Arango y Núñez del Castillo, José, III: 358.
 Arango Padrón, José, VII: 469.
 Arango, Manuel de Jesús, IV: 112, 115.
 Arango, Miguel, VIII: 44, 58.
 Arango, Napoleón, V: 26, 27, 53, 54, 56, 103, 104, 128.
 Arango y Parreño, III: 13, 14, 17, 18, 43, 46, 64, 68, 79, 85, 90, 135, 139, 160, 169, 172, 176, 189, 203, 208, 219, 221, 252, 258, 263, 265, 268, 269, 270, 274, 276, 278, 279, 284, 292, 300, 321, 322, 340, 358, 377, 386, 388; IV: 63, 131, 282; VI: 76, 77; VII: 181, 205; X: 46.
 Arango, Pedro, VIII: 241.
 Arango, Rafael, VII: 409.
 Arango y Molina, Rafael, IV: 400; VII: 399.
 Arango, Raúl VI: 190, 212, 232.
 Arango, Secundino, VII: 442.
 Aranguren, VI: 232, 237, 242, 246, 252.
 Aranguren, Néstor, VI: 190, 212, 229, 252.
 Arazoza, Antonio J. de, IX: 37, 113.
 Arboleya, IV: 216.
 Arboleya, José G., IV: 345.
 Arburu Morell, José, VII: 422; X: 194.
 Arburu, Juan, VII: 421.
 Arce, Luis A. de, V: 262; VI: 332; VIII: 182.
 Arces, José, II: 319.
 Arcila Farías, Eduardo, II: 279, 280.
 Arciniega, IX: 3.
 Arciniegas, Germán, IX: 282.
 Arcís, Rafael, IV: 77, 93.
 Arcos y Moreno, Alonso de, II: 29, 34.
 Arcos, marqués de, II: 318; III: 265.
 Archipenko, X: 248.

- Arderius, VI: 217.
 Ardóvol, José, X: 294, 297.
 Arditi, Luis, IV: 392, 393.
 Aréchaga, I: 356.
 Aréchaga, Juan, I: 355.
 Arenas, Rogelio, X: 177.
 Arencibia, VIII: 24, 25.
 Arencibia, Dionisio, VIII: 23.
 Arencibia, Sebastián de, II: 203.
 Argenta, V: 355.
 Argenta, Natalio, V: 354.
 Argilagos, Franklin, VI: 332.
 Argilagos, Rafael, IV: 404.
 Argote, Juan de, I: 272.
 Arguedas, Alcides, X: 315.
 Argüelles, III: 31; V: 247.
 Argüelles, Agustín, III: 135.
 Argüelles, Ramón, VI: 103.
 Argüello, Santiago, VII: 375.
 Argudín, X: 202.
 Argudín, Pastor, X: 201, 202.
 Ariadna, X: 222.
 Arias, VII: 440.
 Arias, Antonio María de Paula, VII: 176, 242.
 Arias, Esteban, V: 333.
 Arias, Juan Pablo, V: 260.
 Arias, Lorenzo, VIII: 43.
 Arias de Avila, Pedro, I: 153, 246.
 Ariosto, I: 353; IV: 356.
 Aristegui, II: 266.
 Aristegui, Lorenzo de, II: 210.
 Aristizaval, Gabriel de, III: 116.
 Aristo (seudónimo), III: 371.
 Aristóteles, III: 389.
 Ariza, Joaquín, VIII: 26.
 Ariza, Lucas, IV: 327.
 Ariza, María, X: 212.
 Arizar, Agustín, VII: 460.
 Arizti, IV: 389; VII: 318.
 Arizti, Cecilia, IV: 388, 394.
 Arizti, Fernando, IV: 393.
 Arjona, Catalino, VII: 443.
 Arjona, Marta, X: 246.
 Armas, VI: 132.
 Armas, Ana de, IV: 393; VII: 468.
 Armas, Antonio de, V: 60, 112, 113.
 Armas, Augusto de, VII: 367.
 Armas, Francisco de, III: 150.
 Armas, José de, VI: 448; VII: 317, 320, 350, 359, 367.
 Armas y Cárdenas, José de, VII: 333, 352, 353; X: 39.
 Armas y Céspedes, José de, IV: 386, 388, 411; V: 40; VII: 308, 315, 338, 361.
 Armas, Juan Ignacio, VII: 315, 318.
 Armas, Manuel de, IV: 39.
 Armas, Natalia de, VII: 456.
 Armas, Rafael de, VI: 320.
 Armas Nodal, Rafael de, VI: 286; VIII: 34.
 Armas y Sáenz, Ramón de, VI: 84; VII: 357, 365.
 Armas y Nodal, Víctor de, VIII: 70.
 Armenteros, IV: 92, 93.
 Armenteros, Atilano, X: 228.
 Armenteros Cárdenas, Carlos, VIII: 44.
 Armenteros y Muñoz, José Isidoro de, IV: 20, 77, 91, 93.
 Armildez de Toledo, conde de, IV: 275.
 Armiñan, V: 188, 192, 209.
 Armona, José Antonio de, II: 63, 66.
 Armstrong, Eduardo, II: 90.
 Aruaco, I: 19.
 Aruacos, I: 18.
 Arnao, Antonio, IV: 390.
 Arnao, Juan, V: 62, 330, 358; VI: 131.
 Arnao, Ramón I, VII: 313, 315.
 Arnau, Virgilio, VII: 439.
 Arnautó, Ricardo, VI: 251.
 Arolas, VI: 62, 241.
 Arosemena, Justo, V: 298.
 Arosemena, Pablo, V: 298.
 Aróstegui, II: 154, 227, 228.
 Aróstegui y del Castillo, Gonzalo, VIII: 70.
 Aróstegui, Martín de, II: 226.
 Arozarena, IV: 202.
 Arozarena, Domingo, IV: 334.
 Arozarena, Luis de, VII: 409.
 Arozarena, Máximo, III: 311.
 Arozarena, Ramón de, III: 204.
 Arquímedes, IX: 133.
 Arseno, José M., VI: 267.
 Arteaga, VIII: 292; IX: 432.
 Arteaga, Emilio, VIII: 44, 50.
 Arteaga, Francisco, VII: 442.
 Arteaga y Borrero, Juan, IV: 402.
 Arteaga y Borrero, Manuel, IV: 34.
 Arteaga, Ricardo, VII: 368.
 Arteaga, Serapio, IV: 403; VI: 320.
 Artiles, Jenaro, I: 58, 72.
 Artiles (Pancho Majagua), VII: 439.
 Artola y García, Rafael, VIII: 70.
 Arransate, Domingo, II: 323.
 Arrate, I: 333, 363; II: 191, 197, 199, 200, 201, 203, 204, 206, 209, 229, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 296, 297, 304, 307, 312, 313, 314, 315; III: 366.
 Arrate, José Martín Félix de, I: 201, 202, 203, 204, 355, 367; II: 40, 90, 277, 279, 286, 293, 297, 298, 313, 324, 325; III: 324.
 Arrayán y Arada, Miguel de, III: 234, 236.
 Arredondo, III: 263; IX: 343.
 Arredondo, Alberto, II: 262, 280; VII: 242; VIII: 182; IX: 394, 395.
 Arredondo y Miranda, Francisco, VI: 307, 379.
 Arredondo, Nicolás de, II: 85, 88, 296.
 Arregui, José Antonio, II: 267.
 Arriaga, II: 301.
 Arrieta, Francisco de, II: 25.
 Arrieta, Ignacio de, IV: 331.
 Arrieta, Joaquín de, III: 207, 254; IV: 203.
 Arrichea, Andrés, VII: 463.
 Arriola, Agustín de, II: 9.

- Arrom, José Juan, I: 365, 367; II: 283, 298, 309, 311, 324; III: 326, 349, 392; IV: 417; VII: 375.
 Arrondo, Leonardo, VII: 452.
 Arroyo, Anita, X: 41, 265.
 Arrúe, José, X: 278.
 Asbert, VIII: 24.
 Asbert, Ernesto, VI: 232; VIII: 23, 36, 51, 288.
 Asquerino, VI: 9.
 Asquerino, Eduardo, IV: 282; VI: 74, 75.
 Asturiano, el (seudónimo), VII: 438.
 Asturias, Princesa de, IV: 113.
 Asunción, Nuestra Señora de la, I: 64, 66.
 Atabey, I: 25, 28.
 Atta Troll (seudónimo), VII: 317.
 Atkins, E. VII: 165, 228; IX: 291, 388.
 Auber, Pedro Alejandro, IV: 251, 402.
 Aubert, Francisco, VII: 448.
 Audivert, Francisco, VIII: 44.
 Augier, Angel I., X: 19.
 Augusto Rott (seudónimo), V: 336.
 Aurrecoechea, V: 109.
 Austin, C. T., X: 174.
 Austrias de España, I: 189.
 Austrias, los, II: 96.
 Austria, casa de, II: 4, 6, 37, 95, 98.
 Austria, José Donato de, III: 218.
 Avalos, VIII: 23.
 Avalos, Francisco de, I: 337.
 Avellaneda, IV: 352, 357, 358, 359, 365, 371, 372, 387; VII: 341, 352, 368; X: 278.
 Avellaneda, Manuel de, III: 130.
 Avello, Ignacio, I: 71.
 Averoff, VIII: 390.
 Averoff, Octavio, VIII: 56.
 Avila, I: 94.
 Avila, Alonso de, I: 305, 359.
 Avila, Juan de, I: 93, 94.
 Avilés, Ramírez, Eduardo, X: 229.
 Avilés Urbina, Jesús, VII: 435.
 Ayala, Emilio, VII: 264.
 Ayala, Francisco, VII: 308.
 Ayala, Manuel Joseph de, II: 279.
 Ayala, Vicente, III: 129.
 Ayanz, de Ureta, Juan Antonio, II: 66, 68, 72, 73.
 Ayestarán, V: 107, 128, 167.
 Ayestarán y Diago, Joaquín, IV: 205, 402.
 Ayestarán y Moliner, Luis, V: 21, 106, 263; VII: 306.
 Ayllón, I: 225.
 Ayrelío (seudónimo), IV: 375.
 Ayuso, V: 228.
 Azara, II: 129.
 Azcárate, IV: 132; V: 132, 301, 348; VI: 19, 40, 55, VII: 307, 327, 363; IX: 135.
 Azcárate, Nicolás, IV: 39, 131, 388; V: 21, 41, 131, 262, 300, 301, 306, 346; VI: 7, 13, 18, 67, 76, 91; VII: 260.
 Azcárate Rosell, Rafael, I: 71; V: 262; VI: 67.
 Azcuy, Aracelio, VIII: 128.
 Azcuy, José, VI: 181.
 Azcuy, José I. VI: 200.

B

- Baal, Roberto, I: 159.
 Babé, Enrique, X: 175.
 Babeque, I: 43.
 Bacardí, III: 207.
 Bacardí y Moreau, Emilio, I: 201, 202, 203, 204, 360, 364, 367; II: 90, 277, 280, 305, 324, 325; III: 293, 294, 349, 392; IV: 291, 292, 293, 294, 417; V: 262; VI: 332, 463; VII: 161, 242, 375, 418; 477, 483; VIII: 33, 34; X: 26, 27, 36, 43, 241, 254.
 Bacardí de Grau, Luisa Victoria, X: 241, 242, 245.
 Bacon, VIII: 30, 31, 288; IX: 110, 169.
 Bacon, Robert, VIII: 29; IX: 109.
 Bach, X: 278.
 Bach, Baldomero, VII: 272.
 Bach, Francis J., X: 164.
 Bachiller, III: 272, 360; IV: 382; VII: 319, 334, 352, 360.
 Bachiller y Morales, Antonio, I: 71, 367; II: 286, 288, 289, 298, 303, 324, 325; III: 326, 349, 380, 391, 392, 393; IV: 69, 260, 281, 375, 381, 385, 397, 417, 418; V: 22, 411; VII: 316, 317, 349, 367; X: 235.
 Badía, Jaime, III: 255.
 Badía y Padrines, Jaime, VI: 74.
 Badillo, Manuel, III: 366.
 Báez, X: 224.
 Báez, Francisco Javier, X: 222, 223.
 Baeza, Jorge de, I: 337.
 Báguanos (seudónimo), V: 340.
 Baile, V: 49.
 Bailey, Joseph, VI: 419.
 Bain, VII: 345.
 Baker, II: 211.
 Baker, Charles F., X: 173, 174, 178.
 Bakounin, VII: 270.
 Balaguer de Surís, Ofelia, VII: 417.
 Balanzó Díaz, Miguel, VIII: 70.
 Balboa, I: 350, 352, 353; IV: 394; X: 261.
 Balboa, Ignacio José, II: 319.
 Balboa, marqués de, VI: 35.
 Balboa de Troya y Quesada, Silvestre, I: 270, 349.
 Balboa, Silvestre de, II: 284, 285, 313.
 Baldor, Aurelio, X: 166, 181.

- Baliño, Carlos, VII: 278, 290; VIII: 269.
 Balmaseda, IV: 260, 368; VII: 169, 174, 175, 177.
 Balmaseda, Francisco Javier, IV: 150, 286, 293; V: 262; VII, 176, 242, 243, 267, 312, 332, 411.
 Balta, José, V: 298.
 Baltasar, IV: 371.
 Ballagas, Emilio, X: 19, 21, 22, 46, 283.
 Ballester, Miguel, I: 301.
 Ballvé, F., VIII: 96.
 Bances, Juan Antonio, VII: 264.
 Bandera, VI: 233, 236, 240, 241.
 Bandera, Pepe, X: 283.
 Banderas, Quintín, V: 333, 340, 341, 343, 355; VI: 52, 189, 196, 210; VII: 23.
 Bandhuy, IV: 202.
 Bandhuy, Pedro, III: 204.
 Banet y Pina, Vicente, X: 162.
 Banks, Nathan, X: 178.
 Banks, Nathaniel P., V: 272, 273, 297.
 Baquero, Gastón, X: 23.
 Barahona de Soto, Luis, I: 353.
 Baralt, IV: 388.
 Baralt, Luis A., VIII: 177; X: 35.
 Baralt, Peoli, Luis A., IV: 398; VII: 367.
 Barañano, VII: 159, 426.
 Barañano, Leonardo, X: 226.
 Barata, IX: 88.
 Barata y Godoy, Rogelio, VIII: 187.
 Barba, Doroteo, III: 385.
 Barbachano, IV: 192.
 Barbachano, Miguel, IV: 336.
 Barbarrosa, Enrique, VIII: 38.
 Barbé-Marbois, conde de, III: 110.
 Barbizon, VII: 419, 425.
 Barbosa, Jacinto, VII: 468.
 Barbour, Thomas, X: 180.
 Barca, José Antonio, II: 322.
 Barea, Juan Bautista, II: 316.
 Barlett, X: 242.
 Barloco, Simón, VII: 452.
 Barnett, V: 364; X: 155.
 Barnett, Enrique M., VII: 370; X: 157, 171.
 Barnett, José A., VIII: 84, 110; X: 156.
 Barnett, Joaquín, VII: 409.
 Barnett, Miguel, V: 354, 368.
 Barón de Chávez, Juan, II: 7.
 Baroni, Aldo, VIII: 182.
 Bartolomé, Fray, I: 42, 63, 68, 69.
 Barton, Clara, VII: 52.
 Bartsch, Paul, X: 170, 179.
 Bárzaga, Rafael, V: 12.
 Barra, Eduardo de la, VII: 352.
 Barranco, Manuel, VI: 292.
 Barraqué, Jesús María, VIII: 62.
 Barras y Prado, Antonio de las, IV: 59, 345.
 Barras, F. de las, IV: 417.
 Barreda, Hernando, I: 309.
 Barrenechea, Tomás, VII: 457.
 Barrera, VII: 426.
 Barrera, Cayetano de la, II: 311.
 Barrera, Cristóbal, I: 360.
 Barrera, Diego de la, II: 305; III: 353.
 Barrera Sánchez, Ramón, IV: 398.
 Barrera, Tomás, X: 170.
 Barreras, Alberto, VIII: 77.
 Barreras, Antonio, VI: 67.
 Barreras y Martínez Malo, Antonio, VIII: 184.
 Barreras, Gabriel, VII: 468.
 Barrero y Velazco, Oscar, VIII: 70.
 Barret, Wale, IX: 282.
 Barreto, V: 198, 199, 217, 218.
 Barreto, condesa viuda de, III: 114.
 Barreto, Jacinto, III: 267.
 Barreto, José Manuel, V: 197, 201, 222.
 Barreto, José Miguel, V: 185, 229.
 Barreto, Mateo, IV: 208.
 Barreto, Miguel, V: 203.
 Barinas, marqués de, I: 523.
 Barrientos, Guillermo, VIII: 177.
 Barrios, VI: 307.
 Barrios, Justo Rufino, V: 362.
 Barros, IV: 399.
 Barros, Bernardo G., IV: 415; X: 265.
 Barroso, Francisco, X: 186.
 Barrutia, Ignacio Francisco de, II: 18, 26.
 Basabe, Luis Francisco, III: 35, 114, 129, 265.
 Báscones, V: 188, 189, 192, 208, 209.
 Baskerville, Thomas, I: 177, 179.
 Bassecourt, Juan Procopio, III: 123.
 Basnuevo, X: 177.
 Bassora, Juan Francisco, IV: 128, 129.
 Bastable, IX: 59, 282.
 Bastián, VI: 271.
 Bastida, Pío, IV: 303.
 Bastidas, Rodrigo de, I: 50.
 Bates, VI: 436, 438; IX: 291.
 Bates, G. J., VII: 15.
 Batista, VIII: 83, 85, 86, 87, 89, 90, 130, 182, 184, 262; X: 145, 312.
 Batista, Agustín, X: 288.
 Batista y Zaldivar, Fulgencio, VIII: 82, 87, 103, 124, 125, 129, 134, 177, 182, 183.
 Baturone, José, IV: 399.
 Baudelaire, VII: 330.
 Baupré, VIII: 294.
 Bavastro, Ernesto, V: 358.
 Baviera, príncipe de, II: 98.
 Baxa, Jacob, III: 203.
 Bay Sevilla, Luis, I: 365, 367; II: 324, 325; III: 392; IV: 395, 417.
 Bayamés, el (seudónimo), IV: 375.
 Bayard, VI: 32.
 Bayle, S. J., Constantino, I: 59, 72.
 Bayona y Chacón, José, II: 16.
 Bazin, VII: 482.
 Beals, Carleton, VIII: 183.
 Beato Núñez, Virgilio, X: 162.
 Beaujolais, conde de, III: 13, 329.
 Bec, José A., VIII: 43.

- Becerra, V: 291, 292; VI: 18, 46, 53, 90, 93, 96.
 Becerra, Francisco, VII: 439.
 Becerra, Manuel, V: 290, 300; VI: 45, 52, 92.
 Becker y González, Jerónimo, V: 262.
 Bécquer, IV: 351; VII: 94, 322, 324, 327, 338, 352, 353, 354; X: 258, 308.
 Beethoven, IV: 394; VI: 124; VII: 462, 482; X: 242, 278.
 Behequio, I: 32, 36.
 Bejel, Benito, I: 360.
 Belain d'Esnambuc, Pierre, I: 321.
 Beltrán de Santa Cruz, Pedro, I: 135.
 Beltrán y Moreno, Sebastián, VIII: 70.
 Beltrán de Santa Cruz, II: 248.
 Beltrán de Santa Cruz, Gabriel, II: 107.
 Beltrán de Santa Cruz, Pedro, II: 40.
 Benavides, Juan, I: 188.
 Belazquez, Diego, I: 56.
 Beloquín, Francisco, II: 232.
 Beleña, Eusebio Bentura, II: 278.
 Belot, Eduardo, IV: 404.
 Bellini, III: 379; IV: 393.
 Bellido de Luna, IV: 114.
 Bellido de Luna, Juan, IV: 44, 114; V: 62, 356, 358; VII: 315, 373.
 Bellido de Luna, Miguel, IV: 403.
 Bello, V: 224, 225; VI: 132; VII: 341.
 Bello, Adolfo, VII: 469.
 Bello, Andrés, III: 363.
 Bello, Antonio, V: 203, 223, 233.
 Bello León, José de Jesús, VIII: 70.
 Bembeta (Bernabé Varona), IV: 43.
 Bemis, Samuel Flagg, V: 262.
 Benavides Pardo, Mariano, IV: 90.
 Benavides y Pardo, Miguel, IV: 91.
 Bencomo Mena, José, X: 200, 212.
 Benech, VI: 288.
 Benedit Hourrutinier, Pedro, II: 9.
 Beneditti, J., VII: 442.
 Beneduce, Pedro Antonio, VII: 479.
 Benenvetano, IV: 314.
 Benítez, V: 241, 244, 352.
 Benítez, Goyo, V: 329, 354.
 Benítez, Gregorio, V: 188, 218, 244, 351.
 Benítez, José, X: 312.
 Benítez y Alonso, Leopoldo, VIII: 73.
 Benítez de Lugo, Pedro, II: 5, 101.
 Benítez Vda. de Parejo, Susana, X: 142.
 Bens Arrarte, José M., X: 250, 251, 255, 265.
 Beola, V: 222, 223, 341.
 Beola, Pablo, V: 257, 340.
 Bequelin, Enrique, VI: 302.
 Beranger, IV: 356.
 Beraza, V: 368.
 Berber, E. F., VI: 285.
 Berenguer, Antonio, VIII: 43.
 Bergaño, Simón, VI: 73.
 Berges, Gil, VI: 40.
 Bergson, VIII: 357.
 Bermúdez, III: 290; VI: 220, 221, 224, 226, 227, 243.
 Bermúdez, Alfredo, VI: 324.
 Bermúdez, Anacleto, III: 361; IV: 75, 91, 112, 114, 352, 354; VII: 41.
 Bermúdez y Pérez, Anacleto, IV: 114, 121.
 Bermúdez, Concepción, IV: 303.
 Bermúdez y Hernández, Pedro J., X: 177, 184, 186.
 Bermúdez, Roberto, VI: 232, 254.
 Bernal, IV: 76, 240.
 Bernal, Calixto, IV: 39; VI: 13, 67, 74, 76, 109.
 Bernal, Emilia, X: 12.
 Bernal, José, IV: 7.
 Bernal, Muñoz, José Antonio, IV: 403.
 Bernal, José Calixto, IV: 383.
 Bernal, José Eugenio, VII: 357, 364.
 Bernal y Soto, José, VI: 115.
 Bernal, Ramona, VII: 468.
 Bernáldez, Andrés, I: 72.
 Bernardo y Estrada, Rodrigo de, II: 146, 277.
 Bernis, Francisco, IX: 222.
 Berrayarza, José, VII: 460.
 Berriel, VII: 81, 83, 86, 87, 89, 90, 91, 101, 102.
 Berriel, Leopoldo, VII: 73, 357, 365, 366; VIII: 31; IX: 93.
 Berriz, José María, VII: 16.
 Berroa, Catalina, VII: 461, 462, 463.
 Berroa, José Manuel, VII: 461.
 Betances, V: 331; VI: 318, 393; VII: 423; VIII: 192.
 Betances, Ramón Emeterio, VI: 378, 390, 392.
 Betancourt, IV: 90; V: 333, 344; VI: 316, 360; VII: 79, 89, 95; X: 241.
 Betancourt y Manduley, Alfredo, VII: 140, 141, 143; VIII: 26, 33.
 Betancourt, Angel C. VII: 36; VIII: 56, 60.
 Betancourt Manduley, Arturo, VIII: 303.
 Betancourt, Pichardo, Augusto, VII: 140.
 Betancourt, Clodomiro, VII: 314.
 Betancourt, Emilio, X: 283.
 Betancourt Díaz de Rada, Esteban, X: 239, 240, 242.
 Betancourt Agramonte, Eugenio, V: 89, 178, 262.
 Betancourt, Federico, V: 21, 28, 244.
 Betancourt, Francisco, V: 172.
 Betancourt, G., V: 237.
 Betancourt Cisneros, Gaspar, III: 330, 349; IV: 18, 45, 64, 78, 81, 84, 89, 106, 108, 112, 115, 141, 288, 345, 352, 363; V: 20.
 Betancourt, José Mercedes, VII: 442.
 Betancourt, José Ramón, III: 331, 349; IV: 363, V: 21, VI: 37, 109; VII: 153, 201, 243, 364; IX: 23.
 Betancourt y Zayas, José Tomás, IV: 91.
 Betancourt, José Victoriano, III: 361; IV: 10, 354, 363, 364, 371, 388; VII: 334.

- Betancourt, Julián, VI: 353, VII: 23.
 Betancourt, Luis Victoriano, V: 21, 28, 56, 172, 176, 219, 244, 262; VII: 305 309 322, 323.
 Betancourt, Miguel de, V: 57, 79, 81, 244; VI: 313, 314, 315, 316, 370.
 Betancourt Guerra Miguel, V: 72; VI: 314; VII: 306.
 Betancourt, Pedro E., VI: 186, 188, 236, 247, 325; VII: 35, 73, 75, 108, 117, 140; VIII: 43, 206; IX: 306.
 Betancourt, Tomás Pío: I: 355, 367.
 Bethencourt, I: 300.
 Bezancon, X: 158.
 Biaggi, X: 280.
 Bierna, Anselmo de, III: 146.
 Bigelow, John, VI: 16.
 Billini, V: 365.
 Billioque, Juan Héctor, VI: 302.
 Binet, X: 158.
 Biosca y Comellas, Luis, VII: 411.
 Bisbé y Alberni, Manuel, VIII: 182.
 Bitrián, I: 188.
 Bitrián de Viamonte y Navarra, Juan, I: 105, 150.
 Bizet, X: 289.
 Blanc, Luis, V: 19.
 Blanck, VIII: 34.
 Blanco, V: 347, 348, 356, 360; VI: 43, 107, 251, 412, 429, 442; VIII: 256.
 Blanco Alberto, VIII: V, 184, 393.
 Blanco, Francisco, VI: 309, 325.
 Blanco, Guzmán, V: 158; VII: 341.
 Blanco, José Antonio, VII: 141; VIII: 34.
 Blanco, Juan Tomás, III: 119.
 Blanco, Miguel, VI: 200.
 Blanco, Rafael, X: 203.
 Blanco y Gallardo, Rafael, IV: 403.
 Blanco, Ramón, VI: 108, 249, 425, 441, 459.
 Blanco y Erenas, Ramón, VI: 106; VII: 293.
 Blanco White, VII: 341.
 Blanchet, Emilio, III: 392; IV: 364, 371, 417; VII: 316, 332.
 Blanchié, IV: 385.
 Blanchié, Francisco Javier, IV: 364, 390.
 Blanck, Hubert de, VII: 451, 456, 473, 474; X: 286, 287, 291, 293.
 Blanquita, VII: 439.
 Bläser IV: 123.
 Blenac, II: 112, 123.
 Blez, Emiliano, X: 283.
 Bliss, IX: 329, 330.
 Bliss, D. W. V: 276.
 Bliss, Tasher H., VIII: 236; IX: 75, 241, 328.
 Boada, Miguel Alberto, VIII: 145, 147, 185.
 Boada, Fernando, X: 245.
 Bobadilla, Emilio, VII: 318, 320, 354.
 Bobadilla, Isabel de, I: 92, 93.
 Bock, Gustavo, VII: 289, 296, 299.
 Bográn, V: 362, 363.
 Boil, Bernardo, I: 147.
 Boitel, Andrés, V: 60.
 Boitel, José, V: 60.
 Boix, Alberto, VI: 267.
 Bolio, Frank E., VI: 126, 128, 129.
 Bolivar, III: 141, 144; IV: 64, 405; V: 313; VI: 426; VII: 341, 348, 366; VII: 156; IX: 6; X: 23.
 Bolivar, Román, VI: 283.
 Bolivar, Simón, V: 312; VI: 278; VII: 307.
 Boloix, Jaime, II: 267.
 Boloña, II: 307.
 Bombalier, Santiago, IV: 112.
 Bompland, III: 329.
 Bona, VI: 9.
 Bona, Félix de, VI: 74.
 Bonachea, V: 181, 211, 250, 260, 334, 359, 360.
 Bonachea, Ramón Leocadio, V: 259, 262, 265, 358, 360, 372.
 Bonafonte, Pedro, VII: 442.
 Bonheur, Rose, VII: 425.
 Bonanza, V: 224, 233.
 Bonaparte, III: 13, 15, 229, 239; VI: 72; VIII: 15.
 Bonaparte, José, III: 127.
 Bonazzi, A., X: 187.
 Bonet y León, Conrado Augusto, VIII: 70.
 Bonet, Juan P., II: 80.
 Bonich, Juan, X: 288.
 Bonilla, Diego, X: 292.
 Bonilla, Javier, II: 293.
 Borbón, I: 194; II: 4, 6, 23, 41.
 Borbón, casa de, II: 37.
 Borbón, María Cristina de, III: 82, 87; IV: 6.
 Borbones, II: 99, 129, 184, 257; VI: 82.
 Borden, VI: 263, 264.
 Borden, Nataniel, VI: 261.
 Bordenave, Tomás, VIII: 56.
 Borges, VI: 232, IX: 88.
 Borges, Ambrosio, VII: 141; VIII: 26, 27, 29, 34, 44.
 Borges, Nilo A., IX: 171.
 Borglum, Solon, X: 241.
 Borja, Francisco de, II: 267.
 Borrego, Andrés, VI: 74.
 Borrell, X: 258.
 Borrell, Juan Mariano, IV: 395.
 Borrero, IV: 351; V: 202; VI: 283; VII: 317, 318, 321, 322, 326, 346, 367.
 Borrero de Luján, Dulce María, X: 11, 213.
 Borrero Echeverría, Esteban, VI: 394; VII: 316, 324, 331, 335, 366, 371; X: 33.
 Borrero, Elena, VII: 318.
 Borrero, Francisco, V: 111, 152, 214, 220, 222, 231; VI: 180, 270, 271.
 Borrero, Juana, VII: 331; X: 10.
 Borrero, Manuel, VII: 325.
 Borrero, Paquito, V: 364; VI: 301.
 Borrero, Tomás, VI: 270.
 Borromini, X: 256.
 Borroto, Gabriel, VII: 269.
 Bossio, IV: 314.

- Bottesini, VII: 442, 462.
 Bottessini, Luis, IV: 393.
 Bot, X: 12, 14, 15, 16.
 Boti, Regino, X: 13.
 Botifol, Luis J., VIII: 389.
 Bouchard, X: 241.
 Boucherot, X: 170.
 Boulitte, X: 158.
 Boudet, Maria Josefa, VII: 482.
 Boudet, Silvano, VII: 482.
 Bourbakis, Roberto, X: 36.
 Bourget, VII: 353.
 Bourget, Paul, VII: 351.
 Bousquet, IV: 394.
 Bousquet, José Domingo, IV: 393.
 Bouza, VII: 374.
 Boyssier, Carlos Alberto, VII: 369.
 Boza, V: 148.
 Boza Masvidal, Aurelio, X: 42.
 Boza, Bernabé, VI: 224, 245, 256, 330; VII: 141.
 Boza, Lino, VII: 442, 481.
 Boza Agramonte, Manuel, V: 105.
 Boza, Ramón, VII: 306; VIII: 33, 34, 44.
 Bracale, Adolfo, X: 277.
 Branly, Miguel A., X: 164.
 Braña, Manuel, VIII: 182.
 Bravo Acosta, Antonio, VIII: 67, 68, 111, 112, 122, 125, 150, 178, 179, 180, 306.
 Bravo Correoso, VII: 75, 79, 81, 82, 83, 87, 89, 94, 95, 117.
 Bravo Correoso, Antonio, VII: 73, 140, 365; VIII: 33, 96, 139.
 Bravo y Puig, Dolores, VII: 482.
 Bravo, Francisco de Paula, V: 323, 324.
 Bravo Murillo, Juan, IV: 22.
 Bravo, Juan, VIII: 23, 288.
 Bravo y Sentiés, V: 201, 202, 218, 239.
 Bravo y Sentiés, Figuel, V: 156, 198, 262.
 Bravo, Modesto, X: 287.
 Brejia (Brixia), II: 303.
 Brignoli, IV: 314.
 Brindis de Salas, IV: 394, X: 288.
 Brindis de Salas, Claudio, VII: 442, 454.
 Brindis de Salas, Claudio Domingo, VII: 435, 443.
 Brindis de Salas, Claudio José Domingo, X: 274.
 Brínguez, Carlos, II: 25.
 Brissot, III: 22.
 Britton, N. L., X: 173.
 Brixia, Fortunato, II: 303.
 Brizuela, Agustín, IV: 303.
 Broch, Natalia, VII: 456.
 Broche, José F., IV: 372.
 Brochi Spigianteni, Juan, VII: 436.
 Brocq, Pío de, IV: 398.
 Broderman y Vignier, Jorge, X: 185, 186.
 Brooke, VII: 4, 5, 6, 10, 16, 17, 18, 19, 29, 33, 34, 35, 36, 37, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 50, 52, 66; VIII: 18, 193; IX: 7, 31, 71, 76, 111, 135, 292; X: 86, 122.
 Brooke, John R., I: IX; VI: 460; VII: 3, 69; VIII: 203; IX: 70, 74.
 Brooks, Enrique, VI: 189.
 Brown, IX: 26, 276.
 Brown, Gerardo, III: 295; IV: 294.
 Brown Castillo, Gerardo, IX: 10.
 Brown, Barnum, X: 183.
 Brown Scott, James, VIII: 213, 245.
 Brown, John, VII: 341.
 Brujo, el (remoquete), V: 129.
 Brull, Mariano, VIII: 262; X: 16.
 Bruner, Stephen C., X: 174, 178.
 Brunet, conde de, IV: 92; VII: 462.
 Bruzón, Antonio, IV: 403.
 Bruzón José, VI: 108; VII: 365.
 Bruzón García, José, VIII: 44.
 Bryan, Edwards, III: 282.
 Bryan, William Jennings, VII: 42; VIII: 226.
 Bucareli y Urceca, Antonio María, II: 61, 62, 63, 64, 65, 66, 69, 82, 149, 259.
 Buceta, V: 47, 50.
 Buchanan, IV: 79.
 Buchner, X: 152.
 Buelta y Flores, Tomás, VII: 442.
 Buenavista, conde de, VII: 413.
 Bueno y Blanco, José, VII: 481.
 Bueno, Juan Antonio, VII: 454.
 Bueno, Salvador, X: 41.
 Buesa, José Angel, X: 25.
 Bullón del Cueto, V: 113.
 Bunge, IX: 133.
 Burés, Félix, VII: 457.
 Burton, II: 122, 123.
 Burriel, V: 183, 184; VI: 308.
 Bushnell, Albert Hall, V: 262.
 Bustamante, VIII: 245, 277, 278, 281, 390; IX: 105.
 Bustamante, Antonio, X: 287.
 Bustamante, Luis J., V: 262.
 Busto, Fernando del, VIII: 180.
 Bussetti, Estela, VII: 454.
 Butler, M. C., VI: 459; VII: 42.
 Butler, Marion, VI: 419.
 Buylla, Adolfo A., IX: 138.
 Byrne, VII: 318.
 Byrne, Bonifacio, VII: 331, 332, 333, 369, 371; VIII: 333; X: 9, 10.
 Byron, III: 364; IV: 350, 358, 393; VII: 323, 340.

C

- Cabada, Juan M., VII: 43.
 Cabal Flores, Francisco, VII: 264, 293, 299.
 Caballero, III: 390; X: 46.
 Caballero, Gustavo, VIII: 36.
 Caballero, José Agustín, III: 291, 353, 356, 367, 382, 389; IV: 415; V: 9, 89; VI: 72; IX: 15, 17, 282.
 Caballero, Luis, III: 131.
 Caballero de Rodas, V: 49, 52, 65, 88, 91, 93, 95, 98, 104, 105, 106, 107, 108, 114, 126, 128, 129, 130, 139, 145, 148, 162; VI: 17, 18.
 Caballero de Rodas, Antonio, V: 36, 48, 51, 93, 130, 290.
 Cabañas, VII: 198, 252.
 Cabañas y Carbajal H., III: 206.
 Cabello, VIII: 9, 11; IX: 105.
 Cabello, Adolfo, VII: 140; VIII: 43, 286.
 Cabello, Domingo, II: 88.
 Cabello, Salvador, I: 355.
 Cabezas Altamirano, 5: 103, 150, 180.
 Cabezas, Juan de las, I: 143, 179, 334, 350.
 Cabot Lodge, Henry, VI: 414.
 Cabrera, I: 188, 322, 323; VI: 313; VII: 359; X: 28.
 Cabrera Saavedra, Francisco, VII: 406.
 Cabrera y Corbera, Lorenzo de, I: 105, 187.
 Cabrera, Juan, VIII: 155.
 Cabrera Hernández, Juan, VIII: 154.
 Cabrera, Lydia, X: 34.
 Cabrera, Rafael, VI: 241, 312, 322.
 Cabrera, Raimundo, III: 391, 392, 393; IV: 368, 411; VI: 42, 67, 96, 110, 114; VII: 317, 318, 319, 333, 358, 368; X: 27.
 Cabrisas, X: 25.
 Cabrisas, Hilarión, X: 281.
 Cabús, José D., VIII: 182.
 Cáceres, I: 121, 251, 254, 256, 259, 263, 265, 267, 268, 287, 288, 293, 297, 298, 304, 307, 339, 340; II: 140; III: 318.
 Cáceres, Alonso de, I: 97, 100, 120, 122, 141, 143, 249, 250, 253, 265, 268, 303; II: 138; III: 52, 167.
 Cadalso, IV: 125.
 Cadalso, José, IV: 303.
 Cadalso, Juan, IV: 92, 126.
 Cadenas, José, VII: 411.
 Cadereita, marqués de, I: 105, 188.
 Caffery, VIII: 240, 241, 262.
 Caffery, Jefferson, VIII: 236, 239.
 Caín, VII: 346.
 Caiñas, Antonio María, VI: 326.
 Caiñas, Luis F., VIII: 178.
 Cagigal, II: 30, 31, 32, 33, 34, 36, 37, 85, 86, 110, 132, 228, 234, 260; III: 57, 58, 60, 63, 111, 140.
 Cagigal, casa, II: 63.
 Cagigal, marqués de, II: 59, 66.
 Cagigal, Fernando, II: 59.
 Cagigal de la Vega, Francisco, II: 27, 29, 41, 84, 108, 258.
 Cagigal, Juan Manuel de, II: 83, 84, 131, 295; III: 56, 110, 139.
 Caggini, Giuseppe, III: 375; VII: 414.
 Caguax, I: 68.
 Calabar, José, VII: 286.
 Calahorra, X: 279.
 Calbeton, VI: 48.
 Calcagno, IV: 387; X: 223.
 Calcagno, Francisco, I: 367; II: 324, 325; IV: 345, 417; VII: 316, 318, 319, 338, 350, 367, 375, 440; X: 265.
 Calcagno, Juan Francisco, III: 370, 392.
 Calcavecchia, IX: 321.
 Calcavecchia, José, IX: 394.
 Calderío, Francisco, VIII: 182, 184.
 Calderón, II: 311; III: 365.
 Calderón, Clotilde, IV: 303.
 Calderón, José de, III: 390.
 Calderón José de Jesús, IV: 303.
 Caldwell, Robert Granville, IV: 140.
 Calixto, V: 340, 351, 354; VI: 240, 241, 242, 244, 250.
 Calmel, Pedro, V: 257.
 Calomarde, III: 83, 98.
 Calona, Francisco de, X: 251.
 Calunga, Pedro, III: 122.
 Calvache, III: 207; IV: 217.
 Calvache, Antonio, III: 294; IX: 395; X: 186, 187.
 Calvar, V: 176, 177, 202, 215, 220, 230, 239.
 Calvar, Manuel, IV: 138; V: 4, 15, 72, 109, 110, 185, 198, 200, 201, 214, 217, 218, 256, 257.
 Calvar, Manuel de Jesús, V: 12; VIII: 191.
 Calvar, *Titá*, V: 258.
 Calvino, Mario, X: 175.
 Calvo, Carlos, II: 279.
 Calvo de la Puerta, Francisco, II: 198.
 Calvo, Manuel, V: 135, VII: 181.
 Calvo de la Puerta, Martín, I: 307, 312.
 Calvo, Nicolás, III: 203, 252, 265, 266, 353.
 Calvo de la Puerta, Nicolás, III: 124.
 Calvo, Pedro José, II: 40.
 Calvo, Pedro, X: 165.
 Calvo de la Puerta, Sebastián, II: 226.
 Calzado, María Josefa, VII: 481.
 Calzán Cairo, José, VII: 453.
 Call, VI: 414.
 Callahan, James, Morton, IV: 141; V: 325; VII: 69.
 Calle, VII: 438.
 Calleja, VI: 52, 53, 96, 98, 100, 102, 187.
 Callejas, IX: 245.
 Callejas, Andrés, VIII: 44.
 Callejas, Félix, X: 11.
 Callejas, José María, I: 367; II: 325, III: 349, 366.

- Callejas, Juan Isidoro, IV: 34.
 Camacho, Felipe, II: 319.
 Camacho, José, VI: 233.
 Camacho, Pánfilo D., V: 262, VI: V, 463;
 VIII: 14, 38; X: 46.
 Camacho, Sancho, I: 51.
 Camachos, marqués de los, II: 216, 267.
 Camarasa, X: 193.
 Cambon, Jules, VI: 450.
 Camejo, Agustín, IV: 39.
 Camejo, Narciso, VI: 200.
 Camero, VI: 414.
 Camero, P., X: 178.
 Camero, Simón, V: 296.
 Camí, I: 41.
 Campa, Gabriel de la, VIII: 241.
 Campanioni, Miguel, X: 284.
 Campbell, II: 296; IV: 71, 80.
 Campillo, V: 13, 15, 24.
 Campillo, José del, VI: 72.
 Campillo, Juan del, II: 201.
 Campo Alange, conde de, III: 122, 116.
 Campo Florido, marqués de, VI: 13; VII: 307.
 Campo, José del, X: 312.
 Campoamor, IV: 351; VII: 322, 325, 326;
 X: 308.
 Campoamor, Fernando G., VIII: 184.
 Campomanes, II: 129; III: 266.
 Campos Espinosa, Alonso de, I: 108.
 Campos, Camilo, VI: 107.
 Campos, Diego de, II: 307.
 Campos Marquetti, Generoso, VIII: 70, 71,
 303.
 Camps, Francisco, VII: 148.
 Camps, Gabriel, VII: 365.
 Camps y Reyes, Manuel, VIII: 70.
 Campuzano, Lina, VII: 472; X: 293.
 Canalejas, VI: 40, 56, 57, 411.
 Canalejas, José, VI: 62, 252, 410.
 Canales, II: 8.
 Canales, José, II: 7.
 Canales Carazo, Juan, VII: 38.
 Cancio, VII: 221; VIII: 390; IX: 248, 251,
 252, 256.
 Cancio Madrigal, César, VIII: 34.
 Cancio, Leopoldo, VI: 96; VII: 65, 320; VIII:
 52, 53, 302, 383; IX: 23, 76, 82, 144,
 245.
 Cancio y Luna, Leopoldo, IX: 37, 77, 244,
 247, 282, 296.
 Cancio, Nicolás Abad, IX: 303.
 Cancio Bello, Santiago, VIII: 44.
 Candelaria, virgen de la, VII: 465.
 Caneda, Cecilio, VIII: 391.
 Canella, VI: 230.
 Canet, Gerardo, X: 67, 68, 75, 145.
 Canning, III: 24.
 Cánovas, IV: 123; V: 248, VI: 25, 30, 36,
 39, 46, 47, 50, 55, 56, 58, 59, 61, 79, 84,
 90, 91, 93, 94, 102, 104, 105.
 Cánovas del Castillo, IV: 122; VI: 9, 24, 29,
 37, 38, 75, 196, 204, 227, 249, 426; IX: 24.
 Cánovas del Castillo, Antonio, IV: 34; V:
 226, 247; VII: 293, 341, 353.
 Cantera, Juan B. de la, IV: 334.
 Cantero, X: 258.
 Cantero y Juarrero, Eugenio, VIII: 187.
 Cantero, Justo Germán, IV: 92.
 Cantino, I: 48, 49.
 Canto y Nores, Francisco, VII: 326.
 Cantos y Silva, Miguel, V: 354.
 Cañada de Tirry, marqués de la, III: 244.
 Cañedo, IV: 25, 252.
 Cañedo, Valentín, IV: 23, 114.
 Cañete, Manuel, IV: 365, 417.
 Cañizares, VI: 345.
 Cañizares Leandro, X: 165.
 Cañongo, conde de, III: 377; IV: 260.
 Caonabo, I: 20, 21, 30, 32.
 Capablanca, José Raúl, X: 313.
 Capablanca y Graupera, Ramiro, VIII: 186.
 Capacho, II: 307.
 Capdevila, V: 143, 144.
 Capdevila, María, X: 213.
 Capetany, Manuel, VIII: 178.
 Capó, VIII: 71.
 Capó Dally, Julio, VIII: 70.
 Capote, VI: 203, 242, 247, 250, 437, 438;
 VIII: 260.
 Capote, José Manuel, VIII: 193, 259.
 Capote, José María, VI: 244, 307.
 Caraballo, Enrique, VII: 299.
 Caraballo, Juan Francisco, II: 301.
 Carabía, Canuto, IV: 43.
 Caravia, Enrique, X: 200, 228.
 Carvajal, VII: 198.
 Carballal de Remos, Mercedes, X: 213.
 Carballejo, X: 283.
 Carballo, VI: 224.
 Carballo, Juan Francisco, III: 381.
 Carballo, Luis J. de, X: 168.
 Carballo, Manuel de los Santos, VII: 326.
 Carbeille, Philippe, X: 235.
 Carbó, VII: 361.
 Carbó, Buenaventura, V: 226.
 Carbó, Luis Felipe, VI: 387.
 Carbó Carmenati, Luis, VII: 372.
 Carbó, Sergio, VIII: 75, 82, 177; X: 49, 50.
 Carbonell, X: 45.
 Carbonell, Eligio, VI: 140.
 Carbonell y Esteve, II: 324.
 Carbonell, J. M., III: 393.
 Carbonell, José Manuel, IV: 417; VII: 370,
 373, 375; VIII: 96, 288, 295, 306; X: 11,
 46, 47.
 Carbonell, José María, IV: 403.
 Carbonell, Miguel Angel, VII: 375; VIII: V;
 X: 46, 47.
 Carbonell, Néstor, I: 73, 201, 202, 203, 204;
 VII: 374, 375; VIII: 178, 306; X: 45, 47.
 Carbonell y Andricain, Néstor, VIII: 183.
 Carbonell, Néstor Leonelo, VI: 122.
 Carbonell y Rivero, Néstor, III: 105, 152,
 153; V: 262, 263, 265, 325, 358, 372.

- Cardenal, el, II: 22.
 Cardenal, Teodoro, VII: 141; VIII: 33.
 Cárdenas, VI: 232, 233, 237, 460; X: 235.
 Cárdenas, Angel C., VIII: 183.
 Cárdenas, José María de, III: 361; IV: 363, 364, 371; VII: 318.
 Cárdenas, Miguel de, IV: 353.
 Cárdenas, Nicolás de, IV: 372, 379; VI: 298, 369, 373, 374; VII: 423; VIII: 192.
 Cárdenas, Rafael de, VI: 212, 229, 242, 248, 349; VIII: 348.
 Cárdenas y Benítez, Rafael de, VI: 190.
 Cárdenas y Echarte, Raúl de, VIII: 90, 187, 264.
 Cardera, I: 43.
 Cardín, Patricio, X: 175.
 Cardoso, Onelio Jorge, X: 34.
 Carey, Jaime, III: 216.
 Caribes, I: 18, 19, 31.
 Caridad, VII: 437.
 Carleton, Guy, II: 111, 115, 116, 122.
 Carlos, II: 96, 101, 102; III: 87, 148; VI: 6.
 Carlos I, I: 81, 84, 85, 136, 153, 154, 156, 162.
 Carlos II., I: 199, 201, 325; II: 3, 5, 95, 97, 98, 99.
 Carlos III., II: 37, 41, 42, 43, 44, 45, 48, 50, 51, 53, 54, 60, 63, 68, 81, 82, 86, 87, 88, 105, 109, 110, 129, 130, 132, 296, 302, 309, 319; III: 58, 82, 111, 320; VI: 7; X: 234.
 Carlos IV., II: 88; III: 4, 12, 15, 16, 18, 58, 83, 124, 358; X: 223.
 Carlos V., I: 86, 89, 93, 94, 113, 131, 156, 158, 159, 162, 163, 166, 185, 211, 216, 233, 236, 246, 275, 280, 302, 362; II: 96; VII: 476; X: 152.
 Carlos, Don, I: 243, 245, 250, 286, 303, 304; VII: 333.
 Carlos Manuel: VI: 283.
 Carlos Pío, X: 11.
 Carmela, VII: 337.
 Carmen, nuestra señora del, X: 254.
 Carmen Ruiz (seudónimo), V: 338.
 Carmona, Adriano G., VIII: 185.
 Carmona, José, II: 273.
 Carnegie, Adrew, VII: 42.
 Carnesoltas, Feliciano, III: 145.
 Carnicer, Fernando, X: 291.
 Carnot, X: 167.
 Carnot, Alfredo, X: 165.
 Caro, II: 114, 127.
 Caro, Miguel Antonio, II: 309; VII: 353.
 Caro, Pedro José de, III: 35.
 Carozzi, Napoleón, VIII: 436.
 Carpeau, VI: 398.
 Carpeau, IV: 398.
 Carpenter, M. H., V: 320.
 Carpentier, I: 360, 363.
 Carpentier, Alejo, I: 367; II: 321, 324, 325; III: 391, 392; IV: 415, 417; VII: 442, 478; X: 22, 34, 281, 295.
 Cartañá, Estanislao, VIII: 43.
 Cartañá, Etanislao, VIII: 43.
 Cartaya, Eliseo, VI: 321, 323.
 Cartaya y Cartaya, Isaías, VIII: 70.
 Cartaya, José Eliseo, VI: 325, 329.
 Cartaya, José L., X: 177.
 Carranza, Victoriano, III: 379.
 Carrasco, Feliciano, IV: 87.
 Carrasco, Julio, VII: 370.
 Carreño, I: 100, 120, 123, 129, 170, 256, 263, 288, 340, 341.
 Carreño, Francisco, I: 97; X: 251.
 Carreño, Mario, X: 216, 218.
 Carrera Jústiz, Francisco, I: 202, 203; VIII: 35, 187, 304, 390.
 Carrera, Francisco de la, X: 171.
 Carrerá, Manuel M., IV: 404.
 Carrerá, Rafael, X: 262.
 Carrerá y Heredia, Rafael R. IV: 404.
 Carricarte, Arturo R. de, X: 45.
 Carrier, I: 20, 31.
 Carrillo, V: 211; VI: 242, 281, 282, 297, 321; IX: 108, 110.
 Carrillo, Anastasio, III: 359.
 Carrillo O'Farrill, Anastasio, III: 55.
 Carrillo, Francisco, V: 228, 333, 340, 349, 353, 355, 359, 364; VI: 188, 232, 237, 244, 261, 280, 328; VII: 140, VIII: 43, 58, 93, 259.
 Carrillo y Morales, Francisco, IX: 140.
 Carrillo y O'Farrill, Isaac, IV: 373; VII: 312, 313, 315.
 Carrillo y Morales, Justo, VI: 319, 323, 324, 325, 332, 331; VIII: 34, 177.
 Carrión, Miguel de, X: 30.
 Carroll, VII: 58.
 Carroll, James, VII: 57, 405.
 Carrons, Carlos, IV: 404.
 Casa Bayona, conde de, II: 70, 318; III: 265, 269.
 Casa Calvo, marqués de, III: 265.
 Casa Madrid, marqués de, II: 208, 226.
 Casa Montalvo, conde de, III: 265, 268; VI: 73.
 Casa Moré, conde de, VI: 47; VII: 235.
 Casabuena, José A., VIII: 178.
 Casado, VII: 480.
 Casado, Rafael Sixto, IV: 411; VII: 407.
 Casagrán, Jesús M., X: 245.
 Casal, X: 9, 10, 11, 308.
 Casal, José María, III: 368.
 Casal, Julián del, VII: 317, 318, 329, 332, 353, 369, 375, 422.
 Casal y Zabala, Pablo, II: 320.
 Casamayor, Prudencio, III: 188, 207.
 Casamitjana, José, VII: 439, 478, 480.
 Casamitjana, Juan, IV: 390.
 Casanova, VIII: 158.
 Casanova de Villaverde, Emilia, V: 137, 319.
 Casanova, Hernando, I: 171.
 Casanova y Súniga, Joaquín Hipólito, V: 90.
 Casanova, José Manuel, VIII: 180, 256.

- Casanova, Mateo, V: 43, 60, 107.
 Casanova y Gil, Mateo, V: 90.
 Casanova y Jiménez, Mateo de los Dolores, V: 90.
 Casanova y Ximénez, Mateo, V: 90.
 Casanova, Rafael, V: 43, 60, 128; VII: 313
 Casanova, Ricardo, V: 107.
 Casas, Las, I: 9, 10, 20, 29, 32, 37, 39, 41, 46, 51, 52, 54, 56, 57, 58, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 68, 69, 84, 211, 212, 213, 214, 216, 217, 218, 223, 228, 229, 278, 281, 301; III: 5, 7, 8, 10, 12, 46, 60, 112, 113, 114, 116, 117, 118, 121, 122, 166, 196, 208, 265, 288, 336, 373, 374, 377, 387, 390; VII: 225; IX: 5; X: 261.
 Casas, Bartolomé de las, I: 46, 50, 64, 66, 71, 72, 73, 83, 148, 328, 346, 365, 367.
 Casas y Cabeza de Vaca, Francisco de las, I: 355.
 Casas, Luis de las, II: 154, 269, 319; III: 4, 8, 11, 117, 123, 152, 269, 335, 353, 354, 357, 383, 384; VI: 72.
 Casas y Aragorri, Luis de las, III: 111.
 Casas Romero, Luis, VII: 473; X: 275.
 Casas, Melchor, I: 312.
 Casas, P. S., IV: 403.
 Casaseca, IV: 151, 155, 158, 203, 204, 281; VII: 177.
 Casaseca, José Luis, IV: 280, 292, 402.
 Casasús, V: 352.
 Casasús, Juan José E., V: 262, 372; VIII: 186, 187, 391.
 Casaya, Rafael, VI: 190.
 Cassá, Francisco, VII: 286.
 Cascantes, Agustín, IV: 389.
 Cassel, IX: 87, 88.
 Cassel, Gustavo, IX: 86, 282.
 Caserly, Eugene, V: 297.
 Casini, VII: 480.
 Caslota, Eugenio, V: 354.
 Caso, Luis, IV: 386.
 Caso y Sola, Luis, III: 360.
 Cassola, V: 238, 244; VII: 157.
 Castañeda, Orlando, VII: 299.
 Castañeda, Remigio, VI: 436.
 Castañeda, Tiburcio, VI: 67.
 Castañón, V: 127, 137, 142.
 Castañón, Fernando, V: 128.
 Castañón, Gonzalo, V: 47, 106, 114, 126, 139.
 Castañón, Rodrigo, V: 128.
 Castelar, V: 166; VI: 23, 59, 158; VII: 362.
 Castelar, Emilio, V: 320.
 Castell-Florit, marqués de, VI: 8.
 Castellanos, I: 347, 348; IV: 90, 91; V: 195, 196, 219, 225; VI: 460.
 Castellanos, Agustín, X: 160.
 Castellanos, Alberto, VIII: 44.
 Castellanos, Francisco José, X: 37.
 Castellanos G., Gerardo, V: 262, 372; VI: 154, 181, 332, 462, 463; VII: 299; X: 45.
 Castellanos Lleonart, Gerardo, VI: 148.
 Castellanos, Isidoro, X: 173.
 Castellanos, José Francisco, VII: V; IX: 11.
 Castellanos, José Lorenzo, VII: 140, 141; VIII: 29, 45.
 Castellanos, Juan de, I: 346, 367.
 Castellanos, Juan Ignacio, V: 194.
 Castellanos, Manuel, VIII: 63, 67, 68.
 Castellanos Mojarrieta, Manuel, IV: 375.
 Castellanos, Pedro, IV: 303.
 Castellón, Pedro Angel, IV: 368.
 Castilla, Pedro de, IV: 372.
 Castilla reyes de, I: 41.
 Castillejos, marqués de los, VI: 16.
 Castillo, I: 263; V: 148; VI: 232, 237, 338, 436; VII: 311; VIII: 71.
 Castillo, Adolfo, VI: 229, 231, 246, 249.
 Castillo, Angel del, V: 18, 27, 53.
 Castillo, Aurelia, VII: 317, 327.
 Castillo de González Aurelia, X: 17.
 Castillo, Carlos del, IV: 114, 259, 260; V: 157, 158.
 Castillo y Socarrás, Darío E., VIII: 70.
 Castillo, Demetrio, VIII: 193, 260.
 Castillo, Dolores del, IV: 303.
 Castillo Duany, VI: 298, 301, 303, 310, 311, 436, 437; VIII: 23.
 Castillo Duany, Demetrio, VI: 434, 435; VII: 35; VIII: 22, 288.
 Castillo Moreno, Francisco, IV: 370.
 Castillo, Honorato del, V: 60, 72, 73, 79, 81, 82; VII: 306.
 Castillo Duany, Joaquín D. VI: 198, 199, 206, 287, 295, 296, 308, 309, 315, 316, 319, 323, 325, 326, 337, 338, 342; VII: 73.
 Castillo, José Leopoldo, V: 338.
 Castillo, José del, VI: 73.
 Castillo, José Rogelio, VI: 272, 292, 332.
 Castillo, Juan del, I: 342.
 Castillo, Julio del, VIII: 44.
 Castillo, Lucas del, V: 203; VII: 306.
 Castillo, Manuel del, IV: 303.
 Castillo, Mariano, IV: 303.
 Castillo, Martín del, VI: 292.
 Castillo Agramonte, Martín del, V: 28.
 Castillo, Mauricio del, IV: 303.
 Castillo Betancourt, III: 130, 132.
 Castillo Betancourt, Diego Antonio del, III: 128, 131.
 Castillo, R. X: 187.
 Castillo y Sucre, Rafael del, II: 316.
 Castillo, Rodolfo del, VIII: 44.
 Castillos, VI: 43.
 Castifeira de Romay, Antonio Germán, IV: 303.
 Castlereagh, Lord, III: 47, 48.
 Castor, II: 289.
 Castro, X: 170, 257.

- Castro, Cipriano, VIII: 194.
 Castro, Ernesto, IX: 107.
 Castro, Fernando, IV: 303.
 Castro Hernando de, I: 275, 305.
 Castro Santa Anna, José Manuel, II: 279.
 Castro Palomino, Juan Miguel de, II: 62, 307.
 Castro, Marta de, X: 194, 224, 235, 255, 256, 265.
 Castro y de Cárdenas, Marta de, VII: 430.
 Castro Palomino, II: 249.
 Castro, Rafael de, IV: 81.
 Castro Palomino, Rafael de, V: 369; VII: 319, 355.
 Castro, Raimundo de, IV: 404.
 Castro, Rosalía, VII: 354.
 Castro Santa Anna, II: 228, 229.
 Castro Infante, Silverio de, VII: 36.
 Castro, Vicente A. de, IV: 375, 386, 403.
 Castroverde, Waldo, VIII: 389.
 Casuso, Gabriel, X: 162.
 Catá, Alvaro, VII: 141.
 Catalá, Ramón A., IV: 417; VII: 318, 361, 375; X: 49.
 Cauturla, X: 297.
 Cautivo, El (seudónimo), VII: 372, 373.
 Cavada, V: 104, 105.
 Cavada, Adolfo, V: 112.
 Cavada, Federico, V: 112.
 Caverro, II: 9.
 Cavour, IX: 223.
 Cay Sawkins, James, III: 376.
 Cayado, E., X: 187.
 Caymari, Rafael, V: 185.
 Caytti, Pedro, II: 303.
 Ceballos, V: 145, 160; VI: 20.
 Ceballos, Avelino, VII: 459.
 Ceballos, Francisco, V: 159.
 Ceberio, Alfredo O., IX: 230, 231, 232.
 Cebreco, VI: 186, 193, 242, 250, 437, 438.
 Cebreco, Agustín, V: 364, VI: 185, 240, 244, 267, 435; VII: 141, VIII: 26, 44, 193.
 Cebreco, Candelario, VI: 443.
 Cebreco, Juan Pablo, VI: 236.
 Cedeño, Manuel, VI: 307.
 Ceija Pereira, Antonio, VI: 325.
 Celorio, Benito, II: 277; III: 293; IV: 291; VII: 215, 237, 264, 281.
 Cendoya, Manuel, VII: 299.
 Centinela, El, (seudónimo), IV: 375.
 Centurión, Manuel A., X: 175.
 Cepeda, VI: 90.
 Cepeda, Francisco de, VI: 89; VII: 241; IX: 296.
 Cepero, Gilberto, X: 164.
 Cepero, José Loreto, VI: 213.
 Cepero, María de, X: 234.
 Cepero y Nieto, María de, I: 358.
 Cepero Bonilla, Raúl, IV: 292, 294; IX: 235.
 Cerero, Rafael, VI: 455.
 Cerelluelo, VI: 65.
 Cerice, Carlos, V: 60, 112.
 Cernada, Remigio, III: 356.
 Cervantes, IV: 354, 384; VII: 346, 443, 444; X: 272, 277.
 Cervantes, Buenaventura, III: 129.
 Cervantes, Ignacio, IV: 388, 390; VII: 318, 345, 442, 450, 456; X: 270, 279, 309.
 Cervantes, Ignacio, IV: 388, 390; V: 318, 345, 442, 450, 456; X: 270, 276, 279, 309.
 Cervantes Kawanag, Ignacio, VII: 441.
 Cervantes, María, VII: 444.
 Cervantes, Tomás Agustín, III: 265, 353.
 Cervera, VI: 253, 429, 434, 441, 442, 443; VIII: 193, 202, 256, 257.
 Cerra, Francisco de la, VI: 103; VII: 357, 365.
 Cerra, Mirta, X: 209, 246.
 Céspedes, III: 323; IV: 136, 138, 139, 287, 369; V: 5, 6, 7, 8, 11, 12, 13, 15, 18, 22, 24, 25, 32, 35, 39, 40, 53, 54, 58, 59, 63, 65, 67, 68, 69, 70, 72, 73, 74, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 84, 85, 98, 99, 101, 102, 104, 105, 106, 107, 108, 111, 113, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 131, 132, 133, 136, 145, 147, 149, 153, 154, 155, 156, 158, 159, 160, 162, 163, 164, 165, 166, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 181, 183, 184, 185, 187, 199, 201, 207, 208, 242, 298, 310; VI: 16, 188, 224, 235, 280, 341, 346, 360, 361; VII: 256, 258, 305, 311, 312, 314, 342, 343, 363, 481; VIII: 3, 62, 82, 156, 228, 231, 235, 237, 241, 269; IX: 7, 262, 263, 270, 272, 274, 275, 278, 279; X: 46.
 Céspedes, Benjamín de, VII: 180, 242.
 Céspedes, Carlos Manuel de, IV: 133, 134, 137, 370, 399, 410; V: 4, 10, 14, 42, 75, 87, 156, 174, 221, 298, 303, 324; VI: 13, 205, 283, 292, 307, 353; VII: 23, 26, 130, 137, 247, 253, 254, 304, 309, 310, 332, 355; VIII: 21, 101, 177, 191, 197, 206, 225, 245, 249, 263, 304; IX: 241, 262, 264, 269, 275.
 Céspedes y del Castillo, Carlos Manuel de, V: 23.
 Céspedes y López del Castillo, Carlos Manuel de, V: 173.
 Céspedes y Quesada, Carlos Manuel de, IV: 135, 137; V: 89, 179, 262; VI: 248, 279, 344, 345; VII: 140, 141, 143, 355; VIII: 60, 81.
 Céspedes, Carlos Miguel de, VIII: 61.
 Céspedes, Enrique, VI: 198, 337.
 Céspedes, Francisco Javier de, V: 15, 185, 221, 228, 240.
 Céspedes, Gabriel de, II: 30.
 Céspedes y Quesada, Gloria de los Dolores, V: 262.
 Céspedes, Ismael, IV: 139.
 Céspedes, José María, VII: 69, 315, 317, 322, 332, 342, 366.
 Céspedes, María del Carmen, V: 5.

- Céspedes, Miguel A., VIII: 57.
 Céspedes y Ortiz, Octavio de, VIII: 70.
 Céspedes, Oscar, V: 107.
 Céspedes, Pedro de, V: 184.
 Céspedes, Ramón de, V: 136, 156, 157, 164, 312; VII: 306.
 Céspedes Barrero, Ramón, V: 122, 154.
 Céspedes, Ricardo, V: 206, 221, 222, 228, 330.
 Céspedes, Sancho de, I: 118.
 Céspedes, Ursula, VII: 319.
 Céspedes, Vicente, II: 267.
 Cesteros, V: 360.
 Cesteros, Perico, VI: 292.
 Cesteros, Pedro, V: 354.
 Cesteros, Lázaro, Pedro, V: 359.
 Cicerón, III: 357; VI: 192, 193; VII: 353.
 Cicognini, Gracinto Andrea, II: 310, 311.
 Cid, José, X: 36.
 Cienfuegos, I: 38; III: 49, 51, 53, 56, 67, 339, 341, 355, 386, 388; IV: 211.
 Cienfuegos Jovellanos, José, III: 46, 139.
 Cienfuegos, marqués de, VI: 52, 95.
 Cigala, Francisco Ignacio, II: 322.
 Cintra, III: 361; IV: 330.
 Cintra, José Antonio, IV: 329; VII: 350.
 Cirártegui, VII: 450.
 Cirártegui, Concepción, IV: 393.
 Giro, IV: 358.
 Cirujeda, VI: 243.
 Cisneros, I: 211, 276, 279, 281; II: 61; III: 381, V: 177, 186, 187, 190, 191, 193, 194, 195, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 205, 207, 212, 213, 218; VI: 71, 340, 347, 360, 383; VII: 79, 80, 81, 82, 84, 89, 93, 96, 104; VIII: 156.
 Cisneros, Francisco, IV: 396.
 Cisneros Betancourt, III: 323; VI: 136, 137; V: 100, 174, 176, 183, 184, 185, 203, 217, 231, 239, 241; VIII: 9, 11.
 Cisneros, Francisco Javier, IV: 405, 415; V: 21, 63, 67, 87, 116, 262; VI: 278, 284; VII: 315; VIII: 191.
 Cisneros, Gabriel, VII: 453.
 Cisneros, Hilario, V: 303.
 Cisneros y Saco, Hilario, IV: 293.
 Cisneros, Salvador, V: 172; VI: 102, 199, 209, 338; VII: 75, 140.
 Cisneros Betancourt, Salvador, IV: 134; V: 18, 27, 54, 56, 57, 72, 77, 79, 84, 206, 216, 318; VI: 195, 198, 248, 275, 280, 284, 293, 298, 315, 319, 337, 338, 342, 345, 350, 353, 371, 382, 390; VII: 25, 26, 73, 139; VIII: 43, 44, 155, 207, 234, 259, 286; IX: 21.
 Ciudadano del Mundo, Un (seudónimo), IV: 375.
 Claiborne, J. F., IV: 85, 124, 140, 141.
 Clara, VII: 369.
 Clarais, VII: 477.
 Claret y Clará, Antonio María, IV: 91.
 Clarín (seudónimo), VII: 354.
 Clark y Masot, Ismael, IX: 240.
 Claro, Juan, VII: 462.
 Claude, Georges, X: 170.
 Claus, M. J. W., VI: 459.
 Clausius, X: 167.
 Clavijo, V: 48, 49.
 Clay, Henry, VII: 197, 260, 289, 296.
 Clemenceau, VIII: 258.
 Clerc, X: 158.
 Cleveland, VI: 59, 104, 239, 264, 265, 266, 289, 424, 425; VII: 43, 209, 211; VIII: 246.
 Cley, X: 158.
 Clive, Lord, II: 126.
 Clouet, Luis de, III: 51.
 Clowes, W. L., II: 134.
 Coba Machicar, Cristóbal de la, I: 352.
 Cobo, Félix, X: 283.
 Cobos, Francisco, VII: 282.
 Coca, II: 172.
 Coca, José de, III: 9.
 Coetlegon, marqués de, II: 101, 102.
 Cochín, Auguste, IV: 292.
 Cocking, IV: 71.
 Codina, V: 153.
 Coen, VI: 358, 359, 362; VII: 23, 24, 25, 30.
 Coen, C. M., VI: 357; VII: 22.
 Coello, VI: 9.
 Coimbra, Marino, VII: 460.
 Colba, I: 39.
 Colbert, II: 97.
 Cole, IX: 91, 225, 282.
 Colina, Juan Antonio de la, II: 42, 67.
 Colmo, IX: 120, 121, 135, 136, 282.
 Colombo, Adolfo, VII: 438; X: 283.
 Colón, I: 9, 10, 11, 20, 23, 24, 25, 27, 30, 34, 37, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 52, 56, 61, 66, 80, 136, 146, 147, 152, 220, 300; II: 312, 313; III: 11; IV: 393; V: 273, 323, 332; VI: 180, 376, 379, 380, 383; VII: 415; X: 237.
 Colón, Bartolomé, I: 55.
 Colón, Cristóbal, I: 78, 82, 346; VI: 458; VII: 414; X: 235.
 Colón, Diego, I: 17, 50, 51, 55, 57, 59, 62, 77, 78, 86, 89, 248.
 Colón Hernando, I: 72.
 Colones, I: 55.
 Colona, Francisco de, I: 357.
 Colones, I: 55.
 Colson, III: 380.
 Colson, Guillermo, III: 372, 377; IV: 396.
 Columbié, Luis A., VII: 141.
 Colunje, Jil, V: 313, 316.
 Coll, Juan, VII: 312.
 Collado, V: 222, 223, 233.
 Collado, Cleto, VIII: 24.
 Collado, Ernesto, VIII: 24.
 Collado y Castillo, Ernesto, VIII: 70.
 Collantes, IX: 245.
 Collazo, IV: 409; VI: 171, 190, 232, 237, 246, 265, 270, 271, 272, 274, 396, 342, 346; VII: 418, 423, 429.
 Collazo de Ferrán, Emelina, VII: 423.

- Collazo, Enrique, V: 178, 241, 244, 245, 250, 251, 252; VI: 140, 165, 168, 169, 170, 181, 185, 186, 236, 248, 256, 261, 264, 273, 275, 285, 286, 287, 332, 344, 345, 431, 433, 463, VII: 317, 354; VIII: 23, 38, 43, 193, 303; V: 262, 265; X: 43.
- Collazo, Guillermo, VII: 422.
- Collazo, Tomás, VI: 281, 437.
- Comellas, José, VII: 456, 468.
- Comendador, el, I: 50, 54.
- Comendador, mayor, I: 52.
- Commager, H. S., VI: 463.
- Compatricio (seudónimo), IV: 106, 108, 109.
- Compostela, Diego Evelino de, I: 109; II: 6, 160, 301.
- Compte, Daniel, VIII: 67, 177; IX: 251, 254, 255.
- Comte, IV: 401; VII: 345.
- Conangla Fontanilles, José, IV: 141; VI: 114.
- Concas, Víctor, VI: 422, 463.
- Concepción (Inmaculada), VII: 465.
- Concillere, A., VI: 324.
- Concha, IV: 18, 19, 25, 26, 29, 40, 114, 396, 411; V: 226; VI: 10, 74, 76, 81; VII: 379.
- Concha José de la, IV: 59; VII: 430.
- Condaminas, Salvador, VII: 407.
- Conde-Duque, I: 133.
- Conde y Oquendo, Francisco Javier, II: 316.
- Conde Kostia (seudónimo), VII: 331.
- Condillac, III: 356.
- Conchillos, Lope, I: 83.
- Consentini, IX: 13, 276, 282.
- Constant, Benjamin, X: 39.
- Conteras, Leonor de, III: 13, 329.
- Conte, Francisco A., VI: 6, 42, 67, 109, 110, 114.
- Conway, Hugo, VII: 338.
- Conyedo, Juan, II: 301; III: 382.
- Cook, Melville T., X: 174, 178.
- Copé, Edward D., IV: 400.
- Coppée, VII: 330.
- Coppinger, Cornelio, VII: 170.
- Corbet, VI: 132.
- Corebett, Julián S., II: 134.
- Corbitt, Duvon C., II: 277; IV: 193, 292.
- Cordero Leiva, Primitivo, X: 50.
- Córdoba y Lazo de la Vega, Diego de, II: 101.
- Córdoba, Pedro de, I: 59, 229.
- Córdova, II: 5.
- Córdova, Diego de, II: 4.
- Córdova Laso de la Vega, Diego de, I: 109, 110.
- Córdova, Federico, V: 235, 262; VII: 375; VIII: 38; X: 46.
- Córdova, Gerónimo de, I: 109.
- Córdova, Gonzalo de, IV: 372.
- Córdova, Israel, X: 230.
- Coolidge, VIII: 212, 216, 217, 246.
- Coolidge, Calvin, VIII: 69.
- Corina, IV: 357.
- Corneliszoon Jol, Cornelis (Pie de Palo o Pata de Palo), I: 188.
- Cornwallis, Lord, VIII: 258.
- Coro de la Cruz, Carlos, X: 165.
- Coroalles, M., VI: 277.
- Corona, VII: 361; VIII: 15.
- Corona, Manuel, X: 283, 284.
- Corona, Mariano, VI: 194; VII: 140, 141, 320, 373; VIII: 33.
- Corona, Patricio, VI: 167, 262, 263, 267, 269.
- Coronado, VI: 359, 360; IX: 93.
- Coronado, Francisco de Paula, V: 325; VII: 355, 371, 373; X: 44, 46.
- Coronado, Manuel María, VI: 223, 353, 354; VII: 23, 51, 320, 357; VIII: 35, 243.
- Coronado, Tomás, VII: 400.
- Corot, VII: 419.
- Corso, Blas Miguel, I: 198.
- Cortadellas, Francisco, VII: 456.
- Cortés, I: 86, 89, 212, 225, 230; IV: 226.
- Cortés, Hernán, I: 57, 65, 85, 138, 154, 155, 156, 347, 359.
- Cortés, Manuel, V: 354.
- Cortés, Rafael, IV: 403.
- Cortessi, IV: 314.
- Cortijo, Alfonso del, V: 224.
- Cortina, IV: 385; VII: 317, 322, 344, 356, 360, 362; VIII: 158, 319; IX: 268; X: 237.
- Cortina, José Antonio, VI: 99, 284; VII: 316, 324, 327, 363, 367.
- Cortina, José M. VII: 375; IX: 22, 267.
- Cortina, José Manuel, VIII: 43, 57, 60, 63, 68, 88, 131, 141, 180, 181, 186, 303, 306, 313, 315, 317; X: 47, 81, 102.
- Cortina y Corrales, José Manuel, VIII: 187.
- Cortina y García, José Manuel, VIII: 187.
- Cortiñas, José Eugenio, IX: 171.
- Corvisón, Clorinda, VII: 468.
- Corzo, VI: 43.
- Corzo, Isidoro, VI: 463.
- Corral, José Isaac del, X: 167, 173, 179, 185.
- Correoso Catalán, Gil, I: 356.
- Corrieri, X: 214.
- Cos Acevedo, Gregorio, VIII: 183.
- Cos, Sebastián, VI: 301; VII: 372.
- Cosa, I: 49.
- Cosa, Juan de la, I: 48, 50.
- Cosculluela, José R., III: 392.
- Cosculluela, Juan Antonio, I: V, XVI, 71.
- Cosculluela, María Elena, I: 71.
- Cosme, VII: 337.
- Cossío, V: 233; X: 200.
- Costa, Octavio R., V: 262; VI: V, 256; VII: V, 69, 114.
- Costa Civieda, Oriol, VII: 457.
- Costa, Pietro, VII: 414; X: 234.
- Costales, IV: 385; VII: 334.
- Costales, Bernardo, VII: 333.
- Costales y Govantes, Manuel, IV: 10, 364, 375, 376.
- Costales Latatú, Manuel, VIII: 177; X: 163.

- Costigan, VIII: 237; IX: 364, 366.
 Cotarelo, VII: 356.
 Cotarelo, Emilio, IV: 417.
 Courbet, VII: 428.
 Courtade, Pedro, VI: 302.
 Courthon, Pierre, X: 206.
 Courville, Arnaldo de, II: 5, 232.
 Cousin, IV: 375, 377.
 Covarrubias, III: 366; IV: 373.
 Covarrubias, Francisco, III: 326, 365.
 Cowley, Angel J., III: 390; IV: 403.
 Cowley, Juan, VI: 310.
 Cowley, Luis M., IV: 404.
 Cowley, Rafael, II: 134, 315.
 Cowley, Rafael A., IV: 404.
 Cox, Samuel S., V: 313.
 Coxe, II: 269.
 Coyula, Miguel, VIII: 26, 33, 57.
 Crame, Agustín, II: 54, 63.
 Crawley, J. T., X: 174.
 Creagh, Juan Francisco, II: 234.
 Crecci, Enrique, VII: 269, 272, 284, 285, 286, 290, 291.
 Crespo, V: 143, 144.
 Crespo, Bartolomé, IV: 364, 373.
 Crespo, Estanislao, S., VIII: 183.
 Crespo, Joaquín, VI: 370.
 Crespo, Romualdo, V: 142.
 Creswell, A. J., V: 290, 201.
 Creto Gangá (seudónimo), IV: 373.
 Criner García, Carlos, X: 165.
 Cristina, III: 83, 87, 380; IV: 335.
 Cristo, I: 299, 352.
 Cristo, Gonzalo del, VIII: 178.
 Cristo, Luis Eduardo del, IV: 114, 115.
 Crittenden, William L., IV: 94, 95.
 Croatto, L. C., I: 368; II: 325.
 Croce, X: 206.
 Croce, Benedetto, X: 198.
 Crombet, Flor, V: 152, 186, 189, 239, 262, 333, 334, 340, 343, 361, 362, 364, 369, 370; VI: 30, 163, 170, 185, 186, 191, 261, 266, 267, 268, 269, 271, 283, 292, 303.
 Cronwell, IV: 71.
 Cronwell, Oliverio, I: 193.
 Cronwell (seudónimo), V: 336, 338.
 Crosby, Guillermo, VII: 409.
 Crowder, VIII: 34, 58, 59, 109, 316, 317, 318, 319, 320; IX: 110.
 Crowder, Enoch H., VIII: 35, 56, 315.
 Crue, IX: 19, 282.
 Cruells, José R., VIII: 67.
 Croy, Guillermo de, (Señor de Chievres), I: 58.
 Cruz, Agustín, VIII: 26, 44, 67.
 Cruz González, Agustín, VII: 141.
 Cruz, Blas, IV: 77.
 Cruz, Carlos Manuel de la, VIII: 57, 67.
 Cruz Cortadellas, VII: 456.
 Cruz, Félix, VII: 453.
 Cruz, Francisco Javier de la, IV: 86.
 Cruz Gassier, IV: 314.
 Cruz Pérez, José, VIII: 155.
 Cruz, Juan de la, X: 283, 284.
 Cruz Alsina, Juan de la, VIII: 44.
 Cruz Osés, Juan de la, III: 359.
 Cruz, Manuel de la, III: 392; IV: 410, 416, 417; VI: 369; VII: 317, 318, 326, 335, 350, 351, 359, 371, 375; VIII: 109.
 Cruz Beraza, Manuel de la, V: 330, 358, 359.
 Cruz Romero, Pedro, IV: 92.
 Cruz, Planas, VII: 423.
 Cruz Pérez, Rafael, VI: 332; VII: 36, 147.
 Cruz, Ramón de la, III: 365; VIII: 187.
 Cruz Bustillo, Ulises, VI: 463.
 Cuba (seudónimo), V: 347.
 Cubano, el (seudónimo), VII: 437.
 Cubano propietario, Un (seudónimo), IV: 292.
 Cubero, Pedro, II: 313.
 Cubí y Soler, Mariano, III: 358, 359; IV: 403.
 Cubillas, José M., IX: 215, 282.
 Cucalambé, el (seudónimo), IV: 370.
 Cuchiari, VII: 414.
 Cucchiri, J. X: 235.
 Cué y Pérez, Pedro, VII: 141.
 Cuellar del Río, Celso, VIII: 44, 67.
 Cuellar, Cristóbal de, I: 64, 128.
 Cuellar, Francisco, VIII: 43.
 Cuervo, América A., X: 186.
 Cuervo, Ernesto, X: 171.
 Cuervo Rubio, Gustavo, VIII: 87, 109, 110, 117, 182.
 Cuervo Navarro, Pelayo, VIII: 180.
 Cuervo Rubio, VIII: 84.
 Cuervo, Rufino J., VII: 353, 356.
 Cuervo, Sebastián, VI: 303.
 Cuesta, Ernesto, IX: 395, 396.
 Cuesta, José C. de la, VI: 278.
 Cuesta, Ramiro, VIII: 44.
 Cueto, VIII: 390.
 Cueto, José Antolín del, VI: 108; VII: 357, 364; VIII: 57, 389; X: 48.
 Cuevas, Ernesto de las, VI: 332.
 Cuevas Zequeira, S. III: 392.
 Cullom, VI: 414.
 Cullom, Shelvy M., V: 271.
 Cumbá, Juan, VII: 481.
 Cumberland, II: 107, 111, 116, 126.
 Cuneo, Michele de, I: 46, 47, 48.
 Cuneo Vidal, Rómulo, I: 72.
 Cunliffe, R. F., X: 175.
 Cura de los Palacios (seudónimo), I: 44.
 Curbelo, V: 113.
 Curbelo, Arturo, X: 161.

Curie, Pierre, X: 159.
Cujas, Camilo, X: 226.
Cushing, Caleb, V: 321.
Curí Francis, Olga, V: 372.
Curry, Jabez L. M., VI: 32.

Cutiños, I: 295.
Cuvier, IV: 378, 400.
Cuyás, Camilo, III: 372.
Cuyás, Francisco Camilo, VII: 408; X: 226.
Cuyás Olivera, Tomás, VII: 452.

CH

Chabas, X: 201.
Chacel, Blanca, IV: 415.
Chacón, II: 6, 7, 9.
Chacón y Calvo, IV: 379; IX: 16.
Chacón, Francisco, VII: 371.
Chacón y Calvo, José María, I: 51, 72, 73, 201, 202, 203, 204, 367; II: 325; III: 392; IV: 417; VII: 375; X: 40, 46, 50.
Chacón, Juan, III: 389.
Chacón, Laureano, II: 40.
Chacón, Luis, II: 8, 9, 102, 291.
Chacón Nardi, Rafaela, X: 24.
Chadbourne, IX: 363.
Chadwick, F. E., VI: 463.
Chaffer, VI: 438, 460.
Chapman, Charles E., VII: 69; IX: 394.
Chapottin, Isabel, X: 213.
Charché y Quin, IV: 403.
Chardiet, Armando, VIII: 67.
Charpenter, L. H., VII: 15.
Chartrand, VII: 420, 423, 429.
Chartrand, Esteban, IV: 398; VII: 419.
Chartrand, María Luisa, VII: 456.

Chartrand y Peoli, X: 195.
Chateau-Renau, II: 101.
Cháves, I: 116, 129, 216, 274.
Chávez, VII: 439; X: 269.
Chávez, Antonio, I: 94, 305.
Chávez, José Rufino, V: 359.
Chávez, Luis de, III: 130.
Chaviteau, III: 255.
Chenard, Francisco, VII: 141.
Chevrolet, VII: 409.
Chibás, VIII: 157.
Chibás, Eduardo R., VIII: 341.
Chibás, Emilio, VIII: 33.
Chicharro, X: 193.
Chievres, I: 59.
Chievres, Señor de, Guillermo de Croy, I: 58.
Childs, George W., VI: 272, 273.
Chivino, II: 6, 7.
Chirino Vaudivall, Nicolás, II: 5, 102, 291.
Chopin, VII: 441, 482.
Chiquitín (seudónimo), VI: 336.
Chuffat Latour, Antonio, VII: 299.
Churchill, Winston S., VI: 392.
Churriguera, X: 256.

D

D. N. R., II: 213, 279.
D'Arezzo, Guido, X: 293.
d'Arponville, d'Hespel, IV: 260.
D. Beci, Lorenzo, VIII: 26, 33, 71.
D. Beci y Ramos, Lorenzo, VIII: 70.
Da, Agustín, IV: 57.
Dabán, V: 223, 224, 233.
Dabán, Juan, II: 66.
Daltí, VII: 449.
Dall'Agrio, Daniel, IV: 399.
Damocles, VI: 66.
Daniel, II: 290.
D'Annunzio, VII: 326.
Dante, III: 380; VII: 366; X: 238.
D'Aponte, VII: 449.
Darié, Sandu, X: 220.
Darío, X: 15, 16.
Darío, Rubén, VI: 157; VII: 310; X: 13.
Darkenwald, Gordon Gerald, IX: 221.
Darling, X: 162.
Darmagnac, III: 127.
Darst, J. H., VI: 325.
Darwin, VII: 345.
Dau, José María, IV: 157, 208, 326.

Daudet, Alfonso, VII: 337.
Dauguilecourt, V: 360.
Dauguilecourt Ponnier, Armando, V: 359.
Dávalos, X: 151.
Dávalos, Juan F., VII: 400.
David, III: 375, 376, 377; VII: 428; X: 193.
David, Juan, X: 208.
Dávila, I: 108, 216, 275.
Dávila, Juanes, I: 225, 238, 274.
Dávila Orejón y Gastón, Francisco, I: 107; II: 313.
Dávila, Pedrarias, I: 246.
Dávila, Rafael, VII: 462.
Dávila, Tomás, VII: 462.
Dávila, "Tomasico", VII: 462.
Dávila, Ventura, VII: 462.
Davis, VI: 460.
Davis, Cushman K. VI: 419, 455.
Davis, George W. VII: 15.
Dawson, II: 211.
Day, William R. VI: 451, 455.
Daza, Diego, II: 12, 13.
De-Baillon, VII: 449.
Decaudo, I: 299.

- De Grasse, II: 84, 131.
 Degraud, IV: 203.
 Delacroix, III: 377; VII: 428; X: 206.
 Delahoz, Enrique, VIII: 186.
 Delavigne, III: 364.
 Delfin, Carmelina, VII: 469.
 Delfin, Manuel, X: 156.
 Delgado, III: 130; X: 155.
 Delgado, Claudio, VII: 59, 400.
 Delgado, Francisco, II: 203.
 Delgado Fernández, Gregorio, II: 167, 277; V: 350, 372.
 Delgado, Ignacio, VIII: 23.
 Delgado, José Alonso, IV: 411.
 Delgado, Juan, VI: 242, 243, 252.
 Delgado, Laureano, III: 129.
 Delgado, Pedro, VI: 226, 230.
 Delgado, Perico, VI: 325.
 Delgado y Barrera, Rafael, VIII: 70.
 Delgado, Ricardo, VI: 320.
 Delgadillo, I: 179.
 Delgadillo, Bernardino, I: 177.
 Delio (seudónimo), III: 362.
 Delmonte, VI: 14.
 Delmonte, Domingo, IV: 335.
 Delmonte, José, III: 204, 241.
 Delorme, VII: 319.
 Delorme, Tomás, VII: 318.
 Dellundé, V: 203.
 Dellundé, Francisco, VI: 332.
 Dellundé, Ulpiano, VI: 270, 378, 390.
 Denis, Maurice, X: 206.
 Desangles, Luis, X: 241.
 Despaigne, VI: 346, 358, 359, 360, 362.
 Despaigne, Manuel, VI: 248, 344, 345, 353; VII: 15, 23, 25; VIII: 177; IX: 245.
 Depons, III: 171.
 Derosne, IV: 152, 202, 204, 205, 206, 210, 211, 260.
 Derosne-Cail, III: 204; IV: 29.
 Derosne, Carlos, IV: 203.
 Descubridor, el, I: 41.
 Desmorand, III: 132, 133.
 D'Estrampes, José, VIII: 303.
 D'Estrampes, Pepe, VIII: 24.
 Desval (seudónimo), III: 362.
 Desvernine, IV: 389, 391, 394; VII: 282; VIII: 390; IX: 77.
 Desvernine, Pablo, IV: 393; VII: 16, 308, 318, 450; VIII: 316; IX: 76, 244.
 Desvernine y Galdós, Pablo, VII: 357.
 Desvernine y Legrás, Pablo, VII: 442.
 Desvoidy, VII: 404.
 Deu, Felipe, IV: 403.
 Deulofeu, VI: 131, 132.
 Deulofeu, Manuel, VI: 181, 332.
 Deville, Ursula, IV: 393.
 Dewey, VIII: 255, 358; X: 217, 218.
 Dewey, J., VII: 388.
 Dewey, John, X: 191.
 Deynier, Luis, V: 252.
 Diago, IV: 333.
 Diago, Federico, IV: 331.
 Diago, Fernando, IV: 208.
 Diago y Tato del Castillo, Fernando, IV: 293.
 Diago, Francisco, IV: 157, 331, 332.
 Diago, Pedro, IV: 201, 331.
 Diago, Roberto, X: 229.
 Diago, Virgilio, X: 288.
 Díez, V: 111; VI: 243, 247, 381.
 Díaz Albertini, VII: 318, 348, 443; X: 155.
 Díaz Hernández, Ambrosio, VI: 301, 325.
 Díez, Aniceto, VII: 457.
 Díaz Albertini, Antonio, IV: 387; X: 157.
 Díaz Pairó, Antonio, VIII: 391, 393.
 Díaz de Villegas, Antonio, V: 60.
 Díaz Padilla, Antonio Orlando, VIII: 187.
 Díaz del Castillo, Basilio, V: 49.
 Díaz del Castillo, Bernal, I: 10, 57, 71, 204, 346, 359, 368; II: 313.
 Díaz Torriente, F., IV: 403.
 Díaz Pimentá, Francisco, I: 356.
 Díaz Silveira, Francisco, VI: 198, 337; VII: 370.
 Díaz Vega, Francisco, VIII: 43.
 Díaz Vivó, Francisco, VI: 353, 355; VII: 15.
 Díaz Fernández, José, VII: 269.
 Díaz Garaondo, José, I: 139.
 Díaz García, José, VII: 268.
 Díaz, José Antonio, X: 238.
 Díaz de Villegas, José Gregorio, IV: 77.
 Díaz Quibus, Juan, IV: 105, 141.
 Díaz de Solís, Juan, I: 48, 49.
 Díaz de Villegas, Juan A., V: 60, 112.
 Díaz de Espada y Fernández de Landa, Juan José, III: 383.
 Díaz de Villegas, Leopoldo, IV: 403.
 Díaz, Manuel, X: 165.
 Díaz, Manuel Luciano, VIII: 6.
 Díaz de Villegas, Marcelino, VIII: 45.
 Díaz Cruz, Mario, VIII: 391.
 Díaz, Modesto, V: 12, 15, 24, 26, 109, 110, 111, 185, 188, 191, 201, 218, 239, 240, 255.
 Díaz y González, Olayo, VII: 333.
 Díaz, P., V: 236.
 Díaz Pairó, VIII: 389.
 Díaz, Pedro, VI: 201, 212, 224, 231, 232, 236, 239, 243, 246.
 Díaz, Porfirio, VI: 164, 380, 382, 387.
 Díaz Quintero, V: 129, 130.
 Díaz Albertino, Rafael, VII: 455.
 Díaz Albertini Urioste, Rafael, X: 274.
 Díaz Albertini, Ricardo, VI: 391, 401, 415.
 Díaz Santiesteban, Santiago, VI: 307.
 Díaz, Servando, X: 284.
 Díaz de la Rionda, Silverio, X: 24.
 Díaz, Timoteo Pedro, IV: 43.
 Díaz Comas, Vicente, VII: 442.
 Díaz Vivó, VI: 360.
 Diego, el lucayo, I: 11, 44, 45.
 Diego, Eliseo, X: 23.
 Diego, Pedro, III: 56.
 Dieulafoy, Marcel, I: 368; II: 325.

- Diez, Adolfo, VII: 456.
 Diez, Elodia, VII: 456.
 Diez, Justo, VII: 456.
 Diez, Laureano, VII: 456.
 Diez, Pedro Pablo, VII: 456.
 Diez, Ricardo, VII: 456.
 Dihigo, Ernesto, VIII: 391.
 Dihigo, Juan Miguel, II: 134; V: 262; VII: 317, 356; X: 42.
 Dilthey, VIII: 357.
 Dimock, William W., X: 178.
 Dingley, Nelson, VI: 419.
 Dios, Juan de, VII: 484.
 Dioscórides, I: 299.
 Discípulo (seudónimo), IV: 107.
 discípulo de Cousin, Un (seudónimo), IV: 375.
 Dismore, Hugh A., VI: 419.
 Diviño, Luis Octavio, VIII: 45.
 Dobal, Manuel José, VII: 368.
 Dolores, Nuestra Señora de los, X: 254.
 Doly, VIII: 32.
 Dolz, VI: 48; VIII: 31, 33, 390.
 Dolz, Eduardo, VI: 106, 107; VIII: 43; X: 48.
 Dolz, Guillermo, VII: 35.
 Dolz, Ricardo, VII: 140, 317, 357, 364; VIII: 11, 14, 21, 34, 68, 132, 243; IX: 37, 93, 112.
 Domenech, Esteban, X: 200, 211.
 Domenech, Francisco, VII: 269, 299, 375.
 Dómine (seudónimo), IV: 375.
 Domingo, III: 204, 241, 273.
 Domínguez, Antonio, VII: 357.
 Domínguez Cowan, VIII: 192.
 Domínguez, Francisco, X: 153.
 Domínguez Roldán, Francisco, VII: 58, 69; X: 162.
 Domínguez Delaney, J. J., VI: 276.
 Domínguez, Julio, V: 215.
 Domínguez, Mariano, V: 214, 215, 218.
 Domínguez Cowan, Nicolás, VI: 277, 307, 370, 375, 382, 390.
 Domínguez, Pedro, VII: 268.
 Don, VIII: 71.
 Don y Zaldivar, Aristides, VIII: 70.
 Don Felipe, X: 274.
 Don Pepe, IX: 15.
 Don Quijote, X: 279.
 Don Tomás, IX: 94, 95.
 Donman, Elizabeth, II: 207, 263.
 Donizetti, III: 379; IV: 393.
 Doreya, IV: 369.
 Dorila, X: 283.
 Dorn, IX: 37.
 Dorta Duque, VIII: 391; IX: 232.
 Dou, Lino, VII: 288; VIII: 44.
 Douglas, II: 112, 113, 121; IV: 79; VII: 341.
 Drake, I: 172, 173, 177, 178, 263, 295; II: 125.
 Drake, Francis, I: 171.
 Drieger, Herbert W., I: 71.
 Duany, IV: 438.
 Duany, Juan, VI: 278.
 Duarte, Fulgencio, V: 256.
 Dubois, II: 105; III: 378.
 Dubois, Carlos, VI: 199, 342.
 Duboy, Alberto, VII: 372.
 Duboy, Carlos, VIII: 25.
 DuBrocq, VII: 417.
 Du Brocq, Pio, VII: 417.
 Du Casse, II: 103.
 Ducasse, VI: 360; VII: 434.
 Ducasse, Juan, VI: 224.
 Ducasse, Juan Eligio, VI: 221, 237, 353.
 Ducasse, Vidal, VI: 221, 224, 247, 251.
 Ducazal (seudónimo), VII: 320, 372, 373.
 Ducis, III: 364.
 Duclós, VII: 480.
 DuDezert, G. Desdevises, II: 279.
 Duguít, IX: 98, 282.
 Dulce, IV: 31, 40, 42; V: 35, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 55, 60, 63, 64, 93, 94, 107, 126, 129, 145, 161, 162, 294; VI: 9, 10, 11, 13, 14, 74, 75, 81, 251; VII: 312, 314.
 Dulce, Domingo, IV: 30, 37, 122; V: 22, 36; VI: 8.
 Dulcinea, X: 279.
 Dulzaides Noda, X: 216.
 Duque Matías, VIII: 45.
 Dumás, IV: 37; VII: 304.
 Dumois, Alberto, VI: 163.
 Dumont, III: 171.
 Dumont, Alejandro, IV: 157.
 Dumont, Henri, IV: 404.
 Du Montel, I: 31.
 Dupotey, Natalio, VI: 277.
 Dupuy de Lome, VI: 62, 411, 463.
 Dupuy de Lome, Enrique, VI: 252, 410.
 Duque, VIII: 71.
 Duque de Heredia, Alfonso, VIII: 67.
 Duque Estrada, V: 236, 238, 244.
 Duque Estrada, E. V: 241.
 Duque Estrada, Francisco, VII: 141; VIII: 33, 34.
 Duque, Matías, VIII: 45.
 Duque y Perdomo, Matías, VIII: 70.
 Duque Estrada, Miguel Angel, VI: 350.
 Duque Estrada, Pedro, V: 361.
 Durán, IV: 354.
 Durán, O., VIII: 96.
 Durán, Clara Luz, VIII: 177.
 Durante y de Pergolesi, Francesco, II: 321.
 Dutch, Standard, IV: 207.
 Dutocq Heredia, Luis, VII: 483.
 Dutrone-La Couture, III: 203.
 Duval, VI: 129, 133.
 Duverger, Alcides, VI: 267.

E

- E. D. L. T. (iniciales), IV: 107, 108.
 Earle, F. S., X: 174.
 Ebra, Ramón, VII: 365.
 Eclético, El (seudónimo), IV: 375.
 Echagüe, VI: 203, 223, 226, 240.
 Echarte, VII: 414.
 Echarte, Juan Ignacio, IV: 331.
 Echegaray, X: 237.
 Echemendía, Arturo, X: 41, 145.
 Echemendía, José María, IV: 303.
 Echevarría, VI: 19.
 Echevarría, Delia, VII: 482.
 Echeverría, III: 323; VI: 383, 390; V: 10, 308.
 Echeverría, Federico, V: 129.
 Echeverría, José Antonio, I: 350, 368; II: 313; III: 359, 360, 361; IV: 39, 75, 132, 287, 289, 362, 382, 386, 410; V: 40, 69, 70, 119, 121, 262, 299, 307, 308, 310, 312, 321; VI: 7, 18; VII: 315; VIII: 191.
 Edelman, IV: 393, 394; VII: 444.
 Edelman, Juan Federico, IV: 389; VIII: 125, 391.
 Edo, Enrique, V: 262.
 Edo y Llop, Enrique, VII: 242.
 Efaz Monis, X: 163.
 Eguirra y Eguren, Juan José, II: 289.
 Eguiluz, Emilio, X: 314.
 Ehrlich, X: 152.
 Einstein, X: 159.
 Elcid, Carlos, VII: 364.
 Elda, IV: 358.
 Elduayen, VI: 29.
 Eldueyén, José, IX: 10, 282.
 Eligio de la Puente, Antonio M., IV: 417; X: 81.
 Eligio de la Puente, Juan, II: 205.
 Elizalde, Rufino de, V: 269.
 Elphinstone, II: 113, 123.
 Ellinger, VI: 133.
 Elliot, George, II: 111, 115, 117, 121, 127.
 Emerson, IV: 369; VII: 347.
 Emigrado Cubano, Un (seudónimo), IV: 59, 60.
 Emperador, el, I: 113, 117, 161, 162, 273, 302.
 Enciso, I: 54.
 Enrile, José María, II: 210.
 Emile, marqués de Casa, II: 267.
 Enrique III, I: 300.
 Enrique IV, I: 174, 175.
 Enrique, Marqués de Casa, II: 210.
 Enriquez, Carlos, X: 208, 209, 210.
 Enrizo, Joaquín, X: 283.
 Enrizo, Nené, X: 283.
 Ensenada, Marqués de la, II: 129, 201, 250.
 Enteza, Eduardo, V: 60.
 Enteza, Miguel, V: 60.
 Entralgo, IX: 16.
 Entralgo, Elías, II: 90; IV: V, 294, 345; VII: 243, 375; X: 42.
 Ercasti, Gabriel Pantaleón, III: 130.
 Ercilla, I: 353, 354.
 Erenchun, IV: 190.
 Erenchun, Félix, IV: 292, 294.
 Erice, III: 252.
 Erice, Pedro Juan de, III: 226, 251.
 Eryen Hastivill, Samuel, IV: 216.
 Erza, Vizconde de, IX: 4.
 Escalada y Gil, Miguel, III: 294; IV: 224, 293.
 Escalera, II: 320.
 Escalera, José Nicolás de la, II: 319; X: 194.
 Escalona, Florentino José, III: 120.
 Escalona, Rafael, VIII: 177.
 Escalona, Ramón José, III: 120, 121.
 Escario, VI: 441; VIII: 260.
 Escario, Federico, VI: 440.
 Escario, Fernando, VI: 445.
 Escobar, II: 320; VIII: 3.
 Escobar, Antonio, VII: 320, 360.
 Escobar y Jova, Fernando, VII: 141.
 Escobar Morales, José, II: 323.
 Escobar, Vicente, II: 319.
 Escobar y Florez, Vicente, VII: 417.
 Escobedo, III: 85, 88, 104.
 Escobedo, Antonio María, IV: 251.
 Escofet, Francisco de P., IV: 403.
 Escolano, Francisco, IV: 8.
 Escolastía, I: 280.
 Escosura, IV: 126.
 Escoto, IX: 16.
 Escoto, Gustavo, VI: 62, 410.
 Escoto, Ignacio, IV: 8.
 Escoto, José Augusto, I: 368; IX: 17, 282; X: 46.
 Escoto Carrión, Saturnino, VII: 293.
 Escovedo, IV: 379, 385; VII: 350.
 Escovedo, Nicolás Manuel de, III: 150, 359, 361, 369.
 Escudero, Francisco, II: 311.
 Eslava, VI: 42; X: 279.
 Espada, III: 54, 55, 70, 356, 369, 376, 377, 380, 384, 388; IV: 406, 409; IX: 5; X: 257.
 Espada, Juan, VI: 456.
 Espada y Landa, III: 64.
 Espadero, IV: 389, 391, 392, 393; VI: 318, 443; X: 270, 293, 309.
 Espadero, Dolores, III: 378.
 Espanet, Alejo, IV: 403.
 Español, Un (seudónimo), III: 216.
 Espartero, IV: 72, 76, 123.
 Espeleta, III: 166.
 Espin, Juan M., V: 358.
 Espinar, V: 48, 49, 50, 51, 52, 145.
 Espinar, Ginovés, V: 52.
 Espinel, I: 345.

Espino, Francisco, VII: 436.
 Espinosa, Ciro, X: 145.
 Espinosa y Font, José María, VIII: 43, 70.
 Espinosa, Juan, V: 354.
 Espinosa, Manuel, VII: 453.
 Espinosa, Miguel, VIII: 44.
 Espinosa, Ramón, III: 129.
 Espíritu Santo, I: 150.
 Esponda, V: 170, 186, 188.
 Espronceda, IV: 350; VII: 340.
 Esquerro, Higinio, VIII: 288.
 Esquilache, II: 63.
 Esquivel, Juan de, I: 53, 62, 104.
 Esteban, Marqués de, IX: 37, 113, 113.
 Estenger, Rafael, V: 262; VII: 375; X: 41, 46.
 Estenoz, VIII: 293.
 Estericco, IX: 277, 282.
 Esteve, Mariano, VIII: 180.
 Estévez, Nicolás, V: 325; VII: 316.
 Estévez, I: 94; VII: 359.
 Estévez, Francisco, III: 311, 312, 349.
 Estévez, José, III: 203, 266; VII: 440.
 Estévez, Luis, VI: 392.
 Estévez y Romero, Luis, VI: 67, 96, 113, 114; VII: 36, 48, 54, 65, 134, 135, 147, 243, 355; VIII: 7; IX: 76; X: 43.
 Estévez y Romero, VII: 144.
 Estévez, Sofía, VII: 312, 319.
 Estopiñán, X: 245.
 Estopiñán, Roberto, X: 244.
 Estorch, IV: 142, 195.
 Estorch, Miguel, IV: 189, 326; VII: 479, 483.
 Estorino, Ana María, VII: 456.
 Estrada, V: 360.
 Estrada, A., V: 241.
 Estrada Morales, Benjamín, VII: 299.
 Estrada, Domingo, IV: 303.
 Estrada, Emiliano, VI: 378.
 Estrada, Francisco, VI: 189; VIII: 193.
 Estrada Céspedes, Francisco, V: 185.
 Estrada, Gabriel José, III: 121.
 Estrada, Genaro, VI: 405.
 Estrada, Guillermo, VII: 299.
 Estrada, Ildefonso, IV: 387; VII: 335.
 Estrada, Joaquín, VI: 189.
 Estrada, José R., VI: 292.

Estrada, Manuel, VI: 303; VIII: 44.
 Estrada Castellanos, Manuel, V: 359.
 Estrada, Manuel José, III: 121.
 Estrada Mora, Nicasio, VII: 16, 61, 140; IX: 93.
 Estrada Palma, V: 173, 207, 215, 218, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 229, 231, 232, 233, 238, 240, 241; VI: 155, 205, 235, 239, 242, 249, 284, 285, 286, 287, 288, 290, 295, 298, 302, 307, 309, 315, 316, 317, 343, 372, 373, 374, 377, 379, 380, 381, 382, 387, 390, 391, 392, 393, 397, 398, 401, 402, 410, 424, 425, 429, 430, 431, 462, 463; VII: 131, 132, 133, 134, 136, 141, 142, 144, 335, 365, 371, VIII: 4, 5, 6, 10, 12, 13, 14, 16, 17, 19, 20, 21, 22, 26, 27, 29, 30, 31, 32, 33, 37, 41, 45, 50, 198, 211, 218, 219, 224, 282, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 293, 296, 305, 306, 334, 359; IX: 97, 104, 105, 107, 108, 112, 143, 169, 244, 296, 316, 329, 330.
 Estrada, Pedro de, II: 209.
 Estrada Varona, Plutarco, V: 359.
 Estrada, Rafael, III: 119.
 Estrada Palma, Tomás, I: XIII; V: 4, 172, 205, 217, 219, 237, 321, VI: 142, 199, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 283, 289, 292, 293, 294, 301, 305, 308, 310, 313, 323, 330, 369, 370, 371, 396, 414, 415, 432; VII: 66, 130, 135, 143, 147; VIII: 3, 18, 36, 38, 51, 192, 194, 197, 203, 270; IX: 93, 110, 296.
 Estrampes, IV: 410, 414.
 Estrampes, Francisco, IV: 26, 124, 126, 127.
 Estrella, VI: 9.
 Ettinger, G. A., V: 262.
 Eugenio, X: 280.
 Evano, Dr. (seudónimo), VI: 266.
 Evans, W. E., IV: 201, 293.
 Everett, Alexander H., IV: 70.
 Experimentalista, El (seudónimo), IV: 375.
 Ezpeleta, II: 88, 211; IV: 9, 10.
 Ezpeleta, Joaquín, IV: 66.
 Ezpeleta, José de, II: 87.
 Ezponda, Eduardo, VII: 338.

F

Faber, Enriqueta, VII: 338.
 Fabié, VI: 9; VII: 225, 236, 237.
 Fabié, Antonio María, VII: 215.
 Fabre, Antonio, VII: 458.
 Fabrè, Julio, VII: 269.
 Fabre, M., II: 123.
 Facciolo, IV: 410; VII: 373.
 Facciolo, Eduardo, IV: 115; VII: 313.
 Faguet, Emilio, VII: 353.
 Failde, Miguel, VII: 434, 453, 456.
 Fair-Plany (seudónimo) IV: 375.

Fajardo, VI: 44.
 Fajardo, Desiderio, VII: 320.
 Fajardo Ortiz, Desiderio, VII: 372.
 Fajardo Ortiz, VII: 361.
 Fajardo e Izquierdo, Ramón, V: 361.
 Falcón, X: 291.
 Falcón, Alberto, VII: 456; X: 293.
 Falguiere, IV: 398.
 Falla, X: 269.
 Fallótico, III: 377.
 Fallótico, José, III: 378.

- Farías, Arcila, II: 240.
 Fariñas, Pedro L., X: 162.
 Farnesio, Isabel de, II: 23, 37.
 Farrés, VI: 356, 357.
 Farrés, A., VII: 22.
 Farrés, Abelardo, VII: 326.
 Farrés, Edelberto, IX: 37, 113.
 Farrington, VI: 268.
 Fatjó, José, VII: 372.
 Faura, IX: 246, 251.
 Faura, Francisco, IX: 245, 256.
 Faura, Juan, IV: 403.
 Faure, Sebastián, VII: 270.
 Fausto, VII: 367.
 Favre, Julio, V: 311.
 Fé, Ricardo de la, VII: 313.
 Febles Montes, Manuel, X: 145.
 Feijóo, II: 289, 322; IV: 191.
 Feijoo, Juan Urbano, IV: 331.
 Feijóo, Samuel, X: 24.
 Feijoo de Sotomayor, Urbano, IV: 190, 342.
 Feldman, Lew, X: 314.
 Felipe, II: 96, 99.
 Felipe II, I: 96, 100, 164, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 77, 185, 236, 237, 247, 258, 265, 288, 290, 291, 292, 295, 296, 308, 316, 338; III: 318; IX: 400, 408.
 Felipe III, I: 132, 180, 181, 182, 184, 185, 186, 316.
 Felipe IV, I: 132, 186, 191, 192, 321, 325.
 Felipe V, II: 12, 13, 14, 17, 22, 23, 29, 37, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 108, 110, 232, 257, 303; III: 16, 83; VI: 72.
 Felipe, Carlos, X: 36.
 Felipe, Don, I: 308.
 Felipe de España, I: 169.
 Félix, IV: 126.
 Félix, Juan Enrique, IV: 124.
 Felola, VII: 439.
 Fer (seudónimo), V: 349.
 Feria, Américo, VII: 140, 141.
 Feria, duques de, I: 271.
 Feria, Luis de, VI: 198, 220; VIII: 193, 260.
 Fernández de los Ríos, A., VI: 67.
 Fernández Cavada, Adolfo, V: 43, 60.
 Fernández Morera, Anastasio, VIII: 185.
 Fernández, Antonio, II: 77; X: 165.
 Fernández Bramosio, Antonio, IV: 39; V: 40, 69, 70; VI: 74.
 Fernández Criado, Antonio, VIII: 44.
 Fernández Trevejo y Zaldivar, Antonio, II: 312, 318.
 Fernández, Aristides, X: 214.
 Fernández Mena, Aristides, VIII: 188.
 Fernández, Armando, X: 230.
 Fernández Bramosio, IV: 132.
 Fernández Bullón, V: 113.
 Fernández Bullón del Cueto, V: 107.
 Fernández Camus, VIII: 391.
 Fernández R., Carlos, VIII: 183.
 Fernández de Castro, VI: 43, 50, 64, 108, 109, 346, 347; VII: 79, 80, 82, 87, 94, 96, 108, 227, 236.
 Fernández de Santillán, Diego, II: 222.
 Fernández, Enrique, VIII: 183.
 Fernández Arrondo, Ernesto, X: 18.
 Fernández León, Esteban, III: 28.
 Fernández Barrot, Eugenio L., VI: 430.
 Fernández, Felipa, IV: 303.
 Fernández de Veranes, Félix, III: 356.
 Fernández, Francisco, IV: 373.
 Fernández, Francisco María, X: 156.
 Fernández Cavada, Federico, V: 43, 60, 107.
 Fernández Abreu, Gerardo, X: 171.
 Fernández de Córdoba, Gonzalo, I: 56, 108.
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, I: 9, 20, 24, 27, 51, 52, 56, 72, 73, 301.
 Fernández Mascaró, Guillermo, VIII: 44.
 Fernández, Inés María, IV: 303.
 Fernández Benítez, José A., X: 171.
 Fernández Blanco, José G., VII: 434.
 Fernández Bullón del Cueto, José A., V: 112.
 Fernández de Castro, José, IV: 404; VI: 248, 344, 345; VII: 73, 122.
 Fernández de Castro, J. A., III: 392.
 Fernández de Castro, José A., VI: 67; VII: 375; X: 40, 46.
 Fernández de Coca, José L., VII: 442.
 Fernández de Córdova, José, I: 197; II: 7, 8.
 Fernández de Castro, José Antonio, IV: 59, 105, 140, 141.
 Fernández Cruzado, José, IV: 403.
 Fernández y Jiménez, José María, IV: 402.
 Fernández María, José, III: 359.
 Fernández Rondán, José, VI: 248, 344, 345; VII: 140.
 Fernández Sotolongo, José, II: 323.
 Fernández, Juan Bautista, IV: 194.
 Fernández Ramos, Juan N., II: 322.
 Fernández de Ruz, Juan, V: 366; VI: 303.
 Fernández de la Arena, Julio, X: 176.
 Fernández, Julio César, VIII: 366.
 Fernández de Castro, Luis, IV: 131.
 Fernández Marcané, Luis, IV: 142; VIII: 34.
 Fernández Morell, Luisa, X: 200, 213.
 Fernández Madrid, III, 360, 363.
 Fernández Caballero, Manuel, VII: 455.
 Fernández de Castro, Manuel, IV: 400, 404; VII: 408, 409; X: 182.
 Fernández Guevara, Manuel, VIII: 44.
 Fernández Maldonado, Manuel, VI: 304.
 Fernández de Enciso, Martín, I: 53, 72.
 Fernández de Navarrete, Martín, I: 71, 72.
 Fernández Mauricio, VII: 452.
 Fernández, Máximo, VII: 284, 286.
 Fernández/González, Maximino, VII: 266.
 Fernández, Pancho, VII: 440.
 Fernández y Pozo, IV: 331.
 Fernández de Quiñones, I: 97, 100, 170, 339, 341.
 Fernández Bullón, Rafael, V: 60.

- Fernández de Castro, Rafael, IV: 237, 411; VI: 41, 67, 99, 109; VII: 215, 226, 234, 244, 320, 326, 364; X: 280.
- Fernández Balcorva, Ramón, X: 238.
- Fernández de los Ríos, VI: 9.
- Fernández de Ruz, V: 367, 368, 369.
- Fernández Ruz, VI: 304, 305.
- Fernández Pacheco, Sebastián, I: 312.
- Fernández Boada, Tomás, VIII: 44.
- Fernández de Torquemada, I: 341.
- Fernández, Wifredo, VIII: 305.
- Fernandina, X: 261.
- Fernandina, Conde de, III: 256, 377; IV: 387; VII: 413.
- Fernando I: 148; III: 77.
- Fernando IV, VII: 333.
- Fernando V, I: 81, 82, 153.
- Fernando VI, II: 29, 37, 41, 105, 108, 109; VI: 7.
- Fernando VII, III: 18, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 57, 58, 62, 65, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 76, 82, 83, 86, 87, 89, 98, 127, 129, 139, 143, 144, 147, 148, 254, 299, 367, 390, IV: 4, 6, 259; VI: 6, 73; VII: 414; X: 223, 235.
- Fernando, el Católico, I: 49, 54, 55, 56, 62, 77, 78, 79, 81, 82, 83, 84, 129, 138, 140, 152, 237.
- Fernando *El Deseado* III: 44.
- Fernando, Don, I: 207, 221, 225, 241, 248, 300.
- Ferola, X: 283.
- Ferokes, Jesse W., I: 71.
- Ferrán, Augusto, IV: 396.
- Ferrán de Collazo, Rosa, VII: 423.
- Ferrant, Concha, X: 212.
- Ferrara: VIII: 25, 158, 286.
- Ferrara, Orestes, VII: 148, 373, 375; VIII: 44, 57, 269, 281, 288, 293, 295, 305, 326; IX: 37, 113, 228.
- Ferrer, VII: 75, 79, 80, 98, 99, 100.
- Ferrer Armich, Antonio, X: 166.
- Ferrer del Río, Antonio, II: 293, 298.
- Ferrer, Buenaventura Pascual, III: 237, 256, 324, 326, 327, 328, 350, 358, 359.
- Ferrer, Gregorio, IV: 303.
- Ferrer, Horacio, VIII: 366; X: 164.
- Ferrer de Couto, José, V: 127.
- Ferrer, José Nicolás, VI: 353.
- Ferrer D'Ocagne, María, VII: 482.
- Ferrer y Picabia, VIII: 198.
- Ferrera, Alonso de, I: 189.
- Ferrey, José A., III: 244.
- Ferro, Simcón, VIII: 145, 147.
- Fesser, Francisco, V: 70.
- Fezzoli, IV: 314.
- Fidelia, VII: 341.
- Fielden Jones, Clarence, IX: 221.
- Figarola Caneda, VII: 317.
- Figarola Caneda, Domingo, IV: 105, 140, 141, 417; VI: 392; VII: 319, 340, 356, 373; X: 46.
- Figueras, Estanislao, VI: 20.
- Figueras, Francisco, VII: 259, 299, 321; VIII: 38; X: 43, 316.
- Figueredo, III: 323; IV: 132, 133, 137, 139; V: 111, 175, 223, 237, 253, 258; IX: 93.
- Figueredo, F., VI: 134.
- Figueredo, Félix, IV: 134; V: 4, 12, 172, 174, 205, 250, 251, 252, 257, 258, 265.
- Figueredo, Fernando, V: 238, 257, 258; VI: 133, 140, 276, 286, 390; VII: 74; VIII: 191; X: 43.
- Figueredo Socarrás, Fernando, V: 185, 189, 191, 218, 219, 237, 241, 254, 263, 265; VI: 277; VII: 311, 355.
- Figueredo Luis, IV: 137; V: 4, 15, 72, 109, 110, 111, 136, 147, 200, 239.
- Figueredo, Pedro, IV: 130, 131, 134, 136, 139; V: 4, 12, 13, 72, 81, 99, 121, 122, 184; VII: 306, 311.
- Figueredo, Perucho, VII: 104; X: 273.
- Figueredo Socarrás, V: 222.
- Figueroa, V: 220; VI: 64, 153, 154; VII: 362.
- Figueroa, Antonio, VII: 443.
- Figueroa y Morales, Antonio, VII: 481.
- Figueroa, Bernardo, IV: 403.
- Figueroa, Esperanza, III: 392.
- Figueroa, José, V: 213.
- Figueroa, Leopoldo, VIII: 43.
- Figueroa, Miguel, VI: 99, 109; VII: 259, 313, 363, 367; IX: 23.
- Figueroa Román, Miguel, IX: 17, 282.
- Figueroa, Ramón, VII: 443.
- Figueroa y Morales, Ramón, VII: 481.
- Figueroa, Sotero, VI: 158; VII: 371.
- Filolezes (seudónimo), IV: 375.
- Filomeno, Francisco, III: 366.
- Fillmore, IV: 87, 96, 116.
- Finlay, VII: 58, 59, 70, 402, 403, 404, 406, 407; IX: 152; X: 150, 151, 152, 156, 168.
- Finlay, Carlos, VII: 405; X: 178.
- Finlay, Carlos E., VII: 69; VIII: 177.
- Finlay, Carlos J., I: XV; VII: 69, 401; VIII: 214.
- Finlay, Carlos Juan, X: 153, 154, 155, 306.
- Finlay y Barrés, Carlos J., VII: 57, 408.
- Fish, V: 117, 118, 119, 162, 163, 272, 276, 277, 278, 281, 284, 285, 288, 289, 290, 292, 293, 307, 312, 322.
- Fish, Hamilton, V: 271, 306, 311, 321; VI: 17; VII: 340.
- Fiske, I: 48.
- Fit, Rafael, VII: 452, 454.
- Fitch, Thomas, V: 296.
- Fiterre y Riberas, Rafael, X: 166.
- Flamand Montero, Eugenio, VIII: 187.
- Fleitas, F., VI: 279.
- Flor, V: 341; VI: 192, 193.
- Flora, IX: 49, 81, 282.
- Florencia, Francisco de, II: 313.
- Florencia, Mateo Luis, II: 147.
- Flores, Alvaro, I: 174.

- Flores Valdés, Alvaro de, I: 337.
 Flores, Antonio, VII: 438.
 Flores, Carlos, III: 129.
 Flores Zavala, Ernesto, IX: 36, 211.
 Flores Aldana, Rodrigo de, I: 107.
 Florián, VIII: 391.
 Floridablanca, II: 129, 132, 296.
 Florit, X: 21.
 Florit, Eugenio, X: 19, 20.
 Fluriach, Salvador, VI: 107.
 Folch, III: 23, 126.
 Fonsdeviela, Felipe, II: 68, 70, 72, 73, 74, 75, 79, 81, 82, 312; X: 261.
 Fonseca, V: 232, 233.
 Fonseca, Juan, VIII: 117.
 Fonseca, Juan de, I: 67.
 Fonseca, Modesto, V: 184, 229, 257, 354.
 Fonseca, Onofre de, II: 285, 286, 298.
 Fonst, Ramón, X: 313.
 Font, IV: 335.
 Font, Francisco, VII: 442.
 Fontán, Ventura, VI: 445.
 Fontanills, Felipe, VII: 141.
 Fontayne, Luis, II: 24.
 Fonts, VI: 346.
 Fonts y Sterling, Carlos, VII: 140, 141, 143, 364; VIII: 34, 281.
 Fonts, Ernesto, VI: 349.
 Fonts Sterling, Ernesto, VI: 248, 345.
 Fonts, Sterling, Oscar, VIII: 34.
 Foraker, VII: 13, 60; VIII: 264; IX: 295.
 Foraker, Joseph, VI: 419.
 Forbes, V: 277, 280.
 Forbes, Paul S., V: 276.
 Forcade, IV: 335.
 Fornaris, IV: 369, 370, 386, 387, 388; V: 21; VII: 311, 312, 316.
 Fornaris, Fernando, V: 171, 172.
 Fornaris, José, IV: 371, 411.
 Fornas, Ramón, VII: 399.
 Forondone y Cía., IV: 262.
 Fors, Alberto J. X.: 174.
 Fortún, VII: 79, 80, 147.
 Fortún, Gonzalo M., X: 175.
 Fortún, Joaquín, IV: 114.
 Fortún, Luis, VII: 73, 75, 140; VIII: 34, 43.
 Fortuny, X: 237.
 Fóscolo, III: 364.
 Fóscolo, Hugo, III: 380.
 Foster, V: 366; VI: 34; VII: 209.
 Foster, William Edward, VII: 123.
 Fowler, Santiago, VII: 460.
 Foxá, Francisco Javier, IV: 372.
 Foxá, N., IV: 385.
 Foxá, Narciso, IV: 364, 372.
 Foyo, Ortelio, VIII: 26, 45.
 Fraga, VI: 153.
 Fraga, Juan, V: 369; VI: 142; VII: 371.
 Fraga, Modesto, X: 275.
 Fragua Calvo, León de, (seudónimo), IV: 105.
 Franca, Porfirio, VIII: 82, 177.
 Francia, III: 87; VII: 336, 408.
 Francisco (hijo de Gómez), V: 216.
 Francisco, Don, III: 292.
 Franco, José Luciano, III: 261, 294; V: 372.
 Francois, Jean, III: 137.
 Franch, V: 49.
 Franchi Alfaro, Antonio, III: 360.
 Franganillo Balboa, X: 178.
 Franklin (seudónimo), IV: 89.
 Franquesnay, I: 197.
 Frasquito (seudónimo), VII: 435.
 Fray Candil (seudónimo), VII: 354.
 Freeman, X: 163.
 Freemind (seudónimo), IV: 105.
 Freniot, Juan Francisco, II: 309.
 Freniot, Juan Francisco, II: 309.
 Freyre, VI: 346, 347, 360; VIII: 21, 30.
 Freyre de Andrade, VI: 345, 363; VII: 19, 23, 31, 169; VIII: 285, 286.
 Freyre, Fernando, VI: 345.
 Freyre de Andrade, Fernando, VI: 245, 248, 353, 354, 356; VII: 10, 365; VIII: 18, 34; IX: 107.
 Freyre de Andrade, Gonzalo, VIII: 77.
 Frías, III: 310, 323.
 Frías y Jacott, Dolores, IV: 76.
 Frías, Francisco de, IV: 30, 293.
 Frías y Jacott, Francisco de, IV: 75, 115; 291, 384.
 Frías, José de, IV: 293.
 Frías, José Antonio, VI: 393; VII: 140; VIII: 21, 34.
 Friedlaender, III: 201, 273, 278, 383; IV: 291, 292, 293; VII: 167; IX: 10, 17, 19, 282.
 Friedlaender, H. E., III: 294, 295; VI: 67; VII: 242, 243, 244, 299.
 Frobenius, X: 193.
 Frye, VII: 53, 388, 397; IX: 135, 245.
 Frye, A. E., VII: 387, 430.
 Frye, Alexis E., X: 55.
 Frye, Alexis Everett, VII: 52.
 Frye, William P., VI: 455.
 Fuente, Andrés de la, II: 63.
 Fuente, Manuel de la, VII: 268.
 Fuentes Betancourt, Emilio de los S., VII: 317.
 Fuentes y Betancourt, Emilio de los Santos, VII: 368.
 Fuentes, Félix, V: 368, 369.
 Fuentes y Herrera, Gerónimo de, II: 4.
 Fuentes, Isabel, IV: 398.
 Fuentes de Ximeno, Isabel, VII: 417.
 Fuentes, Juan, VIII: 44.
 Fuentes Duany, Laureano, VII: 444.
 Fuentes Matons, Laureano, I: 361, 368; II: 320, 322, 324, 325; III: 391, 392; IV: 388, 390, 392; VII: 357, 442, 455, 479; X: 274.
 Fuentes Matons, IV: 389.

Fuentes, Rosa, IV: 303.
Fuentes, Salvador, IV: 134.
Funcia Cornell, Carlos, X: 165.
Funes Villalpando, Ambrosio, II: 50.
Funes y Morejón, Antonio, I: 202, 203.

Funes, Juan Francisco, IV: 375.
Funes y Diez, Julio, V: 345, 349.
Fusco, Federico Modesto, VII: 250.
Fusté, Ricardo, VII: 141, 373.
Fustiel, Juan, VI: 267.

G

Gage, VII: 13.
Gaitán, F. M., VI: 288.
Gala, Ignacio, II: 182, 278; III: 170, 293.
Galán, V: 361.
Galán, Román, X: 171.
Galarza, VII: 237.
Galarza, conde de, VI: 47.
Galarraga, X: 25.
Galarraga del Castillo, María, II: 320.
Galazzi, VII: 449.
Galbis, VI: 221.
Galdós, VII: 420.
Galdós y Betancourt, Tomás de, VIII: 187.
Galiano, Dionisio A., IV: 26, 59, 345.
Galino, Mariana, III: 378.
Gálvez, II: 129; III: 46; VI: 88, 99, 104, 109, 112, 113.
Gálvez, Bernardo de, II: 83, 86, 87, 131.
Gálvez, Conde de, II: 245.
Gálvez, Federico, IV: 404; V: 330.
Gálvez, Jesús Benigno, VII: 408.
Gálvez, José de, II: 82, 85, 87.
Galvez, José M., IX: 22.
Gálvez, José María, VI: 85, 103, 106, 108, 115; VII: 82; VIII: 315, 320, 357, 364.
Gálvez Calvo, Lázaro, VII: 372.
Gálvez, Pedro, VII: 464.
Gálvez, Wenceslao, VII: 361.
Gallardo, VII: 337.
Gallego, IV: 353, 356; VII: 312.
Gallego, Juan Nicasio, IV: 357.
Gallinger, Jacob, VI: 419.
Gallo, Julián, VI: 241.
Gamba, Francisco, IX: 342.
Gamba de las Casas, Tomás, II: 320.
Gambetta, León, V: 318.
Gamboa Riaño, Marcos Antonio, II: 322.
Gamón, P. A. de, II: 220.
Gamón Pedro A., III: 193.
Gándara, III: 235.
Gándara, Abate (M. A. de la G.), II: 279.
Gangoiti, Lorenzo, VII: 408; X: 170.
Gant, Carlos, II: 101.
Garay, Joaquín, VII: 464.
Garay, Gumersindo, VII: 483.
Garay, Sindo, X: 283.
Garbeille, Philippe, VII: 414.
Garcerán y Souza, Julio, VIII: 183, 391.
Garcés, Julián, I: 148.
García, V: 110, 222, 223, 230, 332, 333, 345, 353, 354, 355; VI: 203, 241, 250, 254, 290, 291, 304, 425, 430, 438, 441, 450; VIII: 260.

García Agüero, VIII: 158.
García Osuna, Agustín, VII: 16, 141; VIII: 26, 27, 29, 43.
García y García, Alberto J., IX: 395.
García Caturla, Alejandro de, VII: 459; X: 296.
García Rivera, Andrés, VIII: 70.
García, Angel, V: 354, 369.
García Hernández, Antonio, VIII: 391.
García, Arcadio, V: 60, 72; VII: 306.
García Sifredo, Armando, VIII: 182.
García Bartolomé, I: 359, 360.
García, Calixto, X: 114, 115, 117, 124, 160, 161, 163.
García, Iniguez, Calixto, V: 4, 12, 87, 109, 110, 111, 136, 147, 151, 169, 170, 171, 184, 185, 186, 187, 194, 195, 196, 197, 198, 208, 217, 231, 263, 264, 331, 333, 339, 350, 352, 358, 372; VI: 120, 236, 238, 239, 243, 247, 249, 253, 256, 275, 286, 287, 288, 289, 290, 295, 301, 303, 305, 307, 319, 326, 332, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 424, 430, 431, 432, 434, 435, 437, 440, 444, 446, 448, 462, 463; VII: 11, 12, 13, 14, 18, 21, 25, 69, 355; VIII: 191, 192, 193, 201, 202, 235, 249, 257, 259.
García, Carlos, V: 41, 63, 113, 114, 136, 137.
García Marcos, Carlos, IX: 89, 171.
García Vélez, Carlos, VI: 247, 289, 323, 437, 449; VIII: 22, 268, 288, 295, 320.
García Pons, César, III: 391, 393.
García Copley, IV: 388.
García de Coronado, Domitila, VII: 361.
García, Eduardo, VI: 214, 232.
García Tudurí, Elpidio, VIII: 186, 187.
García, Ezequiel, VII: 133; IX: 93; X: 55.
García Enseñat, Ezequiel, VIII: 43, 52, 53.
García Ramis, Federico, VII: 36, 320.
García Mora, Félix, VII: 460.
García Marruz, Fina, X: 23.
García Osorio, Francisco, I: 96.
García Menocal, Gabriel, V: 62.
García, Gaspar, VII: 268.
García Galló, Gaspar Jorge, VII: 299.
García Purón, Gervasio, VII: 266, 269.
García Vieta, Gonzalo, VI: 324, 431; VII: 141; VIII: 34.
García, Gualterio, VI: 126, 128, 129.
García, Gumersindo, VII: 463.
García Gutiérrez, IV: 358, 372; X: 309.
García-Hernández, I: 341; VII: 423.

- García, Ignacio, VIII: 44.
 García Pola, Joaquín, VI: 353, 360; VII: 140, 141.
 García, Joaquín José, I: 368.
 García Montes, Jorge, VIII: 68.
 García Fera, José, VIII: 44.
 García, José A., VII: 267.
 García Castañeda, José A., I: 71.
 García, José Joaquín, I: 349.
 García Montes, José M., VIII: 236.
 García Montes, José María, VII: 36, 365; IX: 244, 265, 330.
 García Valdés, José de Jesús Quintiliano, IV: 385.
 García Boada, Juan, IV: 411.
 García de Palacios, Juan, VII: 477.
 García, Juan Francisco, VII: 438.
 García, Juan M., V: 369.
 García de la Linde, Juan Manuel, VII: 467.
 García Vélez, Justo, VIII: 45.
 García Fox, Leonardo, X: 25.
 García Vélez, Leonor, V: 353.
 García Lorca, X: 23.
 García Vega, Lorenzo, X: 23.
 García Lorenzana, Luis, X: 187.
 García Pérez, Luis, VII: 333.
 García, Manuel, VI: 187; VII: 282, 452.
 García Gamba, Manuel, IV: 126.
 García Lago, Manuel, X: 187.
 García de Palacios, Manuel, II: 203.
 García, Marcos, V: 60, 112, 172, 228, 244, 250; VI: 100; VII: 306.
 García Montes de Giberga, María Teresa, X: 294.
 García, Mario, VII: 438, 439.
 García Kohly, Mario, VII: 140, 141, 318; VIII: 33, 35, 44, 47, 289; X: 47.
 García Madrigal, Mario, VIII: 70.
 García Vélez, Mario, VIII: 23.
 García Menocal, V: 63; VI: 460.
 García Tudurí, Mercedes, X: V, 82.
 García Mexía, I: 69.
 García Menocal, Miguel, II: 198.
 García Montes, VIII: 6, 7, 390; IX: 232.
 García Navarro, VI: 212, 216, 220, 221, 223, 229, 230.
 García Montes, Oscar, VIII: 391; IX: 229.
 García Osorio, I: 119, 168, 306, 340, 343; X: 251.
 García Montañés, Pedro, I: 107.
 García, Pelayo, VIII: 22, 27, 281.
 García Santiago, Pelayo, VII: 140, 141, 143.
 García Purón, VII: 288.
 García, R. V., I: 368; II: 325.
 García Bárcena, Rafael, VIII: 177.
 García Cañizares, Rafael, VI: 390.
 García Osés, Ramón, X: 175.
 García Rivera, VIII: 71.
 García Cañizares, Santiago, VI: 198, 199, 212, 337, 339, 340, 341, 342, 350; VII: 141; VIII: 25.
 García Vélez, VIII: 23.
 García, Vicente, IV: 134, 136, 137; V: 4, 15, 29, 72, 100, 111, 143, 147, 168, 172, 174, 184, 185, 186, 188, 191, 194, 195, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 208, 212, 213, 217, 218, 221, 222, 223, 224, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 237, 241, 245, 252, 253, 255, 256, 257, 349.
 Garcilaso, VII: 354.
 Gardoqui, II: 130.
 Garibaldi, V: 319; VIII: 284.
 Garibaldi, Giuseppe, V: 318.
 Garmendía, VII: 318.
 Garmendía, Juan Antonio, VII: 141.
 Garmendía, Miguel, VII: 338, 356; X: 42.
 Garneray, Hipólito, III: 375; X: 227.
 Garneray, Juan F., III: 375, 376.
 Garneray, VII: 426.
 Garnica, José de, VII: 455.
 Garzón, Victoriano, VI: 189.
 Garraniga, IV: 314.
 Garrido, VI: 192.
 Garrigó, Roque X: 44.
 Garrigó, Roque E., III: 105; VIII: 38, 44.
 Gasdiani, Ambrosio, VII: 460.
 Gasier, IV: 314.
 Gasqué, Ramón, IV: 393.
 Gastón, X: 201.
 Gastón, Francisco, VIII: 56.
 Gassie, Julián, VI: 78; VII: 316, 356, 367.
 Gassier, Luis, VII: 449.
 Gatlés, Pio, VII: 409.
 Gato, Eduardo H., VI: 131, 132, 166, 273.
 Gattorno, Antonio, X: 210.
 Gauguía, X: 206, 214.
 Gaunard, Julio E., VIII: 177.
 Gauthier, Teófilo, VII: 425.
 Gavira, III: 377.
 Gavira, Joaquín, IV: 389.
 Gavito, Francisco, IV: 372.
 Gay, IX: 13, 14, 35, 85, 86, 153, 215.
 Gay Calbó, IX: 11.
 Gay-Calbó, Enrique, I: 368; II: 325; III: 392; V: 263; VI: V; VII: 69; VIII: V, 38; X: 45, 208.
 Gay Sawkins, James, IV: 397.
 Gay de Montellá, IX: 81.
 Gay, Vicente, IX: 9, 12, 249, 282.
 Gaztambide, Joaquín, VII: 454.
 Gaztelú, Angel, X: 23.
 Gelabert, II: 180.
 Gelabert, Florencio, X: 245.
 Gelabert, Francisco de Paula, VII: 313, 334.
 Gelats, VII: 221; IX: 343.
 Gelder, Francisco, II: 291.
 Gembloux, IV: 157.
 Gener, III: 70; IV: 105; VII: 55, 62, 79, 83, 89, 91, 92, 435.
 Gener y Batet, José, VII: 265.
 Gener y Rincón, Miguel, VII: 54, 56, 61, 73, 75.
 Gener, Plácido, VII: 424.

- Gener, Tomás, III: 142, 287; II: 350, 357, 364.
 Génova de Zayas, Antonio, VIII: 44.
 Genovesi, III: 279.
 Geraldino, Felipe, I: 195.
 Gérone, IV: 398.
 Gerónimo, P. P., I: 301.
 Gevaert, VII: 472.
 Giberga, VI: 34, 36, 48, 50, 64, 84, 93, 94, 97, 99, 109; VII: 75, 79, 97, 98, 99, 101, 102, 107, 121, 122, 366.
 Giberga, Eliseo, VI: 53, 67, 107, 109, 110, 114; VII: 73, 78, 86, 120, 364; VIII: 273, 275.
 Giberga, Octavio, VII: 36.
 Gigato, Lino, VII: 447.
 Gil, VI: 224.
 Gil, Angel María, VII: 436.
 Gil de Linares, Fermín, IV: 7.
 Gil, Heliodoro, VII: 67.
 Gil, Julián, VII: 367.
 Gilberto, I: 351, 353, 354.
 Gili, Cristóbal, VIII: 459.
 Ginés, María, I: 360, 361.
 Ginez, Micaela, I: 360.
 Ginovés Espinar, V: 35, 37, 50, 93, 94, 107, 129, 162.
 Giralt, Félix, IV: 387.
 Giraud, VII: 206.
 Giraudy, Manuel, VIII: 44.
 Giró, Emilio, VI: 189.
 Girón, I: 180.
 Girón, Gilberto, I: 179, 182, 270, 350.
 Girón de Loaysa, García, I: 105.
 Giroux, X: 158.
 Gispert, Daniel, VI: 245.
 Godínez, Julián, VIII: 43.
 Godoy, III: 15, 18, 357.
 Godoy, Belén, VII: 482.
 Goethe, III: 364; IV: 383; VII: 324, 340.
 Goetz, III: 380.
 Goetz, J. B., III: 377.
 Gogorza, Emilio de, VII: 447.
 Gogorza, José, VII: 447.
 Goicurúa, III: 226; IV: 118, 121, 123, 127, 193; V: 107, 128.
 Goicurúa, Domingo de, IV: 75, 112, 115, 124, 229, 328, 329; IV: 288; V: 106; VI: 308.
 Goizueta, Enriquez, VIII: 391.
 Goldmark, X: 296, 297.
 Goldmark, Rubin, VII: 445.
 Goldoni, VII: 346.
 Goldscheid, IV: 249.
 Golomón, I: 353.
 Golomón, Salvador, I: 270.
 Gómez, V: 112, 136, 185, 186, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 197, 198, 200, 201, 205, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 220, 221, 223, 224, 228, 230, 231, 232, 238, 243, 244, 249, 347, 365, 366; VI: 150, 151, 152, 153, 158, 159, 161, 162, 163, 164, 166, 170, 171, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 201, 204, 207, 209, 211, 214, 217, 218, 219, 222, 229, 231, 232, 233, 234, 235, 239, 241, 242, 245, 246, 248, 276; 280, 285, 288, 316, 328, 332, 360, 361, 430, 432; VII: 9, 14, 30, 76, 78, 79, 80, 83, 86, 100, 110, 111; VIII: 37, 45, 47, 49, 50, 55, 59, 85, 178, 223, 224, 235, 292, 293, 294, 295, 333, 334; IX: 113; X: 45.
 Gómez Toro, Bernardo, V: 263; VII: 419.
 Gómez Clemente, VIII: 25.
 Gómez Diéguez, V: 169, 170.
 Gómez, Domingo M., X: 158.
 Gómez, Eduardo, IV: 303.
 Gómez de la Maza, Federico, X: 177, 178, 179, 180, 181.
 Gómez, Fernando, I: 249, 251.
 Gómez Toro, Francisco, VI: 162, 163, 295, 315.
 Gómez de Avellaneda, Gertrudis, IV: 354, 356, 415, 417.
 Gómez Alfonso, Javier, V: 263.
 Gómez, Joaquín, III: 101, 254; IV: 176.
 Gómez, José Antonio, II: 56, 127.
 Gómez, José Miguel, VI: 209, 210, 242, 245, 248, 254, 328, 353, 355, 356, 460; VII: 11, 35, 73, 75, 79, 89; VIII: 17, 18, 19, 20, 22, 23, 36, 41, 42, 44, 48, 51, 54, 58, 60, 84, 198, 270, 284, 285, 286, 288, 291, 298, 301, 305, 314; VIII: 332; IX: 111, 112, 123, 125, 143, 169, 170.
 Gómez, Juan, I: 146.
 Gómez, Juan Gualberto, V: 333, 345, 346, 348, 349, 357, 372; VI: 67, 96, 98, 109, 114, 120, 153, 154, 165, 168, 169, 170, 185, 186, 265, 353, 354, 357, 358; VI: 359, 360, 362, 363; VII: 15, 21, 23, 26, 28, 29, 31, 32, 51, 73, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 82, 85, 93, 96, 98, 101, 102, 103, 104, 105, 107, 108, 109, 112, 114, 120, 122, 124, 133, 320, 357, 359, 370, 442; VIII: 12, 22, 23, 35, 64, 207, 234, 269, 303; IX: 9, 306; X: 49, 202.
 Gómez de Laborda, Manuel, VII: 447.
 Gómez de la Maza, Manuel, VII: 411.
 Gómez de la Maza y Jiménez, Manuel, X: 172, 173, 175.
 Gómez de Maraver, II: 11.
 Gómez, Máximo, IV: 289; V: 12, 24, 37, 109, 110, 129, 133, 135, 147, 151, 169, 178, 184, 187, 199, 202, 204, 207, 222, 224, 226, 227, 235, 240, 241, 242, 245, 250, 251, 252, 263, 265, 329, 361, 362, 363, 364, 368, 369; VI: 30, 67, 96, 102, 149, 151, 162, 167, 168, 169, 170, 177, 180, 181, 185, 190, 199, 200, 203, 209, 212, 213, 229, 237, 238, 242, 243, 244, 247, 249, 254, 256, 261, 262, 270,

- 271, 275, 287, 289, 294, 301, 307, 312, 315, 324, 327, 330, 343, 357, 361, 368, 369, 378, 393, 419, 426, 429, 431, 446, 447, 448, 463; VII: 6, 17, 18, 20, 21, 25, 26, 27, 28, 29, 33, 35, 40, 41, 47, 52, 55, 68, 69, 70, 129, 131, 132, 133, 134, 135, 147, 148, 154, 156, 171, 242, 310, 343, 355, 464, 480; VIII: 6, 2, 14, 17, 18, 19, 22, 60, 84, 201, 225, 249, 259, 267, 268, 270, 274, 282, 283, 284, 285, 289, 325, 326, 334, 335, 349; IX: 7, 21, 93, 306; X: 46, 238, 289, 290, 319.
- Gómez, Miguel Mariano, VIII: 62, 74, 84, 109, 124, 125, 134, 155, 178; IX: 37, 129; X: 290.
- Gómez Rubio, Modesto, VI: 226, 353.
- Gómez Toro, *Panchito*, VI: 240, 243; VII: 40.
- Gómez de la Maza, Pedro, X: 181.
- Gómez Mena, Pedro, IX: 343.
- Gómez Anckermann, Raúl, X: 292.
- Gómez Reynel, I: 268, 288, 291, 292, 294, 308, 314, 342.
- Gómez Rumbau, III: 17, 40, 44.
- Góngora, IV: 353; X: 6, 37, 38.
- González, III: 130.
- González Muñoz, A., X: 187.
- González del Valle, A., VII: 242, 243, 244.
- González Alejandro, V: 364.
- González Alonso, VI: 5.
- González, Ambrosio José, IV: 75, 79, 81, 83, 85, 112, 117.
- González del Valle, Ambrosio, IV: 404.
- González, Ana R., X: 230.
- González Barcia, Andrés, II: 312.
- González del Valle, Angel, II: 278; III: 294; IV: 291, 292, 293.
- González, Antonio, VII: 453.
- González Acosta, Antonio, VII: 275.
- González Beltrán, Antonio, VII: 140.
- González de Mendoza, Antonio, VI: 75, VII: 36, 357, 364, 365.
- González Mora, Antonio, VII: 288.
- González Muñoz, Antonio, I: 71.
- González Arnús, IX: 47.
- González Alfonso, Arturo, VIII: 185.
- González Quijano, Arturo, VI: 332.
- González Beltrán, VII: 420.
- González Brabo, VI: 12.
- González del Valle, C., X: 175.
- González Boet, Carlos, V: 129.
- González Clavel, Carlos, VI: 198, 349, 435, 436, 438, 440; VIII: 44, 260, 287.
- González Palacios, Carlos, VIII: 183.
- González Peraza, Carlos, VIII: 183.
- González, Carmelo, X: 222, 229, 230.
- González Cecilio, V: 60, 193, 210, 212, 213, 228, 240, 333, 349.
- González Gutiérrez, Diego, II: 325; III: V, 391, 393; IV: V, 142, 416, 418; V: 263; X: 81.
- González Bobes, Eduardo, VII: 269, 282, 284, 285, 286, 287, 296.
- González Manet, Eduardo, IX: 228.
- González Toledo, Eladio, VII: 41.
- González, Elena, VI: 267.
- González Sarraín, Felipe, VII: 141; VIII: 26, 33, 35, 43; X: 48.
- González, Félix, III: 384.
- González del Alamo, Francisco, II: 323.
- González del Valle, Francisco, III: 295, 392; IV: 71, 140, 293, 415, 417; X: 44.
- González, Francisco M., VI: 132, 135.
- González, Francisco María, VII: 366.
- González, Gabriel, V: 63.
- González, Generoso, VII: 440.
- González, Gerardo, X: 314.
- González, Gil, I: 313.
- González Contreras, Gilberto, VIII: 182.
- González Arocha, Guillermo, VII: 141, 369.
- González Beauville, Gustavo, VIII: 67.
- González, Hilario, X: 297.
- González, Jorge, A., III: 391; X: 276.
- González Aguirre, José, VII: 266, 273, 299.
- González Guerra, José, V: 60, 105, 112, 152, 188, 212.
- González Morillas, José, IV: 404.
- González Planas, José, VI: 245.
- González de Sotolongo, José, II: 307.
- González Lanuza, José Antonio, VI: 353, 355, 374, 403; VII: 11, 16, 17, 281, 282, 396; VIII: 44, 52, 57, 342; IX: 37, 76, 113, X: 47, 86.
- González, José Martín, VII: 454.
- González del Valle, José Zacarías, III: 361; IV: 362, 375, 376, 401.
- González, Alvarez, Juan, IV: 114, 115.
- González Novo, Juan, VIII: 44.
- González, Juan Benito, III: 130.
- González, Juan Ignacio, III: 129.
- González, Juan José, III: 129.
- González y Rodríguez, Juana, II: 322.
- González Parrado, Julián, VI: 459.
- González, Laudelino H., VIII: 177.
- González Abreu, Leonardo, II: 322.
- González Llorente, VI: 95.
- González Echevarría, Manuel, IV: 404.
- González Lara, Manuel, VII: 464.
- González Manuel Dionisio, II: 90, 203, 256, 278, 308, 324, 325; III: 350, 350; IV: 382; VII: 352.
- González, Manuel Gregorio, VIII: 23.
- González del Valle, Manuel, III: 369; IV: 375.
- González y Rodríguez, Mario O., X: 166.
- González-Abreu y Arencibia, Marta, VIII: 7.
- González Redín, Matilde, VII: 469.
- González del Valle, Martín, VII: 318, 352.
- González, Modesto, VII: 269.
- González Llorente, Pedro, VI: 80; VII: 36, 45, 63, 73, 74, 78, 79, 80, 81, 84, 85, 86, 102, 109, 127, 281, 287, 357, 365, 366; VIII: 205.

- González, Rafael, IV: 303; VII: 459; VIII: 187.
 González Muñoz, Rafael P., VIII: 96.
 González, Ramón, V: 361.
 González Téllez, Salvador, VIII: 44.
 González, Segundo, VI: 279.
 González del Valle, IV: 213, 232; VII: 175, 197; IX: 16.
 González Rubiera, Vicente, X: 283.
 González de Torres, Victoriano, IX: 395.
 Gonzalo Pérez, Antonio, VII: 141, 143; VIII: 27, 29; IX: 37, 113.
 Gooch, G. P., V: 264.
 Goose, Philip, I: 204.
 Goostrey, II: 119.
 Gordon y Acosta, Antonio de, VII: 399.
 Gorgas, VIII: 214.
 Gorgas, William Crawford, VII: 58, 406, 407.
 Gorneraq, Hipólito, X: 226.
 Gorrín, VIII: 393.
 Gorrín, José E., VIII: 389.
 Gottschalk, IV: 390, 393; VII: 442, 469, 479.
 Goudie, VII: 413.
 Goudri, II: 303.
 Gould, Charles W., VII: 52.
 Govantes, III: 272; V: 338; VII: 420, 421, 422.
 Govantes, Evelio, VII: 419, 423, 425.
 Govantes, José Agustín, III: 274, 359, 369.
 Govantes, José Joaquín, V: 336; VII: 308, 315.
 Govín, V: 363, 364; VI: 99; VII: 359.
 Govín, Antonio, VI: 90, 96, 106, 109.
 Govín Torres, Antonio, VII: 277, 320, 357, 364; IX: 22, 88.
 Govín, Félix, V: 156, 157, 361, 362.
 Govín, José Manuel, VII: 141.
 Goya; III: 376; VII: 427; X: 38.
 Goyeneche, V: 97, 98, 131, 149.
 Goyeneche, Zacarías, V: 96.
 Goyri, Francisco de, IV: 334.
 Goyri y Bengochea, Francisco, VII: 417.
 Gracián, X: 21.
 Graff, Lorenzo de, I: 198.
 Grafton, Wycliffe B., VI: 326.
 Gragory, Keller and Bishop, I: 328, 367.
 Gramont, Francois, I: 195.
 Gran, Manuel F., X: 42, 170.
 Granada, Fray Luis de, II: 303.
 Granados, X: 278, 291.
 Granados, Enrique, VII: 472.
 Granados, Félix, VIII: 177.
 Granados, M., III: 378.
 Granda, Manuel J. de, V: 372; VI: 267, 268, 269, 332.
 Grant, V: 57, 59, 60, 66, 67, 102, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 162, 163, 272, 276, 277, 279, 281, 283, 288, 290, 292, 293, 95, 296, 306, 307, 311, 312, 321, 322; VI: 16, 17, 399.
 Grant, Ulises S., V: 55, 80, 270.
 Grattmages, Harold, VII: 444.
 Grau, VIII: 83, 91, 93, 106, 134, 138, 147, 153.
 Grau, Jacinto, IV: 354.
 Grau San Martín, Ramón, VIII: 82, 87, 90, 102, 129, 133, 145, 146, 177, 182, 183, 184, 235, 263, 356, 360.
 Grave de Peralta, Belisario, V: 4, 343.
 Grave de Peralta, Julio, V: 4, 15, 29, 109; VI: 293.
 Grawford, IV: 69.
 Gray, George, VI: 455.
 Graydon, II: 101, 102.
 Greco, X: 211.
 Greeble, VIII: 34.
 Gregorio IX, I: 279.
 Gregorio X, VII: 421.
 Grela, Francisco, VII: 439.
 Grenet, X: 275.
 Grenet, Eliseo, VII: 440, 445; X: 276, 310.
 Gretry, III: 378, 379.
 Greenwald, Isaac, V: 128.
 Griffou, Mme., V: 362.
 Grijalva, I: 155.
 Grijalva, Jan de, I: 66, 153.
 Grillo, Diego, I: 197.
 Grinbeld, N., VIII: 96.
 Grimes, VI: 438, 439.
 Griñán, Francisco, II: 296.
 Griñán Peralta, Leonardo, V: 273, 352; X: 45.
 Guamá, Grupo, I: 71.
 Guardia, Cristóbal de la, VIII: 43, 52, 53.
 Guardiola, R., X: 187.
 Guarina, IV: 370.
 Guas, Carlos, VIII: 25, 43, 288.
 Guas Inclán, Rafael, VIII: 67, 156, 180.
 Guásima (seudónimo), V: 347.
 Guatimozín, IV: 359.
 Guayo, (apodo), X: 284.
 Guazo, II: 15, 16, 17, 18, 19, 23, 203.
 Güell y Renté, IV: 398.
 Güell y Renté, José, VI: 109; VII: 333.
 Güell, Sebastián, VII: 459.
 Güemes, II: 27, 28, 29, 107, 234.
 Güemes Hoscasitas, Juan Francisco, II: 26.
 Guerra, IV: 173, 265, 287; VI: 369; VII: 170, 171.
 Guerra Amador, VI: 101, 188, 292.
 Guerra, Angel, VI: 180, 220, 223, 233, 270, 271.
 Guerra, Basilio, VI: 224, 232.
 Guerra, Benjamín J., VI: 141, 157, 166, 266, 272, 275, 286, 289, 290, 315, 368; VII: 371.
 Guerra, Elías, V: 63.
 Guerra, Faustino, VIII: 23, 47, 67.
 Guerra y Puente, Faustino, VII: 141.
 Guerra Bethencourt, Francisco, III: 359.
 Guerra, José de Jesús, III: 130.
 Guerra López, José, VIII: 393; X: 81.
 Guerra Sardá, Gratiño, VII: 481.

- Guerra, Lorenzo, VI: 200.
 Guerra, Luis, II: 25.
 Guerra, Pino, VIII: 24.
 Guerra y Sánchez, Ramiro, I: V, XVI, 63, 73, 201, 202, 203, 204, 328, 367; II: V, 90, 91, 134, 166, 277, 278, 298; III: V, 105, 152, 153, 293, 294, 299, 349, 350; IV: V, 59, 60, 63, 72, 74, 75, 80, 118, 122, 126, 140, 141, 142, 154, 162, 172, 276, 291, 292, 293, 294, 301, 345, 417, 418; V: V, 89, 90, 178, 263; VI: 67; VII: 69, 169, 242, 243, 300, 430; VIII: 13, 96, 354, 366; IX: 12, 13, 16, 19, 34, 282, 288, 315, 318, 319, 320, 322, 394, 395; X: 44, 75, 145.
 Guerra y Puente, Ramón, VIII: 70.
 Guerrabella, VII: 438.
 Guerrero, I: 91.
 Guerrero, Carlos, VIII: 177.
 Guerrero, Enrique, VII: 434, 440.
 Guerrero, Francisco, I: 90; V: 147.
 Guerrero, Teodoro, VII: 338.
 Guerrini, Olindo, I: 46.
 Guevara, V: 353.
 Guichenot, M., II: 323.
 Guillén, X: 23.
 Guillén, Nicolás, VIII: 43; X: 22, 295.
 Guillermo II, VIII: 296.
 Guillermo III, II: 97, 98, 100, 101.
 Guillermo III de Orange, II: 96.
 Guillermón, V: 341, 355.
 Guillot, Fernando, IV: 57.
 Guiral, IX: 16.
 Guiral Moreno, Mario, VI: 114; X: 167.
 Guiral, Rodolfo Julio, X: 163.
 Guiral y Viondi, Rodolfo, X: 164.
 Guirao, Ramón, X: 46.
 Guiteras, II: 315; IV: 385; VI: 82; X: 155.
 Guiteras, Antonio, IV: 410; VIII: 83, 177.
 Guiteras, Eusebio, IV: 66, 410; VII: 338.
 Guiteras, Juan, VI: 285; VII: 57, 58.
 Guiteras Gener, Juan, X: 156.
 Guiteras, Pedro José, I: 51, 58, 72, 73; II: 91, 134; III: 105, 392; IV: 59, 66, 140, 382; VII: 316.
 Gumá Herrera, José, X: 163.
 Gundlach, Juan, IV: 400; VII: 399, 409, 410; X: 178.
 Guridi y Alcocer, Miguel, III: 30, 31, 34, 36, 135, 335.
 Gutiérrez, VII: 311; VIII: 71, 156.
 Gutiérrez Cuervo, Antonio, VII: 277.
 Gutiérrez Valladón, Carlos Felipe, VIII: 70.
 Gutiérrez de Celis, IX: 11, 37, 268.
 Gutiérrez de la Concha, IV: 23, 95, 96, 112, 113, 120, 121, 124, 125, 126, 128, 191.
 Gutiérrez, Gustavo, III: 152; VIII: V.
 Gutiérrez de Celis, Gustavo, IX: 170.
 Gutiérrez y Sánchez, Gustavo, VIII: 116, 178, 179, 185, 187; IX: 11, 88, 89, 91, 282, 394, 396.
 Gutiérrez, José M., VIII: 178.
 Gutiérrez, José Manuel, X: 82.
 Gutiérrez José María, X: 314.
 Gutiérrez de la Concha, José, IV: 17, 24, 91, 123, 179, 408, 409; V: 144, 210, 216; VII: 159, 394.
 Gutiérrez y Hernández, José Nicolás, IV: 387.
 Gutiérrez Quirós, Juan, VIII: 60, 61, 77, 391.
 Gutiérrez de Piñeres, Juan Francisco, II: 229.
 Gutiérrez Delgado, Luis, IX: 147.
 Gutiérrez Quirós, Manuel, VII: 141.
 Gutiérrez Landa, Mariano, X: 168, 169, 170, 185.
 Gutiérrez, Miguel Jerónimo, V: 43, 58, 60, 77, 79, 81, 84, 263; VII: 305, 308, 310.
 Gutiérrez, Nicolás, III: 370.
 Gutiérrez, Nicolás José, IV: 403; VII: 399.
 Gutiérrez, Rafael, VII: 282, 360.
 Gutiérrez Marín, Rafael, VI: 322.
 Gutiérrez, Ramón, V: 354, 355.
 Gutiérrez de Celis, Santiago, VIII: 65; IX: 129, 157, 229, 232, 253, 254, 260.
 Gutiérrez de Piñeres, Tomás, III: 40, 140.
 Gutiérrez Valladón, Viriato, VIII: 70, 71.
 Guyón, Pío, VI: 416.
 Guzmán, I: 90, 91, 92, 113, 157, 220, 273; X: 80.
 Guzmán Blanco, VII: 323.
 Guzmán, Domingo, VI: 267.
 Guzmán, Eduardo, VIII: 23, 288.
 Guzmán Lozano, Emilio, IX: 211, 212.
 Guzmán, Gonzalo de, I: 89, 90, 91, 118, 156, 157, 215, 219, 274, 275, 305.
 Guzmán, Guiomar de, I: 93, 94, 238, 275.

H

- Habana, marqués de la, V: 210, 263.
 Habré, Carlos, II: 305.
 Habsburgo, II: 5.
 Habsburgo, Maximiliano de, VII: 341.
 Habsburgos, I: 110, 169, 191, 194.
 Haeckel, VII: 356.
 Haendel, VII: 472.
 Hagerdorn, Hermann, VII: 53, 69.
 Halstead, E. W., X: 174.
 Hall, John, IV: 134.
 Halley, X: 168.
 Hamilton, Alejandro, III: 13.
 Hamilton, Earl J., II: 280.
 Hanna, VII: 382, 386, 394.
 Hanna, Mathew E., VII: 52, 384, 430; X: 55, 145.
 Hansilk (seudónimo), VII: 483.
 Harding, VIII: 216.

- Haring, II: 222.
 Haring, Clarence H., I: 201, 204; II: 277, 279.
 Hartmann, Edward, X: 164.
 Hartzembusch, IV: 358, 372; X: 309.
 Hartzembusch, Juan Eugenio, VII: 316.
 Harrington, I: 10, 71.
 Harrison, VII: 211, 214.
 Harriase, Henry, I: 47.
 Hatuey, I: 22, 33, 36, 59, 60, 61, 68, 228; III: 130; IV: 369, 370; VI: 292, 307; VII: 332, 369; X: 241.
 Hatton, José Eleuterio, VI: 283, 289, 302, 379, 390.
 Hanke, Lewis, I: 201.
 Hava, Juan G., IV: 404.
 Havemeyer, VII: 211; IX: 312.
 Hawley, IX: 363.
 Hawkins, I: 171, 295.
 Hawkins, John, I: 169.
 Hay, VIII: 212.
 Hay, John, VII: 31; VIII: 196.
 Haydn, III: 380; IV: 394; VII: 462, 472.
 Hayes, Carlton J. A., V: 363.
 Hayes, C. Willard, IV: 293; VII: 409.
 Hazard, Samuel, IV: 345, 395; VII: 334.
 Hechavarría, III: 382.
 Hechavarría y O'Gavan, Bernardo de, IV: 9.
 Hechavarría y Limonta, Luis de, VIII: 187.
 Hechavarría, Mateo de, II: 4.
 Hechavarría, Santiago José, II: 295, 302, 316.
 Hechavarría, Prudencio, III: 390.
 Hecheverría, II: 266.
 Heidegger, VIII: 357.
 Heine, VII: 322, 323, 324, 340, 346, 352, 353; VIII: 330.
 Helm, Charles I., VI: 8.
 Heller, VII: 482.
 Hench, X: 164.
 Henderson, John B., X: 170, 179.
 Henna, J., VI: 315.
 Henríquez Almendarez de Toledo, Alonso, I: 103.
 Henríquez, Diego, I: 337.
 Henríquez, Enrique C., VIII: 183.
 Henríquez y Carvajal, Federico, VI: 152, 177, 178.
 Henríquez, Luis, VI: 267.
 Henríquez Ureña, I: 352.
 Henríquez Ureña, Max. I: 368; II: 325; III: 392; IV: 372; X: 50.
 Henríquez Ureña, Pedro, I: 368; III: 392.
 Herbart, VII: 388, 397.
 Herbart, Juan Federico, VII: 387.
 Hércules, II: 290.
 Hereaux, VI: 284.
 Hereaux, Cecilia, VI: 277.
 Heredia, III: 84, 94, 104, 148, 292, 314, 360, 363, 367, 376; IV: 105, 108, 349, 368, 381; V: 21, 131; VI: 292; VII: 330, 336, 337, 341, 343, 344, 348, 351, 352, 483; X: 44.
 Heredia, Alvaro de, III: 294.
 Heredia, Francisco, V: 12.
 Heredia, José Francisco de, III: 132.
 Heredia, José María, IV: 28, 64; VII: 342; VIII: 89; X: 10.
 Heredia y Heredia, José María, III: 362.
 Heredia, Nicolás, VI: 181; VII: 316, 317, 318, 319, 336, 352, 353, 365, 371, 375.
 Heres, Víctor M., VI: 332.
 Hernández, IV: 118, 121, 123, 127; V: 362, 365; VI: 435.
 Hernández, Alberto, V: 354.
 Hernández Catá, Alfonso, X: 33, 34.
 Hernández, Alonso, (el Viejo), I: 352.
 Hernández, Andrés, VI: 211.
 Hernández Blanco, Antonio, III: 385.
 Hernández Travieso, Antonio, III: 392.
 Hernández, Aurelio, VII: 457.
 Hernández, Atanasio, VIII: 43.
 Hernández Barreiro, VII: 65.
 Hernández, Carlos, VI: 431, 432, 433.
 Hernández Cartaya, VII: 390.
 Hernández Cartaya, Enrique, VIII: 70, 71, 304; IX: 37, 113, 254.
 Hernández, Catalina, I: 236.
 Hernández de Córdoba, I: 155, 212.
 Hernández, Charles, VI: 264, 272.
 Hernández, Enrique, X: 283.
 Hernández Corujo, Enrique, VIII: 185, 391.
 Hernández, Eusebio, V: 329, 334, 340, 341, 342, 344, 349, 351, 353, 356, 361, 362, 363, 364; VI: 67, 236, 289, 345, 349; VII: 65; VIII: 51, 268, 269, 291, 296, 298, 299, 304.
 Hernández y Pérez, Eusebio, V: 372.
 Hernández Echerri, Fernando, IV: 92, 93.
 Hernández, Francisco, VI: 124.
 Hernández de Córdoba, Francisco, I: 153.
 Hernández Figueroa, VIII: 391.
 Hernández, Genaro, VI: 126, 130, 132.
 Hernández, Genaro F., VI: 128, 129.
 Hernández Dou, Giordano, VII: 66, 67, 68.
 Hernández, Juan, VI: 328.
 Hernández Giró, X: 199, 201.
 Hernández Giro, Juan Emilio, X: 215.
 Hernández, Giro, Rodolfo, X: 242.
 Hernández, Gisela, X: 297.
 Hernández, Jacinto, VI: 249.
 Hernández, José Elías, IV: 112, 115, 124, 126, 128.
 Hernández, José Manuel, IV: 86.
 Hernández Zurbarán, José, VII: 463.
 Hernández, José F., VII: 296, 321.
 Hernández, Josefa, IV: 303.
 Hernández Barreiro, Juan, VII: 16.
 Hernández Barreiro, Juan Bautista, VII: 48, 54; VIII: 31, 45; IX: 76, 77.
 Hernández, Juan José, VI: 73.
 Hernández Tinoco, Lorenzo, II: 28.
 Hernández, Manuel, VII: 452.
 Hernández Catategui, Martín, II: 323.
 Hernández Miyares, VII: 317, 335.

- Hernández Miyares, Enrique, VII: 318, 369, 371, 373, 375; X: 10.
- Hernández, Pablo, VII: 326.
- Hernández Gonzalo, Pedro, X: 162.
- Hernández, Ramón, VI: 307.
- Hernández, Rodolfo, VII: 481, 483.
- Hernández Rouseau, X: 215.
- Hernández Ríos, VIII: 193.
- Hernández, Salomé, V: 60, 112, 152; VI: 307.
- Hernández Ríos, Salvador, VI: 196.
- Hernández de Torquemada, I: 341.
- Hernández de Velasco, VI: 246.
- Hernando, I: 42.
- Hervey, II: 118, 119, 126.
- Herrada, Manuel, VIII: 288.
- Herrera, I: 51, 52, 58, 301; II: 313; IV: 249, 254; VI: 216; VII: 417.
- Herrera, Alberto, VIII: 81.
- Herrera y Franchi, Alberto, VI: 330.
- Herrera, Antonio de, I: 49, 50, 57, 71, 73, 346.
- Herrera Montalván, Antonio, VII: 417.
- Herrera y Arango, Alejandro, IX: 45, 224.
- Herrera, Chalia, X: 310.
- Herrera, Desiderio, IV: 401.
- Herrera, Estanislao, VII: 265.
- Herrera Dávila, Ignacio, III: 360.
- Herrera, Julio, III: 377.
- Herrera, Manuel, VII: 57.
- Herrera, Martín, VI: 132.
- Herrera Sotolongo, Pedro, VI: 379, 393.
- Herrera, Ramón, V: 128.
- Herrera Fritot, René, I: 71; X: 182, 186.
- Hevia, II: 119, 120, 126; VI: 359, 360, 362; VII: 30, 31.
- Hevia, Aurelio, VI: 345, 353, 355, 363; VII: 15, 25, 26, 29, 32; VIII: 28, 52, 64, 76, 96, 194, 197, 264.
- Hevia Alcalde, Aurelio, VI: 248.
- Hevia, Carlos, VIII: 75, 83, 103, 177.
- Hevia, Gutiérrez de, II: 42.
- Hevia, Horacio, VI: 324.
- Hevia, Juan J., IV: 403.
- Heyn, Piet, I: 188.
- Hidalgo, VI: 307.
- Hidalgo, Ana, III: 130.
- Hidalgo Gato, VI: 164.
- Hidalgo de Caviedes, Hipólito, X: 220.
- Hidalgo, Pedro, I: 118.
- Hierrezuelo, II: 322; III: 377.
- Higinio, X: 283.
- Hija del Indio Bravo (seudónimo), VII: 312.
- Hijo del Damují, (seudónimo) VII: 309, 311, 314, 435.
- Hill, Angelina, VII: 482.
- Hill, Robert F., VII: 409.
- Hinestrosa, Juan de, I: 333, 355.
- Hispanochi, Tiburcio, I: 175.
- Hitchcock, Albert S., X: 173.
- Hobson, VI: 444.
- Hoffman, Achille, IV: 403.
- Holguín, Carlos, V: 299.
- Homero, I: 353.
- Holmes Sellors, T., X: 164.
- Hood, II: 132.
- Hoover, VIII: 316.
- Hopkins, Johns, X: 146.
- Horacio, I: 353, 356; III: 363.
- Hord, IX: 256, 262.
- Horineck, A., IV: 293.
- Hormazas, marqués de las, III: 29.
- Horne, William T., X: 174.
- Horstman Varona, Enrique, VIII: 33.
- Horstman, Federico, IV: 404.
- Horstman, Oscar, X: 164.
- Horrego y Estuch, Leopoldo J., V: 263; VIII: 183; X: 45.
- Hospital, Emilio, X: 294.
- Hostos, Eugenio María de, VI: 370, 390; VII: 315.
- Howard, IV: 203.
- Howard, George D., I: 71.
- Howe, II: 118, 121.
- Howell Rivero, Luis, X: 170, 179.
- Hoyo Solórzano, Juan del, II: 25, 249.
- Huau, J. A., VI: 390.
- Huerta, Santiago de la, X: 187.
- Huet, Pierre Daniel, II: 278.
- Huges, VI: 290.
- Huges, Samuel, VI: 279.
- Hughes, Charles E., VIII: 213, 319.
- Hugo, VII: 304; VIII: 258.
- Hugo, Victor, III: 380; IV: 350, 356, 365, 371; V: 21, 318, 326; VII: 340, 341, 347; IX: 12, 88.
- Huguet, Rafael, X: 166.
- Hull, Cordell, VIII: 231, 232, 233, 236, 241, 254, 255, 261, 262.
- Humbolt, I: 47; II: 161, 209, 212, 214, 218, 251, III: 61, 170, 172, 177, 191, 201, 203, 223, 224, 249, 252, 283, 313, 314, 328, 331, 334, 339, 340, 341; IV: 166, 378; VII: 402; X: 182.
- Humbolt, Alejandro de, II: 279; III: 105, 293, 294, 302, 303, 312, 329, 347, 349, 350, 380.
- Humbolt, barón de, III: 47, 335.
- Hurtado, VII: 311.
- Hurtado del Valle, Antonio, VII: 309, 435.
- Hurtado, Lope, I: 275.
- Hurwitz, X: 167.
- Husserl, VIII: 357.
- Hussey, Roland D., II: 278, 279.
- Hyatt, John F., VII: 409.

I

- Ibáñez, Conde, VII: 174, 181, 189, 195, 196, 223.
 Ibarzábal, Federico de, X: 18, 33.
 Ibarra, VIII: 207.
 Ibarra, Agustín de, III: 19.
 Ibarra, Carlos de, I: 190.
 Ichaso, VIII: 183; X: 37.
 Ichaso, Francisco, VIII: V, 185; X: 37, 49.
 Iduarte, Andrés, VII: 375.
 Iglesia, Alvaro de la, VII: 319; X: 32.
 Iglesia de la Casa, José, III: 355.
 Iglesias Vázquez, Eduardo, VIII: 38.
 Iglesias, Guillermo, VIII: 178.
 Iglesias, José Antonio, VII: 280.
 Iglesias Betancourt, Pedro, X: 162.
 Iglesias, Santiago, VII: 293.
 Ilichenta, José de, III: 20.
 Illance, Angel, VIII: 20.
 Illas, Arturo, VIII: 178.
 Imans, Pierre, X: 248.
 Inca de la Vega, Garcilaso, II: 285, 313.
 Inciarte, Joaquín, VII: 481.
 Inciarte, Rafael, VII: 481.
 Inclán, V: 113.
 Inclán, Alberto, X: 161.
 Inclán, Clemente, X: 161.
 Indias, Apóstol de las, I: 278.
 Indias, Gobernador de las, I: 37.
 Inestrosa, Juan, I: 166.
 Infante, Joaquín, III: 35, 129.
 Infiesta, IX: 11.
 Infiesta, Ramón, V: 263; VI: V, 67, 463; VIII: 185, 391; X: 45.
 Inglesito (apodo), VI: 146.
 Ingres, VII: 428.
 Injalbert, X: 242.
 Inocencio XIII, II: 303; III, 382; X: 122.
 Inquisidor General de Indias, I: 139.
 Insúa, Atanasio, VI: 300.
 Iñiguez, Carlos, I: 40.
 Iñiguez, Lucía, V: 331.
 Iraizoz, Antonio, IV: 417; VII: 375; X: 41.
 Iraizoz y del Villar, Antonio, V: 263.
 Iribi Andudi, Arcadio, VII: 456.
 Iriondo Aragón, Manuel, X: 162.
 Irisarri, José M., VIII: 177.
 Irisarri, José Miguel, VIII: 82.
 Irving, Washington, I: 47, 71.
 Isaacs, Jorge, V: 298; VII: 337.
 Isabel, I: 50, 148, 169, 300; III: 83.
 Isabel I, I: 82.
 Isabel II, III: 83, 98, 187; IV: 6, 20, 26, 41, 45, 56, 103, 320, 409; V: 23, 32, 36, 128, 273; VI: 12, 13; VII: 59, 323, 479; X: 235.
 Isabel la Católica, I: 300; VII: 436.
 Isabel de Inglaterra, I: 169.
 Isaías, I: 299.
 Isasi, X: 236.
 Isunsolo, Fortunato de, I: 128.
 Iturbide, Ruperto, VII: 479.
 Iturralde, Casto José de, IV: 158.
 Iturralde, Rafael, VIII, 185.
 Iturrondo, Francisco, III: 362.
 Ivonet, VIII: 293.
 Izaguirre, V: 78; VI: 438.
 Izaguirre, Eligio, V: 81.
 Izaguirre, Emiliano, VII: 306.
 Izaguirre, José Joaquín, VII: 286.
 Izaguirre, J. M., VI: 298.
 Izaguirre, José María, V: 72, 325; VI: 378, 390; VII: 306, 312.
 Iznaga, X: 258.
 Iznaga Hernández Alejo, IV: 92.
 Iznaga Miranda, Alejo, IV: 125.
 Iznaga, Catalina, IV: 303.
 Iznaga, Félix, IV: 303.
 Iznaga y Lora, Pedro, VII: 463.
 Iznaga Hernández, Pedro José, IV: 92.
 Iznaga, R., VIII: 38.
 Izquierdo, Manuel, V: 369.

J

- Jackson, Hellen Junt, VII: 338.
 Jacobsen, Joaquín, L., X: 156.
 Jallais, Emilio, VI: 288.
 James Jackson, Francisco, III: 24.
 Janney, VI: 397.
 Janney, Samuel M., VI: 395, 396, 398.
 Jano, VII: 90.
 Jaruco, Conde de, III: 217, 329, 377; IV: 192, 288.
 Jaume y García Miguel, X: 179.
 Jáuregui, III: 31, 356; VI: 73.
 Jáuregui, Andrés de, III: 26, 30, 128, 135; VI: 72; IX: 15.
 Jefferson, III: 15, 16, 17, 22, 23, 41; VIII: 257, 258.
 Jefferson, Thomas, III: 126; V: 269.
 Jehle, R. A., X: 174.
 Jenkins, Roberts, III: 106, 107.
 Jenkins Worth, William, IV: 79.
 Jenks, VII: 165; IX: 341, 351.
 Jenks, Leland, IX: 292.
 Jenks, Leland H., VII: 242, 243, 244; VIII: 366; IX: 394, 395.
 Jeremías Docaransa, IV: 363.
 Jerez Varona, Pepe, VIII: 22.
 Jerez, Rodrigo de, I: 41.

- Jervey, II: 112.
 Jesucristo, I: 278.
 Jesús María, Antonio de, I: 355.
 Jibacoa, Conde de, III: 265.
 Jibacoa, Condesa de, III: 13, 329.
 Jenks, Leland Hamilton, VII: 69.
 Jeremías, I: 299.
 Jiménez, V: 212, 213; VII: 170.
 Jiménez Castellanos, Adolfo, VI: 459; VII: 3.
 Jiménez Crespo, Agustín, VII: 459.
 Jiménez, Antonio, III: 241.
 Jiménez, Arcadia, VII: 462.
 Jiménez, Francisco, V: 210, 220, 349.
 Jiménez de Cisneros, Francisco, I: 83, 84, 148.
 Jiménez de Cisneros, Pascual, II: 54, 60, 63, 68.
 Jiménez, Inés, VII: 462.
 Jiménez José Manuel, X: 274.
 Jiménez Berroa, José Manuel, VII: 456, 462.
 Jiménez, Juan B., VII: 176, 242, 411.
 Jiménez Berroa, Juan Bautista, VII: 465.
 Jiménez Foxá, Juan, IV: 404.
 Jiménez, Juan Ramón, X: 46.
 Jiménez, Julián, IV: 394.
 Jiménez, Lico, VII: 443.
 Jiménez, Manuel, IV: 394; VII: 462.
 Jiménez, María, I: 249.
 Jiménez, Nicasio, VII: 462.
 Jiménez, Pedro Ignacio, II: 27.
 Jiménez, Pilar, VII: 439; X: 283.
 Jimeno, Francisco, VII: 409.
 Joffre, Padre, IV: 409.
 Johnson, V: 355.
 Johnson, David, V: 354.
 Jol, I: 190, 191, 322.
 Jonché, II: 186, 207, 208.
 Jonché, Juan Bautista, II: 232.
 Jones, VIII: 237; IX: 364, 366.
 Jones, John Paul, VIII: 255.
 Jones, María, X: 291.
 Johnson, V: 66.
 Jordá, VII: 474.
 Jordán, V: 97, 98, 99, 103, 104, 121; VI: 284.
 Jordan, Thomas, V: 87, 100, 148.
 Jordan, Tomás, V: 96.
 Jorge II, II: 110.
 Jorge III, II: 44, 86, 87, 111, 132; X: 323.
 Jorge Alonso, I: 312.
 Jorge, Juan, II: 284.
 Jorrín, IV: 388; VI: 76.
 Jorrín, José Silverio, III: 361; IV: 37, 289, 383; V: 21; VI: 109; VII: 317, 318, 350, 412.
 Jorrín, Rafael S., VII: 333.
 Jorro, V: 302, 303, 304, 305, 306, 308; VI: 19.
 Jorro, Miguel, V: 301, 307, 308, 309, 310; VI: 18, 19.
 José Fernando, II: 96, 97.
 Jouy, III: 364.
 Jovellanos, III: 85, 272, 283, 291, 357.
 Jovellanos, Gaspar Melchor de, III: 46, 54.
 Jovellar, V: 226, 227, 234, 238, 247, 251; VI: 24, 79, 81; VII: 159, 160.
 Jovellar, Joaquín, V: 159, 216, 226, 248.
 Jover, Julio, X: 185.
 Juan, D., I: 39.
 Juan Gualberto, V: 346; VI: 186, 187, 188, 361; VII: 76, 83, 110, 111, 112, 113.
 Juan Rodríguez (seudónimo), V: 47.
 Juan sin Tierra, VIII: 352.
 Juana, I: 243, 286; VII: 325.
 Juana Inés de la Cruz, X: 41.
 Juárez, IV: 193; V: 28, 298.
 Juárez, Benito, V: 273, 274.
 Juárez Cano, Jorge, II: 90; IV: 140.
 Jules, X: 164.
 Juliá, Tomás, X: 277.
 Julián, Modesto, VII: 452; X: 273, 286.
 Julio Antonio, X: 243.
 Julio II, I: 148.
 Junco, VI: 224.
 Júpiter (seudónimo), V: 347.
 Just, Ramón, VI: 74.
 Justa, Narciso, III: 161.
 Justiniani, Francisco, X: 165.
 Justiniano, I: 355.
 Jústiz, IX: 17.
 Jústiz, Alfredo, VI: 243.
 Jústiz y Madrazo, Jorge, VIII: 70.
 Jústiz, Marqués de, II: 188; III: 114, 161, 265.
 Jústiz, Tomás de, V: 263; X: 81.
 Jústiz y del Valle, Tomás, VI: 114.
 Justo de Lara (seudónimo), VII: 317.

K

- Kalidasa, X: 271.
 Kandinsky, X: 219.
 Kant, VII: 346.
 Kean, X: 153.
 Kean, J. R., X: 151.
 Keats, VII: 340.
 Keen, VIII: 34.
 Keil, Marie, X: 60.
 Kelvin, Lord, X: 167.
 Kellog, Frank B., VIII: 195.
 Kemmerer, IX: 225.
 Kendrick Bangs, John, IX: 394.
 Kennedy, IV: 252.
 Kent, VI: 436, 438, 439.
 Keppel, II: 111, 114, 120, 126.
 Keppel, George, II: 45.
 Keppel, Guillermo, II: 119.
 Keppel, T., II: 134.

Keppel, William, II: 48, 50, 111.
Kératry, V: 304.
Kératry, Emilio, V: 303.
Kerr, Thomas, IV: 293.
Kessel, barón de, IV: 120.
Key, VI: 269.
Key, Salomón, VI: 268, 269.
Kid Chocolate (apodo), X: 314.
Kid Gavilán (apodo), X: 314.
Kimball, James P., VII: 409.
Kindelán, III: 81; VII: 478.
Kindelán, Sebastián, III: 133, 142.
King, X: 164.

King, Rufus, III: 13.
Kingsley, Mary, X: 151.
Kirkland, Edwards C., VII: 243.
Knowles, II: 110, 114, 116, 117, 121.
Knowles, Charles, II: 41, 108.
Knos, VIII: 295.
Koch, VII: 398; X: 151.
Körner, IV: 350; VII: 323.
Kouri, Pedro, X: 177.
Kraft, X: 176.
Krasinski, Segismundo, VII: 346.
Kropotkin, VII: 270.
Kruger, A, III: 244.
Kruger, Rosa, VII: 327.

L

Laad, VIII: 34.
Laand, IX: 110.
Labat, III: 282.
Laborde, VI: 300.
Laborde, Alfredo, VI: 299.
Laborde, Angel, III: 73; VII: 41.
Labra, VI: 10, 14, 15, 29, 35, 36, 38, 46, 47, 48, 49, 50, 54, 55, 57, 58, 64, 65, 90; VII: 357.
Labra, Rafael María de, V: 134; VI: 67, 74, 109; VII: 259, 363; IX: 23.
Labrada, Rafael, VI: 190.
Labrador, III: 48.
Labrador Ruiz, Enrique, X: 31.
Labrador Ruiz, X: 32.
Labraña, J. M., III: 392; IV: 417; VII: 375.
Labusier, III: 378.
Lacoste, VII: 66.
Lacoste, Ernesto, IV: 124.
Lacoste, Perfecto, VI: 225, 410; VII: 16, 19, 36, 61, 65; IX: 294, 296.
Lacret, V: 258; VI: 232, 233, 235, 247, 308, 309, 360, 460; VII: 87, 88, 102, 184.
Lacret, José, VI: 276, 308, 326; VII: 282.
Lacret Morlot, José, V: 175; VI: 248, 345, 353, 363; VI: 349; VII: 32, 73, 134.
Lacret Morlot, VI: 214, 244, 346, 347; VII: 26, 79, 80; IX: 291.
Lachambre, VI: 100.
Lachatañeré, Rómulo, X: 34.
Lachaume, Julio, VII: 411.
Ladd, E. F., IX: 79.
Lafargue, Pablo, VII: 358.
La-Fancille, II: 111.
Lafayette, Marqués de, VIII: 258.
Lafourcade, IX: 89.
La Fuente, Modesto, V: 263.
Lage e Hidalgo Gato, Juan Francisco, VIII: 185.
Lago, Roberto, VIII: 177.
Lagomasino, Juan M., X: 166.
Lagomasino, Luis, VII: 355.
Lagrange, IV: 314.

Lagueruela, IX: 245.
Lagueruela, Benito, VIII: 45.
Lagueruela y Rubio, Benito, VIII: 70.
La Coutere, Dutrose, III: 266.
Lam, Wilfredo, X: 216, 217, 218.
Lama, IV: 65, 66.
Lamadriz, VI: 131.
Lamadriz, Francisco, V: 330.
Lamadriz, J. F., VI: 134.
Lamadriz, José F., IV: 188; VI: 292.
Lamadriz, José Francisco, V: 330, 350; VI: 129, 133.
Lamar Schwayer, Alberto, X: 31.
Lamar, Manuel F., VII: 365.
Lamarque, María Josefa, X: 201, 213.
Lamartine, V: 21; VII: 304, 340; VIII: 258.
Lancaster, Guillermo, II: 132.
Lancaster, William, II: 86.
Lancis, Antonio, VIII: 391.
Lancis y Sánchez, Antonio, VIII: 185, 187.
Lancis, Ricardo, VII: 364.
Landa, Angelita, X: 102.
Landa, Gabriel, VIII: 177, 239, 240.
Landaluce, IV: 398; X: 195.
Landaluce, Patricio de, IV: 364; VII: 334.
Landaluce, Victor Patricio, IV: 399.
Landaluze, VII: 429.
Landaluze, Víctor Patricio, III: 312; VII: 426; 427.
Landonniere, I: 295, 340.
Landowsky, X: 241.
Lanier, Alejo H., IV: 404.
Lanuza, VIII: 390.
Lanz, José María, IV: 331.
Lanza, Rafael, V: 360.
Laparra, X: 241.
Laplana, José de, IV: 8.
Laplante, VII: 426.
Laplante, Eduardo, IV: 397; X: 226.
Lara Miret, José, VIII: 288.
Lara, Justo de (seudónimo), VI: 448; VII: 318, 320, 353, 360; X: 39.
Laredo VIII: 86, 87, 129.

- Laredo Brú, VIII: 130, 372.
 Laredo, Federico, VIII: 257.
 Laredo Brú, Federico, VIII: 84, 85, 96, 109, 125, 134, 139, 321; X: 106.
 Lares, Amador de, I: 128, 218.
 La Rosa, Carlos, VIII: 61.
 La Rúa, V: 232, 233, 237.
 La Rúa, Francisco, V: 219, 229; VII: 306, 311.
 Larra, IV: 363.
 Larragaña, Por, III: 206.
 Larrazabal, Luis, X: 171.
 Larroca, Francisco, IV: 398.
 Larrondo, Enrique, III: 393; IV: 142.
 Larrondo y Maza, Enrique, IV: 121.
 Larrúa, III: 255.
 La Sagra, Ramón de, IV: 292, 293, 303; IV: 401.
 Lascano, Carlos, IX: 89.
 Lascelles, II: 230.
 Laso de la Vega, II: 4, 196.
 Lastra, VI: 358, 359, 360, 361.
 Lastra Saturnino, VI: 248, 349, 353; VII: 23, 26.
 Lastres, Joaquín F., IV: 400.
 Latané, John Halliday, V: 263.
 Latapier, Juan Tranquilino, VII: 288.
 Latouche, X: 201.
 Latreille, IV: 400.
 Lauderman, Gladys, X: 244, 247, 248, 249.
 Lauderman Ortiz, Gladys, X: 243, 265.
 Laudo, Joaquín, IV: 404.
 Laufemberger, IX: 80, 81, 282.
 Laura, VII: 358.
 Laurens, Jean Paul, X: 201.
 Laurent, Emilio, VIII: 177.
 Lavastida, Manuel, VIII: 47.
 Lavedán, Enrique, X: 48.
 Lavín, Pablo F., VIII: 185.
 Lavín y Padrón, Pablo F., VIII: 185.
 Law, II: 186.
 Lawton, VI: 349, 436, 438, 449.
 Lawton, H. W., VI: 445.
 Laytton, Bulwer, VII: 323.
 Laza, IX: 105.
 Lázaro, Guillermina, VII: 414, 415; X: 242.
 Lazcano y Mazón, Andrés María, VIII: 186, 187.
 Lazcano, Antonio María, VIII: 391.
 Lazcano, Carlos, IX: 171.
 Lazear, VII: 406.
 Lazear, Jesse W., VII: 57, 58, 405.
 Lazo, Manuel, VI: 228, 236, 241; VII: 140; VIII: 22, 26, 43.
 Lazo, Raimundo, I: 368; II: 325; III: 393; VII: 375; X: V, 82. u
 Lazo, Ramón, VI: 239.
 Lazo de la Vega, III: 377.
 Lazo de la Vega y Cerda, Lorenzo, I: 352, 355.
 Lazzari, Agustín, VII: 250.
 Leal, Emilio, VII: 371.
 Leal, José Román, VII: 314.
 Léandre, IV: 398.
 Lebreo, X: 155.
 Lebreo, Joaquín, IV: 387, 401, 404.
 Lebreo, Mario G., X: 177.
 Lebrón, Cristóbal, I: 140.
 Lecerf, Pedro, VII: 456.
 Leclerc, III: 15.
 Leclerc, José, IV: 396.
 Le Couppey, VII: 482.
 Lecuona, VI: 360; X: 275.
 Lecuona, Domingo, VI: 353; VII: 26, 28; VIII: 36.
 Lecuona, Ernesto, VII: 440; X: 286, 287, 310.
 Lecuona y Casado, Ernesto, VII: 444, 445.
 Lechi, general, III: 127.
 Lechuga, Manuel, VI: 314, 324.
 Ledesma, Pedro de, I: 49.
 Ledo, Jorge, IV: 403.
 Ledo, Santiago, VIII: 44.
 Ledón, Ernesto, X: 171.
 Lee, VI: 239, 415, 460.
 Lee, Arturo, II: 129.
 Lee, Fitzhugh, VI: 62, 409; VII: 15, 42.
 Leefdael, Francisco, II: 310.
 Leefdael, Viuda de Francisco, II: 310.
 Legrás, IV: 389.
 Le Gaud, Pierre, I: 194.
 Leiseca, VIII: 23.
 Leiva, Antonio, I: 71.
 Leiva Ramírez de Arellano, Francisco de, II: 311.
 Lemaure, III: 244.
 Lembeye, Juan, IV: 400.
 Lemery, V: 25, 26, 29.
 Le Moine de L'Espine, II: 278.
 Lemus, III: 84.
 Lemus, José Francisco, III: 143.
 Lemus, Marqués de, VI: 67.
 Lendíán, VII: 321.
 Lentz, John, VI: 419.
 León, II: 13; V: 63.
 León X, VII: 476.
 León XIII, VII: 283, 417.
 León, Antonio María, VI: 325.
 León, Argeliers, X: 297.
 León, Bienvenido, X: 283.
 León y Castillo, VI: 40, 90, 91, 93.
 León Mora, Domingo, IV: 375.
 León Castillo, Fernando de, VI: 37.
 León, Francisco, V: 42; VII: 254.
 León Blanco, Francisco, X: 162.
 León, Fray Luis de, I: 350; VII: 324.
 León, Hermano, X: 172, 182.
 León, J. S., IV: 369, 387.
 León, José Sacramento, V: 184, 195.
 León, José del Socorro, IV: 386.
 León, José de la Luz, X: 39.
 León Bello, Juan, VII: 141.
 León y Navarro, Manuel de, II: 12, 15, 16.
 León, Rubén, VIII: 177.
 León, Sacramento, V: 196.

- León de Fragua Calvo(seudónimo), IV: 141.
 Leonardo, X: 207.
 Leopardi, VII: 324, 340, 344.
 Leopoldo, II: 96, 98, 99.
 Le Play, III: 85.
 Lerdo de Tejada, Miguel, II: 279.
 Le-Riverend, II: 287, 289.
 Le Riverend, VIII: 389; IX: 17.
 Le Riverend, Eduardo, VIII: 391, 393.
 Le Riverend Brussonne, Julio, II: V, 277, 278, 285, 298; III: V, 153, 294; IV: V, 293, 403; VII: V; IX: V.
 Lerna (duque de) I: 184.
 Leroy-Beaulieu, V: 319.
 Le-Roy, Jorge, VII: 399.
 Leroy-Beaulieu, Paul, V: 318.
 Lersundi, IV: 43, 45, 399; V: 13, 23, 24, 25, 26, 27, 29, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 40, 52, 59, 60, 107, 145; VI: 12, 13, 16, 17, 18, 75, 76.
 Lersundi, Francisco, IV: 42; V: 14, 23; VI: 11; VII: 251.
 Lesca, V: 29.
 Lescano, Anterior, VII: 306.
 L'Espine, II: 199.
 Lesteller, VII: 449.
 Letona, V: 47.
 Levene, Ricardo, II: 279, 280.
 Leverthon, J., VII: 478.
 Lewis, capitán, IV: 86.
 Lewis, Cleona, IX: 342, 395.
 Leyte Vidal, V: 258; VI: 239, 296, 298, 299, 309, 460.
 Leyte Vidal, Arcadio, V: 252; VI: 301.
 Leyte Vidal, Francisco, VI: 295, 296; VII: 140, 441.
 Leyva, Herminio, VI: 190.
 Leyva, Herminio C., VI: 100.
 Leyva y Aguilera, Herminio C., V: 372.
 Leyva, José, VIII: 177.
 Lezama Lima, José, X: 23.
 Lezama Lima, X: 216.
 Lich, F. O., IX: 395.
 Liern, VII: 333.
 Lilis (seudónimo), V: 365.
 Lima, A., VI: 329.
 Lima, Alfredo, VI: 326.
 Limonta, VII: 484.
 Limonta, Juan B., VI: 267.
 Linares, VI: 445; VIII: 193, 202, 260.
 Linares, Arsenio, VI: 440.
 Linares, Fray Tomás, II: 304.
 Lincoln, IV: 31, 32; V: 65, 264, 275, 278, 307; VI: 424; VII: 300, 307, 341; VIII: 218, 251, 258, 321; X: 44.
 Lincoln, Abraham, VII: 258.
 Lindsay, William, VI: 419.
 Ling, T., X: 164.
 Liras, J. E., VII: 430.
 Lista, III: 363.
 Lista, Alberto, III: 94.
 Lister, VII: 398.
 Liszt, VII: 474.
 Littré, IV: 401.
 Lizaso, IV: 411.
 Lizaso, Félix, III: 393; IV: 416, 418; V: 350, 363, 372; VI: V, 181; VII: 375; VIII: 366; X: 39, 40, 45, 46, 50.
 Lobera, I: 160.
 Lobera, Juan de, I: 159, 219; X: 251.
 Lobo Destradé, Agustín, VII: 483.
 Locke, II: 128; III: 356; IV: 377; VII: 345.
 Lockmiller, David Alexander, VIII: 38.
 Lodge, Henry C., VI: 463.
 Logan, John A., V: 296.
 Lohengrin, X: 278.
 Loisseaux, Paul, X: 242.
 Lombard, Aquilino, VIII: 64, 324.
 Lombidar, José Manuel, VII: 463.
 Lombillo, X: 261.
 Lombillo, conde de, II: 318.
 Loma Osorio, José de, IV: 403.
 Lome, Dupuy de, VI: 67.
 Longa, Rita, VII: 415; X: 245, 246.
 Longfellow, IV: 355, 369, 378; VII: 349, 367.
 Lope Recio, VII: 35.
 Lope de Rueda, III: 366.
 Lope de Vega, I: 353; II: 311; IV: 354; VII: 352, 367; X: 37, 38.
 López, IV: 84, 85, 86, 87, 88, 112, 410, 414; VI: 280.
 López de Ayala, Adelardo, VI: 14, 15.
 López Adolfo, VII: 439.
 López Consuegra, Andrés, IV: 373.
 López, Anselmo, IV: 394; VII: 444, 452.
 López, Antonio, IV: 303.
 López Coloma, Antonio, VI: 186.
 López Letond, Antnio, V: 96.
 López de Letona, Antonio, V: 55, 160.
 López Prieto, Antonio, I: 368; II: 325; III: 393; IV: 417; VII: 266, 319, 352.
 López de Santa Ana, Antonio, IV: 337.
 López de Ayala, V: 131, 132.
 López de Ayala, Adelardo, V: 130.
 López Ballesteros, III: 68.
 López Blas, I: 351, 363; VI: 132.
 López Pérez, Blas, VII: 308.
 López de Briñas, IV: 365.
 López Coloma, VI: 187.
 López Diego, I: 115, 274.
 López Quitana, Diego, IV: 400.
 López Domínguez, VI: 40.
 López de Briñas, Felipe, IV: 364.
 López, Fernando, VIII: 177.
 López de Queralta, Fernando, V: 330; VI: 167, 262.
 López Chávez, Francisco, VI: 278.
 López Leiva, Francisco, VI: 198, 337, 338, 353; VII: 26; VIII: 24.
 López, Germán S., VIII: 67.
 López, Hernand, I: 114, 115, 273.
 López, Holbein, X: 230.
 López, Jesús J., X: 31, 312.
 López, José, VI: 279, X: 230.

- López B., José, VI: 302.
 López Fernández, José, IX: 396.
 López Sánchez, José, III: 295.
 López del Valle, José A., VII: 407.
 López del Valle, José Antonio, X: 156.
 López, José Manuel, II: 267.
 López Ganuza, José Manuel, II: 267.
 López José S., VII: 264.
 López Trigo, José, VII: 408.
 López, Juana, IV: 303.
 López Leiva, VI: 343, 361.
 López A., Manuel, VII: 264.
 López Blanco, Marino, VIII: 178.
 López Roberts, Mauricio: V: 131.
 López, Narciso, IV: 20, 65, 70, 75, 76, 80, 81, 89, 91, 92, 94, 114, 117, 252, 368, 410; V: 6, 10, 54, 63, 79, 317; VI: 226; VII: 304, 309, 343, 434, 435, 440; VIII: 252; X: 45.
 López de Uriola, Narciso, IV: 77, 82, 95.
 López Dorticós, Pedro, VIII: 183.
 López, Pedro Manuel, IV: 86.
 López Pinto, V: 50.
 López Prieto, VII: 318.
 López Queralt, VI: 264.
 López de Ayala, Ramón, VII: 346.
 López, Regino, VII: 440; X: 283.
 López, René, X: 11.
 López, Roberto, V: 48, 96, 119, 142, 143.
 López Dirube, Rolando, X: 231, 232.
 López Fresquet, Rufo, IX: 34.
 López, Tony, X: 245.
 Lora, VI: 189, 437.
 Lora y Chávez, Antonio, VII: 408.
 Lora, Saturnino, VI: 438; VIII: 193.
 Lorda, VIII: 156.
 Lorda, Antonio, V: 43, 58, 60, 72, 73, 81, 82, 99, 122.
 Lorda, Guillermo, V: 60.
 Lorenzo, III: 150.
 Lorente, Juan, VI: 247.
 Lorenzo de Flores, Bartolomé: II: 323.
 Lorenzo, Manuel, III: 149.
 Lores, Manuel, VIII: 44.
 Loret de Mola, VI: 103, 360.
 Loret de Mola, Carlos, IV: 134; V: 107, 108, 122.
 Loret de Mola, Melchor, VI: 353; VII: 372.
 Loreto, conde de, VI: 73.
 Lorrain, VII: 419.
 Lorraine, Hampton, VI: 308.
 Lorraine, Lambton, V: 183, 320.
 Losada, Juan Miguel, IV: 372.
 Losada, Sabino de, IV: 403.
 Lotti, IV: 314.
 Louverture, Toussaint, III: 14.
 Loveira, X: 30.
 Loveira, Carlos, VIII: 331, 366; X: 29.
 Loven, I: 15.
 Lowe, VI: 271.
 Loy, Ramón, X: 200, 211, 228.
 Loynaz, VI: 338.
 Loynaz del Castillo, VI: 339, 340, 341, 343; VIII: 24, 281.
 Loynaz Dulce María, X: 19, 20, 32.
 Loynaz, Enrique, VI: 264; X: 19.
 Loynaz del Castillo, Enrique, V: 263; VI: 198, 199, 207, 337; VII: 141, 365, 435; VIII: 23, 43, 288, 291, 305, 306, 320.
 Loynaz, Martín de, II: 226.
 Lozano, X: 245.
 Lozano, Alfredo, X: 244.
 Lozano, Guzmán, IX: 36.
 Luaces, IV: 368, 371, 373, 387, 388; V: 21; VI: 103; VII: 352.
 Luaces, Emilio, V: 245, 246; VI: 100.
 Luaces, Felipe L., VIII: 186.
 Luaces, Joaquín Lorenzo, IV: 365, 417; VII: 317, 367.
 Lucena, abate, I: 46.
 Lucía, VII: 339.
 Luckas, Palko, X: 220.
 Luchana, Conde de, V: 90.
 Ludlow, VI: 348, 437, 460; VII: 19.
 Ludlow, William, VII: 15, 16; IX: 74.
 Ludwig, Emil, VIII: 366.
 Lufriú, René, II: 91; VIII: 184; X: 46.
 "Lugareño, El", (seudónimo); III: 184, 330, 331; IV: 19, 149, 177, 186, 187, 189, 190, 195, 335, 345, 363, 375; III: 361; IV: 78, 83, 89, 106, 108, 112.
 Lugareño, El (G. B. C.), IV: 46.
 Lugo, Evaristo, VI: 189.
 Lühsen, Conrado, IX: 91.
 Luis I, II: 23.
 Luis XIV, I: 194, 198, 199; II: 5, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 105; III: 16, 367.
 Luis XVI, VII: 477.
 Luis El Grande, I: 199.
 Luján, I: 170, 171, 191, 342.
 Luján, Francisco de, I: 337.
 Luján, Gabriel de, I: 97, 100, 235, 263, 265, 337, 339, 341.
 Luna y Sarmiento, Alvaro de, I: 106, 190, 322.
 Luna Parra, José, VII: 365.
 Luna y Arellano, Tristán de, I: 264, 288.
 Luque, VI: 219, 223, 229; VIII: 260.
 Luque, Adolfo, X: 314.
 Luque, Agustín, VIII: 193.
 Luz, III: 129; IV: 375, 415; X: 40.
 Luz Caballero, III: 85, 88, 91, 102, 103, 104, 323, 356, 361, 367, 369, 380, 384, 386, 389; IV: 63, 64, 351, 362, 369, 378, 379, 383, 385, 387, 406, 409, 410,

- 411, 414, 418; V: 18; VI: 81, 82; VII: 342, 344, 414; IX: 15; X: 39, 235, 242, 319.
Luz, José de la, IV: 377; VI: 283.
Luz y Caballero, José de la, III: 77, 90, 98, 101, 149, 359, 368, 372, 385; IV: 12, 13, 28, 31, 69, 374, 416, 418; VII: 341, 350, 396, 430.
Luz, José Cipriano de la, II: 34, 40.
Luz, Román de la, III: 35.
Luz y Sánchez de Silvera, Román José de la, III: 128.

LL

- Llaguno, Eugenio, III: 118, 152.
Llaguno y Ubieta, Pedro Pablo, VIII: 186.
Llaneras, Miguel, VIII: 43, 109.
Llanes, Bárbara, IV: 303.
Llano, Sara del, VIII: 177.
Llave, La (seudónimo), V: 347.
Llaverías, Joaquín, I: 201; II: 305; III: 105, 295; IV: 142; V: 263; VI: 332, 405; VII: 10, 32, 374, 375; X: 44.
Llés, Fernando, X: 12, 37.
Llés, Francisco, X: 12.
Llopiz, José María, IV: 404.
Llorens, Carlos, VII: 438.
Lloréns, José, VIII: 43.
Llunas, José, VII: 266.
Lluria, Enrique, X: 158.

M

- Macau, Miguel A., X: 36.
Macaulay Trevelgan, George, II: 134.
Maceo, V: 202, 230, 240, 249, 251, 252, 253, 256, 258, 260, 264, 352, 362, 364, 365, 366, 371, 372; VI: 157, 159, 162, 163, 164, 167, 168, 186, 192, 194, 195, 196, 197, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 222, 223, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 251, 262, 263, 265, 266, 269, 283, 292, 308, 309; VII: 311, 355, 372, 373, 434, 435; VIII: 156, 235, 268, 333; X: 38, 45, 273, 284, 319.
Maceo, Antonio, V: 109, 110, 111, 135, 147, 152, 184, 186, 187, 198, 202, 216, 218, 223, 229, 230, 233, 239, 250, 254, 256, 257, 259, 262, 263, 335, 340, 341, 351, 355, 361, 370, 372, 373; VI: 30, 93, 101, 152, 158, 163, 170, 185, 189, 191, 193, 199, 237, 242, 256, 261, 267, 269, 270, 271, 277, 279, 283, 302, 305, 307, 315, 343, 351, 374, 378; VII: 40, 288, 435; VIII: 92, 191, 201, 249, 259, 287, 335; X: 27, 109, 196.
Maceo Osorio, Francisco, IV: 130, 134; V: 4, 72, 112, 172, 174.
Maceo, José, V: 152, 239, 250, 333, 340, 341, 343, 355, 364; VI: 30, 163, 185, 191, 193, 197, 199, 206, 211, 237, 238, 239, 240, 241, 244, 261, 267, 269, 275, 295, 306, 315; VIII: 180, 259.
Maceo Osorio, III: 323; IV: 131, 133, 136, 139.
Macías, IV: 36, 129.
Macías, Juan Manuel, IV: 35, 84, 86, 87, 128; V: 62, 317; VIII: 191.
Macías, Juan M., VII: 315.
Macorix, I: 28.
Macpherson, II: 211; III: 171.
Macuriges, Conde de, II: 67.
Machado, V: 78; VI: 242; VIII: 62, 63, 64, 65, 68, 72, 73, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 86, 156, 234, 235, 236, 246, 253, 322, 323, 324, 332, 334, 338, 342, 349, 359, 360, 361; IX: 144, 170, 353, 359; X: 112, 301, 312, 315.
Machado, Eduardo, V: 43, 58, 60, 72, 73, 79, 81, 172, 204, 219, 236, 262; VII: 305.
Machado, Gerardo, VIII: 24, 61, 288, 321, 343; IX: 123, 125, 142.
Machado y Morales, Gerardo, IX: 253.
Machado, José, VIII: 391.
Machado, Juan Tomás, VI: 286.
Machado, Luis, VIII: 264.
Machado, N., V: 354.
Machado, Reinaldo Rafael, VIII: 187.
Macho, Victorio, X: 243.
Madan, Augusto E., VII: 333.
Madan, Cristóbal, IV: 75, 79, 84, 107, 112, 141; VI: 74; VII: 313.
Madan y Madan, Cristóbal, IV: 105.
Madariaga, II: 48.
Madariaga, Lorenzo de, II: 45.
Madariaga Salvador de, I: 368; II: 325; III: 393.
Madera, Jilma, X: 245.
Madden, Richard R., III: 300; IV: 188.
Madison, III: 15, 22, 23, 24, 41.
Madrigal, Ana del Carmen, IV: 303.
Madrigal, Policarpo, VIII: 44.
Maestre, Angel, V: 239, 240, 333, 335, 336, 340, 349.
Maestri, Raúl, III: 393; VIII: 354, 366.
Maestro, Claudio, IV: 125.

- Magil, IX: 9.
 Magill, IX: 66, 156, 157, 214, 222, 224, 226, 234, 236.
 Magoon, VIII: 36, 37, 45, 46; IX: 111, 112; X: 107.
 Magoon, Charles E., VIII: 34, 38, 42, 44; IX: 110, 169.
 Mahan, V: 249.
 Mahan, A. T., II: 134.
 Mahí, III: 142.
 Mahí y Romo, Nicolás, III: 140.
 Mahy, III: 64, 81, 222, 275.
 Mahy, Nicolás, III: 63.
 Maillol, X: 243.
 Majestad, III: 145.
 Malberty, José A., VII: 141; VIII: 27, 29.
 Malcampo, V: 48, 138.
 Maldonado, I: 175, 176, 178, 181.
 Maldonado Barnuevo, Juan, I: 98, 144, 269, 308, 311, 312, 313, 315, 343.
 Maldonado el Mozo, Juan, I: 308.
 Malonet, III: 190.
 Malpica, Domingo, VII: 338.
 Malquet, V. P., III: 293.
 Malledo, Victoriano, IV: 90.
 Mancha, Guillermo de, X: 311.
 Manduley, VI: 339, 340; VII: 75, 79, 82, 84, 85, 86, 89, 101, 102.
 Manduley, Bernardo, VIII: 44.
 Manduley, J. R., X: 187.
 Manduley, Rafael, VI: 198, 337, 338; VII: 73, 366; VIII: 36.
 Manet, X: 206.
 Manigua, Juan (seudónimo), VII: 471.
 Mann, Henry de, IX: 121.
 Mann, Tomás, X: 221.
 Manrique, Diego Antonio, II: 60.
 Manrique de Rojas, Hernán, I: 262, 263, 305, 307.
 Manrique de Lara, VI: 212.
 Mansfield, David, I: 196.
 Manson, X: 151.
 Mantell, D. E., VI: 167, 263.
 Mantell, John, VI: 167, 263.
 Mantilla, VI: 271; X: 203.
 Mantilla, Manuel, VI: 167, 171, 263, 270.
 Manú (Código de), I: 299.
 Manzaneda, Severino de, I: 109, 139.
 Manzanedo, Bernardino de, I: 211.
 Manzano, III: 360; VI: 12.
 Manzano, Joaquín del, IV: 45.
 Manzano, Juan Francisco, III: 362; IV: 373.
 Manzoni, III: 380; IV: 350.
 Mañach, VIII: 142, 158; X: 37, 201, 202, 203.
 Mañach, Jorge, I: 325; III: 393; IV: 417; V: 263; VII: 430; VIII: 140, 147, 180, 183, 186, 338, 358, 366; IX: 276; X: 37, 45, 49, 194, 197, 209, 265.
 Mañas, Arturo M., VIII: 96.
 Maraver, II: 13, 14.
 Marbán, Edilberto, X: 45.
 Marcano, Francisco, V: 12.
 Marcano, Luis, V: 11, 12, 15.
 Marcer, Francisco, VII: 369.
 Marcos Medina, José de, VII: 41.
 Marcos, Miguel de, IX: 223; X: 32.
 Marcy, IV: 122, 127.
 Mardoqueo, II: 290.
 Marfori, Carlos, VI: 12.
 Mari, Antonio, VII: 454.
 María, I: 64; VII: 337.
 María Cristina, III: 98, 148; IV: 335; VI: 6, 44, 375; VII: 436, 456.
 María Cristina de Austria, VII: 69.
 María Isabel Francisco de Asís, IV: 113.
 María Luisa, VIII: 241.
 María, Virgen, I: 53.
 Maribona, Armando, X: 212, 244.
 Marín, V: 134, 136.
 Marín Villafuerte, Francisco, V: 263.
 Marín Varona, José, VII: 434, 435, 440, 470, 472, 474; X: 273.
 Marín Varona, VII: 471.
 Marinas, Manuel, VII: 265, 300.
 Marinello, VIII: 158; X: 38.
 Marinello, Juan, VII: 375; VIII: 144, 176, 180, 185, 186, 187; X: 19, 37, 49, 81.
 Marini, IV: 314.
 Mariño, IV: 69, 70; VI: 307.
 Mariño, Pedro, V: 359.
 Mariscal, Agustín, VII: 249.
 Mariz Sanz, José, II: 323.
 Mármol, Donato, IV: 134; V: 4, 12, 15, 24, 27, 66, 72, 87, 100, 111; VII: 480.
 Mármol, Leonardo, V: 199, 257.
 Marmontel, VII: 441.
 Márquez Sterling, Adolfo, IV: 387; VII: 320, 348, 357, 360.
 Márquez Sterling, Carlos, V: 263, 367, 372; VIII: 87, 147, 153, 178, 183.
 Márquez, Domingo, III: 131.
 Márquez, Emilio, VI: 307.
 Márquez, José de Jesús, VII: 249, 251, 261, 262, 266, 279.
 Márquez Sterling, Manuel, V: 263, 322, 325; VI: 67, 463; VII: 114, 373; VIII: 6, 83, 84, 89, 96, 103, 191, 213, 228, 232, 233, 236, 251, 254, 261, 263, 264, 306, 320, 353, 356, 366; X: 44, 49, 119, 120, 314.
 Márquez, R., X: 161.
 Márquez Sterling, VIII: 148, 155, 158, 229, 230, 231, 239, 241, 242, 262.
 Marquina, Rafael, V: 263; X: V.
 Marta, X: 293.
 Marte, VII: 413.
 Martel, Silvia, VIII: 177.
 Martí, II: 289; IV: 365, 381, 416, 418; V: 10, 326, 348, 349, 350, 354, 355, 356, 364, 366, 367, 368, 369, 372, 373; VI: 67, 98, 102, 113, 119, 121, 122, 123, 124, 127, 131, 132, 133, 135, 140, 141, 142,

- 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 171, 186, 188, 190, 191, 192, 193, 194, 199, 203, 224, 233, 261, 265, 270, 284, 307, 332, 370, 371, 377, 379, 380, 381, 391, 404, 422; VII: 41, 73, 117, 130, 232, 277, 290, 291, 298, 299, 300, 306, 308, 312, 313, 319, 321, 324, 325, 328, 329, 332, 335, 338, 339, 340, 342, 347, 349, 358, 359, 360, 365, 366, 370, 374, 415, 416, 420, 444; VIII: 118, 142, 144, 156, 158, 194, 212, 228, 235, 267, 269, 271, 274, 291, 304, 336, 348, 357, 359; IX: 3, 7, 8, 9, 15, 16, 21, 57, 83, 87, 88, 134, 152, 211, 268, 271, 277, 279; X: 6, 9, 15, 37, 38, 39, 40, 41, 44, 45, 47, 52, 237, 238, 242, 264, 273, 284, 308, 319.
- Martí, Angel, X: 230.
Martí, Berta, X: 283.
Martí, "Cuba", X: 283.
Martí, José, IV: 70, 398, 411, 417; V: 263, 331, 333, 338, 342, 344, 345, 347, 350, 353, 363, 370, 372; VI: 30, 33, 48, 96, 97, 114, 120, 126, 127, 128, 129, 134, 170, 177, 179, 180, 181, 185, 259, 260, 262, 264, 266, 270, 271, 276, 277, 283, 285, 292, 303, 307, 316, 332, 337, 367, 368, 374, 405, 424; VII: 17, 137, 146, 300, 317, 327, 335, 347, 375, 376, 418, 459; VIII: 3, 21, 36, 43, 51, 89, 191, 192, 200, 206, 225, 249, 259, 335; IX: 282; X: 66, 96, 106, 112, 114, 116, 117, 121, 196.
- Martí y Zayas Bazán, José, VIII: 56.
Martí, Manuel, II: 288.
Martín, I: 356, 368.
Martín, A., II: 325.
Martín, Agustín, VII: 452; X: 286.
Martín Mulbor, Agustín, VII: 453, 460.
Martín Pinzón, Jerónimo, X: 234.
Martín, Juan Luis, IX: 17.
Martín, Louis, VII: 400.
Martín, Regino, IV: 8.
Martínez, VII: 417; X: 161.
Martínez de Avileira y Alba, II: 308.
Martínez, Andrés, X: 220.
Martínez Bello, Antonio, IX: 8, 282.
Martínez Fraga, Antonio, VIII: 178, 180.
Martínez Campos, Arsenio, V: 147, 216, 226, 248, 254.
Martínez y González, Basilio, X: 142.
Martínez de Pinillos, Bernabé, III: 226.
Martínez Campos, V: 131, 222, 223, 224, 227, 228, 229, 231, 233, 234, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 245, 247, 249, 251, 252, 253, 255, 256, 257, 258, 331; VI: 24, 28, 29, 36, 37, 43, 77, 79, 80, 82, 83, 84, 93, 95, 102, 103, 105, 193, 195, 196, 202, 203, 204, 207, 209, 211, 213, 214, 217, 218, 219, 221, 225, 227, 229, 230, 233; IX: 7.
Martínez Fortún, Carlos A., III: 330.
Martínez-Fortún y Foya, Carlos A., III: 350.
Martínez de Pinillos, Claudio, III: 28, 149, 390.
Martínez Correns, Cristóbal, IV: 392.
Martínez de la Vega, Dionisio, II: 23, 24.
Martínez, Elvira, VII: 421.
Martínez, Emilio, X: 156, 171.
Martínez, Federico, IV: 398; VII: 418, 429.
Martínez Fortún, II: 256; IV: 260; VII: 153, 155, 156.
Martínez Anaya, Francisco R., VIII: 187.
Martínez de la Rosa, Francisco, IV: 320; VI: 6.
Martínez de Soto, Francisco, II: 322.
Martínez Freire, V: 334, 338, 339, 341, 343.
Martínez Giralt, VIII: 391.
Martínez Márquez, Guillermo, VIII: 185.
Martínez Sáenz, Joaquín, VIII: 76, 134, 145, 177, 180, 185, 237, 239, 240.
Martínez, José Agustín, VIII: 391.
Martínez-Fortún y Foyo, José A., I: 204; II: 90, 277, 280; III: 293; IV: 291, 293.
Martínez Fortún, José A., VII: 242, 243.
Martínez y Díaz, José F., IV: 416, 418.
Martínez Gallardo, José H., VIII: 34.
Martínez Cañas, José M., X: 160.
Martínez, Juan, IX: 10.
Martínez y Núñez, Juan J., IX: 395.
Martínez Villergas, Juan, IV: 383, 399.
Martínez de Campos, Julián Francisco, III: 294.
Martínez Zapata, Julio, X: 236.
Martínez de Avileira, Lorenzo, II: 308.
Martínez, Luciano R., VIII: 178; X: 96, 145.
Martínez Casado, Luis, VII: 334.
Martínez Casado, Luisa, VII: 318, 333; X: 310.
Martínez Abella, Manuel, VII: 286.
Martínez Escobar, M., VIII: 393.
Martínez Escobar, Manuel, VIII: 187, 391.
Martínez Moles, Manuel, X: 32.
Martínez Azcue, Mario, X: 165.
Martínez Vélez, Máximo, VIII: 186, 391.
Martínez Moles, II: 197, 259, 264.
Martínez Ortiz, VII: 3, 15, 16, 19, 20, 31, 34, 36, 37, 39, 40, 42, 43, 44, 47, 49, 51, 53, 54, 59, 61, 62, 63, 65, 66, 67; VIII: 3, 7, 9, 11, 12, 14, 16, 23, 37; IX: 8, 11, 16, 31, 75, 108, 110, 119.
Martínez Fraga, Pedro, III: 153.
Martínez Freyre, Pedro, V: 239, 257, 333, 337, 340; VII: 311.
Martínez Rojas, Pedro, VII: 141; VIII: 34.
Martínez Sánchez, Pedro, IV: 403.
Martínez de Pinillos, III: 29, 46, 68, 85, 93, 95, 97, 100, 262, 263.
Martínez, Próspero, V: 330.

- Martínez Ortiz, Rafael, I: XII; VI: 463; VII: 69, 141, 148; VIII: 26, 38, 44, 96, 326; IX: 254, 282, 394; X: 44.
 Martínez, Ramón, IV: 43; V: 156.
 Martínez Freyre, Ramón, V: 189.
 Martínez Hernández, Ramón, V: 330.
 Martínez de la Rosa, III: 100, 380; IV: 353, 372.
 Martínez Villena, Rubén, VIII: 332; X: 19.
 Martínez Sáenz, VIII: 183, 239.
 Martínez, Saturnino, VII: 239, 248, 249, 251, 252, 261, 262, 266, 267, 268, 270, 275, 276, 287.
 Martínez Moles, Tadeo, II: 144, 219, 277; VII: 155.
 Martínez de la Vega, II: 26, 201, 234.
 Mártir de Anglería, Pedro, I: 11, 14, 30, 45, 49, 54, 71, 72, 136.
 Martos, Cristino, V: 300.
 Marty y Torrens, Francisco, III: 327; IV: 192, 223; X: 263.
 Marx, Carlos, VII: 358.
 Marx, Luis, VII: 176.
 Marziali, Cristiano, VII: 450.
 Marrero, VI: 188; IX: 220.
 Marrero, Francisco, V: 354.
 Marrero, Levi, IX: 219, 282; X: 45.
 Marrero, Luis, VII: 369.
 Marrero, Martín, VI: 187, 236.
 Masdeu, Jesús, X: 31.
 Masferrer, Antonio, VII: 141; VIII: 44, 303.
 Masó, VI: 101, 107, 189, 190, 195, 197, 203, 204, 346, 424, 452; VII: 131, 133, 134, 135, 142; VIII: 194; IX: 104.
 Masó, Bartolomé, IV: 139; V: 4, 12, 15, 202, 264, 340; VI: 100, 186, 188, 194, 199, 202, 211, 237, 248, 261, 277, 292, 298, 302, 307, 342, 349, 351, 354, 403, 423; VII: 49, 62, 130; VIII: 25, 193, 259, 268, 296.
 Masó y Márquez, Bartolomé, V: 263; VI: 256, 463; VII: 10; VIII: 21.
 Masó, Calixto, X: 45.
 Masó, Parra, Juan, VI: 196, 224.
 Masó Parra, VI: 221, 231, 252.
 Masón, Roberto, VI: 445.
 Mason, William E., VI: 419.
 Maspons, Francisco, VIII: 33.
 Maspons, Juan, VII: 372; IX: 229.
 Maspons Franco, Juan, VI: 198, 256.
 Mass, Clara Louise, VII: 407.
 Massaguer, X: 203.
 Masse, Etienne Michel, III: 326.
 Massip, Salvador, X: 81.
 Matagás, (apodo), VI: 188.
 Matamoros, Fernando, VIII: 186.
 Matamoros, Mercedes, VII: 318, 327; X: 17, 284.
 Matanzas, Simona, IV: 303.
 Mateo, Manuel, VII: 468.
 Mateu, VII: 459.
 Matisse, X: 206.
 Matos de Agamas, Antonio de, I: 312.
 Matthews, Franklin, VII: 69.
 Matthews, Harrison F., VII: 239.
 Maura, VI: 40, 44, 51, 52, 53, 54, 95, 96, 97, 160; VII: 238.
 Maura, Antonio, VI: 50, 94.
 Maura, Gamazo, Gabriel, VII: 69.
 Mauri, X: 277, 278.
 Mauri, José, VII: 470; X: 278, 279, 281.
 Mauri Esteve, José, VII: 445; X: 276.
 Mauri Esteve, Manuel, VII: 440.
 Mauri, Pepito, X: 290.
 Maxwell, II: 230.
 Mayia, G, V: 341, 364; VI: 19.
 Mayo, Nelson S., X: 174.
 Mayorga, J. M., V: 156, 157.
 Mayorga, José Manuel, II: 304.
 Maza, Arredondo, V: 113.
 Maza y Artola, VIII: 303, 306.
 Maza y Rodríguez, Emilio, VIII: 187.
 Maza y Artola, Juan José, de la, VII: 69, 140, 141; VIII: 34, 340.
 Maza y Arredondo, Luis de la, V: 107, 112.
 Maza, Piedad, X: 145.
 Maza, Teodoro de la, VI: 294.
 Mazariegos, I: 97, 99, 119, 120, 164, 165, 166, 167, 171, 178, 263, 288.
 Mazariegos, Diego de, I: 96, 163; II: 284; X: 251.
 Mazzini, V: 319, 326; VIII: 309.
 Mazzini, Giuseppe, V: 318.
 Mazo, Cipriano del, VII: 251.
 Mazorra, III: 323.
 Mazorra, Pablo, VII: 484.
 Mazorra, Ramiro, VII: 484.
 Meade, III: 41.
 Medel, VI: 436.
 Medel, José A., VI: 462, 463.
 Mederos y Rodríguez, Eduardo, VIII: 187.
 Medina, V: 63, 355; VII: 368.
 Medina, Agustín, V: 52; VII: 254.
 Medina, José, V: 354.
 Medina, Nieves, VII: 456.
 Medina, Pedro, II: 319.
 Medina, Tristán de Jesús, IV: 384.
 Medio filósofo (seudónimo), III: 170, 271, 282.
 Medoro, I: 353.
 Medrano, A., II: 323.
 Medrano, Ignacio, VI: 318.
 Megalocnus, I: 29.
 Meillac, I: 19, 20.
 Meireles, Eduardo, VII: 334.
 Meireles, Elvira, VII: 439.
 Melbourne, IV: 68.
 Meléndez, III: 354, 355; VIII: 391.
 Meléndez, Lorenzo, III: 385.
 Meléndez Valdés, III: 363.
 Melero, VII: 415; X: 195.
 Melero, Aurelio, X: 238.
 Melero, Miguel, IV: 398; VII: 414, 421, 422; X: 237, 238.

- Melero, Miguel Angel, VII: 421, 422; X: 238.
 Melgarejo, VI: 55.
 Melgarejo y Aponte, Ambrosio, II: 323.
 Melgarejo, Mariano, V: 274.
 Mélida, Arturo, VII: 414.
 Meluzá Otero, Francisco, X: 35.
 Mella, V: 228; VI: 205.
 Mellado, Susana, VII: 438; X: 283.
 Mena Serra, César, X: 165.
 Mencia, Felipe, X: 81.
 Mencia, Manuel, X: 81.
 Mendés, Catulle, VII: 332.
 Méndez, VI: 321.
 Méndez Capote, VI: 346, 347, 433; VII: 17, 80, 108, 144, 147; VIII: 11, 22, 29, 31, 32, 33, 206, 210, 281.
 Méndez, Diego, I: 115.
 Méndez Capote, Domingo, VI: 245, 248, 330, 345, 349, 353, 354, 356, 396, 398, 400, 402, 403, 405, 424; VII: 10, 16, 69, 73, 75, 79, 104, 105, 127, 131, 133, 139, 140, 143; VIII: 20, 21, 27, 34, 38, 61, 194, 205, 289; IX: 76.
 Méndez Capote, Fernando, VII: 141.
 Méndez Miranda, Fernando, VI: 314, 322, 326.
 Méndez, Manuel Isidro, III: 295; X: 45.
 Méndez, Mariano, VII: 453.
 Méndez Peñate, Roberto, VIII: 76, 177.
 Mendieta, VIII: 76, 84, 109, 229, 231, 235, 237, 238, 253, 306, 357.
 Mendieta, Carlos, VI: 330; VII: 141; VIII: 44, 54, 64, 75, 103, 106, 110, 133, 177, 199, 228, 233, 261, 263, 281, 288, 293, 320, 343, 356; IX: 53.
 Mendieta Montefur, Carlos, VIII: 83, 210, 231.
 Mendive, IV: 352, 365, 368, 388; V: 21; VII: 312, 313.
 Mendive, Rafael María de, IV: 75, 364, 385, 393, 411, 418; V: 21; VI: 74, 75.
 Mendizabal, Federico, VI: 190.
 Mendoza, VI: 346, 347; VII: 337.
 Mendoza, Antonio de, I: 247; VII: 346.
 Mendoza, Cristóbal, V: 21, 28, 81.
 Mendoza, Domingo, III: 291.
 Mendoza, Juan, IV: 8.
 Mendoza Guerra, Pedro, VI: 248, 344, 345; VII: 141.
 Mendoza, Ramón A., X: 165.
 Mendoza, Ricardo Federico, IV: 8.
 Mendoza, Tomás, V: 21, 28; VII: 306.
 Menduñía, V: 134.
 Menéndez Areces, VII: 282.
 Menéndez, Carlos R., IV: 60, 292, 345.
 Menéndez Areces, Dionisio, VII: 276, 281.
 Menéndez, Emilio, VIII: 389.
 Menéndez Menéndez, Emilio, VIII: 188.
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, I: 368; II: 309, 310, 324, 325; III: 393; IV: 417.
 Menéndez de Avilés, Pedro, I: 96, 97, 98, 99, 120, 167, 168, 170, 288, 306, 340.
 Menéndez Márquez, Pedro, I: 288; II: 322.
 Menéndez y Pelayo, II: 311; III: 364; IV: 365; VII: 341, 353, 356, 360.
 Menéndez, Ramón, IV: 389.
 Menéndez, Rodolfo, VI: 273.
 Menéndez, Servando, VIII: 188.
 Menocal, V: 63; VI: 247, 360; VII: 413, 417, 421, 423; VIII: 27, 28, 29, 31, 32, 53, 55, 56, 57, 58, 76, 77, 84, 106, 134, 215, 219, 223, 224, 292, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 314, 315, 316, 317, 334, 359; IX: 11, 112, 113, 143, 170, 212, 357; X: 199, 201.
 Menocal, Arcadio, VII: 473.
 Menocal, Armando, VII: 418; X: 195, 196.
 Menocal, Juan Manuel, VI: 353; IX: 10, 146, 171.
 Menocal Barreras, Juan M., II: 91; IX: 5, 282.
 Menocal, Mario G., VI: 190, 199, 254, 342, 350; VIII: 26, 36, 42, 51, 54, 61, 74, 75, 87, 109, 110, 133, 178, 256, 259, 268, 288, 291, 300; IX: 82, 123, 125, 244.
 Menocal, Mario García, VII: 16, 418; VIII: 332.
 Menocal, Raimundo, VI: 463; IX: 16.
 Mercadante, III: 379.
 Mercel, X: 257.
 Mercedes, Nuestra Señora de las, X: 122.
 Mercedes, Virgen de las, VII: 465.
 Merchán, VII: 317, 353.
 Merchán, Rafael, VI: 92, 114, 378.
 Merchán, Rafael María, IV: 417; VI: 390; VII: 313, 315, 316, 352; VIII: 192, 197.
 Merino Brito, Eloy, VIII: 391.
 Merino Brito, Eloy Genaro, VIII: 188.
 Merino, Pedro, VII: 264, 266, 268.
 Merino, Simón, I: 104.
 Merlin, Condesa de, III: 192, 194; IV: 184, 196, 292, 293, 309, 310, 311, 313, 314, 378, 384.
 Merlin, La Contesse, III: 293.
 Meroles, Pablo, VII: 474.
 Mesa, X: 203.
 Mesa, Bernardo de la, I: 148.
 Mesa, Domingo, V: 354.
 Mesa Domínguez, VII: 282.
 Mesa Borges, Juan, I: 363.
 Mesa Rodríguez, Manuel I., III: 391, 393; IV: 140, 416, 417, 478; V: 263; X: V.
 Mesa Rodríguez, Manuel Isaías, VIII: 183.
 Mesa y Rodríguez, IV: 410.
 Mesa, Tirso, V: 344; X: 110.
 Mesnier, Desiderio, VII: 369.
 Mesonero Romanos, IV: 350, 363.
 Mestre, IV: 387; V: 118, 121, 302, 303, 308; VI: 19; VII: 360.
 Mestre, Antonio, IV: 387, 401.
 Mestre, Arístides, VII: 317, 411.
 Mestre, José M., III: 391, 396; VI: 18.
 Mestre, José Manuel, III: 384; IV: 60, 132, 308, 383, 386, 398; V: 31, 40, 70, 105, 119, 120, 264, 299, 300, 301, 307, 310,

- 312, 325, 326; VI: 7, 68; VII: 308, 315, 350.
- Messer, Augusto, VII: 394.
- Messonier, Enrique, VII: 266, 269, 272, 278, 279, 284, 286, 290, 293; VIII: 44.
- Measureur, X: 158.
- Metastasio, Pietro T., III: 378.
- Metcalf, Eliab, III: 376.
- Metchnikoff, X: 152.
- Mexía de Trillo, Pedro, I: 89, 214, 215, 281.
- Meza, VII: 338.
- Meza, Ramón, VII: 317, 318, 333; VIII: 45.
- Meza y Suárez Inclán, Ramón, VII: 337.
- Miahle, VI: 297; VII: 326.
- Miahle, Federico, IV: 396; X: 226.
- Miari Bizarri, Alfonso, VII: 448, 468.
- Mickewitz, Adán, VII: 323.
- Mickel, Louise, VII: 367.
- Michelena, Guillermo, IV: 404.
- Michalet, IV: 378; VII: 347.
- Michelson, VII: 483.
- Miguel, Mariano, X: 200, 228.
- Mikusch, Gustavo, IX: 395.
- Milanés, III: 360; IV: 351, 352, 355, 359, 371, 372; VII: 352; X: 113, 309.
- Milanés, Federico, IV: 322.
- Milanés, Jácome, I: 350.
- Milanés, José Jacinto, III: 361; IV: 354.
- Milanés Tamayo, Luis A., VIII: 303.
- Milanés del Bosch, VI: 20.
- Miles, VI: 427, 432, 433, 434, 438, 444, 448.
- Miles, Nelson, VI: 429, 433, 450.
- Miles, Nelson A., VI: 253; VII: 47.
- Miley, VI: 445.
- Miltón, X: 108.
- Mill, Stewart, IX: 277.
- Millán, José Agustín, IV: 373.
- Millares de López del Castillo, Caridad, VII: 444.
- Millás, Carlos, X: 169.
- Miller, Francisco de Paula, VII: 284.
- Miller, Gabriel, VI: 109; VII: 360; X: 152.
- Millevoeye, III: 364; IV: 356.
- Mills, VI: 414.
- Minín Bacardí, X: 239.
- Mimó Abalo, VII: 417.
- Mimó, Claudio, VII: 408, 409; X: 166.
- Minneman, IX: 309.
- Miquel y Merino, Pablo, X: 166.
- Mir, X: 193.
- Mira, Policarpo, VII: 269.
- Mirabal, Fermín, VII: 481.
- Miralla, III: 360, 363.
- Miralla, José A., III: 143.
- Miralla, José Antonio, III: 359.
- Miralla, Manuel de, II: 249.
- Miralles, Juan de, II: 82.
- Miranda, III: 13, 19, 21, 22, 23, 35, 129.
- Miranda, Augusto V., VIII: 177.
- Miranda del Pozo, Claudio E., VIII: 185.
- Miranda y Mola, Federico de, VIII: 70.
- Miranda, Francisco de, II: 85, 295, 296; III: 110, 128.
- Miranda, Ignacio, VI: 373.
- Miranda, Laureano José, IV: 327.
- Miranda, Luis Rodolfo, V: 263; VI: 236, 242, 250, 323, 332.
- Miranda y Caballero, Juan de, IV: 114.
- Miranda, Ramón Luis, VII: 371.
- Miró, VI: 292, 309; VII: 450; VIII: 391.
- Miró Barnet, Arturo, VIII: 73.
- Miró, José, VI: 197, 243, 256.
- Miró Argenter, José, VI: 188, 244; VII: 49, 355, 370; X: 44.
- Miró, Juan, VII: 467.
- Mistral, Gabriela, VII: 376.
- Mitchell, X: 151.
- Mitchell, José Miguel, IV: 70.
- Mitjans, VII: 352.
- Mitjans, Aurelio, I: 368; II: 298, 325; III: 391, 393, 394; IV: 364, 418; VII: 317, 332, 350, 351, 369, 376.
- Mitre, VII: 341.
- Miyares, II: 322.
- Miyares Hierrezuelo, Carlos, VII: 478.
- Miyares, Manuel, VII: 478.
- Miyares, Pedro Manuel, II: 322.
- Miyares Tesarruza, Pedro, II: 322.
- Moctezuma, I: 153, 155, 156.
- Modet, V: 47, 49, 50.
- Moesser, Leopoldo, VII: 480.
- Moinelo, Pastor, VII: 373.
- Mojena, Raimundo, X: 254.
- Mojica, Francisco de, I: 349.
- Mola, V: 148, 212, 213; VI: 361.
- Mola, E. V: 215.
- Mola, Enrique, V: 245, 250; VI: 100.
- Molas, Francisco A. de, IV: 403.
- Moleón, X: 170.
- Moleón, Antonio María, X: 171.
- Moleón, Severo, VIII: 43.
- Molière, III: 366; VII: 346.
- Molina, VI: 309.
- Molina, Joaquín, X: 287, 293.
- Molina Ramos, Joaquín, VII: 443.
- Molina Torres, José, VII: 473.
- Molina, Manuel, IV: 66.
- Molinet, Eugenio, VIII: 26; IX: 38.
- Molinet Amorós, Eugenio, VI: 245; VIII: 70.
- Mombards, I: 196.
- Mompó, Antonio, X: 293.
- Monagas, Sebastián, VII: 284.
- Monarca, el, II: 227.
- Moncada, VI: 190.
- Moncada, Guillermo, V: 111, 135, 147, 152, 189, 333, 340, 343, 370; VI: 189, 261, 271, 309.
- Moncada, Guillermon, VI: 52.
- Moncayo, Francisco, V: 354.
- Moncayo, Tomás, V: 298.
- Money, Hernand, VI: 419.
- Monroe, III: 15, 23, 41, 42; VIII: 208, 214, 218, 221.

- Monroe, James, III: 141; VI: 383.
 Montagú, Guillermo de, VII: 448; VIII: 378, 389.
 Montagú y Vivero, Guillermo de, VIII: 188.
 Montagú y Carecabe, Juan de, VII: 448.
 Montalbán, X: 283.
 Montalbán, Desiderio, VII: 458.
 Montalván, José María, VII: 458.
 Montalván, Raimundo, María, VII: 458.
 Montalván Raimundo, VII: 459.
 Montalván, Teodosio, VII: 155.
 Montalvo, I: 288, 340; VII: 352, 353; VIII: 21, 27, 32.
 Montalvo, Gabriel de, I: 97, 143.
 Montalvo, José Rafael, VII: 367.
 Montalvo y Castilla, Juan, III: 150, 236; IV: 292.
 Montalvo, Lorenzo de, II: 228.
 Montalvo, Rafael, VIII: 18, 24; IX: 107.
 Montané, Luis, I: 4, 71; VII: 317, 399, 410, 411.
 Montané y Dardé, Luis, X: 182.
 Montano, José María, III: 130.
 Montañó Blázquez, Juan, I: 107.
 Montaos, Francisco, VI: 10.
 Monte, del, III: 85, 88, 164, 290, 292, 360, 362, 363; IV: 72, 73, 74, 107, 189, 349, 361, 379, 385, 407; VII: 360; IX: 6; X: 40.
 Monte, Casimiro del, VII: 318, 320.
 Monte, Domingo del, III: 77, 90, 149, 246, 294, 295, 300, 349, 359, 360, 361, 362, 385, IV: 8, 59, 66, 70, 72, 80, 98, 105, 140, 288, 354, 375, 376, 398, 400, 406, 418; V: 42; VI: 7, 74; VII: 326, 430; X: 308.
 Monte, F. del, IV: 260.
 Monte, Juan Antonio, III: 325.
 Monte, Laureano del, VII: 334.
 Monte, Manuel del, VII: 442.
 Monte, Mario del, VII: 370.
 Monte, Raúl del, VII: 334.
 Monte, Ricardo del, IV: 386; VI: 79, 109, 114; VII: 313, 314, 316, 320, 326, 359, 375; IX: 5, 22.
 Monteagudo, VI: 242, 360, 361; VII: 79, 80, 89; VIII: 23.
 Monteagudo, José de Jesús, VI: 353, 355; VII: 26, 51, 73, 122, 140; VIII: 22, 288, 314; IX: 93, 291.
 Montejo, Mauricio, VI: 190.
 Montelo, marqués de, IV: 75; VI: 7.
 Montemar, VI: 9.
 Montenegro, Carlos, X: 34.
 Monterde, Manuel de, IV: 402.
 Montero, VIII: 288.
 Montero Ríos, Eugenio, VI: 455.
 Montero Ríos, Francisco, III: 379.
 Montero y Broñ, José Ramón, VIII: 70.
 Montero y Bernal, Mónico, VIII: 70.
 Monteros, Ana, IV: 303.
 Montes, J., VII: 320.
 Montes de Oca, Alvaro, III: 356.
 Montes de Oca, Felipe, VI: 187.
 Montesinos, Antón, I: 213.
 Montesquieu, II: 128.
 Montiel, Juan, I: 324.
 Montolieu, E. I., X: 187.
 Montori, A., X: 145.
 Montori, Arturo, II: 325; III: 386; X: 31, 142.
 Montoro, VI: 33, 40, 41, 45, 49, 50, 65, 91, 99, 109; VII: 206, 238, 282, 317, 318, 320, 321, 353, 362, 363; IX: 24, 25, 26, 27, 29, 30, 234, 244, 253.
 Montoro, Octavio, X: 160.
 Montoro, Rafael, III: 391, 394; IV: 411, 418; VI: 34, 39, 67, 87, 96, 103, 106, 110, 114, 459; VII: 215, 235, 237, 277, 281, 316, 326, 344, 351, 367, 376; VIII: 35, 36, 42, 52, 198, 268; IX: 5, 22, 23, 28, 37, 113, 121, 134, 229, 282; X: 39, 47.
 Montpensier, duque de, III: 13, 329.
 Monzón, VI: 299, 300.
 Monzón, Juan, VI: 292.
 Moñino y Redondo, José, II: 296.
 Moore, VII: 327.
 Moore, David R., VI: 463; VIII: 96.
 Moore, Thomas, III: 365; IV: 365.
 Mopox y Jaruco, conde de, III: 11, 242; IV: 163.
 Mora, VI: 9.
 Mora Federico, VII: 19, 36, 54.
 Mora, Flora, X: 291.
 Mora, Gastón, X: 48, 49.
 Mora Varona, Gastón, VII: 361.
 Mora, Ignacio, V: 59, 72, 84, 149, 155, 156, 307, 326; VII: 314.
 Morales, I: 63; III: 122; V: 123; X: 297.
 Morales, Alfredo Martín, VII: 360, 370.
 Morales, Andrés de, I: 50.
 Morales, Francisco de, I: 62, 65, 138.
 Morales, Francisco Tomás, IV: 75.
 Morales, Gustavo, VII: 446.
 Morales Ubeda, Gustavo, VII: 445; X: 296.
 Morales Lemus, José, IV: 30, 39, 46, 56, 287, 386; V: 31, 40, 84, 272, 275; VI: 74; VII: 254; VIII: 191.
 Morales Coello, Julio, V: 263; VI: 332.
 Morales Lemus, III: 323; IV: 131, 132, 133, 289; V: 42, 43, 58, 69, 70, 117, 119, 264, 274, 276, 277, 278, 279, 291, 294, 299, 311; VI: 17, 76; VII: 307, 340, 341.
 Morales, Nicolás, III: 119, 120, 121.
 Morales Patiño, Oswaldo, I: 71; X: 182.
 Morales, Pedro de, I: 107.
 Morales, Pedro Nicolás, II: 11.
 Morales, Perico, VII: 459.
 Morales, Rafael, V: 99, 100, 106; VII: 305, 314, 374, 376.
 Morales y González, Rafael, V: 21, 28, 54, 56, 73, 81, 82, 122, 264; VII: 350.
 Morales, Sebastián A., VII: 409.
 Morales, Sebastián Alfredo de, IV: 400; VII: 411.

- Morales, Vidal, IV: 106, 114, 135, 136, 137, 140, 142, 294; V: 263, 264, 358, 359, 372; VII: 314, 316, 318, 319, 320; VIII: 243; IX: 16; X: 43, 46, 182.
- Morales y Morales, Vidal, III: 105; IV: 59, 60, 71, 141, 380, 381; VII: 350, 376.
- Moratin, III: 355.
- Moratin (hijo), III: 365.
- Mordent (seudónimo), VII: 475.
- Moré, VI: 95.
- Moré, José Eugenio, VI: 84.
- Moré, Juan B., VIII: 391.
- Moré y Benítez, Juan Bautista, VIII: 183.
- Moré, Manuel, VII: 371.
- Moreau, VII: 330.
- Moreau Gottschalk, Luis, IV: 391.
- Moreau de Jones, IV: 73.
- Morejón y Gato, Antonio, II: 182, 278.
- Morejón, Salvador, VIII: 44.
- Morel, Regino, VII: 269.
- Morell, I: 62; II: 26, 313, 314, 315.
- Morell Romero, José, VIII: 177.
- Morell de Santa Cruz, II: 47, 126, 214, 302, 307; III: 366.
- Morell de Santa Cruz, Pedro Agustín, I: 73, 202, 350, 354, 368; II: 16, 25, 33, 45, 65, 286, 298, 312.
- Morelli, Hércules, IV: 396, 397.
- Moreno, VI: 42.
- Moreno, Abelardo, X: 179.
- Moreno y Bonilla, Abelardo, X: 178.
- Moreno de la Torre, Andrés, VI: 248, 345, 349, 396.
- Moreno, Francisco, VII: 358.
- Moreno, Gustavo, VIII: 177.
- Moreno, Luciano, V: 252.
- Moreno de la Torre, VI: 347, 395, 398.
- Moret, V: 130, 132, 300, 301, 305, 308, 310; VI: 15, 44, 85, 89, 106; VII: 179, 233; IX: 24.
- Moret, Segismundo, V: 131, 299, 304; VI: 19, 60, 61, 105.
- Moret y Prendergast, Segismundo, V: 308.
- Moreto, II: 311; III: 365.
- Moreyra, Aurelio, VI: 190.
- Morgan, I: 355; II: 165; IV: 372; VIII: 30; IX: 228, 343.
- Morgan, Henry John, I: 195, 196.
- Morgan, John, VII: 13.
- Morillas, Pedro José, IV: 106.
- Morillo, III: 46.
- Morison, I: 44, 61.
- Morison, Samuel Eliot, I: 40, 41, 71, 72.
- Morison, S. E., V: 263; VI: 463.
- Morlón, Jorge, X: 186.
- Morón, Alonso, I: 360.
- Morón, Pedro de, I: 85.
- Morote, Luis, VIII: 289.
- Mortera, conde la, VI: 51, 95.
- Morúa, VII: 79, 80, 81, 82, 87, 89, 95, 98, 100, 109, 124, 127; VIII: 49; IX: 105.
- Morúa Delgado, VII: 317, 366; VIII: 28; X: 202.
- Morúa Delgado, Martín, V: 358; VII: 73, 75, 122, 127, 140, 338, 360; VIII: 26, 27, 43, 44, 285, 286, 293; IX: 93.
- Morrison Commager, VIII: 96.
- Mosimelo (seudónimo), V: 338.
- Mosquera, Juan, I: 304.
- Mota, VIII: 262.
- Mottey, VII: 341.
- Moya, Bernardo de, II: 25.
- Moya Portuondo, Juan de, VII: 483.
- Moya, Mariano, III: 385.
- Moyano, Carlos, VII: 272.
- Mozart, III: 379; IV: 394; VII: 462, 482.
- Mozo de la Torre, Francisco, II: 88, 296; III: 265.
- Mozo Viejo, V: 225.
- Muesa, Miguel de, II: 66.
- Mujal, VIII: 151, 158.
- Mujica, Domingo, VII: 369.
- Mulkay, José, VIII: 67.
- Muller, Julius, W., V: 325, 326.
- Mullor, Agustín, X: 270.
- Mummé, Juan, IV: 39.
- Mungo, José Prudencio, VII: 454.
- Munibe, Andrés, I: 108.
- Muñiz, Aurelio, VII: 265.
- Muñiz, Francisco, VII: 265.
- Muñoz, I: 300; IV: 387.
- Muñoz Ginarte, Benjamín, VIII: 185.
- Muñoz, Catalina, IV: 303.
- Muñoz del Monte, Francisco, III: 362; IV: 8, 65.
- Muñoz Rubalcava, Francisco, V: 15.
- Muñoz Silverio, Francisco, X: 171.
- Muñoz, Joaquín, IV: 387.
- Muñoz, Juan, I: 138.
- Muñoz de Quevedo, María, X: 294.
- Muñoz de Sepúlveda, Pedro, VII: 282.
- Muñoz, Víctor, IX: 228, 229.
- Mur, VII: 438.
- Murguía y Mena, Manuel de, I: 108, 151.
- Muro y Salazar, Salvador de, III: 124.
- Muros, marqués de, VII: 215.
- Murphy, X: 164.
- Murphy, Juan, III: 207.
- Murska, Ilma di, VII: 449.
- Musiani, IV: 314.
- Mustelier, Luis A., VII: 368.
- Mursset, IV: 350; VII: 340.
- Mutton, George M., VII: 16.
- Muxó, Alejandro, VII: 408.
- Muxó, Pablo, VII: 324.
- Myrdal, IX: 43, 44, 52, 85, 213, 214, 282.
- Myrdal, Gunnar, IX: 58.

Mc

Mc Bain, Harold L., VIII: 132.
 Mc Cullough, George, VII: 16.
 Mac Dowell, Eddie, VII: 442.
 Mac Farland, Peter (seudónimo), VI: 148.
 Mac Gibbons, VI: 446.
 Mc Kinley, VI: 34, 62, 250, 252, 356, 359, 399, 401, 402, 410, 411, 413, 414, 415, 421, 424, 425, 427, 429, 432, 449, 451, 452; VII: 6, 10, 11, 12, 13, 15, 17, 18, 22, 24, 30, 31, 41, 43, 44, 47, 52, 65, 67, 105, 107, 109, 113,

167, 173, 204, 210, 211, 213, 214, 216, 217, 235, 236, 239, 280, 289, 405; VIII: 202, 204, 206, 207, 310; IX: 20, 71, 241, 242, 312, 328, 329.
 Mc Kinley, William, I: IX, XI; VI: 245, 355, 398, 418, 419; VII: 37, 212, 243; VIII: 254, 255.
 Mac Kullogh, IX: 291.
 Mac Lachlan, Jean O., II: 233, 279.
 Mac Lean, Wilson, VII: 387.
 Macpherson, II: 235.

N

Nacito, Ramiro (seudónimo), III: 355.
 Nakens, José, VII: 270.
 Nanson, Victoria, X: 213.
 Napoleón, III: 15, 16, 18, 22, 34, 44, 48, 127, 132, 188, 216, 217, 221, 258; V: 146.
 Napoleón III, V: 303.
 Napoleón el Grande, VIII: 15.
 Napoleón el Pequeño, VIII: 15.
 Napoleón, Luis, V: 20.
 Nápoles Fajardo, Juan Cristóbal, IV: 370, 371.
 Naranjo, VI: 294.
 Naranjo, Telmo, X: 181.
 Naraya, IV: 369.
 Narváez, I: 22, 38, 63, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 153, 157, 212, 225, 230; II: 313; IV: 122; VI: 12; VII: 63.
 Narváez, Panfilo de, I: 62, 66, 68, 84, 116, 117, 155, 156, 360.
 Nassau, Mauricio de, I: 184.
 Nau, Jean David o Nau, Francis (El Olonés), I: 196.
 Nava, Mariana, I: 364.
 Navalón, VII: 450.
 Navarra, Blanca de, IV: 372.
 Navarrete, Carlos, VII: 320.
 Navarro, II: 82, 83, 131, 246.
 Navarro García de Valladares, Diego José, II: 81, 84, 219, 259.
 Navarro, Ernesto, X: 245, 246.
 Navarro, Joaquín, VII: 320.
 Navarro Riera, Joaquín, VII: 372.
 Navarro y Villar, Rafael, VII: 482.
 Navarro Ely, Ricardo, VIII: 70.
 Navia Castrillón, II: 195, 261.
 Naya, Casimiro, VIII: 23, 44, 288.
 Nazario Mirto (seudónimo), III: 355.
 Nebrija, II: 303.
 Necker, X: 158.
 Neely, Charles W. P., VII: 68.
 Negley, James S., V: 298.
 Negra, Ramón, VI: 289.
 Negreira, Romualdo, VII: 286.
 Nertels, Curtis P., II: 278.

Netto, Roberto A., VIII: 239.
 Newcastle, duque de, II: 43, 47, 51.
 Neyra, Alejandro, VII: 141.
 Nicuesa, Diego de, I: 54.
 Nichols, Roy F., III: 105.
 Nicholson, VII: 410.
 Nieto González, Juan, VI: 307.
 Nin, Joaquín, VII: 456.
 Nin Castellanos, Joaquín, X: 293.
 Nitti, IX: 223.
 Nocedal, Cándido, IV: 56.
 Noda, III, 174; IV: 160.
 Noda, Tranquilino Sandalio de, III: 173, 267, 284, 370; V: 22.
 Nodarse, VI: 460.
 Nodarse, Alberto, VI: 241, 243; VII: 141; VIII: 26, 43.
 Nodarse, Orencio, VI: 337, 338; VII: 16.
 Nodarse Bacallao, Orencio, VI: 198.
 Noel, M. S., II: 325; IV: 418.
 Nogueira, Andrés, X: 229.
 Noguera, Emilio, V: 199.
 Noriega, Isidoro, VI: 267.
 Noriega, José, II: 323.
 Norman, VI: 443.
 Novas Calvo, Lino, X: 34.
 Núñez, VI: 219, 246, 327, 328, 361; VII: 79, 80, 82, 87, 88, 98, 100, 101, 102, 107; IX: 343.
 Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, I: 156, 157, 204.
 Núñez Olano, Andrés, X: 19.
 Núñez, Antonio, VI: 213, 221, 233, 235.
 Núñez de Arce, IV: 351; VII: 322, 323, 325, 367.
 Núñez, Eduardo, VIII: 391.
 Núñez y Núñez, Eduardo Rafael, VIII: 188.
 Núñez, Emilio, V: 262, 335, 349, 355, 359, 364; VI: 239, 250, 285, 301, 305, 308, 310, 312, 313, 314, 316, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 330, 353,

- 360, 361, 444; VII: 16, 26, 73, 132, 133, 147; VIII: 17, 27, 52, 54, 275, 289; IX: 291.
 Núñez Portuondo, Emilio, VIII: 70, 145, 147, 180, 181.
 Núñez, Emiliano, IV: 404.
 Núñez, Enrique, VI: 353; VIII: 53, 304.
 Núñez, Gonzalo, VII: 442.
 Núñez, Indalecio, VI: 327.
 Núñez, José Manuel, VI: 323; VII: 141.
 Núñez de Toledo, Marcos, I: 100.
 Núñez, Nicolás, X: 283.
 Núñez Portuondo, VIII: 71, 158.
 Núñez Portuondo, Ricardo, VIII: 92; X: 160.
 Núñez de Balboa, Vasco, I: 54.
 Núñez, Vicente, VI: 213, 235.

Ñ

- "Ñico Saquito" (mote), X: 284.

O

- Oberto, Ildefonso, VI: 94.
 Obispo, el, I: 179, 180; II: 9, 18.
 Obispo de Cuba, II: 302.
 O'Bourke, Juan, IV: 125.
 O'Brien, VI: 321.
 O'Brien, John, VI: 308.
 O'Brien, Johnny, VI: 290, 319.
 Ocampo, I: 49, 52, 66, 68.
 Ocampo, Sebastián de, I: 50, 51, 64.
 O'Connell, Marjorie, X: 183.
 Ochoa de la Vega, Diego, I: 256, 257, 312.
 Ochoa, José María, VII: 434.
 Ochoa, María de la Soledad, IV: 303.
 Ochoa, Pascual de, I: 360.
 Odoard Gran Pré, José Hipólito, IV: 326.
 Odón de Buen, VII: 270.
 Odoniel Melena (seudónimo), V: 334.
 O'Donnell, II: 368; IV: 12, 13, 15, 40, 122, 179, 188; VI: 17.
 O'Donnell, Leopoldo, IV: 11, 77, 123; X: 263.
 O'Farrill, II: 155; III: 201, 202; VIII: 28.
 O'Farrill, José Francisco, IV: 132.
 O'Farrill, José Ricardo, III: 265, 266; IV: 186; VI: 11, 12.
 O'Farrill, Juan, III: 56, 236.
 O'Farrill, Juan Francisco, VI: 374; VII: 63; VIII: 24; IX: 107.
 O'Farrill y Chapottin, Juan Francisco, VIII: 18, 27.
 O'Farrill, Juan Manuel, III: 265.
 O'Farrill, Juan Ramón, VII: 16; VIII: 12, 19, 27.
 O'Farrill, María Luisa, III: 377.
 O'Farrill, Rafael, III: 265.
 O'Farrill, Ramón, VII: 461.
 O'Gaban, III: 368, 377, 388.
 O'Gaban, Juan Bernardo, III: 128, 148, 383.
 O'Gaban y Guerra, Juan Bernardo, III: 369.
 O'Gavan, III: 100, 101.
 O'Gavan, Juan Bernardo, III: 99.
 Ojeda, Alonso de, I: 49, 53, 67.
 Ojeda, Eugenio, VII: 438.
 Ojeda, Juan de, I: 167.
 O'Kelly, V: 166.
 O'Kelly, James, V: 165, 168, 263.
 Olañeta, José Antonio, IV: 7.
 Olcott, Charles S., VII: 243.
 Oliva, Antonio, IV: 404.
 Oliva Michelena, José, X: 242.
 Oliván, Alejandro, III: 204, 267; VI: 74.
 Olivares, II: 13.
 Olivares, conde-duque de, I: 106, 132, 186, 187, 191.
 Olivares, (maese), II: 320.
 Olivares, Salvador de, II: 12.
 Olivella, J. III: 359.
 Olivella y Sala, Juan, III: 371.
 Oliver, VI: 212.
 Oliver Labra, Carilda, X: 24.
 Olivera, X: 199.
 Olivera, Eugenio, X: 201.
 Olivos, Blas de los, II: 58.
 Olmedo, VII: 341.
 Olney, VI: 59.
 Olney, Richard, VII: 43.
 Olonés, El (Francis Nau), I: 196, 197.
 Olózaga, VI: 10.
 Oms, Panchón, VII: 460.
 Ondina, Juan Roberto, X: 276.
 Oñate, José Tomás, VII: 408.
 Orange, casa de, I: 325.
 Orange, príncipe de, I: 296.
 Orbón, X: 291.
 Ordaz, Diego de, I: 57.
 Ordaz, Pedro de, I: 115, 274.
 O'Reilly, II: 55; III: 377.
 O'Reilly, Alejandro, II: 54, 60, 65.
 O'Reilly, conde de, III: 329.
 Orellana, Francisco J., V: 325.
 Orgaz, Francisco de Paula, IV: 354, 370.
 Orleans, duque de, III: 13.
 Orleans, Luis Felipe de, III: 329; IV: 15; V: 19.
 Oro, Alfredo, X: 314.
 Oro, Joaquín de, V: 40.

Oropesa, V: 360.
 Oropesa, Antonio, II: 301.
 Oropesa, Cornelio, José, V: 359.
 Oropesa y del Sol, Salvador, VIII: 70.
 Orozco, Anastasio, III: 164.
 Orozco, Mateo, V: 127.
 Orta, Ginez de, I: 312.
 Ortega, Domingo, IV: 303.
 Ortega y Gasset, IV: 352; VIII: 329, X: 3, 39.
 Ortega, Manuel, IV: 39.
 Ortega y Díaz, Marcos, VIII: 188.
 Ortega, Mariano, VII: 453; X: 287.
 Ortega, Pablo, X: 187.
 Orth, Godlove S., V: 296.
 Ortiz, I: 359, 360; III: 303, 305, 307, 309, 311.
 Ortiz, Bartolomé, I: 93, 365.
 Ortiz, Fernando, I: 12, 71, 201, 368; II: 277, 278; III: 293, 294, 295, 301, 310, 349, 366; IV: 141, 291, 292, 293, 316, 345, 415, 418; VII: 243; VIII: 57, 184; X: 41, 48.

Ortiz de Leyta, José, IV: 7.
 Ortiz de Matienzo, Juan, I: 86.
 Ortiz Cano, Julio, X: 156.
 Ortiz Casanova, Octavio, VIII: 188.
 Ortiz de Pinedo, VI: 9.
 Ortiz, Ramiro, X: 238.
 Ortuño Ramírez, José, II: 210.
 O'Ryan, V: 184.
 Orrego Vicuña, Eugenio, IV: 142.
 Osés, Blas, III: 100, 359.
 Osgood, I: 6, 11, 72.
 Osorio, Francisco, I: 118.
 Osorio, Juan Francisco, V: 107, 178.
 Ospina, Mariano, IV: 405.
 O'Sullivan, John, IV: 79.
 Osuna, VII: 420.
 Osuna, Bartolomé de, I: 146.
 Ossa, J. A. de la, III: 370.
 Ossian, III: 364.
 Otero, Rafael, IV: 374.
 Otro (seudónimo), IV: 375.
 Ovando, Nicolás de, I: 49, 50, 51, 56, 218.
 Oviedo, (Fernández de Oviedo), II: 313.

P

P. Niño, (seudónimo), VII: 317.
 Pacheco, V: 258.
 Pacheco, José Rosario, VII: 454.
 Pacheco, Juan Luis, V: 330.
 Pacheco, Víctor, VII: 469.
 Padilla, Camilo, IV: 303.
 Padilla, Marcos, VI: 198, 337.
 Padilla, María de, IV: 372.
 Padín, Juana, IV: 303.
 Padró, VI: 347.
 Padró Griñán, Tomás, V: 341; VI: 248, 344, 345; VIII: 26.
 Padrón y Hernández, Claudio, J., VIII: 186.
 Páez, III: 141; X: 170.
 Páez, José Antonio, V: 298.
 Pagés, Héctor, VIII: 178.
 Pagliery, José, VIII: 44.
 Pagliuchi, VI: 318.
 Pagliuchi, Francisco, VI: 325.
 Pagliuchi y Guerra, Francisco, VI: 323.
 Paguerras, III: 377.
 Palacio, Miguel, V: 189.
 Palacio y de la Torre, Rogelio G., VII: 434.
 Palacios, Diego, VI: 198.
 Palacios, José C., VI: 267.
 Palamella, conde de, III: 48.
 Palau, Felipe, VII: 470; X: 274.
 Palau, Josefa, VII: 468.
 Palau, Rafael, VII: 434, 440, 470, 474.
 Palencia, Tranquilino, VIII: 44.
 Palma, II: 306; IV: 385, 410; VII: 311; VIII: 28.
 Palma, Agustín de, IV: 385.
 Palma, Candelaria, VI: 317.

Palma, Eligio, VI: 131.
 Palma, J. de, VII: 308.
 Palma, José Joaquín, VI: 378, 390; VII: 309, 314, 316.
 Palma, Juan Leandro de, II: 30.
 Palma, Néstor, VII: 457.
 Palma, R. de, IV: 417.
 Palma, Ramón de, II: 324, 325; III: 360, 361; IV: 75, 105, 107, 112, 114, 141, 351, 354, 361, 371, 383, 386, 393.
 Palma, Ricardo, X: 32.
 Palmer, William, X: 180.
 Palmerston, Lord, IV: 66, 67, 68, 74, 77.
 Palomino, Salvador, VII: 450.
 Pancani, IV: 314.
 Panchito (el hijo de Gómez), V: 214.
 Panchito, VI: 242, 245.
 Pancho Majagua, X: 283.
 Pando, Ana S., V: 349.
 Pando, José, VII: 265.
 Panizza, Giuseppe, VII: 448.
 Papa, el, I: 147, 148, 167.
 Parada, Andrés de, I: 118.
 Parada, Francisco de, I: 94, 159, 179, 249, 280, 332.
 Paradas, I: 231.
 Paradas, Francisco, III: 381.
 Parajón, S. M., I: 40, 72.
 Parapar, X: 283.
 Parapar, Gustavo, VII: 439.
 Pardo Jiménez, Angel, VIII: 178.
 Pardo Suárez, Antonio, VIII: 44.
 Pardo Bazán, VII: 351.
 Pardo y Horta, Constantino, VII: 408.

- Pardo Pimentel, Nicolás, IV: 375.
 Pardo Osorio, Sancho, I: 97.
 Pardo Castelló, Vicente, X: 162.
 Paredes, Benito, X: 242.
 Parejo, IV: 335.
 Parejos, IV: 8.
 Parera, B., VII: 264.
 Pares, Richard, II: 230, 279.
 París, Juan, III: 379; VII: 479.
 Parker, IV: 68.
 Parker, Foxhall A., IV: 96.
 Parra, Antonio, II: 323.
 Parra, Antonio de la, X: 223, 225.
 Parra, Fernando de, I: 343.
 Parra, Hernando de la, I: 349, 360.
 Párraga, VI: 358, 361; VII: 25; VIII: 129, 135.
 Párraga, Carlos I., VI: 353, 357; VII: 23, 140; VIII: 21, 34.
 Párraga, Carlos J., VIII: 14.
 Párraga, E., IX: 93.
 Párraga, J. M., V: 369.
 Parreño, José Julián, II: 307, 316.
 Parry Brown, A. I., X: 164.
 Pasamonte, I: 56.
 Pasamonte, Miguel de, I: 55, 83.
 Pasaron y Lastra, IV: 271, 273.
 Pascual, J. M., VII: 316.
 Pasteur, VII: 398, 400.
 Pasteur-Vallery Radot, X: 158.
 Pastor, IV: 335.
 Pastor Landero, Luis, VI: 459.
 Pastor, Manuel, IV: 80.
 Pastor Díaz, Nicomedes, IV: 359.
 Pastor Marco, Rafael, X: 279.
 Patin, Augusto, VII: 452.
 Patiño, José, II: 201.
 Patrón, Juan, II: 267.
 Patti, Adelina, VII: 467, 479.
 Panckoucke, IV: 98.
 Paul, Andrien, VII: 425.
 Paul, Vicente de, VII: 367.
 Paula, X: 257.
 Pavía, VI: 23.
 Pavón, Miguel Antonio, III: 120.
 Payán, José, V: 28, 63; VI: 278, 295, 390.
 Payen, A., IV: 293.
 Payret, X: 264.
 Paz y Ascanio, Alejandro, II: 286.
 Paz, Andrés de, II: 4.
 Paz y Membiela, Pablo María, IV: 7.
 Paz, Pedro de, I: 93, 238, 275.
 Pazos, X: 311.
 Pazos, Felipe, III: 274; IV: 282; IX: 11.
 Pazos y Roque, Felipe, IX: 395.
 Pazos, José H., X: 156.
 Pazos y Caballero, José H., X: 178.
 Pearson Hobson, Richmond, VI: 442.
 Pedraza, Rafael O., VIII: 178.
 Pedregal, VI: 40, 55.
 Pedrell, VII: 472.
 Pedro, maese, I: 360.
 Pedroso, VII: 221.
 Pedroso, Carlos, VII: 318.
 Pedroso y Herrera, Francisco, IV: 331.
 Pedroso, Joaquín, VI: 187, 188.
 Pedroso, José de, II: 30.
 Pedroso, Mateo de, II: 40; II: 324.
 Pedroso, Paulina, VI: 265.
 Pedroso, Regino, X: 23.
 Pedroso, Ruperto, VI: 265.
 Peel, IV: 68.
 Pegudo, Carlos, V: 354.
 Peichler, Clemente, VII: 450.
 Peláez, V: 47, 49, 50.
 Peláez, Amelia, X: 210, 213.
 Peláez, Angel, VI: 126, 127, 128, 129, 181.
 Pellicer, X: 236.
 Pellico, Silvio, III: 380.
 Pellitero, Valentín, VII: 409.
 Penabad, Manuel R., VIII: 178.
 Penn, I: 323.
 Peña, VI: 224.
 Peña, Adolfo, VI: 267.
 Peña, Alberto, X: 210.
 Peña, Braulio, VI: 236, 238, 287, 295.
 Peña, Enrique, VII: 453.
 Peña y Torres, Leopoldo Germán, VIII: 70.
 Peña y Peña, Manuel de la, IV: 192, 337.
 Peña Plata, marqués de, VI: 106.
 Peñacerrada, Jacinto de, VI: 12.
 Peñalosa, Diego, II: 29.
 Peñalver, II: 56.
 Peñalver, conde de, IV: 331.
 Peñalver y Calvo, Gabriel, II: 267.
 Peñalver, José María, II: 302.
 Peñalver Angulo, Juan de, II: 107.
 Peñalver, Luis, II: 312; III: 265; X: 230.
 Peñalver y Angulo, Sebastián de, II: 46, 55, 294, 323.
 Peñalver, Sebastián José, III: 124.
 Peñañori, Angel, VII: 282.
 Peñes, Luis, VI: 303, 310.
 Peñaíta, X: 210.
 Peñuela, Rita María de la, VII: 425, 429.
 Peoli, VII: 417, 418; X: 195.
 Peoli, Jorge Juan, IV: 398.
 Peoli, Juan Jorge, III: 143; VII: 417.
 Pepe, V: 346.
 Pepé (seudónimo) IV: 105.
 Pepe Antonio, II: 43, 56, 127.
 Pepe el cubano (mote), X: 283.
 Pepe, Don, VII: 307.
 Pepe Luis, X: 283.
 Pepper, George Wharton, VIII: 246.
 Pequeño, Pedro Néstor, IV: 374.
 Peralta, I: 294, 306; V: 360.
 Peralta, Fernando de, IV: 114.
 Peralta, Gaspar de, I: 288, 291, 305.
 Peralta Revery, Pedro, V: 359.
 Peralta, Victor M., VIII: 38.
 Peraza, X: 96.

- Peraza, Fernan, VII: 376.
 Peraza, Fermín, VIII: 182; X: 46.
 Peraza, Francisco, VII: 141; VIII: 75.
 Perdomo Batista, Francisco, IV: 90.
 Pereda, I: 237, 317, 318.
 Pereda, Diego de, VIII: 183, 366.
 Pereda Gálvez, José, VIII: 44.
 Pereda, Manuel B., VI: 331.
 Perera, José, II: 319.
 Perevani, III: 380.
 Pérez, VI: 132.
 Pérez de Nava, Alvaro, I: 171.
 Pérez de Angulo, I: 116, 119, 161, 162, 219, 220.
 Pérez, Antonio, IV: 303.
 Pérez, Antonio Gonzalo, VIII: 43.
 Pérez Beato, I: 357; II: 305.
 Pérez Carbó, VI: 318, 329.
 Pérez, Celedonio, VII: 337.
 Pérez Sentenat, César, X: 293.
 Pérez, Cirilo, X: 81.
 Pérez de Cisneros, X: 193, 210, 216.
 Pérez de Cisneros, Guy, X: 198, 201, 208, 209, 218.
 Pérez Cubillas, IX: 10, 11, 217, 218.
 Pérez Diego, I: 158.
 Pérez Dolores, IV: 303.
 Pérez Somoza, Elpidio, X: 166.
 Pérez, Emma, III: 391, 394; IV: 416.
 Pérez Téllez, Emma, IV: 418.
 Pérez, Federico, VIII: 24.
 Pérez Carbó, Federico, VI: 225, 317, 320, 321, 322, 328; VII: 371.
 Pérez de Molina, Federico, IV: 403.
 Pérez Porta, Félix, VIII: 185.
 Pérez de Luna, Fernand, I: 44, 45, 47.
 Pérez, Francisco, VI: 232, 233.
 Pérez de la Riva, Francisco, II: 277, 278; III: 293, 294; IV: 291, 294.
 Pérez Zúñiga, Francisco, IV: 92.
 Pérez Galdós, VII: 354.
 Pérez, Gonzalo, VI: 353; VIII: 243, 287.
 Pérez André, Gonzalo, VIII: 43.
 Pérez de Angulo, Gonzalo, I: 94, 95, 160, 216, 274, 305; X: 252.
 Pérez Abreu, Gustavo, VII: 141.
 Pérez, Homobono, VII: 269.
 Pérez, Ignacio Belén, IV: 92, 125.
 Pérez Viguera, Ildefonso, X: 177.
 Pérez Martínez, Isidro, X: 166.
 Pérez de Acevedo, Javier, VIII: 185.
 Pérez, José, VI: 284.
 Pérez, José Aurelio, V: 244.
 Pérez, José de Jesús, V: 87, 111, 152, 154, 185, 199, 239.
 Pérez, J. M., III: 349.
 Pérez Cabrera, José Manuel, I: V, XVI, 72, 201, 204; II: V, 91, 298; III: V, 152, 349; IV: V, 140; V: V, 263, 265, 372; VI: 67, 256; VII: V, 69; VIII: V, 38; IX: 11, 16; X: 45, 145.
 Pérez Cubillas, José, VIII: 391.
 Pérez Cubillas, José M., IX: 395.
 Pérez Pascual, José M. VI: 164.
 Pérez, José Gregorio, II: 322.
 Pérez de la Riva, Juan, II: 90, 91.
 Pérez de Vargas, Juan, I: 348.
 Pérez, Julia, IV: 388.
 Pérez y Montes de Oca, Julia, VII: 319.
 Pérez, Leopoldo, VI: 236.
 Pérez Lobo, IX: 218.
 Pérez de Alaix, Lucas, II: 322.
 Pérez Rodríguez, Lucas, II: 322.
 Pérez, Luis Marino, II: 278; III: 105; V: 263; VIII: 264.
 Pérez, Luis M., IV: 141.
 Pérez, Luisa, IV: 388.
 Pérez y Montes de Oca, Luisa, VII: 319.
 Pérez de Zambrana, Luisa, VII: 318; X: 17.
 Pérez Beato, Manuel, I: 201, 204, 365, 368; II: 324, 325; VII: 319.
 Pérez, Manuel María, II: 321.
 Pérez y Ramírez, Manuel María, III: 359, 366.
 Pérez de Molina, Manuel, VI: 78, 109; VII: 320.
 Pérez, Nicolás, II: 89.
 Pérez, Pablo Luciano, VIII: 43.
 Pérez y Valdés, Pablo Luciano, VIII: 70.
 Pérez, Pancho, VI: 215.
 Pérez, Pastor, III: 378.
 Pérez, Pedro, VIII: 193.
 Pérez, Pedro A., VI: 189, 206, 211, 242, 244.
 Pérez Pérez, Pedro, VI: 325.
 Pérez Rivero, Pedro, VII: 40.
 Pérez, Periquito, VI: 192.
 Pérez, Rafael, VI: 337, 339, 340.
 Pérez González Muñoz, Rafael, VIII: 184.
 Pérez Lobo, Rafael, IX: 171.
 Pérez y Luna, Rafael, III: 293, 355.
 Pérez y Luna, Rafael Félix, I: 202, 203; II: 90; VII: 354.
 Pérez Morales, Rafael, VI: 198, 317.
 Pérez Trujillo, Ramón: V: 28, 54, 56, 172, 194, 203, 204, 225, 245, 250; VII: 306, 365.
 Pérez Vitier, Raúl, IX: 89, 171.
 Pérez de la Riva, II: 180; III: 159, 161, 173, 253.
 Pérez de los Reyes, Rodolfo, X: 81.
 Pérez Landa, Rufino, V: 263; VI: 256, 463.
 Pérez Castañeda, Tiburcio, VI: 463.
 Pereyra, Carlos, I: 48, 49, 72.
 Perim, Juliana, VII: 478.
 Perojo, VI: 41.
 Perojo, José del, VI: 32.
 Perovani, Giuseppe, III: 375.
 Pertierra, VI: 52.
 Pestalozzi, III: 369.
 Peterdi, Gabor, X: 231.
 Petersen, VIII: 329.
 Petinto, VI: 264.
 Petion, Alexandre, VI: 302.
 Peyrellade, VII: 470; X: 291.

- Peyrellade, Carlos Alfredo, VII: 469.
 Pez, Andrés de, II: 222.
 Pezuela, I: 49, 50, 53, 56, 272, 337, 339, 341; II: 193, 202, 249, 250, 257, 263, 269, 292, 295, 305, 315; III: 238, 341; IV: 26, 104, 110, 120, 152, 162, 166, 169, 173, 193, 209, 213, 217, 218, 225, 227, 232, 280, 283; VII: 205; IX: 254.
 Pezuela, Jacobo de la, I: 58, 72, 73, 201, 202, 203, 204, 328, 367; II: 90, 91, 134, 277, 279, 280, 296, 298, 324, 325; III: 105, 293, 294, 339, 349, 350, 393; IV: 59, 65, 140, 141, 274, 291, 292, 293, 294, 345, 382; V: 264; VI: 67.
 Pezuela, Juan de la, IV: 25, 119, 123.
 Pezuela, marqués de la, IV: 258, 341.
 Philleletes, Bernardo, III: 358.
 Philips, IV: 314; VI: 443.
 Pi y Margall, VI: 40, 55.
 Pi y Margall, Francisco, I: 72; VI: 67.
 Piccini, III: 378.
 Pichardo, Esteban, III: 233, 294, 349, 371; IV: 363; V: 22, 264; VII: 346.
 Pichardo y Tapia, Esteban, IV: 401.
 Pichardo Moya, Felipe, I: 72, 365, 368; X: 17.
 Pichardo, Hortensia, I: 58, 59, 73.
 Pichardo, José Antonio, VIII: 57.
 Pichardo, Juan Víctor, VII: 63.
 Pichardo, Manuel Serafín, VII: 318; X: 10.
 Pichardo de Garrick, Victoria, VII: 468.
 Pie de Palo, o Pata de Palo (pirata), I: 188, 191.
 Piedra, Carlos M., VIII: 391.
 Piedra y Piedra, Carlos M., VIII: 188.
 Piedra, Francisco Sixto, VII: 370.
 Piedra, José Andrés de, IV: 402.
 Piedra, Manuel, VI: 241, 243; VII: 69; VIII: 23.
 Piedra y Martell, Manuel, V: 264; VIII: 288.
 Piedra, Manuel J., IX: 92.
 Piedrahita, José, V: 338, 339.
 Pieltain, V: 160.
 Pieltain, Cándido, V: 159.
 Pierce, IV: 116, 119, 122, 127.
 Pierra, IV: 91.
 Pierra y Agüero, Adolfo, IV: 90.
 Pierra, Fidel G., V: 330; VIII: 43.
 Pilar, Nuestra Señora del, VII: 466.
 Pildain, Pablo, VII: 333.
 Pilotos, Ricardo, VI: 285.
 Pimentel, Nicolás, IV: 372.
 Pina, VI: 339.
 Pina, María Francisca, IV: 303.
 Pina, Rafaela, IV: 303.
 Pina, Rogelio, IX: 131, 134, 169, 171.
 Pina y Estrada, Rogelio, IX: 123, 133, 283.
 Pina, Severo, VI: 199, 293, 337, 342, 350.
 Pina Marín, Severo, VI: 198.
 Pinar del Río, marqués de, V: 41; VI: 103.
 Pinard, VIII: 298.
 Pinazo, X: 193.
 Pineda, Eduardo, VII: 272.
 Pinelo, León, II: 312.
 Pinelo de Rojas, Nicolás, IV: 126.
 Pino, Antonio del, V: 330.
 Pino, Arturo del, VIII: 75.
 Pino, Félix G., VIII: 186.
 Pino y Trujillo, Fernando José, VIII: 70.
 Pino, Zoila Rosa del, VII: 447.
 Pintó, IV: 121, 124, 125, 127, 410, 414; V: 6.
 Pinto Albiol, Angel César, VIII: 186.
 Pintó, Ramón, IV: 26, 120, 125, 126, 393; VI: 278, 284; VII: 450.
 Pinckertons, (detectives), VI: 281, 282.
 Piña, IV: 385.
 Piña, Francisco, IV: 303.
 Piña, Ramón, IV: 362, 371.
 Piña, Roque, IV: 303.
 Piñán de Villegas, Pedro, VI: 198, 337.
 Piñera, Virgilio, X: 23, 36.
 Piñeres, III: 44, 288.
 Piñeyro, VI: 83, 105, 427, 462; VII: 307, 340, 341, 346, 350, 353; X: 36, 39, 41.
 Piñeyro, Enrique, III: 393; IV: 354, 377, 388, 418; V: 21, 70, 263, 264, 291, 311, 322, 325; VI: 67, 79, 114, 420, 450, 463; VII: 306, 315, 317, 340, 344, 366, 375, 376; VIII: 191.
 Piñeiro, Francisco, VIII: 44.
 Piñó Arrúe, José, VIII: 44.
 Pirala, V: 107, 129, 161, 234; VII: 160.
 Pirala, Antonio, IV: 26, 59, 140, 142; V: 178, 179, 259, 261, 264, 265, 325, 326, 330, 370; VI: 256; VII: 242.
 Pirollo, VII: 440.
 Pisani, Estéfano, VIII: 391.
 Pita Rodríguez, Félix, X: 34.
 Pita, Santiago de, II: 309, 310, 311.
 Pitcher, VII: 36, 37.
 Pitt, II: 110; III: 22.
 Pitt, William, III: 111.
 Pittaluga, Gustavo, X: 213.
 Pittman, M. S., VII: 430.
 Pittman, Marvin S., X: 96, 145.
 Pizarro y Gardín, IV: 163.
 Pla, Eduardo F., X: 145.
 Plácido, II: 320; III: 361; IV: 352, 353, 355, 417; VI: 292; VII: 324, 332, 341, 344.
 Planas y Valladares, Conrado Eugenio, VIII: 70.
 Planas, Juan Manuel, X: 32.
 Planes, Tomás, VII: 482.
 Plasencia, Leonel, X: 156, 171, 177.
 Platón, VII: 347; IV: 9.
 Platt, VII: 105, 109, 111, 112, 114, 128, 134, 144; VIII: 32, 78, 84, 102, 141, 158, 194, 195, 198, 204, 205, 206, 207, 209, 217, 219, 220, 222, 226, 228, 229, 230, 231, 234, 235, 245, 246, 251, 253, 255, 257, 261, 263, 264, 269, 280, 282,

- 288, 295, 310, 315, 317, 319, 324, 333, 353, 356, 357, 359; IX: 273, 329, 402; X: 44, 51, 318.
- Platt, Orville, VII: 51, 106; VIII: 203.
- Platt, Thomas C., VIII: 264.
- Plauto, VII: 346.
- Plinio, I: 299.
- Plumb, VI: 17.
- Pocock, II: 42, 45, 112, 113, 114, 116, 117, 120, 121, 122, 123, 126, 292.
- Pocock, George, II: 110, 111.
- Poey, III: 104, 226, 377; IV: 379, 388, 400; VII: 410; X: 181.
- Poey, Andrés, IV: 385; VII: 408.
- Poey y Aguirre, Andrés, IV: 401.
- Poey, Felipe, III: 55, 274, 359, 361, 362, 370; IV: 365, 387, 388, 399, 415; VII: 316, 319, 399, 409, 410; X: 238.
- Poey, Juan, III: 247; IV: 155, 157, 196, 206, 284, 293; V: 41.
- Poey y Hernández, viuda de, III: 226.
- Pogolotti, IV: 403, 441.
- Poincaré, VIII: 258.
- Polacco, VIII: 391.
- Polanco, II: 322.
- Polavieja, V: 355, 356, 371; VI: 47, 49; VII: 236.
- Polavieja, Camilo, V: 255, 343, 370, 372; VI: 35, 46, 67, VII: 287.
- Polhamus, J. Nelson, VI: 302, 317.
- Polidoro (seudónimo), IV: 353.
- Polk, IV: 79, 80, 83.
- Polk, James K., IV: 74.
- Polo, Gerardo, V: 354.
- Polo de Bernabé, Luis, VI: 416.
- Polo, Marco, I: 39, 41, 44, 72.
- Pomares, José Felipe, IV: 303.
- Pomares, Trinidad, IV: 303.
- Pombo, Rafael, VII: 349.
- Pomeroy, Samuel C., V: 297.
- Pomier, Pedro A., V: 358.
- Pompez, José G., VI: 126, 128, 129.
- Ponce de León, X: 210.
- Ponce de León, Antonio, X: 182.
- Ponce de León y Aymé, Antonio, X: 173.
- Ponce de León, Fidelio, X: 214.
- Ponce, Manuel de J., VII: 364.
- Ponce de León, Néstor, I: 368; II: 326; IV: 387; VII: 313, 314, 354.
- Poncet, Carolina, I: 368.
- Pons, Juan, VII: 457.
- Pons, Miguel, IV: 404.
- Ponsdomenech, Elmo, R., X: 162.
- Ponte Domínguez, Francisco J. III: 393; V: 89, 264; X: 46.
- Ponvert, IX: 291.
- Ponvert, Hermenegildo, VIII: 44.
- Poo, José de, IV: 372.
- Pope, V: 237, 238.
- Porcallo, I: 115, 272, 274.
- Porcallo de Figueroa, Vasco, I: 86, 92, 114, 156, 162, 224, 231, 236, 249, 271, 273, 280, 350; III: 329, 381.
- Portela, VI: 360.
- Portela, Carlos, VIII: 185.
- Portela, Gerardo, VI: 353; VII: 26; IX: 93.
- Portela, Guillermo, VIII: 82, 177.
- Portela, Jacinto, VIII: 288.
- Portell Vilá, IV: 66, 75, 82, 85; VII: 10, 11, 14, 17, 21, 22, 34, 43, 51, 60, 66, 67, 228; IX: 12, 13, 16, 22, 330.
- Portell Vilá, Herminio, II: 91, 279; IV: 76, 77, 140, 142, 294; V: 89, 264, 325, 326; VI: 19, 68, 463; VII: 6, 69, 114, 243, 244; VIII: 38; IX: 10, 234, 394, 395; X: 45, 46.
- Porter, I: XII; VII: 18, 29, 42; IX: 247.
- Porter, Henry C., VII: 42.
- Porter, Robert P., I: XI; VI: 359, 360; VII: 13, 14, 41, 69.
- Portillo, IV: 126; V: 152, 188, 191.
- Portillo, Alfonso del, V: 233.
- Portillo, Lorenzo G. del, VII: 355.
- Portocarrero, II: 98.
- Portocarrero, Jesús, VIII: 178.
- Portocarrero, Renato, X: 216.
- Portocarrero, René, X: 217, 218.
- Portuondo, VI: 41, 339, 340, 341, 343, 347, 359, 360; VII: 79, 82, 87, 89, 93, 96, 107, 109; VIII: 71, 209; IX: 17, 234.
- Portuondo y Hardy, América, VIII: 70.
- Portuondo y Barceló, Antonio, VII: 408.
- Portuondo, Aurelio, VIII: 242; IX: 254, 260.
- Portuondo, Bernardo, VI: 109; VII: 215; IX: 22, 23.
- Portuondo Barceló, Bernardo, VII: 364.
- Portuondo, Fernando, I: 58, 59, 73; III: 152, 153; VII: 43, 53, 69, 300; IX: 241, 283; X: 45.
- Portuondo, Francisco, II: 322.
- Portuondo, J. A., VII: 427.
- Portuondo de Castro, José, VIII: 185.
- Portuondo, José Antonio, VII: 300, 412.
- Portuondo Estrada, Juan, VII: 411.
- Portuondo, Manuel, VI: 278.
- Portuondo Jústiz, Manuel, VI: 390.
- Portuondo, Rafael, VI: 199, 306, 309, 337, 338, 342, 350, 353, 355, VII: 75, 78, 108; VIII: 205.
- Portuondo, Rafael M., VI: 206, 371, 384, 389; VII: 15, 125, 128, 141; IX: 21.
- Portuondo Tamayo, Rafael, VI: 189, 197, 198, 239; VII: 366.
- Porrás, I: 360.
- Porraspita, Cecilia, VII: 312.
- Posadillo, IV: 126.
- Posse, Armando, X: 230.
- Posse, Luis G., VI: 317.
- Potts, Frisso, X: 163.
- Pouble, Cirilo, V: 349, 353, 358, 359.
- Poveda, III: 362; X: 12, 13, 15, 16.
- Poveda, Antonio, VII: 141.

- Poveda, Francisco, III: 361.
 Poveda, José Manuel, X: 12.
 Powell, John, I: 192.
 Power, Ramón, III: 46.
 Poyo, VI: 148.
 Poyo J. D., VI: 134.
 Poyo, José Dolores, V: 358, 366; VI: 125, 133, 144, 272, 276, 283, 294, 302, 390; VII: 290, 315.
 Pozo, Chano, VII: 445.
 Pozo, Justo Luis, VIII: 178.
 Pozos Dulces, IV: 132; VI: 76; VII: 360; X: 174.
 Pozos Dulces, conde de, III: 283, 361; IV: 30, 37, 39, 55, 56, 75, 76, 112, 114, 115, 127, 128, 157, 191, 219, 220, 280, 282, 283, 284, 287, 384, 386, 402; V: 22, 40, 41; VI: 7, 74; VII: 201, 314, 316, 350, 425.
 Prada, Francisco, I: 105.
 Prado, II: 42, 43, 114, 214, 229; V: 239; VII: 438.
 Prado Ameno, conde de, III: 377.
 Prado, del, IX: 245.
 Prado Portocarrero, Juan de, II: 37, 41, 55, 110, 113, 293.
 Prado, Laureano, VI: 325.
 Prado, Leoncio, V: 135, 152, 322, 330, 331, 335, 339; VI: 306.
 Prado, Mariano Ignacio, VI: 40.
 Prado, Néstor, V: 341.
 Prado Portocarrero, II: 112.
 Prado, Silverio del, V: 111, 256, 333, 340, 343, 353.
 Prados, Lorenzo de, II: 291.
 Pragy, IV: 94.
 Prampolini, Santiago, IV: 415; VII: 375.
 Prat Puig, X: 253, 254, 255, 256, 263.
 Prat Puig, Francisco, X: 252, 265.
 Prats, VI: 233.
 Prats, Jaime, VII: 440, 458.
 Prats, Rodrigo, VII: 440.
 Preca, Justo, III: 377.
 Prollezo, José M., V: 359.
 Prendergast, VI: 43.
 Prendes, Ramón, VII: 280.
 Presas, Manuel, VII: 409.
 Presas, Manuel J. IV: 400.
 Presno, X: 164.
 Presno, José Antonio, VII: 400; X: 181.
 Presno y Bastiony, José A., X: 159, 163.
 Preste Juan de las Indias, I: 44.
 Prieto, Feliciano, VII: 293.
 Prim, V: 30, 32, 33, 35, 36, 48, 55, 93, 130, 277, 280, 281, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 291, 293, 294, 299, 300, 301, 303, 304, 305, 308, 310, 325; VI: 16, 17, 18, 19, 28, 79, 82.
 Prim, Juan, IV: 33; V: 23, 273, 308.
 Primelles, León, VI: 405.
 Primelles Agramonte, León, VI: 190.
 Primelles, Oscar, VI: 292.
 Príncipe, el, II: 53, 56.
 Príncipes Serenísimos, I: 43.
 Prinsen Geerlings, H. G., IX: 395.
 Prío, VIII: 93.
 Prío Socarrás, Carlos, VIII: 92, 177, 180, 181, 183, 184.
 Prío Socarrás, VIII: 158.
 Proctor, Redfield, VI: 419.
 Prosser, William F., V: 297.
 Proveyer Carracedo, José, VIII: 184.
 Prudhom, Sully, VII: 367.
 Pruna Santa Cruz, Manuel, VII: 408.
 Puello, V: 96, 97, 98.
 Puente Duany, Nicolás, X: 161.
 Puertas, IV: 303.
 Puerto, Miguel del, I: 139.
 Puig, Antonio, VII: 372.
 Puig y de la Puente, Francisco, VII: 338.
 Pujals Puente, Santiago, VII: 482, 483.
 Pujol, Ignacio, IV: 338.
 Pulte, J. H., IV: 403.
 Puñer, Juan, VI: 439.
 Purísima Concepción, IV: 15.
 Purón y Secada, José Manuel, VIII: 70.
 Q
 Q. Adams, John, III: 15.
 Quadreny, Alberto, X: 187.
 Queiroz, Eça de, VII: 351.
 Quero, Gerónimo de, I: 143.
 Querol, Agustín, VII: 414; X: 236.
 Quesada, IV: 123; V: 54, 99, 100, 104, 106, 121, 158, 159, 166, 169; VI: 153, 155, 157, 163, 369, 381; VII: 79, 82, 87, 89, 93, 109, 304, 355.
 Quesada, Agustín, VI: 299.
 Quesada, Ana de, V: 131, 171, 177.
 Quesada, Bernardino de, I: 93.
 Quesada, Gonzalo de, V: 264, 326; VI: 148, 170, 239, 265, 270, 276, 315, 360, 362, 368, 378, 380, 390, 401, 405, 410, 413, 432, 462; VII: 17, 18, 24, 29, 69, 73, 80, 92, 105, 107, 122, 141, 184, 321, 365, 366, 371, 376; VIII: 28, 192, 194, 195, 196, 212, 295; IX: 291, 329, 394.
 Quesada y Aróstegui, Gonzalo de, VI: 391; VII: 328, 374; X: 45.
 Quesada y Miranda, Gonzalo de, V: 372, 373; X: 45.
 Quesada, Herminio de, V: 184.
 Quesada, José Ignacio, V: 174.
 Quesada, Manuel de, III: 387; V: 55, 79, 80, 81, 98, 102, 116, 120, 122, 148, 153, 154, 155, 157, 168, 183, 184, 322; VIII: 191.
 Quesada y Loynaz, Manuel de, IV: 133; V: 28, 262; VII: 308.

Quesada, Rafael de, V: 87, 116, 134, 153, 171, 183; VI: 278, 317, 370.
 Quevedo, X: 21.
 Quilez, VII: 79, 86, 94, 101, 102, 107.
 Quilez, Joaquín, VII: 73, 92.
 Quincy, VI: 35.
 Quintana, III: 355, 363; VI: 353, 356.
 Quintana, Gerardo, VII: 285, 286.
 Quintana, Gustavo (seudónimo), VI: 381.
 Quintana, Joaquín, III: 219.
 Quintana Rodríguez, Jorge, VI: V.
 Quintana, José M. de, VII: 334.
 Quintana, José Manuel, VIII: 178.
 Quintana, Julio, X: 82.

Quintana, Manuel José, VII: 340.
 Quintana, Maximiliano, VI: 200.
 Quintana y Fernández, Oscar, VIII: 186.
 Quintero, Laudelino, VII: 459.
 Quintero, José A., IV: 140.
 Quintero, José Agustín, IV: 369; V: 21.
 Quiñones, Arturo, X: 293.
 Quirós, V: 13, 15, 24.
 Quirós, José, II: 319.
 Quitman, IV: 85, 118, 120, 121, 122, 124, 125.
 Quitman, John A., IV: 84, 117, 127.
 Quitman, John Anthony, IV: 118.

R

R. y Rodríguez de Celis, Santiago, VIII: 26, 34.
 Rabassa, Manuel, X: 187.
 Rabell, Francisco J., VI: 107.
 Rabell, marqués de, VI: 103.
 Rabell, Prudencio, VII: 239.
 Rabi, VI: 189, 211, 242, 247, 250, 438.
 Rabi, Jesús, V: 202; VI: 196, 206, 237, 244, 437; VIII: 259.
 Racine, VII: 477.
 Radbruch, IX: 281.
 Rafael, IV: 397; VII: 437; X: 223.
 Rafael, R., II: 324.
 Raffelin, III: 380.
 Raffelin, Antonio, II: 54; III: 379; VII: 450.
 Rafferty, VI: 436.
 Raggio, Armando Luis, IX: 90, 283.
 Ragnault, Elías, IV: 375.
 Raja, II: 12, 13, 14, 15, 16.
 Raja, Vicente, II: 11, 21.
 Ral, Abelaida (seudónimo), VII: 339.
 Raleigh, Walter, I: 186.
 Rambla, VII: 374.
 Ramsden, Federico W., VII: 409.
 Ramírez, I: 91, 92, 215; III: 49, 51, 53, 54, 55, 56, 60, 61, 62, 63, 64, 262, 386.
 Ramírez, Alejandro, III: 45, 46, 49, 64, 67, 139, 372, 386, 387; X: 79, 116.
 Ramírez, Arturo, VII: 439; VIII: 184.
 Ramírez, Bernardino Ramón, II: 286.
 Ramírez, Caridad, X: 246.
 Ramírez Corría, Carlos M., X: 162.
 Ramírez Olivella, Gustavo, VIII: 188, 391.
 Ramírez, Intendente, III: 213, 236, 261, 266, 273, 275, 283, 288.
 Ramírez León, José M., VIII: 70.
 Ramírez Olivella, José, X: 162.
 Ramírez Vila, José, V: 40.
 Ramírez, Manuel, III: 129.
 Ramírez, Miguel, I: 89, 276.
 Ramírez Carnesoltas, Miguel, VIII: 43.
 Ramírez, Raimundo, V: 369.
 Ramírez, Ricardo, VII: 450.

Ramírez, Rigoberto, VIII: 178.
 Ramírez, Serafín, II: 325; III: 391, 393; IV: 392, 394, 418; VII: 317, 318, 357, 376, 434, 450, 454, 457, 462; X: 265.
 Ramírez de Villa Urrutia, Wenceslao, VI: 455.
 Ramiro, Mariano, VII: 326.
 Ramón y Cajal, X: 158.
 Ramonet y Prats, Joaquín, VII: 468.
 Ramos, I: 351, 354; VII: 438.
 Ramos Merlo, Aurelio, VIII: 26.
 Ramos, Domingo, VIII: 298; X: 200, 201, 202.
 Ramos, Emiliano, IV: 281.
 Ramos, Gregorio, I: 180, 350.
 Ramos, José, IV: 125.
 Ramos, José Antonio, IV: 294; X: 28, 35, 37.
 Ramos, Juan F., VII: 282.
 Ramos, Miguel, V: 211.
 Ramos Blanco, Teodoro, X: 244.
 Ramsden, Charles T., X: 180.
 Ramsden de la Torre, Charles, X: 178.
 Rancie, James E., IX: 76.
 Rangel, Diego, I: 107, 144.
 Ranzola, Tiburcio, VII: 464.
 Rapún, Nicolás José, II: 57, 80.
 Raquín, Leónidas, V: 177.
 Rathbone, Estes G., VII: 68.
 Ratzel, I: 228.
 Ravena, VIII: 23.
 Ravenet, Domingo, X: 155, 228, 229.
 Rawlins, V: 272, 276, 288, 289, 90, 291, 293; VII: 340.
 Rawlins, John, V: 271.
 Rawlins, John A., V: 264, 325; VI: 17.
 Rayney, I: 6.
 Rainey, Frolich G., I: 72.
 Real Socorro, marqués del, III: 329.
 Real Transporte, marqués del, II: 42, 113, 126.
 Rebeca, II: 106.
 Rebello, IV: 152, 204, 205, 209; VII: 153.
 Rebello, Carlos, IV: 293; V: 264.
 Recabarren, Pedro, I: 356.

- Recino, Dionisio, II: 291.
 Recino, Tomás, I: 356.
 Recio, V: 148; VIII: 9.
 Recio, Antón, I: 166, 236, 308.
 Recio, Enrique, IX: 254.
 Recio y Agüero, Enrique, IX: 255.
 Recio, Francisco, VI: 190.
 Recio de Oquendo, Gonzalo, II: 40, 46, 55, 294.
 Recio, Juan, I: 236.
 Recio Loinaz, VI: 347.
 Recio, Lope, VI: 346.
 Recio Borrero, Lope, V: 53.
 Recio Loynaz, Lope, VI: 198, 248, 337, 344, 345; VII: 473; VIII: 26.
 Recio de Oquendo, Martín, II: 15.
 Recio de Oquendo, II: 56.
 Recio Agramonte, Pedro, V: 53.
 Recio, Serapio, IV: 91.
 Recio, Tomás, III: 130; VII: 140.
 Recio, Tomás A., VIII: 43.
 Recio Betancourt, Tomás, VIII: 33.
 Reder, X: 244, 245.
 Redondo, Anacleto, V: 49.
 Redding, Bill, IV: 86.
 Reed, VII: 58, 406.
 Reed, Walter, VII: 57, 405; X: 153.
 Reeve, V: 213, 214, 215, 221; VII: 311.
 Reeve, Henry, V: 201, 210, 218; VI: 146, 284.
 Reeves, VII: 68.
 Regalado Pedroso, Pedro, III: 26.
 Reggio, II: 108.
 Regla, Virgen de, IV: 159.
 Rego, VII: 440.
 Regüicerfos, Erasmo, VIII: 35, 43.
 Regueyra, Enrique, VI: 324.
 Régulo (seudónimo), V: 336.
 Reid, Whitelaw, VI: 455.
 Reina, VIII: 254.
 Reina, la, II: 319; VI: 383, 387, 447.
 Reina Gobernadora, IV: 10.
 Reinó, Julián, VII: 436, 479.
 Reinoso, Javier, VII: 448.
 Reitor, VI: 282.
 Remo, M., (seudónimo), VII: 371.
 Remón Zarco del Valle, Manuel, IV: 7.
 Remos, IX: 11; X: 87.
 Remos, Juan J., I: V, XVI, 368; II: V; 325; III: V; 304, 349, 391, 393, 394; IV: V, 418; V: 264; VI: V; VII: V, 376; VIII: V; IX: 276; X: V, 40, 50, 82.
 Remos y Rubio, Juan J., V: 89; VII: 69.
 Renán, VII: 346; X: 193.
 Rendón, David, X: 287.
 Rendón, Sra., IV: 303.
 Rengifo Linares, Estor, VI: 309.
 Rensoli, III: 377.
 Renté, Augusto, X: 165.
 Rentería, I: 214, 216, 278.
 Rentería, Pedro de la, I: 213.
 Reparaz, G., V: 264.
 Reparaz, Gonzalo, V: 355.
 Retortillo, José Luis, IV: 113.
 Reunice, James E., VII: 54.
 Reunión, conde la, II: 318.
 Reverter Delmar, Emilio, VI: 256.
 Revilla, Carlos, VII: 36, 147.
 Revillagigedo, conde de, II: 107.
 Rey, VIII: 158.
 Rey, el, I: 11, 46, 55, 60, 66, 77, 78, 79, 82, 83, 84, 86, 99, 102, 103, 104, 116, 117, 119, 127, 128, 138, 140, 143, 145, 150, 151, 152, 168, 173, 175, 191, 193, 194, 211, 214, 235, 262, 303, 311, 313; II: 3, 4, 7, 8, 10, 13, 14, 16, 19, 24, 25, 26, 32, 33, 34, 35, 50, 53, 54, 57, 61, 62, 64, 65, 67, 68, 71, 73, 74, 77, 80, 89, 109, 194, 210, 211, 214, 220, 223, 228, 231, 258, 269, 303, 304; III: 7, 119, 191, 267; V: 139, 227, VII: 3, 140; VIII: 43, 68, 318.
 Reyes, los, I: 42, 47, 233.
 Reyes Católicos, I: 43, 77, 79, 80, 130, 136, 137, 147, 148, 152, 167, 216, 217, 220, 241, 276, 300; VI: 67.
 Reyes, Celia, VII: 454.
 Reyes, Gaspar de los, I: 355.
 Reyes, José María, V: 127.
 Reyes Arencibia, José, VI: 189.
 Reyes, Juan Justo, III: 273.
 Reyes y Cancio, Manuel, IV: 303.
 Reyes del Morro, Tres, I: 357.
 Reyna, I: 55.
 Reynoso, III: 171; IV: 157, 158, 159, 160, 186, 187, 402; VII: 176, 177, 411.
 Reynoso, Alvaro, III: 293; IV: 157, 185, 281, 286, 291, 292, 401, V: 22; VII: 174, 411.
 Rezio, I: 307.
 Rhen, James A., X: 178.
 Rhodes, James Ford, V: 264.
 Riaño, I: 106, 132, 133, 134, 135, 320.
 Riaño y Gamboa, Francisco, I: 105, 319.
 Riaño, José Antonio, III: 165.
 Ribadeneyra, Pedro, I: 90.
 Ribaut, I: 295, 340.
 Ribera, Antonio de la, I: 312.
 Ribera, Diego de, I: 97.
 Ribera, Felipe de, I: 146.
 Ricafort, II: 320; III: 83, 89, 90, 96, 99, 100, 149.
 Ricafort, Mariano, III: 148.
 Ricardo, IX: 59.
 Ricla, II: 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 65, 68, 69; VI: 72.
 Ricla, conde de, II: 50, 51, 53, 235, 267, 270, 305.
 Richard, I: 171, 179, 342.
 Richardson, James D., V: 178, 264.
 Richelieu, I: 191, 192, 321.
 Riego, III: 69, 70.
 Riego, Rafael de, III: 57.

- Riera, Benito J., VII: 411.
 Riego, José, VII: 265.
 Rigol, Jorge, X: 229.
 Rijo, Severo, II: 278; III: 294.
 Riley, F. R., IX: 394.
 Rillieux, IV: 152, 204, 205, 208, 210.
 Río, Catalina del, V: 347.
 Río Espinosa, Francisco del, I: 104.
 Río Balmaseda, J., VIII: 177.
 Rionda, VII: 229; VIII: 239, 240, 241.
 Rionda, Carlos M. de la, VIII: 177, 239.
 Ríos, A., VII: 312.
 Ríos, Francisco, III: 379.
 Ríos, María Luisa, X: 213.
 Ríos, Salvador H., VI: 244, 431.
 Riquelme, V: 161, 162; VII: 159; V: 160.
 Rischer, III: 378, 380.
 Risquet, Juan Felipe, VII: 141; VIII: 44.
 Rius Rivera, V: 233, 258; VI: 240, 242, 243, 244, 313, 315, 316; VII: 64, 65, 80, 81, 85, 89, 102, 133, 144; IX: 108, 110, 296, 297.
 Rius Rivera, Juan, V: 257, 264; VI: 244, 246, 313, 314; VII: 35, 48, 63, 69, 73, 75, 79, 132; VIII: 5, 18, 24, 259; IX: 76, 93, 107, 244, 292.
 Riva VI: 360.
 Riva, Armando de J., VI: 298, 353; VII: 26, 36.
 Riva, Martín, Juan, I: 104.
 Rivas, duque de, IV: 372.
 Rivas, Generoso, X: 156.
 Rivas Agüero, Miguel A., IV: 140.
 Rivera, Nicolás José, II: 313.
 Rivere, Carlos de la, III: 113.
 Rivero, V: 225, 300, 308; VII: 296.
 Rivero, Alonso, VI: 196.
 Rivero, Antonio, VII: 264.
 Rivero Beltrán, Antonio, VIII: 33.
 Rivero, Filiberto, X: 156.
 Rivero, José I, III: 106.
 Rivero, José Ignacio, X: 49.
 Rivero Muñiz, José, II: 90, 277, 278; III: V, 294; IV: 293; VII: V, 300.
 Rivero, Manuel, VIII: 44.
 Rivero, Martín, IV: 386; X: 203.
 Rivero Muñiz, IV: 215.
 Rivero, Nicolás, VI: 103.
 Rivero, Nicolás María, V: 299, 304, 308, 310; VI: 14.
 Rivero, Ramón, VII: 290, 293, 294, 370.
 Rivero y Rivero, Ramón, VI: 123, 277; VII: 278.
 Roa, V: 150, 241.
 Roa, Arsenio, VIII: 391.
 Roa, Ramón, V: 149, 179, 245, 248, 261, 264; VII: 311, 358.
 Roa, Raúl, VI: 140; X: 49, 230.
 Roa, Trinidad, IV: 368.
 Robau, VII: 79, 80, 89.
 Robau, José Luis, VII: 73; VIII: 36.
 Robertson, III: 245, 250.
 Roberts, Hugo, VI: 245, 353, 356; X: 156.
 Robespierre, IX: 118.
 Robin, IV: 401.
 Robineau, VII: 404.
 Robinson, Albert G., VII: 17, 69.
 Robinson, William E., V: 271.
 Robles, José, IV: 364.
 Robles, Juan, VII: 447.
 Robbins, Lydia, IV: 369.
 Robredo, III: 353.
 Robreño, Carlos, X: 36.
 Robreño, Gustavo, VII: 334, 440; X: 36.
 Robreño, Joaquín, VII: 334.
 Roca, Blas, VIII: 158, 182, 185.
 Roca, Pedro de la, I: 105.
 Rockefeller, IX: 206.
 Rocha, Narciso, VII: 265, 269.
 Rochambeau, conde de, VIII: 258.
 Roda, II: 129.
 Roda, Cristóbal, I: 357.
 Rodas, V: 94, 109, 112, 129, 130.
 Rodín, X: 241.
 Rodney, II: 84, 111, 112, 131.
 Rodrigañez, VI: 45.
 Rodrigo de Borja, I: 147.
 Rodrigo de Jerez, I: 41.
 Rodríguez, II: 316; VI: 273, 276, 278, 280; VII: 79.
 Rodríguez, Alberto, VI: 232, 246.
 Rodríguez, Alejandro, VI: 238, 243, 244; VII: 61, 73; VIII: 13, 24, 32, 275.
 Rodríguez, Angel, V: 361.
 Rodríguez Díaz, Antonio, X: 160.
 Rodríguez Ferrer, Antonio, X: 271, 272.
 Rodríguez Morey, Antonio, X: 200.
 Rodríguez Ojea, Antonio, IV: 39.
 Rodríguez, Aurelio C., VI: 126, 128, 129, 187.
 Rodríguez, Benito, I: 312.
 Rodríguez Rojas, Bernarda, II: 322.
 Rodríguez Batista, Carlos, VII: 277.
 Rodríguez, Expósito, César, VII: 70; X: 36.
 Rodríguez, Cristóbal, I: 360.
 Rodríguez, Dámaso, VII: 269.
 Rodríguez, Daniel, VII: 286.
 Rodríguez Mena, Doloritas, V: 342.
 Rodríguez de Elvas, I: 323.
 Rodríguez, Emilio Gaspar, VII: 300; VIII: 184; X: 37.
 Rodríguez, Eugenio, X: 230, 245.
 Rodríguez Cartas, Eugenio, VIII: 180.
 Rodríguez Ernesto, Eugenio, X: 244.
 Rodríguez Lendian, Evelio, VII: 42, 355, 365, 367; X: 44.
 Rodríguez, Ferrer, IV: 404.
 Rodríguez Ferrer, IV: 163, 164, 218, 220, 224, 228; X: 273.
 Rodríguez de Ledesma, Francisco, I: 108.
 Rodríguez de Vera, Francisco, I: 355.
 Rodríguez Fuentes, VI: 346, 347.
 Rodríguez, Gaspar Antonio, III: 144.
 Rodríguez Morejón, Gerardo, VIII: 184.

- Rodríguez, Hernán, I: 312.
 Rodríguez Tabares, Hernando, I: 312.
 Rodríguez, Hipólito, VII: 452.
 Rodríguez Galván, Ignacio, IV: 355.
 Rodríguez, Jesús, V: 72, 81, 172, 176, 203.
 Rodríguez, Joaquín, VI: 224; VII: 288.
 Rodríguez, José, III: 119; VI: 236; VII: 462.
 Rodríguez Acosta, José, VII: 141; VIII: 34.
 Rodríguez, José Agustín, VI: 187.
 Rodríguez, José Mayía, IX: 93.
 Rodríguez Calás, José, VII: 460.
 Rodríguez García, José A., IV: 418; V: 264; VII: 318, 356, 376; VIII: 38; X: 42.
 Rodríguez, José Ignacio, III: 105, 152, 153, 393; IV: 60, 82, 140, 142, 385, 388, 418; V: 41, 42, 119, 178, 264, 316, 325; VI: 462, 463; VII: 315, 350.
 Rodríguez Cabrera, José Francisco, III: 375.
 Rodríguez, José Manuel, II: 316; VII: 469.
 Rodríguez, José María, VI: 165, 170, 185, 186, 197, 200, 205, 237, 241, 244, 246, 262, 264, 272, 285, 325.
 Rodríguez Ucares, José, II: 307.
 Rodríguez, Juan, V: 96, 97.
 Rodríguez Cutiño, Juan, I: 291, 292.
 Rodríguez de Fonseca, Juan, I: 83.
 Rodríguez Quintero, Juan, I: 312, 313.
 Rodríguez Sifuentes, Juan, I: 352.
 Rodríguez Santos, Justo, X: 23, 24.
 Rodríguez Laureano, VI: 106; VII: 215.
 Rodríguez, Leandro, V: 330, 339, 350, 358, 368, 372.
 Rodríguez Lendian, IX: 16.
 Rodríguez de Tió, Lola, VII: 370.
 Rodríguez Cabrera, Lorenzo, III: 120, 121.
 Rodríguez, Luis, VI: 277.
 Rodríguez Embil, Luis, X: 26, 36, 45.
 Rodríguez Luis Felipe, X: 8, 31, 37.
 Rodríguez, Manuel del Socorro, II: 309.
 Rodríguez Alemán y Peña, Manuel, III: 133.
 Rodríguez Ferrer, Manuel, VII: 354.
 Rodríguez Fuentes, Manuel, VI: 248, 344, 345; VIII: 33.
 Rodríguez Mena, Manuel, IV: 75.
 Rodríguez, Mariano, V: 214; X: 216.
 Rodríguez, Mayía, V: 333, 342; VI: 167, 168, 169, 206, 211, 238, 242, 265, 270, 271, 301, 460; VIII: 259, 268.
 Rodríguez Ferrer, Miguel, I: 72; IV: 292, 293, 402; VI: 68; VII: 409.
 Rodríguez, Miguel Estanislao, III: 120.
 Rodríguez Morey, X: 201.
 Rodríguez, Nilo, X: 298.
 Rodríguez Acosta, Ofelia, X: 31.
 Rodríguez Pérez, Pascual, VII: 41.
 Rodríguez Campomanes, Pedro, II: 296.
 Rodríguez Capote, Pedro, VIII: 241.
 Rodríguez, Primitivo, VIII: 180.
 Rodríguez, Rafael, V: 212, 213, 214, 215, 245, 246, 250, 252, 364; VI: 314.
 Rodríguez Altunaga, Rafael, IX: 273.
 Rodríguez Correa, Ramón, V: 40; VII: 338.
 Rodríguez Labrada, Ramón, VI: 107.
 Rodríguez de Armas, Rodolfo, V: 264.
 Rodríguez, Thomé, I: 195.
 Rodríguez Rubí, Tomás, VII: 160.
 Rodríguez, Valeriano, VII: 261, 266.
 Rodríguez, Víctor J., X: 180.
 Rodríguez y Torralbas, Víctor, X: 176.
 Roger, X: 158.
 Rogel Esbrí, Gustavo, VII: 468.
 Roger Picard, IV: 415.
 Roig, VII: 267, 268, 270, 279; X: 275, 287, 291, 295.
 Roig de Leuchsenring, IX: 17.
 Roig de Leuchsenring, Emilio, I: 202, 365, 368; II: 91, 298; III: 350, 393; V: 264; VI: 114, 181; VII: 114, 376; VIII: 96, 213, 264; X: 45, 251, 252, 261, 264, 265.
 Roig, Enrique, VIII: 43; X: 48.
 Roig y San Martín, Enrique, VII: 266, 272, 278, 321.
 Roig, Gonzalo, VII: V; X: 276, 279, 286, 289, 290, 310.
 Roig, José, X: 165.
 Roig, Juan Tomás, X: 172, 175, 182.
 Roig San Martín, VII: 284, 286.
 Roissey, Urbain de, I: 321.
 Rojas, I: 162; VIII: 193; X: 184.
 Rojas, Agustín, III: 366.
 Rojas, Alonso de, I: 308.
 Rojas, Baltasar de, I: 312.
 Rojas, Carlos, IX: 38.
 Rojas, Carlos, VI: 308; IX: 38.
 Rojas y Cruzat, Carlos María de, VIII: 70.
 Rojas Manrique, Gómez de, I: 171, 343.
 Rojas, Ignacio, X: 165.
 Rojas, Juan de, I: 93, 116, 160, 165, 166; X: 251.
 Rojas, Manuel de, I: 88, 89, 90, 92, 93, 118, 161, 171, 212, 215, 219, 227, 231, 249, 274, 275, 276, 278, 280, 282.
 Rojas, María Teresa de, X: 252.
 Rojas, Maximiliano, VII: 463.
 Rojas, Melchor de, II: 195.
 Rojas, Nicolás, VII: 453.
 Rojas, Perico, VII: 453.
 Rojas, Rafael, VII: 436.
 Rojas Zorrilla, III: 365.
 Rojo, Antonio, VII: 367.
 Rojo, Manuel, IV: 66.
 Rojo, Pablo, VI: 308.
 Rojo, Pablo F., VI: 323.
 Rojo Rodríguez, Pablo, VI: 325.
 Roldán, IV: 365, 385; X: 297.
 Roldán, Alberto, X: 293.
 Roldán, Amadeo, VII: 445; X: 288, 291, 293, 294.
 Roldán, José Gonzalo, IV: 364.
 Roloff, V: 213, 214, 220, 221, 228, 238, 242, 243, 264; VI: 209, 273, 276, 278, 280, 314; VIII: 156.
 Roloff, Carlos, V: 60, 152, 212, 334, 338, 339, 353; VI: 144, 185, 197, 199, 200,

- 210, 237, 246, 261, 271, 272, 284, 285,
293, 305, 313, 316, 319, 342; VII: 306.
- Rolland, Madame, VII: 366.
- Rollo, Lord, II: 122.
- Romaele, VII: 282, 288.
- Romaele, Sandalio, VII: 266, 286.
- Romaguera, V: 361.
- Romaguera, Avelino, VII: 452.
- Román, V: 361.
- Román, Augusto, X: 28.
- Romanones, VI: 45.
- Romanones, conde de, VI: 68.
- Romay, III: 390.
- Romañach, VII: 418, 424; X: 200.
- Romañach, Leopoldo, VII: 421, 423; X: 81,
82, 195, 197, 240, 309.
- Romay, Tomás, III: 265, 291, 357, 369; IV:
327.
- Romero, Ana, VII: 463.
- Romero Torrado, Antonio, VII: 286.
- Romero Brest, X: 206.
- Romero de Nicola, Clara, X: 294.
- Romero Arciaga, Lorenzo, X: 210.
- Romero, Manuel, V: 250.
- Romero Tamariz, Pedro, I: 104.
- Romero Robledo, VI: 28, 36, 40, 45, 47, 49,
63, 90, 93, 94, 96.
- Romero Rubio, VI: 52.
- Roncali, IV: 17, 335; VI: 76.
- Roncali, Federico, IV: 16, 80.
- Ronconi, IV: 314; VII: 450.
- Rondon, J. M. VI: 303.
- Roosevelt, VII: 67, 145; VIII: 10, 28, 29,
30, 32, 78, 83, 197, 211, 231, 235, 238,
239, 240, 241, 242, 250, 356; IX: 109,
264, 368.
- Roosevelt, Franklin D., VIII: 77, 234, 246,
247, 251, 253, 255, 256, 258, 261.
- Roosevelt, Teodoro, VI: 440; VII: 43, 47,
139, 144; VIII: 43, 194, 203, 255, 258,
261, 288; IX: 97.
- Root, VII: 53, 109; VIII: 205, 206, 207,
208, 209, 210, 216.
- Root, Elihu, VII: 37, 49, 51, 67, 105; VIII:
204.
- Roque, VI: 232.
- Roque, Jean Francois de la, I: 159.
- Roque, José, VI: 220, 224, 231, 232.
- Roquete Bello, Félix, VI: 325.
- Ros, Juan P., X: 187.
- Ros de Olano, IV: 122.
- Rosa, Santa, IV: 159.
- Rosa, Tomás de la, VII: 468.
- Rosa y Betancourt, Vicente de la, VII: 468.
- Rosado, Pío, V: 262, 335, 339, 352, 354,
355.
- Rosado Lorie, Salvador, V: 336.
- Rosains, Domingo, IX: 404.
- Rosandra, X: 220.
- Rosario, Marcos del, VI: 180, 271.
- Rosas, Avelino, VI: 236, 242, 333.
- Rosas, Julio, VII: 266, 318, 338, 372.
- Rosas, Juventino, VII: 456.
- Rosales Socarrás, Gaspar, VII: 469.
- Rose, J. N., X: 173.
- Rosell, Eduardo, VI: 289.
- Rosell y Malpica, Eduardo, VI: 290, 333.
- Rosell, Rebeca, VI: 181.
- Roselló, Arturo Alfonso, VIII: 183; X: 18.
- Rosenbranz, George, X: 171.
- Rosmini, IV: 350, 378.
- Ross, X: 151.
- Ross Cacking, Francis, IV: 69.
- Ross, José, VII: 440.
- Rossini, III: 379; IV: 393.
- Rouse, I: 6, 10, 19, 20, 21.
- Rouse, Irving, I: 72.
- Russeau, III: 291, 367.
- Rousseau, Pablo, VII: 267; VIII: 269.
- Rousseau, Teodoro, VII: 420.
- Rousset, Ricardo, II: 277.
- Rousset, Ricardo V., VII: 333.
- Rovira, E., V: 338.
- Rovirosa, José A., X: 165.
- Rowan, VI: 432.
- Rowan, A. S., VI: 431.
- Rowan, Andrew S., VI: 430.
- Royo Guardia, Dr., I: 13, 71, 72.
- Roza, Joaquín J. de la, X: 176.
- Rúa, Francisco la, V: 28.
- Rubalcava, IX: 136, 349, 388.
- Rubalcava, Francisco María, IV: 134.
- Rubalcava, Manuel Justo de, III: 355.
- Rubens, Horacio, VI: 62, 265; IX: 76.
- Rubens, Horatio, VI: 161, 333, 410; VII: 54,
70.
- Rubia, Antonio de la, VII: 436, 459.
- Rubiera, Ramón, V: 359.
- Rubín, A., VI: 437.
- Rubio, Antonio, IV: 134.
- Rubio, Antonio María, VII: 43.
- Rubio, Isabel, VI: 200, 226.
- Rubio Padilla, Juan A., VIII: 177.
- Rubio Cañal, Pedro, VII: 447.
- Ruckert, IV: 350.
- Rude, VII: 428.
- Ruenes, VI: 193, 291.
- Ruenes, Félix, VI: 192.
- Ruge, Sophus, I: 49.
- Ruiz y Cadalso, Alejandro, X: 168.
- Ruiz, Antonio, VII: 460.
- Ruiz de Apodaca, III: 366.
- Ruiz de Castro, Cristóbal, I: 130.
- Ruiz, Domingo, V: 276.
- Ruiz Espadero, IV: 388.
- Ruiz, Francisco, III: 274, 359, 361; IV: 375,
376.
- Ruiz, Francisco M., IV: 403.
- Ruiz de Apodaca, Juan, III: 40, 138; X: 261.
- Ruiz, Julián M., VIII: 391.

Ruiz, Nicolás, III: 388; VI: 73.
 Ruiz Espadero, Nicolás, IV: 390; VII: 441, 469.
 Ruiz de Pereda, I: 103, 132.
 Ruizde Pereda, Gaspar, I: 102, 103, 316.
 Ruiz de la Bastida, Pedro, III: 342.
 Ruiz, Raúl, VIII: 177.
 Ruiz, Rosendo, VII: 484; X: 283, 284.

Ruiz, Tomás, VII: 443.
 Ruiz Aguilera, Ventura, VII: 324.
 Rumilio (seudónimo), IV: 375.
 Russell, Nelson Vance, II: 91.
 Rush, VII: 402.
 Rusiñol, V: 193.
 Ruz, V: 367, 369; VI: 306.
 Ruz, Juan, V: 199, 202.

S

Sabas, Alberto, X: 242.
 Sabas, María V: 188, 197; VI: 41, 103, 227.
 Sabio, Gervasio, VI: 430.
 Sablón, Jesús (Rabí), VIII: 193.
 Sablón Moreno, Jesús, VI: 189.
 Sabo, Francisco, X: 283.
 Saco, I: 299; II: 165, 209, 210, 212; III: 85, 88, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 104, 149, 170, 171, 285, 286, 290, 292, 314, 339, 346, 356, 369, 371, 386, 387; IV: 4, 23, 28, 29, 40, 64, 65, 66, 72, 74, 79, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 127, 132, 171, 184, 188, 189, 192, 379, 383, 384, 414; VI: 76; VII: 42; IX: 7; X: 40, 46, 306, 317.
 Saco, José Antonio: I: 201, 300, 302, 328, 367; II: 90, 134, 278, 313, 323, 324, 326; III: 49, 71, 77, 90, 105, 148, 149, 150, 153, 187, 243, 267, 273, 293, 294, 334, 342, 349, 353, 358, 359, 369, 391, 393, 394; IV: 3, 20, 22, 39, 59, 60, 63, 67, 83, 97, 111, 113, 140, 141, 142, 182, 187, 283, 287, 288, 292, 335, 345, 378, 380, 398, 410; VI: 7, 16, 74, 109; VII: 53, 430; IX: 4; X: 50.
 Saénz Yáñez, Adolfo, IX: 76.
 Saénz Yáñez, Pedro, VI: 353.
 Saénz Yáñez, VI: 360.
 Safo, IV: 357.
 Saffo, IV: 392.
 Sagasta, VI: 6, 36, 39, 44, 46, 50, 52, 55, 57, 60, 66, 68, 90, 94, 102, 105.
 Sagasta, Práxedes Mateo, V: 144.
 Sagra, II: 162, 276, 323; III: 94, 95, 101, 176, 207, 236, 248, 249, 273, 334, 335, 339, 341, 377; IV: 161, 166, 178, 189, 195.
 Sagra, Ramón de la, II: 91, 278, 279, 280; III: 54, 93, 105, 163, 293, 294, 344, 346, 350, 360, 367, 372; IV: 291, 345, 381, 382.
 Saint Venant, Barre de, III: 282.
 Saint Mery, Moreau de, III: 171.
 Saintmaxent, Dolores, VII: 454.
 Sainz de la Peña, Arturo F., VIII: 38.

Saiz de la Mora, Santiago, III: 153.
 Sala, Esteban de, III: 355.
 Sala y Azara, Jaime María, IV: 7.
 Sala, Miguel, VII: 440.
 Saladrigas, VI: 109.
 Saladrigas, Carlos, VI: 103; VII: 277, 357, 364; VIII: 90, 177, 178, 185, 366; IX: 232.
 Saladrigas y Zayas, Carlos, VII: 184.
 Salamanca, I: 356; II: 141, 142, 146, 171; VI: 25, 93.
 Salamanca, Juan de, I: 107, 324.
 Salamanca, Manuel, V: 248, 370.
 Salas, II: 322; X: 311.
 Salas, César, VI: 180, 271, 285, 295, 315.
 Salas, Esteban de, II: 321; VII: 478.
 Salas, Indalecio, VI: 285.
 Salas y Quiroga, Jacinto de, VI: 74.
 Salas, Luis de, I: 139.
 Salazar, IV: 159; VIII: 71.
 Salazar y Acuña, Francisco de, II: 203.
 Salazar y Salazar, Luis Felipe, VIII: 70.
 Salazar, Salvador, IV: 418; VII: 376; X: 40.
 Salazar y Roig, Salvador, V: 264.
 Salazar, Tomás de, IV: 159, 291.
 Salcedo, I: 235; V: 361.
 Salcedo, Fernando, VI: 197.
 Salcedo, Florencio, VI: 189; VIII: 193.
 Salcedo y Ortega, Pedro Celestino, VII: 482.
 Salcedo de las Cuevas, Rafael, VII: 482.
 Sáliba, I: 29.
 Salinas, Marcelo, X: 35.
 Salmerón, VI: 40, 55.
 Salmerón, Francisco, VI: 20.
 Salteraín, Pedro, VII: 409.
 Salucio, Hernando, I: 312.
 Salvá, Vicente, III: 369.
 Salvador, II: 285.
 Salvani, Santiago, VII: 478.
 Salvi, IV: 314.
 Salvочеа, Fermín, VII: 270.
 Salvoechea, Fernando, VI: 284.
 Sampera y Cervera, Alfredo, X: 165.
 Sampson, VI: 253, 441, 442, 445, 449, 459; VIII: 193, 202, 247, 255, 257, 260.
 Sampson, William T., VI: 434.
 Samson, VII: 425.
 San Agustín, I: 150; X: 253.

- San Antonio, II: 188.
 San Cristóbal, I: 358, 360, 363.
 San Felipe y Santiago, marqués de, III: 265.
 San Fernando de Peñalver, conde de, VII: 420.
 San Francisco, I: 150, 358; IV: 159; VII: 476; X: 253, 257.
 San Francisco de Asís, IV: 411; VII: 445, 461.
 San Francisco de Sales, II: 301, 309.
 San Juan, I: 337, 349, 361.
 San Juan Bautista, X: 261.
 San Luis, II: 5; VI: 74.
 San Marcial, I: 360.
 San Martín, III: 141; VII: 341, 366; VIII: 156.
 San Martín, Antonio X. de, IV: 39.
 San Martín, José de, VII: 307.
 San Martín, Julio, VI: 303, 307.
 San Martín y Sáenz, René, X: 186.
 San Mateo, IV: 159.
 San Miguel, Antonio, VII: 320; VIII: 43.
 San Pablo, IV: 377.
 San Pedro, IV: 92, 190; X: 261.
 San Roque, VII: 465.
 Sanabria, IX: 83.
 Saname y Domínguez de Lores, José Policarpio, II: 316.
 Sanborn, W. E., IX: 394.
 Sánchez, I: 166; III: 141, 146; V: 239; VI: 233, 240, 241, 273, 276, 278, 280.
 Sánchez Agramonte, VI: 460; VIII: 27, 29, 32.
 Sánchez Ocejo, Alberto, VIII: 186.
 Sánchez de Bustamante, Antonio, IV: 418; VII: 140; VIII: 8, 38, 43, 69, 71, 213, 223, 244, 262, 264, 275, 389; X: 47, 306, 318.
 Sánchez de Bustamante y Montoro, Antonio, VI: 68.
 Sánchez de Bustamante y Sirvén, Antonio, VIII: 70.
 Sánchez Planas, Agustín, VII: 460.
 Sánchez Planas, Agustín, VII: 460.
 Sánchez Araujo, X: 199, 201.
 Sánchez Arango, Aureliano, X: 63, 145, 230.
 Sánchez, Bartolomé: I: 165, 352, 355, 357; X: 251.
 Sánchez de Bustamante, VIII: 9.
 Sánchez, Camilo, V: 111.
 Sánchez Beato, Carlos, IX: 170.
 Sánchez Pereira, Diego, II: 323.
 Sánchez de Almodóvar, Don Toribio (seudónimo), III: 360.
 Sánchez de Fuente, Eduardo, I: 361, 368; III: 393; VII: 318, 440, 470; X: 35, 279, 310.
 Sánchez Echevarría, VI: 437, 438.
 Sánchez, Esteban, III: 137.
 Sánchez Agramonte, Eugenio, VI: 245, 324, 353; VIII: 26, 52, 57; IX: 93.
 Sánchez de Fuentes, Eugenio, III: 393; VII: 430; X: 234.
 Sánchez, Federico, VII: 371.
 Sánchez de Fuentes, Fernando, VIII: 223.
 Sánchez Figueras, VI: 243, 268.
 Sánchez, Francisco, VII: 306.
 Sánchez Betancourt, Francisco, V: 54, 56, 57, 84.
 Sánchez Grifián, Francisco, III: 118.
 Sánchez Hecheverría, Francisco, VI: 277; VIII: 193.
 Sánchez de Moya, Francisco, II: 203.
 Sánchez de Fuentes, II: 326; X: 280, 281, 282.
 Sánchez Galarraga, X: 8.
 Sánchez Galarraga, Gustavo, X: 17, 35.
 Sánchez Grifián, III: 119, 120, 121.
 Sánchez Hecheverría, VI: 280.
 Sánchez Rodríguez, Isidro, IV: 404.
 Sánchez, Joaquín, VI: 267.
 Sánchez, José, VIII: 435.
 Sánchez, José Genaro, VII: 367.
 Sánchez Iznaga, José María, IV: 77, 84, 86.
 Sánchez, Juan, IV: 303.
 Sánchez y Bárcena, Juan F., IV: 404.
 Sánchez de Bustamante, Juan M., IV: 387.
 Sánchez y Martínez, Juan, III: 385.
 Sánchez Ramírez, Juan, III: 43, 44, 134.
 Sánchez, Limbano, V: 194, 195, 223, 233, 360, 361; VI: 38.
 Sánchez Cisneros, Manuel, II: 322.
 Sánchez, Manuel Andrés, III: 145.
 Sánchez, Mariano, V: 338, 339.
 Sánchez Roca, Mariano, VIII: 188.
 Sánchez Vaillant, Mariano, VI: 198.
 Sánchez y Alfonso, Mario, X: 173.
 Sánchez Roig, Mario, VII: V; X: V, 177, 178, 179, 180, 181, 183, 186.
 Sánchez, Pedro Gabriel, IV: 80.
 Sánchez, Pedro Manuel, IV: 77.
 Sánchez, "Pepe", VII: 483.
 Sánchez, Raimundo, VI: 339.
 Sánchez Valdivia, Raimundo, VI: 198, 337.
 Sánchez de Varona, Ramón, X: 35.
 Sánchez Roca, IX: 88.
 Sánchez Roig, VII: 420.
 Sánchez, Serafín, V: 60, 112, 152, 212, 228, 260, 334, 349, 355, 364; VI: 144, 146, 149, 159, 167, 185, 197, 200, 209, 210, 212, 216, 219, 220, 229, 232, 237, 238, 242, 245, 256, 261, 262, 271, 272, 273, 285; VIII: 259.
 Sánchez Valdivia, Serafín, V: 64.
 Sánchez, Silverio, VI: 224, 232.
 Sánchez Figueras, Silverio, VI: 267; VIII: 44.
 Sánchez, Tello, VIII: 25, 288.
 Sánchez Hechevarría, Ulpiano, VI: 227.
 Sánchez Hechavarría, Urbano, V: 340, 341; VII: 364.
 Sancho, X: 250.
 Sancho de Alquízar, I: 103.
 Sandoval, José Enrique, IX: 5.
 Sanger, J. P., VII: 38.

- Sanguily, IV: 385, 410; V: 204, 212, 214, 220, 230; VI: 356, 360, 361, 362, 363; VII: 29, 30, 79, 80, 81, 82, 85, 86, 88, 89, 90, 91, 93, 94, 99, 100, 101, 102, 108, 109, 121, 124, 318, 321, 340, 344, 348, 350, 353, 365, 366, 367, 370, 469; VIII: 9, 93, 156, 276, 277, 281, 339, 353; IX: 93; X: 10, 36, 39.
- Sanguily, Julio, V: 21, 28, 136, 188, 210, 211, 212, 213, 215, 219, 330, 370; VI: 168, 186, 261, 265, 326.
- Sanguily, Manuel, III: 393; IV: 141, 383, 418; V: 21, 73, 81, 82, 124, 205, 247, 262; VI: 42, 68, 114, 289, 353, 355, 359, 369, 373, 389; VII: 11, 21, 23, 26, 28, 29, 78, 96, 106, 107, 112, 114, 120, 124, 125, 127, 132, 140, 229, 304, 306, 317, 320, 342, 366, 371, 375, 376, 411; VIII: 3, 8, 11, 31, 32, 38, 43, 49, 223, 245, 285, 286, 288, 289, 293, 294, 299, 301, 306, 335, 338, 345, 360, 361, 366; IX: 27, 292, 394; X: 47, 64, 86, 91.
- Sanguily y Arizti, Manuel, V: 261, 264.
- Sanguily y Garritte, Manuel, V: 90, 178, 235, 241, 261, 263, 264.
- Sanjuán, Pedro, X: 295.
- Sanjuán Nortes, Pedro, X: 287.
- Santa Ana, III: 363; X: 254.
- Santa Anna, IV: 64, 193.
- Santa Bárbara, VII: 466.
- Santa Catalina, I: 356.
- Santa Cecilia, X: 242.
- Santa Clara, X: 253.
- Santa Clara, conde de, III: 12, 13, 123, 374.
- Santa Cruz, II: 295, 305.
- Santa Cruz, María de, VII: 338.
- Santa Cruz, Mercedes de, IV: 311, 314.
- Santa Cruz y Montalvo, Mercedes, IV: 384.
- Santa Lucía, marqués de, V: 18, 358; VI: 261, 275, 292; VII: 84; VIII: 207, 234, 286; IX: 108.
- Santa María, Vicente, I: 308.
- Santa Rosa, Agustín de, V: 63; VII: 255.
- Santa Teresa, VII: 328.
- Santacilia, IV: 388.
- Santacilia, Pedro, IV: 368, 382; V: 21.
- Santana, V: 11, 12.
- Santana, Rolando, X: 230.
- Santander, V: 317.
- Santiago Apóstol, VII: 466.
- Santiesteban, I: 171; V: 224, 225.
- Santiesteban, Gabriel de, I: 104.
- Santiesteban, Jaime, IV: 134; V: 4, 12, 15.
- Santiesteban, Nicanor, V: 354.
- Santillán, Diego de, I: 96.
- Santillana, Gil Blas de, VII: 344.
- Santini, Jesús María, VI: 267.
- Santísima Virgen, I: 67.
- Santísimo Sacramento, I: 149.
- Santo Domingo, X: 253.
- Santo Tomás, X: 126, 254.
- Santo Tomás de Aquino, X: 238.
- Santo Tomás y Vicioso, Vicente, VIII: 70.
- Santocildes, VI: 196.
- Santos Guzmán, Francisco de los, VI: 103.
- Santos Gutiérrez, V: 298.
- Santos Guzmán, VI: 43, 103, 218.
- Santos Suárez, Joaquín, III: 359; IV: 404.
- Santos Castañeda, José de los, IV: 94.
- Santos, Juan, VI: 299.
- Santos Fernández, Juan, VII: 400; X: 164.
- Santos Oliver, Juan, VI: 283, 323.
- Santos Suárez, Leonardo, III: 142, 359.
- Santos Pérez, V: 333, 340, 341, 343.
- Santos Suárez, III: 70, 361, 369.
- Santovenia, VI: 452; VIII: 183; IX: 3, 16, 17; X: 261.
- Santovenia, conde de, III: 254; VII: 413.
- Santovenia, Emeterio S., I: V, XVI, 202, 203, 204, 328, 367; II: V, 90, 91; III: 152, 153; IV: V, 94, 141, 142; V: V, 325, 326; VI: V, 68, 115, 181, 322, 364, 405, 462, 463; VII: V, 10, 32, 114, 300, 305, 376; VIII: V, 89, 96, 177, 184, 185, 264, 366; IX: 283; X: 44.
- Santovenia y Echaide, Emeterio S., V: 264; VI: 256.
- Sanz Carta, VII: 419, 421, 426.
- Sanz Carta, Valentín, VII: 420.
- Sanz, Miguel José, VI: 307.
- Sanz, Policarpo, VI: 42.
- Sañudo, Luis, II: 8.
- Saphra, Ivan, X: 161.
- Sarabasa, Ricardo, VIII: 177.
- Sarrachaga, Ignacio, VI: 410; VII: 333.
- Sarasola, S. J., Simón, X: 169.
- Sardiña, Eligio, X: 314.
- Sardiñas, Eulogio, VIII: 303.
- Sardo de Arana, Melchor, I: 139.
- Sariol, Aurelio, VII: 468.
- Sariol, Juan F., X: 50.
- Sarmiento, I: 219, 272, 274, 280, 281; VII: 351; X: 44.
- Sarmiento (seudónimo), IV: 375.
- Sarmiento, D. F., IV: 60.
- Sarmiento, Diego, I: 161, 276, 348, 365.
- Sarmiento, Domingo F., IV: 40; V: 316.
- Sartorius, VI: 50, 157.
- Sasaki, X: 168.
- Saturno, VII: 90.
- Sauget, Joseph Sylvestre, X: 172.
- Saumell, IV: 389, 390; VII: 443; X: 309.
- Saumell, Manuel, IV: 389.
- Saumell Robredo, Manuel, VII: 442.
- Sauto, X: 261, 262.
- Sauto, Ambrosio C., VII: 455.
- Sauvalle, F., VII: 409.
- Sauvalle, Francisco A., VII: 411.
- Sauvalle, Francisco C., VII: 399.
- Savage, Santiago, IV: 403.
- Saviñón, Juan Antonio, II: 63.
- Savona, Cuneo de, I: 46.
- Savy, Paul, X: 158.

- Sawkins, VII: 426.
 Say, IX: 59.
 Say, Juan Bautista, III: 54, 274.
 Sbarretti, Donato, VII: 62.
 Scarf, X: 163.
 Scévola (seudónimo), V: 338.
 Scott, James Brown, VIII: 264.
 Scott, Louis, I: 196.
 Scott, Walter, III: 365; IV: 350, 360, 378.
 Scott Haynes, William, IV: 95.
 Scudery, VII: 347.
 Scovel, Sylvester, VI: 294.
 Schafer, Ernesto, I: 202, 203.
 Schégel, Federico, IV: 354.
 Scheler, VIII: 357.
 Schelton, Angela, VII: 482.
 Schiff, F., X: 161.
 Schiller, IV: 378, 383; VII: 324.
 Schley, VIII: 202, 255.
 Schmoller, Gustave, II: 278.
 Schoup, IX: 9, 66, 146, 156, 157, 169, 171, 214, 222, 224, 226, 231, 234, 236, 269, 283.
 Schoup, Carl, IX: 154, 170.
 Schubert, VII: 454.
 Schumann, VII: 474.
 Schwyer, VI: 360.
 Schweyer, Alberto, VI: 353; VIII: 34.
 Sebastián, el Isleño, VII: 438.
 Sedano Agramonte, VII: 282.
 Sedano, Carlos, IV: 141, 142, 172, 292; V: 41, 264; VI: 68.
 Sedano y Cruzat, Carlos, IV: 59.
 Sedano, Diego José de, III: 224.
 Sedano, José Raúl, VI: 115.
 Sedano Agramonte, Raúl, VII: 281.
 Segrera, Carlos, VII: 409.
 Segrera, Ricardo, VII: 482.
 Segura, III: 378; VI: 211, 230, 241.
 Segura Bustamante, Inés, VIII: 177.
 Seguí, III: 353.
 Seguí, Franco, III: 354.
 Seidel, José, VII: 409.
 Seijas, Lozano, VI: 10.
 Seligman, IX: 9, 146, 156, 169, 171, 214, 222, 231, 232, 234, 269, 283.
 Seligman, Edwin, IX: 154.
 Seligman, Edwin R. A., IX: 170.
 Sellén, IV: 351; VII: 322, 352.
 Sellén, Antonio, IV: 388; VII: 316, 317, 318, 323.
 Sellén, Francisco, IV: 388; V: 368; VII: 315, 316, 317, 318, 322, 323, 332, 346.
 Sempson, VI: 267, 268.
 Senties, V: 199.
 Sequeira, Arcadio, X: 165.
 Serafina, IV: 303.
 Serebrinski, Bernardo, IX: 17, 282.
 Serpa, Enrique, X: 33.
 Servancki, Víctor, X: 218.
 Serra, Rafael, VII: 371, 373, 374; VIII: 44.
 Serrano, III: 172, 173, 174; IV: 28, 29, 31, 40, 122, 160, 369; V: 30, 33, 35, 36, 43, 55, 93, 130, 131, 293; VI: 8, 9, 10, 74, 75, 81.
 Serrano, Antonio, II: 14.
 Serrano, Apolinar, X: 234.
 Serrano, Francisco, IV: 27, 30, 33; V: 22, 23, 280; VI: 7.
 Serrano, Francisco de Paula, III: 267.
 Serrano, Gonzalo de, I: 107.
 Serrano, Rafaela, VII: 473.
 Serret, Dulce María, X: 292.
 Setién, V: 129.
 Severo Franco, IV: 121.
 Seward, V: 66.
 Seward, William H., V: 270.
 Shafter, VI: 254, 434, 437, 438, 439, 441, 444, 445, 446, 448, 449, 450; VIII: 202, 260.
 Shafter, William R., VI: 253, 433; VIII: 193, 257.
 Shaler, III: 34, 88, 89.
 Shaler, William, III: 33, 41, 85.
 Shakespeare, VII: 346.
 Shelley, VII: 340.
 Sherman, John, V: 271, 273, 297; VI: 420.
 Shoenrich, Otto, VIII: 35.
 Shylock, VII: 22.
 Siberio Sotolongo, Jorge, VIII: 186.
 Sickles, V: 279, 280, 281, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 296, 299, 300, 320, 321; VI: 16, 17, 19.
 Sickles, Daniel E., V: 278.
 Sicre, X: 244, 245.
 Sicre, Juan José, X: 243.
 Sierra, Enriqueta, X: 311.
 Sierra, José IV: 7.
 Sieyés, VIII: 270.
 Sigaray, Juan, VII: 447.
 Sigaray, Norberto, VII: 447.
 Sigler, N., V: 354.
 Sigsbee, VIII: 256.
 Sigsbee, C. S., VI: 412.
 Silva, VII: 79, 80, 109; VIII: 71.
 Silva, Charles, VI: 325.
 Silva y Gil, Felipe, VIII: 70.
 Silva, Gonzalo de, I: 363.
 Silva, José Asunción, VII: 329; X: 13.
 Silva, Juan Ramón, VII: 314.
 Silva, Manuel Ramón, VI: 248, 344, 345, 349; VII: 73, 75, 105, 117, 139; X: 240.
 Silva y Muñoz del Canto, Oscar, VIII: 70.
 Silva, Ramón, VII: 372.
 Silveira, VIII: 22.
 Silvela, V: 281, 283, 293; VI: 90.
 Silvela, Manuel, V: 280, 300.
 Silverio, Nicasio, VII: 57.
 Silvestre, I: 355.
 Simancas, Benito, VII: 439.
 Simoni, V: 104.

- Simoni, Amalia, VII: 468.
 Simoni, José Ramón, IV: 402; V: 103.
 Simons, Moisés, VII: 445; X: 276, 310.
 Sinués, María del Pilar, VII: 319.
 Sirgado, J. Patricio, V: 347.
 Sirgado, Pedro, III: 359.
 Sirvén, Faustino, VII: 141.
 Sivori, Camilo, VII: 479.
 Sloane, II: 155.
 Sloane, Hans, II: 278.
 Sloucum, VIII: 34.
 Smith, Adam, III: 85, 249.
 Smith, Alden, VI: 415.
 Smith, John E., V: 291.
 Smith, Octavio, X: 23.
 Smith, Theodore Clarke, V: 264.
 Smoot, IX: 363.
 Sola, Leopoldo de, VII: 364.
 Sola Iradi, Leopoldo de, VI: 107.
 Solá, M., III: 393; IV: 418.
 Solá, Miguel, I: 368; II: 326.
 Solano, Angel, VIII: 239, 241.
 Soler, VI: 81.
 Soler, J. Enrique, VII: 276.
 Soler, Luis, VI: 267.
 Soler y Plá, Santiago, VI: 22.
 Solís, VII: 443.
 Solís, Ramón, VII: 457.
 Soloni, Félix, X: 31.
 Solórzano y Correo, Antonio, IV: 372.
 Solórzano Pereira, II: 289.
 Someruelos, III: 12, 13, 14, 18, 19, 22, 23, 24, 25, 35, 40, 43, 64, 126, 127, 128, 129, 131, 132, 133, 135, 137, 138, 275, 288; VI: 77.
 Someruelos, marqués de, III: 124, 326, 336; VI: 72, 73; X: 261, 263.
 Somoza, Julio, II: 313.
 Sores, I: 219, 226, 295; X: 252.
 Sores, Jacques de, I: 159, 160, 162, 357; X: 251.
 Soret, Joaquín, VII: 4.
 Soret, Justo, VII: 434, 440.
 Sorí, José María, V: 237.
 Soria, VI: 132.
 Sorolla, X: 193.
 Sosa, Antonio de, III: 323.
 Sosa de Quesada, Aristides, VIII: 184.
 Sosa, Manuel, VII: 452.
 Sosa de Quesada, VIII: 183.
 Sobrado, Indalecio, VIII: 36.
 Sobrado, Manuel, VII: 141.
 Socarrás, Carlos, VI: 226, 236, 238, 299.
 Sofía, VII: 338.
 Sol, Jesús del, V: 112, 113, 184.
 Sol, Pedro J. del, III: 355.
 Solá, Antonio, VII: 414; X: 235.
 Solá, José Sixto, VIII: 366; X: 36.
 Soto, I: 93; X: 238.
 Soto Paz, Antonio, IV: 418; VII: 376.
 Soto, Bernardo, VI: 188.
 Soto, Diego de, I: 166.
 Soto, Donato, VI: 326.
 Soto, Emilio de, X: 215.
 Soto y Pérez, Francisco, II: 322.
 Soto, Hernando de, I: 92, 93, 157, 158, 161, 225, 230, 272; X: 14, 251.
 Soto, José de, III: 130, 131.
 Soto, Juan, V: 354, 361.
 Soto, Luis de, VII: V; X: 195, 197, 198, 203, 210, 211, 233, 237, 242, 248, 249, 265.
 Soto y Sagarra, Luis de, VII: 430.
 Soto, Marcos Aurelio, VII: 310.
 Soto, Oscar, IX: 245.
 Soto Núñez, Rubén, V: 372.
 Sotolongo, II: 249.
 Sotolongo, Ambrosio, I: 107.
 Sotolongo, Cristóbal, I: 355.
 Sotolongo, Miguel de, II: 40.
 Sotolongo y Quijano, Ramón, VII: 438.
 Sotomayor, VI: 224, 226, 243.
 Sotomayor, Pedro, VI: 232.
 Soulé, Pierre, IV: 116, 119.
 Souza, VII: 28.
 Souza, Benigno, V: 264; VI: 256; VII: 20, 22, 27, 70, 242; X: 45.
 Sencer, VII: 345, 387.
 Spencer, A. C., VII: 409.
 Spencer, José W., VII: 409.
 Spengler, VIII: 358.
 Speyer, VIII: 13; IX: 105, 155, 231.
 Spooner, VIII: 204.
 Sporri, Otto, VI: 302.
 Spotorno, V: 112, 203, 207, 213, 216, 217, 218, 239, 333.
 Spotorno, Juan Bautista, V: 60, 172, 202, 245, 260; VI: 82, 100, 190; VIII: 44.
 Springer, John, I: 195.
 Stabat, Mateo, IV: 393.
 Stakhanov, IX: 432.
 Staniaty, VII: 469.
 Steinhart, Frank, VIII: 27.
 Sterling Heredia, Domingo, III: 146.
 Stevenson, Robert L., X: 37.
 Stewart, William M., VI: 419.
 Storch, Miguel, IV: 375.
 Stourn, IX: 4, 49.
 Stowe, Beecher, VII: 341.
 Strakosch, Maurice, VII: 480.
 Struch, L., IV: 403.
 Stuart Chapin, F., IX: 17.
 Stuart Mill, VII: 345.
 Suárez, V: 191, 211, 212, 231, 233, 349.
 Suárez y Romero, Anselmo, III: 304, 307, 308, 349, 361; IV: 362.
 Suárez Chané, Constante, X: 293.
 Suárez Murias, Eduardo R., X: 187.
 Suárez Rivas, Eduardo, VIII: 116, 178, 184.
 Suárez, Enrique, VII: 285, 286.
 Suárez, Fico, VII: 337.
 Suárez Inclán, VI: 235, 237, 238.
 Suárez Solís, X: 244.
 Suárez, Luis, VI: 190.
 Suárez Veras, Luis, VI: 333.

Suárez Manuel, V: 205, 210, 222, 230, 245, 340, 347; VI: 237, 238; VII: 286.
 Suárez, Miguel, VIII: 44.
 Suárez Fernández, Miguel A., VIII: 178, 180.
 Suárez Herrera, Miguel V: 359.
 Suárez Murias, VII: 198.
 Suárez de Gamboa, Pedro, I: 312.
 Suárez de Poago, I: 319.
 Suárez Solís, Rafael, X: 216, 228.
 Suárez y Romero, IV: 363, 385, 388; VII: 307, 360.
 Suárez de la Cruz, Simón, IV: 399.
 Suárez Valdés, VI: 195, 210, 219, 220, 223, 226.
 Suárez Rubí, Valentín R., X: 165.
 Sucre, VI: 283, 307.

Sucre, Carlos de, II: 23.
 Sudupe, Estanislao, X: 278.
 Summer Welles, VIII: 232, 233, 237, 255, 261.
 Summer Welles, Benjamin, VIII: 231, 236, 254.
 Sumner, VI: 17, 439, 440.
 Suñery Capdevila, Francisco, VI: 22.
 Surí, II: 306, 309.
 Surí y Aguila, José, II: 308.
 Susini, Luis, VII: 260.
 Suzarte, IV: 386, 387.
 Suzarte, José Quintín, IV: 385; VII: 315, 320.
 Suzarte, Quintín, III: 360.
 Svetchine, X: 215.
 Svicher, Isabel, VII: 449.

T

Tabío, Evelio, VIII: 186, 391.
 Taboada, Evaristo, VII: 372.
 Taciturno, Guillermo E., I: 296.
 Tacón, III: 90, 101, 102, 103, 104, 149, 150, 360; IV: 6, 8, 12, 15, 64, 65, 222, 223, 379, 382, V: 24, 140, 247; VI: 8, 46, 74, 76, 82; VII: 53; IX: 27; X: 234, 235, 261, 264, 309.
 Tacón, general, III: 325, 327, 363, 374; IV: 76.
 Tacón, Miguel, III: 100; IV: 3; X: 263.
 Tacón y Rosique, Miguel III: 148.
 Tadeo, Don (seudónimo), VII: 475.
 Taft, VIII: 30, 31, 32, 42, 288, 294; IX: 110, 169.
 Taft, William H., VIII: 29, 34, 36, 41, 48; IX: 109.
 Tagle, Manuel, IV: 404.
 Tagore, Rabindranath, VII: 325.
 Taine, VII: 344, 351; X: 191.
 Taine, Hipólito, VIII: 321.
 Talavera, Bernardino de, I: 53.
 Tallapiedra, II: 208, 226.
 Tallet, José Z. X: 19, 22.
 Talleyrand, III: 13, 15.
 Tamayo, VI: 217; VII: 65, 80, 89, 102, 109, 332; VIII: 9, 11.
 Tamayo, Diego, VI: 353; VII: 48, 73, 79, 105, 106, 107, 108, 122, 127, 365, 400; VIII: 6, 12, 205, 275, 289; X: 150, 156.
 Tamayo y Figueredo, Diego, IX: 76.
 Tamayo, Emilio O., V: 260.
 Tamayo, Esteban, VI: 189, 204.
 Tamayo, Eudaldo, VII: 73, 75, 79, 92, 93, 96, 140, 366; VIII: 43, 306.
 Tamayo Pavón, Eudaldo, VII: 36.
 Tamayo, Joaquín, III: 120.
 Tamayo, José, VII: 484.
 Tamayo Fleites, Francisco, V: 40.
 Tamayo, Hortensio, V: 40.

Tamayo, Rodrigo de, I: 85, 88.
 Tamberlick, Enrico, VII: 449.
 Tamés, III: 378.
 Tanco, IV: 835.
 Tanco, Félix, III: 143.
 Tanco, Félix M., III: 362; IV: 362, 375.
 Tansil, C. C., V: 264.
 Tapia, Cristóbal de, I: 360.
 Tarafa, IX: 362.
 Tarafa, José Miguel, VI: 317.
 Tarascó, X: 116.
 Tarazona, Fernando, X: 220.
 Tardo, Rodulfo, X: 244, 245.
 Tarrida del Mármol, VII: 270.
 Tasso, I: 353.
 Taylor, III: 207; IV: 83, 87, 218; VI: 59; IX: 432.
 Taylor, Zacarias, IV: 81.
 Tedesco, IV: 314.
 Tejada, VII: 423, 429; X: 199, 200, 201.
 Tejada, Félix, X: 241.
 Tejada, José G., IV: 114.
 Tejada, José Joaquín, VII: 419, 420; X: 116, 196, 241.
 Tejada, Joaquín, X: 195.
 Tejada, Juan de Dios, IX: 394.
 Tejada de Valdosera, VI: 28.
 Tejada de Valdosera, conde de, VI: 40, 91, 92.
 Tejada, I: 98, 100, 175, 235, 307, 308, 338.
 Tejada, Juan de, I: 97, 174, 337, 338, 342.
 Tejedor, Carlos, V: 316.
 Tejera, IV: 351; VII: 322, 325, 332, 346; VIII: 347.
 Tejera, Diego Vicente, VII: 291, 293, 318, 319, 323, 371; VIII: 93, 269, 346, 348, 391.
 Tejera y García, Diego Vicente, VIII: 184.
 Tejera, Francisco Buenaventura, VII: 465.
 Teller, VII: 51.
 Tellez, Narciso, VII: 454.

- Temperley, H. W. V., II: 90.
 Tenerife, marqués de, VII: 231.
 Teneza, Francisco, II: 7, 23, 24.
 Tennyson, Alfredo, X: 280.
 Teodora, I: 360.
 Terrato, José, IV: 403.
 Terrill, J. D., IX: 96.
 Terry, Emilio, VIII: 6, 16; IX: 103.
 Terry, Tomás, IV: 39.
 Tesin, Juan de, I: 148.
 Tetis, I: 350.
 Tetuán, duque de, VI: 59, 68.
 Teurbe Tolón, V: 21.
 T. Tolón, Edwin, X: 276.
 Teurbe Tolón, José, III: 143; VI: 73.
 Teurbe Tolón, Miguel, IV: 82, 112, 368, 371; V: 10.
 Thayer Maham, Alfredo, V: 186.
 Theye, Carlos, X: 171.
 Thomas, VII: 312.
 Thomson, VII: 472.
 Thrasher, J. S., III: 312.
 Thurman, V: 119.
 Thurston, John, VI: 419.
 Ticknor, G., III: 359, IV: 378.
 Tigre, El (seudónimo), V: 129.
 Tineo y Fuertes, Juan Antonio, II: 28.
 Tió, Jaime, VI: 280.
 Tirado, VI: 227, 360.
 Tirado, Modesto A., VI: 107, 115, 353.
 Tirso, II: 311; VII: 346.
 Tito Visino, IV: 193.
 Tizón, V: 196.
 Tizón, (alias), V: 129.
 Todd, A., VI: 326.
 Todd, Frederick, IX: 268.
 Toimil, Rafael A., VII: 369.
 Toledo, III: 41, 42.
 Toledo, conde Armildez de, IV: 50.
 Toledo, Fradique de, I: 189, 321.
 Toledo, María de, I: 59.
 Tolmé, Carlos, IV: 192.
 Tolón, Edwin T., III: 391.
 Tomás, X: 274.
 Tomás, don, VIII: 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 14, 15.
 Tomás, Guillermo, VII: 452, 459, 462.
 Tomás, Guillermo M., VII: 461; X: 271, 272, 286, 291, 309.
 Tomás Bonffartigue, Guillermo M., VII: 460; X: 270.
 Tomás, José Antonio, VII: 460.
 Tomás, Santiago, VII: 460.
 Tomás, Santo, VII: 414.
 Tomás, Tomás, VII: 442, 459, 460.
 Topete, V: 93; VI: 18.
 Topete, Juan Bautista, V: 23, 36, 144.
 Toral, VI: 441, 444, 445, 446; VIII: 193, 202, 260.
 Torillo del Castiz, M., III: 355.
 Toro, Leyes de, I: 234.
 Torquemada, I: 342.
 Tortuosa, Mariano, VII: 411.
 Torra, Antonio D', VIII: 182, 184.
 Torrademé Balado, Angel, II: 90, 91.
 Torrado, Antonio, VII: 141.
 Torralbas, José L., VII: 399.
 Torre, La, I: 25, 38.
 Torre, Angela de la, VII: 472.
 Torre, Antonio María de la, III: 375.
 Torre, Carlos de la, III: 393; IV: 400, 415; VII: 141, 409, 410, 411; VIII: 184; IX: 93; X: 41, 81, 170, 176, 178, 179, 183, 185, 306.
 Torre y Huerta, Carlos de la, X: 182.
 Torre, Cristóbal de la, II: 25.
 Torre, duque de la, IV: 275; V: 36, 130; VI: 8, 13, 76.
 Torre, Federico de la, VI: 190, 303.
 Torre, Gabriel de la, VII: 472; X: 293.
 Torre, Guillermo de, X: 307, 308.
 Torre, José M. de la, IV: 158, 382.
 Torre, José María de la, I: 59, 202, 203, 365, 368; III: 326, 350, 393; VII: 407; X: 261, 265.
 Torre, Julián de la, I: 264.
 Torre marqués de la, II: 68, 69, 70, 71, 72, 74, 76, 77, 78, 80, 81, 88, 129, 161, 215, 259, 277, 312, 319, 320; III: 3, 8, 325, 334, 335; X: 261, 263.
 Torre, Marta de la, VII: 472.
 Torre, Oscar de la, VIII: 177.
 Torre Sifontes, Pedro de la, I: 352.
 Torre, Ricardo de la, X: 186.
 Torre, Salvador de la, X: 178.
 Torrens de Garmendia, Mercedes, X: 25.
 Torrente, IV: 185, 186, 194, 237, 260.
 Torrente, Mariano, III: 360; IV: 219, 274, 291, 292, 294.
 Torres, V: 360; IX: 83.
 Torres Riosco, Arturo, VII: 376.
 Torres Ayala, IV: 11.
 Torres, Bernardo, V: 359.
 Torres, Gabriel de, II: 323.
 Torres, Gaspar de, I: 97, 123, 341.
 Torres, Juan Francisco de, IV: 90.
 Torres-Lasqueti, Juan, V: 235, 264.
 Torres Lasqueti, VII: 153.
 Torres, Laureano de, II: 103.
 Torres Ayala, Laureano de, II: 7, 9, 10.
 Torres, Luis de, I: 41.
 Torres, Manuel, V: 60.
 Torres, Mariano, V: 333, 354; VI: 276, 282, 284.
 Torres de Mendoza, I: 51.
 Torres Naharro, I: 345.
 Torres, Ramón, V: 354.
 Torrey Simpson, Charles, VII: 409.
 Torriente, IV: 262, 399; VI: 347; VII: 64, 65; VIII: 244, 246.
 Torriente, Cosme de la, VI: 236, 345, 395, 430, 450, 462, 463; VII: 63; VIII: V, 52, 57, 60, 64, 73, 78, 84, 96, 177, 183, 195,

- 228, 233, 243, 264, 301, 303, 319, 320, 356, 366.
- Torriente y Peraza, Cosme de la, V: 264; VI: 248; VII: 69; VIII: 184.
- Torriente, Ricardo de la, VII: 321; VIII: 342; X: 50.
- Torroella, VII: 348.
- Torroella, Alfredo, IV: 373, 388; VII: 332.
- Torroella, Juan, VII: 456; X: 293.
- Torroella y Bonín, Juan, VII: 456.
- Touissant l'Ouverture, III: 123.
- Toussaint l'Ouverture, Pierre, III: 112.
- Tovar, Fernando Felipe de, I: 125.
- Townsend, vizconde de, III: 169.
- Tragó, X: 296.
- Tragó, José, VII: 445.
- Trasher, IV: 166, 171, 188.
- Travé Estrada, Jorge, VI: 267.
- Travieso, José I., VIII: 56.
- Trejo, Rafael, VIII: 74.
- Trelles, IX: 17.
- Trelles, Carlos M., I: 72, 73, 368; II: 91, 134, 298, 313, 324, 326; IV: 418; V: 356, 373, 376; VI: 256; VII: 317; X: 46.
- Trelles y Govín, Carlos M., III: 105, 152; V: 264; IX: 10.
- Trelles, Nicanor, VII: 367.
- Trespalacios, Obispo, III: 383, 386.
- Trespuentes, José, VII: 450.
- Trespuentes, José María, IV: 389.
- Trevelyan, IX: 13, 283.
- Triay, VII: 333; VIII: 391.
- Trinchet, Enrique, VIII: 184.
- Trinitario, El (seudónimo), IV: 375.
- Troncoso, Bernardo, II: 87.
- Trovador cubano, El (seudónimo), III: 362.
- Trujillo, V: 340, 356; VI: 283, 309, 360.
- Trujillo, Carlos I., VI: 353.
- Trujillo, E., V: 373; VI: 333, 405; IX: 93
V: 353, 354, 358, 359, 362, 363, 366, 369;
VI: 121, 181; VII: 321.
- Trujillo Cárdenas, Enrique, VII: 373.
- Trujillo, José, V: 264.
- Trujillo, Pablo, VI: 333.
- Trujillo, Ricardo, VI: 308.
- Trujillo y Armas, Ricardo, VI: 282.
- Truslow, IX: 45, 169, 233, 234.
- Truslow, Francis Adams, X: 146.
- Tschirubausen, X: 167.
- Tudela, Enrique, VI: 189.
- Tulio (seudónimo), IV: 375.
- Tull, Jethroe, III: 169.
- Turla, III: 360.
- Turla, Angel, III: 360; IV: 353, 368.
- Turla, L., IV: 385.
- Turla, Leopoldo, IV: 368; V: 21; VI: 284; VII: 308.
- Turnbull, IV: 66, 67, 68, 69, 70, 71, 73, 77, 278.
- Turnbull, David, III: 349; IV: 89.
- Turreau, III: 24.
- Turreau, general, III: 23.
- Tytter, III: 365, 367.

U

- Ubago, Juan, VII: 471.
- Ubeda, Manuel, VII: 445, 454, 479.
- Ubieta, VII: 156.
- Ubieta, Enrique, V: 264; VI: 33, 463; VII: 242.
- Ubilla, II: 249.
- Ubilla, Juan de, II: 222.
- Udaeta, V: 12, 13.
- Uhland, VII: 323, 324.
- Uhrbach, Carlos Foa, VII: 331; X: 10, 171.
- Uhrbach, Federico, VII: 331; X: 11, 280.
- Ulloa, VI: 10.
- Ulloa, Alberto, V: 326.
- Ulloa, Antonio de, II: 204, 278, 284.
- Ulloa, Augusto, VI: 11.
- Ulloa, Martín de, II: 32, 45, 52, 53, 56.
- Ulloa, Miguel, VII: 333.
- Unamuno, Miguel, VIII: 346.
- Unzaga, II: 86, 150.
- Unzaga, Luis de, II: 85, 132.
- Upmann, VII: 221.
- Urban, Alice, VII: 449.
- Urbea, Juan de, IV: 331.
- Urbina, Federico, V: 354.
- Uriarte, III: 245.
- Uriarte, Miguel de, II: 210.
- Urioste, V: 236, 238.
- Urquiaga, Ibrahim, VIII: 57.
- Urzáiz, Fernando, IV: 372.
- Urriza, II: 85.
- Urriza, Juan Ignacio, II: 84.
- Urrutia, II: 192, 229, 258, 270, 295, 305, 313.
- Urrutia, Bernardo de, II: 30.
- Urrutia, Carlos de, III: 44; V: 264.
- Urrutia, Ignacio José de, I: 356.
- Urrutia y Montoya, Ignacio José de, II: 277, 280, 297, 298, 315.
- Uscarrel, Gregorio, II: 307.

V

- Vadillo, I: 219, 274.
 Vadillo, Juan de, I: 92, 278, 305.
 Váez, Gonzalo, I: 292.
 Váez, Cutiño, Gonzalo, I: 291.
 Vaillant, III: 119, 120, 121.
 Vaillant, Juan Bautista, II: 88, 297; III: 118.
 Valcárcel, Gustavo, IX: 281.
 Valeté (seudónimo) IV: 375.
 Valderrama, X: 201.
 Valderrama, Esteban, X: 81, 200, 211.
 Valdés, I: 100, 101, 179, 182, 314, 319;
 III: 288, 291; IV: 77, 80.
 Valdés (obispo), II: 9, 11, 13, 16, 17.
 Valdés, A., V: 236.
 Valdés, Antonio, III: 131.
 Valdés, Antonio José, I: 368; II: 326; III:
 366; IV: 289.
 Valdés Navarrate, Antonio Abad, II: 266, 267.
 Valdés, Aurelio, VII: 452.
 Valdés, Caridad, VII: 438.
 Valdés Navarrete, Carlos, IV: 364.
 Valdés, Carlota, IV: 362.
 Valdés, Cecilia, IV: 360, 361; VII: 337, 419;
 X: 276, 290.
 Valdés Dausá, VIII: 77.
 Valdés Domínguez, VI: 338, 339, 340, 341,
 343.
 Valdés Domínguez, Eusebio, III: 105, 294.
 Valdés, Felipe V, VII: 453.
 Valdés Domínguez, Fermín, V: 142, 264; VI:
 198, 199, 337, 338, 342; VII: 313, 358.
 Valdés, Francisco, IV: 114.
 Valdés Ramírez, Francisco, VII: 435.
 Valdés, Gabriel de la Concepción, IV: 352.
 Valdés, general, III: 247; IV: 67, 69, 70, 71.
 Valdés, Gerónimo, II: 7, 26, 302; III: 342;
 IV: 75, 76, 317, 406.
 Valdés, Gilberto, X: 296.
 Valdés, Machuca, Ignacio, III: 362.
 Valdés Peralejo, Joaquín N., IV: 65.
 Valdés Faully, IV: 44.
 Valdés Faully, José V: 41.
 Valdés, José Policarpo, III: 360; IV: 353.
 Valdés, José Tereso, VII: 438.
 Valdés, Juan, VII: 452.
 Valdés, Juan F., VII: 458.
 Valdés Valenzuela, Juan, V: 336.
 Valdés, Juanito, X: 283.
 Valdés Carrero, Luis, VIII: 43.
 Valdés, Manuel, III: 131; VII: 250.
 Valdés Rodríguez, Manuel, VII: 265, 300,
 371, 407.
 Valdés, Manuel de Jesús, V: 53; VII: 306.
 Valdés Costa, Mario, VII: 443, 445, 446.
 Valdés, Pancho, VII: 438.
 Valdés, Pedro de, I: 98, 99, 102, 130, 134,
 143, 178, 180, 313.
 Valdés Ragués, Pedro, X: 178.
 Valdés Daussá, Ramiro, VIII: 177.
 Valdés, Ramón Francisco, IV: 372.
 Valdés García, Ramón, VI: 378.
 Valdés Rodríguez, X: 146.
 Valdés, Tranquilino, V: 58, 60, 72; VII: 306.
 Valdés, Ulpiano, VII: 438.
 Valdés Valenzuela, V: 338.
 Valdespi, Armando, VII: 440.
 Valdespina, VII: 336.
 Valdivia, I: 54.
 Valdivia, Aniceto, VII: 317, 320, 331, 332,
 373, 418.
 Valencia, Pablo, IV: 404.
 Valenzuela, Mercedes, VII: 452.
 Valenzuela, Raimundo, VII: 434, 440, 442,
 452, 453.
 Valera, IV: 357; V: 355.
 Valera, Juan, VI: 92.
 Valiente, III: 5, 7, 62.
 Valerio, Juan Francisco, VII: 313, 333.
 Valero, José, VII: 480.
 Valery, X: 17.
 Valette, René de, X: 163.
 Valiente, V: 67, 68, 69, 70; VI: 360, 460;
 IX: 5.
 Valiente, Ambrosio, V: 322.
 Valiente, José, V: 66.
 Valiente, José Pablo, III: 46, 117.
 Valiente, Pablo, III: 4.
 Valiente, Pablo José, II: 88.
 Valiente, Pedro, II: 296; III: 265.
 Valiente, Porfirio, IV: 115, 121, 122; VI:
 353, 354.
 Valmaseda, V: 26, 27, 29, 34, 52, 53, 54,
 58, 59, 75, 87, 103, 105, 107, 108, 109,
 110, 111, 112, 126, 128, 129, 130, 133,
 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 142,
 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150,
 151, 153, 159, 162; VI: 13; VII: 154,
 159.
 Valmaseda, conde de, V: 35, 91, 216, 306;
 VI: 18.
 Valverde, IX: 17.
 Valverde, Antonio, III: 393.
 Valverde, Antonio L., IV: 345; VI: 115;
 X: 44.
 Valverde, Calixto, IX: 138.
 Valladares Abreu, Alfredo, VIII: 184.
 Valle, Adrián del, IV: 415; VII: 293.
 Valle, Antonio del, IV: 303.
 Valle-Hernández, Antonio del, III: 152, 270,
 324, 334, 336, 345, 350; VI: 72.
 Valle, Gerardo del, X: 34.
 Valle, Juan, VII: 264, 287, 293.
 Valle Hernández, III: 338, 339, 340.
 Valle Moré, José del, VIII: 391.
 Valle Moré, José G. del, VIII: 188.
 Valle, Tomás, VII: 287.
 Valledor, Teodoro, X: 162.

- Vallejo, I: 104.
 Vallejo, Diego, I: 103.
 Vallejo, Francisco, IV: 8.
 Vallellano, conde de, IV: 39.
 Valles Franco, León, VI: 374.
 Vallmitjana, Agapito, X: 235.
 Vallmitjana, Venancio, X: 235, 240.
 Valls, Miguel, X: 236.
 Van der Borcht, IX: 59, 60, 283.
 Van Buren, III: 88.
 Van der Gucht, Francisco, IV: 394.
 Van der Gucht, J., I: 40, 72.
 Van der Gucht, José, IV: 394, VII: 452.
 Van der Gucht, Juan, IV: 394.
 Van Herman, H. A., X: 173.
 Van Horne, IX: 294.
 Van Horne, William, VII: 60, 70, 218.
 Van Tieghem, VII: 402.
 Vandama, II: 234.
 Vanderlyn, III: 376.
 Vaughan, T. W., VII: 409.
 Vaughn, Walter, VII: 70.
 Vara Calderón, I: 324.
 Vara del Rey, VI: 240, 438, 439.
 Vara del Rey, Joaquín, VI: 437.
 Varea, José, II: 74, 75.
 Varela, III: 67, 70, 71, 77, 94, 104, 150, 289, 290, 315, 356, 369, 384, 389; IV: 105, 288, 378, 414, 415; VI: 77, 88, 147; VII: 345; IX: 15; X: 45, 235.
 Varela Zequeira, Eduardo, VI: 223; VII: 361; VIII: 38; X: 36.
 Varela, Félix, II: 55, 142, 147, 295, 349, 367, 382, 383; VI: 73; VII: 350, 414, 450.
 Varela, José, V: 240.
 Varela Zequeira, José, VII: 316, 318, 326, 367.
 Varela, P., 97, 114.
 Varela, Padre, III: 288, 355, 359, 368, 386.
 Varela Zequeira, Roberto, X: 162.
 Varela, Sixto, VII: 437.
 Varela Zequeira, VII: 321, 322, 346.
 Vargas, I: 349.
 Vargas, Balvanero, VI: 267.
 Vargas, Francisco, X: 175.
 Vargas Machuca, Manuel, IV: 402.
 Variñas, marqués de, I: 231.
 Varona, I: 355; IV: 351, 385; V: 148, 224, 225, 302, 304; VI: 96, 228, 236; VII: 65, 318, 320, 321, 322, 326, 340, 341, 342, 345, 346, 347, 352, 353, 357, 365, 370, 375, 381, 392, 393, 396; VIII: 93, 339, 357, 358, 389; IX: 15; X: 8, 36, 39, 80, 304.
 Varona, Adolfo de, IV: 403; VII: 306.
 Varona, Agustín de, II: 25.
 Varona y G. del Valle, Agustín de, VII: 399.
 Varona, Bernabé, IV: 43; VI: 292.
 Varona, Bernabé de, V: 18, 27, 53, 184.
 Varona, Calixto, VII: 434, 435.
 Varona, Carlos de, V: 301, 303.
 Varona, Diego de, I: 355.
 Varona, Enrique, V: 354.
 Varona, Enrique José, III: 391, 393, 394; IV: 142, 333, 351, 411; V: 264, 326, 357, 373; VI: 114, 115, 181, 289, 373, 384; VII: 48, 53, 73, 278, 279, 307, 314, 316, 325, 344, 366, 371, 375, 376, 391, 393, 397, 418; VIII: 36, 38, 41, 48, 51, 52, 64, 264, 267, 291, 335, 338, 366; IX: 76, 77, 244, 274; X: 47, 86, 112, 122, 146, 165.
 Varona, Esteban de, V: 197, 217, 223, 233.
 Varona, Francisco, VI: 237.
 Varona, Luis, VII: 443, 481.
 Varona Suárez, Manuel, VIII: 43.
 Varona, Manuel A. de, VIII: 177, 184.
 Varona, Mercedes, VI: 292, 293; VII: 312.
 Varona Guerrero, Miguel, V: 245, 264; VI: 190, 256, 333, 463.
 Varona Murias, VII: 318.
 Varona, Panchín, V: 360, 361.
 Varona, Pascual de, III: 378.
 Varnhagen, I: 48.
 Vasconcelos, Ramón, VIII: 178; X: 49.
 Vasseur, Le, I: 321.
 Vasseur y Agüero, Carlos, VII: 468.
 Vasseur Agüero, Inés, VII: 468.
 Vand-Horch, I: 196.
 Vaudrosques Diel d'Enambuc, Pierre, I: 196.
 Vázquez, Bartolo, VII: 457.
 Vázquez, Blanca, VII: 439.
 Vázquez Bello, Clemente, VIII: 60, 61, 67, 77.
 Vázquez, Eugenio Armando, X: 176.
 Vázquez, Francisco, I: 195.
 Vázquez, Henri, X: 158.
 Vázquez, Higinió, VI: 314.
 Vázquez de Hiestrosa, Juan, I: 356.
 Vázquez de Aillón, Lucas, I: 155.
 Vázquez de la Cadena, Manuel, III: 371.
 Vázquez, Miguel, I: 195.
 Vázquez, Pedro, IV: 403.
 Vázquez, Roberto, X: 200.
 Vázquez Queipo, III: 261; IV: 187, 335.
 Vázquez, Teodoro, VII: 452.
 Vázquez Queipo, Vicente, III: 295; IV: 113, 291, 292.
 Vega, VI: 239, 247; X: 203.
 Vega, hermanos, V: 189.
 Vega de Armijo, IV: 122.
 Vega, Claudio de la, VII: 409.
 Vega, Concepción de la, I: 59.
 Vega, Francisco, V: 228, 239.
 Vega, Javier de la, VI: 244.
 Vega, Manuel, X: 228.
 Vega-Mar, conde, VI: 9.
 Vega Alemán, Matías, VI: 244.
 Vega, Policarpo, VII: 259.
 Vega Cobielles, Ulpiano, VIII: 184.
 Vega, Ventura de la, III: 360.
 Veglia, Pablo, III: 380.
 Veitia, Domingo, II: 55.
 Velasco, II: 121, 123, 124, 126; VII: 157.
 Velasco, Luis Vicente de, II: 43, 119, 319.

- Velasco, Rodrigo de, I: 104.
 Velázquez, I: 10, 11, 22, 23, 37, 38, 57, 58, 59, 60, 62, 65, 66, 69, 70, 78, 79, 80, 81, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 114, 115, 117, 138, 140, 148, 153, 154, 155, 156, 161, 162, 179, 207, 208, 209, 212, 213, 214, 218, 221, 222, 224, 225, 226, 227, 230, 231, 249, 259, 271, 273, 275, 278, 281, 347; II: 312, 313
 Velázquez, Antonio, I: 84, 116, 117.
 Velázquez, Cosme, X: 235.
 Velázquez de Contreras, Damián, I: 104, 105.
 Velázquez, Diego, I: 55, 56, 61, 66, 68, 70, 77, 82, 115, 152, 220, 230, 232, 236, 248, 284, 297, 304, 346; III: 377.
 Velázquez, Jorge, I: 115.
 Velázquez, Marcelino, IV: 57.
 Velázquez, Miguel, I: 280, 281, 331, 348, 362; II: 284.
 Vélez, III: 55, 77, 274; X: 170.
 Vélez, José de, I: 355.
 Vélez, Juan Justo, III: 273.
 Vélez, Justo, III: 54, 383, 388.
 Vélez Herrera, Ramón, IV: 353.
 Velosa, Gonzalo de, I: 301.
 Veloz y Veloz, Rafael, VII: 464.
 Velloso, I: 301.
 Venables, I: 323.
 Venegas, I: 132.
 Venegas, Francisco de, I: 104, 318.
 Venent, V: 48, 49.
 Venturi, X: 218.
 Venus de Milo, X: 218.
 Vera Verdura, Manuel, VIII: 44, 67, 68.
 Vera y Zequeira, María Teresa, X: 283.
 Veranes, Félix, II: 305.
 Verdeja, IX: 362, 372.
 Verdeja, Santiago, VIII: 57, 60, 177.
 Verdugo, Carlos, VII: 41.
 Verdugo, Pablo, IV: 403.
 Vergara, Alejandro, VIII: 134.
 Verges, Donato, V: 361.
 Verlaine, VII: 330.
 Vermay, III: 375, 377, 380; X: 193.
 Vermay, Juan Bautista, III: 327, 372, 376; X: 263.
 Vernon, II: 107.
 Vernon, Eduardo, II: 106.
 Vernon Edwards, II: 27.
 Vesa y Fillart, Antonio, X: 185.
 Vesa Fillart, X: 183.
 Vesa, Federico, VII: 399.
 Vespucio, Américo, I: 48, 49.
 Vetusto Claro (seudónimo), IV: 121.
 Veza, X: 224.
 Viamontes, Nicolás, III: 113.
 Viana, I: 109.
 Viana Hinojosa, Diego Antonio de, I: 108.
 Viamonte, Bertrán de, I: 124.
 Viceira, Jácome I: 360.
 Vico, VII: 333.
 Víctor, Manuel, X: 207, 209, 210.
 Victoria, X: 30.
 Victoria, duque de la, IV: 123.
 Victoria, José Tomás de la, IV: 375.
 Vicuña Mackenna, Benjamín, VI: 35, 60, 129; V: 11, 269, 312; VII: 251.
 Vicuña Mackenna, IV: 36, 39, 40, 42.
 Vidal, Antonio, III: 370.
 Vidal, Bartolomé, VII: 463.
 Vidal, Francisco, VI: 146.
 Vidal y Careta, Francisco, VII: 409.
 Vidal Caro, José C., VIII: 320; X: 175.
 Vidal de la Torre, Luis, VIII: 188.
 Vidal, Melchor, VII: 449.
 Vidaurreta, José Luis, X: V.
 Viego, José, VIII: 177.
 Vila y Vendrell, VI: 264.
 Vilalta Saavedra, José de, VII: 414, 415.
 Vilardell, Luis, VIII: 44.
 Vilaró, VII: 320.
 Vilaró, Juan, IV: 403; VII: 410, 411.
 Vilches, V: 186.
 Vilches G., Isidro Alberto, VIII: 186.
 Vilches González, Isidro Alberto, VIII: 188.
 Villa Real de Purillana, marqués de, II: 210.
 Villaspesa, Francisco, X: 281.
 Villa-Urrutia, IV: 204, 206, 207, 260.
 Villa-Urrutia, Wenceslao de, IV: 203, 293, 402.
 Villalba y Toledo, Diego de I: 106.
 Villa-Lobos, X: 269.
 Villalobos, Marcelo de, I: 86.
 Villalón, VI: 240, 358, 359, 360, 362; VII: 31, 65; IX: 93.
 Villalón, Alberto, VII: 484; X: 284.
 Villalón, Andrés II: 322.
 Villalón, J. R., X: 187.
 Villalón, José Ramón, VI: 353, 355, 357; VII: 11, 23, 25, 48; VIII: 52; IX: 76.
 Villalón y Hechevarría, José R., IV: 228.
 Villalón y Sánchez, José Ramón, X: 166.
 Villalta, X: 237.
 Villalta Saavedra, José, X: 236.
 Villalta, marqués de, II: 55.
 Villamil, V: 134, 152.
 Villamil, Carlos, V: 112.
 Villamil, Francisco, V: 60; VI: 293.
 Villamil, Ramón, VII: 286.
 Villani, Enrico, VII: 449.
 Villanova, II: 275.
 Villanova, Florencia, V: 262.
 Villanova, Manuel, III: 295, 334; VI: 115; VII: 243, 306, 320; IX: 296.
 Villanueva, III: 255, 275, 380; VI: 40, 45; VII: 215; X: 261, 264.
 Villanueva, Carlos A., II: 90, 278, 279.
 Villanueva, conde de, III: 149, 244, 257, 262, 263, 271, 328; IV: 270, 278.
 Villanueva Pico y Cia., José II: 210.
 Villanueva, Manuel, VII: 241.
 Villanueva, Miguel VI: 39.
 Villanueva, Pelayo IV: 293; VII: 154, 242.
 Villar, VII: 276.

Villar, Elisa Margarita, VII: 449.
 Villar Buceta, Gustavo, X: 146.
 Villar Buceta, María, X: 19.
 Villarino, III: 359.
 Villate, VII: 318; X: 238.
 Villate, Blas de, V: 25.
 Villate y de las Heras, Blas de, V: 145.
 Villate, Carlos de, VII: 55.
 Villate, Gaspar, VII: 450; X: 142.
 Villate Montes, Gaspar, VII: 442.
 Villava, Victoriano de, III: 279.
 Villaverde, I: 103; III: 305, 312, 371; IV: 8, 361, 363, 417; IX: 81; X: 27.
 Villaverde, Cirilo, II: 317, 324, 326; III: 300, 304, 311, 325, 328, 349, 350, 360, 361, 384, 391, 393; IV: 84, 106, 112, 113, 142, 351, 360, 410; V: 317, 359; VII: 315, 317, 318, 336, 419; X: 276.
 Villaverde, Juan de, I: 181.
 Villaverde Uzeta, Juan de, I: 102.
 Villaverde, Lucas, III: 311.
 Villegas, V: 171.
 Villegas, Tata, X: 283.
 Villemain, III: 363.
 Villet, Enrique, VII: 479.
 Villiers, III: 87.
 Villoch, VII: 440.
 Villoch, Federico, VII: 318, 334; X: 36.
 Villoch, María Esther, VIII: 180.
 Villoldo, Waltrop y Cia., IV: 334, 338.
 Villuendas, VII: 80, 93, 96, 102, 104, 109; VIII: 281; IX: 107.
 Villuendas, Enrique, VII: 51, 73, 74, 79, 105, 108, 112, 127, 141, 366; VIII: 20, 285.
 Villuendas, Florencio, VII: 141; VIII: 26, 27, 29.
 Viñals, Julia, VII: 456.
 Viñes, X: 169.

Viñes, Benito, VI: 401.
 Viñes, S. J., Benito, VII: 408.
 Viondi, V: 333, 346, 348.
 Viondi, Arturo, VIII: 26.
 Viondi, Manuel F., VII: 318; VIII: 35.
 Viondi, Miguel F., VII: 364; VIII: 44.
 Viquez, Pío, VI: 158.
 Virgen, la (María), I: 54.
 Virgen de la Caridad, II: 286.
 Virgilio, III: 355.
 Virrey, I: 57, 59, 62.
 Virrey de la Española, I: 213.
 Virreina de las Indias, I: 64.
 Vita, Luis, VII: 481.
 Vitier, III: 383; VIII: 347; IX: 16.
 Vitier, Cintio, X: 23, 46.
 Vitier, Medardo, II: 295, 298; III: 391, 393, 394; IV: 377, 415, 418; V: 264; VII: 376; VIII: 346, 366; X: 39, 48, 146.
 Vivanco, VI: 212, 339.
 Vivanco, Ana Luisa, VII: 462.
 Vivanco, José Clemente, VI: 248, 337, 338, 350; VII: 15, 372; VIII: 77, 391.
 Vivanco y Hernández, José Clemente, VI: 198.
 Vivanco, Julián, II: 278; V: 264.
 Vives, II: 320; III: 67, 68, 69, 71, 72, 73, 75, 76, 81, 83, 95, 100, 143, 146, 149, 266, 323, 327, 328, 377, 387, 388; IV: 80, 326, 361; VI: 76.
 Vives, Francisco Dionisio, III: 142, 176, 341; IV: 75; X: 261.
 Vivó, Hugo, IX: 394, 395.
 Vizcarrondo, Julio, VI: 74.
 Vogt, VII: 211.
 Volney, IV: 378.
 Voltaire, III: 364.
 Von Ehoberg IX: 155.

W

Wade, James T., VI: 459.
 Wagner, VII: 461; X: 282.
 Walker, II: 101, 102.
 Walpole, II: 106, 107.
 Wallace, VIII: 261.
 Wallich, Henry C., IX: 396.
 Ward, A. W., V: 264.
 Ward, G. H. B., VII: 300.
 Warner, Thomas, I: 321.
 Washington, III: 128; V: 275, 290; VI: 424, 426; VII: 112, 307; VIII: 48, 218, 241, 251, 258; IX: 268.
 Washington, Boocker T., VII: 42.
 Washington, George, II: 83, 86; III: 110.
 Weber, VII: 358.
 Weber, Andrés G., X: 165.
 Weber, Max, IX: 8, 283.
 Webster, Daniel, III: 365; VII: 341.

Weiss, J., X: 265.
 Weiss, IV: 394; IX: 11; X: 255.
 Weiss, Joaquín, I: 368; II: 326; III: 393; IV: 418; X: 250, 262.
 Weiss y Sánchez, Joaquín, VII: 430.
 Weiss, Marcelino A., X: 165.
 Weiss, Rafael, VII: 399.
 Welles, VIII: 79, 235, 253, 262.
 Welles, Sumner, VIII: 78, 81.
 Wellesley, Arturo, III: 22.
 Wellington, Lord, III: 22.
 Wentworth, II: 107.
 Wenzol, J., VII: 448.
 Weyler, V: 147; VI: 56, 62, 105, 230, 231, 232, 235, 237, 238, 240, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 410, 413, 414; VII: 188, 293; VIII: 42, 255, 259, 333; IX: 289.

- Weyler, Valeriano, VI: 104, 196, 214, 227, 308; VII: 292; IX: 298.
- Whale, Barret, IX: 251.
- Wharton, Pepper, George, VIII: 226.
- Wheeler, VI: 436, 437, 438, 440.
- Wheeler, Joseph, VI: 445.
- White, IV: 82, 394; VII: 410, 442, 443, 447.
- White Laffite, José Silvestre, VII: 435, 444, 455; X: 274.
- Whitman, Walt, VII: 349.
- Willeforce, III: 47.
- Wilde, Oscar, VII: 349.
- Wilkinson, III: 24, 32.
- Wilkinson, James, III: 23, 126.
- Wilson, VII: 35, 44; VIII: 258, 263; IX: 351.
- Wilson, James, VII: 15.
- Wilson, James H., IX: 289.
- Wilson, James Harrison, V: 325.
- Wilson, John L., VI: 419.
- Williams, VI: 35.
- Williams, Robert P., X: 164.
- Willis Dodds, Harold, VIII: 109.
- Winship, Branton C., VIII: 35.
- Wintennfeld, Federico, III: 114.
- Witney, Eli, II: 178.
- Wite, Juan de, VII: 476.
- Witte, Juan de, I: 149, 280, 331, 362, 363.
- Woermann, Karl, II: 326.
- Wolfe, II: 121.
- Wolter del Río, Germán, VIII: 67, 68, 184, 313, 326; IX: V, 229, 232, 283.
- Wordsworth, VII: 340.
- Worth, IV: 80, 81.
- Wouters, VII: 472.
- Wood, VI: 440, 448; VII: 35, 44, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 59, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 68, 74, 78, 80, 105, 106, 127, 134, 139, 142, 144, 145, 147, 173, 407; VIII: 13, 18, 21, 206, 214, 217, 281; IX: 30, 31, 76, 111, 112, 135, 243, 277, 289, 290, 295, 296, 329; X: 86, 122.
- Wood, Fernando, V: 296.
- Wood, Leonardo, VI: 437, 446, 452; VII: 15, 43, 45, 47, 69, 70, 73, 126, 136, 138, 146, 399, 406; VIII: 194, 203, 204, 205, 255, 270; IX: 74, 96, 97, 264, 292; X: 150.
- Woodall, James, VI: 273, 274, 278, 285.
- Woodford, VI: 416, 421, 427.
- Woodford, Steward L., VI: 61, 415.
- Woorhees, V: 155.
- Wray, IV: 334.
- Wright, Butler, VIII: 261.
- Wright, Charles, VII: 399.
- Wright, Irene A., I: 58, 59, 73, 201, 202, 203, 204, 368; II: 232; X: 252, 265.
- Wright, Philip G., IX: 394, 395.

X

- Xelder, I: 107.
- Xelder, Francisco, I: 106.
- Xenes, Nieves, XII: 318, 327; X: 17.
- Xevrs I: 58.
- Ximeno, II: 293; III: 110, 130; IV: 72; VII: 425.
- Ximeno, Dolores María de, III: 333, 350.
- Ximeno, José Manuel de, 292, 298; III: 152; IV: 71, 141; VII: 417.
- Xiqués, Juan Ramón, VII: 141; VIII: 306.

Y

- Yahatuey, I: 70.
- Yanes, Tomás R., X: 164.
- Yáñez, Vicente, I: 11, 48, 49.
- Yarini, Cirilo A., X: 165.
- Yebra, Delfín, VIII: 178.
- Yero, VI: 93; VIII: 7.
- Yero, Eduardo, VIII: 6.
- Yero Buduén, Eduardo, VI: 92; VII: 320, 365, 371, 372; VIII: 18; IX: 107.
- Yero Sagol, Luis, VII: 319.
- Yero Sagol, Manuel, VIII: 33.

Z

- Zaballa, Miguel, VII: 432; X: 283.
- Zacharie de Baralt, Blanca, X: 45.
- Zadquine, X: 248.
- Zaldivar, V: 362.
- Zaldivar, Carmela, X: 114.
- Zaldo, VII: 221; VIII: 7; IX: 343.
- Zaldo, Carlos de, VIII: 6, 197, 236; IX: 330.
- Zaldo y Bruma, Carlos de, IX: 265.
- Zamacois, Eduardo, VII: 448.
- Zamacois, Pantaleón, VII: 448.

- Zambrana, IV: 385; V: 73, 75; VII: 305, 306, 367; VIII: 156.
- Zambrana, Antonio III: 99, 148; IV: 137, 142; V: 21, 28, 56, 57, 72, 74, 79, 83, 90, 100, 148, 178, 179, 264, 322; VI: 92, 158; VII: 277, 304, 306, 314, 364.
- Zambrana Vázquez, Antonio, V: 54.
- Zambrana, Manuel, IV: 400.
- Zambrana, Ramón IV: 42, 364, 365, 387, 388; VII: 307, 414.
- Zamora Coronado, III: 276; IV: 189.
- Zamora, Eugenio, V: 128.
- Zamora, José María, II: 277, 278; IV: 294.
- Zamora Coronado, José María, III: 293; IV: 293.
- Zamora, Juan Clemente, VIII: 185, 391.
- Zamora y López, Juan Clemente, VIII: 186.
- Zamora, Tomás, VII: 464.
- Zamora, Vicente, VII: 464.
- Zamudio, I: 54.
- Zanone, Carlos IV: 403.
- Zapata, VII: 440.
- Zapata, Felipe, VII: 300.
- Zapata, José Salvador, X: 142.
- Zaragoza, V: 107, 127, 128, 129, 137, 140, 142, 143; VII: 155.
- Zaragoza, Justo, III: 105; IV: 59, 141, 142; V: 64, 89, 90, 95, 126, 136, 139, 144, 147, 178, 264, 300, 325; VI: 68, 82, 115.
- Zárraga, VI: 296, 297.
- Zárraga, Agustín, III: 377.
- Zárraga, Julián, VI: 286, 295, 298, 299, 309.
- Zarragoitia, V: 339, 352; IX: 11.
- Zarragoitia Ledesma, L., V: 264, 373.
- Zarragoitia, Leopoldo, V: 62.
- Zarragoitia, Ignacio, V: 338, 355; VI: 276.
- Zavala, Silvio, I: 202.
- Zayas, II: 284; IV: 90; VI: 217; VII: 79, 81, 82, 83, 84, 86, 87, 92, 93, 94, 96, 97, 98, 102, 104, 121, 127, 144; VIII: 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 45, 59, 60, 64, 212, 213, 215, 224, 245, 281, 306, 315, 316, 317, 318, 320, 321, 334, 359; IX: 125, 144, 170, 354.
- Zayas, Alfredo II: 283, 298; IV: 418; VII: 16, 73, 78, 79, 80, 117, 120, 125, 127, 128, 133, 140, 142, 145, 147, 295, 317, 318, 366, 370; VIII: 11, 17, 19, 22, 26, 35, 36, 41, 42, 44, 51, 54, 58, 197, 198, 199, 275, 284, 286, 293, 303, 314, 332, 340; IX: 16, 93, 103; X: 42, 47.
- Zayas y Alfonso, Alfredo, I: 72; VII: 54; VIII: 195; IX: 76.
- Zayas Bazán, II: 248.
- Zayas Bazán, Ambrosio de I: 355; II: 286, 312.
- Zayas Bazán, Cristóbal, II: 40.
- Zayas, Federico, VI: 160.
- Zayas, Fernando de, VII: 370; X: 171.
- Zayas y Cisneros, Fernando de, IV: 91.
- Zayas, Francisco de, I: 97, 143; IV: 387; VI: 106; VII: 367.
- Zayas y Jiménez, Francisco, X: 175.
- Zayas, José de, VI: 390, 392.
- Zayas y Usatorres, José de, VI: 378.
- Zayas, José María, IV: 284; VII: 320; IX: 23.
- Zayas, Juan Bruno, IV: 32, 387; VI: 190, 213, 223, 224, 225, 231, 232, 235, 238, 240; VII: 269.
- Zayas, Lincoln de, VII: 366; IX: 93.
- Zayas, Oscar, VIII: 106.
- Zaydín, VIII: 158.
- Zaydín y Márquez Sterling, VIII: 96.
- Zaydín y Márquez Sterling, Ramón, VIII: 187.
- Zaydín, Ramón, VIII: 61, 67, 68, 90, 178, 180, 183.
- Zea Bermúdez, III: 83, 98.
- Zea, Leopoldo, IV: 415.
- Zeballos, Estanislao S., VIII: 219, 220.
- Zelaya, Tomás de, III: 130.
- Zéndegui, VII: 320.
- Zéndegui, Gabriel de, IV: 411; VII: 319, 360; VIII: 192.
- Zéndegui, Guillermo de, VII: 300; VIII: 186.
- Zenea, IV: 368, 369, 387, 388; V: 132, 133, 134, 135; VII: 312, 315, 352; X: 17, 44.
- Zenea, Juan Clemente, IV: 418; V: 131, VII: 340.
- Zequeira, IV: 349.
- Zequeira y Arango, III: 375.
- Zequeira, Francisco, III: 145.
- Zequeira, Gabriel Claudio de, VI: 73.
- Zequeira, Isidoro, VII: 454.
- Zequeira, Juan Francisco de, II: 203.
- Zequeira y Caro, M. de, III: 393.
- Zequeira y Arango, Manuel de, III: 355.
- Zertucha, Casimiro, X: 294.
- Zola, VII: 270, 344.
- Zorrilla, IV: 350, 353, 354; X: 237.
- Zorrilla, Floro, X: 283, 284.
- Zuazo, Alonso, I: 86.
- Zubizarreta, VIII: 71.
- Zubizarreta, Octavio, VIII: 26.
- Zubizarreta y Díaz, Octavio, VIII: 70.
- Zulueta, Julián de, III: 226; IV: 288, 331; V: 135; VII: 154, 157, 192.



INDICE GEOGRAFICO

A

- Aba-ya-gua, I: 31.
 Abero, I: 311, 312, 313.
 Abreus, IV: 174; VIII: 24, 50; IX: 454.
 Acana, II: 166.
 Achaguas, I: 19.
 Afortunadas, VII: 270.
 Africa, I: 147, 174, 289, 294, 299, 364; II: 85, 176; III: 48, 65, 81, 187, 300, 324; IV: 14, 70, 108, 241, 297, 321, 335, 408; V: 356; VI: 200; VII: 257; VIII: 332; IX: 186.
 Africa del Norte, X: 297.
 Agabama, II: 171; IV: 250; VI: 212.
 Agramonte, VIII: 50; IX: 306.
 Aguacate, II: 161; IV: 244, 245; VIII: 260.
 Aguada de Flores, VI: 214.
 Aguada de Pasajeros, VI: 188; VIII: 57.
 Aguadores, VI: 282.
 A-guai-bo, I: 31.
 Aguará, VI: 345.
 Agüica, VI: 216.
 A-guy-ba-ná, I: 30.
 Aix-la Chapelle, I: 197; II: 108.
 Alabama, VI: 17.
 Alacranes, III: 182; IV: 147, 209, 210, 244, 245; VI: 219, 220; IX: 306.
 Alajuela, VI: 283.
 Alameda Nueva, III: 70.
 Alaska, VII: 221; VIII: 248.
 Albión, II: 47, 51, 84.
 Alcalá, II: 304.
 Alcalá de Henares, I: 280, 348; VII: 476.
 Alcántara, I: 49, 51; VII: 464.
 Aldecoa, IV: 175.
 Alegría, La, VI: 192.
 Alemán, Imperio, VIII: 243.
 Alemania, I: 86, 162, 186, 293; III: 231; IV: 199, 241, 378; V: 5, 19, 73, 163; VI: 32; VII: 176, 210, 211, 365, 443, 462, 474, 482; VIII: 49, 52, 53, 198, 222, 248, 252, 263, 278, 296, 301; IX: 50, 249, 265, 274, 313, 332, 336, 363, 387; X: 274.
 Alfa y Omega, I: 43.
 Alhucemas, II: 305.
 Alicante, II: 236, 288, 289.
 Almendares (río), I: 305; II: 70, 117, 166, 170, 187, 188; III: 245; X: 217.
 Alquizar, II: 161, 166, 202; IV: 245; VI: 223.
 Altagracia, V: 111.
 Alto Songo, IV: 174; VI: 189.
 Alvarez (caserío), II: 145.
 Alligator Key, VI: 321.
 Amapala, V: 362.
 Amberes, IX: 450.
 América, I: 3, 51, 53, 58, 100, 103, 110, 137, 158, 163, 167, 168, 169, 170, 172, 174, 175, 176, 177, 179, 183, 184, 185, 188, 191, 192, 193, 194, 195, 197, 199, 200, 218, 243, 289, 291, 292, 294, 295, 296, 300, 319, 321, 353; II: 3, 5, 9, 10, 12, 41, 42, 43, 48, 51, 63, 77, 80, 83, 101, 109, 129, 130, 154, 155, 161, 163, 193, 200, 207, 217, 223, 226, 231, 232, 233, 235, 238, 243, 248, 250, 252, 253, 257, 267, 269, 271, 283, 284, 312, 316; III: 13, 21, 22, 25, 26, 27, 29, 31, 32, 33, 39, 44, 46, 49, 57, 64, 109, 111, 114, 117, 125, 127, 129, 133, 134, 141, 144, 150, 187, 190, 223, 239, 265, 279, 367, 390; IV: 18, 20, 28, 29, 42, 71, 78, 98, 101, 103, 108, 254, 297, 300, 309, 314, 349, 372, 391, 405; V: 57, 58, 71, 125, 145, 162, 247, 273, 283, 285, 295, 298, 299, 307, 311, 313, 315, 316, 317, 319, 321, 335, 358; VI: 71, 73, 76, 103, 112, 114, 151, 158, 172, 173, 177, 179, 260, 261, 292, 367, 368, 369, 370, 376, 377, 378, 381, 383, 384, 385, 386, 387, 389, 390, 395, 404, 409, 424, 449; VII: 3, 256, 293, 310, 324, 341, 346, 354, 365, 366, 372, 375, 404; VIII: 89, 90, 91, 192, 193, 200, 217, 218, 252, 254, 258, 260, 261, 263, 357, 360, 372; IX: 11, 133, 134, 153, 186, 303, 400; X: 40, 55, 114, 156, 242, 243, 280, 310, 315.
 América Central, I: 3, 224, 263, 290; III: 84; V: 116, 357; IX: 252.
 América del Centro, I: 194; II: 71; VI: 370, 374, 382, 394.
 América Española, III: 110, 219.
 América Latina, V: 312; VI: 310, 380, 391; VIII: 93, 219, 221, 245; IX: 21, 37, 83, 120, 135, 136, 222, 249, 378, 395; X: 75, 155.
 América del Norte, I: 3; II: 37, 43, 44, 49, 81, 82, 84, 86, 87, 89, 102, 130; III: 4; VII: 388.

- América Septentrional, II: 50.
 América del Sur, I: 3, 224; II: 104; III: 140;
 V: 298; VI: 370, 373, 382, 387, 388, 389;
 VII: 307, 339; VIII: 198; IX: 6.
 Américas, III: 42, 133; V: 20; VII: 398;
 VIII: 248; X: 154, 224.
 Amiens, III: 14, 15, 125, 185.
 Amoravieta, V: 145.
 Amoy, IV: 194, 333.
 Amsterdam, I: 187; II: 174, 189; VII: 400,
 410; IX: 450.
 Andalucía, I: 358; II: 305; IV: 309.
 Ani-gua-ya-gua, I: 30.
 Anney, IX: 267, 386.
 Antigua, I: 231.
 Antilla, II: 6, 52, 65; III: 321; IV: 33, 34,
 37, 42, 67; V: 279, 304, 311, 313, 314,
 319; VI: 60, 249, 376, 379, 381; VII:
 130, 136, 142, 145, 147; VIII: 60; IX:
 305, 405.
 Antilla mayor, V: 299; VI: 386; VII: 79,
 109.
 Antillas, I: 5, 6, 7, 9, 12, 18, 19, 20, 25, 28,
 29, 31, 35, 81, 82, 96, 105, 130,
 136, 137, 139, 155, 157, 167, 168, 169,
 172, 173, 176, 181, 182, 184, 185, 186,
 187, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195,
 196, 197, 198, 199, 200, 236, 238, 285,
 286, 287, 289, 294, 295, 296, 320; II:
 3, 5, 36, 39, 41, 42, 43, 45,
 81, 84, 85, 86, 87, 100, 101, 102,
 103, 111, 125, 130, 131, 142, 153, 213, 232;
 III: 4, 36, 97, 299, 302, 340, 342,
 343, 347; IV: 4, 5, 14, 17, 20,
 21, 24, 25, 28, 29, 34, 35, 37,
 40, 46, 51, 54, 78, 99, 129, 200;
 V: 46, 116, 269, 275, 277, 291, 300,
 305, 306, 308, 321; VI: 10, 15, 16,
 23, 33, 34, 36, 37, 39, 40, 56,
 61, 63, 64, 65, 75, 84, 142, 153, 177,
 179, 284, 368, 377, 389, 391, 392, 393,
 403; VII: 56, 146, 170, 243, 408; VIII:
 250, 351, 366; IX: 252; X: 23, 41, 178.
 Antillas Francesas, III: 211.
 Antillas Inglesas, III: 4.
 Antilla Mayor, II: 21.
 Antillas Mayores, I: 19, 31.
 Antillas Menores, I: 7, 8, 16, 18, 19, 24,
 31, 192, 193, 320, 321; II: 111, 112, 131;
 III: 36; IV: 249.
 Antilla, pequeña, I: 19.
 Antillas, Perla de las, III: 82; IV: 91.
 Antón, VI: 350, 371.
 Aquisgrán, II: 108.
 Arabia, I: 299.
 Arabos, los, V: 113; VIII: 60.
 Aragón, I: 80, 147.
 Aranda del Duero, I: 84.
 Aranjuez, III: 18.
 Arcos de Canasí, VIII: 60.
 Archipiélago, II: 84.
 Arenas, Las, V: 110.
 Argentina, III: 366; V: 316, 317, 323, 325;
 VI: 371, 373, 374, 378, 388, 390, 393, VII:
 203, 239, 240, 307; VIII: 49; IX: 265, 267;
 X: 164.
 Arica, II: 238.
 Ariguanabo, II: 76, 170; VI: 223.
 Arimao, I: 70, 213; II: 12, 171; VI: 322.
 Aróstegui (alturas de), II: 54, 62.
 Arsenal, II: 36, 38, 115, 202; III: 328.
 Artemisa, III: 160, 162, 182; IV: 147, 245,
 361; VI: 225, 231, 235, 241; VIII: 73;
 X: 90.
 Arroyo Blanco, II: 59; V: 349; VI: 254.
 Arroyo Hondo, II: 70; V: 97; VI: 193; VIII:
 23.
 Arroyo Naranjo, II: 144; IX: 167.
 Arroyo de Sebastopol V: 243.
 Aserradero, V: 353; VI: 120, 253, 282, 434,
 437, 443; VIII: 259, 260.
 Asia, I: 3, 290, 299, 319; III: 26, 150, 258;
 IV: 108, 241; VI: 409; VIII: 248; IX: 37,
 186, 259, 334, 368, 371, 379.
 Asia Central, X: 297.
 Asturias, V: 134.
 Asunción de Baracoa, VI: 71.
 Asunción, Nuestra Señora de la, I: 61, 62, 69,
 70, 118.
 Atarés, II: 54, 62, 67.
 Atenas, II: 311.
 Atlanta, VI: 157.
 Atlantic City, VI: 290.
 Atlántico, I: 5, 77, 136, 147, 152, 168, 171,
 177, 296, 300, 316; II: 253; III: 15, 239,
 321; IV: 18, 35, 247; VI: 4, 28, 323, 373,
 428; VII: 209, 398, 404; VIII: 201, 248,
 250, 254; IX: 351.
 Auras, IV: 218; VI: 254; VIII: 193.
 Australia, VI: 60; VII: 221; IX: 24, 37.
 Austria, I: 198; II: 23, 96, 99; V: 286; VI:
 421; VII: 69; VIII: 222; IX: 36, 265.
 Austria y Hungría IX: 249.
 Ava-gua-na, I: 31.
 Ayacucho, VII: 341.
 Ayamonte, I: 41.
 Azores, I: 147, 296, 300, 316.
 Azua, I: 56; VI: 284.

B

- Baalbeck, IV: 395.
 Babatuaba, V: 24.
 Babeque, I: 42.
 Babilonia, IV: 108.
 Baconao, VI: 189, 306, 309.
 Bacunagua, VI: 240.
 Bacuranao, II: 114, 203; IV: 217, 218; III:
 208; VI: 310.

- Báez, III: 182.
 Báguanos, V: 331, 351; VII: 14, 311.
 Bahama, Canal de, I: 97.
 Bahamas, Las, I: 5, 7, 19, 26, 39; II: 84, 130, 131, 249, 250; III: 237, 337; IV: 224; VI: 268, 279, 319, 322, 323, 324, VIII: 79; X: 177.
 Bahamas, Viejo de las, II: 112, 113.
 Bahía Honda, I: 102, 188, 316, 317; II: 14, 161; III: 208, 240, 255, 317, 338; IV: 94, 209, 249; VI: 226, 236, 239, 328; VII: 195; VIII: 10, 211, 230; IX: 405.
 Bairoa, II: 245.
 Baire, V: 15, 17, 23, 24, 150, 196, 197; VI: 55, 96, 114, 186, 189, 260; VII: 171, 243, 310, 344, 355, 369, 372, 385; VIII: 207, 256; IX: 26, 28, 293.
 Baitiquirí, I: 21.
 Baja, IV: 228, 250.
 Baleares, V: 61.
 Balboa, I: 354.
 Baltimore, IV: 117; VI: 272, 273; VII: 69.
 Banaguises, II: 165, 176; III: 162, 182; IV: 145, 149, 151, 155, 156, 204.
 Banao, V: 134.
 Banes, I: 21, 23, 42, 69; III: 11; VIII: 50; IX: 305, 405.
 Baní, I: 25; VII: 27.
 Baracoa, I: 22, 34, 38, 42, 43, 61, 62, 66, 79, 93, 101, 102, 118, 119, 148, 149, 159, 170, 196, 226, 259, 264, 317, 332, 348; II: 33, 59, 71, 166, 175, 316; III: 240, 337, 344, 346; IV: 124, 163, 249; V: 4, 15, 169, 184, 333, 340, 370; VI: 101, 191, 192, 205, 236, 239, 269, 277, 280, 291, 332; VII: 169, 476; IX: 405; X: 180.
 Baraguá, V: 181, 250, 253, 256, 259, 265, 330, 343, 351, 355, 356, 365, 370; VI: 200, 201, 202, 235; VII: 311; VIII: 191; IX: 401.
 Baraguá, Sabana de, V: 253.
 Barahona, VI: 152.
 Barajagua, I: 69; V: 157, 199, 240.
 Baraona, VI: 272.
 Barbados, I: 5, 192, 321; II: 112, 182; III: 318, 321.
 Barcelona, I: 245; II: 102, 236; III: 379; IV: 364, 378, 380, 418; V: 5, 18, 325; VI: 256, 307; VII: 69, 293, 300, 304, 319, 324, 337, 338, 347, 354, 454, 471, 472; X: 240, 242.
 Bariay, I: 40, 41.
 Barigua, V: 258.
 Barlovento, II: 64.
 Barlovento, Islas de, II: 193, 236, 243, 245, 323.
 Barrameda, Sanlúcar de, I: 156.
 Barrancas, V: 12; VI: 189.
 Basilea, III: 11, 14, 237.
 Batabanó, I: 44, 297, 317; II: 68, 71, 85, 160, 166, 167, 168, 200, 238; III: 181, 240, 245, 247; IV: 245, 249, 250, 252; V: 25, 107, 113; VI: 214, 221, 222, 235; VII: 105.
 Bath Beach, VI: 159.
 Bauta, IX: 454.
 Baviera, II: 96, 98; IV: 193.
 Bayamo, I: 22, 35, 36, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 90, 91, 93, 102, 103, 104, 106, 110, 118, 119, 120, 141, 159, 171, 179, 182, 215, 219, 227, 231, 249, 259, 260, 270, 276, 280, 282, 293, 295, 298, 317, 326, 332, 340, 351, 352, 354, 361; II: 8, 19, 26, 33, 34, 48, 59, 64, 71, 78, 143, 159, 160, 166, 167, 171, 175, 181, 190, 196, 234, 247, 285; III: 118, 119, 120, 121, 122, 141, 181, 240, 337, 338, 344, 346, 381; IV: 130, 131, 133, 134, 135, 136, 139, 173, 211, 246, 247, 253, 287, 378; V: 4, 5, 6, 11, 12, 13, 15, 23, 24, 25, 27, 29, 59, 72, 74, 79, 87, 96, 98, 108, 109, 111, 134, 136, 146, 150, 169, 184, 185, 186, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 218, 224, 225, 231, 233, 239, 340, 354, 355; VI: 101, 186, 189, 194, 195, 196, 203, 250, 430, 435, 438; VII: 142, 162, 163, 169, 304, 310, 311, 314, 355, 443, 481; VIII: 259; IX: 145; X: 103, 104, 105, 106, 107, 108, 113, 273.
 Bayatabo, IV: 217.
 Bayate, VI: 188, 190, 202; VIII: 21.
 Bayatiquirí, I: 82.
 Bayona, V: 302, 303, 304.
 Bejucal, II: 18, 160, 161, 162, 175; III: 175, 245; IV: 148, 210, 215; V: 63; VII: 249, 250, 267, 273, 300; IX: 167.
 Bélgica, II: 96; IV: 241, 378; VI: 379, 391, 393; VII: 472; VIII: 222; IX: 37, 363.
 Bamba, III: 212; IV: 174, 175, 225, 244; V: 340.
 Bengala, IV: 334.
 Berlanga, I: 301.
 Berlin, VII: 447; VIII: 198; X: 152.
 Bermudas, VI: 431.
 Berracos, VI: 299.
 Bijagual, V: 171, 173, 183, 185, 206.
 Bijará, VI: 197.
 Bilbao, IV: 399.
 Bizantino, Imperio, II: 10.
 Boca de Caballo, V: 154.
 Boca de Cabañas, VI: 326.
 Boca Ciega, VI: 311, 322.
 Bocuy, VI: 193.
 Bogotá, II: 309; IV: 405, 415; V: 68, 313, 316, 317; VI: 405; VII: 353.
 Bohío, I: 43.
 Bolivia, V: 274, 312, 323; VI: 373, 378, 390.
 Bolondrón, IV: 210; IX: 289, 306.
 Bonaire, I: 320.
 Boniatos, VI: 441.
 Bonilla, V: 27.

Boquerón, IX: 405.
 Borinquen VI: 292.
 Boston, II: 44; IV: 70; VII: 228, 243, 305.
 Brasil, I: 106, 190, 191, 294; II: 191, 212;
 III: 84, 96, 97, 203, 341, 342, 347; IV:
 200, 241, 335; V: 312; VI: 373, 374,
 388, 390; VII: 307, 404, 457; VIII: 49;
 IX: 37, 83, 336; X: 164, 269.
 Brescia, III: 375.
 Británico, Imperio, VIII: 252.

Broa, ensenada de la, I: 44.
 Brooklyn, V: 369; VII: 472.
 Bruselas, VII: 447, 472.
 Buena Esperanza, cabo de, I: 44, 296.
 Buenos Aires, III: 268, 366, 393; IV: 415,
 418; V: 299, 317, 325; VI: 276, 370; VII:
 335, 349, 351, 360; VIII: 91, 96, 178,
 295; IX: 90.
 Búfalo, VII: 471.
 Byscane, VI: 321.

C

Cabaiguán, VIII: 63.
 Cabaniguán, V: 12; VI: 292.
 Cabaña, La, I: 175; II: 41, 42, 54, 55, 60,
 67, 114, 115, 116, 121, 122, 124, 319;
 IV: 408; V: 45, 107, 142; VI: 300;
 VII: 287.
 Cabañas, I: 102, 167, 187, 188, 190; III:
 182, 240; IV: 145, 146, 147, 163, 209,
 210, 249; VI: 226, 236.
 Cabañita, VI: 282.
 Cabeza, Sabana de la, I: 249, 250.
 Cabeza de Toro, VI: 214.
 Cabezas, III: 182; V: 111; IX: 289.
 Cabezas de Río Hondo, VI: 246.
 Cabo Corrientes, II: 76; VI: 239.
 Cabo Cruz, I: 43, 45, 52; V: 15, 360; VI:
 296.
 Cabo Francés, II: 112, 131; III: 324; VI:
 299, 322.
 Cabo Gracias a Dios, X: 169.
 Cabo Haitiano, II: 131; VI: 158, 179, 270,
 271.
 Cabo de Hornos, III: 110, 111.
 Cabo Lucrecia, I: 42.
 Cabo San Antonio, X: 169.
 Cabo Verde, I: 118, 147, 291; VI: 429.
 Cabrerizas Atlas, VI: 52.
 Cacahual, VII: 40.
 Cacaotal, V: 123; VII: 304.
 Cacarajicara, VI: 237; VII: 373.
 Cádiz, I: 173, 189, 221; II: 96, 189, 223,
 228, 235, 236, 237; III: 6, 28, 29,
 35, 38, 41, 44, 57, 58, 62, 69,
 128, 133, 329, 370, 387; IV: 20, 65,
 66, 249; V: 31, 36, 40, 50, 51,
 93, 301; VI: 72, 428; VII: 227, 326,
 338; IX: 6; X: 235.
 Caibarién, II: 165; III: 161, 181, 182; IV:
 150, 211, 245, 249, 252; VI: 329; VII:
 184, 218, 247, 264, 300; IX: 405.
 Caicos (paso de), II: 123.
 Caimán Grande, X: 169.
 Caimanera, IX: 405.
 Caimito, VI: 223.
 Caimito del Guayabal, VIII: 50.
 Cajitas, V: 111.
 Calabazar, III: 213; IV: 245; VI: 242.

Calabazar de Sagua, IX: 454.
 Calabazas, V: 111.
 Calabozo, VI: 307.
 Calderón, IV: 358.
 Caletas (punta), V: 360.
 Calicito, VI: 188.
 California, IV: 258, 259, 266; V: 297; VII:
 52, 221; X: 231.
 Calimete, VI: 219, 220.
 Calvario, II: 161, 175; IV: 219.
 Callao, II: 238.
 Camagüey, I: 22, 38, 53, 63, 64, 65, 67,
 264, 272; II: 139, 301, 318; III: 39,
 331, 365; IV: 46, 74, 78, 88, 89,
 90, 93, 131, 133, 134, 135, 136, 149,
 151, 172, 174, 177, 211, 356, 395, 397;
 V: 3, 5, 10, 15, 16, 17, 18,
 29, 26, 27, 28, 29, 30, 32, 39, 42,
 43, 53, 54, 55, 56, 57, 59, 62,
 71, 72, 73, 74, 75, 76, 78, 79,
 80, 83, 84, 87, 88, 93, 95, 97,
 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106,
 107, 108, 109, 110, 113, 117, 121, 123,
 126, 128, 129, 131, 133, 134, 135, 136,
 145, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 158,
 164, 165, 166, 168, 169, 184, 185, 187,
 188, 192, 194, 195, 196, 197, 198, 199,
 200, 201, 203, 204, 208, 210, 211, 212,
 215, 217, 218, 220, 221, 222, 223, 224,
 225, 226, 227, 228, 229, 230, 232, 233,
 234, 235, 236, 237, 239, 240, 241, 244,
 250, 251, 252, 253, 337, 351, 355; VI:
 87, 102, 154, 169, 170, 190, 195, 202,
 203, 204, 205, 206, 210, 211, 213, 229,
 238, 239, 241, 242, 243, 261, 275, 280,
 285, 287, 304, 312, 313, 320, 324, 329,
 330, 337, 345, 353, 394, 444; VII: 10,
 135, 141, 152, 190, 194, 254, 284, 304,
 309, 314, 372, 435, 436, 448, 465, 466,
 468, 469, 472, 473; VIII: 25, 36, 49,
 54, 58, 87, 153, 260, 288; IX: 61,
 133, 146, 147, 167, 198, 219, 260, 295,
 302, 305, 306, 307, 308, 312, 314, 427,
 437, 453, 454; X: 49, 73, 74, 90,
 91, 93, 95, 97, 99, 100, 101, 104,
 105, 107, 108, 143, 169, 230, 240, 257,
 259.

- Camajuani, IV: 175; IX: 309, 454.
 Camarioca, VI: 325.
 Cambute, V: 256.
 Campeche, I: 121, 133, 197, 263, 310, 317, 324; II: 120, 130, 163, 200, 205, 224, 238, 241, 242, 243, 244; IV: 223.
 Campechuela, VI: 189; VIII: 50.
 Campo Florido, IV: 245; VI: 251.
 Campo de Marte, III: 375.
 Canadá, IV: 29, 109; VI: 10, 17, 37, 60, 74, 288, 421; IX: 24, 37, 174, 207, 265, 335, 348, 387; X: 75, 297.
 Canal de la Mancha, II: 96.
 Canarias, I: 176, 186, 231, 290, 291, 300, 312, 313, 322, 324, 349; II: 47, 82, 152, 153, 154, 191, 194, 227; IV: 177, 189; V: 36, 61; VII: 270; X: 36.
 Canarreo, I: 83.
 Cáncer, Trópico de, I: 296.
 Candelaria, II: 160; III: 182; IV: 114, 227; VI: 230, 231, 235; VIII: 50.
 Caney, I: 262, 264, 323; II: 12, 33; III: 159; VI: 253, 334; 437, 438, 439, 440, 444; VIII: 23, 256, 260.
 Cangrejera, I: 7.
 Cangrejos, Los, I: 308.
 Canillejas, IV: 123.
 Canimar, II: 166, 171.
 Cano, II: 161, 175; VI: 225, 355; VII: 21, 22.
 Canosa, VI: 445.
 Caonabo, VI: 302.
 Caonao, I: 67, 68; V: 17, 98.
 Capatárida, VI: 307.
 Cape Sable, VI: 286.
 Capron, VI: 438.
 Caraballo, III: 385.
 Carabobo, VI: 307.
 Caracas, I: 121, 133; II: 68, 85, 211, 212, 242, 243, 260, 296; III: 129, 329, 362, 363; IV: 75; VI: 283, 307, 370; VII: 349, 368.
 Carahate, I: 38, 69.
 Cárdenas, II: 176; III: 162, 182, 235; IV: 37, 39, 86, 87, 148, 152, 156, 172, 210, 226, 232, 240, 243, 244, 245, 246, 249, 252, 263, 268, 300, 395; V: 6, 10, 50, 61, 63, 79, 228, 317, 340; VI: 216, 217, 301, 305, 308, 316, 321; VII: 59, 154, 170, 193, 247, 273, 284, 457; IX: 300, 405; X: 90, 131, 167.
 Cardero, Loma del, VI: 440.
 Carenas, puerto de, I: 50, 69, 70, 85, 156.
 Caribe, I: 5, 18, 19, 20, 31, 175, 193, 317, 320; II: 112, 130, 131, 201, 212, 236, 240, 241, 243, 244, 248; III: 237, 320; V: 66, 313, 322; VI: 293, 375, 392, 450; VII: 179, 398, 404; VIII: 196, 354; IX: 282, 298, 377, 445; X: 219.
 Carlos Rojas, VIII: 50.
 Carmelo, IV: 175, 176.
 Carolina del Sur, II: 102.
 Carolinas, II: 44, 103, 230.
 Cartagena, I: 174, 190, 310, 356; II: 120, 164, 205, 224, 230, 236, 238, 241, 242, 243; III: 70, 358; V: 130.
 Cartagena de Indias I: 172.
 Carrara, III: 375; X: 236.
 Casa Azul, VIII: 260.
 Casablanca, II: 160.
 Cascajal, VIII: 24, 25.
 Cascorro, IV: 174; V: 16, 98, 192; VI: 241.
 Casiguas, II: 161, 166, 202.
 Casilda, II: 68; IV: 246; V: 113; VII: 247; IX: 405.
 Castilla, I: 45, 49, 50, 77, 80, 81, 90, 115, 116, 117, 129, 137, 138, 147, 180, 233, 234, 235, 243, 266, 271, 279, 285, 287, 291, 300, 310, 312; II: 38, 304; IV: 103; VI: 17, 72.
 Castilla la Nueva, IV: 123.
 Castilla de Oro, I: 85, 212, 224, 230.
 Castilla la Vieja, I: 56.
 Cat Island, IV: 82.
 Catalina, IV: 161, 244; VI: 246.
 Catalina de Güines, VI: 232.
 Cataluña, I: 301; III: 44; IV: 189; VII: 478.
 Catay, I: 46.
 Caujerí, VIII: 323.
 Caunao, IV: 89.
 Caureje, IV: 227.
 Cauto, I: 62, 317; II: 166; V: 15, 27, 29, 109, 134, 185, 252; VI: 200, 202; VII: 82.
 Cauto del Embarcadero, V: 23, 200.
 Cavite, V: 148; VI: 435.
 Cayacoa, I: 30.
 Cayajabos, III: 311; IV: 186; VI: 236.
 Cayo, VI: 128, 130, 132, 163.
 Cayo Borracho, VI: 321.
 Cayo Confites, II: 113, 123; VI: 330.
 Cayo Espino, VI: 188.
 Cayo Hueso, V: 68, 102, 114, 127, 136, 137, 139, 350, 358, 359, 362, 363, 364, 365, 366, 368, 369, 370; VI: 122, 125, 126, 127, 131, 133, 135, 140, 141, 143, 148, 149, 152, 153, 157, 160, 161, 170, 181, 272, 277, 289, 292, 294, 320, 326, 332, 421; VII: 17, 280, 281, 299, 315, 348, 355, 358, 360, 471; VIII: 294.
 Cayo Lobo, II: 113.
 Cayo Redondo, I: 12, 14, 16, 18.
 Cayo Sable, VI: 305.
 Cayo Sal, II: 113, 204.
 Cayuco, VI: 228.
 Ceballos, VIII: 22.
 Cedar Key, VII: 273, 274.
 Ceiba, VI: 298.
 Ceiba del Agua, II: 161; VI: 223; VII: 69; VII: 183; X: 114, 115, 116, 117, 181.
 Ceiba Mocha, IV: 244.
 Ceja del Negro, VI: 240.

- Ceja de Pablo, IV: 148, 209, 210, 226.
 Central, III: 211, 212; VII: 253.
 Central Valley, VI: 155; VIII: 3, 192.
 Centro, III: 348; IV: 18; V: 3, 39.
 Centro América, IV: 160; VI: 157, 265, 284, 293; IX: 60; X: 41.
 Centroamérica, IV: 381; IX: 377; X: 274.
 Cerro, I: 305; II: 166; III: 182; IV: 175, 176; VII: 21, 22, 23.
 Ceuta, V: 349; VI: 99, 392; VII: 291, 358.
 Cibao, I: 8, 20, 21, 32.
 Cidra, VI: 219; IX: 306.
 Ciego de Avila, IV: 174, 247; V: 16, 133, 210, 212; VI: 207; VII: 162; VIII: 22; IX: 305; X: 89, 90.
 Ciego de Najasa, V: 97.
 Ciénaga, III: 245.
 Ciénaga de Zapata, V: 113.
 Cienfuegos, I: XII, 22, 50; III: 51, 181, 183, 188, 207, 235, 236, 240, 262, 363; IV: 18, 39, 75, 77, 152, 209, 218, 245, 250, 394; V: 30, 43, 49, 59, 60, 61, 112, 113, 143, 184, 212, 213, 214, 215, 228, 240, 245, 262; VI: 8, 160, 181, 210, 211, 214, 219, 316, 327, 332; VII: 50, 142, 160, 166, 170, 175, 182, 185, 188, 228, 242, 247, 267, 282, 299, 415, 435, 458, 459, 460, 462, 463; VIII: 10, 20, 28, 47, 59, 285, 288; IX: 107, 191, 291, 304, 405, 454; X: 49, 90, 102, 106, 107, 108, 132, 169, 182, 236.
 Cifuentes, III: 182; VIII: 50.
 Cipango, I: 39.
 Cleveland, VII: 382; VIII: 30, 200, 226, 227, 229.
 Clewiston X: 176.
 Clueco El, V: 97.
 Cobre, El, I: 101; II: 25, 26, 33, 160, 191, 203, 214; IV: 57, 227, 246; V: 15, 87, 334; VI: 189, 444; VII: 198.
 Cochinos, bahía de, I: 44.
 Cojimar, I: 106, 323; II: 67, 70, 114; V: 353.
 Colina, I: 360.
 Colisco, IV: 244; VI: 103, 217, 218.
 Coloma, La, IV: 249.
 Colombia, II: 309; III: 67, 144, 289, 315, 358; IV: 405; V: 116, 158, 299, 312, 313, 315, 316, 317, 325, 358; VI: 84, 92, 159, 265, 287, 309, 310, 371, 375, 376, 378, 390; VII: 353; IX: 252; X: 164.
 Colombia, Estados Unidos de, V: 278, 298.
 Colón, II: 165; III: 162, 182; IV: 39, 145, 148, 149, 153, 172, 204, 205, 208, 209, 210, 226, 243, 245, 280, 286, 300; V: 63, 113, 228, 333, 340, 360; VI: 214, 215, 216, 217; VII: 151, 154, 170, 193, 242; X: 109, 110, 111.
 Colonia del Cabo, VI: 60.
 Colorado, El, V: 156.
 Colorados, VI: 299.
 Columbia, VII: 387.
 Concepción, VI: 323.
 Concepción de Chile, II: 238.
 Concha, IV: 175.
 Conchinchina, I: 299.
 Congo, El, V: 224.
 Congreso, VII: 167.
 Connecticut, VII: 386.
 Consolación, II: 160, 161, 171, 181; III: 338.
 Consolación del Norte, II: 75.
 Consolación del Sur, II: 75; VI: 238.
 Continente, I: 20, 31, 85, 88, 157, 163, 190, 191, 192, 225, 231, 248, 332, 335; II: 45, 157, 306; IV: 103.
 Continente Americano, I: 3.
 Continente Sur, I: 7, 18, 19, 20, 29, 34.
 Contoy, IV: 86.
 Corfú, VIII: 223.
 Coro, II: 234.
 Cortés, Ensenada de, I: 11, 44.
 Coruña, II: 236; IV: 253.
 Corral Falso, IV: 244; VI: 217, 220.
 Corralillo, III: 182; IV: 94; VIII: 50; IX: 291.
 Corrientes, Ensenada de, VI: 315.
 Costa Firme, I: 54; III: 46; IV: 75.
 Costa Rica, VI: 148, 158, 163, 167, 186, 191, 261, 263, 265, 266, 283, 370, 378, 390, 394; VII: 305, 348; X: 164.
 Cozumel, I: 153, 356.
 Crimea, IV: 118; VI: 218.
 Cristo, El, IV: 246; VII: 157.
 Cruces, IV: 174; VI: 211; VII: 51; VIII: 24; IX: 309.
 Cruces, Las, II: 195.
 Cuabillas, VII: 336.
 Cuabitas, VI: 441, 444.
 Cuatro Villas, III: 336, 337, 338, 345.
 Cuba, cabo de, I: 42.
 Cuba (Santiago), I: 280; II: 34; V: 12, 29, 87, 98, 100, 108, 111, 169, 184, 187, 196, 202, 227, 231.
 Cu-ba-ná, I: 30.
 Cubanacán, I: 26.
 Cu-ba-o, I: 30.
 Cubitas, V: 29; VII: 409.
 Cubitas, Sierra de, V: 104.
 Cueiba, I: 53, 67.
 Cuellar, I: 56, 347.
 Cueva del Este, I: 30.
 Cueva Sandra, I: 3.
 Cumaná, I: 135; II: 31, 243; VI: 307.
 Curazao, I: 320.
 Curia, V: 250.
 Cuyaguatete, II: 73, 75, 166, 170.

Ch

Chafarinas, VII: 291, 372, 447.
 Chagres, II: 238.
 Chaparra, VII: 178.
 Charco Redondo, V: 111.
 Charcos, Los, V: 154.
 Charleston, I: 190; II: 102; IV: 248; VI: 287, 303, 309, 316.
 Charlot Harvor, VI: 320.
 Chávez, Puente de, I: 308; III: 242.
 Checoslovaquia, IX: 265, 363.
 Cherasco, I: 321.
 Chesapeake, I: 48.
 Chiapas, I: 57.
 Chicago, VII: 52, 202, 272, 273, 283; VIII: 242.

Chile, II: 211, 223; IV: 35, 36, 40, 42, 129; V: 11, 22, 66, 68, 274, 312, 323, 335; VI: 8, 370, 378, 390; VII: 305, 307, 341; VIII: 49, 86; IX: 265, 267, 336, 371; X: 164.
 Chile, Santiago de, VI: 370; VIII: 320.
 China, I: 44, 299; IV: 194, 297, 298, 343, 344; V: 341.
 China en Holguín, I: 41.
 Chorrera, La I: 94, 106, 130, 170, 172, 305, 323, 343; II: 70, 114, 118, 120, 121, 123, 166.
 Chorrera de Managua, VI: 249.
 Chorrillo, V: 244.

D

Daiquiri, VI: 434, 435, 436; VII: 199; VIII: 260.
 Damajayabo, IV: 218.
 Damas Key, VI: 320.
 Damují, II: 171; IV: 250; VII: 309, 311, 435.
 Darién, I: 64, 212, 224, 230, 231.
 Darién, golfo de, I: 45.
 Delaware, VI: 277.
 Demajagua, La, IV: 133, 138, 139; V: 4, 5, 6, 10, 11, 12, 14, 18, 23, 74, 78, 82, 84, 85, 86, 122, 123, 139, 145, 165, 174, 176, 177, 367; VI: 13; VII: 153, 247, 307; VIII: 21, 191.

Deseada, I: 321.
 Dieppe, I: 295.
 Dinamarca, III: 231; IV: 241; IX: 37.
 Dogs Rock, VI: 321.
 Dolly Cay, VI: 279.
 Dos Caminos, VI: 444.
 Dos Leguas, VI: 190.
 Dos Ríos, VI: 194, 199, 241, 282, 305; VII: 291, 327; VIII: 192.
 Duaba, VI: 101, 191, 269.
 Dumbarton Oaks, VIII: 263.
 Durán, V: 113.
 Durang, X: 183.

E

Ecuador, III: 48; V: 274, 323; VI: 370, 373, 374, 375, 376, 378, 379, 382, 387, 395.
 Egipto, I: 299; IV: 380.
 Elbow Key, VI: 324.
 Enamorados, Peña de los, I: 40.
 Encrucijada, VIII: 50.
 Eritrea, I: 299.
 Escambray, II: 203.
 Esmeralda, La, VI: 218.
 España, I: XI, 17, 45, 46, 48, 51, 56, 77, 79, 81, 82, 83, 84, 87, 89, 91, 94, 95, 97, 98, 101, 103, 110, 117, 120, 126, 129, 132, 133, 135, 138, 145, 147, 150, 151, 152, 154, 156, 159, 163, 165, 166, 167, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 197, 198, 214, 216, 217, 220, 222, 224, 226, 230, 231, 232, 233, 234, 261, 272, 274, 280, 281, 284,

285, 289, 294, 299, 300, 305, 309, 316, 317, 319, 321, 322, 324, 325, 326, 346, 349, 353, 356, 364; II: 3, 5, 6, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 19, 21, 22, 23, 25, 28, 29, 32, 34, 37, 39, 41, 42, 44, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 59; III: 62, 63, 65, 67, 78, 80, 81, 82, 83, 85, 86, 89, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 106, 107, 109, 119, 125, 126, 129, 130, 132, 133, 155, 163, 166, 176, 184, 186, 187, 188, 191, 194, 201, 203, 224, 226, 227, 228, 230, 231, 235, 236, 237, 238, 239, 241, 242, 248, 252, 253, 254, 255, 257, 260, 261, 267, 269, 271, 274, 290, 292, 293, 296, 297, 303, 307, 312, 314, 320; III: 3, 4, 5, 6, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18, 22, 23, 25, 26, 27, 28, 33, 34, 36, 38, 39, 41,

- 42, 44, 47, 48, 54, 57, 58, 59,
60, 62, 64, 65, 67, 69, 73, 75,
77, 78, 79, 80, 82, 83, 85, 87,
92, 93, 96, 98, 103, 104, 111, 123,
125, 126, 127, 128, 130, 133, 135, 139,
141, 143, 144, 146, 147, 148, 149, 151,
169, 186, 188, 199, 206, 216, 217, 218,
219, 220, 221, 223, 229, 231, 237, 238,
239, 244, 249, 254, 259, 260, 261, 281,
288, 299, 315, 318, 319, 320, 321, 323,
324, 429, 335, 356, 358, 359, 365, 367,
380, 382, 383, 384; IV: 3, 4, 5,
6, 8, 11, 15, 16, 17, 20, 21,
23, 26, 28, 29, 32, 33, 34, 36,
38, 40, 42, 45, 51, 56, 57, 58;
IV: 63, 65, 67, 70, 72, 75, 76,
83, 87, 97, 98, 100, 101, 104, 105,
109, 110, 114, 117, 119, 129, 130, 131,
132, 133, 137, 139, 241, 242, 247, 254,
258, 275, 297, 302, 306, 309, 313, 317,
322, 323, 333, 334, 344, 369, 372, 379,
384, 391, 400, 406, 412; V: 5, 6,
11, 18, 22, 23, 30, 31, 32, 33,
37, 38, 40, 43, 46, 47, 48, 50,
51, 55, 61, 62, 65, 66, 69, 73,
74, 85, 86, 87, 88, 93, 94, 103,
105, 116, 117, 118, 119, 120, 125, 128,
129, 130, 132, 133, 138, 141, 142, 143,
144, 145, 146, 147, 157, 159, 162, 163,
165, 166, 207, 217, 226, 227, 247, 249,
255, 264, 269, 273, 274, 276, 277, 278,
279, 280, 282, 283, 284, 285, 286, 287,
288, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 295,
296, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304,
305, 307, 308, 309, 310, 312, 313, 314,
316, 320, 325, 326, 329, 340, 47, 348,
350, 353, 355, 360, 363; VI: 4, 5,
6, 7, 8, 12, 14, 16, 17, 18,
19, 20, 22, 23, 24, 27, 28, 32,
33, 34, 35, 38, 39, 43, 51, 52,
55, 56, 59, 60, 61, 62, 65, 68, 72,
73, 74, 83, 91, 103, 104, 108, 109,
110, 111, 112, 119, 120, 134, 157, 174,
176, 188, 190, 195, 200, 204, 208,
213, 218, 219, 225, 246, 249, 250, 251,
252, 253, 254, 255, 261, 264, 266, 267,
272, 281; VII: 3, 9, 34, 38, 44,
51, 60, 63, 69, 86, 111, 130, 167,
204, 205, 206, 208, 210, 211, 216, 227,
231, 233, 235, 239, 258, 261, 262, 278,
280, 281, 293, 300, 303, 307, 309, 323,
235, 330, 333, 336, 337, 341, 343, 352,
353, 357, 358, 360, 362, 363, 364, 367,
368, 392, 395, 405, 408, 410, 424, 426, 429,
443, 468, 471, 472, 478; VIII: 17, 18,
38, 82, 104, 191, 193, 194, 196, 197,
198, 200, 201, 202, 203, 204, 218, 220,
224, 233, 254, 255, 258, 259, 260, 276, 277,
281, 282, 301, 333, 371, 379, 391; IX:
4, 20, 21, 23, 50, 69, 81, 249,
266, 267, 327, 328, 335, 370, 377, 390,
391, 394; X: 13, 23, 33, 41, 213,
231, 235, 240, 255, 261, 291.
Española, La, I: 6, 7, 8, 9, 11, 18, 19, 20,
21, 23, 26, 29, 30, 31, 32, 33,
35, 37, 44, 45, 50, 51, 53, 54,
55, 56, 59, 62, 63, 65, 68, 69,
77, 78, 80, 82, 83, 84, 89, 92,
94, 113, 114, 115, 117, 128, 129, 137,
147, 152, 155, 156, 183, 207, 212, 218,
221, 224, 229, 231, 241, 300, 301, 302,
304, 309, 320; II: 10; V: 237; VI: 71.
Esperanza, III: 182; IV: 245; VI: 299; IX:
454.
Estación Naval de Bahía Honda, VIII: 211.
Estación Naval de Guantánamo, VIII: 197,
211.
Estados Unidos, I: IX, XI, XIV, XV, 3; II:
191, 229, 236, 248, 260, 276, 296; III:
4, 13, 14, 15, 16, 21, 22, 23,
24, 32, 34, 35, 41, 45, 46, 47,
65, 66, 70, 84, 85, 91, 127, 129
134, 138, 141, 144, 169, 192, 213, 217,
218, 223, 230, 231, 238, 259, 260, 292
320, 321, 325, 326, 341, 347, 359, 360,
363, 367, 375, 376, 80; IV: 20, 35,
36, 38, 39, 64, 66, 70, 71, 72,
73, 74, 78, 79, 81, 82, 83, 84,
86, 90, 92, 93, 96, 98, 99, 100,
101, 106, 107, 108, 109, 110, 112, 114,
115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122,
128, 161, 163, 182, 185, 199, 215, 218,
228, 230, 238, 239, 241, 242, 247, 248,
251, 253, 254, 258, 259, 260, 264, 265,
266, 269, 270, 282, 300, 305, 314, 354,
360, 369, 378, 379, 382, 391, 408; V:
11, 20, 55, 57, 58, 60, 64, 65,
66, 67, 68, 69, 70, 71, 73, 80,
95, 96, 103, 108, 115, 116, 117, 118,
119, 120, 121, 125, 136, 139, 146, 153,
154, 157, 162, 163, 170, 186, 217, 227,
247, 258, 264, 269, 272, 275, 276, 277,
278, 280, 282, 284, 285, 286, 287, 288,
289, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297,
298, 300, 301, 302, 303, 305, 306, 307,
311, 312, 317, 319, 320, 321, 325, 326,
350, 352, 357, 358, 366; VI: 8, 16,
17, 18, 19, 31, 32, 33, 34, 35,
56, 57, 58, 61, 62, 68, 105, 107,
150, 151, 160, 161, 166, 167, 206, 235,
239, 245, 250, 251, 252, 254, 260, 263,
270, 276, 277, 279, 280, 281, 282, 285,
286, 287, 289, 294, 298, 301, 302, 304,
306, 307, 310, 312, 313, 315, 316, 323,
324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331,
351, 352, 353, 354, 355, 358, 360, 367,
371, 373, 378, 389, 392, 394, 397, 398, 399,
400, 401, 402, 403, 410, 411, 412, 413,
415, 416, 418, 419, 421, 422, 423, 424,
425, 426, 427, 428, 430, 431, 432, 433,
435, 445, 446, 447, 448, 449, 450, 451,
455, 456, 457, 458, 459, 460; VII: 3,

4, 8, 10, 12, 13, 14, 17, 18,
23, 24, 28, 29, 30, 36, 38, 40,
41, 42, 43, 44, 45, 51, 53, 60,
64, 66, 67, 69, 73, 74, 75, 78,
86, 90, 104, 105, 106, 107, 108, 109,
110, 111, 112, 113, 120, 126, 132, 133,
134, 138, 139, 144, 146, 147, 167, 169,
174, 176, 178, 185, 186, 196, 198, 200,
201, 203, 204, 205, 206, 209, 210, 211,
212, 213, 215, 216, 223, 226, 228, 230,
231, 232, 233, 234, 235, 239, 272, 281,
293, 305, 307, 312, 315, 336, 341, 343,
347, 348, 350, 359, 361, 365, 366, 370,
405, 407, 409, 454; VIII: 4, 5, 6,
7, 10, 11, 28, 29, 35, 36, 38,
42, 43, 45, 48, 49, 50, 55, 58,
59, 77, 78, 82, 83, 88, 102, 192,
194, 195, 198, 199, 204, 205, 206, 208, 209,
210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217,
218, 219, 220, 222, 223, 224, 226, 227,
228, 229, 231, 234, 235, 237, 239, 240,
241, 242, 244, 247, 249, 252, 253, 254,
255, 256, 257, 258, 259, 261, 262, 263,
270, 273, 275, 276, 277, 278, 281, 288,
289, 294, 295, 306, 310, 315, 318, 319,
320, 323, 333, 346, 356, 371, 385, 393;
IX: 7, 11, 14, 20, 23, 25, 26, 27,
29, 34, 37, 50, 57, 59, 67, 69,
70, 71, 79, 81, 89, 90, 93, 96,
97, 109, 110, 111, 112, 155, 156, 157,
241, 242, 243, 247, 248, 249, 252, 253,
255, 259, 264, 266, 268, 277, 287, 288,
293, 294, 300, 303, 312, 313, 316, 319,
325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 333,
334, 336, 337, 340, 341, 342, 343, 344,
345, 347, 348, 355, 362, 363, 364, 366,
368, 369, 370, 371, 376, 377, 384, 385,
386, 391, 394, 395; X: 45, 51, 75,
137, 164, 176, 229, 296, 313.
E. U. A., X: 176.

Estados Unidos de América, II: 86, 87; III:
110, 125, 126, 135, 140, 147, 280, 343;
IV: 18, 31, 33; V: 270, 271, 274,
311, 314; VI: 185, 354, 358, 362, 379,
391, 394, 397, 409, 414; VII: 130, 136;
VIII: 10, 41, 89, 101, 104, 191, 196,
197, 200, 202, 203, 207, 230, 232, 233,
236, 239, 243, 246, 248, 249, 250, 251,
256, 261, 302, 322; IX: 70, 80, 207,
226, 265, 402, 416, 418; X: 153.
Estados Unidos de Brasil, VI: 393.
Estados Unidos Mexicanos, VIII: 250.
Estados Unidos de Norteamérica, VII: 249,
258, 262, 280, 289, 295, 482; VIII: 384.
Estante, El, VI: 220.
Etiopía, I: 44.
Etruria, III: 358.
Europa, I: 88, 148, 158, 163, 165, 170,
173, 174, 179, 181, 184, 185, 190, 192,
195, 223, 271, 284, 286, 289, 293, 295,
296, 299, 316, 322, 325, 339; II: 5,
43, 48, 95, 99, 108, 152, 167, 182,
185, 224, 225, 252, 254, 262, 271, 303;
III: 7, 11, 15, 16, 21, 27, 29,
44, 47, 66, 84, 87, 88, 169, 199,
204, 223, 225, 229, 265, 279, 319, 321,
329, 354, 360, 367; III: 376, 380, 382,
390; IV: 15, 20, 26, 28, 83, 97,
98, 102, 230, 254, 309, 314, 327, 350,
391, 394; V: 5, 19, 20, 73, 125,
130, 158, 301, 311, 317, 319, 321, 331,
350; VI: 32, 151, 378, 390; VII: 65,
211, 213, 223, 228, 285, 304, 324, 340,
352, 355, 398, 401, 421, 423, 424, 427,
447, 449, 462, 469; VIII: 53, 191, 197,
198, 202, 213, 247, 248, 297; IX: 59,
186, 327, 333, 350, 368, 377, 389; X:
193, 197, 211, 242, 260, 291, 297, 310.
Europa Central, VII: 443; IX: 441.
Europa Occidental, IX: 386.

F

Falcón, VIII: 23.
Farallón, El, IV: 90.
Fernandina, VI: 155, 156, 160, 165, 167,
185, 190, 259, 260, 261, 263, 264, 265,
266, 289, 292, 318, 324; VIII: 191.
Fernandina, Isla (Cuba), I: 66, 79, 355.
Fernandina de Cuba, II: 297.
Fernandina de Jagua, IV: 7.
Fernando Poo, V: 45, 356; VII: 177, 291, 312,
360.
Ferrara, VII: 477.
Figueras, VIII: 3, 194.
Filadelfia, III: 22, 41, 110, 134, 239, 359,
367; IV: 33, 43, 117; V: 358, 364, 368;
VI: 33, 67, 114, 150, 157, 161, 272, 285,
290, 325; VII: 353, 369; X: 151.
Filipina, II: 75, 76, 77, 78.

Filipinas, I: 290; II: 63; III: 75; VI: 5, 434,
442, 451, 452, 455, 456; VII: 206, 370;
IX: 29, 355.
Filipinas (Pinar del Río), III: 344, 346.
Firmeza, VI: 436; VII: 199.
Flandes, I: 67, 83, 97, 174, 190, 192, 232,
299, 338.
Florescia, VII: 416; X: 234.
Florida, I: 5, 6, 11, 13, 17, 26, 48,
92, 96, 99, 111, 125, 135, 149, 157,
167, 168, 169, 170, 195, 198, 225, 230,
264, 272, 288, 295, 297, 313, 325, 340;
II: 31, 39, 45, 48, 49, 121, 129,
130, 131, 154, 164, 205, 206, 227, 250;
III: 22, 23, 44, 46, 126, 335, 367;
IV: 87; V: 102, 333; VI: 122, 143,
152, 155, 162, 164, 261, 272, 273, 277,

285, 287, 320, 321, 330, 431; VII: 288, 289, 292, 293, 297, 358; VIII 60, 249, 250; IX: 341; X: 176, 177, 231.
 Florida Occidental, II: 131; III: 15, 16.
 Florida Oriental, II: 131; III: 15, 43.
 Floridas, las, III: 16, 22, 24, 41, 42.
 Folsom, I: 3.
 Fomento, VI: 212; IX: 309.
 Fort Meade, VI: 285.
 Fortuna, isla, VI: 191, 268.
 Fortune Island, VI: 267, 268.
 Francia, I: 158, 159, 166, 167, 174, 175, 176, 185, 191, 194, 195, 198, 199, 232, 289, 293, 294, 296, 299, 317, 321, 324; II: 5, 29, 37, 41, 48, 49, 81, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 103, 105, 110, 129, 130, 132, 186, 213; III: 7, 11,

13, 14, 15, 16, 18, 22, 23, 24, 46, 69, 110, 113, 119, 122, 123, 137, 161, 204, 237, 289, 323, 329, 367, 376, 377; IV: 79, 116, 118, 199, 203, 241, 260, 265, 314, 378, 391, 392, 400; V: 5, 19, 20, 23, 66, 68, 73, 163, 286, 293, 301, 302, 303, 311, 318, 355; VI: 8, 32, 34, 288, 370, 371, 378, 390, 391, 392, 421, 450, 451; VII: 210, 398, 401, 409, 413, 423, 429, 435, 443, 474, 478, 481; VIII: 52, 53, 197, 198, 222, 223, 258, 263, 270, 301; IX: 36, 37, 49, 50, 156, 157, 249, 265, 266, 267, 274, 313, 327, 332, 370, 390; X: 65, 151, 164, 168, 227, 261.
 Francisco, VII: 178.
 Frías, cafetal de, VI: 236.

G

Gabriel, VI: 222, 240.
 Galalón, VI: 240.
 Galeón, VI: 233, 234.
 Galicia, III: 93, 208.
 Galope, VI: 235.
 Galveston, VI: 303, 310.
 General Peraza, X: 96.
 Georgia, II: 44; VI: 264; VIII: 231.
 Gettysburg, V: 278.
 Gibara, I: 25, 41, 42; III: 182, 207, 208, 240, 263; IV: 227, 228, 249, 253; V: 4, 15, 343, 370; VI: 100, 194, 254; VII: 50, 136, 142, 145; VIII 75, 76, 193, 260; IX: 167, 300, 405.
 Gibraltar, II: 102, 106, 109, 111, 125, 130; III: 70; IV: 65.
 Gijón, II: 236.
 Ginebra, VIII: 213, 223, 244; IX: 267, 271, 379, 384, 385, 386, 410.
 Glasgow, IV: 266.
 Gonaive, I: 321.
 Gorgas, VII: 57.
 Govea, II: 161.
 Gran Antilla, VI: 450.
 Gran Bretaña, I: 185, 186, 192, 193, 198, 199; II: 5, 15, 28, 29, 37, 38, 41, 42, 43, 44, 47, 48, 49, 51, 54, 56, 81, 82, 83, 84, 87, 88, 96, 99, 102, 105, 111, 129, 131, 132; III: 3, 4, 7, 12, 15, 16, 23, 24, 29, 30, 34, 41, 42, 47, 48, 50, 64, 65, 79, 80, 82, 84, 87, 97, 123, 125, 138, 139, 141, 185, 206, 215; IV: 64, 68, 73, 101, 116, 118, 119, 196, 218, 230, 239, 241, 242, 247, 253, 260, 264, 265, 266, 269, 302; V: 5, 19, 20, 66, 284, 317, 318; VI: 378, 390, 391, 392; VII: 123, 200, 210, 211; VIII: 52, 53, 222, 248, 252, 257, 263,

270; IX: 37, 156, 157, 265, 267, 327, 332, 347, 370, 377; X: 151.
 Gran Khan, I: 41.
 Granada I: 6, 147, 300, 321; III: 319.
 Grande Antilla, V: 294.
 Grecia, X: 37.
 Guacanayabo, I: 70.
 Guacanayabo, Golfo de, I: 43.
 Guacayarima, I: 7, 11.
 Guadalupe, I: 199, 321; II: 231.
 Guadiana, II: 166.
 Guahabá, I: 59.
 Guaicanamar, Sierra de, V: 97.
 Guaimarillo, VII: 304.
 Guáimaro, I: 38; IV: 88; V: 16, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 80, 82, 83, 85, 87, 88, 95, 96, 98, 102, 108, 121, 123, 274, 275, 279, 287, 312, 318, 321, 323, 324, 325; VI: 142, 157, 177, 205, 241, 371; VII: 130, 256, 258, 303, 304, 305, 306, 309, 314, 342; VIII: 87, 153, 154, 156, 157, 159, 192, 194, 257, 267, 270; IX: 401.
 Guaimaya, I: 69.
 Guairabo, III: 121.
 Guam, VI: 456.
 Guamacaro, II: 160, 176; III: 182; IV: 86; VIII: 50.
 Guamuhaya, I: 70.
 Guamutas, III: 160, 161; V: 63.
 Guanabacoa, I: 100, 160, 262, 263, 264, 265; II: 16, 17, 19, 33, 59, 78, 117, 121, 127, 162, 175, 245; III: 137, 344, 346; IV: 209, 215, 244, 399, 409; V: 21; VI: 233, 237, 311; VII: 249, 250, 265, 267, 283, 299, 309, 321, 366, 379, 394, 412, 436, 444, 452; VIII: 20, 184; X: 302.
 Guanábana, IV: 244, 245; VI: 219.

Guanabo, IV: 209; VI: 330; IX: 288.
 Guanacabibes, I: 10, 44.
 Guanahaní, I: 41.
 Guanahatabibes, I: 70.
 Guanaja, I: 49, 195; IV: 34; V: 28, 29, 55, 80, 116.
 Guanajay, II: 160; III: 123, 181, 242, 243, 245, 247; IV: 39, 147, 209, 245; VI: 226, 231, 236, 243; VII: 247.
 Guanajuato, III: 165.
 Guane, II: 73, 74, 157, 160, 170, 174, 181; III: 160, 240; VI: 200, 226, 228, 236; VIII: 47, 124; IX: 305.
 Guane del Norte, II: 75.
 Guane del Sur, II: 75.
 Guaniguanico, I: 10, 70.
 Guaniguinico, Viejo Hato de, I: 23.
 Guantánamo, I: 38, 43, 59; II: 27, 107, 204, 250, 315; III: 11, 161, 176, 178, 181, 182, 183, 240; IV: 150, 211, 246, 250; V: 4, 15, 136, 169, 184, 199, 239, 258, 333; VI: 101, 189, 192, 193, 450; VII: 50, 151, 167, 194, 247, 361; VIII: 10, 47, 197, 211, 230, 232, 260; IX: 405; X: 90, 106, 107, 108.
 Guao, VI: 240.
 Guara, II: 161, 167; VI: 221.
 Guaracabulla, II: 160; IV: 174, 175.

Guaramanao, VI: 203.
 Guarico, II: 109; III: 113.
 Guásimas, las, V: 189, 190, 191, 192, 194, 207, 209, 221, 231, 250; VI: 239; VII: 311; VIII: 14, 260.
 Guatao, II: 160, 161, 175; III: 385.
 Guatemala, II: 33, 205; V: 312, 362; VI: 378, 390; VII: 310, 312, 329, 348; IX: 50; X: 164.
 Guayabal, VI: 223.
 Guayabo Blanco, I: 11, 12, 14, 15, 16, 21.
 Guayanas, IX: 252.
 Guayaquil, II: 238, 243; VI: 305, 374, 375.
 Guillén (ensenada), I: 170.
 Güinachos, cayo, I: 41.
 Guinea, I: 29.
 Güines, II: 79, 142, 143, 160, 161, 167, 170, 176; III: 5, 9, 40, 89, 160, 162, 236, 240, 243, 245, 388; IV: 39, 147, 148, 161, 201, 205, 209, 210, 215, 219, 244, 245, 387; V: 50, 107, 113, 144; VI: 231, 246; VII: 359, 436, 453; VIII: 24; IX: 166, 341, 454; X: 89, 90, 131.
 Güines, Canal de, III: 244.
 Güira de Melena, II: 160, 161, 202; VI: 222, 223, 231; IX: 454.
 Guisa, VI: 250.

H

Habana, La, I: XI, XII, XIII, 50, 85, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 113, 116, 119, 120, 121, 125, 126, 127, 129, 131, 132, 134, 135, 139, 141, 144, 145, 146, 149, 150, 151, 154, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 167, 168, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 181, 182, 183, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 196, 197, 198, 199, 219, 226, 232, 235, 249, 250, 251, 252, 255, 256, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 270, 288, 293, 297, 298, 305, 306, 307, 308, 311, 313, 314, 316, 317, 418, 319, 320, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 332, 333, 334, 335, 336, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 347, 348, 349, 354, 356, 357, 358, 359, 360, 362; II: 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 19, 20, 23, 24, 26, 28, 29, 31, 32, 33, 34, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89,

100, 101, 102, 103, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 116, 117, 120, 125, 127, 129, 130, 131, 132, 133, 137, 138, 139, 141, 143, 144, 145, 147, 149, 150, 152, 153, 154, 155, 156, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 170, 171, 174, 176, 177, 180, 186, 187, 188, 190, 191, 192, 193, 195, 196, 198, 199, 201, 202, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 213, 214, 216, 217, 219, 223, 224, 225, 226, 228, 229, 231, 232, 234, 235, 337, 238, 239, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 253, 256, 257, 262, 263, 264, 265, 267, 272, 275, 276, 285, 286, 287, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 301, 303, 305, 307, 308, 309, 310, 312, 313, 315, 316, 318, 319, 323; III: 6, 7, 8, 18, 20, 23, 24, 29, 30, 35, 36, 38, 39, 41, 48, 53, 54, 56, 57, 60, 61, 62, 65, 70, 73, 80, 81, 85, 88, 89, 97, 109, 110, 111, 113, 115, 116, 117, 123, 126, 128, 131, 133, 134, 135, 137, 140, 143, 144, 149, 158, 159, 160, 161, 162, 174, 178, 181, 182, 186, 187, 188, 194, 201, 202, 205, 208, 209, 211, 213, 215, 216, 218, 219, 220, 222, 226, 227, 228, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 242, 244, 246, 247,

251, 253, 254, 255, 256, 258, 259, 260,
 262, 273, 276, 277, 282, 300, 301, 302,
 310, 312, 314, 315, 318, 320, 321, 323,
 324, 325, 328, 329, 330, 331, 336, 337,
 338, 344, 345, 346, 353, 358, 361, 362, 363,
 365, 366, 367, 372, 373, 374, 375, 376,
 377, 378, 379, 380, 381, 382, 383, 385,
 386, 387, 391, 392, 393, 394; IV: 5,
 6, 8, 12, 16, 22, 26, 28, 29, 30,
 31, 32, 35, 37, 38, 39, 40, 42,
 43, 46, 66, 74, 76, 80, 83, 100,
 106, 119, 121, 125, 131, 132, 133, 136,
 137, 145, 146, 147, 148, 153, 157, 161,
 162, 164, 165, 166, 172, 173, 175, 176,
 192, 193, 194, 195, 209, 210, 213, 215,
 217, 218, 219, 222, 224, 225, 226, 227,
 231, 232, 233, 237, 240, 241, 244, 245,
 246, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 258,
 262, 270, 274, 281, 291, 294, 300, 304,
 309, 311, 314, 316, 335, 337, 338, 343,
 352, 354, 359, 360, 362, 364, 365, 369,
 372, 374, 377, 378, 380, 383, 386, 391,
 392, 394, 399, 400, 404, 413, 415, 418;
 V: 3, 5, 14, 17, 21, 25, 26,
 27, 28, 29, 30, 31, 32, 40, 42,
 43, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 51,
 54, 61, 62, 63, 65, 69, 71, 84,
 89, 93, 96, 103, 105, 106, 107, 108,
 112, 113, 114, 116, 117, 126, 127, 128,
 130, 131, 134, 135, 136, 137, 140, 143, 144,
 160, 163, 187, 208, 209, 211, 227, 238,
 247, 262, 265, 290, 294, 300, 325, 326,
 333, 335, 336, 340, 341, 344, 345, 346,
 350, 370, 371, 372; VI: 5, 8, 12,
 13, 17, 21, 32, 35, 41, 43, 47,
 57, 62, 68, 72, 73, 74, 86, 87,
 103, 107, 111, 114, 120, 143, 153, 154,
 160, 161, 165, 168, 181, 185, 186, 190,
 209, 210, 218, 219, 220, 221, 222, 223,
 225, 227, 229, 230, 231, 232, 233, 235,
 236, 239, 240, 243, 244, 246, 249, 251,
 252, 256, 265, 280, 283, 292, 300, 308,
 310, 311, 320, 321, 322, 324, 325, 326,
 328, 329, 330, 332, 356, 357, 363, 391,
 405, 409, 410, 412, 413, 419, 429, 441,
 451, 459, 462, 463; VII: 3, 6, 15,
 16, 17, 18, 23, 28, 31, 33, 35,
 37, 39, 41, 56, 57, 59, 60, 69,
 70, 73, 75, 76, 77, 78, 82, 117,
 132, 134, 136, 137, 138, 141, 142, 144,
 145, 148, 157, 158, 168, 181, 182, 184,
 186, 190, 192, 196, 202, 203, 220, 224,
 226, 240, 242, 243, 247, 49, 251, 252,
 253, 254, 255, 259, 260, 261, 263, 264,
 265, 266, 267, 268, 269, 270, 272, 373,
 278, 279, 280, 282, 283, 284, 287, 288,
 289, 290, 291, 292, 293, 297, 299, 300,
 304, 312, 314, 319, 321, 322, 323, 324,
 327, 329, 330, 334, 336, 338, 351, 358,
 368, 369, 372, 374, 385, 394, 398, 400,
 401, 404, 406, 408, 410, 411, 414, 415,

416, 418, 425, 427, 434, 435, 436, 439,
 442, 447, 448, 449, 450, 451, 453, 454,
 455, 456, 458, 460, 464, 468, 469, 470,
 472, 473, 474, 475; VIII: 4, 7, 10,
 22, 23, 24, 26, 27, 28, 30, 32,
 36, 38, 41, 42, 44, 46, 54, 56,
 58, 59, 60, 62, 63, 64, 67, 68,
 69, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 78,
 79, 93, 96, 125, 155, 182, 184, 185,
 186, 187, 188, 197, 200, 203, 206, 212,
 213, 216, 218, 223, 224, 231, 233, 236,
 239, 242, 244, 245, 250, 253, 255, 256,
 261, 263, 264, 284, 288, 314, 315, 318,
 320, 324, 348, 366, 370, 379, 393; IX:
 6, 27, 61, 63, 74, 80, 133, 136,
 140, 142, 145, 146, 147, 170, 191, 198,
 222, 237, 243, 262, 267, 276, 287, 289,
 290, 292, 99, 300, 302, 304, 306, 307,
 308, 309, 314, 316, 319, 328, 330, 336,
 341, 343, 378, 384, 388, 394, 401, 405,
 422, 423, 427, 437, 439, 453, 454; X: 65,
 70, 74, 79, 80, 81, 89, 90, 93,
 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102,
 104, 105, 107, 108, 109, 110, 111, 126,
 131, 132, 139, 140, 141, 143, 145, 146,
 151, 157, 158, 160, 162, 163, 164, 166,
 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174,
 176, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184,
 185, 186, 203, 211, 222, 223, 226, 227,
 231, 234, 235, 236, 250, 251, 252, 254,
 257, 258, 261, 263, 264, 265, 270, 272,
 274, 275, 278, 281, 284, 286, 288, 290,
 291, 292, 293, 294, 297, 302, 309, 319,
 Haití, I: 7, 8, 10, 16, 19, 20, 21,
 28, 29, 30, 32, 43, 156; II: 109,
 180, 192, 234; III: 5, 11, 14, 15,
 21, 31, 36, 65, 71, 82, 84, 111,
 112, 115, 118, 122, 123, 125, 137, 141,
 160, 161, 187, 188, 189, 215, 223, 230,
 278, 280, 281, 320, 321, 332, 339; IV:
 128, 167, 182, 300; V: 237; VI: 152,
 153, 206, 277, 302, 370, 378, 390, 393;
 VII: 257, 476; VIII: 86, 351
 Halifax, IX: 342.
 Hamburgo, VII: 462.
 Hanámana, VI: 214, 215, 233.
 Harvard, VII: 47.
 Hawaii, IX: 29.
 Haya, La, VII: 442; VIII: 262, 393.
 Hemisferio Occidental, I: 200; III: 110, 146;
 V: 323; VI: 381.
 Herculano, IV: 108.
 Heredia, VI: 283.
 Hicacos, II: 204.
 Higüey, I: 32.
 Hispano-América, IV: 241, 349; VI: 173;
 IX: 138; X: 28, 33, 35, 45.
 Holanda, I: 186, 187, 188, 191, 193, 198,
 199, 289, 296, 316, 318, 319, 321, 324;
 II: 5, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103,
 188; IV: 300; VI: 34; VIII: 49.

Holguín, II: 33, 34, 59, 78, 145, 157, 160, 181, 260; III: 121, 207, 208, 240, 337, 338, 344, 346; IV: 39, 131, 134, 135, 136, 150, 151, 163, 172, 211, 218, 222, 227; V: 4, 12, 15, 23, 24, 29, 72, 98, 108, 109, 110, 112, 129, 169, 170, 184, 187, 195, 196, 198, 202, 218, 223, 224, 225, 227, 231, 233, 239, 243, 257, 258, 333, 340, 343; VI: 94, 157, 188, 194, 195, 197, 200, 202, 203, 241, 329, 444; VII: 142, 163, 201, 314, 370; VIII: 93, 111, 193, 259, 260; IX: 133, 145,

262, 295, 338; X: 89, 90, 106, 107, 108, 114, 115, 117.
Honduras, I: 45, 121, 133, 219, 224, 290, 317, 321, 324; II: 49, 130, 243, 244; V: 312, 362, 364; VI: 316, 378, 390; VII: 185, 297, 310, 349.
Honduras Británica, X: 177.
Hong Kong, IV: 333.
Hongolosongo, V: 334.
Hornos de Cal, V: 259.
Hoyo Colorado, VI: 223.
Hungria, IX: 50, 363.

I

Ibarra, VI: 187.
Ibor City, VI: 133, 134, 135, 144, 284.
Iguará, VI: 211.
Illinois, IV: 79; V: 271, 296.
Imperio Británico, IX: 249.
Inagua, VI: 179, 191, 268, 269, 271, 281.
Inagua Grande, I: 42.
India, I: 299; II: 126; III: 225.
India Citerior, I: 44.
India Oriental, I: 299.
Indiana, V: 296.
Indias, las, I: 43, 45, 47, 49, 50, 51, 53, 54, 55, 56, 77, 78, 80, 82, 83, 84, 85, 86, 95, 123, 124, 130, 136, 137, 138, 140, 147, 148, 150, 158, 165, 167, 168, 169, 171, 174, 178, 184, 185, 191, 193, 207, 211, 218, 220, 221, 226, 233, 234, 237, 241, 244, 245, 253, 288, 291, 292, 293, 294, 301, 311, 317, 320, 324, 325, 326, 346; II: 41, 46, 51, 53, 56, 87, 100, 103, 104, 106, 130, 133, 163, 282; III: 26, 27, 111; IV: 25, 334; VI: 94.
Indias, Cartagena de, I: 190; II: 72.
Indias Occidentales, las, I: 147, 169, 172, 173, 176, 178, 185, 189, 193, 195; II: 4, 44, 102, 106, 111; VI: 451, 456; VII: 185.
Indias Orientales, I: 296; II: 110.
Indias, Reina de las, II: 125.

Indico, océano, I: 44, 299.
Inglaterra, I: 166, 168, 172, 173, 176, 177, 178, 181, 184, 185, 186, 193, 195, 198, 289, 293, 294, 295, 296, 317, 321, 324; II: 45, 51, 62, 81, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 103, 104, 109, 111, 126, 186, 215, 224; III: 11, 13, 22, 36, 45, 47, 49, 80, 110, 186, 207, 216, 217, 223, 231, 238, 300, 320, 323; IV: 67, 73, 83, 300, 318, 343, 378; V: 73, 163, 318, 355; VI: 8, 17, 32, 34, 421; VII: 60, 474; VIII: 86, 258, 301; IX: 36, 47, 50, 249, 269, 274, 330, 386, 387; X: 223.
Irlandia, VI: 416.
Irlanda, II: 54.
Isabel, IV: 244.
Isabela, I: 43, 45; IV: 175.
Isabela de Sagua, IV: 174; IX: 405.
Isla de Pinos, II: 112; III: 183, 344; IV: 218; V: 137, 138, 143; VI: 82, 317; VII: 38, 106, 133, 146, 356; VIII: 11, 56, 60, 195, 196, 197, 199, 205, 213, 224, 226, 227, 245, 246, 247, 251, 253, 264, 320, 357; IX: 259, 341; X: 318.
Italia, I: 56, 97, 174, 190; II: 96; III: 231, 329, 374, 380; IV: 241, 378, 392; V: 5, 19; VII: 207, 415, 424, 443, 477; VIII: 86, 223, 252, 309; IX: 56, 50, 57, 249, 267, 335; X: 223, 236, 240.

J

Jackson, IV: 84.
Jacksonville, V: 333; VI: 147, 161, 168, 264, 287, 295, 296, 299, 306, 309, 315, 316, 319, 390.
Jaén, I: 299.
Jagua, I: 22, 23, 25, 38, 50, 53, 64, 70, 83; II: 36, 67, 160; III: 262.
Jagua (bahía de), II: 23.
Jagüey Grande, IV: 174, 175, 226; V: 63; VI: 187, 218; IX: 289.

Jagüey de San Pedro, V: 191.
Jagüeyes, VI: 214.
Jalapa, II: 224; IV: 79.
Jamaica, I: 2, 19, 26, 27, 29, 43, 45, 53, 54, 62, 92, 156, 193, 195, 212, 213, 221, 224, 230, 231; II: 43, 44, 85, 101, 102, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 120, 121, 130, 131, 138, 152, 164, 182, 208, 209, 215, 230, 233, 234, 242, 250, 285, 316; III: 36, 145,

- 203, 204, 340, 347; IV: 69, 202; V: 68, 114, 153, 154, 183, 243, 258, 320, 351, 353, 354, 357, 359; VI: 73, 152, 153, 163, 267, 276, 282, 284, 292, 296, 303, 430; VII: 161, 201, 348.
- Japón, I: 39; VIII: 248, 252; IX: 249, 265, 335.
- Jarabacoa, VII: 336.
- Jaraguá, I: 30, 32, 33; III: 120.
- Jarao, V: 259.
- Jardín de la Reina, El, I: 43.
- Jardines, I: 23.
- Jardines y Jardinitillos, IV: 158; X: 185.
- Jardines de la Reina, I: 43.
- Jaruco, II: 78, 79, 161, 166; III: 137, 208, 242, 344, 346; IV: 210, 228; V: 134, 360; VI: 237, 320, 322; IX: 454.
- Jatibonico, I: 124; IV: 674; V: 134; VI: 189, 210; VIII: 57, IX: 305; X: 183.
- Jatibonico del Sur, VI: 210.
- Java, III: 225; IV: 401; IX: 351, 363.
- Jerez, I: 221.
- Jibacoa, II: 160, 161.
- Jíbaro, V: 211 214; VI: 254, 328.
- Jicarita, VI: 309.
- Jiguani, I: 262, 264; II: 160; IV: 134, 135, 163; V: 4, 12, 13, 15, 16, 23, 24, 29, 72, 87, 100, 110, 111, 134, 136, 150, 169, 185, 186, 196, 198, 200, 202, 239; VI: 186, 189, 438; VII: 162; IX: 305.
- Jigüey, IV: 151.
- Jimaguayú, V: 192, 197; VI: 197, 198, 247, 337, 341, 343, 344, 370, 371, 373, 377, 395, 402, 425; VII: 103, 304; VIII: 192, 193, 198, 257, 267; IX: 401.
- Jiquimas, IV: 208, 210.
- Jobabo, V: 169; VI: 205.
- Jobo, VI: 243.
- Jobo Dulce, V: 224.
- Jovellanos, III: 212; IV: 172, 174, 175, 225, 244; V: 113, 340; VI: 216, 217, 218; IX: 306.
- Juan Gualberto Gómez, IX: 306.
- Juana, I: 39, 79.
- Júcaro, IV: 244; V: 112, 216; VI: 200, 247, 319, 344; IX: 405.
- Juraguá, IV: 218.
- Juraguacito, IV: 218.
- Jururú, I: 40 41.
- Jutinicú, IV: 227.

K

- Kansas, V: 297; VII: 341.
- Kentucky, IV: 86.
- Key West, IV: 87; VI: 128, 129, 149, 181, 270, 272, 273, 276, 283, 286, 292, 293, 294, 299, 318, 321, 327, 328, 330, 390;
- VII: 253, 272, 276, 278, 279, 280, 283, 288, 289, 291, 292, 297, 300, 372.
- Kingston, II: 85; III: 302, 324; V: 251, 329, 351, 358, 363, 364, 365; VI: 163, 267, 272, 284, 303, 430.

L

- La Fé, VIII: 75.
- Laborí, VI: 236.
- Ladrones, VI: 451, 456.
- Lagunas, Las, VI: 446.
- Lagunas de Varona, V: 202, 203, 204, 206, 212, 213, 217, 218, 221, 222, 229, 230; VI: 303.
- Lagunilla, III: 162.
- Lagunillas, IV: 86; VII: 200.
- Lajas, VI: 52.
- Laredo, VI: 310.
- Lares, VI: 283, 292.
- Lavado, El, VI: 203.
- Lázaro López, VI: 209.
- Leipzig, IV: 378.
- Lengua de Pájaro, IX: 378, 405.
- León, I: 266.
- Levante, II: 73.
- Libano, IX: 304.
- Lieja, VI: 393; X: 291.
- Lima, I: 334; II: 8, 133, 224, 287; III: 144, 268; V: 298, 322, 323, 326; VI: 278, 295, 370; VII: 368; VIII: 86.
- Limón, VI: 283.
- Limonar, V: 113; VI: 217; X: 142.
- Lisboa, I: 289, 360; II: 102; X: 163.
- Liverpool, II: 211; III: 239; V: 67; X: 151.
- Logroño, I: 63.
- Loma del Cura, VI: 247.
- Loma del Gato, VI: 240, 315.
- Loma de Hierro, VI: 241.
- Loma de Piedra, VI: 247.
- Loma Redonda, VI: 238.
- Loma de San Juan, VI: 253, 437.
- Loma de Sevilla, V: 204, 205, 213, 264.
- Lomas de Tapia, VI: 237, 238.
- Lombriz, La, VI: 189.
- Londres, II: 43, 44, 47, 48, 55, 81, 82, 111, 199; III: 13, 94, 126, 187, 245, 289, 377; IV: 64, 66, 71, 78, 118, 314,

- 379; V: 317, 318, 331; VI: 278, 391, 392, 393; VII: 360.
 Long Island: VI: 304.
 Louisiana, VII: 67; VIII: 30; IX: 266.
 Lucayas, I: 5, 20, 21, 26, 198.
 Lugareño, VII: 167.
 Luisiana, II: 49, 65, 81, 83, 129, 130, 131, 164, 188, 236, 242, 243, 244; III: 11, 13, 15, 16, 23, 51, 126, 188, 339; IV: 107, 116, 200.
 Luna, río de la, I: 41.
 Lutezia, X: 206, 211.

LL

- Llobregat, V: 369.

M

- Ma-ca bo-na, I: 31.
 Macaca, I: 45, 52, 54, 90.
 Macagua, IV: 153, 155, 210, 211, 245, 246, 253; V: 63, 113 VI: 216.
 Macaguanigua, I: 42.
 Macorix, I: 30.
 Macurijes, II: 160; III: 338; IV: 148, 210; V: 113.
 Machina, La, II: 71.
 Madera, (isla de la), I: 312, 313.
 Madrid, I: 58, 83, 246, 309, 346; II: 36, 48, 61, 63, 81, 82, 87, 95, 97, 99, 102, 209, 211, 235, 312, 316, 320, 323; III: 4, 5, 16, 18, 19, 22, 44, 60, 69, 70, 87, 88, 150, 219, 321, 326, 383, 387, 392, 393; IV: 4, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 19, 22, 23, 33, 34, 35, 38, 41, 44, 45, 46, 55, 57, 65, 67, 70, 76, 78, 80, 83, 113, 119, 122, 123, 125, 131, 132, 289, 291, 292, 294, 314, 335, 353, 356, 358, 359, 363, 364, 379, 383, 384, 415, 417, 418; V: 5, 6, 23, 26, 30, 31, 32, 35, 41, 43, 48, 51, 69, 89, 93, 112, 130, 140, 141, 145, 146, 161, 211, 276, 277, 278, 280, 282, 283, 288, 289, 290, 292, 293, 296, 297, 299, 301, 303, 304, 305, 307, 320, 321, 325, 326, 331, 341, 372; VI: 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 16, 18, 19, 25, 27, 28, 29, 31, 32, 35, 36, 40, 41, 47, 48, 52, 59, 62, 64, 67, 68, 73, 75, 82, 83, 90, 91, 94, 95, 103, 104, 107, 109, 111, 114, 217, 246, 252, 256, 288, 382, 386, 397, 398, 409, 414, 420, 440, 463; VII: 51, 184, 215, 216, 236, 242, 243, 257, 299, 300, 304, 333, 340, 342, 348, 353, 354, 357, 358, 359, 362, 368, 408, 410, 442, 445, 453, 457; VIII: 63, 198, 202, 219, 370; IX: 28, 138, 249, 394; X: 33, 158, 167, 182, 217, 231, 279, 291, 296, 309.
 Madruga, III: 182, 208; IV: 225
 Magallanes, Estrecho de, I: 3, 296.
 Magón, I: 43.
 Maguana, I: 20, 21, 32, 36.
 Maguanos, I: 25.
 Maisí, I: 11, 32, 43, 59, 60, 82; II: 111, 248; VI: 240, 269, 271, 280, 306; VII: 438; VIII: 297.
 Majana, III: 160; VI: 237, 240, 241; IX: 219.
 Málaga, I: 299, 360; II: 236; III: 148; V: 93.
 Malaya, IV: 334.
 Malezas, II: 191, 192, 203.
 Maltipio, VI: 103, 213.
 Manacal, VI: 212.
 Managua, II: 160; VI: 231, 232.
 Manajuanabo, VI: 229.
 Manatí, V: 15; VI: 323, 431; IX: 405.
 Mancha, La, VIII: 310.
 Mancha, canal de la, II: 102.
 Manchester, II: 211.
 Mangi, I: 44.
 Manglito, VI: 287.
 Mango, El, I: 25.
 Mangos de Mejías, V: 240.
 Manguito, III: 182; V: 344; VI: 220; VIII: 50.
 Maniabón, I: 23, 25, 32, 62, 90, 138; IV: 370.
 Manicaragua, I: 249, 251; III: 182; IV: 217, 218, 308; VI: 212, 213.
 Manila, V: 249; VI: 435, 442, 451, 455, 456.
 Manimani, VI: 328, 529.
 Manjuarí, VI: 220.
 Mano del Negro, IV: 93.
 Manopilón, VI: 319.
 Mantua, II: 75, 160; III: 240; IV: 218, 228; V: 249; VI: 200, 228, 229; IX: 306; X: 44.
 Manzanares, IV: 123.
 Manzanillo, I: 35, 70, 170, 171, 179, 350; III: 11, 181, 183, 240, 263; IV: 133, 134, 135, 137, 138, 139, 150, 63, 228, 250; V: 4, 5, 11, 15, 23, 24, 25, 26, 29, 40, 72, 108, 109, 111, 134, 136, 146, 169, 186, 197, 198, 202, 217, 223, 224, 233, 239, 333, 340, 355, 360; VI: 92, 100, 101, 186, 188, 190, 196, 197, 298, 305, 431, 440; VII: 50,

- 142, 162, 168, 169, 170, 188, 194, 293, 320, 370, 372; VIII: 25, 183, 260; IX: 104, 405; X: 12, 50, 90, 103, 104, 105, 132.
- Manzanillo, Monte de, III: 122.
- Mar Caribe, IX: 390.
- Mar del Sur, II: 240.
- Maracaibo, II: 316; III: 360; VI: 307.
- Maraguán, V: 17, 105.
- Maraví, I: 42; VI: 236, 291.
- Mares, río de, I: 41, 42.
- Mares del Sur, I: 70.
- Margarita, Isla de, II: 238.
- María Galante, I: 321.
- María la Gorda, VI: 315, 319.
- Marianaje, VI: 438.
- Marianao, IV: 246; VI: 225, 355, 357; VII: 7, 21, 57; VIII: 30, 75; IX: 145; X: 89, 90, 131, 139, 142; VI: 456.
- Mariel, I: 102, 105, 158, 160, 167, 297, 316, 317; II: 108, 121, 127, 160, 161, 167; III: 11, 162, 175, 181, 235, 236, 240, 311; IV: 152, 249; VI: 225, 237, 239, 240, 241, 243, 320; VIII: 50, 57; IX: 166, 219, 405.
- Marimelena, IV: 261.
- Marmontel, VII: 483.
- Martí, III: 182.
- Martí City, VI: 278, 279, 284.
- Martinica, I: 321; II: 112, 131, 234; III: 203.
- Maruecos, II: 305; V: 145.
- Masio, VI: 314.
- Massachusetts, V: 272, 297; VI: 414; VII: 387; X: 65.
- Matamanó, I: 45.
- Matanzas, I: 69, 102, 171, 172, 187, 188, 190, 297, 306, 317, 343, 359; II: 26, 33, 34, 47, 67, 78, 79, 83, 121, 127, 129, 143, 160, 166, 167, 171, 176, 186, 188, 301, 311; III: 56, 90, 123, 143, 144, 158, 160, 162, 178, 179, 182, 187, 191, 203, 208, 227, 235, 236, 238, 240, 242, 245, 255, 262, 287, 338, 344, 346, 359, 361, 362, 363, 365, 371, 373, 387, 393; IV: 39, 42, 44, 66, 75, 76, 80, 86, 100, 136, 145, 146, 148, 151, 152, 156, 163, 172, 174, 175, 188, 209, 210, 213, 214, 215, 225, 226, 227, 231, 232, 233, 240, 243, 244, 245, 249, 261, 262, 270, 274, 286, 300, 352, 353, 371, 386, 388, 394, 395, 410, 413, 418; V: 3, 29, 30, 43, 50, 54, 61, 62, 63, 71, 90, 94, 113, 133, 160, 178, 184, 187, 208, 209, 211, 212, 214, 215, 221, 227, 228, 229, 234, 264, 344, 373; VI: 74, 86, 87, 94, 98, 186, 187, 210, 214, 216, 217, 218, 219, 221, 223, 227, 229, 232, 233, 235, 244, 247, 256, 265, 296, 308, 310, 322, 324, 325, 329, 357, 435; VII: 15, 35, 39, 73, 75, 82, 140, 142, 143, 168, 169, 182, 188, 190, 192, 193, 200, 224, 242, 247, 254, 273, 319, 321, 332, 336, 342, 359, 369, 372, 389, 407, 425, 434, 436, 444, 455, 456, 457; VIII: 36, 68, 76, 83, 198, 288; IX: 61, 133, 146, 147, 191, 259, 289, 302, 304, 306, 307, 308, 309, 314, 319, 405, 427, 437; X: 12, 71, 74, 79, 90, 91, 93, 95, 96, 97, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 114, 116, 117, 118, 143, 158, 170, 226, 230, 237, 261, 262.
- Maternillos, VI: 304.
- Matilde, la, V: 219; VI: 207.
- Matina, VI: 283.
- Mauricio, isla, IV: 334.
- Máximo Gómez, VIII: 60; IX: 306.
- Mayabeque, II: 167, 170.
- Mayajigua, III: 182; IV: 174.
- Mayarí, I: 264, 323; II: 158, 160, 161, 171, 174, 202; III: 11, 208; IV: 264; V: 156, 240, 361; VII: 373; VIII: 260.
- Mayarí Arriba, VI: 192.
- Mayores, las, I: 31.
- Mayye, I: 69.
- Medina, IV: 175, 176.
- Mediteráneo, I: 174; II: 101, 125; VII: 404.
- Mejicana, República, VII: 468.
- Méjico, I: 212, 224, 225, 231, 246, 250, 284, 285, 290, 293, 304, 306, 307, 309, 313, 314, 334; II: 307, 316, 322; III: 73, 74, 362, 363, 366, 375, 391, 392; IV: 363, 369; V: 146, VII: 332, 348, 349, 365, 368, 373.
- Melena, IV: 161.
- Melena del Sur, II: 167; V: 113, VI: 221, VIII: 57.
- Melones, Los V: 186.
- Menfis, IV: 108.
- Menorca, II: 106, 109, 130.
- Menores, las I: 29, 31.
- Merced, La, VI: 236.
- Mérida, II: 316; IV: 337; VI: 273, 274, 380, 307; VII: 315.
- Mérida de Yucatán, II: 243.
- Meso América, I: 6.
- Metrópolis, la, I: 166, 231, 250, 354; II: 3, 7, 15, 30, 39, 56, 59, 87, 129, 177, 179, 185, 190, 217, 225, 238, 240; III: 110, 125, 127, 138, 140, 141, 151, 189, 227, 234, 244, 254, 261, 274, 279, 281, 335, 357, 358; IV: 19, 26, 179, 230, 235; V: 107, 116, 117; VII: 207.
- Mexicano, Seno, III: 255.
- México, I: 65, 85, 87, 89, 99, 106, 131, 134, 139, 155, 156, 163, 168, 172, 176, 190, 194, 230, 231, 323, 324, 333, 347, 356, 359, 360; II: 8, 41, 45, 55, 67, 68, 87, 133, 176, 202, 224, 237, 257, 258, 260, 275, 276, 287, 289, 297; III:

6, 23, 24, 30, 41, 42, 62, 67,
133, 138, 140, 144, 257, 258, 259, 261,
268, 287, 289, 315, 318, 329, 342; IV:
14, 15, 28, 33, 79, 80, 82, 86,
95, 192, 254, 297, 337, 381, 415; V:
28, 66, 68, 273, 274, 277, 312, 357,
358, 363, 364; VI: 8, 79, 163, 164,
262, 276, 277, 307, 370, 378, 380, 381,
382, 387, 390, 405; VII: 56, 201, 203,
243, 305, 309, 398, 404, 439, 443, 447;
VIII: 82, 96, 103, 182, 197, 250, 291,
366; IX: 6, 37, 91, 211, 252, 303;
X: 164, 165, 183, 213, 269, 274
México, golfo de, I: 48, 93, 156, 175, 190;
II: 83, 236, 241, 248; III: 111, 237; VI:
273; VIII: 249.
Miami, I: 6; VI: 321; VIII: 103.
Mijial, V: 110.
Milán, III: 370.
Mina, V: 244.
Minas, IV: 174; V: 27, 53, 54.
Minas de Juan Rodríguez, V: 96, 97.
Minas de Nuevitas, Las, VI: 190.
Minessota, X: 231.
Miranda, V: 251, 253, 257.
Misas, río de las, I: 45.
Missisipi, II: 49; III: 13, 15, 111.
Mississippi, V: 84, 85, 117, 124, 266; VII:
424; IX: 266.
Moa, Palenque de, III: 192.

Moa, puerto de, I: 42.
Mobila, IV: 119; VI: 298, 429.
Mobile, II: 83, 130.
Moja Casabe, V: 189.
Mona, la, II: 112, 248.
Monmouth, IV: 117.
Monserate, I: 321.
Monte Cristi, II: 238; VII: 27.
Montecristi, VI: 171, 177, 178, 190, 191,
270, 271, 368, 402; VIII: 274; IX: 21.
Monte Santo, V: 134.
Montevideo, VI: 370; VIII: 82, 93, 253.
Montjuich, VII: 293.
Montpellier, III: 370.
Monzón, I: 243.
Mora (ensenada), VI: 282, 297, 430.
Morón, II: 161; III: 240; V: 16, 112, 216,
259; VI: 200, 207, 247, 344; VII: 162;
IX: 305; X: 89, 90, 184.
Morillo, IV: 94; VI: 328, 329; VIII: 83.
Morro, el, I: 97, 102, 103, 104, 105, 106,
107, 108, 109, 110, 166, 170, 172, 174,
175, 179, 187, 193, 263, 306; II: 8, 11,
26, 43, 54, 55, 61, 65, 67, 102, 114, 116,
118, 119, 21, 122, 123, 124, 129, 291,
319; V: 142.
Motembo, VII: 200.
Mulas, punta de, I: 42.
Mulata, La, VI: 329.
Mundo, el, III: 110, 111, 115, 151.

N

Najasa, IV: 150; V: 17; VI: 238; VII: 311.
Nantes, II: 232.
Nápoles, II: 96, 97, 105.
Naranjo, El, V: 189, 190, 191, 207, 208,
209, 226, 231, 366; VI: 203.
Narcisa, VII: 7.
Nassau, II: 215; V: 28, 68, 102, 106, 114,
131, 153; VI: 279, 281, 285, 308, 431.
Natchez, IV: 117, 125.
Navajas, IV: 174; VI: 217.
Navarra, VI: 24.
Navassa, VI: 306, 313, 316.
Nazareno, VI: 233.
Nevada, V: 296.
New Brunswick, VII: 471.
New Hampshire, IV: 115.
New Haven, IV: 417; VII: 471.
New Jersey, V: 353.
New Orleans, IV: 248; VI: 157, 163, 429;
VII: 242, 315.
New Paltz, VII: 386.
New Platz, X: 64.
Newport, IV: 81.
New York, III: 22, 71, 239, 359, 363, 368,
392, 393; IV: 97, 117, 118, 158, 162,
248, 266, 291, 314, 335, 360, 361, 362,
365, 368, 378, 398, 418; V: 119, 325,

326, 368; VI: 62, 127, 132, 134, 155,
157, 159, 160, 161, 162, 164, 165, 169,
170, 171, 181, 349, 410, 463; VII: 69, 70,
171, 195, 218, 228, 251, 253, 291, 305,
306, 307, 308, 314, 315, 319, 321, 323,
324, 325, 329, 333, 334, 335, 339, 340,
342, 348, 350, 353, 355, 360, 361, 365,
366, 370, 371, 373, 422, 445, 447, 451,
472; VIII: 13, 242, 248, 264; IX: 7,
232, 262, 295, 343, 351, 394; X: 64, 163,
314.
Niágara, III: 353; VII: 341.
Nicaragua, I: 3; VI: 371, 378, 390; X:
164, 169.
Nicoya, VI: 283.
Nipe, I: 62; II: 286; III: 208; VI: 194;
VII: 168, 178; VIII: 10, 294.
Niquero, VII: 168; VIII: 57; IX: 305.
Nombre de Dios, I: 131.
Norte, I: 3; II: 125; 213; III: 239.
Norte (E. U.) VIII: 281, 290.
Norte América, I: 6; VIII: 204, 216, 221.
Norteamérica, II: 173; III: 132; VII: 67,
104, 110, 285, 471; X: 287, 297.
Norte, Mar del, II: 102.
Norte, Mares del, I: 70.

North Caroline, VIII: 38.

Noruega, IV: 241; VIII: 49.

Nootka Sound, III: 4.

Nueva Bermeja, IV: 145, 149.

Nueva España, I: 121, 131, 133, 134, 139,

156, 188, 190, 290, 309, 314, 334, 356,

259, 360; II: 4, 15, 17, 28, 37,

38, 39, 50, 52, 54, 55, 57, 60,

63, 68, 78, 86, 107, 191, 192, 193,

199, 203, 205, 216, 224, 231, 235, 240,

242, 244, 255, 259, 261, 266; III: 110, 113,

188, 211, 217, 218, 219, 224, 281; VI: 5

Nueva Filipina, IV: 146

Nueva Granada, I: 225, 285, 324; II: 4, 193;

III: 46.

Nueva Inglaterra, I: 284; III: 110.

Nueva Orleans, II: 49, 65; 130; III: 23, 41,

370, 379; IV: 33, 83, 93, 94, 95,

112, 121, 124, 125, 305; V: 68, 114,

362; VI: 163, 273, 274, 302, 317.

Nueva Paz, III: 182; VI: 221.

Nueva York, II: 44, 57; IV: 19, 33, 35,

36, 38, 39, 40, 44, 78, 82, 83,

84, 104, 112, 113, 115, 119, 124, 125,

127, 129, 135; V: 10, 11, 66, 67,

69, 70, 75, 79, 84, 102, 103, 104,

106, 114, 118, 127, 131, 137, 154, 158,

271, 272, 291, 296, 300, 301, 302, 303,

305, 307, 308, 310, 311, 312, 317, 329,

331, 332, 338, 339, 345, 346, 347, 349,

350, 351, 354, 355, 356, 357, 358, 359,

361, 362, 364, 367, 368, 369, 371, 73;

VI: 42, 43, 120, 125, 127, 140, 141,

142, 147, 148, 150, 152, 153, 155, 190,

199, 259, 262, 263, 264, 265, 266, 267,

270, 272, 273, 274, 277, 279, 280, 281,

282, 288, 289, 290, 292, 298, 301, 303,

314, 315, 318, 319, 323, 325, 332, 369,

371, 373, 383, 384, 393, 396, 405; VII:

16, 23, 459, 468, 471; VIII: 51, 59,

192, 366; X: 155, 231, 241.

Nueva Zelandia, IX: 37.

Nuevas Grandes, IV: 128; V: 88, 116; VI:

304, 313.

Nuevas Jobosi, V: 228.

Nuevitas, I: 70; II: 160; III: 11, 73, 164,

165, 181, 183, 188, 236, 240, 241; IV:

126, 149, 217, 219, 240, 249, 252; V:

16, 27, 28, 42, 54, 97, 135, 146,

192, 370; VI: 52, 190, 236; IX: 191,

300, 405.

Nuevo Méjico, I: 3.

Nuevo Mundo, I: 3, 42, 43, 77, 78, 81, 83,

84, 97, 110, 112, 133, 147, 148, 153,

157, 158, 163, 165, 167, 171, 172, 173,

174, 175, 176, 178, 184, 186, 187, 191,

195, 199, 200, 216, 221, 233, 241, 243,

278, 285, 289, 291, 294, 300, 308, 316,

318 346; II: 3, 44, 52, 69, 81,

96, 112, 283; III: 11, 35, 109, 119,

125, 129, 133, 144, 318; IV: 10, 27,

29, 72, 128; V: 298, 313, 316; VI:

377, 379, 381, 383, 386; VII: 292; IX:

14.

O

Ocala, VI: 144, 145, 146.

Oceania, I: 51, 58; IX: 186.

Occidental III: 211, 212, 348; IV: 18.

Occidente, I: 49, 84, 184; II: 161; III: 175,

228; IV: 148, 153, 175, 219, 227, 249,

287, 405; V: 3, 44, 53, 56, 61,

62, 64, 70, 72, 74, 76, 78, 79,

157, 158, 169, 172, 187, 194, 200, 207;

V: 208 216, 221, 227, 231, 242, 249,

334, 341, 370; VI: 169, 170, 171, 200,

204, 209, 212, 215, 216, 228, 229, 235,

238, 241, 242, 254, 272, 292, 313; VIII:

295; IX: 287, 305, 319.

Ocumare, VI: 307.

Ocumare del Tuy, VI: 307.

Ochile, I: 25.

Oeste, III: 240; IV: 266.

Ohio, IV: 266; V: 119, 271, 273, 297; VII:

52, 382; VIII: 200, 229, 246.

Ojo del Agua de los Melones, V: 110.

Omoa, II: 85, 238.

Orbe Antiguo, I: 158, 200; V: 317.

Orfila, VIII: 91.

Organos, Cordillera de los, X: 182.

Organos, Sierra de los, I: 172; VI: 236.

Oriental, III: 211, 212, 348; IV: 18; V: 25,

39; VII: 253.

Oriente, I: 30, 35, 49, 59, II: 158, 171,

212; III: 175, 180, 182, 192, 336, 337;

IV: 118, 133, 137, 138, 146, 163, 172,

174, 201, 211, 218, 227, 264, 276, 286;

V: 3, 5, 12, 15, 16, 17, 18,

22, 23, 26, 29, 30, 32, 39, 55,

58, 59, 60, 62, 71, 72, 73, 74,

76, 78, 79, 84; V: 85, 87, 98,

103, 105, 106, 107, 108, 109, 112, 113,

117, 123, 128, 131, 134, 136, 145, 147,

150, 151, 152, 153, 154, 158, 160, 164,

165, 166, 168, 169, 170, 71, 172, 176,

184, 185, 187, 188, 192, 194, 195, 196,

197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204,

208, 210, 211, 212, 214, 215, 216, 217, 218,

223, 224, 228, 230, 231, 232, 233, 234,

239, 240, 245, 250, 255, 257, 330, 334,

337, 339, 340, 341, 343, 351, 356, 370;

VI: 87, 93, 98, 148, 154, 157, 159,

169, 170, 189, 192, 193, 194, 197, 199,

200, 203, 205, 211, 235, 238, 239, 242,

244, 246, 247, 253, 254, 261, 265, 269,

277, 279, 282, 292, 293, 296, 313,

314, 315, 318, 323, 324, 332, 378, 433,
434, 435, 452; VII: 35, 50, 82, 141,
152, 161, 165, 182, 188, 189, 190, 194,
199, 200, 218, 253, 254, 267, 329, 418,
422, 465; VIII: 22, 36, 49, 54, 68,
92, 224, 260, 284, 287, 295; IX: 61,
74, 146, 147, 153, 200, 219, 287, 288,
289, 292, 301, 302, 304, 305, 306, 307, 308,
309, 312, 313, 314, 316, 319, 324, 338,
427, 437, 453; X: 14, 23, 27, 74,

91, 93, 95, 97, 99, 100, 101, 102,
118, 126, 127, 143, 176, 180, 187, 259
274, 284
Oriente Medio, IX: 441.
Orinoco, I: 5, 6, 19.
Ornofay, I: 44
Osuna, IV: 115.
Otahití, IV: 155.
Oviedo, II: 313; VII: 352; IX: 138
Oxford, IX: 91.

P

Pacífico, I: 171, 290, 296; II: 223; IV: 36,
42, 258; V: 22, 273, 322; VI: 159,
375, 428, 435; VII: 404; IX: 351.
Países Bajos, I: 176, 177, 184, 185, 186,
187, 189, 191, 195, 289, 293, 294, 319;
II: 96, 99, 100, 116; III: 231.
Palacios, Los, II: 75, 77, 160, 161; VIII:
50, 75.
Palestina, I: 299.
Palizadas de Palanzon, VI: 324.
Palm Beach, VI: 316.
Palma, V: 334.
Palma, La, II: 166; VI: 226, 228, 237.
Palma Soriano, III: 182; IV: 57, 227; V: 257;
VIII: 260; IX: 305.
Palmar Bonito, VI: 187.
Palmas, (cabo), I: 41.
Palmas, (puerto), I: 59.
Palmas Altas, V: 11.
Palmas de Asís, II: 164.
Palmillas, IV: 148; V: 63; VI: 215.
Palmira, IV: 108, 174, 395; VIII: 23; IX:
454.
Palo Alto, VI: 327, 444.
Palo Quemado, V: 96.
Palo Seco, V: 186, 187, 250, 363, 366; VIII:
14.
Palos, III: 247; V: 113.
Pamplona, V: 331.
Panamá, I: 131; III: 144; IV: 381; V: 360,
361, 362; VI: 159, 163, 277, 309, 310,
375; VII: 56, 356, 388, 404, 406; VIII:
34, 57, 82, 249, 372.
Paraguay, VI: 373, 393.
Paria, I: 11.
Paris, II: 49, 131; III: 22, 54, 126, 255,
289, 370, 376, 377, 378, 393; IV: 15,
64, 78, 98, 110, 113, 118, 280, 291,
292, 293, 314, 363, 379, 380, 390, 398,
400, 401, 404, 418; V: 89, 106, 157, 301,
303, 318, 331, 363, 364; VI: 67, 288,
312, 318, 392, 421, 462; VII: 51, 64,
69, 148, 168, 227, 242, 306, 307, 324,
329, 340, 341, 352, 354, 355, 358, 373,
398, 400, 401, 423, 425, 428, 441, 442,
447, 454, 470, 483; VIII: 4, 192, 193,
198, 202, 203, 204, 205, 208, 217, 219,

226, 227, 230, 244, 245, 247, 262, 285,
301, 333, 371; IX: 81, 96, 97, 241,
248; X: 157, 158, 160, 165, 170, 206,
211, 227, 238, 240.
Paso de las Damas, VI: 242.
Paso del Guayabo, V: 113.
Paso Real, IV: 246.
Paso Real de San Diego, VI: 229.
Paso Viejo, VI: 227.
Pastelillo, IX: 405.
Patagonia, I: 3.
Patana, La, I: 30.
Paz, La, V: 362.
Pedro Betancourt, III: 182; IX: 306.
Península, la, I: 176, 185, 188, 339; II: 11,
85; III: 7, 25, 27, 127, 135, 143, 150;
IV: 18; V: 140.
Pensacola, II: 6, 49, 83, 130, 296; III: 362;
VI: 299, 322.
Pensilvania, V: 296, 298.
Pennsylvania, X: 137.
Peralejo, VI: 103, 196, 247.
Perdices, I: 13.
Perico, VIII: 50.
Pernambuco, I: 192.
Persia, I: 299.
Perú, I: 92, 162, 212, 225, 227, 231, 272,
285, 334, 337; II: 4, 164, 203, 211,
223; III: 6, 174; IV: 40, 159; V:
22, 66, 68, 117, 274, 298, 312, 322,
323, 335; VI: 8, 306, 370, 373, 378,
390; VII: 175, 307, 341; VIII: 191; IX:
37, 363; X: 164, 176.
Perros, los, IV: 250.
Philadelphia, III: 216; IX: 5.
Piedras del Norte (cayo), IV: 86.
Piloto, V: 252.
Piloto Arriba, Asiento de, V: 250.
Pilotos, VI: 227.
Pinar Redondo, V: 250.
Pinar del Río, I: 4, 7, 13, 17, 23, 38,
264; II: 75, 112, 158, 160, 171, 181,
205; III: 15, 143, 144, 159, 161, 163,
240; IV: 39, 87, 146, 172, 173, 174,
175, 196, 209, 214, 227, 232, 245, 252,
263, 268, 360, 388, 418; V: 3, 29,
43, 54, 61, 62, 63, 71, 79, 113, 114,

- 136, 264; VI: 86, 87, 200, 210, 224, 225, 226, 227, 230, 231, 234, 235, 237, 238, 239, 240, 242, 244, 247, 296, 299, 308, 309, 310, 314, 315, 319, 320, 322, 325, 326, 328, 329, 351, 378; VII: 15, 35, 39, 73, 75, 82, 141, 177, 188, 190, 239, 242, 255, 379, 384, 447, 455, 464; VIII: 22, 23, 24, 28, 36, 49, 62, 64, 184, 187, 230, 259, 287, 295; IX: 61, 108, 133, 146, 147, 166, 198, 259, 260, 287, 300, 305, 307, 308, 309, 314, 427, 437, 453, 454; X: 44, 69, 74, 79, 89, 90, 91, 93, 95, 96, 97, 103, 104, 105, 107, 108, 116, 118, 143, 185.
- Pine Key, VI: 272, 273, 318.
- Pinos, Isla de, I: 30, 45, 169, 177, 179, 188, 198; II: 78, 200.
- Pipían, VI: 246.
- Pirineos, I: 194; II: 98, 100.
- Placetas, II: 160; IV: 174, 175; VII: 157.
- Plasencia, I: 83.
- Playa de la Caleta, VI: 280.
- Playa Camacho, VI: 308.
- Playa de Mosquitos, VI: 320.
- Playita, La, VI: 271.
- Playitas, VI: 102, 192.
- Playitas, Las, V: 6.
- Playitas del Morrillo, IV: 95.
- Pogolotti, IX: 403.
- Polonia, II: 105; VII: 306, 346; IX: 363.
- Poniente, I: 147; II: 14, 19, 20, 74.
- Port-au-Prince, IV: 128; V: 370; VI: 158, 276, 302.
- Port Royal, I: 198; II: 112.
- Port Tampa, VI: 284, 326.
- Portugal, I: 106, 147, 174, 176, 195, 232, 234, 238, 241, 242, 243.
- Portsmouth, II: 111.
- Portugal, I: 106, 147, 174, 176, 195, 32, 291, 294, 295, 296, 300, 311, 312, 313, 318, 322, 324; II: 60; III: 48, 127, 319; IV: 190, 241; VII: 457; VIII: 86; IX: 50, 65, 265, 336.
- Portugalete, VII: 181.
- Potomac, VII: 109; VIII: 213, 241, 254.
- Pozas, las, II: 160, 161; IV: 94; VI: 226, 237.
- Pozo, El, VI: 439.
- Pozo Redondo, V: 107; VI: 246.
- Prensa (reparto), IV: 175.
- Preston, VII: 178; IX: 405.
- Princeton, VIII: 109.
- Príncipe (castillo), II: 62, 129.
- Príncipe (loma del), III: 245.
- Príncipe, (puerto del), I: 42.
- Progreso, VI: 273, 274.
- Providencia, I: 321; III: 237.
- Provincias Unidas, I: 184.
- Provincias Vascongadas, IX: 390.
- Puebla, I: 351; II: 316.
- Puebla de los Angeles, II: 316.
- Puebla-Atlixco, II: 241.
- Puentes Grandes, I: 308; III: 245; IV: 226.
- Puerta de la Güira, IV: 147, 219; VI: 315.
- Puerto Cabello, VI: 307.
- Puerto Escondido, I: 59; VI: 322.
- Puerto Esperanza, X: 183.
- Puerto Grande, I: 43.
- Puerto Limón, VI: 163, 191, 266, 267.
- Puerto Padre, I: 41; IV: 174; VI: 329; VII: 188; VIII: 259; IX: 305, 405.
- Puerto Plata, V: 333; VI: 171, 301, 302.
- Puerto Príncipe, I: 102, 103, 119, 149, 192, 195, 196, 219, 220, 225, 249, 260, 264, 270, 272, 275, 317, 332, 340, 349, 352, 354, 355, 361; II: 25, 26, 28, 33, 48, 64, 71, 78, 137, 143, 157, 165, 166, 190, 192, 196, 234, 247, 273; III: 11, 52, 119, 128, 130, 131, 132, 137, 141, 143, 145, 146, 164, 176, 178, 180, 181, 182, 192, 216, 227, 228, 234, 236, 240, 241, 262, 263, 276, 322, 330, 336, 337, 338, 344, 345, 346, 363, 387; IV: 5, 6, 16, 17, 18, 19, 20, 39, 43, 46, 90, 91, 92, 93, 94, 112, 146, 149, 150, 172, 173; IV: 174, 176, 177, 186, 187, 189, 195, 211, 213, 219, 220, 224, 225, 227, 231, 232, 247, 252, 286, 287, 326, 375, 387, 388, 413; V: 16, 18, 25, 26, 27, 28, 29, 42, 53, 96, 98, 103, 104, 106, 107, 110, 128, 134, 135, 146, 148, 149, 188, 192, 209, 225, 229, 235; VI: 47, 52, 87, 94, 205; VII: 15, 35, 39, 73, 75, 141, 152, 153, 159, 161, 162, 166, 168, 182, 188, 190, 201, 202, 220, 249, 284, 300, 389, 465, 466, 474; IX: 300; X: 79, 226.
- Puerto Príncipe, Santa María del, I: 70.
- Puerto Rico, I: IX, X, 5, 6, 7, 10, 11, 12, 18, 19, 29, 31, 32, 37, 116, 135, 139, 194, 212; II: 31, 66, 153, 164, 212, 236, 238, 258; III: 41, 46, 48, 49, 75, 283, 300; IV: 7, 34, 35, 46, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 78, 129, 254, 407; V: 11, 66, 145, 246, 269, 276, 281, 283, 299; VI: 5, 12, 15, 24, 25, 27, 36, 41, 57, 60, 61, 65, 67, 76, 79, 95, 97, 106, 142, 150, 192, 315, 368, 392, 429, 434, 440, 441, 444, 450, 451, 455, 456; VII: 167, 206, 210, 216, 251, 293, 314, 315, 399; VIII: 192, 323, 370, 372; IX: 29, 240, 355; X: 164.
- Puerto Santo, I: 42, 61.
- Puerto Tarafa, IX: 405.
- Puerta, (campo de la), IV: 95.
- Puerta, La, I: 97, 105, 170, 174, 175, 306; II: 11, 42, 61, 67, 124.
- Punta Brava, VI: 223, 225, 243, 320.

Punta Cabrera, VI: 443.
Punta Caleta, VI: 205.
Punta de Ganado, IV: 90; VI: 323.
Punta Gorda, VI: 322, 442.
Punta del Inglés, VI: 297.
Punta de Maya, VI: 325.

Punta de Sal, IV: 246.
Punta de San Juan, VI: 330.
Puntarena, VI: 163, 283.
Purial, El, I: 4, 5, 10, 12.
Purialón, V: 250.
Purnio, VI: 50, 94.

Q

Quebec, II: 121.
Quemados, II: 175; IV: 174.
Quemados (Marianao), VII: 405.
Quersoneso Aureo, I: 44.
Quiebra Hacha, II: 175; 311; VI: 226.
Quillota, VII: 305.

Quinsay, I: 41.
Quinta de los Molinos, III: 374.
Quirro, VI: 212.
Quito, VI: 283.
Quivicán, II: 161; V: 63; VI: 222

R

Ragged, islas, I: 40.
Ramón (península), V: 87, 116.
Rancho Boyeros, VIII: 79.
Rancho Veloz, III: 182; VIII: 23, 25; IX: 454.
Ranchuelo, VI: 52; IX: 309.
Redonda, IV: 82, 83, 105; VI: 437.
Reforma, La, V: 216, 220; VI: 151, 209, 210, 245, 246, 247, 249, 254.
Regla, II: 50, 160; IV: 261, 268, 411; V: 337, 346, 347; VII: 265, 267, 282, 300, 321, 436; VIII: 50, 139; X: 226.
Reina, La, VI: 242.
Reino Unido, IX: 174, 207.
Rejondón de Báguanos, V: 169.
Remanganaguas, VI: 292.
Remate de las Vueltas, VI: 212.
Remedios, I: 323; II: 143, 146, 157, 160, 165, 167, 171, 175, 196, 234, 246, 247, 256, 301; III: 73, 161, 162, 164, 178, 181, 227, 228, 240, 344, 346; IV: 39, 149, 150, 173, 214, 224, 225, 227, 233, 234, 240, 246, 249, 250, 252, 260, 263, 266; V: 30, 58, 59, 60, 112, 129, 134, 212, 227, 240, 349; VI: 210; VII: 17, 18, 152, 153, 154, 157, 170, 183, 184, 193, 372, 373, 458, 459; IX: 140, 431; X: 90, 253, 260.
República Dominicana, V: 333; VI: 206, 301; VII: 27; VIII: 91.
República Mexicana, III: 292.
Rhode Island, VI: 81; V: 298.
Rincón, III: 245; IV: 245.

Río Abajo, VII: 312.
Río de Auras, VI: 233.
Río Blanco, II: 161.
Río Chico, VI: 307.
Río Feo, VIII: 24.
Río Grande, V: 312.
Río de la Hacha, II: 238.
Río Hondo, VI: 230, 318.
Río de Janeiro, IV: 415.
Río Piedra, IV: 151.
Río de la Plata, II: 211, 238; III: 281; V: 316.
Río Salado, V: 27, 177.
Río Seco, VI: 323.
Río Verde, VIII: 76.
Rioja, VI: 24.
Roble, El, VI: 309.
Rochela, La, I: 171, 295; II: 232.
Rodas, IV: 174; VIII: 24.
Rojo, mar, I: 44.
Roma, I: 147, 148; III: 375; IV: 23, 398; VII: 62, 282, 416, 424; VIII: 377; X: 160, 235, 240, 291.
Rompe, IV: 134.
Roque, el, V: 63; VI: 216.
Rosario (minas), II: 203.
Round Island, IV: 83.
Rubí, VI: 236, 240, 243.
Ruho, VIII: 223.
Rusia, III: 231; IV: 199, 241; V: 73; VI: 32; VII: 211; VIII: 88, 248, 252; IX: 249.
Ryswick, I: 199, 200, 327; II: 3, 95, 97, 155.

S

- Sabana del Arroyo de Beatriz Méndez, IV: 91.
 Sabana de la Cabeza, I: 249, 250.
 Sabana de las Charcas, VI: 188.
 Sabana la Mar, III: 145.
 Sabana de San Juan, V: 252, 253.
 Sabanalamar VI: 189.
 Sabaneque, I: 68.
 Sabanetón, VI: 219.
 Sabanilla, IV: 244, 246; VI: 216, 219; IX: 289.
 Sabanilla del Encomendador, VIII: 50.
 Sacra, La, V: 186, 187.
 Sagua, IV: 148, 149, 163, 175, 226, 249; V: 30, 59, 60, 112, 240, 349; VI: 329; VII: 169, 182, 183; IX: 191.
 Sagua la Grande, I: 167; II: 161, 171, 202; IV: 39, 163, 172, 209, 210, 214, 225, 227, 245, 249; VI: 210; VII: 151, 154, 247, 273, 373, 443, 457, 458; IX: 300, 304, 305, 405; X: 89, 90.
 Sagua de Tánamo, I: 264.
 Sagunto, V: 226, 227; VI: 83, 221.
 Saint Malo, I: 295; II: 232.
 Salado, VI: 437.
 Salado de Banes, VI: 325.
 Saltadero, IV: 150.
 Salud, La, III: 182; VIII: 50.
 Salvador, El, III: 376; V: 298, 312, 362; VI: 317, 371, 378, 390, 394.
 Salvatierra de la Sabana, I: 56, 57.
 Samaná, I: 321.
 San Agustín, I: 111; II: 49; III: 367; V: 246; VI: 147; V: 253.
 San Agustín de la Florida, II: 6.
 San Andrés, II: 166.
 San Antón, I: 10.
 San Antonio, I: 6, 11, 50, 158, 169, 171, 172; II: 75, 76, 112, 121; III: 247, 346; VI: 240, 310, 328; VII: 438; VIII: 297; V: 197, 331.
 San Antonio de los Baños, II: 158, 161, 170; IV: 214, 228, 248; V: 41, 63, 264; VII: 186, 249, 250, 265, 267, 273, 321, 372, 442.
 San Antonio de Cabezas, VIII: 50.
 San Antonio de Río Blanco, II: 160.
 San Antonio de las Vegas, VI: 231.
 San Bernardino, VII: 52.
 San Blas, VI: 312.
 San Carlos, IV: 90.
 San Carlos y San Severino de Matanzas, III: 332.
 San Claudio, VI: 237.
 San Cristóbal, I: 70, 85, 89, 95, 153, 320; IV: 214, 227, 228, 251, 252; V: 63; VI: 230, 235, 236; VII: 255.
 San Cristóbal de la Habana, I: 85, 156, 308; II: 284, 287; VI: 71.
 San Diego, IV: 360; V: 187.
 San Diego de los Baños, VI: 240; X: 226.
 San Diego de Núñez, VI: 226.
 San Diego del Valle, IV: 174; VIII: 50; IX: 309.
 San Eustaquio, I: 320.
 San Felipe, III: 245; VI: 307.
 San Felipe y Santiago, II: 78; III: 344, 346.
 San Fernando, IV: 217.
 San Fernando de Camarones, IV: 209; VIII: 50; IX: 454.
 San Francisco, VI: 242.
 San Francisco de California, VIII: 57.
 San Francisco del Jucará, IV: 88, 90.
 San Isidro de Holguín, II: 34, 35.
 San José, VI: 283; VII: 305.
 San José del Asno, I: 249.
 San José de Costa Rica, VI: 163.
 San José de Guaicanamar, V: 204, 212.
 San José de las Lajas, II: 161; III: 182; VI: 231, 232, 233.
 San José de los Ramos, IV: 174, 244; VIII: 50.
 San Juan, I: 45, 224; IV: 190; VI: 209, 316, 318, 327, 438, 439, 440, 445, 446, 450; VII: 354, 465; VIII: 256, 260.
 San Juan Evangelista, I: 45.
 San Juan y Martínez, II: 75, 160, 161; V: 63; VI: 200; VII: 241; VIII: 24; IX: 305, 306, 309, 387.
 San Juan de Matanzas, II: 71.
 San Juan de Motembo, X: 185.
 San Juan, P. R., VIII: 38.
 San Juan de Puerto Rico, VI: 451.
 San Juan de los Remedios, I: 102, 104, 109, 124, 126, 196, 197, 317; II: 21, 26, 33, 78, 138; III: 329, 337; IV: 222; VI: 280; VII: 242.
 San Juan de los Yeras, VIII: 50; IX: 309.
 San Julián de los Güines, II: 71.
 San Lázaro, (caleta), I: 343.
 San Lorenzo, I: 310; V: 175, 176; VII: 304.
 San Lorenzo del Desquite, VI: 215.
 San Luis, III: 182; VI: 227; VIII: 24, IX: 306.
 San Luis de los Pinos, III: 182.
 San Marcos, I: 111; III: 168; IV: 147.
 San Martín, I: 320; VI: 238.
 San Mateo, I: 111.
 San Miguel, II: 17, 18, 19; IV: 135, 136.
 San Miguel de Nuevitas, IV: 90; V: 27.
 San Miguel del Padrón, II: 19, 160, 161, 171; IV: 219.
 San Miguel del Roque, IV: 133.
 San Nicolás, I: 321; II: 111, 112; III: 182; V: 113, 203; VII: 192; VIII: 50.
 San Pedro, VI: 243.
 San Pedro del Gallo, X: 183.
 San Pedro de Punta Brava, V: 216.
 San Pedro de las Rocas (Morro de Santiago

de Cuba), I: 109.
 San Petesburgo, VII: 447.
 San Román, VI: 283.
 San Salvador, I: 40, 41, 70; VI: 279, 319, 326.
 San Salvador del Bayamo, I: 82, 85; VI: 71; X: 253.
 San Sebastián de Urabá, I: 53.
 San Severino, castillo, II: 47, 129.
 San Vicente, I: 31.
 Sancti-Spiritus, I: 70, 102, 104, 109, 114, 115, 119, 122, 126, 153, 194, 219, 225, 249, 250, 251, 252, 256, 259, 260, 272, 273, 275, 293, 317, 323, 332; II: 26, 28, 34, 36, 48, 78, 144, 165, 166, 171, 196, 197, 199, 259; III: 141, 168, 178, 193, 206, 227, 228, 240, 337, 344, 346, 387; IV: 39, 75, 149, 150, 172, 173, 211, 214, 219, 221, 222, 225, 227, 246, 247, 252, 253, 286; V: 16, 28, 59, 60, 73, 90, 112, 134, 210, 211, 214, 215, 216, 220, 227, 240, 249, 259; VI: 71, 201, 209, 210, 212, 240; VII: 152, 153, 162, 166, 168, 183, 201, 202, 239, 242, 293, 372, 373, 463, 464; VIII: 185; IX: 295, 305, 454; X: 90, 106, 107, 108, 211, 230, 253, 257, 260, 284.
 Santa Agueda, VI: 61, 105.
 Santa Ana, II: 161; VI: 282; VIII: 50.
 Santa Ana del Cayojo, V: 106.
 Santa Catalina, I: 42; III: 240.
 Santa Clara, II: 4, 7, 22, 33, 34, 48, 78, 143, 157, 160, 176, 203, 308, 311; III: 176, 178, 182, 192, 227, 330, 344, 365; IV: 39, 173, 209, 211, 382; V: 59, 60, 348; VI: 86, 186, 210, 426; VII: 15, 35, 37, 39, 63, 73, 75, 82, 141, 177, 200, 218, 224, 247, 266, 270, 321, 342, 372, 384, 424, 457, 468; VIII: 28, 68, 186, 269, 295; IX: 166, 287, 309, 319, 454; X: 90, 96, 98, 99, 100, 103, 104, 105, 107, 108, 109, 110, 111, 114, 116, 117, 118, 126, 183, 230, 237, 319.
 Santa Cruz, III: 171, 240; IV: 250; V: 16, 28, 238, 244.
 Santa Cruz del Norte, VI: 233.
 Santa Cruz de los Pinos, II: 75; III: 163; VI: 230.
 Santa Cruz, Provincia de, I: 333.
 Santa Cruz del Sur, III: 145, 182, 192; V: 26, 96, 129, 134, 143, 148, 238, 241, 245; VI: 107, 190, 261, 353; VII: 10, 21, 22, 142; VIII: 194; IX: 167, 405.
 Santa Fé, II: 309; III: 113.
 Santa Fé de Bogotá, II: 296; III: 329.
 Santa Isabel, Bajos de, II: 167, 205.
 Santa Isabel de las Lajas, VI: 214.
 Santa Lucía, I: 321.
 Santa María, I: 48, 192; V: 93, 331, 351; VII: 14.

Santa María del Puerto Príncipe, VI: 71.
 Santa María del Rosario, II: 59, 78, 153, 160, 161, 162, 319; III: 269, 344, 346; IV: 210; VI: 233, 292.
 Santa Marta, II: 238.
 Santa Rita, V: 23, 24, 150, 186, 222, 232.
 Santa Teresa, VI: 246.
 Santander, II: 236; III: 239; IV: 249; V: 138.
 Santiago, I: 79, 85, 88, 89, 90, 92, 93, 94, 95, 106, 113, 118, 119, 129, 139, 157, 172, 193, 199, 226, 273, 274, 320, 340, 347, 354, 364; II: 4, 5, 7, 12, 18, 26, 73, 108, 191, 313; III: 337; IV: 252, 390; V: 16, 17, 24, 109, 148, 177, 274, 333, 334, 340, 344, 345, 351, VI: 254, 435, 438, 439, 443, 449, 450; VII: 33, 47, 49, 305, 478; VIII: 193, 233, 259; X: 251.
 Santiago de los Caballeros, I: 360, 361; II: 312; VI: 152, 171.
 Santiago de Cuba, I: 43, 59, 70, 86, 87, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 97, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 109, 110, 115, 118, 126, 131, 146, 149, 150, 154, 156, 158, 159, 161, 166, 167, 171, 174, 179, 186, 190, 194, 196, 219, 232, 249, 259, 271, 305, 317, 326, 331, 332, 347, 348, 358, 359, 360, 362; II: 21, 23, 25, 27, 28, 29, 31, 32, 33, 34, 36, 42, 45, 48, 57, 58, 59, 61, 63, 64, 66, 67, 68, 71, 72, 73, 78, 79, 80, 81, 85, 87, 88, 89, 107, 120, 129, 138, 143, 144, 148, 159, 160, 165, 167, 171, 175, 181, 190, 192, 198, 200, 203, 208, 214, 218, 228, 230, 234, 238, 242, 246, 247, 250, 258, 259, 261, 263, 266, 285, 296, 301, 305, 307, 311, 312, 316, 318, 320, 321, 322; III: 7, 39, 73, 118, 119, 128, 133, 137, 143, 145, 149, 150, 159, 161, 172, 178, 186, 187, 189, 205, 210, 216, 226, 227, 228, 234, 237, 238, 240, 262, 263, 265, 331, 336, 346, 359, 360, 362, 365, 377, 378, 379, 391, 392; IV: 12, 39, 57, 75, 78, 91, 131, 136, 150, 157, 173, 194, 211, 214, 215, 217, 218, 222, 224, 227, 231, 232, 233, 240, 246, 249, 250, 253, 258, 263, 274, 291, 387, 388, 391, 394, 395, 397, 413; V: 15, 40, 50, 66, 112, 177, 183, 237, 249, 258, 320, 340, 341, 343, 360, 361, 370, 372; VI: 71, 87, 92, 98, 100, 101, 111, 167, 186, 196, 227, 253, 254, 332, 433, 434, 437, 440, 441, 445, 446, 47, 452; VII: 15, 35, 39, 43, 59, 73, 75, 141, 142, 152, 153, 157, 158, 160, 161, 182, 194, 215, 218, 240, 242, 247, 267, 277, 282, 284, 288, 293, 299, 319, 320, 321, 341, 368, 373, 389, 405, 408, 409, 411, 418, 420, 422, 435, 436, 439, 440, 442,

- 443, 457, 464, 476, 477, 479, 480, 481, 483;
VIII: 49, 62, 202, 203, 256, 257, 260,
294; IX: 133, 167, 191, 289, 290, 292,
405, 453; 454; X: 27, 49, 50, 79,
89, 90, 102, 104, 105, 107, 108, 109,
110, 111, 116, 118, 126, 226, 241, 353,
257, 260, 262, 292, 319.
Santiago de Chile, VII: 307; X: 185.
Santiago del Prado, II: 203; 214, 285; III:
207.
Santiago de las Vegas, II: 16, 78, 158, 160,
161, 162, 170, 175; III: 344, 346; IV: 214;
VI: 292; VII: 40, 186, 250, 266, 267, 273,
282; IX: 387; X: 181.
Santísima Trinidad, I: 70.
Santo Domingo, I: 58, 104, 105, 120, 126,
135, 141, 142, 143, 146, 150, 172, 174,
189, 193, 194, 196, 198, 199, 212, 213,
214, 217, 220, 222, 230, 241, 251, 253,
256, 263, 268, 274, 283, 287, 295, 298,
300, 302, 308, 310, 317, 318, 320, 361;
II: 8, 31, 71, 82, 85, 111, 112,
113, 133, 145, 157, 164, 165, 212, 236,
238, 240, 241, 242, 258, 316; III: 8,
11, 14, 15, 35, 41, 43, 44, 113,
123, 134, 137, 138, 182, 183, 332, 339,
356, 377, 382; IV: 5, 28, 101, 254,
279, 381; V: 11, 22, 145, 146, 357,
358, 359, 360, 363, 364, 365; VI: 8,
79, 148, 152, 153, 164, 170, 171,
186, 261, 266, 270, 272, 273, 281, 282,
283, 284, 285, 289, 295, 307, 315, 317,
370, 379, 390, 393; VII: 227, 348, 463;
VIII: 86, 93.
Santos Suárez, IV: 175.
Santo Tomás de Castilla, II: 238.
Santo Tomé, I: 313.
Sao del Indio, VI: 197.
Saratoga, VI: 239.
Savannah, IV: 248; VI: 264, 316.
Sebastopol, VI: 404.
Seborucal, III: 165.
Seibabo, IV: 174.
Senado, VII: 167.
Senegal, VI: 429.
Sevilla, I: 55, 58, 64, 83, 128, 188, 221,
223, 271, 280, 282, 284, 285, 286, 289,
290, 291, 293, 294, 298, 299, 311, 312,
348, 360; II: 12, 96, 223, 228, 236,
237, 293, 310; III: 148, 318, 319; V:
301; VI: 7, 314, 437; VII: 266, 414,
476; IX: 20, 240.
Shanghai, IV: 333; VIII: 50.
Siam, IX: 371.
Sibanicú, IV: 174; V: 98, 192.
Siberia, I: 3; VIII: 248.
Siboney, VI: 436, 437; VII: 405; VIII: 260.
Sicilia, I: 299; II: 96, 97, 105.
Sierra de Cubita, VI: 190.
Sierra de Guacanamar, V: 97.
Sierra Maestra, V: 109, 154, 175, 353; VII:
305; VIII: 239; X: 27.
Sierra del Palenque, IV: 90.
Sigua, VI: 435.
Siguanea, La, VII: 314.
Sigüenza, II: 316.
Siria, I: 299; IX: 304.
Sisal, IV: 336.
Socapa, La, V: 112; VI: 434, 442.
Soledad, VII: 177.
Somanta, La, V: 172.
Songo, VI: 240.
Sonsonate, VI: 317.
Soroa, I: 4; VI: 241.
Sotavento, II: 36, 58, 64, 70, 77.
Southampton, IV: 254.
Sudamérica, II: 223, 238, 255; III: 188.
Sud-Americanas, VI: 127.
Suecia, IV: 241; IX: 37, 57, 58.
Suez, istmo, I: 44.
Suiza, IV: 378; VIII: 262, 303; IX: 37, 50,
271, 410.
Sumidero, VI: 219.
Sur América, I: 5, 6; VI: 284; IX: 60.
Sur, (mar del), I: 54.
Sur, Mares del, I: 70.

T

- Tabasco, I: 356; II: 243.
Taco-Nibujón, VI: 277.
Taguayabón, VI: 246.
Taironas, Las, VI: 227.
Tallabacoa, VI: 273, 327.
Tamaulipas, VI: 307.
Tampa, V: 114; VI: 121, 122, 123, 125,
128, 129, 130, 131, 133, 134, 135, 140,
141, 143, 152, 153, 155, 160, 161, 181,
265, 277, 286, 289, 292, 295, 303, 306,
318, 320, 322, 326, 328, 332, 390, 429,
433; VII: 276, 278, 283, 288, 289, 291,
292, 297, 332, 348, 369, 373.
Tampico, VI: 307.
Tánamo, I: 42; II: 158, 202.
Tánamo, Sagua de, I: 66.
Tapaste, III: 385.
Tarragona, I: 147; VII: 463.
Tasajeras, Las, V: 225, 237.
Táyaba, río, I: 70.
Tayabacoa, V: 113.
Tebas, IV: 108.
Tegucigalpa, VII: 310.
Tejas, VI: 310.
Tennessee, IV: 95; V: 297.
Terranova, I: 296; II: 49.
Tescico (desembarcadero), II: 165.
Texas, III: 42; IV: 81; VI: 302.

Thailandia, IX: 371.
 Thomas, Saint, IV: 249, 254.
 Tibisal, V: 250.
 Tiburón, (cabo), II: 113.
 Tien Tsin, IV: 344.
 Tierra Firme, I: 49, 53, 69, 105, 153, 167, 169,
 172, 216, 227, 317; II: 39, 50, 52, 54,
 57, 78, 164, 223, 240.
 Tierra Firme del Brazil, I: 313.
 Tierra Firme del Mar Océano, I: 53.
 Tiguabos, II: 33.
 Tinima, VI: 228.
 Toa, II: 166.
 Tobago, I: 5, 31.
 Toledo, I: 302; X: 211.
 Toluca, III: 363, 366.
 Tordesillas, I: 47.
 Toro, I: 49, 77.
 Torquay, IX: 269, 386.
 Tortuga, La, I: 190, 196, 318, 319, 320,
 321.
 Tournay, III: 376.
 Tracia, II: 310, 311.
 Transval, VII: 221.
 Trento, I: 235.
 Trilladentas, VI: 210.
 Trinidad, I: 5, 6, 18, 38, 44, 92, 102, 104,
 109, 114, 119, 126, 154, 157, 159, 194,
 195, 196, 213, 226, 249, 260, 275, 293,
 317, 320, 323, 332, 360; II: 5, 12,
 33, 34, 36, 64, 68, 71, 75, 78,
 101, 141, 157, 160, 164, 166, 167, 171,

234, 238, 242, 318; III: 73, 141, 149,
 161, 172, 178, 204, 206, 228, 240, 337,
 344, 346, 365, 373, 387; IV: 7, 16,
 18, 74, 75, 76, 80, 88, 89, 91,
 92, 93, 94, 125, 152, 165, 211, 246, 250,
 253, 303, 379, 394, 395; V: 59, 60,
 112, 145, 214; VI: 71, 210, 212, 316;
 VII: 167, 182, 183, 288, 293, 460, 461,
 462, 463; VIII: 23; IX: 166; X: 109, 110,
 111, 211, 257, 258, 259.
 Trinidad, Islas de, II: 238.
 Trocha, la, V: 134, 152, 188, 199, 204,
 209, 210, 212, 213, 215, 216, 218, 222,
 226, 227, 228, 229, 230, 242; VI: 201,
 206, 207, 209, 211, 240, 241, 243, 244,
 247, 280, 344, 351.
 Trujillo, VI: 298.
 Tucumán, IX: 17.
 Tumbas de Estorino, VI: 240.
 Tunas, II: 160, 161, 196; III: 240, IV: 134,
 135, 136, 150, 174, 222, 227, 247; V: 4,
 12, 15, 23, 24, 25, 27, 29, 53,
 97, 98, 100, 106, 108, 109, 110, 112,
 113, 123, 134, 142, 143, 169, 170, 185,
 187, 194, 195, 196, 198, 201, 202, 218,
 221, 222, 223, 231, 233, 239, 255, 257;
 VI: 157, 203, 249, 323; VIII: 193, 59.
 Tunas de Bayamo, IV: 90.
 Tunas de Zaza, VI: 273, 327; IX: 405.
 Turín, III: 370; X: 281.
 Turquía, IV: 241; VI: 32; VII: 304.
 Turquino, VI: 443.

U

Ulúa, I: 153.
 Unión, III: 245, 247; VI: 219.
 Unión (E. U.), IV: 15, 147, 210, 244, 245.
 Unión Americana, IV: 18, 73, 125, 408; VII:
 387.
 Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, IX:
 57.

Unión de Reyes, IV: 174, 175; VI: 219.
 Unión Soviética, VIII: 138, 354.
 Uruguay, VI: 370, 373, 374, 378, 388, 390,
 393; VII: 307; VIII: 49, 82.
 Utrecht, II: 10, 103, 105, 155, 223, 232.
 Uvero, punta de, I: 41.

V

Valencia, I: 147, 299; II: 310; V: 325; VI:
 307; X: 276.
 Valparaíso, II: 238; VII: 305.
 Valladolid, I: 84, 218, 241, 246, 302.
 Valle de Maroto, IV: 246.
 Varadero, III: 208; VI: 236, 287, 296.
 Vascongadas, VI: 24.
 Vaucelles, I: 166, 167.
 Vedado, III: 310; IV: 175, 176, 191; VI:
 322.
 Vedado, Monte, I: 141, 183.
 Vega, I: 301; VI: 171.
 Vega Alta, VI: 190.
 Vega Batea, VI: 192.

Vega Bellaca, VI: 192.
 Vega-Morales, VI: 238.
 Vega Real, I: 20, 32.
 Vegas, V: 113; VI: 221.
 Veguitas, V: 197; VI: 196.
 Venecia, V: 286.
 Venero Prieto, I: 13.
 Venezuela, I: 6, 11, 18, 19, 290, 324; II:
 240, 242; III: 35, 46, 129, 133, 281;
 IV: 40, 75, V: 116, 158, 274, 312;
 VI: 265, 278, 283, 307, 370, 371, 379,
 390; VII: 185, 323, 348, 368; VIII: 194,
 IX: 37, 252, 303.
 Ventas de Casanova, V: 24.

- Vento, VIII: 129.
- Veracruz, I: 155, 156, 188, 290, 298, 359;
II: 28, 42, 45, 103, 114, 163, 164,
171, 204, 208, 222, 224, 234, 241, 242,
243, 244, 258, 272, 307; III: 60, 62,
218, 219, 220, 268; V: 358; VI: 164,
276, 290, 307; IX: 6.
- Vereda Nueva, II: 145, 167; VI: 223.
- Versailles, II: 242.
- Versalles, II: 48; III: 229, 377; VIII: 222,
244, 262, 301; IX: 406.
- Vertientes, I: 192; V: 134.
- Vervins, I: 174.
- Vibora, IV: 175.
- Vicálvaro, VI: 123.
- Victoria de las Tunas, VI: 247; VIII: 50; IX:
305; X: 103, 104, 105.
- Vichy, V: 290.
- Viejo Continente, I: 42.
- Viejo Mundo, I: 345; II: 283; IV: 102, 398;
V: 19, 318; VII: 413; IX: 14.
- Viena, III: 47, 48, 185.
- Vientos, (paso de los), II: 248.
- Vigia, La, I: 317.
- Vigo, II: 249.
- Villa Clara, IV: 245, 246, 247; V: 112, 240.
- Villaclara, II: 90, 190; III: 240, 337, 346,
387, IV: 39, 146, 218, 231, 232; V:
212; VII: 142.
- Villas, Las I: XII, 12; II: 139, 171; IV: 89,
131, 136, 151, 174, 175, 177; V: 3,
29, 30, 43, 44, 53, 54, 58, 59, 60,
62, 64, 71, 72, 74, 76, 78, 79,
84, 98, 107, 112, 113, 117, 128, 129,
131, 133, 134, 146, 152, 164, 165, 168,
172, 187, 188, 189, 191, 192, 193, 194, 196,
197, 198, 199, 200, 204, 207, 208, 209,
210, 211, 213, 214, 215, 216, 218, 219,
220, 221, 222, 223, 227, 228, 229, 230,
231, 234, 237, 238, 240, 242, 243, 245,
249, 250, 330, 333, 337, 340, 341, 344, 345,
349, 355; VI: 86, 87, 148, 167, 169,
188, 190, 195, 197, 200, 210, 211, 212,
214, 219, 220, 223, 224, 227, 229, 232,
233, 235, 237, 238, 240, 242, 243, 244,
261, 273, 280, 312, 316, 322, 327, 329;
VII: 18, 152, 157, 184, 188, 190, 200,
254, 270, 309, 311, 372, 455, 457, 459;
VIII: 17, 19, 22, 24, 36, 54, 58,
76, 92, 138, 148, 259, 270, 284, 285,
288, 291, 321; IX: 61, 133, 146, 147,
198, 260, 302, 304, 305, 306, 307, 308,
309, 312, 314, 427, 437, 453; X: 72,
74, 91, 93, 95, 97, 100, 101, 126, 127,
143, 176.
- Viñales, VI: 200, 226, 228, 240; VII: 188;
IX: 306; X: 183, 185.
- Virgenes, islas, I: 7, 10, 11.
- Virginia, VIII: 30.
- Viso, El, VI: 347, 349, 438.
- Vita, I: 40.
- Vizcaya, II: 225; V: 145.
- Vuelta Abajo, II: 76, 78; III: 336; IV: 158,
159, 251; VI: 224, 225, 236, 285, 296; VII:
255, 271, 448; IX: 431.
- Vuelta Arriba, III: 346; IV: 93.
- Vueltas, IV: 174, VI: 190; VIII: 19; IX: 454.

W

- Wajay, VIII: 24, 129.
- Wansington, I: IX; III: 22, 23, 24, 41,
42, 142, 370; IV: 45, 67, 117, 124;
V: 66, 69, 96, 102, 118, 119, 131,
155, 270, 272, 276, 277, 278, 280, 282,
284, 285, 286, 288, 289, 290, 291, 292,
293, 296, 299, 304, 313, 315, 316, 317,
320, 321, 325; VI: 29, 32, 62, 225,
252, 255, 263, 264, 341, 355, 356, 357,
359, 362, 363, 378, 380, 381, 387, 390,
391, 394, 398, 399, 400, 401, 402, 409,
415, 416, 421, 425, 430, 450, 451, 452;
VII: 6, 9, 11, 22, 24, 25, 29,
30, 31, 34, 44, 45, 47, 57, 67,
68, 69, 70, 105, 107, 108, 109, 111,
113, 134, 144, 145, 210, 242, 299, 311;
VIII: 10, 21, 55, 59, 60, 78, 83,
84, 104, 192, 193, 194, 195, 196, 197,
198, 201, 202, 205, 206, 207, 209, 212,
213, 215, 219, 221, 227, 228, 229, 231,
233, 236, 238, 239, 240, 241, 242, 245,
247, 251, 253, 261, 262, 263, 264, 295,
319, 320, IX: 71, 248, 264, 293, 296,
328, 329, 330, 394, 395, 414; X: 146,
151, 153, 173.
- Waterloo, IX: 6.
- Waycross, VI: 163.
- West Tampa, VI: 284, 292.
- Williamstown, VIII: 220.
- Wilmington, VI: 277.
- Wisconsin, I: 3.

X

- Xaraguá, I: 56.

Y

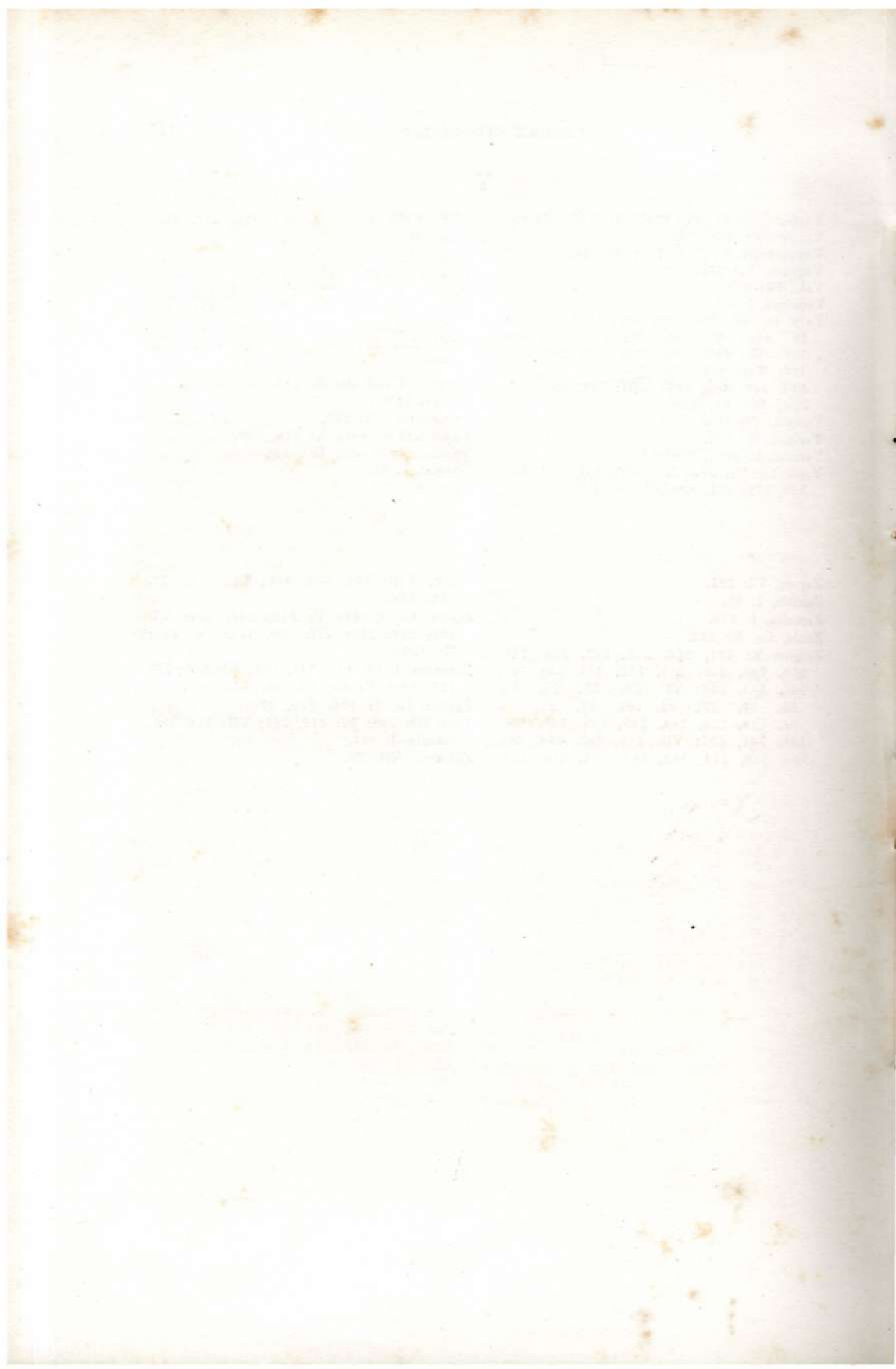
Yaguajay, I: 25; IV: 174; VII: 193; IX: 454.
 Yaguanabos, III: 120.
 Yaguaramas, V: 215, 221; VI: 292.
 Yaguaza, VI: 236.
 Yale, IV: 417.
 Yáquimo, I: 56.
 Yara, I: 69, 179, 180, 350, 351; III: 120;
 IV: 410; V: 39, 79, 136, 255, 314,
 333; VI: 143, 148, 172, 177, 283, 292,
 378; VII: 142, 158, 304, 306, 333, 351,
 354, 365, 467, 471; VIII: 191, 192, 207,
 256; IX: 25, 27.
 Yarayó, VI: 444.
 Yariguá, V: 195.
 Yateras, I: 264; VI: 192.
 Yaya, La, VI: 206, 240, 247, 249, 344, 345,
 349, 350, 351, 394, 402, 425; VII: 9, 10,

75; VIII: 192, 193, 194, 198, 257, 267;
 IX: 401.
 Yagual, I: 25.
 Yorktown, VIII: 255, 258.
 Yucatán, I: 5, 6, 12, 48, 49, 54, 118, 153,
 219, 224, 332, 356; II: 112, 121; IV:
 86, 192, 193, 297, 336, 337, 381; VI:
 273, 280, 293, 307; VII: 168, 315; VIII:
 250.
 Yucatán, Canal de, II: 248; VIII: 249.
 Yucayo, I: 67.
 Yugoelavla, IX: 363.
 Yumuri, VII: 409; X: 226, 280.
 Yumuri, Valle del, IV: 398.
 Yunque, I: 42.
 Yuste, X: 152.

Z

Zacate, VI: 298.
 Zaitum, I: 41.
 Zamalea, I: 338.
 Zanja, La, V: 186.
 Zanjón, V: 181, 226, 241, 247, 254, 255,
 259, 260, 329, 331, 332, 333, 344, 345,
 349, 351, 357; VI: 24, 27, 28, 31,
 36, 37, 77, 78, 80, 81, 83, 93,
 96, 114, 120, 144, 249, 259, 260, 306,
 308, 341, 422; VII: 153, 243, 259, 305,
 306, 310, 319, 342, 344, 351, 354, 355,

396; VIII: 191, 194, 359; IX: 7, 27,
 28, 234.
 Zapata, I: 12, 44; V: 228, 240, 349; VI:
 188, 219, 233; VII: 39, 105; IX: 153;
 X: 180.
 Zaragoza, I: 84, 154, 245, 286; III: 357; IV:
 123, 125; V: 65; VI: 60; VII: 348.
 Zavana, La, I: 171, 219, 272.
 Zaza, III: 240; VI: 212, 242; VII: 154, 192.
 Zempoala, I: 155.
 Zulueta, VIII: 50.



INDICE MISCELANEO

A

- A. B. C., VIII: 76, 77, 78, 87, 107, 110, 344, 360.
- A.B.C. Manifiesto Programa del, VIII: 366.
- A.B.C. en la Mediación, El (libro), VIII: 96.
- "A Emilia", III: 364.
- A. History of the Cuban Republic, IX: 394.
- ¡A la lucha para garantizar la pureza electorall, VIII: 182.
- A los mártires de Trinidad y Camagüey, (soneto), IV: 369.
- A mis compañeros los tabaqueros de "La Flor el Todo", VII: 299.
- A pie y descalzo (libro), VI: 140; VII: 358.
- A practice treatise on the cultivation y the sugar cane and the manufacturer, IV: 293.
- A través de mis nervios (libro), VII: 354.
- A una rosa blanca, IV: 353.
- Abarcas, gualal de, III: 168.
- Abasto de pescaderías, IV: 293.
- Abolicionista, El (periódico), VII: 357.
- Aborigines of the ancient Island of Hispaniola, The, I: 71.
- Aborigines of Puerto Rico and Neighborin Islands, The, I: 71.
- Aboriginal Indian Pottery of the Dominican Republic, I: 71.
- Academia de Ciencias, VII: 402, 403, 404, 408; X: 50, 81, 154, 157, 171, 302.
- Academia de Ciencias de La Habana, VII: 57.
- Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, VII: 60, 399, 408; X: 153, 156, 158, 160, 181.
- Academia Cubana de la Lengua, X: 302.
- Academia Cubana de Literatura, III: 99, 148; IV: 379, 381.
- Academia de Dibujo y Pintura "San Alejandro", X: 79.
- Academia Española, I: 348; X: 50.
- Academia Española de Medicina, III: 357.
- Academia Filarmónica de Cristina, III: 379.
- Academia de la Historia, VII: 355; VIII: 292; X: 50, 81, 302.
- Academia de la Historia de Cuba, I: 73, 201, 202, 203, 204, 348, 367; II: 312, 313, 315; III: 152, 153; V: 261, 372; VI: 256, 332, 463; VII: 69, 368, 375; VIII: 47, 57; IX: 17.
- Academia de la Historia, Real, I: 201, 202, 203.
- Academia o instituto habanero de literatura, III: 98.
- Academia de Jurisprudencia de Santa Bárbara, III: 356.
- Academia de la Lengua, X: 50.
- Academia de la Literatura, III: 369.
- Academia de Medicina de París, X: 158.
- Academia Municipal de Bellas Artes, VII: 420.
- Academia Municipal de Bellas Artes de Santiago de Cuba, VII: 481.
- Academia de Música de Santa Cecilia, III: 378.
- Academia Nacional de Artes y Letras, VII: 327, 360, 375, 418, 433; VIII: 47, 57, 292; X: 50, 81, 273, 279, 282, 292, 302.
- Academia de San Alejandro, III: 376; IV: 398; VII: 414, 420, 421, 424.
- Academia de Santa Cecilia, VII: 479.
- Academia Santa Cristina, VII: 450.
- Academia de San Fernando de Madrid, II: 320.
- Academia Villate, X: 238.
- Acicate, El (periódico), VII: 282, 299.
- Acción Católica Española. (Colección de Encíclicas y cartas pontificias), VII: 299.
- Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la guerra de Independencia, VI: 256, 332, 364, 405, 463; VII: 69.
- Actas y Documentos III Congreso Histórico Municipal Interamericano, I: 71.
- Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana, I: 202, 203, 348, 367.
- Actas del Ayuntamiento, I: 349.
- Actas de las Juntas Generales que celebró la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana, III: 293.
- Actas de la Real Factoría de Tabacos, Libro de, II: 277, 278.
- Actas Transuntadas del Cabildo de La Habana, II: 277, 279, 280.
- Actividades de la Liga de las Naciones (libro), VIII: 264.
- Acción Auténtica (programa), VIII: 183.
- Acción Republicana, VIII: 87, 141.
- Acción Republicana Constitucionalista, VIII: 84.

- Acuerdos del Congreso de la República de Cuba sobre reforma de la Constitución y manifiesto del Honorable señor Presidente general Gerardo Machado y Morales al país, VIII: 96.
- Adelantado Diego Velázquez, El, I: 73.
- ¡Adelante Cuba! hacia la revolución nacional, VIII: 184.
- Adiós a mi lira, IV: 353.
- Adirondack (vapor), VI: 191, 266, 267, 268.
- Admiral of the Ocean Sea. Life of Christopher Columbus, I: 71.
- Aduana de La Habana, II: 132.
- Advocate of Peace (revista), VIII: 200.
- Africain (expedición), IV: 128.
- Africanía de la Música Folklórica de Cuba, La, IV: 415, 418.
- Aguila Negra (conspiración), III: 363, 366.
- Aguinaldo Habanero, El, III: 360, IV: 386.
- Agricultura, Secretaría de, I: XIII.
- Agrupación Revolucionaria de Cuba, VIII: 82, 177.
- Al señor William McKinlay, Presidente de los EE. UU. de América, VII: 69.
- Ala (libro), X: 15.
- Alabama (crucero), V: 67.
- Alacrán Libre, El, (periódico), VII: 313.
- Alameda de Extramuros, III: 374.
- Alameda de Paula, II: 70, 71, 312.
- Alava (vapor), VI: 280.
- Alberto Dumois (vapor), VI: 163.
- Albisu, Teatro, VII: 439, 440, 452, 456.
- Album, El, IV: 351, 360, 362, 386.
- Album, El (revista), VII: 319.
- Album Cubano de lo Bueno y de lo Bello, IV: 359, 387.
- Album Güinero, El, IV: 387.
- Album histórico fotográfico; constituciones de Cuba, 1868, 1901, 1940, VIII: 187.
- Alcalá, Universidad de, I: 279, 331.
- Alcalde de Mairena, El, III: 378.
- Aldama, Palacio de, IV: 394; V: 42; VI: 13.
- Aldeanos, fuente de los, III: 374.
- ¡Alerta! (periódico), VII: 296, 299, 321; VIII: 182.
- Algunas consideraciones sobre "El Príncipe Jardiner y Fingido Cloridano" (Anales Academia Nacional de Artes y Letras), II: 324, 325.
- Algunos aspectos del ideario del A.B.C., VIII: 185.
- Algunos aspectos de la transitoria al título IV de la Constitución de 1940, sobre moratorias hipotecarias, VIII: 188.
- Alianza de Cárdenas (periódico), VII: 284.
- Alianza Nacional Feminista, VIII: 134.
- Alianza Obrera, VII: 276, 282.
- Alimentación inorgánica del hombre y de los animales, IV: 401.
- Almas Perdidas (novela), VII: 338.
- Almacenes de Depósito de Hacendados, IV: 261.
- Almacenes de Depósito de Regla, IV: 261, 268.
- Almacenes de San José, IV: 261.
- Almacenes de Santa Catalina, IV: 261.
- Almendares (vapor), IV: 249.
- Almendares, El, IV: 387.
- Almendares, El (periódico), VII: 335.
- Almirante Don Cristóbal Colón, Historia del, I: 72.
- Almirante de la Mar Océano, El. Vida de Cristóbal Colón, I: 72.
- Almirante, Real Cédula del, I: 55.
- Alrededor de la Amusia (publicación), X: 292.
- Altare de Cruz, VII: 645.
- Alvarado (cañonero), VI: 445.
- Amada Rosalía (goleta), VI: 273.
- Amadis (barco), VI: 167, 185, 261, 263, 264.
- Amantes de Teruel, Los, IV: 358.
- América (poema sinfónico), IV: 390.
- América, La, (periódico), IV: 282, 294; VI: 9.
- América, La (revista), VII: 319, 349.
- América Ilustrada (periódico), VII: 315.
- América Literaria, La (revista), VII: 351.
- América, Historia de, I: 72.
- América Española, Historia de la, I: 72.
- American Secretaries of State and their Diplomacy, The, V: 262.
- American Peace Society, VIII: 200, 229, 246.
- American Spanish War, The, VI: 427.
- American Heart Journal (periódico), X: 162.
- America's stake in international investments, IX: 395.
- Americanos en Cuba, Los (libro), VI: 463; VII: 355.
- Amiel o la incapacidad de amar (libro), X: 39.
- Amiens, paz de, III: 14, 15, 125, 185.
- Amigo del País, El (periódico), VII: 320.
- Amigo del Pueblo, El (periódico), VII: 313.
- Amistad Funesta (novela), VII: 339.
- Amor y Orgullo, IV: 357.
- Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, X: 163, 178.
- Anales del Comercio, II: 211.
- Anales de Haití, I: 32.
- Anales de ciencias, artes, agricultura y comercio, III: 94.
- Anales de Ciencias, Agricultura, Comercio y Artes, III: 273, 360.
- Anales de Cirugía (revista), X: 163.
- Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción, I: 204; II: 90, 277; III: 293; IV: 291; VII: 242.
- Anales de la Guerra de Cuba, IV: 59, 140, 142; V: 264, 265, 325, 326, 372; VI: 256; VII: 242.

- Anales de la Isla de Cuba, IV: 292, 294.
 Anales de Remedios, II: 256.
 Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras, I: 365, 367; III: 392.
 Anales de la Junta de Fomento, III: 266.
 Anales de las Reales Juntas de Fomento y Sociedad Económica de la Habana, III: 294; IV: 291.
 Anales de la Real Junta de Fomento, IV: 282.
 Análisis de una obra sobre el Brasil, III: 95, 96, 342.
 Análisis bromatológico de frutos cubanos (libro), X: 175.
 Anglo-American Times, The (periódico), V: 318.
 Anna (expedición), V: 87, 110.
 Anatomía Patológica Especial (libro), X: 161.
 Anatomía Patológica General (libro), X: 161.
 Anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América, VI: 462, 463; VII: 350.
 Animas, Las, Hospital, VII: 407.
 Ante las cuestiones nacionales (folleto), VIII: 366.
 Antecedentes históricos del movimiento obrero cubano, VII: 299.
 Antecedentes del impuesto sobre las rentas y entradas personales en la legislación e historia cubanas, II: 91.
 Anteo (novela), X: 31.
 Anteproyecto de Presupuesto de la Universidad de La Habana para el ejercicio económico 1952-1953, X: 145.
 Antigüedades, Sección de, II: 279.
 Antigüedades Cubanas, IV: 385.
 Antiguos diputados cubanos y apuntes para la historia constitucional de esta Isla, Los, III: 105.
 Anti-imperialismo única solución cubana; apuntes y sugerencias para una política de economía mundial, VIII: 182.
 Antología de Poetas Hispanoamericanos, II: 324.
 Antología de Periodistas Cubanos, IV: 418; VIII: 376.
 Antonio Maceo (Club), VI: 163, 277.
 Antonio Maceo, Apuntes para una historia de su vida, V: 372.
 Antonio Maceo, Estudio Político y Patriótico, V: 263.
 Antonio Maceo, el Héroe, V: 262; VI: 256.
 Antonio Maceo, Héroe Epónimo, V: 263.
 Antorchas, La (periódico), VII: 282, 299.
 Antillas, Las, (revista), III: 393.
 Antropología en la Isla de Cuba, IV: 382.
 Anuario Azucarero de Cuba, IX: 32, 317.
 Anuario Cultural de Cuba (libro), VIII: 96; IX: 11.
 Anuario Económico de Cuba, IX: 282.
 Annual Report, VII: 69.
 Annual Report of Major-General Wood, VII: 70.
 Año Terrible, El, V: 21.
 Aparato Digestivo (libro), X: 161.
 Apasionado al número siete, El (décimas), II: 307.
 Apéndice al bando de gobernación y policía de la isla de Cuba, III: 312.
 Apolo (salón), IV: 115.
 Apolo Habanero, El, III: 379.
 Apología de Martí, (folleto), VII: 375.
 Aportaciones para una Política Económica Cubana (libro), IX: 50, 69, 91, 129, 150, 280, 283.
 Apostadero General, II: 83.
 Apostadero General de Marina en América, II: 65.
 Apostadero de Marina, II: 164.
 Apostólico y Regio Tribunal de la Santa Cruzada, II: 39.
 Apuntaciones literarias, (libro), VII: 376; X: 39.
 Apuntaciones para una política cubana, VIII: 184.
 Apuntes acerca de varios cultivos cubanos, IV: 291.
 Apuntes biográficos del mayor general Juan Antonio Quitman, IV: 140.
 Apuntes de Camagüey, II: 90.
 Apuntes de un corresponsal, VI: 115.
 Apuntes del ex-Ministro de Estado..., para la defensa de la política internacional y gestión diplomática del Gobierno liberal-conservador, VI: 68.
 Apuntes del ex-Ministro de Estado Duque de Tetuán, VI: 463.
 Apuntes Filosóficos, III: 368.
 Apuntes históricos (libro), V: 366, 373; VI: 181, 333, 405.
 Apuntes históricos de los chinos en Cuba, VII: 299.
 Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en la Isla de Cuba, I: 367; II: 298, 324, 325; III: 272, 391, 392, 393; IV: 381, 417, 418.
 Apuntes para la Historia del Teatro en Cuba, VII: 352.
 Apuntes para la historia sobre la administración del Marqués de la Pezuela en la isla de Cuba, IV: 142.
 Apuntes para el estudio de las aguas minero-medicinales de la Isla de Cuba, IV: 404.
 Apuntes para la apicultura cubana, IV: 402.
 Apuntes sobre el bien y el mal de España. (Almacén de Frutos Literarios), II: 279.
 Apuntes sobre la Historia de la Reforma y de la introducción de africanos en las islas de Cuba y Puerto Rico, VI: 67.
 Apuntes sobre la cuestión de Cuba, VI: 68, 110, 114.
 Aquellos tiempos... Memorias de Lola María, III: 333, 350.
 Arabescos Mentales (libro), X: 13.

- Arácnidos de Cuba, Los (libro), X: 178.
 Arancel de Aduana, IX: 247.
 Arancel Mc Kinley, IX: 241.
 Arango y Parreño III: 392, 393.
 Arango y Parreño, el Estadista Colonial, III: 393.
 Arango y Parreño, el Estadista sin Estado, III: 393.
 Aranguren (libro), VI: 256.
 Araucana, La, I: 353, 354.
 Arbol de la Paz, VI: 445.
 Arbol del Rey David, El (libro), X: 13.
 Archeology of the Maniabon Hills Cuba, I: 72.
 Archeological and Historical Investigations en Samaná, Dominican Republic, I: 71.
 Archipiélago (revista), I: 368; III: 392; X: 50.
 Archivo de la Embajada de España en México, VI: 405.
 Archivo de Emeterio S. Santovenia: II: 90, 91.
 Archivo de Francisco de Paula Coronado, V: 325.
 Archivo General de Indias, I: 202, 203, 204.
 Archivo del General Miranda, II: 298.
 Archivo General de la Nación (México), II: 279; III: 294.
 Archivo de Gonzalo de Quesada. Epistolario, VII: 69.
 Archivo Histórico de Hacienda (México), II: 278, 279, 280; III: 294.
 Archivo de Indias, Ingenieros cubanos. Siglos XVI, XVII y XVIII. Noticias históricas extractadas por el capitán de ingenieros don Benito León y Canales, I: 201.
 Archivo José Martí, V: 350; VII: 375.
 Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, V: 325.
 Archivo Nacional, I: 350; III: 270, 293, 295; VI: 112, 332; VII: 350, 354; VIII: 89, 155, 180; X: 302.
 Archivo Nacional, Boletín del, III: 152.
 Archivo Nacional de Cuba, II: 90, 91, 277, 279, 305, 316; IV: 59, 156, 280, 291, 292, 293; V: 372; VI: 420, 463; VII: 148.
 Archivo Nacional, Publicaciones del, Catálogo de los fondos del Consejo de Administración de la Isla de Cuba. IV: 60.
 Archivo de Protocolos de La Habana, X: 252.
 Archivo de la Sección de Educación y Memorial de la Sociedad Económica de Amigos del País, III: 391, 393.
 Archivos de Indias, IX: 408.
 Archivos de Medicina Interna (revista), X: 163.
 Archivos de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, X: 163.
 Argos, El, (periódico), III: 359.
 Aristodemo (tragedia), IV: 365.
 Aritmética Analítica Práctica (libro), VII: 407.
 Armada de Barlovento, II: 170, 174, 181, 189, 190, 198, 227.
 Armada Invencible, I: 174; II: 95.
 Armas de la auténtica revolución; hechos e ideas, VIII: 182.
 Armas, plaza de, III: 325.
 Armonía, La (sociedad), VII: 468.
 Arpa del proscrito, El, IV: 369.
 Arpas Amigas (libro), IV: 351; VII: 322, 326.
 Arpas Cubanas (libro), X: 46.
 Arqueología Indo-cubana, Historia de la, I: 71.
 Arqueología, Revista de, I: 71.
 Arqueological Survey of Venezuela, An, I: 72.
 Arquitectura (revista), II: 325; III: 392.
 Arquitectura colonial, La (Revista Arquitectura), X: 265.
 Arquitectura Colonial Cubana, I: 365, 367, 368; II: 324, 325, 326; III: 392, 393.
 Arquitectura Cubana Colonial, IV: 415, 417, 418; VII: 430; X: 265.
 Arsenal, el, III: 8.
 Arsenal de la Habana, VI: 300.
 Arte en Cuba, 300 años de, II: 325; III: 392.
 Arte de Vivir en el mundo, III: 358.
 Arte Cubano Colonial (libro), VII: 430; X: 235, 265.
 Arte en España y Portugal, Historia del, I: 368; II: 325.
 Arte Historia del, II: 326.
 Arte Hispanoamericano, Historia del, I: 368; II: 326; III: 393.
 Arte de la Historia, El, (libro), VII: 360.
 Artes industriales en Cuba, Las (libro), X: 265.
 Artes y Oficios, Escuela de, VII: 60.
 Artes en Santiago de Cuba, Las, I: 366; II: 325; III: 391, 392; IV: 390; VII: 357.
 Artesano, El (periódico), VII: 269, 282, 299, 459.
 Artículo 44 de la Constitución de la República y la Herencia, El, VIII: 187.
 Artículo 100 de la Constitución cubana de 1940, El, VIII: 187.
 Artículo 104 de la Constitución cubana de 1940, El, VIII: 187.
 Artículo 123 de la Constitución cubana de 1940, El, VIII: 187.
 Artículo 185 de la Constitución cubana de 1940, El, VIII: 187.
 Artículos (libro), VI: 115.
 Artículos y Discursos, (libro), VII: 346, 347.
 Artículos políticos y literarios (libro), VII: 360.
 Artista, El, IV: 386, 387.
 Asamblea de Representantes del Centro, V: 53, 55, 56, 57, 58, 59, 74, 80.
 Asamblea del Cerro y la Convención Constituyente de 1901, La, VII: 69.
 Asamblea Constituyente, V: 74.

- Asamblea Constituyente y el Poder Judicial, La, VIII: 186.
- Asamblea de Guáimaro, V: 70, 87, 100, 123.
- Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana, VII: 7.
- Ascensión, La (cuadro), III: 375.
- Asesoría de alzadas, III: 356.
- Asesoría General de Gobierno, II: 82.
- Asiento Zagal, I: 71.
- Asilo de Mendigos de la Habana, VII: 367.
- Asociación, La (periódico), VII: 183, 239, 240, 242, 243.
- Asociación Coral de Compositores Americanos, VII: 471.
- Asociación Cubana de Señoras y Señoritas Mártires del Virreinato, VI: 306.
- Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana, VII: 475.
- Asociación de Grabadores de Cuba, X: 228, 229, 230, 231.
- Asociación Musical de Socorros Mutuos de la Habana, VII: 452.
- Asociación Nacional de Caficultores de Cuba, IX: 194.
- Asociación Pedagógica Universitaria, X: 64, 91.
- Asociación de Pintores y Escultores, X: 233.
- Asociación de la Prensa, IX: 422.
- Asociación de Reporters de La Habana, IX: 422.
- Asociación de Socorros Mutuos de Cajistas de La Habana, VII: 250.
- Asociación de Tabaqueros de La Habana, VII: 249, 251.
- Asociación de Técnicos Azucareros de Cuba, X: 175.
- Asociación de Veteranos de la Independencia de Cuba, VIII: 257.
- Asociaciones de Padres, Vecinos y Maestros en la Escuela Pública, X: 58.
- Aspecto internacional de la cuestión de Cuba (libro), VI: 67.
- Aspiraciones del Partido Liberal en Cuba, Las, (libro), VI: 67, 110, 114.
- Astillero, el, III: 166.
- Astillero de La Habana, II: 166, 220, 264, 275.
- Astor House, VI: 289.
- Asuntos Cubanos. Cilección de artículos y poesías, V: 325.
- Ataque a la Verdad con rabo (periódico), VII: 313.
- Ateneo, VII: 452.
- Ateneo, El (revista), VII: 318.
- Ateneo de La Habana, IV: 417; VII: 321, 355, 375, 457, 472, 475; VIII: 247; X: 5, 50.
- Ateneo Catalán, VII: 472.
- Ateneo y Circulo de la Habana, X: 273.
- Ateneo de Madrid, IV: 384.
- Atlas (vapor), VI: 270.
- Atlas de Cuba, X: 67, 68, 75, 145.
- Atlantis (buques), X: 170, 177, 179.
- Attic (goleta), VI: 276.
- Audiencia de la Española, IV: 5.
- Audiencia de La Habana, IV: 7.
- Audiencia de Méjico, III: 363.
- Audiencia Pretorial, IV: 325.
- Audiencia Pretorial de La Habana, III: 276; IV: 7, 8, 9, 10, 11.
- Audiencia de Puerto Príncipe, III: 52, 276, 322, 363; IV: 10, 16, 17, 19.
- Audiencia de Santo Domingo, III: 356.
- Aurora, La (periódico), IV: 195, 282, 289, 290, 292; VI: 74; VII: 186, 239, 249, 250, 251, 252, 299, 359.
- Aurora de Matanzas, La, III: 71, 90, 359; IV: 375.
- Aurora de Yumurí, IV: 386.
- Autenticismo revolucionario en la teoría y en la realidad, El, VIII: 185.
- Auto del Gobernador de Salamanca, II: 171.
- Autobiografía (libro), VI: 332.
- Autonomía colonial en España, La, VI: 67.
- Autonomismo, VI: 114.
- Autonomismo cubano, su razón y manera, El, VI: 67.
- Autores Españoles, Biblioteca de, I: 365.
- Avance (periódico), VIII: 106.
- Ave María (expedición), VII: 306.
- Ave María, El (sociedad), IV: 27, 128.
- Avellaneda, La (estudio), IV: 417.
- Avellaneda como poetisa lírica y dramática, La (estudio), IV: 417.
- Avellaneda y sus obras, La, IV: 417.
- Aventuras de un mayoral (libro), VII: 170, 176.
- Avisador Comercial, El (periódico), VI: 43.
- Avisador Cubano, El, (periódico), V: 369; VII: 321.
- Avisador Hispano-americano, El, (periódico) VII: 321, 349.
- Aviso, III: 353.
- Aviso, El, III: 271, 359.
- Aviso Obrero, El (periódico), VII: 264, 299.
- Aviso sobre el cólera morbo pestilencial, III: 370.
- Aviso de la Habana, El, III: 152.
- Avispas, las (periódico), VII: 320.
- Auxiliadora de Cuba, La (sociedad), VI: 259.
- Ayacucho cubano, VI: 209.
- Ayuntamiento de la Habana, II: 147, 148, 187, 272; III: 4, 5, 31, 46, 326.
- Ayuntamiento de Puerto Príncipe, II: 273.
- Azúcar y población de las Antillas, II: 278; III: 293, 294, 350; IV: 154, 291, 292, 293; VII: 170, 242; VIII: 354, 366; IX: 394; X: 44.
- Azul y Rojo (revista), X: 49.

B

- Bacterias Patógenas del Hombre, Las (libro), X: 161.
- Bachillerato en Cuba, El X: 145.
- Bailes y el teatro de los negros en el Folklore cubano, El, IV: 418.
- Balboa, Palacio de, IV: 394.
- Baltasar, IV: 358.
- Baltasar y Saúl, IV: 358.
- Banco del Comercio, IV: 261.
- Banco de Comercio Industrial de San José, IV: 269.
- Banco Español, IV: 269.
- Banco Español de La Habana, IV: 263; VII: 158, 220.
- Banco Español de la Isla de Cuba, IV: 231, 263, 267, 270; VII: 220.
- Banco Español de Remedios, IV: 263.
- Banco de Fernando VII; III: 254, 295.
- Banco de Fomento Agrícola e Industrial, VIII: 92.
- Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba, VIII: 94, 95, 375, 382, 383; IX: 45, 382.
- Banco de la Habana, V: 309.
- Banco de Inglaterra, IV: 265, 266.
- Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, IX: 61, 233, 234, 235.
- Banco Mercantil, IV: 231.
- Banco Nacional, VIII: 93, 94, 302; IX: 86, 233, 279, 352, 357.
- Banco Nacional de Cuba, VIII: 92, 384, 385; IX: 38, 39, 40, 41, 45, 46, 48, 49, 62, 139, 282, 342, 371, 380, 381, 382, 383, 388.
- Banco de Pinar del Río, IV: 268.
- Banco de San Carlos, III: 254.
- Banco de San Fernando, III: 254, 255.
- Banco de San Fernando o Fernando VII; IV: 259.
- Banco Territorial de Cuba, VIII: 49, 299.
- Bancos de Crédito Agrícola, IX: 263.
- Bandera, el Escudo y el Himno, La, V: 263.
- Bandera de La Demajagua, La, V: 13.
- Bandera de Yara, La, V: 11.
- Bandera Social (periódico), VII: 296, 299.
- Banderas de Yara y Bayamo, Las, V: 262.
- Bandidos, Los, IV: 359.
- Bando de Buen Gobierno, IV: 186.
- Bando de Gobernación y Policía de la Isla de Cuba, IV: 317.
- Bando de Gobierno y Policía de la Habana, IV: 323.
- Bando de Gobierno del General Valdés, III: 247.
- Bando de Buen Gobierno del Gobernador Navarro, II: 246.
- Bandos publicados en la plaza de La Habana durante el mando del Excmo. Señor Don Diego José Navarro. (Boletín Archivo Nacional), II: 279, 280.
- Bando del Conde de Riela, II: 270.
- Bando del Gobernador Unzaga, II: 150.
- Bandos de Buen Gobierno, II: 219.
- Baracoa (barco), VI: 167, 185, 261, 263, 264.
- Barlovento, armada de, II: 25.
- Bartolomé Masó (libro), V: 264.
- Bartolomé Masó y Márquez (libro), V: 263.
- Bartolomé Masó y Márquez (biografía), VI: 256, 463.
- Basamentos democráticos, VIII: 182.
- Bases del Partido Revolucionario Cubano, VI: 135, 136.
- Bases para un proyecto de constitución, VIII: 184.
- Bases para el reordenamiento institucional de la República de Cuba, VIII: 366.
- Basilea, paz de, III: 11, 14, 237.
- Batalla, La, (periódico), VII: 283, 299.
- Batista ante la historia, VIII: 182.
- Batista, un año de gobierno, (crónicas de una etapa febril), VIII: 182.
- Batista, pensamiento y acción, VIII: 182; X: 145.
- Baturrillo (libro), VII: 354.
- Bayamesa, La, IV: 370; VII: 311, 355.
- Belemitas, colegio de los, III: 381.
- Belemitas, P.P., II: 301.
- Belén, Nuestra Señora de, iglesia, II: 318.
- Bella Unión, VII: 271.
- Bellas Artes en Cuba, Las, II: 324.
- Beneficencia, Casa de, II: 189, 220, 272; III: 8, 193; V: 131.
- Beneficencia de La Habana, Casa de, III: 112.
- Beneficencia y Maternidad, Casa de, III: 373.
- Beneficencia y Maternidad de la Habana, Casa de, II: 319.
- Benemérita Sociedad Popular de Santa Cecilia, VII: 436.
- Benjamin Constant (libro), X: 39.
- Bermuda (vapor), VI: 289, 290, 292, 296, 297, 298, 304.
- Biblia, VII: 346; VIII: 258.
- Bibliografía Científica Cubana, II: 326; III: 393.
- Bibliografía Cubana, II: 313; IV: 418; X: 46.
- Bibliografía cubana de los siglos XVI y XVII, I: 368.
- Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII, II: 134, 298, 326; III: 393.
- Bibliografía Cubana del siglo XIX; III: 393; VII: 376.
- Bibliografía de Enrique José Varona, VII: 376.
- Bibliografía Geológica Cubana, X: 186.
- Bibliografía de la Gramática, VII: 356.
- Bibliografía Histórica Cubana, II: 306; III: 393; VII: 376.

- Bibliografía de José Agustín Caballero, III: 392.
 Biblioteca de las Antillas, III: 392.
 Biblioteca de Autores Cubanos, IV: 374.
 Biblioteca de las Damas, III: 359.
 Biblioteca histórica cubana, V: 373; IX: 10.
 Biblioteca Nacional, VIII: 89; X: 302, 303.
 Biblioteca de la Revista, IV: 385.
 Biblioteca Mexicana, II: 289.
 Bijiritas, Las (periódico), VII: 313.
 Bimestre (revista), I: 71.
 Biografía del Caribe, IX: 4, 282.
 Biografía de Colón, VII: 352.
 Biografía de una isla, VIII: 366.
 Biografía de Manuel de Zequeira y Arango, III: 393.
 Biografía de Miguel Jerónimo Gutiérrez, V: 263.
 Biografías Americanas, IV: 418; VII: 341.
 Black Warrior (incidente), IV: 119.
 Bloque de la Oposición, VIII: 130.
 Bloqueo de la Habana, El (libro), VI: 463.
 Boceto comparativo de la cultura material indoeuropea del Caribe, I: 71.
 Bocetos (libro), VII: 331.
 Bohemia (revista), VIII: 228, 239; IX: 234, 235; X: 49.
 Bojeo de Cuba, En torno al, I: 72.
 Bolas y dagas líticas, Las, I: 71.
 Boletín del Archivo Nacional, II: 277, 279, 325; III: 293, 295, 350, 392; VII: 375.
 Boletín de Artes, X: 227.
 Boletín del Colegio Médico de La Habana, X: 163.
 Boletín de Colonización, IV: 194, 292; VII: 157, 242.
 Boletín del Gremio de Obreros, VII: 271, 299.
 Boletín de la Guerra, VII: 314, 344, 372.
 Boletín del Instituto Universitario de Investigaciones Científicas, X: 145.
 Boletín de Minas, X: 183, 185.
 Boletín Oficial de la Confederación de Colegios Cubanos Católicos, X: 145.
 Boletín Oficial de Hacienda, IX: 82, 253, 282.
 Boletín Oficial de la División de Cienfuegos, VII: 314.
 Boletín de la Organización de las Naciones Unidas, VIII: 377.
 Boletín de la Revolución, VII: 314.
 Boletín de la Sociedad Cubana de Pediatría, X: 163.
 Boletín Tipográfico, VII: 264, 299.
 Bolívar: el hombre, III: 152.
 Bolívar y las Antillas Hispanas, III: 152.
 Bonaparte, Someruelos y los cubanos, III: 152.
 Borrador de viaje, (libro), VII: 359.
 Bosquejo económico de la Isla de Cuba (libro) IV: 185, 292.
 Bosquejo económico político de la Isla de Cuba, (libro), IV: 291.
 Bosquejo histórico de la Sociedad de Escogedores de La Habana, IV: 293; VII: 300.
 Bosquejos, retratos, recuerdos, (libro), IV: 418; VII: 341.
 Boy-Scouts, VIII: 139.
 Breves notas sobre la Constitución de Cuba de 1940 y el régimen municipal, VIII: 187.
 Brisas de Cuba, IV: 387.
 Bronces Cubanos, VII: 331.
 Brooklyn (navío), VI: 443.
 Brunet (teatro), VII: 462.
 Buchanan y Cuba (Revista de La Habana), III: 153.
 Buena Esperanza (mina), V: 217.
 Buenavista, colegio de, IV: 81.
 Buenos Aires, (vapor), VI: 459.
 Buenos en el cielo y los malos en el suelo, Los, I: 349.
 Bulletin Hispanique, VII: 341.
 Bustos y Rimas, VII: 330, 375.

C

- Caballero de la Cruz de Oro, II: 316.
 Caballeros Racionales, III: 363.
 Cabaniguán (hacienda), IV: 138.
 Cabaña, La (fortaleza), VII: 41.
 Cabaña del Tío Tom, VII: 341.
 Cabañas, talleres de, III: 205.
 Cabezas de estudio, (libro), VI: 114; VII: 375.
 Cabildo de La Habana, II: 193.
 Cabildo Municipal de la Habana, II: 284.
 Cabildo de Santa Clara, II: 256.
 Cabildo de Santiago de Cuba, II: 203.
 Cacarajicara (periódico), VII: 373.
 Cáceres, Ordenanzas de, I: 254, 256, 287, 293, 297, 307.
 Cactáceas de Cuba (publicación), X: 172.
 Cadena Triangular y Soles de la Libertad (conspiración), IV: 65, 76.
 Café, Historia del, II: 180.
 Café, El. Historia de su cultivo y explotación en Cuba, II: 278; III: 293; IV: 291.
 Cafetal, En el (novela), VII: 338.
 Cafetal "Ultimo Esfuerzo", III: 312.
 Caída de Mísolonghi, La, IV: 365.
 Caimcabo, juncal de, III: 168.
 Caja de Ahorros, III: 255.
 Caja Central de Comercio, IV: 263, 268.
 Caja de Descuentos y Depósitos, IV: 259, 261.
 Caja de Descuentos de La Habana, IV: 262.
 Caja de Panaderos, II: 267.
 Cajas del Ejército, II: 267.
 Cajas de La Habana, II: 266.

- Cajas de México, II: 202, 241, 257, 275, 276.
- Cajas Reales, II: 268.
- Cajas Reales de La Habana, II: 269.
- Calecistografía operatoria, X: 160.
- Caleta, La, I: 71.
- Calixto García (libro), V: 262; VII: 69.
- Calixto García (El Conspirador), V: 372.
- Calixto García, estadista, V: 264; VI: 462, 463.
- Calixto García, Estratega, V: 263, 372.
- Camagüeyano, El (periódico), X: 49.
- Cámara de Comercio, VII: 287.
- Cámara de Comercio Española de Nueva York, VI: 42.
- Cámara de Comercio Industria y Navegación, VII: 208.
- Cámara de Comercio Industria y Navegación de La Habana, VII: 240, 241.
- Cambridge, (barco) II: 119.
- Cambridge History of British Foreign Policy, The, V: 264.
- Camellos distantes, Los (libro), X: 16.
- Camino real de la Isla de Cuba, III: 240.
- Camino de la Isla, III: 233, 294, 371.
- Campana del Ingenio, La (novela), VII: 338.
- Campaña autonomista, La, VI: 67.
- Campechanos (estancia), I: 264.
- Canastillo, El, III: 359.
- Canción cubana, La, I: 368; II: 326; III: 393.
- Cancionero de Tristán Morales, IV: 355.
- Candelaria del Aguacate (hacienda), III: 159.
- Caniquí (libro), X: 28.
- Cantares de Cuba, II: 324, 325; IV: 383.
- Cantatas, III: 362.
- Cántico del esclavo, El (poesía), IV: 11.
- Canto del Esclavo, IV: 392.
- Canto de Isla (libro), X: 17.
- Canto de Kaled, IV: 365.
- Cantos de un peregrino (libro), IV: 353.
- Cantos del Siboney (libro), IV: 369.
- Cantos para soldados y sones para turistas (libro), X: 22.
- Caña de Azúcar en Cuba, La, (libro), IX: 394; X: 175.
- Capacidad de la mujer casada para contratar y ejercer el comercio después de la Constitución de 1940, La, VIII: 188.
- Capirotazos (libro), VII: 354.
- Capitán Floyd y el Dauntless, El VI: 332.
- Capitán Hernando de Soto, gobernador de la isla Fernandina de Cuba, adelantado de la Florida, El, I: 201.
- Capitanía General de Cuba, III: 40.
- Capitanía General de la Habana, II: 323.
- Capitolio adentro (1902-1940) apuntes, VIII: 182.
- Capítulo de la historia de Melena del Sur y su jurisdicción, Un, (Anales de la Academia de la Historia de Cuba), II: 277.
- Carabina de Ambrosio, La, (periódico), VII: 313.
- Carácter de la dominación española en América, VI: 67.
- Carácter de Máximo Gómez, El, V: 263.
- Caracteres de la literatura española, sobre la novela histórica. Primeras poesías líricas en España y bosquejo intelectual de los Estados Unidos en 1840, III: 361.
- Características fundamentales de la economía cubana, VII: 242; IX: 47, 282, 394.
- Caribes y Colón, Los, VII: 343.
- Caricatura Contemporánea, La, IV: 415.
- Caricatura en Cuba, La, X: 265.
- Caridad (lancha) V: 360.
- Caridad, La (sociedad), VII: 321, 342.
- Caridad del Cerro, La (sociedad), VI: 43; VII: 436, 457; IX: 121, 134.
- Caridad, Teatro de la, VII: 342.
- Carlos J. Finlay (libro), VII: 69.
- Carlos Finlay and Yellow Fever, VII: 69.
- Carlos Manuel de Céspedes (libro), V: 89, 262.
- Carlos Manuel de Céspedes el gran demócrata cubano, V: 264.
- Carlos de la Torre (revista), X: 179.
- Carlota Valdés (novela), IV: 362.
- Carmela (novela), VII: 337.
- Carolina (buque), X: 170.
- Carta dirigida al Impresor, III: 272.
- Carta al señor Gustavo Bock, VII: 299.
- Carta de un habanero, III: 358.
- Carta del gobernador de la Havana don Luis de las Casas al Excmo. Sr. don Eugenio Llaguno, III: 152.
- Cartas a Elpidio, III: 368.
- Cartas a Estévez, VII: 359.
- Cartas a Govin, VII: 359.
- Cartas al P. Feijóo, II: 322.
- Cartas a Silvia sobre la Vuelta Abajo, III: 370.
- Cartel, El (periódico), VII: 455.
- Carteles (revista), VIII: 236; X: 49.
- Cartera Cubana, La, III: 273, 295; IV: 360, 362, 386.
- Cartilla Agraria para el cultivo del tabaco, IV: 158, 291.
- Cartilla Forestal Cubana, X: 174.
- Cartilla serícola, IV: 402.
- Cartilla de Salazar, IV: 159.
- Cartuja de Parma, La, (libro), X: 229.
- Carraguao (colegio), IV: 409, 410.
- Casa Blanca, V: 102, 320.
- Casa de Comedias, II: 312.
- Casa de Contratación, I: 128, 129, 221, 237, 289, 291, 311; II: 223.
- Casa de Contratación de Sevilla, IX: 240.
- Casa de Beneficencia y la Sociedad Económica, La, III: 392.
- Casa de Gobierno, II: 319.
- Casa de Moneda, IV: 259.
- Casa de Pasajeros, I: 123, 252.

- Casa de la Patria, La, VI: 131.
 Casa de Recogidas de San Juan Nepomuceno, II: 312.
 Casa del Silencio, La, (libro), X: 17.
 Casas de Moneda de Nueva España, II: 255.
 Cash, W. D. (goleta), VI: 272.
 Casino Español, VII: 451, 457.
 Casino Español de la Habana, V: 51, 128, 144, 411.
 Castillo de la Punta, VII: 254.
 Catálogo de las Aves Cubanas, VII: 410.
 Catálogo descriptivo de instrumentos de agricultura y horticultura y de semillas para el campo y las huertas, IV: 291.
 Catálogo de los Dípteros de la Isla de Cuba, X: 178.
 Catálogo de Manuscritos e Impresos Notables del Instituto de Jovellanos en Gijón, II: 313.
 Catálogo de Moluscos Cubanos, X: 179.
 Catálogo del Museo del Instituto de Investigaciones Científicas de La Habana, X: 183, 184.
 Catálogo de los Ortópteros de Cuba (libro), X: 178.
 Catálogo de los Reptiles Cubanos, VII: 410.
 Catálogos de Reptiles y Anfibios de la Isla de Cuba, X, 180.
 Catalogue of the grasses of Cuba (libro), X: 173.
 Catauro de Cubanismos (libro), X: 41.
 Catecismo de Medicina Fisiológica, III: 370.
 Cátedra de Economía, III: 265, 272.
 Catedral de la Habana, II: 309, 318.
 Catedral, plaza de la, III: 373.
 Cayo Hueso y la Independencia de Cuba, VI: 181.
 Cecilia Valdés o La Loma del Angel, III: 300, 304, 310, 311, 328, 349, 350, 393; IV: 360, 361; VII: 337, 419; X: 276, 290.
 Cedulaario Cubano (Los Orígenes de la Colonización), I: 51, 72, 73, 201.
 Céfiro, El (periódico), VII: 312.
 Cemí, El, I: 30.
 Censo de Cuba, I: IX, X.
 Censo de la República de Cuba, VIII: 96; IX: 394; X: 145.
 Censo de Vives, III: 387.
 Censor, El, III: 366.
 Centenario de Antonio Maceo, VIII: 92.
 Centenario de la Bandera, El, V: 263.
 Centinela (cañonero), V: 107.
 Centón Epistolario, III: 294; IV: 59.
 Centón Epistolario de Domingo del Monte, IV: 292.
 Centro A. Maceo, VI: 307.
 Centro Agrícola Industrial del Ramo del Tabaco, VII: 262, 299.
 Centro Anzoátegui, VI: 307.
 Centro de Artesanos, VII: 266.
 Centro Canario, VII: 451.
 Centro de Cocineros, VII: 452.
 Centro de Cocheros, VII: 452.
 Centro de Dependientes, VII: 452.
 Centro Gallego de La Habana, VII: 452.
 Centro Manuel Cedeño, VI: 307.
 Centro Mariño, VI: 307.
 Centro Martí, VI: 307.
 Centro Miguel José Sanz, VI: 307.
 Centro de Orientación Infantil, VIII: 86.
 Centro Rendón, VI: 307.
 Centro Republicano Cubano, V: 358.
 Centros hispanos-ultramarinos, Los, VI: 114.
 Centuria de Lepidópteros de la Isla, III: 370.
 Centurias de Lepidópteros de la Isla de Cuba, IV: 400.
 Cerámica Ciboney y su diferenciación con la Taina, La, I: 71.
 Cercado (combate), V: 105.
 Ceres, fuente de, III: 374.
 Cervera y su Escuadra, VI: 463.
 Céspedes, El Padre de la Patria, V: 89.
 Céspedes, El Precursor, V: 262.
 Céspedes visto por los ojos de su hija, V: 262.
 Cetro (vapor), IV: 336.
 Ciboney Culture of Cayo Redondo, The, I: 72.
 Ciclonoscopio de las Antillas, VII: 408.
 Ciegos, Los (libro), X: 29.
 Cielo en rehenes (libro), X: 21.
 Cien fechas en la historia del tabaco en Cuba, VII: 300.
 Cien mejores poesías cubanas, Las, VII: 375; X: 40, 41, 46.
 Ciénaga (libro), X: 31.
 Ciencia de la Hacienda, IX: 81, 282.
 Cincuenta nuevas fechas en la historia del tabaco en Cuba, VII: 300.
 Cincuentenario del 95, El, VI: 181.
 Cincuentenario del Partido Revolucionario Cubano, El, VI, 67.
 Ciprés, El (canción), III: 379.
 Circo del Campo de Marte, III: 365.
 Círculo de Abogados, VII: 282.
 Círculo de Artesanos, El, VII: 299, 321.
 Círculo de Artesanos, El (periódico), VII: 266.
 Círculo de Escritores, VII, 321.
 Círculo Habanero (sociedad), VII: 321, 436.
 Círculo de Hacendados, VII: 163.
 Círculo de Hacendados de La Habana, IX: 25.
 Círculo Jané, VII: 273.
 Círculo Liberal de Matanzas, VII: 342.
 Círculo de Trabajadores, VII: 186, 273, 276, 279, 280, 283, 284, 286, 288.
 Círculo de Trabajadores de La Habana, VII: 268, 270, 272, 278, 299.
 Círculo de la Unión Democrática, IX: 244.
 Cirugía Ortopédica y Traumatología (revista), X: 163.
 Cirugía del Tórax, X: 160.
 Cisneros, V: 263.

- Ciudad de los espejos, La (libro), X: 17.
 Civil Report, VII: 69.
 Clamor de los cubanos (folleto), IV: 64.
 Claridad, La (periódico), VII: 282, 299.
 Clarín, El (periódico), VII: 282.
 Clasificación Gunlach de Hemipteros Cubanos, La (libro), X: 178.
 Clave Xilofónica, I: 368.
 Clarendon Hall, V: 359.
 Claves de Martí, Las, VI: 181.
 Cleopatra (barco), IV: 87, 89.
 Cleveland (barco), VIII: 30.
 Clima de Cuba, El (libro), X: 170.
 Clínica homeopática de la fiebre amarilla, IV: 403.
 Clínica Infantil, X: 162.
 Clínica Quirúrgica y Técnica Operatoria (libro), X: 159.
 Clínica y Terapéutica Quirúrgicas (libro), X: 162.
 Club Diez de Octubre, VI: 301.
 Club 19 de Mayo, VI: 292.
 Club 24 de febrero, VI: 292, 301.
 Club Alexandre Petión, VI: 302.
 Club Amador Guerra, VI: 292.
 Club América, VI: 292.
 Club de Amigos, VI: 284.
 Club Amigos de la Independencia de Cuba, VI: 317.
 Club Amigos de Martí, VI: 292.
 Club Antonio Maceo, VI: 302.
 Club Arcadio Leyte Vidal, VI: 301.
 Club Atenas, VI: 114; VIII: 182, 185, 366.
 Club Auxiliadores de la Revolución, VI: 293.
 Club Ayudantes de la Patria, VI: 293.
 Club Bartolomé Masó, VI: 277, 292, 303, 307.
 Club Los Beligerantes, VI: 284.
 Club Bernabé Varona, VI: 292.
 Club Borinquen, VI: 292.
 Club Brigadier Crombet, VI: 283.
 Club Cabaniguán, VI: 292.
 Club Caonabo, VI: 302.
 Club Carabobo, VI: 307.
 Club Carlos Manuel, VI: 283.
 Club Carlos Manuel de Céspedes, VI: 283, 292, 307.
 Club Catalán Miró, VI: 292.
 Club Central Provisional, V: 339.
 Club Central Revolucionario Cubano, V: 338.
 Club Céspedes-Martí, VI: 292.
 Club Crombet-Borrero, VI: 283.
 Club Cuba Libre, VI: 283.
 Club Cubanas y Nicoyanas, VI: 283.
 Club Cubanos Independientes, VI: 292.
 Club Dos Antillas, VI: 292, 307.
 Club Estrella de Oriente, VI: 293.
 Club Estrella Solitaria, VI: 292.
 Club Fernando Salvoechea, VI: 284.
 Club Francisco V. Aguilera, VI: 292.
 Club Francisco Villamil, VI: 293.
 Club Galveston y Cuba, VI: 310.
 Club General Maceo, VI: 283.
 Club Grecia Agramonte, VI: 283.
 Club Grito de Yara, VI: 283.
 Club Guerrilla de Maceo, VI: 292.
 Club Guillermo Moncada, VI: 309.
 Club de La Habana, IV: 75, 78, 79, 80, 81, 82, 84, 112.
 Club Hatuey, VI: 307.
 Club Henry Reeve, VI: 284.
 Club Heredia, VI: 292.
 Club Hermanas de M. Maceo, VI: 283.
 Club Hermanos Maceo, VI: 283.
 Club Hermanos de Martí, VI: 292.
 Club Héroes de Dos Ríos, VI: 292.
 Club Hidalgo, VI: 307.
 Club Hijas de Cuba, VI: 292.
 Club Hijas de la Libertad, VI: 292, 293.
 Club Hijas de José Martí, VI: 277.
 Club Hijas de Oriente, VI: 293.
 Club Hijos de la Patria, VI: 284.
 Club Ignacio Agramonte, V: 358; VI: 121, 122, 124, 133, 153, 292; VII: 348.
 Club Independencia de Cuba, VI: 306.
 Club Los Independientes, VII: 459.
 Club Invariables de Cayo Hueso, VI: 292.
 Club Jordán, VI: 284.
 Club José Rogelio del Castillo, VI: 292.
 Club José A. Cortina, VI: 284.
 Club José F. Lamadriz, VI: 292.
 Club José de la Luz, VI: 283.
 Club José Martí, VI: 283, 292.
 Club Julio Grave de Peralta, VI: 293.
 Club Lagonda, VI: 292.
 Club Lares y Yara, VI: 292.
 Club Leoncio Prado, VI: 306.
 Club de Leones de la Habana, IX: 268.
 Club de Leones y la Enmienda Platt; patriótica conmemoración del oncenso aniversario de la abrogación de la Enmienda Platt, El (Discursos), VIII: 183.
 Club Leopoldo Turla, VI: 284.
 Club de la Liga Cubana, V: 311.
 Club Luz de Yara, VI: 292.
 Club Manuel Barranco, VI: 292.
 Club Marqués de Santa Lucía, VI: 292.
 Club Mariscal Sucre, VI: 283.
 Club Martín del Castillo, VI: 292.
 Club Mártires del Virginius, VI: 284, 301.
 Club de Matanzas, El (revista), VII: 318.
 Club Máximo Gómez, VI: 301, 307.
 Club Mayía Rodríguez, VI: 301.
 Club Méjico y Cuba, VI: 307.
 Club Mercedes Varona, VI: 292, 293.
 Club Mozart, VII: 483.
 Club Obreros de Martí, VI: 307.
 Club Operarios 10 por 100, VI: 292.
 Club Oriente, VI: 292.
 Club Oscar Primelles, VI: 292.
 Club Pabellón Cubano, VI: 283.
 Club Paquito Borrero, VI: 301.
 Club Patria y Libertad, VI: 292.

- Club Perico Cesteros, VI: 292.
 Club Por Cuba, VI: 293.
 Club Profesional Federico de la Torre, VI: 303.
 Club Protectores de la Patria, VI: 292, 293.
 Club Ramón Pintó, VI: 284.
 Club Recuerdo a Martí, VI: 283.
 Club Remanganaguas, VI: 292.
 Club Revolucionario de la Habana, V: 336.
 Club Rifleros de la Habana, No. 2, VI: 292.
 Club San Carlos, VI: 131, 132, 162, 449; VII: 292, 321.
 Club Santa María del Rosario, VI: 292.
 Club Separatista de New York, VII: 308.
 Club Sucre, VI: 307.
 Club El Tabaco, VI: 292.
 Club Tampico, VI: 307.
 Club Three Friends, VI: 306.
 Club Tomás E. Palma, VI: 292, 293.
 Club Yara y Lares, VI: 283.
 Coalición Nacionalista Republicana, VIII: 109.
 Coalición Socialista Democrática, VIII: 129, 130, 157.
 Coaybay (libro), X: 28.
 Cocoyé, El, IV: 390.
 Código de Comercio de 1829, III: 270.
 Código de Defensa Social, X: 56.
 Código Escolar, X: 145.
 Código Revolucionario, VI: 135.
 Colección de artículos, III: 304, 307, 308, 349; IV: 362, 363; VII: 360.
 Colección Completa de Tratados... de todos los estudios de la América Latina, II: 279.
 Colección de Datos Históricos de Puerto Príncipe, V: 235, 264.
 Colección de Documentos (Academia de la Historia de Cuba), II: 325.
 Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de Ultramar, I: 201, 329, 367.
 Colección de Documentos para la historia Nacional. Maquinaciones revolucionarias II, IV: 140.
 Colección de escritos sobre agricultura y otros ramos de interés para la Isla de Cuba, IV: 291.
 Colección de Libros Cubanos, VII: 375; X: 41.
 Collection de Memoires et correspondences officielles sur l'administration des colonies..., III: 293.
 Colección Panamericana: Cuba, III: 393.
 Colección de Papeles, II: 324, 326; III: 293, 349, 393; IV: 110, 140, 142, 292.
 Colección de Papeles sobre Cuba, III: 165.
 Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba ya publicados, ya inéditos, III: 153; IV: 59, 380.
 Colección de papeles póstumos, III: 105.
 Colección de peces y crustáceos, II: 323.
 Colección Póstuma de papeles científicos, históricos, políticos y otros ramos sobre la Isla de Cuba, III: 391, 394; IV: 60, 140, 345, 381; VII: 430.
 Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, I: 72.
 Colegio de Abogados, VII: 321, 322.
 Colegio Cubano, IV: 376.
 Colegio Dental de La Habana, VII: 396.
 Colegio Estomatológico Nacional, X: 165.
 Colegio Nacional de Arquitectos, IX: 63.
 Colegio del Salvador, IV: 92, 374.
 Colegio El Salvador, IV: 362, 377, 409, 410, 414; V: 18; VI: 82; VII: 304, 307, 312, 342, 350, 367.
 Colegio San Ambrosio, II: 301, 302.
 Colegio San Anacleto, IV: 411.
 Colegio San Cristóbal, IV: 374, 375, 377, 410.
 Colegio San Fernando, IV: 411.
 Colegio San Francisco, IV: 377.
 Colegio San Francisco de Sales, III: 385.
 Colegio San Pablo, IV: 365, 411.
 Colegio de Santiago, VII: 477.
 Cólera en La Habana, El, IV: 361.
 Colibrí, El (periódico), X: 227.
 Coliseo, El, II: 312, 318, 319; III: 378.
 Coliseo o Teatro Principal, III: 326.
 Colombia y Cuba (libro), VII: 353.
 Colón (buque), VI: 274, 443.
 Colón en Cuba, IV: 393.
 Colón, Vida y Viajes de, I: 71.
 Colonia Española, La (sociedad), VII: 468.
 Colonización e inmigraciones de Cuba, IV: 345.
 Colono, El (periódico), VII: 170.
 Coloquios, Los, VII: 465.
 Comandancia de Marina, III: 20.
 Comedia Política, La (periódico), VII: 320.
 Comentarios reales, II: 285.
 Comercio, El (teatro), VII: 480.
 Comercio exterior de México desde la conquista hasta hoy, II: 279.
 Comercio de Holanda o sea el gran tesoro histórico y político del floreciente comercio que los holandeses tienen..., II: 278.
 Comercio Internacional, El, (libro), IX: 282.
 Comercio y Navegación entre España y las Indias, III: 277.
 Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos, I: 201.
 Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII, (libro), II: 279.
 Comisión Arancelaria, IX: 260, 263.
 Comisión Asesora Permanente de los cursos de Estudios, X: 77.
 Comisión de Asuntos Cubanos de la Foreign Policy Association, X: 65, 77.
 Comisión de Colonización en La Habana, VII: 157.

- Comisión Consultiva. Diario de Sesiones, VIII: 38.
- Comisión de Defensa de la Ganadería Nacional, IX: 194.
- Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana, VII: 32.
- Comisión Especial Arancelaria, IX: 254.
- Comisión y Junta Central de Pesca del Apostadero de La Habana, VII: 410.
- Comisión Militar, III: 67; IV: 70, 71.
- Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, III: 71, 72, 145; IV: 4, 12, 66, 76, 93, 115; V: 263.
- Comisión Nacional de Aranceles, IX: 266.
- Comisión Nacional Cubana de la Unesco, VIII: 263.
- Comisión Nacional de Estadísticas y Reformas Económicas, VIII: 49.
- Comisión Nacional de Propaganda y Defensa del Tabaco Habano, VIII: 63.
- Comisión Permanente de literatura, III: 98.
- Comisión de Población Blanca, IV: 190, 326, 334.
- Comisión Provincial de Instrucción Primaria, IV: 12.
- Comisión Reorganizadora de la Segunda Enseñanza, X: 86.
- Comisión Técnica Arancelaria, IX: 254, 258, 266.
- Comité Central de Nueva York, V: 338, 345.
- Comité Central Revolucionario de Nueva York, V: 338.
- Comité de Nueva York, V: 349, 351, 357.
- Comité Revolucionario de Camagüey, V: 53, 54.
- Comité Revolucionario Cubano, V: 332, 335, 338.
- Comité Revolucionario Cubano de Buenos Aires, VI: 276.
- Comité Revolucionario de la Emigración Cubana, V: 330.
- Comité Revolucionario de la Habana, VI: 283, 301, 309.
- Comité Revolucionario de Nueva York, V: 346.
- Comité Revolucionario de Santiago de Cuba, VI: 307.
- Como abortó la sedición. 4 de febrero de 1941, VIII: 184.
- Como acabó la Dominación de España en América, III: 393; VI: 67, 114, 462, 463; VII: 341.
- Como cumple Batista su plataforma de gobierno, VIII: 184.
- Como se hizo la constitución de Cuba, VIII: 96.
- Como vinieron a Cuba Martí y Mximo Gómez, VI: 332.
- Comodore (barco), VI: 295, 301, 308, 313.
- Compañía Africana de La Habana, III: 256, 258.
- Compañía de Caracas, La (Revista de Hacienda), II: 278.
- Compañía Francesa de Guinea, II: 100.
- Compañía General Cubana de Navegación, IV: 249, 250.
- Compañía de Guinea, II: 155, 232.
- Compañía de La Habana, II: 229, 234.
- Compañía Inglesa del Mar del Sur, III: 104, 208, 263.
- Compañía de Luisiana, II: 186.
- Compañía de Santiago, IV: 217.
- Compañía de Seguros Marítimos, III: 255; IV: 262, 268, 269.
- Compañía de Seguros Terrestres y Marítimos de Madrid, III: 219.
- Compañías Urbanas de Comercio, III: 130.
- Compendio de Dutroné-La Couture, III: 203.
- Compendio de la Geografía de la Isla de Cuba, III: 370.
- Compendio de Memorias para la Historia de la Isla Fernandina de Cuba, II: 315.
- Compendio de los trabajos realizados por la Comisión Temporal de Liquidación Bancaria, IX: 395.
- Competidor (goleta), VI: 237, 292, 299, 300.
- Compilación de los Impuestos del Estado (libro), IX: 170.
- Compilation of messages and papers of the Presidents, A, V: 178, 264.
- Compuestas cubanas (publicación), X: 172.
- Con el eslabón, (libro), VII: 346.
- Con la pluma y el machete, (libro), V: 179, 261, 264.
- Con el rifle al hombro, (libro), VIII: 366.
- Conciliador, El (periódico), VII: 314.
- Concilio de Trento, II: 302.
- Conde Alarcos, El, IV: 351, 354; X: 309.
- Conde de Venadito (crucero), VI: 263.
- Confederación de Estudiantes de Cuba, VIII: 186.
- Confederación Nacional Obrera de Cuba, IX: 401.
- Confederación de Trabajadores de Cuba, IX: 447.
- Conferencia de Consolidación de la Paz, VIII: 178.
- Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, VIII: 91.
- Conferencia Internacional Americana (VIII), VIII: 86.
- Conferencia Internacional Americana de Montevideo (VII), VIII: 82, 253.
- Conferencia Mundial sobre Emigración e Inmigración, VIII: 223.
- Conferencia Mundial de Justicia Internacional, VIII: 229, 246.
- Conferencia de orientación ciudadana, VIII: 183, 185.
- Conferencia Sanitaria Internacional de Washington, VII: 57.
- Conferencias Filosóficas, VII: 345, 366.

- Conferencias Pan-Americanas, VIII: 262.
 Confinados a Fernando Poo e Impresiones de un viaje a Guinea, Los, V: 262.
 Conflicto entre la Esclavitud y la Libertad en los Estados Unidos, VII: 341.
 Congresional Globe, V: 325.
 Congreso Americano de Jurisconsultos, V: 323, 324.
 Congreso Médico de Washington, III: 370.
 Congreso Regional de Obreros de la Isla de Cuba, VII: 283, 284, 286.
 Congreso de Sociedades de la Raza de Color, VII: 288.
 Congreso de Viena, III: 47, 48, 185.
 Congresos Americanos de Lima, V: 326.
 Conjunción Centrista Nacional, VIII: 134.
 Conjunción Patriótica, VIII: 51.
 Conjunción Socialista Democrática, VIII: 87.
 Conjunto Nacional Democrático, VIII: 84, 110, 111, 125, 134, 178, 185.
 Conjura, La (libro), X: 28.
 Committee on Cuban Relations, VII: 51.
 Commonitorio de Intervención a Intervención (libro), VIII: 38.
 Conquista de Cuba, En torno a la, I: 73.
 Conquista de Méjico, Relación de la, I: 10.
 Conquista de Nueva España, La, I: 71, 204.
 Conquista de la Nueva España, Historia Verdadera de la, I: 365.
 Conquistadores, Los, (libro), X: 37.
 Consejo de Administración de la Isla de Cuba, IV: 29, 279.
 Consejo Administrativo de Bienes Embargados, El, V: 46, 263.
 Consejo Colonial, IV: 22, 23, 29.
 Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia, VIII: 96, 183; X: 58, 59.
 Consejo Cubano, IV: 78, 84.
 Consejo Especial de Ultramar, IV: 22.
 Consejo de Estado, III: 268.
 Consejo de Indias, I: 89, 90, 100, 105, 126, 136.
 Consejo de Ministros, IV: 19.
 Consejo Nacional de Educación y Cultura, VIII: 89; X: 81, 82, 87, 89.
 Consejo de Organización y Gobierno Cubano, IV: 84.
 Consejo Real, IV: 6.
 Consejo Real de Indias, III: 382.
 Consejo Real y Supremo de las Indias, I: 136.
 Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria, El, I: 202, 203.
 Consejo de Regencia, III: 33, 40.
 Consejo de Regencia de España e Indias, III: 26.
 Consejos, reglas de higiene, preceptos y remedios, IV: 403.
 Conservador (Partido), VIII: 69.
 Conservador, El (periódico), VI: 43.
 Conservatorio Imperial de París, VII: 441.
 Conservatorio Municipal de Música de La Habana, VII: 461.
 Consideraciones fiscales, IX: 5, 212, 282.
 Consideraciones generales acerca de nuestras estructuras geológicas con posibilidades petrolíferas (folleto), X: 186.
 Consideraciones histórico críticas sobre la Segunda Enseñanza en Cuba, X: 146.
 Consideraciones sobre la fecha de la conquista de Cuba, I: 72.
 Consolidada, IV: 217.
 Consolidada, compañía inglesa, III: 207.
 Consolidada, La (compañía minera británica), III: 250.
 Conspiración de "La Escalera", V: 6.
 Conspiración de la gente de color contra los blancos, IV: 71.
 Conspiración y martirio de Ramón Pintó, La, IV: 141.
 Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, Historia de la, III: 105.
 Constitución de Cádiz, III: 387.
 Constitución de Cuba, VIII: 186.
 Constitución a la luz de la doctrina magistral y de la jurisprudencia, La, VIII: 187.
 Constitución de la República de Cuba promulgada el día 5 de Julio de 1940: sus antecedentes históricos, su espíritu, VIII: 187.
 Constitución para la Isla de Cuba, III: 129.
 Constitución provisional de Cuba, IV: 94.
 Constitución y el Tribunal Supremo, La, VIII: 188.
 Constitucional, El, (periódicos), IV: 113.
 Constituciones del Colegio de San Carlos, V: 10.
 Constituciones de Cuba, Las, VI: 67.
 Consul General de France a Madrid sus Ferdinand VI, Un (Revue Hisp.) II: 279.
 Consulados, El, III: 31, 43, 44, 89.
 Consulado de Agricultura y Comercio, III: 117, 356.
 Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, III: 18, 85, 323.
 Consulado de Comercio, III: 268.
 Consulado de la Habana, III: 48.
 Consulado de México, III: 219.
 Consulado, Real, III: 166.
 Consulado de Veracruz, III: 218, 220.
 Contabilidad y Finanzas (revista), IX: 395.
 Contabilidad de la Real Hacienda, III: 262.
 Contestación a la carta del Indio Patriota con algunas reflexiones sobre el diálogo entre el Entusiasta Liberal y El Filósofo Rancio sobre las notas anónimas con que ha salido impreso el Manifiesto de don José Alvarez de Toledo, III: 152.
 Contestación a un folleto titulado: Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos por Don José Antonio Saco, que dirige uno de sus amigos, IV: 141.

- Contra las reformas constituciones y la pró-
roga de poderes, VIII: 96.
- Contrabando, (novela) X: 33.
- Contramaestre (crucero), VI: 316.
- Contrapunto cubano del tabaco y del azúcar,
(libro) II: 277; III: 293; IV: 291.
- Contribución a la Entomología Cubana, VII:
410.
- Contribución al estudio de la arquitectura cu-
bana; algunas ideas acerca de nuestro ba-
rroco colonial, X: 255, 265.
- Contribución al estudio de los Crustáceos de
Cuba, VII: 410.
- Contribución al estudio de la Espetología Cu-
bana, VII: 410.
- Contribución a la Historia de la Arquitectura
Hispanoamericana, II: 325; III: 393; IV:
418.
- Contribución a la Historia de la Prensa Pe-
riódica en Cuba, III: 295; 392.
- Convención constituyente, del artículo 115 de
la constitución cubana, La, VIII: 96.
- Convención Constituyente, Diario de Sesiones,
VIII: 96, 186.
- Convención Cubana, VI: 124.
- Convención Nacional Francesa, IV: 300.
- Convención de Nueva York, (asociación), IV:
128.
- Convenio de Reciprocidad Comercial, IX: 266.
- Convenio del Zanjón, VIII: 191, 194.
- Convenio del Zanjón, relato de los últimos su-
cesos de Cuba, V: 251.
- Convento de San Francisco, II: 318.
- Convento y Hospital de San Juan de Dios,
II: 193.
- Convento de Santa Teresa, VII: 468.
- Conversaciones literarias, VII: 322.
- Convulsión cubana, La (libro), VIII: 38.
- Cooperación de Cuba en la Guerra, La, VIII:
264.
- Cooperativista, El (periódico), VII: 264, 299.
- Corina, La (canción), III: 379.
- Corporación Nacional del Turismo, VII: 417.
- Corpus Christi (procesión), III: 332.
- Corsario, El, IV: 393.
- Cortes de Cádiz, III: 133, 135, 138, 139; IV:
20, 21.
- Corredores de La Habana, III: 223.
- Correo de las Damas, El (revista), VII: 361.
- Correo Habanero, El, IV: 387.
- Correo Político, Literario y Mercantil de Tri-
nidad, III: 273.
- Correo de la Tarde, El, (periódico), IV: 281,
282, 386, 387.
- Correspondencia, La (periódico), X: 49.
- Correspondencia Diplomática de la Delegación
Cubana en Nueva York, durante la guerra
de independencia de 1895 a 1898, VI: 405,
420, 462, 463.
- Correspondencia de los Intendentes de Ha-
cienda (Boletín Archivo Nacional), II: 278.
- Corriente del Golfo, La, (novela), X: 32.
- Cosas de antaño (libro), X: 32.
- Cotorra, La (periódico), VII: 313.
- Couri, cultura de, I: 13, 16.
- Cránea cubana precolombina, I: 72.
- Crédito Agrícola de Cárdenas, IV: 263, 268.
- Crédito Industrial y Mercantil de Pinar del
Río, IV: 263.
- Crédito Territorial Cubano, IV: 263.
- Créole (vapor), IV: 86, 87.
- Cresival (libro), X: 31.
- Crímenes de Concha, Los. (Escenas cubanas),
IV: 345; VII: 338.
- Criminales de Cuba y don José Trujillo, Los,
V: 264.
- Criollo: definición y matices de un concepto.
(Hispania), II: 298.
- Crisis de la alta cultura en Cuba, La, VIII:
366.
- Crisis cubana; sus orígenes; sus factores con-
temporáneos, La, VII: 300; VIII: 184.
- Crisis de la Segunda Enseñanza en Cuba y su
posible solución, La, X: 145.
- Cristóbal Colón genovés, I: 72.
- Cristóbal Colón, Viajes de, I: 71.
- Cristóbal Colón por la costa norte de Cuba,
Ruta de, I: 40.
- Críticas instantáneas, VII: 354.
- Cromitos Cubanos, VII: 351, 375.
- Crónica del ex-Cafetal Jesús Nazareno —Mu-
dos Testigos—, IX: 13.
- Crónica Habanera, La, VII: 361.
- Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana,
VII: 400.
- Crónicas, I: 23, 26, 27, 28, 31, 34, 38.
- Crónicas de la Guerra, VII: 355; X: 44.
- Crónicas de la Guerra de Cuba, VI: 114.
- Crónicas de Santiago de Cuba, I: 201, 202,
203, 204, 366, 367; II: 90, 91, 277,
280, 324, 325, III: 293, 392; IV: 291, 417;
V: 262; VI: 332, 463; VII: 242, 375,
477; X: 27, 43.
- Cronista, El (periódico), V: 306.
- Cronología Herediana, III: 392; X: 44.
- Crustáceos Cubanos (libro), X: 178.
- Cuadernos Americanos, IX: 280.
- Cuadernos de Historia Habanera, III: 392.
- Cuadro Económico de los Institutos de Segun-
da Enseñanza, X: 90.
- Cuadro Estadístico de la Siempre Fiel Isla
de Cuba, II: 277; III: 293; IV: 291, 292,
293.
- Cuadro Estadístico de la siempre fiel isla de
Cuba, correspondiente al año 1827, III:
348, 350.
- Cuadro General del Comercio, Navegación y
Rentas de la Isla de Cuba desde 1826 a
1848, III: 294.
- Cuadro Histórico de las Indias, I: 368; III:
393.

- Cuadro de la Situación Económica de México, II: 244.
- Cuadro de la Situación Novo-Hispana en 1788, II: 279.
- Cuadro de Costumbres Cubanas, VII: 334.
- Cuadros viejos, (libro) X: 32.
- ¿Cuándo y dónde se ordenó Bartolomé de las Casas?, I: 72.
- Cuando no se guarda y Príncipe tonto, II: 311.
- Cuarenta años de mi vida, VI: 463; VIII: 96, 366.
- Cuarta Conferencia Panamericana, VIII: 295.
- Cuartel de Milicias, II: 318.
- Cuarto Congreso de Sindicatos y Asociaciones Obreras de los Estados Unidos, VII: 272.
- Cuarto de siglo de evolución cubana, Un (libro), VIII: 96; X: 44.
- Cuatro años en la Ciénaga de Zapata, (libro), I: 71.
- Cuatro Culturas Indias de Cuba, Las, I: 71.
- Cuatro laúdes, IV: 365.
- Cuba (periódico), VII: 359, 370.
- Cuba de 1500 a 1511, I: 72.
- Cuba en 1798, III: 350.
- Cuba en 1826 (discurso), III: 153.
- Cuba desde 1850 a 1873, IV: 59; VI: 68.
- Cuba en 1858, IV: 59, 141.
- Cuba en 1860, IV: 291, 292.
- Cuba en 1887, VI: 42.
- Cuba y América (revista), VI: 332; VII: 319, 359, 375; X: 49.
- Cuba antes de Colón, I: 71.
- Cuba, Bustamante y el Tribunal de Justicia Internacional, VIII: 264.
- Cuba Colonial, III: 295; IX: 10.
- Cuba Contemporánea (revista), III: 294, 392; IV: 362; VII: 325; VIII: 338; X: 5, 39, 145.
- Cuba contra España, VII: 325.
- Cuba: Crónicas de la guerra, VI: 256.
- Cuba Económica y Financiera (revista), IX: 33, 218, 282, 317, 388, 395.
- Cuba está presente, VIII: 184.
- Cuba y los Estados Unidos, VI: 114; VIII: 264.
- Cuba, los Estados Unidos y la América Latina (libro), VIII: 254, 264.
- Cuba, los Estados Unidos de América y la vida de las naciones, VIII: 264.
- Cuba. Estudios Políticos, (libro), IV: 141, 142; V: 264; VI: 68.
- Cuba y su evolución colonial, (libro), VII: 299; X: 43, 316.
- Cuba y sus figuras de trapo, VIII: 183.
- Cuba y su gente, VII: 358.
- Cuba y su gobierno, IV: 59, 66, 140.
- Cuba Heroica, V: 262; VI: 256, 332; VII: 355; X: 43.
- Cuba, Historia de (Echeverría), I: 368.
- Cuba, Historia de (Guerra), I: 201, 202, 203, 204, 328, 367; II: 277.
- Cuba, Historia de (Pezuela), I: 328, 367.
- Cuba, Historia de (Santovenia), I: 328, 367.
- Cuba y Hogar, V: 263.
- Cuba Importadora (revista), IX: 171, 172.
- Cuba Independiente, VI: 181; VII: 354, 355; VIII: 38, 96; X: 43.
- Cuba Intelectual, (revista), VII: 318.
- Cuba and International Relations, IV: 141; V: 325; VII: 69.
- Cuba and the Intervention, VII: 69.
- Cuba Intervenida, VII: 355; VIII: 38.
- Cuba, Isla Pintoresca, X: 225.
- Cuba y sus jueces, III: 391, 393; VI: 42, 110, 114; VII: 358.
- Cuba Literaria, IV: 387.
- Cuba en la Mano, III: 392; VII: 375; X: 145.
- Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica, II: III: 393; VI: 430.
- Cuba Musical (revista), VII: 471.
- Cuban Orphan Society, VII: 52.
- Cuba, país de poca memoria, VII: 182.
- Cuba a pluma y lápiz, IV: 345, 415; VII: 334.
- Cuba poética (antología), IV: 369, 386.
- Cuba, política y revolución, V: 372; VI: 181.
- Cuba, su política interna y sus relaciones exteriores (discurso), VIII: 182.
- Cuba por dentro (libro), VIII: 38.
- Cuba. Su porvenir (folleto), IV: 384.
- Cuba: los primeros años de independencia, VI: 463; VII: 69, 148; VIII: 96, 326; IX: 8, 11, 282, 394; X: 44.
- Cuba Primitiva, I: 71; IV: 381.
- Cuba en su puesto (discurso), VIII: 182.
- Cuba Revolucionaria Expediciones, VI: 332.
- Cuba, Tierra Indefensa, II: 280; VII: 242; IX: 394.
- Cuba en la vida internacional, VIII: 264.
- Cuban situation and our teaty relations, The, IX: 394, 395.
- Cuban Society of International Law, VIII: 264.
- Cubanidad del Padre Varela, La, III: 392.
- Cubano, El (periódico), VII: 361.
- Cubano Libre, El (periódico), VI: 194, 200, 203, 332; VII: 49, 310, 314, 344, 373, 481; X: 49.
- Cubanos pintados por sí mismos, Los, IV: 364.
- Cuentos míos (libro), X: 28.
- Cuentos nefandos (relatos), X: 32.
- Cuentos negros de Cuba (libro), X: 34.
- Cuentos pantuflares de Fábulas de la vida apacible (libro), X: 32.
- Cuentos pasionales (libro), X: 33.
- Cuestión Africana en la Isla de Cuba, La, IV: 292.
- Cuestión de Cuba, La, IV: 113; VII: 305.
- Cuestión de Cuba en 1884, La, VI: 67; VII: 357.

Cuestión Cubana, La (periódico), V: 301.
 Cuestión racial en el trabajo, la inmigración y la cultura; criterios de Unión Revolucionaria, La, VIII: 185.
 Cuestiones Constitucionales, VIII: 187.
 Cuevas, Cultura de, I: 18.
 Cultivo del Cacao, IV: 291.
 Cultivo racional de la caña, El, IV: 402.
 Cultura en la América Hispana, Historia de la, I: 368.
 Culture of the Ft. Liberté Region, Haití, I: 72.

Curioso Americano, El, I: 365, 368; VII: 319.
 Curso de Agricultura, VII: 411.
 Curso de Aprovechamientos e Industrias Forestales (libro), X: 174.
 Curso de Introducción a la Historia de Cuba, II: 90.
 Curso de Historia de Cuba (libro), IX: 241, 283.
 Curso de Obligaciones y Contratos, VIII: 393.
 Curso de Química (libro), X: 171.
 Curso de Química Inorgánica, X: 171.
 Cuzco, El (hacienda), III: 159.

CH

Chamarreta, La (periódico), VII: 313.

Charles T. Smith (pailebot), IV: 124.

D

Datos Históricos. Dos Expediciones a Cuba, VI: 333.
 Dauntless (barco), VI: 312, 313, 314, 316, 319, 320, 323, 324.
 De actualidad (periódicos), VII: 360.
 De la Avellaneda (estudio), IV: 418.
 De la Colonia a la República, (libro), IV: 142; V: 326; 373; VI: 115; VII: 347; VIII: 38, 366.
 De la elaboración de azúcar en las colonias y de los nuevos aparatos, etc., IV: 292.
 De la Filosofía en La Habana, (libro), III: 391, 393; IV: 383.
 De la necesidad de mejorar la elaboración de azúcar en la Isla de Cuba, IV: 292.
 De la revolución cubana y las cubanas en la época revolucionaria, V: 264.
 De la Revolución a la Restauración, VI: 67.
 De Orbe Novo (décadas), I: 72.
 Debate sobre el Tratado sobre la Isla de Pinos, VIII: 264.
 ¿Debe modificarse el régimen constitucional?, VIII: 185.
 Deber, El (periódico), VII: 299.
 Décadas del Nuevo Mundo, I: 71.
 Decadencia Cubana, La (libro), X: 41.
 Dedicación de la lira a Dios, IV: 357.
 Defensa de Cuba (libro), IX: 394.
 Defensa de la Constitución, La, VIII: 187.
 Defensa del Hombre (libro), X: 38.
 Defensa Nacional y la Escuela, La, (libro), IV: 417.
 Del ayer heroico. Martí y los trabajadores, VII: 300.
 Del ensayo americano, (libro), X: 39.
 Del laísmo, leísmo y loísmo, VII: 356.
 Delaware (barco), VI: 281.
 Delegación Cubana del Partido Revolucionario Cubano, VI: 332.

Delgadinal, I: 346.
 Dellie (goleta), VI: 330.
 Democracia. El Individualismo, El, IV: 383.
 Denver (crucero), VIII: 28.
 Department of State Archives. Correspondence Consular, III: 103.
 Departamento de Expediciones, El, VI: 332.
 Departamento de la Guerra. Oficina del Censo de Cuba, VII: 299.
 Deportación a Fernando Poo, V: 262.
 Derecho de Cuba sobre la Isla de Pinos, VIII: 264.
 Derecho Constitucional, VIII: 185.
 Derecho Criminal, VIII: 391.
 Derecho Financiero Cubano, IX: 274.
 Derecho Forestal Cubano (libro), X: 174.
 Derecho a la fuerza, VII: 358.
 Derecho Minero Cubano, X: 185.
 Derecho de la Mujer Casada, El, VIII: 391.
 Derecho Romano, VIII: 391.
 Derechos de propiedad excepcionales en Cuba, VIII: 188.
 Derelictos (libro), X: 33.
 Dermatología y Sifilografía (libro), X: 162.
 Des Moines (buque), VIII: 29.
 Desarrollo económico de Cuba, El (libro), IX: 396.
 Descripción de la Ciudad de la Habana y de la Isla de Cuba, II: 312.
 Descripción de la Isla de Cuba, II: 279, 313.
 Descubrimiento de América, El, VII: 366.
 Descubrimiento de América, Primer Viaje de Colón, VII: 354.
 Descubrimiento de Ammonites de, período Cretáceo en Santa Clara (publicación), X: 183.
 Descubrimiento de fósiles del género Berretia (publicación), X: 183.
 Desde mi Belvedere, VII: 346; X: 36.

- Desde Yara hasta el Zanjón, (libro), V: 178, 262; VII: 351, 354.
- Desde el Zanjón hasta Baire, (libro), VI: 67, 96, 114; VII: 243, 355; X: 43.
- Desdén con el desdén, El, II: 311.
- Despedida a mi madre, IV: 353.
- Determinación de plantas cubanas: Fanerógamas (publicación), X: 172.
- Dewey, A. J., (vapor), VI: 325.
- Día, El, (periódico), VII: 372.
- Día del Trabajo, VII: 283.
- Diablo Cojuelo, El (periódico), VII: 313, 372.
- Diablo Mundo, El, IV: 350.
- Diablo suelto en campaña, El (periódico), VII: 313.
- Diario de Campaña (Gómez), V: 210; VI: 256.
- Diario de Campaña del Mayor General Máximo Gómez (libro), VII: 69, 242.
- Diario de Cuba, X: 49.
- Diario Cubano, VII: 315.
- Diario del Gobierno, III: 272.
- Diario de la Habana, III, 39, 96, 99, 254, 273, 295, 353, 371, 378; IV: 251, 375, 386, 387.
- Diario de la Marina, III: 359; IV: 120, 281; VI: 57, 103; VII: 250, 283, 299, 360; VIII: 8, 15, 106, 177, 185, 248; IX: 147, 157, 170, 229; X: 49, 279.
- Diario de Matanzas, VII: 332.
- Diario oficial del rancheador de negros cimarrones Francisco Estévez durante el quinquenio de 1837 a 1842, Cafetal "Último Esfuerzo", Lomas de San Blas, jurisdicción de San Diego de Núñez, III: 312, 349.
- Diario de Sancti Spiritus, IV: 387; VII: 361.
- Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, VIII: 96.
- Diario de Sesiones de la Convención Constituyente de la Isla de Cuba 1900-1901, VII: 114, 148.
- Diario de Sesiones de la Convención Constituyente, VIII: 96.
- Diario de Sesiones del Congreso de la República de Cuba, VII: 148.
- Diario de Sesiones del Congreso, IX: 282.
- Diario de sesiones que contiene la discusión en el Congreso sobre la llamada Enmienda Platt, VIII: 264.
- Diario de Sesiones del Senado, VIII: 96.
- Diario de Sucesos Notables (México), II: 279.
- Diario de Trinidad, IV: 387.
- Diario de Viaje, I: 346.
- Diccionario Biográfico Cubano, I: 367; II: 324, 325; III: 392; IV: 417; VII: 350, 375; X: 223, 265.
- Diccionario Botánico, VII: 411; X: 172.
- Diccionario de la Constitución, VIII: 187.
- Diccionario Cubano de seudónimos, IV: 105, 141.
- Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba, I: 73; II: 277, 298; III: 293, 294, 295, 349, 350; IV: 59, 141, 291, 345, 382; V: 264.
- Diccionario de gobierno y legislación de Indias, II: 279.
- Diccionario sobre el Informe de Cuba, I: 72.
- Diccionario Provincial de Voces Cubanías, II: 371.
- Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas, III: 349.
- Diccionario de reactivos químicos, toxicología y medicina legal, IV: 403.
- Dictamen sobre el Informe del profesor M. Pittman sobre el estado de la educación en Cuba, X: 145.
- Didáctica de las Escuelas Secundarias (libro), X: 145.
- Dido Abandonada (música), III: 378.
- Didón (ópera), III: 378.
- Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como agente confidencial de Chile. Santiago, 1867, IV: 60.
- Diez poetas cubanos, X: 46.
- Diorama, El (teatro), III: 376.
- Diplomacia de nuestra Historia, La, (libro), V: 263, 325; VI: 67.
- Diputación Provincial de la Habana, III: 43.
- Dirección General de Contabilidad, IX: 279.
- Dirección General de Rentas, IX: 279.
- Dirección de Obras Públicas, IV: 251.
- Directorio Estudiantil Universitario, VIII: 68, 74, 76, 78, 82, 177.
- Discriminación racial ante la Convención Constituyente, La, VIII: 185.
- Discurso, III: 203.
- Discurso sobre la Agricultura, II: 181, 238; III: 189.
- Discurso sobre la Agricultura en la Habana y los medios de fomentarla, III: 6, 169, 269, 321, 357.
- Discurso sobre las buenas propiedades de la tierra bermeja para la cultura de la caña de azúcar, II: 278.
- Discurso sobre el establecimiento de un Banco en la Isla de Cuba, III: 295.
- Discurso pronunciado en la Sociedad Económica de Amigos del País el 18 de noviembre de 1911, con motivo de la llegada de los restos del Padre Varela, III: 391, 394.
- Discursos Cívicos, VII: 368.
- Discursos y conferencias, IV: 60; VI: 114; VII: 374, 376; VIII: 38.
- Discursos, informes y disertaciones, VII: 362.
- Discursos y manifiestos políticos, VII: 243.
- Discursos Políticos y Parlamentarios (libro), IX: 5, 282.
- Discusión, La, (periódico), V: 301; VI: 14, 223; VII: 17, 41, 45, 51, 65, 107, 299, 320, 357, 360, 361; IX: 228, 229; X: 49.

- Disposiciones que regulan la concesión de aprovechamientos forestales en los Montes del Estado, X: 174.
- Distrito Central de La Habana, VIII: 72.
- Divagaciones sobre la novela, IV: 417; VII: 375.
- Divina Comedia, La, VII: 366.
- Divorcio en Cuba, El, VIII: 391.
- Divulgación y propaganda en favor del Plan Trienal, VIII: 182.
- Doctores Ramón Grau San Martín y Carlos Saladrigas Zayas, Los; bosquejo de una etapa, VIII: 184.
- Doctrina, La (periódico), VII: 370.
- Doctrina del A.B.C. Manifiesto Programa, VIII: 96.
- Doctrina Grau, La, VIII: 96, 184.
- Doctrina de Martí, La (periódico), VII: 373.
- Doctrina de Monroe y el fracaso de una conferencia panamericana en México, La, VI: 405.
- Doctrina de la República, VIII: 366.
- Doctrinas y formas de la organización política, (libro), IX: 91, 282.
- Documento importante, Un, VII: 358.
- Documentos, colección de, I: 348.
- Documentos copiados en el Archivo General de Indias (Santovenia), II: 90, 91.
- Documentos cubanos y relativos a Cuba de la colección Real Consulado del Archivo de la Nación de México, III: 294.
- Documentos Inéditos, I: 51, 58, 73.
- Documentos inéditos, Colección de, I: 328, 367.
- Documentos inéditos (posesiones españolas de Ultramar), II: 298.
- Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas, I: 67.
- Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las posesiones españolas en América y Oceanía, Colección de, I: 348, 367.
- Documentos que pueden servir a la historia de nuestros progresos en el ramo de Comercio (Memoria Real Sociedad Económica de Amigos del País), II: 279.
- Documentos para su vida (Saco), IV: 140.
- Documentos presentados a las Cortes en la Legislatura de 1898 por el Ministro de Estado, VI: 67, 463.
- Dolores, iglesia de, II: 318.
- Dominación inglesa en La Habana, Ia, II: 91.
- Dominación inglesa en La Habana. Libro de Cabildos 1762-1763, II: 298.
- Dominicales, Las (periódico), VI: 41.
- Dominicales del Libre Pensamiento, Las (periódico), VII: 270.
- Don Aniceto el tendero (novela), VII: 338.
- Don Enriquito (novela), VII: 338.
- Don José de la Luz y Caballero, (libro), III: 391, 393; VII: 340.
- Don José de la Luz y Caballero (biografía documental), IV: 416.
- Don Pepe (Luz), IV: 378.
- Don Quijote de Hollywood (libro), X: 37.
- Doña Guiomar (novela), X: 27.
- Dorotea de Lope de Vega, La, VII: 353.
- Dos Amores (novela), III: 374, 391, 393; IV: 361.
- Dos barcos (libro), X: 34.
- Dos Creadores: Mazzini y Martí, (libro), V: 326.
- Dos Etapas del pensamiento en Hispanoamérica, IV: 415.
- Dr. Finlay y la Fiebre Amarilla, El, X: 156.
- Dutch Standard (escala holandesa), VII: 206.
- Duval (hotel), VI: 133, 264.
- Duval House, VI: 129.

E

- Early History of Cuba, The, I: 58, 73.
- Economía y Civismo, III: 295; VI: 115; VII: 243.
- Economía Política, Cátedra de, III: 386.
- Economía de Post-Guerra y Desempleo (libro), IX: 394.
- Economía Social Teórica (libro), IX: 87.
- Economista Americano, El (periódico), VII: 321, 349.
- Edad de Oro, la (revista), VII: 319.
- Eduardo Machado el legislador triunfante, V: 262.
- Educación en Cuba, La (revista C. C.) II: 325.
- Educación en Cuba, La, X: 145.
- Educación Fundamental del Adulto Americano, La (libro), X: 75.
- Educación revolucionaria, La, VIII: 182.
- Educación Secundaria en los Institutos, La, X: 145.
- Efectos Económicos de la Política Fiscal, Los (libro); IX: 213, 282.
- Efemérides de la Revolución Cubana, V: 264; VI: 333, 463; VII: 242.
- Efigies (libro), VII: 369; X: 10.
- El 12 de agosto, día de la libertad, VIII: 184.
- El 27 de Noviembre de 1871 (libro), V: 264; VII: 358.
- El A.B.C. ante el régimen semiparlamentario, VIII: 183.
- Elaboración científica de la caña, IV: 402.
- Elecciones, el nuevo gobierno y el camino del pueblo, Las, VIII: 182.

- Elementos para el estudio de la Flora cubana, X: 172.
- Elementos de la lengua castellana, III: 371.
- Elisa y Claudio (ópera), III: 379.
- Elogio de Carlos III, II: 309.
- Elogio del Coronel Manuel Sanguily y Garritte, V: 264.
- Elogio de Escovedo, IV 385.
- Elogio de Felipe V., II: 316.
- Elogio de Félix Varela, III: 393.
- Elogio del señor Néstor Carbonell, V: 263.
- Eloy Alfaro y el Derecho Público de América, VI: 405.
- Ellen M. Adanis (goleta), VI: 330.
- Embajada de Cuba en Washington, VIII: 264.
- Emfield (fusil), V: 28.
- Emigración en los campos, La, VII: 242.
- Emilio Núñez, (libro), V: 262.
- Emilio Núñez 1878-1922, (libro), VI: 332.
- Emisario, El (novela), VII: 338.
- Empleo y la población activa de Cuba, El (folleto), IX: 394, 395.
- Empresa, La (colegio), IV: 410; VI: 82.
- Empréstitos y Financiamientos de la República de Cuba, IX: 395.
- En el camino de la independencia, (libro), VII: 69.
- En el Cincuentenario de la Independencia, VII: 69.
- En Defensa de Cuba, VII: 304.
- En defensa de los derechos del hombre y del ciudadano, VIII: 96.
- En defensa de la Revolución, VIII: 366.
- En el Teocali de Cholula, (poema), III: 364.
- En torno a la heurística, (discurso), X: 44.
- En voz alta (libro), VII: 347.
- Enciclopedia Popular Cubana (libro), V: 262.
- England in the Seven Years War, II: 134.
- England under Queen Anne, II: 134.
- Enmienda Platt, VII: 105, 106, 107, 108, 109, 112, 113, 128, 134, 144; VIII: 4, 10, 11, 16, 83, 84, 102, 141, 158, 194, 195, 198, 199, 200, 205, 209, 210, 211, 217, 219, 220, 222, 226, 228, 229, 230, 231, 234, 235, 245, 246, 251, 253, 255, 257, 261, 263, 264, 269, 280, 282, 288, 295, 310, 315, 317, 319, 324, 333, 353, 356, 357; IX: 273, 329, 402; X: 44, 51, 318.
- Enmienda Platt y el Tratado Permanente, La, VIII: 264, 366.
- Enrique José Varona: su pensamiento representativo, X: 146.
- Enrique Piñeyro (libro), V: 264; VII: 376.
- Enrique Piñeyro: su vida y sus obras, VII: 375.
- Enriqueta Faber (novela), VII: 338.
- Ensayistas contemporáneos (libro), X: 40.
- Ensayo (revista), VII: 318.
- Ensayo de aplicación de la teoría de Woëlfllin a la arquitectura colonial cubana, Un, X: 265.
- Ensayo biográfico: Batista reportaje histórico, VIII: 182.
- Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar, III: 293; IV: 291, 401.
- Ensayo de la flora habanera, III: 370.
- Ensayo Histórico de la Isla de Cuba, II: 324, 325; IV: 65, 382.
- Ensayo sobre el movimiento científico y literario de Cuba, II: 298, 325.
- Ensayo Político sobre la Isla de Cuba, II: 279; III: 105, 293, 294, 295, 302, 340, 347, 349, 350, 380.
- Ensayo sobre un Presupuesto técnico (libro), IX: 90, 283.
- Ensayo sobre el valor legal de las monedas así extranjeras como nacionales, III: 295.
- Ensayo de la valoración política, económica y social, VIII: 185.
- Ensayos Críticos de Literatura Inglesa y Española, VII: 353.
- Ensayos sobre el infinito y el cálculo de probabilidades, VII: 408.
- Ensayos Poéticos de Heredia, III: 393.
- Ensayos Políticos, (libro), III: 363.
- Enseñanza de la Ingeniería de Minas en nuestra Universidad, La, (libro), X: 187.
- Enseñanza Primaria en Cuba Prerrepblicana, La, II: 325; IV: 416.
- Enseñanza Rural Cívico Militar, X: 96.
- Enseñanza Secundaria en Cuba: reformas que necesita, La, X: 145.
- Entierros aborígenes en Cuba, I: 72.
- Entremés de los Mirones, IV: 355.
- Episodios de la Revolución Cubana, VII: 351.
- Epístola a Ignacio Rodríguez Galván, IV: 355.
- Epistolario (G. Q.) IX: 291, 394.
- Epistolario de José Martí y Máximo Gómez, V: 372.
- Epistolario (de Martí), V: 372; VI: 181.
- Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental Náutica y Geográfica, II: 312.
- Epoca, La, (periódico), VI: 9; VII: 283, 321.
- Equinodermos Fósiles de Cuba, Los (libro), X: 183.
- ¿Es un ángel? (novela), VII: 338.
- ¿Es de Plácido la "Plegaria a Dios"? IV: 415, 417.
- Escabel de la Fortuna, El (novela), VII: 338.
- Escalera, La (conspiración), IV: 13, 318, 325.
- Escenas cotidianas (libro), III: 330, 331, 349; IV: 345, 363.
- Escenas de la vida privada en la Isla de Cuba, IV: 362.
- Esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo, seguida de la historia de los repartimientos y encomiendas, Historia de la, I: 201, 202.
- Esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países americano-

- hispanos, Historia de la, I: 328, 367; II: 90; III: 134.
- Escolapios de Guanabacoa, IV: 409.
- Escorial, El, I: 290.
- Escovedo, el ciego que vió claro, III: 153.
- Escritos (Del Monte), IV: 140.
- Escritos de Domingo del Monte, Prólogo de los, III: 392.
- Escuadra de Cervera, La, VI: 462; 463.
- Escuela de Aplicación, Instrucción y Perfeccionamiento, X: 96.
- Escuela de Bellas Artes de Madrid, VII: 422.
- Escuela de Bellas Artes de San Alejandro, X: 193, 237.
- Escuela de Botánica, III: 372.
- Escuela Especial de Telegrafistas, IV: 256.
- Escuela del Hogar, X: 65.
- Escuela del Hogar Rural, VIII: 89; X: 59.
- Escuela Municipal de Música de la Habana, VII: 472.
- Escuela Náutica, III: 389.
- Escuela de Náutica, X: 80.
- Escuela de Niñas, III: 114.
- Escuela Normal, X: 64.
- Escuela Normal de Guanabacoa, VII: 379, 394.
- Escuela Normal de Kindergarten, X: 65.
- Escuela Normal Lancasteriana, III: 384.
- Escuela Normal de Maestros, III: 389.
- Escuela Normal para Maestros, VII: 475; X: 57.
- Escuela Normal de New Paltz, VII: 386; X: 64.
- Escuela Normal Rural, VIII: 89; X: 59.
- Escuela Normal Rural "José Martí", X: 66, 96.
- Escuela de Pedagogía, X: 65.
- Escuela de Pintura y Escultura, III: 375.
- Escuela de Pintura de San Alejandro, III: 386.
- Escuela Preparatoria de Artes y Oficios, VII: 394.
- Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling, VIII: 89.
- Escuela Profesional de Periodismo, X: 79.
- Escuela de Química, III: 203, 386.
- Escuela de San Alejandro, III: 372; VII: 417, 418; X: 199, 227, 228.
- Escuelas de Artes y Oficios, X: 79.
- Escuelas de Bellas Artes, X: 79.
- Escuelas de Comercio, X: 79.
- Escuelas Elementales Politécnicas, X: 59.
- Escuelas del Hogar, X: 79, 95.
- Escuelas de Kindergarten, X: 95.
- Escuelas Normales, VII: 394; X: 67, 91, 92, 93, 95, 96.
- Escuelas Normales del Estado de Connecticut, VII: 386.
- Escuelas Normales de la Habana, VII: 385.
- Escuelas Normales de Kindergarten, X: 79.
- Escuelas Normales de Maestros, X: 79.
- Escuelas de Pedagogía de las Universidades, X: 92.
- Escuelas Politécnicas, X: 79.
- Escuelas Primarias Elementales Rurales, X: 61.
- Escuelas Primarias Elementales Urbanas, X: 61.
- Escuelas Primarias Superiores Rurales, X: 61.
- Escuelas Primarias Superiores Urbanas, X: 61.
- Escuelas Técnicas, X: 79.
- Esculapio, fuente de, III: 374.
- Escultura en Cuba, La, VII: 430; X: 265.
- Escultura cubana contemporánea a través de sus cultivadores más representativos, La, X: 265.
- Esfinge, La (libro inédito), X: 30.
- Espada, Obispo (óleo), III: 375.
- España y la Civilización Española en el Nuevo Mundo, Historia de, I: 328, 367; II: 134.
- España y Cuba, Estado político y administrativo de la Grande Antilla bajo la dominación española, VI: 67.
- Espanoles y cubanos (Revista Cuba), II: 298.
- Españolidad literaria de José Martí, (folleto), VII: 375.
- Espatolino, IV: 359.
- Espejo, El (periódico), VII: 315.
- Espejo de Paciencia, I: 270, 349, 350, 352, 353, 354, 355, 364; II: 284, 312.
- Espíritu de la escuela cubana, El, X: 145.
- Espíritu francés y la nación cubana, El, V: 326.
- Esposa infiel, La, I: 346.
- Esuela de Plata, (revista), X: 23, 50, 243.
- Esquema Histórico de las Letras Cubanas, III: 392.
- Esquema histórico de las Letras en Cuba, VII: 375.
- Esquema y notas para la historia de una organización obrera en Cuba, VII: 300.
- Esquema de un Programa nacional de acción económica del Estado, IX: 282.
- Estación Agronómica de Cuba, X: 174.
- Estación Experimental Agronómica, X: 181, 182.
- Estación Naval de Guantánamo, VIII: 232.
- Estado intelectual de los cubanos en el siglo XVI, I: 368.
- Estados Americanos, VIII: 91.
- Estados relativos a la producción azucarera en la Isla de Cuba, IV: 293; V: 264.
- Estamento de Procuradores, III: 101.
- Estampas Antiguas de San Antonio de los Baños (folletos), II: 278; V: 264.
- Estando, III: 174.
- Estatutos del Gobierno Provisional de Cuba, VIII: 102.
- Estatutos Secretos del Partido, VI: 137.
- Esteban, Teatro, IV: 395; VII: 455.
- Estética acrática de José Martí, (folleto), VII: 375.

- Estrada Palma (libro), VI: 463.
 Estrada Palma y el alba de la República, VIII: 38.
 Estrada Palma, el gobernante honrado (libro), VIII: 38.
 Estrella de Cuba, La, III: 364.
 Estrella de Cuba, La (poema), IV: 64.
 Estrella Cubana, La (periódico), VII: 314.
 Estrella de Jagua, La (periódico), VII: 314.
 Estrella Solitaria, La, VII: 314, 344.
 Estrella Solitaria, Orden de la, IV: 112.
 Estructura del Presupuesto y clasificación de las cuentas del Estado, IX: 282.
 Estructuración del Presupuesto y Clasificación de las Cuentas del Estado (folleto), IX: 92.
 Estudiante Republicano, El, (periódico), VII: 313.
 Estudio sobre Anexión, IV: 142.
 Estudio científico y literario de Cuba, III: 391.
 Estudio crítico del recuso de inconstitucionalidad: su fundamento, origen y desenvolvimiento, VIII: 186.
 Estudio Económico de América Latina, (libro), IX: 395.
 Estudio e Informe (libro), IX: 247.
 Estudio de los Insectos (libro), X: 178.
 Estudio histórico de las luchas políticas de la España del siglo XIX, VI: 67.
 Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América, III: 152, 153; IV: 140; V: 325, 326.
 Estudio sobre las ideas políticas de José Antonio Saco, IV: 141.
 Estudio sobre el Movimiento Científico y Literario de Cuba, I: 368; III: 393, 394; IV: 418.
 Estudio de los problemas de la post-guerra, El, VIII: 366.
 Estudio y proyecto de tribunales del trabajo, VIII: 187.
 Estudio sobre el tratamiento fiscal que debe darse a los intereses declarados inexigibles por la segunda de las disposiciones transitorias al título cuarto de la Constitución de 1940, VIII: 188.
 Estudios y Conferencias de Historia y Literatura, VII: 366.
 Estudios Críticos, IV: 417; VII: 352.
 Estudios Heredianos, (libro), III: 392.
 Estudios Jurídicos e Históricos, (libro), IV: 345.
 Estudios Literarios, (libro), IV: 418; VII: 376.
 Estudios Literarios y Filosóficos, (libro), VII: 345, 374, 376.
 Estudios, Notas, Efigies Cubanas, (libro), VII: 376.
 Estudios Poéticos (libro), VII: 323.
 Estudios progresivos sobre varias materias científicas, agrícolas e industriales, IV: 291, 292, 401.
 Estudios radiológicos, X: 162.
 Estudios y Retratos (libro), VII: 353.
 Evening Post, The, (periódico), VII: 349.
 Evening Star, (periódico), VI: 410.
 Evolución de la Cultura Cubana, III: 393; VII: 375; X: 46, 265.
 Evolución Moral, La, VII: 346.
 Evolución Psicológica, La, VII: 346.
 Evolución super-orgánica de los seres humanos, La (libro), X: 158.
 Examen de otros puntos del papel de mi compatriota, IV: 108.
 Excavations in the Ft. Liberté Region, Haiti, I: 72.
 Excavation and Ronquin, I: 71.
 Excavation of Tocorom, I: 72.
 Excéntricas, X: 10.
 Excursión Científica a Viñales (publicación), X: 183.
 Excursión a la Sierra de Jatibonico (publicación), X: 183.
 Existencia del Período Jurásico en Cuba, X: 185.
 Expansion after the Civil War, V: 264.
 Expansión territorial de los Estados Unidos, La, III: 105.
 Expansión Territorial de los Estados Unidos a expensas de España y los países hispano-americanos, IV: 140, 142; V: 263; VII: 69.
 Expedición Gómez-Martí, VI: 332.
 Expedición del vapor "Dauntless", VI: 332.
 Expedicionario, El (periódico), VII: 373.
 Expediciones Cubanas, 2t. VI: 219, 332.
 Expediciones llegadas a Cuba para la Revolución del 95, VI: 332.
 Expediente sobre la población de Nuevitas, jurisdicción de Puerto Príncipe, III: 293.
 Experiencia del indio, La, (¿Un antecedente a las doctrinas de Victoria?), I: 201.
 Exploración arqueológica en Jibacoa, I: 72.
 Exploración de las Funciones Renales (libro), X: 157.
 Explosión del Maine y la Guerra de los Estados Unidos con España, La, VI: 463.
 Exposición dirigida en julio 8 de 1894, por el Círculo de Hacendados y Agricultores de la Isla de Cuba a las Cortes del Reino, VII: 243.
 Exposición histórico-doctrinal de la ley hipotecaria de la Isla de Cuba, I: 203.
 Exposición de Motivos de la Comisión Técnica (publicación), IX: 256.
 Expósito, El, IV: 355.
 Expulsión de los diputados cubanos de las Cortes españolas (Índice), III: 153.
 Extensión de los mandatos constitucionales, VIII: 185.

F

- Fábulas de la vida apacible, X: 32.
 Facciolo y "La Voz del Pueblo Cubano", IV: 142.
 Factores estilísticos de la arquitectura colonial cubana, X: 265.
 Factores estilísticos de la escultura cubana contemporánea, X: 243.
 Factoría, La, II: 17, 172; III: 14, 17, 29, 40, 50, 60, 62, 158, 163, 193.
 Factoría de Tabacos, II: 141, 158, 181, 210, 247; III: 8, 9, 39, 90, 162, 168, 282, 288, 357.
 Facultad de Letras y Ciencias, Revista de la, III: 392.
 Familia, La (revista), VII: 319.
 Familia y la cultura en la constitución de 1940, La, VIII: 186.
 Familia y la cultura en la Constitución cubana, La, VIII: 188.
 Fanal, El, IV: 387.
 Farmacofitología cubana (publicación), X: 172.
 Faro Industrial, El (periódico), IV: 281, 386.
 Faro Industrial de la Habana, (periódico), IV: 387.
 Farol, El, (periódico), VII: 313.
 Fatalidad, La, IV: 353.
 Fatalista, El, IV: 363.
 Fauna Cretácica de Cuba, La, (libro), X: 183.
 Fauna Jurásica de Viñales (publicación), X: 183.
 Favorita, La, IV: 393.
 Federación Americana del Trabajo, VII: 297.
 Federación Española del Trabajo, VII: 273.
 Federación Médica de Cuba, X: 156.
 Federación Nacional de Corporaciones Económicas, IX: 256.
 Federación Nacional de Sociedades Cubanas de la Raza de Color, VIII: 186.
 Federación Obrera, VII: 297.
 Federación Obrera de La Habana, IX: 401.
 Federación de Sociedades de Raza Negra de la Provincia de la Habana, VIII: 185.
 Federación de Trabajadores, VII: 285.
 Federalista, El (periódico), VII: 332, 349.
 Felipe Poe, III: 393.
 Felisa y yo (libro) X: 33.
 Fénix, El (periódico), VII: 372.
 Fénix, El (teatro), VII: 466.
 Feria de la Caridad, VII: 465.
 Feria de Carraguo, La, III: 366.
 Fernando el Católico (vapor), IV: 123.
 Fernando VII, acueducto de, III: 328.
 Ferrocarril del Oeste, IV: 405.
 Fíguro, El (revista), VI: 114, 332; VII: 318, 351, 360, 374, 415; X: 10, 49.
 Figuras Cubanas de la Investigación Científica, III: 393; IV: 417.
 Fijeza, La, (libro), X: 24.
 Filarmónica, La, IV: 388.
 Filarmónica, La (sociedad), VII: 466.
 Filarmónico Mensual, El, III: 379.
 Filosofía del Arte, IV: 383.
 Filosofía en Cuba, La, II: 298; II: 393; IV: 415, 418; VII: 376.
 Filosofía del Derecho, VIII: 391.
 Filosofía de la Producción Cubana (libro), IX: 395.
 Filosofía de Varela, La, (libro), IV: 385.
 Fin de la dominación española en Cuba, (libro) V: 264.
 Finlay ante la Historia, VII: 70.
 First Social Experiments in America, The (Hanke), I: 201.
 Flor de caña, La, IV: 353.
 Flor Crombet, V: 262.
 Flor de Manigua (libro), X: 32.
 Flora de Cuba, VII: 411; X: 172.
 Flora Cubana, IV: 400; VII: 411; X: 173.
 Flora Habanera, VII: 411.
 Florencio Villanova y Pío Rosado, (libro), V: 262.
 Florentina, IV: 364.
 Flores y Calabazas (novela), VII: 337.
 Flores cubanas dedicadas a las habaneras (libro), IV: 353.
 Flores de hielo (libro), VII: 331.
 Flores de Otoño, (libro), IV: 353.
 Floresta Cubana, IV: 387.
 Florida (vapor), VI: 326, 327, 328.
 Flotas, las, I: 252, 255, 337.
 Folklore y la música cubana, El, I: 368.
 Folklorismo, I: 366.
 Fomento, Junta de, IV: 160.
 Foreign Affairs (revista), VIII: 248.
 Foreign Policy, IX: 53, 60, 280.
 Foreign Policy Association, VII: 430; IX: 47, 65, 149, 223, 232, 234, 265, 282; X: 145.
 Foreign Times, The (periódico), V: 318.
 Formas políticas, Las, VIII: 186.
 Fortaleza Vieja, La, I: 165.
 Fosforito, El (periódico), VII: 313.
 Foso de los Laureles, VII: 41.
 Fotuto (libro), X: 32.
 Fragmento de mis memorias, V: 325.
 Francisco, (novela), III: 304, 307, 349; IV: 362.
 Francisco Covarrubias, III: 392.
 Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba en 1868, IV: 133, 141; V: 179, 262, 325.
 Frasquito (novela), VII: 338.
 Fraternidad, La (periódico), VII: 320, 357.
 Frente a la dominación española, VI: 68.
 Frente a la verja del cementerio, VII: 326.

Frutos ácidos, Los, X: 33.
Fuente de la India, III: 89.
Fuerza, La, I: 96, 97, 99, 100, 110, 165, 166, 168, 170, 171, 174, 219, 264, 337, 340, 356, 357.
Fuerza, Castillo de la, II: 201; V: 45.
Fuerza, cuartel de la, III: 58.
Fugitivos, (libro), VIII: 370.
Función del Poder Judicial, VIII: 186.
Función social de la propiedad según la Constitución, VIII: 187.

Funcionamiento filosófico-político de las cláusulas de reforma de la Constitución, El, VIII: 186.
Fundación de la Enseñanza, Historia de la, II: 309.
Fundamentos doctrinales para una nueva constitución del estado cubano, VIII: 186.
Furor (navío), VI: 443.
Fusión Unión Revolucionaria Comunista, VIII: 130, 134.
Futura constitución cubana, La VIII: 185.

G

Gaceta de Cartagena, La, III: 358.
Gaceta Diaria, III: 272.
Gaceta de La Habana, IV: 60, 409; VI: 106; IX: 242, 243, 264, 282.
Gaceta de Madrid, II: 113.
Gaceta Musical (revista), VII: 318, 475.
Gaceta Oficial, VIII: 96; IX: 253, 254, 265, 267, 271.
Gaceta Oficial de la Habana, V: 24.
Gaceta de Puerto Príncipe, IV: 375.
Gacetas, II: 58.
Galería de Obreros distinguidos (Tabaqueros), VII: 299.
Galería Ximeno, VII: 425.
Galvanic(barco), V: 28, 116; VII: 304.
Galvanic (expedición), V: 54, 72.
Gazeta, II: 305.
Gazeta de la Habana, II: 58, 305.
Gemelas (libro), VII: 331; X: 11.
Genealogía de las ideas separatistas en Cuba (Academia de la Historia), II: 292, 298.
General Emilio Núñez su historia revolucionaria y su actuación en la vida pública, VI: 333.
General Ramón Leocadio Bonachea, El, V: 262, 265, 372.
General Tacón (vapor), IV: 250.
Generales y Doctores, VIII: 366; X: 29.
Génesis y evolución del huracán del 20 de octubre de 1926 (folleto), X: 169.
Genio y Acción, VII: 376.
Genios, fuente de los, III: 374.
Geografía de Cuba, IX: 220, 282.
Geografía Económica (libro), IX: 221.
Geografía de la Isla de Cuba, III: 371; IV: 401.
Geografía e Historia de Oriente, Sociedad de, I: 41.
Geografía, Summa de, I: 54.
Geometría y Trigonometría, VII: 408.
George W. Childs (barco), VI: 272, 273.
Geosinclinal Cubano, El, X: 185.
Gerónimo el honrado, IV: 363.
Gertrudis Gómez de Avellaneda: las influencias castellanas, IV: 417.

Gestión Diplomática de Morales Lemus, La, V: 264.
Gettysburg (batalla), V: 278.
Gil Blas de Santillana, VII: 344.
Giroanda, La, III: 22.
Glosario (libro), X: 38.
Glosario de afronegrismos (libro), X: 41.
Gloucester (yate), VI: 443.
Gobierno de los Borbones en Francia y en España, II: 90.
Gobierno Superior Civil, IV: 254.
Goethe y Shiller (obra), IV: 383.
Goicuría Hermanos, Casa, IV: 193.
Gorrión, El (periódico), VII: 313.
Governador de la Havana instruye de los rumores esparcidos en aquella ciudad sobre recelos de conmoción, El, III: 152.
Gráfico (revista), X: 49.
Grafómanos de América, VII: 354.
Gramática Castellana, VII: 356.
Gramática y ortografía de la lengua castellana, III: 371.
Gramáticas Musicales, VII: 456.
Gramatiquerías, VII: 356.
Gran Legión del Aguila Negra, III: 67; IV: 66.
Gran Mentira, La: 4 de Septiembre de 1933, VIII: 182.
Graul San Martín (biografía), VIII: 184.
Gremio de Dependientes de Fonda y Restaurant de La Habana, VII: 280.
Gremio de Despalilladores, VII: 259.
Gremio de Escogedores, VII: 259.
Gremio de Fabricantes de Tabacos, VII: 264.
Gremio Obrero, VIII: 186.
Gremio de Obreros del Ramo de Tabaquería, VII: 261, 272.
Gremio de Tabaqueros, VII: 251, 252, 260, 266, 290.
Gremio de Tabaqueros de Puerto Príncipe, VII: 300.
Gremio de Toneleros, VII: 267.
Gremio de Trabajadores Braceros, VII: 277.
Grupo Caonabo, X: 184.
Grupo de Familia, (libro), VII: 325, 331.

Grupo Guamá, X: 184.
 Guadalupe, Virgen de (óleo), III: 376.
 Guáimaro (libro), V: 325.
 Guajiras (libro), VII: 326.
 Guajirita del Yumurí, IV: 355.
 Guajiro Sofocado, El, III: 366.
 Guajiros de Vuelta Abajo, Los, III: 370.
 Guamuhaya, I: 71.
 Guanahani (balandro), V: 107.
 Guásimas (acción), V: 189, 190, 194.
 Guatimozin, IV: 359.
 Guerra de los Cien Días, III: 45.
 Guerra de Cuba, La, V: 264; VI: 256; VII: 355.
 Guerra de Cuba en 1878: aclaración a la Protesta de Baraguá, La, V: 265.
 Guerra de Cuba en 1878: La Protesta de Baraguá, La, V: 265.
 Guerra de los Diez Años, I: X; IV: 292; V: 89, 90, 263.
 Guerra de los Diez Años. 1868-1878, VI: 67.
 Guerra con España, La, VI: 463.
 Guerra con Gran Bretaña, III: 215.

Guerra Hispano-Americana, La, VI: 462, 463.
 Guerra de Indias, Junta de, I: 101.
 Guerra de Independencia, I: X.
 Guerra de Independencia de Cuba, La, V: 246, 264; VI: 256, 463.
 Guerra de Independencia de Cuba, La. 1895-1898, VI: 333.
 Guerra de Independencia de los Estados Unidos, II: 232, 239, 250, 260, 276.
 Guerra Mundial I, IX: 313.
 Guerra de Sucesión al trono de España, II: 222, 265.
 Guerras de la Revolución y del Imperio francés, II: 192.
 Guía de Forasteros, II: 58; III: 358.
 Guía de Ingenios, III: 171.
 Guide to the materials of the American History in Cuban Archives, II: 278.
 Guipúzcoa (buque), V: 50.
 Guirnalda, La, IV: 387.
 Guirnalda Cubana, La, IV: 387.
 Guirnalda Literaria, La, IV: 387.
 Gulnara (ópera), IV: 393.

H

Habana, La (periódico), VII: 360.
 Habana, La (revista), IV: 387.
 Habana en 1800 y 1804, La, III: 350.
 Habana de 1810 a 1840, La, VII: 334.
 Habana en 1841, La, III: 295.
 Habana Antigua, La, I: 365.
 Habana Artística, La, II: 326; III: 391, 393; IV: 394, 415, 418; VII: 357, 376; X: 265.
 Habana, apuntes históricos, La, III: 350; X: 265.
 Habana Elegante, La, (revista), VII: 318, 333, 337, 344, 369, 375; X: 10.
 Habana exaltada y la Sabiduría aplaudida, La, II: 304.
 Habana, Historia de la, I: 365, 368.
 Habana Literaria, La (revista), VII: 315, 344.
 Habana a mediados del siglo XIX, La, IV: 59, 345, 417.
 Habana del Siglo XVI y su admirable evolución social y urbana, La, X: 250, 265.
 Habaneras pintadas por sí mismas en miniaturas, Las, IV: 364.
 Habanero (buque), IV: 95.
 Habanero, El (periódico), III: 147, 291, 295, 315, 349, 359, 367.
 Habaneros pintados por sí mismos, Los, IV: 364.
 Hace Cien Años, III: 294.
 Hacienda Española, La (libro), IX: 222.
 Hacienda en la Isla de Cuba, La (libro), IX: 10, 282.
 Hacienda Pública, III: 262; IX: 59, 282, 283.
 Hacienda Real, II: 148, 149, 170, 186, 272, 273.

Hacienda Social, La, IX: 9, 249.
 Haciendas comuneras, II: 277; III: 293; IV: 291.
 Hampa afro-cubana. Los Negros brujos, III: 349.
 Hand book of the South American Indian, I: 72.
 Hattie Haskel (goleta), V: 353.
 Havane, La (libro), III: 293; IV: 292, 384.
 Hawkins, VI: 286, 288, 289, 290, 304.
 Hechos de los Castellanos en las Islas i Tierra Firme del Mar Océano, Historia General de los, I: 71, 73.
 Helena (barco), VI: 327.
 Henry Clay, VII: 296.
 Herald (periódico), VI: 290, 327.
 Heraldo de Costa Rica, El (periódico), VI: 158.
 Heraldo de Cuba, (periódico), VIII: 305; X: 49.
 Heraldo de Madrid, (periódico), VI: 56, 410.
 Herbario Sauvalle, VII: 399.
 Heredia, III: 392.
 Hermanita (libro), X: 15.
 Héroes, Los, (novela), X: 34.
 Héroes Humildes y los Poetas de la Guerra, V: 264.
 Herpetology of Cuba (libro), X: 180.
 Herrera, X: 184.
 Higiene, La (revista), X: 156.
 hija cubana del iluminismo, La, III: 295; IV: 418.
 Hijas del rey moro, Las, I: 346.

- Hijos del Mundo (periódico), VII: 300.
 Himno de Bayamo, V: 13; VII: 311.
 Himno del Desterrado, El, III: 94, 362, 364.
 Himno Invasor, VI: 207.
 Himno Nacional, V: 13.
 Himno a la Virgen (música), II: 321.
 Hipotecas, Registro de, I: 125, 127.
 Hipsípilas (libro), X: 13.
 Historia de América Latina, VI: 463; VIII: 96.
 Historia de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, II: 285, 286.
 Historia de la Arquitectura, IX: 11.
 Historia del Arte Hispanoamericano, IV: 418.
 Historia del azúcar, IV: 382.
 Historia de un bribón dichoso, IV: 362.
 Historia de la caña de azúcar, (libro), X: 175.
 Historia de las Ciencias Geodésicas (libro) X: 168.
 Historia de Cienfuegos, V: 262.
 Historia de la conquista de La Habana por los ingleses, II: 91, 134; IV: 382.
 Historia Constitucional de Cuba, VI: 67; VII: 114; VIII: 185; IX: 11.
 Historia crítica del reinado de don Alfonso XIII durante su minoridad bajo la regencia de su madre doña María Cristina de Austria, VII: 69.
 Historia de Cuba, III: 152, 153, 350; IX: 3, 22, 283; X: 44.
 Historia de Cuba y en especial de la Habana, III: 366.
 Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España, II: 91, 279; IV: 140, 142; V: 264, 325, 326; VI: 68, 463; VII: 69, 243; VIII: 38; IX: 394.
 Historia de la Cultura en la América Hispánica, III: 392.
 Historia del derecho Constitucional cubano, VIII: 185.
 Historia y desarrollo de la minería en Cuba, III: 294; X: 186.
 Historia Documentada de San Cristóbal de la Habana en el siglo XVI, I: 368; X: 252, 265.
 Historia documentada de los movimientos revolucionarios por la independencia de Cuba de 1852 a 1867, IV: 142.
 Historia Económica de Cuba, III: 278, 294; IV: 291; VI: 67; VII: 242, 299; IX: 10, 19, 282.
 Historia Económica General (libro), IX: 8, 283.
 Historia económica-política y estadística de la isla de Cuba, II: 91, 278; III: 105, 293, 367.
 Historia Económica de los Estados Unidos, VII: 243.
 Historia Económica Universal, IX: 8, 282.
 Historia de la Educación, IX: 11.
 Historia de la Educación Pública en Cuba, IV: 416, 418.
 Historia de la Enmienda Platt, VII: 114; VIII: 264.
 Historia de la Esclavitud, IV: 379, 380.
 Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial de los países americano-hispanos, III: 349.
 Historia de España, VII: 392.
 Historia de los Estados Unidos de Norteamérica, VI: 463; VIII: 96.
 Historia y Estello, VIII: 366; X: 38.
 Historia física, política y natural de la Isla de Cuba, III: 344, 350; IV: 382, 401.
 Historia Física, Económica-Política, Intelectual y Moral de la Isla de Cuba, IV: 345.
 Historia General de España. Desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, V: 263.
 Historia del General Prim, V: 325.
 Historia de los Girondinos, V: 21.
 Historia de la Guerra de los Diez Años, V: 89, 264.
 Historia Habanera, Cuadernos de, I: 72; III: 295; IV: 140.
 Historia como hazaña de la Libertad, La, X: 199.
 Historia del infame y vergonzoso comercio de indios vendidos a los esclavistas de Cuba por los políticos yucatecos desde 1848 hasta 1861, Mérida, Yucatán, 1923, IV: 60, 292, 345.
 Historia de la Isla de Cuba, III: 293, 393; IV: 66, 140, 382; VI: 67.
 Historia y Literatura, VII: 353.
 Historia de la Medicina, IV: 417.
 Historia de la Minería en Cuba, IX: 395.
 Historia del Mundo en la Edad Moderna, II: 90.
 Historia de la Nación Cubana, I: IX: V: 247.
 Historia de nuestros estudios oftalmológicos, IV: 404.
 Historia de la Pedagogía en Cuba, IV: 416, 418.
 Historia del reinado de Carlos III en España, II: 298.
 Historia de las Relaciones Exteriores de España durante el siglo XIX, V: 262.
 Historia de Santiago de Cuba, III: 349, 366.
 Historia de Sancti Spiritus, I: 202, 203; II: 90, 277, 325; III: 293; VII: 354.
 Historia Social Inglesa (libro), IX: 13.
 Historia de la Taquigrafía, IX: 11.
 Historia del Teatro en Cuba (inédita), III: 391.
 Historia de Trinidad, V: 263.
 Historia Universal de la Literatura, IV: 415; VII: 375.
 Historia de la Universidad de La Habana, II: 134.

- Historial de Cuba, II: 277; VI: 333.
 Historias campesinas, VII: 338.
 History of American Foreign Police, A, V: 263.
 History of the United States from the Compromise of 1850 to the end of the Roosevelt Administration, V: 264.
 History of Slavery in Cuba, A, III: 349.
 Hogar, El (revista), VII: 318.
 Hogares Campesinos, X: 61.
 Hogares Infantiles Campesinos, X: 58, 59.
 Hojas Literarias, VII: 79, 317, 342, 344, 375; VIII: 9.
 Hojas al viento (libro), VII: 330.
 Hombre que rie, El, V: 21.
 Hombres, VII: 374.
 Hombres del 51, IV: 140.
 Hombres y glorias de América, IV: 418; VII: 341.
 Hombres del 68, Rafael Morales y González, IV: 142; V: 263; VII: 351, 374, 376.
 Hombres de Cuba, IV: 418; VII: 376.
 Hombres de "La Demajagua", Los, V: 263.
 Hombres sin mujer (libro), X: 34.
 Homenaje a la Benemérita Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana, III: 295.
 Homenaje a Enrique José Varona, VI: 114; VII: 375.
 Homenaje a Martí en el Cincuentenario de la Fundación del Partido Revolucionario Cubano, VI: 181.
 L'Homme de Sancti Spiritus (Ile de Cuba), I: 71.
 L'Homme Fossile cubain, I: 71.
 Honor (goleta), VI: 191, 193, 268.
 Honradas, Las (libro), X: 30.
 Honradez, La (fábrica), IV: 213.
 Horsa (barco), VI: 282.
 Hour, The, VII: 349.
 Hoy (periódico), VII: 299.
 Humberto Fraga (libro), X: 28.
 Humbolt, Grupo, I: 41.
 Huracanes en las Antillas, Los (libro), X: 169.
 Hutchitson (barco), VII: 279.

I

- Iberia, La, III: 376.
 Ictiología Cubana, IV: 400; VII: 410.
 Ideales (libro), VII: 359; X: 28.
 Ideario Cubano, VI: 181.
 Ideario Separatista, VI: 114, 181.
 Ideas (revista), X: 50.
 Ideas en Cuba, Las, III: 393; IV: 418; V: 264; VIII: 346, 366; X: 39.
 Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, IV: 98.
 Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos, en contraposición a los que ha publicado Don José Antonio Saco, IV: 141.
 Ideas Políticas Contemporáneas, Las (libro), IX: 225, 282.
 Ideas Políticas de José Antonio Saco, III: 105.
 Ideología autonomista, La, VI: 68.
 Ideología Política de Maceo, Cartas y otros documentos, V: 264.
 Iglesia, la, I: 207, 209, 234, 251, 271, 280, 281.
 Iglesia Católica, VII: 63.
 Ignacio Agramonte, el Bayardo de la Revolución Cubana, V: 263.
 Ignacio Agramonte, Paladín de la Democracia, V: 263.
 Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana, V: 89, 262.
 Ignacio Mora (folleto), V: 326.
 Igualdad, La (periódico), V: 301; VII: 315, 357.
 Ilustre Señor Cabildo, Justicia y Regimiento de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Cristóbal de la Habana, II: 292.
 Ilustración de Cuba, La, (revista), VII: 318.
 Ilustración Cubana, La (revista), VII: 319.
 Imparcial, El (periódico), VII: 373.
 Imperio, El, II: 185.
 Imperio mudo, El, (libro), X: 37.
 Importancia del poder naval —positivo y negativo— en el desarrollo y en la independencia de Cuba, La, V: 263; VI: 332.
 Importancia de la Química en la Medicina, III: 370.
 Imprenta de la Compañía Impresora del Reino, IV: 104.
 Imprenta en la Habana, La, II: 324.
 Imprenta Real, Casa del Correo Viejo, II: 310.
 Impresión en Inglaterra y América por la captura de La Habana en 1762, La (Revista Bimestre), II: 91.
 Impuestos sobre la Renta y las Sociedades Comerciales, Los (libro), IX: 80, 282.
 Impuestos sobre Utilidades, (libro), IX: 215, 282.
 Impugnación, III: 95.
 Impugnación al examen de Cousin, IV: 377.
 Impugnación a las "Ideas de incorporación de Cuba en los Estados Unidos por Don José Antonio Saco". E. D. L. T., IV: 141.
 Impulso inicial, El, Estudio histórico de los tiempos modernos en Cuba, El, II: 91.
 Impuras, Las, X: 30.
 Impurezas de la realidad, Las (libro), X: 28.

- Inconstitucionalidad de los Tribunales de Urgencia, VIII: 187.
- Independencia, La (periódico), IV: 135; V: 356; VII: 315, 373.
- Independencia absoluta como el ideal cubano, La, VII: 43, 356.
- Independientes, Los (sociedad), V: 369; VI: 292.
- India, fuente, III: 375.
- Indiana (cafetal), V: 136.
- Indias, Archivo General de, I: 58; III: 152.
- Indias Consejo de, I: 142, 163, 164, 168, 174, 217, 277, 304, 305, 313, 316, 325; II: 10, 19, 24, 27, 28, 30, 31, 33, 58, 73, 215; III: 48, 58, 133.
- Indias, Historia de las, I: 32, 66, 72, 73, 328, 346, 365, 367.
- Indias, Historia General de las, I: 71.
- Indias, Historia General y Natural de las, I: 72.
- Indias, Junta de Guerra de, I: 186, 188, 190.
- Indias, Legislación de, II: 147, 153.
- Indias, Leyes de, I: 246; II: 25, 235, 240, 277; III: 5, 49, 318, 320; IV: 6; IX: 400.
- Indias, Ministerio de, III: 14, 20.
- Indias Occidentales, Compañía de las, I: 187, 188, 191, 296, 321; IV: 197.
- Indias Orientales, Compañía Holandesa de las, I: 319.
- Indias, Real Archivo de, I: 348.
- Indias, Real Armada de las, I: 356.
- Indias, Recopilación de Leyes de los Reynos de las, I: 109, 146, 201, 202, 203; II: 32.
- Indice (periódico), VII: 299.
- Indios de Cuba, Historia de los, I: 71.
- Indicador Constitucional, III: 359.
- Industria del Azúcar de Caña, La (libro), IX: 395.
- Industria azucarera, La, IX: 395.
- Industria Azucarera de Cuba, La (libro), IX: 394.
- Industria del tabaco, La, VII: 299.
- Industria tabacalera y la obra de José Martí, La, VII: 300.
- Industrial, El, (periódico), VII: 300.
- Infanta María Teresa (navío), VI: 443.
- Influencia del Poder Naval en la Historia, La, II: 134; V: 186.
- Influencia de los ritmos africanos en nuestro cancionero, I: 368.
- Influencia del tabaquero en la trayectoria revolucionaria cubana, VII: 299.
- Información (periódico), VIII: 253; IX: 63, 394.
- Información sobre reformas en Cuba y Puerto Rico celebrada en Madrid en 1866-67 por los representantes de ambas islas, New York, 1867, IV: 59.
- Informe de la Administración Provincial, IX: 411.
- Informe sobre el Censo de Cuba, VII: 243, 244; IX: 394.
- Informe de la Comisión reorganizadora de la Segunda Enseñanza, X: 145.
- Informe sobre el Congreso Científico Internacional de Buenos Aires, I: 71.
- Informe escrito por D. Ramón de la Sagra sobre los medios de fomentar el cultivo del tabaco, III: 293.
- Informe sobre una exploración arqueológica a Punta del Este, Isla de Pinos, I: 71.
- Informe fiscal sobre fomento de la población blanca en la Isla de Cuba, III: 295; IV: 291.
- Informe sobre fomento de la población blanca en la isla de Cuba y emancipación progresiva de la esclava, IV: 113.
- Informe acerca del Instituto Cubano, VII: 430.
- Informe al Gobierno de Cuba, VII: 430.
- Informe sobre la Ley Agraria, III: 357.
- Informe del Senador Foraker sobre el Tratado de la Isla de Pinos, VIII: 264.
- Informe sobre el Sistema Tributario de Cuba, IX: 170.
- Ingenio, El. Segunda parte de las Aventuras de un Mayoral, VII: 242.
- Ingenio Grande (combate), V: 105.
- Ingenios de Cuba, Los, X: 225, 226.
- Inglaterra y Cuba en la primera mitad del siglo XVIII. Expedición de Vernon contra Santiago de Cuba en 1741. (Revista Bimestre Cubana), II: 90, 91.
- Iniciación a la historia del correo en Cuba, II: 90, 91.
- Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana, III: 105; IV: 59, 60, 140, 141, 142; V: 263, 372; VII: 351; X: 43.
- Inmigration in Cuba, II: 277.
- Inicios del Periodismo en Cuba, III: 392.
- Inmorales, Los (libro), X: 29.
- Inmunidad parlamentaria, La, VIII: 186.
- Inquisición, La, I: 108, 138, 139, 176; II: 132.
- Inspección de Estudios, IV: 24.
- Inspección General de Estudios, VII: 390.
- Inspección General de Escuelas Primarias, X: 58.
- Institución Hispanocubana de Cultura, X: 50.
- Instituciones de Filosofía Ecléctica, III: 368.
- Instituciones locales y la reforma constitucional, Las, VIII: 187.
- Instituto de Artes Plásticas, II: 325; III: 392.
- Instituto Cartográfico Nacional, X: 169.
- Instituto de Ciencias Políticas de Williams-town, VIII: 220.
- Instituto de Cirugía Ortopédica, VIII: 89.
- Instituto Cívico Militar, X: 58.
- Instituto Cubano, III: 90, 384, 389; IV: 406.
- Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar, IX: 363.
- Instituto Cubano de Estabilización del Café, IX: 194.

- Instituto Cubano-Norteamericano de Cultura, X: 231.
 Instituto de Francia, VII: 401.
 Instituto de La Habana, VII: 410; X: 80.
 Instituto Literario de Méjico, III: 363.
 Instituto de Matanzas, VII: 456.
 Instituto de Música de Camagüey, VII: 473.
 Instituto Nacional de Educación Física, X: 79.
 Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales, X: 81, 302.
 Instituto Pasteur, VII: 400.
 Instituto Pestalozziano de Madrid, III: 383.
 Instituto de Puerto Príncipe, VII: 474.
 Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana, VII: 312.
 Instituto Tecnológico de Ceiba del Agua, X: 181.
 Instituto Tecnológico Industrial, IX: 263.
 Instituto de Vacunación Antirrábica de La Habana, VII: 400.
 Institutos de Segunda Enseñanza, VII: 389.
 Instrucción Pública en Cuba, La. Su pasado, Su presente; III: 391, 394.
 Instrucción pública en Cuba, La, IV: 333.
 Insurrección, La (libro), X: 26.
 Insurrecciones en Cuba, Las, III: 105; IV: 141, 152; V: 89, 95, 264, 325; VI: 68, 115.
 Intendencia, La, II: 319.
 Intendencia de Hacienda, II: 59, 277, 278; III: 29.
 Intendencia de la Real Hacienda, III: 20.
 Intendente Ramírez, El, III: 295.
 International Bank for Reconstruction and Development, X: 89.
 Interpretación constitucional, La, VIII: 188.
 Intervención, La, VII: 69.
 Intervención y su política, La, VIII: 38.
 Interés social de la vega de tabaco en los siglos XVII y XVIII, II: 277.
 Introducción a la historia de las instituciones locales en Cuba, I: 202.
 Introducción a las Obras de Arango y Parreño, III: 392.
 Invasión, La, VI: 203.
 Invasión de Las Villas en 1873, y Máximo Gómez, La, VII: 242.
 Invasiones piráticas, especialmente de las de Morgan en 1668, Historia de las, I: 355.
 Investigaciones en la Sierra de Viñales (publicación), X: 183.
 Ion-Exchange process has natured sugar, The (publicación), IX: 394.
 Iowa, (navío), VI: 443.
 Irene Albar (novela), VII: 338.
 Irijoa (teatro), VII: 277, 284, 452; X: 264.
 Iris, III: 360, 363.
 Isla y Catedral de Cuba, Historia de la, I: 73, 202, 350, 366, 368; II: 65, 286, 298, 312.
 Isla de Cuba y en especial de La Habana, Historia de la, II: 326, 368.
 Isla de Cuba, Historia de la, I: 51, 72, 201, 202, 203, 204; II: 90, 91, 134, 279, 298, 324, 325; III: 105.
 Isla de Cuba Pintoresca, III: 392; IV: 396, 417; X: 226.
 Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial, IV: 382, 415.
 Islas de América, Compañía de las, I: 321.
 Islas Carolinas, Las, (folleto), VII: 358.
 Islas desoladas, Las (libro), X: 16.
 Ismaelillo, VII: 328, 329.
 Itinerario General de la Isla, III: 371.

J

- James Woodall (barco), VI: 273, 274, 278, 285.
 Jardín (novela lírica), X: 20, 32.
 Jardín Botánico, III: 93, 247, 266, 372, 386.
 Jardín Botánico del Central Soledad, VII: 177.
 Jardín Botánico de Madrid, II: 323.
 Jején, El (periódico), VII: 313.
 Jenny Lind (nave), IV: 192.
 Jerusalén Libertada, I: 353.
 Jesuitas, II: 270.
 Jesuitas, Orden de, III: 389.
 Jesús, Compañía de, II: 63, 64.
 Jicotencal, IV: 353.
 Jimirú (combate), V: 105.
 Joaquín de Agüero y sus compañeros, IV: 140.
 John A. Rawlins, V: 264.
 John E. White (pailebot), IV: 124.
 Joint Resolution, VII: 44.
 Jones-Costigan Acta, VIII: 237.
 Jorge Juan (crucero), V: 360; VII: 279.
 Jornada de ocho horas, La, VII: 299.
 José Agustín Caballero y los orígenes de la conciencia cubana (libro), V: 89; IX: 15, 282.
 José Agustín Caballero, Reformador de los Estudios Históricos en Cuba (publicación), IX: 17, 282.
 José Antonio Echeverría, V: 263.
 José Antonio Saco y sus ideas cubanas, IV: 141.
 José Bernal y Soto, Preclaro defensor en España de los derechos de Cuba, VI: 115.
 José de la Luz y Caballero en la conspiración de 1844, IV: 140.
 José Manuel Mestre, VI: 68.
 José María Aguirre (estudio), VI: 256.
 José María Heredia, III: 393.

- José María Heredia (biografía), VII: 342.
 José Martí y su obra política, VI: 181.
 Journal, The (periódico), VI: 62, 411.
 Journal of Commerce, IV: 162.
 Joven Cuba, La (revista), VII: 372.
 Joyas del Norte de Europa (libro), VII: 323.
 Juan Criollo (libro), X: 29, 30.
 Juan Gualberto Gómez. Su labor patriótica y sociológica, VI: 114.
 Juan Gualberto Gómez, una vida sin sombra, VII: 114.
 Juan Rius Rivera y la Independencia de Cuba, V: 264; VII: 69.
 Júbilo y fuga (libro), X: 21.
 Juegos de agua (libro), X: 20.
 Juicio Ejecutivo, El, VII: 357.
 Juicio Final, El (cuadro), III: 375.
 Junta de Agricultura, III: 268, 270.
 Junta de Agricultura y Comercio, VII: 264.
 Junta de Autoridades, III: 84, 275.
 Junta de Autoridades de Cuba, III: 25.
 Junta de Autoridades de La Habana, II: 267.
 Junta Central, III: 33.
 Junta Central de Artesanos, VII: 261.
 Junta Central de España, III: 24, 28.
 Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, V: 46, 67, 70, 87, 102, 116, 121, 276; VII: 315.
 Junta Central Revolucionaria, V: 131.
 Junta de Columbia, VIII: 83.
 Junta de Comercio, III: 357.
 Junta Consular, III: 258.
 Junta Consultiva del Gobierno Provincial, V: 270.
 Junta Cubana, IV: 115, 116, 117, 122, 123.
 Junta Directiva de Hacienda, III: 205.
 Junta Directiva de Real Hacienda, III: 259.
 Junta de Economía de Guerra (publicación), VIII: 183.
 Junta de Fomento, II: 277; III: 86, 89, 90, 163, 184, 243, 247, 270, 271, 293, 295, 323, 389; IV: 22, 23, 24, 179, 223, 259, 273, 278, 280, 317, 323, 325; VII: 240.
 Junta de Fomento de la Habana, IV: 328; VI: 74.
 Junta de Fortificación, IV: 12.
 Junta de La Habana, VI: 165.
 Junta de Hacienda de La Habana, IV: 7.
 Junta de Información, III: 323; V: 6, 7, 22, 62; VI: 10, 11, 13, 18, 24, 74, 75, 78, 86; VII: 215, 237, 252; IX: 7, 25, 240.
 Junta de Información de Ultramar, VI: 67.
 Junta de Inspectores de la Universidad, VII: 359.
 Junta de Instrucciones, III: 336.
 Junta de Laborantes, VII: 254.
 Junta Nacional de Arqueología y Etnología, X: 192, 302.
 Junta Nacional de Economía, IX: 279.
 Junta de Población Blanca, III: 164, 183, 266, 277; IV: 179.
 Junta de Protestas, IX: 258.
 Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico, V: 66.
 Junta Revolucionaria, V: 12.
 Junta Revolucionaria de Camagüey, V: 53.
 Junta Revolucionaria Cubana, III: 366.
 Junta Revolucionaria Cubana en Nueva York, V: 118.
 Junta Revolucionaria de la Habana, IV: 121; V: 43, 58, 66, 67, 70, 114.
 Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, IX: 241.
 Junta Revolucionaria de Nueva York, IV: 383.
 Junta Revolucionaria de Puerto Príncipe, V: 53.
 Junta de Sevilla, III: 24, 33.
 Junta de Superintendentes, X: 58, 64, 76, 77.
 Junta Superior Directiva de la Real Hacienda, III: 167, 168, 227, 275.
 Junta Superior de Gobierno, III: 20.
 Junta Superior de Instrucción, VII: 390.
 Junta Superior de Instrucción Pública, IV: 413.
 Junta Superior Revolucionaria de Madrid, VI: 14.
 Junta Suprema del Estado, II: 211.
 Junta Suprema Secreta, IV: 84.
 Juntas de Educación, X: 58, 66, 76, 77.
 Juntas de Primera Enseñanza, VII: 379.
 Juntas Provinciales, III: 127.
 Juramento, El, IV: 353.
 Jurisconsultos cubanos, III: 393.
 Jurisprudencia constitucional, VIII: 188.
 Justa defensa de la Academia, III: 101, 148; IV: 379.
 Justa defensa de la Academia Cubana de Literatura, III: 99.
 Juventud, La (periódico), VII: 321.
 Juventud de Martí, La (folleto), V: 264.
 Juzgado Patrimonial, IV: 9.

K

Kindergarten (libro), X: 14.

Kodak - Ensueño (libro), X: 14.

L

- L'abolition de l'esclavage, IV: 292.
 "La Aurora" y los comienzos de la prensa y de la organización de los obreros en Cuba, VII: 300.
- Laberinto (libro), X: 31.
 Labor Internacional, VIII: 264.
 Laborante, El (periódico), VII: 313.
 Laboratorio Nacional de Paidología, VIII: 59.
 Laboremos, VIII: 192.
 Labrador, El (periódico), IV: 281, 293.
 Lagonda (barco), VI: 167, 168, 185, 261, 263, 264.
 Lágrimas de Angélica, Las, I: 353.
 Laparoscopia, Histerectomía total por vía abdominal (libro), X: 160.
 Latifundo en la economía cubana, El, VIII: 354.
 Latino Americano, El (periódico), VII: 338, 339.
 Laúd del Desterrado, El, IV: 368; V: 21.
 Laurada (vapor), VI: 246, 279, 280, 304, 305, 319, 320.
 Lazo, Los, VII: 338.
 Le Negoce D'Amsterdam, II: 278.
 Le Negoce d'Amsterdam y el Gentleman's Magazine, II: 199.
 Lealtad (fragata), V: 45.
 Leander, expedición del III: 22.
 Lección de Varona, La, VII: 376.
 Lecciones de Clínica y Terapéutica Quirúrgica, X: 160.
 Lecciones de derecho constitucional, VIII: 185.
 Lecciones de Filosofía, III: 368.
 Lecciones de Filosofía Electiva, III: 356.
 Lecciones de Frenología, IV: 403.
 Lecciones de Ginecología con su Clínica, X: 162.
 Lecciones sobre Historia de Cuba, IV: 382.
 Lecciones de Historia Universal, III: 364, 365, 366.
 Lecciones orales de Fisiología Médica, IV: 403.
 Lectura de Pascuas, VII: 336.
 Lectura en las tabaquerías, La, VII: 300.
 Lecturas Cubanas, IV: 417; VII: 375.
 Legalidad, La (periódico), VII: 314.
 Legislación Civil y el Proletariado, La (libro), IX: 13, 282.
 Legislación de la Enseñanza Secundaria y Especial, X: 145.
 Legislación Fiscal, (libro), IX: 218.
 Legislación Hipotecaria, VIII: 391.
 Legislación Obrera. El Retiro ferroviario, VIII: 313, 326.
 Legislación de Primera Enseñanza, VII: 430.
 Legislación Ultramarina, II: 277, 278; III: 293; IV: 189.
 Leguminosas cubanas (publicación), X: 172.
 Lengua de Martí, La, VII: 376.
 León Español, El, (periódico), VI: 52.
 Leonardo Wood, VII: 69.
 Leonela (novela), VII: 336, 337, 344.
 Les esclaves a Cuba et dans les Colonies espagnoles, IV: 384.
 Les phases typiques des crises économiques et leur histoire, (Revista Económica), II: 278.
 Letras (revista), VII: 319; X: 49.
 Letras Apostólicas, VII: 375.
 Letras en Cuba antes de 1608, Las (Revista Cubana), I: 365, 367.
 Lexicografía Antillana, I: 72.
 Lexicografía Castellana y de sus estudios afines, VII: 356.
 Ley de Defensa Económica, IX: 245.
 Ley Docente, X: 86, 91.
 Ley de Emergencia Económica, IX: 239, 255.
 Ley Escolar, X: 55, 56.
 Ley de Inmigración y Colonización, IX: 300.
 Ley de Instrucción Pública para las Islas de Cuba y Puerto Rico, IV: 407.
 Ley de Obras Públicas, IX: 255.
 Ley Orgánica del Poder Ejecutivo, IX: 272; X: 76.
 Ley Platt, VIII: 32.
 Ley de Represión del Tráfico de Negros, IV: 320, 323, 325.
 Ley de Retiro Escolar, X: 58.
 Ley del Ritmo, La, IX: 282.
 Ley del Ritmo. Estudio Sociológico, La (libro), IX: 277.
 Lyceum Lawn Tennis Club, X: 50.
 Leyden (remolcador), VI: 325.
 Leyenda de la Dominación inglesa en La Habana, La, (Índice), II: 298.
 Leyendas cubanas, IV: 368.
 Leyes Civiles de Cuba y su jurisprudencia, VIII: 188.
 Leyes complementarias de la Constitución, VIII: 188.
 Leyes vigentes dictadas para evitar la destrucción de la riqueza forestal cubana, X: 174.
 Liberal, El (periódico), VII: 370.
 Liberal (Partido), VIII: 69.
 Libertad (goleta), VI: 271.
 Libertad, La (periódico), V: 301; VII: 315, 360, 373.
 Libertad, La (imprensa), VII: 314.
 Libertad de comercio en la Nueva España en la segunda década del siglo XIX, La, III: 294.
 Libertad y democracia, VIII: 96, 184.

- Liberté, La (periódico), VII: 352.
 Liberty, The Story of Cuba, VI: 333; VII: 70.
 Libre Pensamiento, El (periódico), VII: 370.
 Libro Blanco, IX: 35.
 Libro centenario del Diario de la Marina, VIII: 366.
 Libro conmemorativo de la inauguración de la Plaza del Maine en La Habana, IV: 141.
 Libro de Cuba, El, VIII: 96, 326; X: 145.
 Libro sobre la Enmienda Platt, VIII: 264.
 Libro inauguración Plaza Maine, IV: 142.
 Libro de los Ingenios, IV: 397.
 244, 245, 262, 306, 319; IX: 92.
 Liceo, El (sociedad), VII: 455, 456, 467, 468.
 Liceo Artístico y Literario (sociedad), IV: 387; VII: 321, 450, 451.
 Liceo Artístico y Literario de La Habana, IV: 393, 396.
 Liceo Artístico y Literario de Regla, VII: 452.
 Liceo de Camagüey, VII: 473.
 Liceo Cubano, VII: 122, 123.
 Liceo Cubano de Tampa, VII: 348.
 Liceo de Guanabacoa, IV: 388; V: 21; VII: 321, 366, 412, 436.
 Liceo de La Habana, IV: 120, 293, 314, 387, 398; VII: 469.
 Liceo de Matanzas, IV: 387; VII: 436.
 Liceo de Puerto Príncipe, El, VII: 466.
 Liceo de Regla, El, VI: 436.
 Liceo de Villaclara, VII: 457.
 Life and correspondence of John A. Quitman, Major-General, U. S. A. and Governor of the State of Mississippi, IV: 140, 141.
 Life of John A. Rawlins, V: 325.
 Life of Keppel, II: 134.
 Life and Work of Sir William Van Horne, The, VII: 70.
 Liga, La, VI: 152.
 Liga Cubana de Estados Unidos, VII: 315.
 Liga General de Trabajadores Cubanos, VII: 294, 300.
 Liga de las Hijas de Cuba, V: 137.
 Liga de las Naciones, VIII: 60, 222, 223.
 Liga Nacional, VIII: 58, 314.
 Liga Patriótica, VI: 129.
 Liga Patriótica Cubana, VI: 125, 133, 292.
 Liga de Trabajadores, VII: 291.
 Liga de Trabajadores Cubanos, VII: 321.
 Lilliam (vapor), VI: 308.
 Lince, El, III: 272.
 Lincoln, El Precursor de la Buena Vecindad, V: 264; VII: 300.
 Lindo Don Diego, El, II: 311.
 Linterna de Diógenes, La (periódico)? VII: 321.
 Lira y Espada, VII: 369; X: 10.
 Literatura Crítica, VII: 368.
 Literatura de Cuba, La, I: 367; II: 325; III: 392; IV: 417; VII: 375.
 Literatura Cubana, La, I: 368; II: 325; III: 392; VII: 375; X: 40.
 Literatura Cubana, Historia de la, I: 368; II: 326; III: 391, 393, 394; IV: 418; V: 89, 264; VII: 376; X: 40.
 Literatura Dramática Cubana, Historia de la, I: 365, 367; II: 325; III: 349, 392; IV: 417; VII: 375.
 Literatura, Historia Universal de la, I: 367.
 Literaturas Europeas de Vanguardia, X: 308.
 Lo que usted debe saber sobre las elecciones de 1946, VIII: 182.
 Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna, I: 202, 203, 365, 368; II: 277, 326; III: 350, 393; IV: 382; X: 265.
 Lo que hizo Andreu en Comercio, VIII: 183.
 Lógica, VII: 345.
 Loma de Sevilla, V: 261, 264.
 Lomas de San Blas, jurisdicción de San Diego de Núñez, III: 312.
 London Times, The (periódico), V: 317.
 López Expedition to Cuba, The, IV: 140.
 Loro, El, (periódico), VII: 314.
 Louisiana (barco), VIII: 30.
 Louisiana Planter (periódico), VII: 185, 196, 228.
 Louisiana Planter and Sugar Manufacturers (revista), VII: 165, 211, 213, 242, 243, 244.
 Louvre, El (café), V: 42; VI: 13; VII: 355.
 Luaces y Heredia (libro), IV: 418.
 Lucero, El, III: 359.
 Lucía de Lammemour, IV: 393.
 Lucha, La (periódico), V: 301; VI: 55; VII: 300, 320, 357, 360, 361; X: 49.
 Lucha política en Cuba, La, VI: 110.
 Lucha política en Cuba. Los Unos y los otros, La, VI: 114.
 Luchador, El (periódico), VII: 300.
 Luis de las Casas, fundador de la Sociedad Económica, Don, III: 152.
 Luis de las Casas, un gobernador creador, III: 152.
 Luis Victoriano Betancourt (libro), V: 262.
 Luisiana Planter and Sugar Manufacturer, VII: 170.
 Luna nona, La (novela), X: 34.
 Luz, La (revista), VI: 7.
 Luz y Caballero (estudio), IV: 418.
 Luz y Caballero como educador (libro), IV: 417.
 Luz del Pilar, La (periódico), VII: 313.
 Luz y Sombra (libro), IV: 368.
 Luz del Trabajo, VII: 300.
 Luz de Yara (batallón), V: 218.

LL

Llave del Nuevo Mundo, II: 277, 287, 288, 298, 314, 324, 325.

Llave del Nuevo Mundo (título de la obra de Arrate en la edición del Fondo de Cultura de México), I: 366, 367.

Llave del Nuevo Mundo, antemural de las In-

dias Occidentales. La Habana descripta, I: 201, 202, 203, 204.

Llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta: noticias de su fundación, aumentos y estado, II: 90, 286, 313.

M

Maestros de la Cultura Cubana, IV: 417; VII: 375.

Magoon in Cuba. A history of the second U. S. Intervention, VIII: 38.

Maine (acorazado), VI: 62, 251, 252, 324, 409, 411, 412, 415, 416, 458; VIII: 254, 255, 256, 257.

Maine (cuerpo expedicionario), VI: 326.

Mala Real Inglesa, IV: 254.

Maldona (libro), VI: 256.

Mambí, El (periódico), VII: 314.

Mandeville, Viajes de, I: 43.

Manganilla, La (periódico), VII: 313.

Manifiesto del Directorio Estudiantil Universitario, VIII: 102.

Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, V: 7.

Manifiesto de Montecristi, VI: 171, 191; VII: 349; VIII: 274; IX: 21, 22.

Manifiesto del Partido Demócrata, VIII: 183.

Manifiestos de los Partidos de la Revolución, Los, VIII: 366.

Manifiesto o satisfacción pundonorosa a todos los buenos españoles europeos, y a todos los pueblos de América, III: 134, 152.

Manigua, La (periódico), VII: 372.

Manual del Apicultor, IV: 228.

Manual de Bacteriología Clínica, X: 161.

Manual de Derecho Constitucional, VIII: 186.

Manual de Flebotomianos, IV: 404.

Manual de Frye, VII: 387.

Manual del hacendado azucarero o sea arte de obtener azúcar de la caña, IV: 293.

Manual de Higiene Privada, IV: 403.

Manual de Historia de Cuba, I: 328, 367; II: 90, 91, 134, 277, 298; III: 105, 152, 153, 349, 350; IV: 59, 60, 140, 141, 142; V: 263; VI: 67; VII: 300; X: 44.

Manual de la Isla de Cuba (Compendio de su Historia, Geografía, Estadística y Administración), IV: 345.

Manual para Maestros, VII: 387, 430.

Manual del perfecto fulanista (libro), X: 37.

Manual de Práctica Sanitaria, X: 156.

Manual de Santería (libro), X: 34.

Manual de Selvicultura, X: 174.

Manuel de Quesada y Loynaz, (libro), IV: 133; V: 262.

Manuel José Quintana (libro), VII: 340.

Manuel Sanguily, (libro), V: 262; VII: 375, 376; VIII: 38.

Manuel Sanguily y Garritte, (libro), V: 263.

Manuel Sanguily, y la historia de un ciudadano, VII: 114.

Manuel Sanguily y la evolución de Cuba, VII: 375.

Manuel de Zequeira y los albores de la literatura cubana, III: 392.

Manufacturer, The, VI: 33.

Manzanares, Manifiesto de, IV: 123.

Mañana, La (periódico), VII: 332.

Mapa Geológico de Cuba, VII: 409.

Mapas Españoles de América, I: 72.

Mara y la Montaña, El (libro), X: 14.

Marabú o aroma (publicación), X: 172.

María (novela), VII: 337.

Marianas, Las (folleto), VII: 358.

Marina de Guerra española, III: 239.

Marte, Campo de, III: 326.

Martí, Cayo Hueso y Tampa: La Emigración (libro), VI: 131, 181, 332.

Martí y las clases trabajadoras, VII: 299.

Martí y la Elocuencia, VII: 375.

Martí, escritor, (libro), VII: 375.

Martí y la "Guerra Chiquita", V: 372.

Martí, hombre, (libro), V: 373.

Martí, maestro y apóstol, (libro), V: 372.

Martí, Místico del Deber (biografía), IV: 416, 418; V: 372.

Martí, su obra literaria, VII: 375.

Martí: su obra política y literaria, VII: 376.

Martí, Papeles de, V: 372.

Martí periodista, (libro), VII: 376.

Martí, político, VI: 67.

Martí, los tabaqueros y la Revolución del 1895, VII: 299.

Martí: su vida y su obra, VII: 374, 375.

Martí que yo conocí, El (libro), X: 45.

Mártires del Amor, Los (novela), VII: 338.

Masonería ante el momento político constitucional cubano, La, VIII: 186.

Masonic Hall, V: 329.

Matanzas en la Independencia de Cuba, V: 264; VI: 256.

- Matrimonio Anómalo, VIII: 391.
 Máximo Gómez (libro), VI: 67, 463.
 Máximo Gómez y la Asamblea, VII: 69.
 Máximo Gómez. El Generalísimo, V: 264; VI: 256; VII: 70.
 Maya, civilización, I: 3.
 Medicina operatoria de las vías urinarias (libro), X: 158.
 Medio Siglo de Industria Azucarera Cubana, IX: 394.
 Medio Siglo de Historia Colonial, IV: 59, 140, 141.
 Medio Siglo de Historia Colonial de Cuba, VI: 67; X: 40.
 Medio Siglo de Literatura Cubana (libro), X: 41.
 Mejorana, La, VI: 193.
 Mejores poesías cubanas, Las, VII: 375.
 Melodías Irlandesas, IV: 365.
 Memorandum presentado a la Comisión Nacional de Propaganda y Defensa del Tabaco Habano, II: 278; III: 294; IV: 291; VII: 242.
 Memoria Anual del Banco Nacional de Cuba, IX: 388.
 Memoria sobre caminos en la Isla de Cuba (Colección Papeles), II: 278; IV: 380.
 Memoria del Censo Agrícola Nacional, IX: 390.
 Memoria sobre el comercio y consumo de ganados en el rastro y carnicerías de La Habana, III: 294; IV: 293.
 Memoria sobre el cultivo del café, III: 370.
 Memoria sobre las Escuelas Públicas de Cuba, VII: 430; X: 145.
 Memoria sobre la Guerra de la Isla de Cuba, V: 263.
 Memoria histórica de Cienfuegos y su jurisdicción, VII: 242.
 Memoria histórico política de la Isla de Cuba, IV: 140, 141; VI: 67.
 Memoria histórica de la villa de Santa Clara y su jurisdicción, II: 90, 278, 308, 324, 325; III: 350; IV: 382.
 Memoria sobre el mejor modo de fabricar el azúcar, III: 294.
 Memoria de la Secretaría de Agricultura, Industria y Comercio, VII: 242, 243.
 Memoria de los trabajos realizados durante las cuatro legislaturas y sesión extraordinaria del primer período congresional, VII: 148.
 Memorias sobre la Isla de Cuba, VII: 430.
 Memorias del Instituto de Investigaciones Científicas, X: 173.
 Memoria Revolucionaria, VI: 332.
 Memoria de Saco, III: 96.
 Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba, III: 95, 96, 285, 314; IV: 380.
 Memorial dirigido a Carlos III por las señoras de la Habana en 25 de Agosto de 1762, II: 293.
 Memorias de la colonia francesa de Santo Domingo con algunas reflexiones relativas a la Isla de Cuba, II: 182, 278; III: 293.
 Memorias sobre el estado político, gobierno y administración de la Isla de Cuba, IV: 24, 59.
 Memorias de Francisco de Paula Serrano, III: 266.
 Memoria sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba, IV: 399.
 Memorias de la Real Sociedad Económica de la Habana, III: 334.
 Memorias y recuerdos de la señora Condesa de Merlin, IV: 384.
 Memorias de la Sección de Historia, II: 314.
 Memorias de la Sociedad Económica, III: 170, 272.
 Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País, I: 365, 367; II: 243; III: 391.
 Memorias de la Sociedad Patriótica, II: 313; III: 376.
 Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana, III: 294, 295.
 Mendigo, El, IV: 355.
 Menes, IV: 380.
 Mensaje a García, El, VI: 463.
 Mensajes Presidenciales al inaugurarse las distintas legislaturas (1903-1906), VIII: 38.
 Mensajera (cañonera), VI: 299, 300.
 Mensajero, El (periódico), VII: 315.
 Mensajero de la Habana, El, III: 152.
 Mensajero Político, Económico y Literario de la Habana, El, III: 272.
 Mensajero Semanal, El, III: 71, 94, 359; IV: 63, 378.
 Mercantil Weekly Report, the (periódico), IV: 281.
 Merced, Nuestra Señora de la (iglesia), II: 318.
 Mercurio, III: 71.
 Mercurios (periódicos), II: 58.
 Merylandia (balandro), III: 145.
 Merrimac (navío), VI: 442.
 Metafísica en la Universidad, La, VII: 345.
 Método preservativo del vómito negro, IV: 403.
 Metrología Universal (libro), X: 166.
 Meyreles, vínculo de, III: 160.
 Mezzophanti, IV: 378.
 Mi batalla por la Banca Nacional, IX: 396.
 Mi campaña en las cortes españolas de 1881-1883, VI: 67.
 Mi Diario de la Guerra, VI: 256.
 Mi epitafio (Saco), IV: 111.
 Mi gestión ministerial respecto a la Isla de Cuba, VII: 243.
 Mi libro de Cuba, VII: 370.
 Mi misión en Washington (La Soberanía de la Isla de Pinos), VIII: 245, 264.
 Mi obra de gobierno, VIII: 96.
 Mi ofrenda, VII: 365.

- Mi ofrenda a los obreros cubanos de la Florida, VII: 358.
- Mi primera pregunta, IV: 188.
- Mi Rosa (combate), VI: 231.
- Mi tío el empleado, (novela), VII: 337.
- Mi última temporada en Cuba, VII: 360.
- Mi vida en la manigua (libro), VII: 359.
- Microfono, IV: 418; VII: 376.
- Microscopía Química Clínica, X: 171.
- Michèle de Cuneo y el conocimiento de la insularidad de Cuba, La carta de, I: 72.
- Miguel de Aldama (Publicación Academia de la Historia de Cuba), V: 262.
- Milagro, El (libro), X: 30.
- Milford (navío), II: 113.
- Militarismo, El, VIII: 183.
- Militarismo en Cuba, El, VIII: 183.
- Millón, El, I: 72.
- Mina de la Rosa Cubana, IV: 77, 89.
- Mineralogía, (libro), VII: 409.
- Minneapolis (barco), VIII: 30.
- Ministerio de Educación. Cuadernos de Cultura, VII: 376.
- Mioceno y Plioceno de la Habana, El (publicación, X: 183.
- Miranda en Cuba, II: 298.
- Miranda y la independencia de Cuba, el General (índice), III: 152, 298.
- Mirón Cubano, El, IV: 355.
- Mis buenos tiempos (libro), VII: 359; X: 28.
- Mis doce primeros años, (libro), IV: 384.
- Mis malos tiempos (libro), VII: 359; X: 28.
- Mis relaciones con Máximo Gómez, (libro), VII: 148; VIII: 326.
- Miscelánea, III: 360, 363.
- Miscelánea Filosófica, III: 368.
- Miscelánea Filosófica, Prólogo de la, III: 391, 394.
- Miscelánea de útil y agradable recreo, III: 360; IV: 386.
- Miserables, Los, V: 21.
- Misión diplomática de Enrique Piñeyro, La, V: 263.
- Misión Truslow, IX: 233.
- Mission to Spain of Pierre Soulé, The, V: 262.
- Misiones Educativas, X: 61.
- Misterio secular de la cueva de Punta del Este, El, I: 72.
- Mística del poder: reflexiones de un periodista auténtico, La, VIII: 182.
- Moctezuma (vapor), V: 331.
- Moda, La, III: 360.
- Moda, La o Recreo Semanal del Bello Sexo, III: 328, 359.
- Molinos de tabaco hasta 1720, Los (Revista Habana), II: 278.
- Moluscos fluviales de Cuba, X: 179.
- Momento constitucional en Cuba, El, VIII: 184.
- Momento constitucional; las constituciones del mundo y la futura constitución cubana, El, VIII: 185.
- Money and economic recovery in Spain under the first Borbon, (Journal Mod. Hist.), II: 280.
- Money Supply of the American Colonies before 1720, The, II: 278.
- Monógrafos oratorios, VII: 368.
- Monograph of Urocoptidal (libro), X: 179.
- Monopolio del Tabaco, II: 187.
- Monroe Doctrine. A Interpretation, The, V: 262.
- Moral Religiosa, III: 361.
- Morales Lemus y la Revolución Cubana, V: 264, 325; VII: 340.
- Moratoria constitucional, La, VIII: 187, 188, 393.
- Morenos de la Habana, compañías de, III: 44.
- Moro Muza, El, IV: 383, 387.
- Morro, El, I: 181, 358.
- Mosquitos Cubanos (libro), X: 178.
- Mosquitos y otros insectos transmisores de enfermedades, X: 156.
- Motín, El (periódico), VII: 270.
- Motivos de Cayo Hueso, VI: 332; VII: 299.
- Motivos de Son (libro), X: 22, 295.
- Movimiento insurreccional, El (folleto), VII: 354.
- Movimiento insurreccional de 1879 en la Provincia de Santiago de Cuba, El, V: 372.
- Movimiento intelectual en América, VII: 346.
- Movimiento obrero en Cuba, El, VII: 299.
- Mudos Testigos. Crónica del Cafetal Jesús Nazareno, V: 263; VII: 242; IX: 282, 288, 394.
- Muecas (libro), VII: 354.
- Muerte de Gesler, La, IV: 353.
- Muerte de Narciso (libro), X: 24.
- Mundo, El (periódico), VII: 471, 475; VIII: 182, 186, 248; IX: 34, 229; X: 49.
- Mundo Artístico, El (revista), VII: 318.
- Mundo Nuevo, El (periódico), VII: 307, 315.
- Municipio, El, VIII: 186.
- Munio Alfonso, IV: 358, 359.
- Muñoz (hacienda), IV: 136, 137, 138.
- Museo, El (periódico), VII: 318.
- Museo Biblioteca de Ultramar, VII: 410.
- Museo Ignacio Agramonte, V: 10.
- Museo Emilio Bacardi, VII: 418.
- Museo Nacional, II: 319, 320; VII: 418, 421, 422; VIII: 47, 292; X: 237, 303.
- Música en Cuba, La, I: 366, 367; II: 324, 325; III: 391, 392; IV: 415, 417; VII: 442, 478; X: 281.
- Música Latinoamericana, Historia de la, II: 325.
- Muelle de Tablada, III: 311.

N

- Nación, La (periódico), VII: 335, 349, 351, 360, 373; X: 49.
 Nación y la Formación Histórica, La, V: 263.
 Nacional, VIII: 20.
 Nacionalista, VIII: 21.
 Naciones Unidas, IX: 273.
 Nadie Parecía (revista), X: 23, 50.
 Naranjo, El (acción), V: 189, 190.
 Narraciones históricas de Baracoa, VI: 332.
 Narciso López, IV: 93.
 Narciso López y su época, IV: 140.
 Nashville (barco), VII: 18.
 Naturaleza y Civilización de la grandiosa Isla de Cuba, I: 72; IV: 292; VII: 354.
 Naufragio del "Hawkins", VII: 332, 333.
 Naufragios y comentarios, I: 204.
 Navegación, Acta de, I: 193.
 Necesidades de Cuba, IV: 173, 345; VI: 67.
 Negro Bueno (periódico), VII: 313.
 Negro, la Constituyente y la Constitución, El, VIII: 186.
 Negros brujos, Los (libro), X: 41.
 Negros Catedráticos, Los (periódico), VII: 313.
 Negros Esclavos, Los, IV: 345; VII: 243; X: 41.
 Neptuno, fuente de, III: 374.
 Neptuno, vapor, III: 236.
 New Born Cuba, The, VII: 69.
 New York, (acorazado), VI: 434.
 New York Herald, The (periódico), VII: 353; IX: 7.
 New York, Journal (periódico), VI: 410.
 New York Times (periódico), VI: 16.
 Niágara, El, III: 364.
 Nicolás Azcárate, VI: 67.
 Nicolás Azcárate, el Reformista, V: 262.
 Nieve (libro), VII: 330.
 Ninfa, La (ingenio), III: 40.
 Niña, La, I: 43, 48.
 Niobe (fragata), V: 183, 320.
 Niobe (barco), VI: 308.
 Niveles Mentales y Estudio Socio-económico, IX: 17, 282.
 No sé quién soy (libro), X: 34.
 Nobles Memorias, V: 264; VII: 376.
 Nociones sobre la Constitución de 1940, VIII: 188.
 Nociones de Historia de Cuba, VII: 351.
 Noche, La (periódico), X: 49.
 Norma, IV: 393.
 Nordstram (vapor), VI: 180, 271.
 Norte e impulso (varios), VIII: 182.
 Norteamericano, X: 67.
 North American Review, VI: 33.
 Notas Coloniales, (libro), VI: 67, 114.
 Noticia Preliminar de una Antología de Poetas Cubanos, VII: 360.
 Noticias Americanas, II: 204, 278.
 Noticias puestas en el padrón general conducentes a dar una puntual idea del estado en que se halla la Isla de Cuba en el año 1775 (Papeles Saco), II: 278.
 Noticias Secretas, II: 284.
 Noticioso, El, III: 359.
 Noticioso y Lucero de la Habana, III: 98, 359; IV: 375.
 Novedades, Las (periódico), VI: 9.
 Novela en Cuba, La, IV: 418; VII: 376.
 Novela erótica, (libro), X: 33.
 Nube negra, La (novela), VII: 338.
 Nuestra Colonia de Cuba, (libro), VII: 242; VIII: 366; IX: 394.
 Nuestra primera acción naval, VI: 332.
 Nuestra Señora de Belén, (colegio), IV: 411.
 Nueva Constitución y su jurisprudencia, La, VIII: 188.
 Nueva Descubierta, IV: 217.
 Nueva Gramática de la lengua castellana, III: 371.
 Nueva Teoría de la Gravitación, VII: 408.
 Nueva Vida de Heredia, III: 392.
 Nuevas orientaciones en materia constitucional, VIII: 186.
 Nuevo Liceo (sociedad), VII: 321, 346, 450.
 Nuevo método de siembras y cultivo de la caña de azúcar, X: 175.
 Nuevo País, El (periódico), VII: 320, 359.
 Nuevo pensamiento político en Cuba, El, VIII: 366.
 Nuevo Regañón, El, III: 359.
 Nuevo Regañón de la Habana, El, III: 358.
 Nuevo Testamento, II: 316.
 Nuevo Tratado Técnico de la Música, VII: 454.
 Nuevos papeles sobre la toma de La Habana por los ingleses en 1762 (Archivo Nacional), II: 91.
 Nuevos peligros de Cuba entre sus cinco crisis actuales, Los, VI: 68.

O

- Onu, VIII: 93.
 Onúo Yemayá (libro), X: 34.
 Obispo Espada y su influencia en la cultura cubana, El, III: 391.
 Obligatoriedad inmediata de los preceptos de la Constitución de 1940 que modifican el Código Civil, VIII: 187.
 Obra de José Martí, La (discurso), VI: 181.
 Obras del Dr. Ignacio José de Urrutia y Montoya (2 t.), I: 365; 367; II: 298.

- Obras de Sarmiento. Buenos Aires 1900, IV: 60.
- Obrero, El (periódico), VII: 266, 267, 282, 300.
- Obrero Cubano, El (periódico), VII: 282, 300.
- Obreros del tabaco en Cuba, Los, VII: 300.
- Observaciones al folleto "Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos por Don José Antonio Saco", IV: 141.
- Observaciones meteorológicas de la Habana, III: 94.
- Observador, El, IV: 387.
- Observador Habanero, El, III: 272, 283, 359, 369.
- Observador del Colegio de Belán, VII: 408.
- Observatorio Físico-Meteorológico de La Habana, VII: 408.
- Observatorio Nacional, X: 169.
- Obstetricia, X: 162.
- Obstetricia, Manual de, IV: 404.
- Ocios poéticos, III: 362.
- Oda a Emilia, III: 94.
- Oficina de Correos, II: 319.
- Oficina Hidrográfica de Cuba, X: 170, 171.
- Ohio Life Insurance and Trust Co., IV: 266.
- Ojeada sobre la dominación española en Europa, VII: 355.
- Olivas Sonoras, Las, I: 71.
- Olivette (vapor), VI: 129.
- Operas Cubanas y sus Autores, X: 276.
- Opinión, La, IV: 387.
- Opinión Nacional, La (periódico), VII: 349.
- Oquendo, VI: 443.
- Oración de Matatías, IV: 365.
- Oradores de Cuba, V: 90, 264; VII: 343, 374, 376.
- Orden de Levantamiento, VI: 169.
- Orden de Mérito José María Heredia, VIII: 89.
- Orden Militar 62, IV: 291.
- Ordenación y Valoración de Montes (libro), X: 174.
- Ordenanzas de Aduanas de la República de Cuba para el Régimen y Guía de los Empleados de Aduanas, IX: 243.
- Ordenanzas de Comisarios, III: 195.
- Ordenanzas de Intendentes, III: 226.
- Ordenanzas de Minería de Nueva España, III: 206.
- Ordenanzas Municipales de Alonso de Cáceres, II: 138, 140.
- Organización de los Estados Americanos, VIII: 93.
- Organización de Naciones Unidas, IV: 384; VIII: 91.
- Orientación de la Economía Nacional, La (libro), IX: 88, 282.
- Orientaciones Económicas y Financieras de la Post Guerra (folleto), IX: 47.
- Orientaciones de la Segunda Enseñanza, X: 145.
- Origen y desarrollo del pensamiento cubano, VI: 463.
- Origen y desarrollo de la pintura en Cuba, X: 265.
- Origen y primeros tiempos de la industria tabaquera cubana (Revista Tabaco), II: 278; III: 294.
- Origen y régimen de la propiedad territorial de Cuba, II: 277.
- Orígenes (revista), VIII: 344; X: 23, 50, 243.
- Orígenes de la Literatura cubana, I: 368; II: 325; IX: 11.
- Orígenes de la Poesía en Cuba, I: 367; II: 325; III: 392; X: 40.
- Orígenes de la prensa periódica en Cuba, Los, III: 393.
- Orígenes de las relaciones comerciales de Francia con Cuba. (Anales de la Academia de la Historia de Cuba), II: 90, 278.
- Orlando Furioso, I: 353.
- Ornitología Cubana, VII: 410.
- Oro (libro), VII: 331; X: 11.
- Orquesta Filarmónica, X: 287, 288.
- Orquesta Filarmónica de La Habana, X: 292.
- Orquesta Sinfónica, X: 286, 287, 288.
- Orquesta Sinfónica de La Habana, X: 288.
- Orto (revista), X: 50.
- Osceola (barco), VI: 326.
- Ostende, Conferencia de, IV: 127.
- Otahiti, caña, III: 170, 171, 202, 203.
- Otorrinolaringología práctica, (libro), X: 162.
- Our Cuban Colony, VII: 69.
- Oxford History of the United States, The, V: 263.

P

- Padre Varela, El, (libro), III: 392; IV: 418.
- Padre Varela, El; su vida y su obra, III: 391, 393.
- Padrón general de los habitantes de la Isla de Cuba, III: 334.
- Páginas de la Historia, IV: 141; V: 264; VII: 343.
- País, El (periódico), IV: 387; VI: 78, 96, 109, 114; VII: 320, 344, 359, 360; X: 49.
- País del Chocolate, El (libro), VI: 42.
- Paisajes Cubanos (libro), VII: 325.
- Países de la América Latina, Los (libro), IX: 120, 280.
- Pájaro del Océano (vapor), IV: 249.
- Palacio de los Capitanes Generales, III: 373.

- Palenque Literario, El, (revista), VII: 317, 352.
- Paleontología Cubana (publicación), X: 183.
- Pampero (barco), IV: 94, 95.
- Panorama de la Cultura Cubana, III: 393; VII: 375; VIII: 366.
- Panorama Histórico, V: 262, 372; VI: 332.
- Panorama Histórico de la Literatura Dominicana, IV: 415.
- Panorama Literario de Cuba en nuestro Siglo, IX: 11.
- Papaíto Mayarí, (libro), X: 32.
- Papel, III: 354.
- Papel Periódico, II: 183, 220; III: 8, 112, 169, 170, 184, 190, 355, 356, 357, 358.
- Papel Periódico de la Habana, III: 265, 271, 282, 293, 295, 353.
- Papeles (Saco), III: 171.
- Papeles existentes en el Archivo General de Indias relativos a Cuba y muy particularmente a La Habana, I: 73, 201.
- Papeles sobre la toma de La Habana por los ingleses en 1762. (Archivo Nacional), II: 91.
- Papeles de Maceo, V: 372.
- Para la historia de Cuba, VI: 67; VII: 244.
- Paralelo entre la isla de Cuba y alguna colonias inglesas, IV: 63, 110; VI: 74.
- Parasitismo intestinal en Cuba (libro), X: 177.
- Parnaso Cubano, I: 368; III: 393; IV: 417; VII: 352.
- Parque Central, III: 374.
- Parte General del Derecho Penal, VIII: 391.
- Partidas, Las, I: 241.
- Partido A.B.C., VIII: 130, 134, 141, 185.
- Partido A.B.C. Doctrina del A.B.C., VIII: 183.
- Partido Acción Republicana, VIII: 106, 109, 130, 134, 178.
- Partido Agrario Nacional, VIII: 130, 134, 185.
- Partido Aprista Cubano, VIII: 134.
- Partido Autonomista, III: 323; VIII: 268; IX: 247.
- Partido Comunista, VIII: 87, 185, 354.
- Partido Comunista y los problemas de la revolución en Cuba, El, VIII: 183.
- Partido Comunista de Cuba, VIII: 183.
- Partido Conjunto Nacional Democrático, VIII: 106, 109.
- Partido Conservador, VIII: 48, 51, 54, 58, 61, 70, 75, 291, 301, 305, 314, 318.
- Partido Constitucional Socialista, VIII: 106.
- Partido Demócrata, VIII: 183.
- Partido Demócrata Cubano, VIII: 185.
- Partido Demócrata Republicano, VIII: 130, 133, 141, 146.
- Partido Democrático de Cuba, IV: 128.
- Partido de la Joven Cuba, VIII: 134.
- Partido Laborista Cubano, VIII: 134.
- Partido Liberal, VIII: 51, 54, 58, 61, 84, 106, 107, 109, 130, 133, 141, 178, 185, 284, 285, 287, 291, 293, 296, 306, 314, 320, 343.
- Partido Liberal, El (periódico), VII: 349.
- Partido Liberal Nacional, VIII: 15, 16.
- Partido Moderado, VIII: 16, 17, 18, 29, 284, 286, 287, 289.
- Partido Nacional Cubano, VII: 295; VIII: 270.
- Partido Nacional Revolucionario (Realista), VIII: 130, 134, 141, 185.
- Partido Nacionalista, VIII: 83, 84, 306, 309, 310.
- Partido Obrero, VII: 294, 295.
- Partido Organización Auténtica, VIII: 134.
- Partido Popular, VIII: 61, 314.
- Partido Popular Cubano, VIII: 58, 69, 70, 134.
- Partido Popular Cubano; su intervención en los destinos públicos, VIII: 185.
- Partido Republicano, VIII: 182, 270.
- Partido Republicano Conservador, VIII: 15, 16.
- Partido Revolucionario Cubano, VI: 48, 123, 131, 133, 134, 135, 137, 141, 142, 148, 153, 154, 155, 156, 161, 169, 172, 176, 177, 185, 191, 199, 259, 260, 261, 262, 265, 273, 276, 277, 279, 280, 283, 285, 287, 288, 289, 290, 294, 295, 298, 302, 307, 310, 314, 316, 317, 318, 319, 325, 367, 368, 369, 371, 372, 373; VII: 130, 171, 325, 365; VIII: 21, 87, 192, 194, 268, 269, 342; IX: 21.
- Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), VIII: 105, 106, 107, 110, 129, 130, 133, 141, 177, 183, 185.
- Partido Revolucionario y la independencia de Cuba, El, VI: 181.
- Partido Social Demócrata, VIII: 134, 185.
- Partido Socialista Cubano, VIII: 134.
- Partido Socialista Independiente, VIII: 185.
- Partido Socialista Popular (Cuba), VIII: 183.
- Partido Unión Constitucional, V: 334.
- Partido Unión Democrática, VIII: 268, 275, 296.
- Partido Unión Nacionalista, VIII: 106, 109, 130, 133, 141, 177, 178, 185.
- Partido Unión Revolucionaria, VIII: 185.
- Partido Unión Revolucionaria Comunista, VIII: 141, 144.
- Partido Unionista, VIII: 109.
- Partido Unionista Cubano, VIII: 134, 185.
- Partidos Coloniales, Los (libro), VII: 359.
- Partidos Políticos y la Asamblea Constituyente, Los, VIII: 366.
- Partidos Políticos en la Constitución vigente, Los, VIII: 187.
- Partridge (buque), VI: 281.
- Parrandas de Remedios, Las, III: 350.
- Parroquias existentes en las diócesis de La Habana y Santiago de Cuba, II: 277.
- Pasado vigente, VIII: 366.
- Pasajeros, Casa de, I: 252.

- Pascua en San Marcos, Una, IV: 361.
 Paseo Militar de Tacón, III: 325.
 Paseo pintoresco por la Isla de Cuba, IV: 362.
 Paseo de Tacón, III: 374, 375.
 Pasionarias, IV: 365.
 Patología especial de la Isla de Cuba, IV: 403.
 Patología Médica, X: 162.
 Patria (periódico), IV: 398; VI: 96, 141, 142, 143, 144, 147, 148, 150, 151, 152, 155, 156, 157, 161, 171, 181, 259, 265, 270, 294, 393; VII: 308, 315, 321, 325, 336, 344, 347, 349, 357, 370, 371; VIII: 51, 268.
 Patria y Cultura, VI: 114.
 Patria y Libertad, VI: 129; VII: 372.
 Patria Libre, La (periódico), VII: 313.
 Patriota Americano, El, (periódico), III: 272, 359; VI: 73.
 Patronato Administrativo de las Escuelas Cívico-Rurales, X: 145.
 Patronato Pro Museo Nacional, VII: 417.
 Patronato Pro-Música Sinfónica, X: 288.
 Paula, Alameda de, III: 325.
 Paulina, La (canción), III: 379.
 Payret, teatro, VII: 449.
 Paz del Manganeso, La, V: 371, 372.
 Paz del Zanjón, VII: 153; IX: 27.
 Paz de Ryswick, II: 99, 155.
 Peces apodales de Cuba, Los, X: 179.
 Peces y crustáceos de la Isla de Cuba, X: 225.
 Peces de la Isla de Cuba, II: 323.
 Peces nuevos para la fauna cubana, X: 179.
 Pedagogía en Cuba, Historia de la, III: 391, 394.
 Pedagogía de las escuelas secundarias, X: 145.
 Penitente, El, II: 317, 324, 326; IV: 361; X: 27.
 Pensador, El (semanario), II: 295, 297, 305.
 Pensamiento democrático, VIII: 182.
 Pensamiento político de Cuba, El, VIII: 183.
 Pensamientos Fundamentales en la Economía (libro), IX: 86, 282.
 Pensando en Cuba (libro), VIII: 366; X: 36.
 Peón de tierra adentro, El, III: 366.
 Peoria (cañonero), VI: 327.
 Perfidia española ante la Revolución de Cuba, La (folleto), VII: 353.
 Perfiles (libro), VII: 375.
 Periódicos de Martí, Los, VII: 374, 375.
 Periodo revolucionario de 1879 a 1895, El, V: 372.
 Perrit (vapor), V: 87.
 Permanencia de la alianza y proyecciones del futuro (discurso), VIII: 182.
 Personalidad y la obra del general Fulgencio Batista Zaldívar, presidente de la República de Cuba, La, VIII: 184.
 Perspectivas económico-sociales del primer ferrocarril de Cuba, III: 294.
 Petrona y Rosalía, IV: 362.
 Physical and Commercial Geography, I: 328, 367.
 Pi y Margall y la Revolución Cubana, V: 262.
 Pica-pica, La—(periódico), VII: 313.
 Picota, La (periódico), VII: 275.
 Pilar, El (sociedad), IV: 388; VII: 321.
 Pinar del Río, (libro), II: 90, 91.
 Pinta, la, I: 41.
 Pintor de la Real Casa, II: 319.
 Pintura en Cuba, La, II: 325; III: 393; IV: 417; VII: 430; X: 265.
 Pinturas rupestres y el ajuar Ciboney de Punta del Este, La, I: 71.
 Piragua, La, IV: 387.
 Pirata, El, IV: 393.
 Piratería, Historia de la, I: 204.
 Pithagoras Hall, V: 369.
 Plácido y la conspiración de 1844, IV: 140.
 Plácido, poeta cubano, IV: 417.
 Plan de Estudios para los Institutos de Segunda Enseñanza, X: 82.
 Plan de Fernandina, VI: 185, 189, 259, 260, 261, 265.
 Plan Guzmán, X: 80.
 Plan de Instrucción Pública de la Colonia, X: 79.
 Plan Remos, X: 87.
 Plan Trienal de Cuba, VIII: 184.
 Plan Varona, X: 80.
 Plantas Medicinales (libro), X: 172.
 Plantas nuevas o poco conocidas en Cuba (publicación), X: 172.
 Plantel, El, I: 368; IV: 360, 362, 375, 382, 386.
 Plaza de Armas, III: 375; IV: 304.
 Plaza de la Fraternidad, III: 375.
 Plazaola (finca), V: 113.
 Plegaria a Dios, IV: 353.
 Plutón, (navío), VI: 443.
 Población Aborigen Antillana y su Relación con otras áreas de América, La, I: 71.
 Pobre histrión, Un, IV: 141.
 Poder Judicial y la Constitución, El y otros estudios, VIII: 188.
 Poder Judicial y la Constitución política de 1940, El, VIII: 187.
 Poder Liberal, El (discurso), VIII: 183.
 Poema mío (libro), X: 21.
 Poemas breves, 32 (libro), X: 21.
 Poesía civil en Cuba hasta 1868, La, IV: 418.
 Poesía Hispano-Americana, Historia de la, I: 368; II: 325; III: 393; IV: 415.
 Poesía Lírica en Cuba, La, VII: 352.
 Poesía moderna en Cuba, La (libro), X: 40, 46.
 Poesías (Heredia), III: 363.
 Poesías Líricas, III: 105.
 Poesías de M. Zequeira, III: 393.
 Poeta en la Corte, Un, IV: 354.
 Poetas de "Arpas Amigas", Los, VII: 376.
 Poetas de Color, IV: 417; VII: 350.
 Poetas de Cuba: Heredia, III: 392.
 Poetas cubanos en los siglos XVII y XVIII, Los, I: 368; II: 326.

- Poetas famosos del siglo XIX, VII: 340.
 Poetas de la Guerra, Los, VII: 308, 311, 374, 376.
 Poetas del Laúd del Desterrado, Los, IV: 417.
 Poetisas Cubanas, VII: 376.
 Política en 1905, La, VIII: 38.
 Política, La (periódico), VI: 9, 12.
 Política Cómica, La (semanario), VII: 321; VIII: 342; X: 50.
 Política de Comercio Exterior (libro), IX: 241, 267.
 Política y cultura (discurso), VIII: 184.
 Política Continental Americana de España en Cuba, III: 294.
 Política de los Estados Unidos en el Continente Americano, La, VIII: 264.
 Política de Martí, VI: 181.
 Política Ultramarina, IV: 194.
 Political and Cultural History of Modern Europe, A, V: 263.
 Popular, El (periódico), VI: 32.
 Por la amistad internacional, VIII: 96, 184, 264.
 Por una constitución que asegure la democracia, el mejoramiento popular y la defensa de la economía nacional, VIII: 184.
 Por Cuba (libro), VII: 347.
 Por la igualdad de todos los cubanos, VIII: 185.
 Por la Patria, en la Colonia y en la República, VI: 115.
 Porqué... (libro), X: 34.
 Pordiosero del Mar, I: 177, 178, 181, 296.
 Porvenir, El (periódico), VI: 127, 132; VII: 334, 373.
 Porvenir del Carmelo, El (periódico), IV: 281.
 Positivismo, El, VII: 346.
 Potestad de la Iglesia de San Pedro (cuadro), VII: 357.
 Practical Sugar Planter, The, IV: 334.
 Prácticas del Nuevo Enjuiciamiento Criminal, VII: 357.
 Prado, Paseo del, III: 374.
 Prebarroco en Cuba, el (publicación), X: 265.
 Precis de Chimie Industrielle, IV: 293.
 Precursor de la independencia de Cuba. D. José Alvarez de Toledo, Un, III: 105, 152.
 Precursores del Modernismo, Los, VII: 376.
 Predicadores, Orden de, I: 148, 149.
 Predicadores de Santo Domingo, III: 381.
 Prehistoria de Cuba, La, I: 71.
 Prehistoria Documentada: Cuba y Haití, I: 71.
 Prehistoric Culture of Cuba, I: 71.
 Preludios (libro), IV: 368.
 Prensa, La (periódico), IV: 161, 248, 281, 291, 386, 387; V: 308; X: 49.
 Prensa en Cuba, La, III: 392; IV: 417; VII: 375.
 Prensa de La Habana, VII: 250, 300.
 Prensa musical en Cuba, Historia de la, III: 392.
 Prensa periódica, Historia de la, III: 105.
 Prescripción de las acciones, VII: 357.
 Presente y futuro de la Economía Cubana (libro), IX: 394.
 Presidente Polk y Cuba, El, (libro), IV: 141.
 Presidential Messages and State Papers, V: 325, 326.
 Presidio Político en Cuba, El, VI: 119; VII: 349.
 Presupuestos del Estado, Los (libro), IX: 123, 171, 283.
 Primaverales (libro), VII: 326.
 Primer cartel separatista, El (M.Y.C.), III: 152.
 Primera comunidad tabaquera, VII: 299.
 Primera Conferencia Internacional Americana, VII: 348.
 Primera Gaceta, La: Insurrección de Agosto de 1906 e Intervención, VIII: 38.
 Primera Guerra Mundial, IX: 296, 320, 326, 333, 341, 343, 349, 350, 375, 376, 392; X: 4, 5, 37.
 Primera Jornada de José Martí en Cayo Hueso, VI: 126, 181.
 Primera obra impresa en Cuba, La, II: 324, 325.
 Primera Reunión Regional de la UNESCO para el Hemisferio Occidental, VII: 93.
 Primeros caminos de hierro en la Isla de Cuba, III: 294.
 Primeros Esbozos biográficos de Céspedes, Los, V: 263.
 Primeros poetas de Cuba, I: 368; II: 326.
 Principal, El (teatro), VII: 467.
 Príncipe, Castillo del, III: 115.
 Príncipe jardinero, II, II: 310.
 Príncipe Jardinero, El, II: 306, 307, 310, 311, 326.
 Príncipe Jardinero y Fingido Cloridano, El, II: 309, 310.
 Príncipe de Viana, El, IV: 359.
 Principios Fundamentales de la Química, Los (libro), X: 171.
 Principios y prácticas de la hacienda pública cubana en relación con los postulados de la Constitución, VIII: 187.
 Prior y Cónsules de la Habana elevan un plan que propone la Junta Económica para asegurar la tranquilidad y obediencia de los siervos de esta colonia, El, III: 293.
 Prisma, El, (periódico), IV: 387; X: 227.
 Problemas constitucionales, VIII: 185.
 Problema monetario de Cuba, El, IX: 395.
 Problemas nacionales, VIII: 184.
 Problemas de la Nueva Cuba, IX: 37, 223, 282, 394, 395; X: 65, 77, 137, 145.
 Problemas de la Segunda Enseñanza Oficial, Los, X: 146.
 Problemas de los transportes cubanos, VII: 243, 387, 430.
 Problemática de la Literatura, X: 307.

- Proceso de la Cultura Cubana, VII: 412.
 Proceso Histórico de la Enmienda Platt, VI: 463; VII: 114; VIII: 96, 366.
 Proclama, La (periódico), VII: 372.
 Producción Mundial de Azúcar de Remolacha y sus perspectivas, La, IX: 395.
 Productor, El (periódico), VII: 186, 271, 275, 276, 277, 278, 282, 268, 300, 321.
 Programa asimilista, en el problema colonial contemporáneo, El, VI: 67.
 Programa de Derecho Procesal, canónico y administrativo, VII: 357.
 Programa de gobierno de la Alianza Auténtica-Republicana, VIII: 184.
 Programa socialista, VIII: 183.
 Progreso, El, VII: 321, 357, 358.
 Progreso de Jesús del Monte, El, VII: 451.
 Progreso de la República, El, (libro), VIII: 38.
 Prontuario de derecho constitucional cubano, VIII: 184.
 Prontuario de Mercedes, II: 277.
 Propaganda, La (periódico), V: 301.
 Propiedad y Derechos Reales, VIII: 391.
 Propiedad en nuestra Constitución, La, VIII: 186, 187.
 Protección del Obrero, La (libro), IX: 138.
 Prótesis Clínica (revista), X: 165.
 Protesta de Baraguá, La, V: 252; VIII: 191.
 Protocolo de Antigüedades, I: 360, 368.
 Protocolo de Antigüedades literarias, agricultura, industria, comercio, etc., I: 349.
 Protocolo de Paz, VI: 450, 459; VII: 7; VIII: 104.
 Protomártires de la independencia de Cuba, Los, III: 105, 152, 153; V: 262.
 Proyección liberal hacia el poder, VIII: 184.
 Proyecciones de la Biografía y su presencia en la Literatura Cubana, VII: 376.
 Proyecciones del 4 de septiembre, VIII: 183.
 Proyecto de bases constitucionales, VIII: 185.
 Proyecto de constitución de la República de Cuba, VIII: 185.
 Proyecto de Constitución de la República de Cuba. Poder Judicial, VIII: 184.
 Proyecto de Galeones, II: 271.
 Proyecto para Galeones y Flotas del Perú y Nueva España y para Navíos de Registro y Avisos que navegaren a ambos mundos, II: 223.
 Proyecto de Ley orgánica para la Isla de Cuba, VI: 7.
 Proyecto de una nueva constitución para la República de Cuba, VIII: 185.
 Proyecto de Reforma del Código Civil, VIII: 393.
 Proyecto de reforma constitucional, VIII: 186.
 Psicología y Moral, VII: 345.
 Psicología en sus relaciones con la Filosofía, La, VII: 345, 346.
 Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, II: 91.
 Pueblo, El, IV: 365.
 Pueblo, El (periódico), VII: 357, 360.
 Pueblo enfermo (libro), X: 315.
 Pueblo Libre, El (periódico), VII: 313.
 Pueblo y la nueva Constitución, El, VIII: 184.
 Puerto Príncipe, Historia de, I: 355.
 Punción Cardíaca en el Hombre, La, X: 162.
 Punta, La (castillo), I: 357.
 Puntero Literario, El, III: 359.
 Puntos Fundamentales de la Prehistoria de Cuba, I: 71.
 Puntos de vista (libro), VII: 353, 375.
 Puñetazo, El (periódico), VII: 313.
 Pupila insomne, La (libro), X: 19.
 Purísima Concepción, A la (oda), II: 308.
 Puritanos, Los, IV: 393.

Q

- ¿Qué es una constituyente?, VIII: 186.
 Quejas que un amante despreciado envía a su dama (quintillas), II: 307.
 Quijote de Avellaneda y sus críticos, El (libro), VII: 353.
 Química, Escuela de, III: 266.
 Química Fundamental, X: 171.
 Química General (libro), X: 171.
 Quincena, La (periódico), V: 106.
 Quinta Conferencia Pan-Americana, VIII: 320.
 Quinta de los Molinos, VII: 20.

R

- Radiología y Electricidad Médicas, X: 162.
 Rafael Fernández de Castro (libro), VI: 67.
 Rafael María de Mendiva (discurso), IV: 418.
 Ráfagas del Trópico, IV: 368.
 Raíces del 10 de Octubre de 1868 —Aguile-
 ra y Céspedes, V: 262.
 Ramillete Cubano, El, III: 362.
 Ramillete Poético, (libro), VII: 325.
 Ramón Pintó (folleto), IV: 142.
 Ranchón de Calerones (potrero), IV: 138.
 Raros, Los, VII: 310.
 Rasgos descriptivos de la naturaleza cuba-
 na, III: 362.
 Rayos Fiussen, X: 162.
 Rayos Roetgen y Radio, X: 162.

- Razón, La (periódico), VII: 261, 262, 264, 300, 313.
- Razón del 4 de septiembre, La, VIII: 183.
- Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, X: 167.
- Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, IV: 387.
- Real Academia Española, IV: 384.
- Real Audiencia, III: 216.
- Real Audiencia Pretorial, IV: 316.
- Real Caja de Descuentos, IV: 263.
- Real Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, II: 295.
- Real Compañía, II: 242, 250, 263, 264, 314.
- Real Compañía de Comercio, II: 108, 125, 265.
- Real Compañía de Comercio de la Habana, II: 105, 188, 191.
- Real Compañía Francesa de Asiento, II: 5.
- Real Compañía de Guinea, II: 207.
- Real Compañía de la Habana, II: 141, 154, 209, 227, 264; III: 256.
- Real Conservatorio de Música y Declamación, VII: 445.
- Real Consulado, II: 150; III: 29, 30, 32, 39, 135, 181, 189, 191, 204, 216, 234, 241, 244, 251, 252, 256, 268, 270, 275, 285, 287, 289, 336.
- Real Consulado de Agricultura y Comercio, VI: 72.
- Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, III: 7, 264, 267, 312.
- Real Consulado de La Habana, III: 218.
- Real Contaduría, II: 201.
- Real Factoría de Tabacos, II: 73, 75, 76, 77.
- Real Hacienda, I: 106, 121, 132, 238, 267, 302, 304, 310, 314, 339; II: 27, 29, 31, 33, 34, 75, 76, 87, 88, 225, 226, 227, 272, 273, 275, 314; III: 207, 260, 261.
- Real Hacienda de México, III: 219.
- Real Junta de Fomento, III: 311; IV: 254, 329, 330, 331, 332, 334, 338, 402.
- Real Junta Protectora de Agricultura, III: 268.
- Real y Pontificio Seminario de México, II: 297.
- Real y Pontificia Universidad de La Habana, II: 304.
- Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo, II: 24, 288, 295.
- Real y Pontificia Universidad de San Jerónimo de la Habana, II: 285.
- Real Sociedad Económica, IX: 23.
- Real Sociedad Patriótica, VII: 450.
- Real Tribunal del Protomedicato, II: 7, 8, 23, 24.
- Real Universidad Pontificia, X: 253.
- Rebeldía de los Indocubanos, La, I: 71.
- Recaredo, IV: 359.
- Reconocimiento Geológico e Informe de los Recursos Minerales de Cuba, VII: 409.
- Reconquista, I: 236, 240.
- Reconstrucción del busto (publicación), X: 160.
- Recopilación de Indias, IV: 339.
- Recopilación de los informes del Comité de Relaciones Exteriores del Senado 1906-1922-1924 favorable a la aprobación del Tratado Hay-Quesada, etc., VIII: 264.
- Recopilación para la Historia de la Sociedad Económica Habanera, tomo I, III: 152.
- Recopilación Sumaria de todos los Autos Acordados de la Real Audiencia y Sala del Crimen de esta Nueva España, II: 278.
- Recreo de los Artesanos, El, VII: 264, 270, 300.
- Recreo Español, VII: 452.
- Recreo Literario, III: 360.
- Recreo Social, El, VII: 451.
- Rectificaciones históricas en torno a Isidoro de Armenteros, Unas (folleto), IV: 140.
- Recuerdos de la Habana, III: 380.
- Racolta, La, I: 72.
- Recuerdos de Viaje, IV: 385.
- Recurso de inconstitucionalidad, VIII: 186.
- Recurso de inconstitucionalidad contra la disposición transitoria de la Nueva Constitución relativa a moratoria hipotecaria, VIII: 187.
- Reflejos de Fray Candil, VII: 354.
- Reflexiones sobre la balanza mercantil entre Cuba, Estados Unidos e Inglaterra, IV: 72.
- Reflexiones sobre el comercio de España con sus colonias de América en tiempos de guerra, III: 216.
- Reforma, La (periódico), VI: 12.
- Reforme de la Ley Constitucional, La, VIII: 185.
- Reforma política de Ultramar, La, VI: 67.
- Reforma y revolución en Cuba, (discurso), VI: 115.
- Reforma de la segunda enseñanza, La, X: 145.
- Reforma de la Enseñanza Superior, Las, X: 146.
- Reformas políticas en Cuba y su ley constitucional, Las, VI: 67.
- Regañón, El, III: 358.
- Regañón de la Habana, El, III: 359.
- Regeneración, La (periódico), VII: 314.
- Régimen Arancelario establecido entre las Islas de Cuba y Puerto Rico y los Estados Unidos de América del Norte, VII: 243.
- Régimen municipal ante la Convención Constituyente, El, VIII: 186.
- Régimen de la nacionalidad en la Constitución de 1940, El, VIII: 187.
- Régimen parlamentario y norma constitucional, VIII: 184.
- Régimen político y económico de Cuba al iniciarse el período constitucional, VI: 67.
- Reglamento y arancel que debe gobernar en la captura de esclavos prófugos o cimarrones, III: 312, 349.

- Reglamento de cimarrones, IV: 323.
 Reglamento para la concesión de aprovechamientos forestales y la conducción de sus productos, X: 174.
 Reglamento para la conservación y defensa del arbolado público, X: 174.
 Reglamento de Esclavos, III: 309, 349.
 Reglamento Orgánico de la Minería Cubana, X: 185.
 Reina Mercedes, VI: 442.
 Reinados, Los, VII: 465.
 Reivindicaciones del individuo, y la democracia, a la Convención Constituyente, VIII: 186.
 Relación documentada de cinco expediciones, V: 262.
 Relación documentada de mi política en Cuba, VI: 67.
 Relación Histórica de los primitivos obispos y Gobernadores de Cuba, II: 313.
 Relaciones de Cuba y los Estados Unidos de América conforme al Tratado Permanente, Las, VIII: 264.
 Relations of the United States with Spain, VI: 463.
 Religión de los Indocubanos, La, I: 71.
 Renacimiento (revista), X: 49.
 Renta de Correos, II: 267.
 Renta de Tabacos, II: 266.
 Renta de Tabacos de España, II: 187.
 Rentas Reales, III: 295.
 Renuevo, El (libro), X: 34.
 Repertorio Cubano de Ciencias, Literatura y Artes, III: 360.
 Repertorio Físico Natural de la Isla de Cuba, VII: 409.
 Repertorio Médico Habanero, III: 370.
 Repertorio de rocas ígneas de Cuba, X: 186.
 Réplica (folleto), IV: 105, 109, 110.
 Réplica de don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, IV: 140.
 Repoblación Piscícola de nuestros ríos, (libro), X: 179.
 Report of Cuba (libro), X: 57, 89, 126, 146.
 Representación al General Tacón, IV: 63.
 República, La, (periódico), V: 299; VII: 349, 372.
 República de 1873, La, VI: 67.
 República de Cuba, La, IV: 142; V: 75, 90, 264; VII: 305.
 República Cubana, La (periódico), VI: 392; VII: 357, 373; VIII: 15.
 República de Cubanacán, III: 143.
 República Española ante la Revolución Cubana, La, VI: 120; VII: 349.
 República Ibérica, La (periódico), V: 301.
 Republicano, El (periódico), V: 127; VII: 315.
 Republicano, VIII: 20.
 Republicano Independiente, VIII: 21.
 Reseña Cultural, I: 368; III: 393.
 Reseña Histórica del Movimiento Literario en la Isla de Cuba, III: 392; VII: 351.
 Reseña histórica de la Sociedad de Fileteadores de la Habana, IV: 293; VII: 300.
 Resoluciones tomadas por la Emigración Cubana de Tampa el día 28 de noviembre de 1891, VI: 123.
 Restos de Colón, Los, VII: 352.
 Resultado de las Operaciones del Mal Azul, X: 160.
 Resurrección, (libro) X: 11.
 Retiro Escolar, X: 67.
 Retratos de la Sociedad, III: 380.
 Revisión de los Equinodermos Fósiles de Cuba, X: 183.
 Revisor, El, III: 143, 290.
 Revisor Político y Literario, El, III: 272, 283, 289, 295, 359; IX: 276.
 Revista de Agricultura, VII: 169, 170, 174, 179, 180, 183, 196, 241, 242, 243, 244; X: 173, 179.
 Revista de Agricultura, Comercio y Trabajo, IX: 395.
 Revista de Agricultura y Ganadería, IX: 388.
 Revista de Agricultura y Zootecnia, X: 173.
 Revista de Avance, VIII: 338, 357; X: 6, 37, 49, 243.
 Revista de la Biblioteca Nacional, VII: 300; X: 50.
 Revista Bimestre, III: 90, 359; IV: 384; VII: 316.
 Revista Bimestre Cubana, III: 71, 95, 97, 98, 274, 294, 342, 358, 392; IV: 378; VI: 332; VII: 299; IX: 396; X: 50.
 Revista del Colegio de Abogados de La Habana, VIII: 393.
 Revista de Cuba, III: 350, 392; VII: 316, 322, 342, 359, 363, 376, 433, 434.
 Revista Cubana, I: 367; V: 252, 265; VI: 96, 114; VII: 317, 323, 325, 335, 341, 344, 347, 351, 354, 357, 376; VIII: 96; X: 50, 243.
 Revista Cubana de Derecho, VIII: 391.
 Revista Cubana de Economía, IX: 388.
 Revista Cubana de Obstetricia y Ginecología, X: 163.
 Revista de Derecho Privado, IX: 138.
 Revista Económica, III: 294; VI: 89; VII: 165, 241, 242; IX: 296.
 Revista de la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de La Habana, VII: 376; X: 50, 145.
 Revista del Foro, VII: 350.
 Revista General de Derecho, VII: 357.
 Revista de La Habana, IV: 352, 365, 383, 385; V: 265.
 Revista Habanera, IV: 377, 387; VII: 307, 318, 335.
 Revista Hispano-Americana, La, VI: 9, 74.
 Revista Histórico-crítica y Bibliográfica de la Literatura cubana, I: 368.
 Revista Ilustrada, La, VII: 349.

- Revista de Jurisprudencia, Administración y Comercio, IV: 281.
 Revista de Literatura Cubana, IX: 17, 282.
 Revista de Medicina y Cirugía, X: 172.
 Revista de Medicina y Cirugía de La Habana, VII: 400; X: 160, 163.
 Revista de Medicina Tropical, X: 156.
 Revista de Medicina Tropical y Parasitología, Bacteriología y Laboratorio, X: 163.
 Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería, X: 167.
 Revista Musical, VII: 434.
 Revista Musical, Artística y Literaria de La Habana, VII: 318.
 Revista de Oriente, X: 50.
 Revista del Pueblo, VII: 307.
 Revista Semanal, VII: 360.
 Revista de la Sociedad Cubana de Ingenieros, X: 167.
 Revista Tabaco, VII: 300.
 Revista Teatral Matancera, VII: 455.
 Revista de los Tipos Americanos y Valencen-nianos, IV: 399.
 Revista Universal, VII: 349.
 Revista Venezolana, VII: 349.
 Revolución, La (periódico), V: 305, 306, 311, 325, 326; VII: 307, 313, 314, 353.
 Revolución en la América Latina, La (libro), IX: 120.
 Revolución de 1895, La, VII: 356.
 Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York, La, VI: 405; VII: 242.
 Revolución de Agosto de 1906, La, VII: 355; VIII: 38.
 Revolución constructiva, La (discurso), VIII: 183.
 Revolución Cubana y la raza de color, La (fo-lleto), VII: 351.
 Revolución Francesa, III: 4, 193.
 Revolución y pseudo-revolución en Cuba, VIII: 183.
 Revolución social o política reformista (once aniversarios), VIII: 182.
 Revolución de Yara, La, III: 323; V: 189, 237, 263, 265; VII: 355; X: 43.
 Revoluciones... Cuba y Hogar, V: 265; VI: 181.
 Revue des Deux Mondes, IV: 363, 384.
 Revue Hispanique, II: 235.
 Reyes Católicos, Historia de los, I: 72.
 Reyes, día de (fiesta), III: 332.
 Richmond (fragata), II: 113.
 Rifleros de Maceo, Los (marcha), VII: 434.
 Rimas Americanas, III: 360.
 Roca de Patmos, La (libro), X: 31.
 Román de la Luz (Índice), III: 152.
 Romana, República, II: 291.
 Romance en Cuba, El, I: 368.
 Romances Cubanos, III: 361; IV: 353.
 Romances Tradicionales en Cuba, I: 367.
 Romanticismo en España, El, VII: 341.
 Romanticismo Social, El, IV: 415.
 Romería de San Lázaro, VII: 465.
 Roncador (goleta), V: 359.
 Ronney (buque), IV: 68.
 Rosa Española, La (taller de tabacos), VI: 133, 161.
 Rosario, (punta del), IV: 139.
 Rough Riders, VIII: 260.
 Rumores del Hórmigo, IV: 370.
 Ruta de Cristóbal Colón por la costa norte de Cuba, I: 72.
 Ruta de un Héroe, La. El Mayor General José María Rodríguez, V: 263.
 Ryswick, paz de, II: 99, 155.

S

- Sacando hilas, (libro), IV: 368; VII: 359.
 Sacra, La (acción), V: 187.
 Sacro concilio, I: 235.
 Sacro concilio, I: 235.
 Sagasta o el político, VI: 68.
 Salamanca, Universidad de, I: 331; IX: 222.
 Salud a la Aurora Divina (música), II: 321.
 Salvador, El, (expedición), V: 113.
 Salvemos la verdadera revolución, VIII: 184.
 San Agustín, Convento de, III: 372, 376. ,
 San Ambrosio, hospital de, III: 54.
 San Antonio Mártir (óleo), II: 319.
 San Carlos de la Cabaña, (castillo), IV: 66.
 San Cristóbal de la Habana en el siglo XVI, Historia documentada de, I: 73, 201, 202, 203, 204.
 San Francisco, (convento de), I: 332.
 San Francisco (Crucero), VI: 329.
 San Francisco, Orden de, I: 149, 214, 281; III: 381.
 San Francisco, plaza de, III: 373, 374.
 San Francisco de Asís, (iglesia de), II: 318.
 San Francisco de Asís, (óleo), II: 319.
 San Francisco de Borja, (transporte), V: 45.
 San Ignacio de Loyola, (óleo), III: 376.
 San Ildefonso, tratado de, III: 15.
 San José (compañía española), III: 207.
 San José y el Niño (óleo), II: 319.
 San Juan, I: 43.
 San Juan (festividad), III: 330, 332.
 San Juan (fisetas de), IV: 43.
 San Juan Bautista (óleo), III: 376.
 San Juan a caballo (fiesta), III: 331.
 San Juan de Dios, (Monasterio), I: 150.
 San Juan Nepomuceno, (óleo), II: 319.
 San Juan y San Pedro (festividades), IV: 91.

- San Juan de los Remedios, Anales de, VII: 153.
- San Lázaro (torreón), I: 323.
- San Lorenzo, Mártir de, VI: 279.
- San Marcos, III: 160.
- San Miguel, (hacienda), IV: 134.
- San Pascual Bailón (contradanza), III: 379.
- San Pablo, Arzobispo de, VI: 416.
- San Pedro (fiesta), III: 332.
- San Quintín (batallón), VII: 459.
- San Severino (castillo), VI: 187.
- Sangre Hambrienta, La (libro), X: 31.
- Sanidad, La (periódico), VII: 372.
- Santa Cecilia (sociedad), VII: 450, 451, 472.
- Santa Clara, Convento de, I: 150, VIII: 332.
- Santa Cruzada, I: 130.
- Santa Hermandad, I: 113; II: 40; III: 145, 311.
- Santa Marta (óleo), II: 319.
- Santa Teresa, convento de, III: 327.
- Santa Teresa (huracán), II: 64.
- Santiago, compañía inglesa, III: 207.
- Santiago (fiesta), III: 332.
- "Santiago de Cuba", III: 349.
- Santo Domingo, I: 287.
- Santo Domingo, (convento de) II: 318.
- Santo Domingo, Orden de, I: 229.
- Santo Oficio, I: 108, 138, 139; II: 8.
- Santo Tribunal de Cartagena de Indias, I: 139.
- Santos, Los (batallón naval), II: 131.
- Santos Lugares, I: 44.
- Sardanápalo, IV: 358.
- Saúl, IV: 359.
- Sección de Historia, II: 289, 290, 292.
- Sección de Historia de la Sociedad Económica de Amigos del País, II: 288.
- Sección de Música del Liceo Artístico y Literario de La Habana, IV: 389.
- Secretos de la revolución anti-machadista, VIII: 182.
- Sedición de los vegueros en el siglo XVIII, Las tres, II: 90.
- Segunda Conferencia de Comisiones Americanas de Cooperación Intelectual, VIII: 263.
- Segunda Guerra Mundial, IX: 4, 150, 310, 320, 321, 326, 327, 334, 350, 363, 365, 375, 443; X: 6, 23.
- Segundo Congreso Obrero Regional de la Federación de los Trabajadores de la Región Obrera Española, VII: 266.
- Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX, VII: 299.
- Seis Conferencias (libro), VII: 347.
- Semblanza de Gálvez, VI: 114.
- Semana, La (periódico), VI: 115.
- Semana, La (revista), X: 50.
- Semilla estéril, La (libro), X: 19.
- Seminario Cubano, El, IV: 387.
- Seminario de San Ambrosio, III: 382.
- Seminario de San Basilio el Magno, II: 81, 302, 316, 321; III: 382; VII: 368.
- Seminario de San Carlos, II: 302, 303, 309, 316; III: 147, 355, 356, 358, 367, 369, 383, 384; IV: 361, 373, 374, 414; VII: 368, 450.
- Seminario de San Carlos y San Ambrosio, II: 71, 81; III: 54, 382.
- Sensibilidad en la Poesía Castellana, La, VII: 354.
- Sentido revolucionario del 68, El, V: 263.
- Señas del esposo, Las, I: 346.
- Señor Saco con respecto a la revolución de Cuba, El, IV: 142.
- Servicio y estrago de la ocupación norteamericana, VII: 69.
- Separatista, El (periódico), V: 359.
- Servicio de Higiene Escolar, X: 57.
- Sexta Conferencia Internacional Americana, VIII: 69, 223.
- Sexta Conferencia Pan-Americana, VIII: 217.
- Sexta Reunión Anual de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional de La Habana, VIII: 200.
- Siboney, El (periódico), VII: 312.
- Siempre viva, La, III: 163; IV: 386.
- Siete Partidas, Las, I: 266.
- Siete Tratados, VII: 352.
- Siglo, El, (periódico), IV: 30, 32, 44, 60, 156, 208, 260, 282, 285, 290, 291, 293, 385, 386; V: 22, 31, 141; VI: 75; VII: 250, 300, 307, 342, 361; X: 49.
- Silvestre de Balboa. Espejo de Paciencia, I: 365, 368.
- Sin fórmulas políticas, VIII: 182.
- Sincronismo de las Culturas Indoantillanas, I: 71.
- Sinonimia de las Familias de la Flora Cubana (folleto), X: 172.
- Sinopsis de las malváceas cubanas, X: 172.
- Síntesis histórica de la cubanidad en el siglo XVIII (Revista Bimestre), II: 298.
- Sitio de La Habana y la dominación británica en Cuba, El, II: 91.
- Situación Internacional de Cuba en el momento actual, VIII: 264.
- Situación política de Cuba y su remedio, La, IV: 113.
- Soberanía nacional, La (periódico), V: 301; VI: 9.
- Sobre canales y caminos de hierro en 1814, III: 294.
- Sobre la industria azucarera de CuNba durante el siglo XIX, IV: 293.
- Sobre el naufragio del "Tillie", VI: 332.
- Sobre el problema constitucional cubano, VIII: 185.
- Social (revista), VII: 376; X: 49.
- Socialismo y la conquista de los poderes políticos, El, VII: 358.

- Socialismo y la evolución económica, El, VII: 358.
- Sociedad Abolicionista Española, VI: 21; VII: 259.
- Sociedad Antropológica de la Habana, VII: 321.
- Sociedad Beethoven, VII: 482.
- Sociedad de Cirujanos Orales de Cuba, X: 165.
- Sociedad Colombista Panamericana, X: 302.
- Sociedad de Conciertos, X: 286.
- Sociedad de Conciertos de La Habana, X: 286.
- Sociedad de Conciertos Populares, VII: 452.
- Sociedad de Conferencias, X: 5.
- Sociedad Cooperativa de Artesanos, VII: 251.
- Sociedad Cooperativa La Reguladora, VII: 263.
- Sociedad Coral Chaminade, VII: 472.
- Sociedad Coral de La Habana, X: 294.
- Sociedad Cubana de Botánica, X: 173.
- Sociedad Cubana de Derecho Internacional, VIII: 198, 244.
- Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, V: 373; VIII: 184.
- Sociedad Cubana de Ingenieros, IX: 388; X: 81.
- Sociedad Cubana de Odontología Infantil, X: 165.
- Sociedad Cubana de Oftalmología, X: 164.
- Sociedad Cubana de Radiología Oral, X: 165.
- Sociedad Democrática de América, IV: 128.
- Sociedad Económica, III: 53, 54, 90, 96, 98, 99, 173, 174, 181, 253, 267, 271, 323, 370, 383, 385, 387, 389; IV: 160, 192, 407; VII: 235, 236, 450.
- Sociedad Económica, Memorias de la, III: 55.
- Sociedad Económica de Amigos del País, I: 350; II: 296; III: 77, 179, 208, 216, 243, 244, 264, 273, 358, 384; IV: 69, 88, 146, 216, 223, 277, 326, 342, 387, 396; VI: 97; VII: 104, 215, 250, 264, 359; VIII: 89, IX: 186; X: 79, 81, 142, 145, 223, 227, 235.
- Sociedad Económica de Amigos del País. Homenaje a D. José María Gálvez en el primer centenario de su nacimiento, VI: 115.
- Sociedad Económica de Amigos del País, Memorias de la, I: 72.
- Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago de Cuba, IV: 12.
- Sociedad Económica de la Habana, III: 350; IV: 282.
- Sociedad Económica de Santiago de Cuba, IV: 157.
- Sociedad Entomológica de Francia, IV: 400.
- Sociedad Espeleológica de Cuba, X: 182, 184.
- Sociedad de Estudios Clínicos, VII: 321.
- Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, VII: 403, 404.
- Sociedad de Estudios Económicos, VII: 215, 236.
- Sociedad Filarmónica, III: 328; VII: 450, 459, 460.
- Sociedad Filarmónica de Camagüey, V: 18.
- Sociedad Filarmónica de Cienfuegos, IV: 393.
- Sociedad Filarmónica Cubana, IV: 12.
- Sociedad Filarmónica de Estudios, VII: 479.
- Sociedad Filarmónica de San Antonio de los Baños, IV: 393.
- Sociedad Filarmónica Santa Cecilia, IV: 389, 393.
- Sociedad Filarmónica de Santa Clara, VII: 468.
- Sociedad Filarmónica de Santiago de Cuba, IV: 393.
- Sociedad Hamdel y Hayda, VII: 472.
- Sociedad de Inmigración Española, VII: 184.
- Sociedad Libertadora, IV: 90.
- Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe, IV: 89, 91.
- Sociedad El Liceo, VII: 459.
- Sociedad Literaria Hispano-Americana, VII: 348.
- Sociedad La Luz, VII: 462.
- Sociedad de Manuscritos, VII: 471.
- Sociedad de Música Clásica, IV: 394.
- Sociedad de Naciones, IV: 384.
- Sociedad de Las Naciones, IX: 150, 273.
- Sociedad Odontológica Cubana, X: 165.
- Sociedad Patriótica, II: 314, 315; III: 18, 31, 39, 85, 99, 135, 353, 357, 360, 369, 372, 376, 387; IV: 378; VI: 72.
- Sociedad Patriótica de Amigos del País, II: 88; III: 112, 148.
- Sociedad Patriótica o Económica de La Habana, III: 8.
- Sociedad Patriótica de La Habana, III: 335.
- Sociedad del Pilar, La, VII: 436, 451.
- Sociedad Popular Santa Cecilia, VII: 466, 467, 468, 473.
- Sociedad Pro Arte Musical, X: 294.
- Sociedad Protectora del Gremio de Escogedores de Tabacos de La Habana, VII: 260.
- Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, IV: 35, 40, 128; V: 66.
- Sociedad de San José, IV: 217.
- Sociedad de Socorros Mutuos de Honrados Artesanos y Jornaleros, VII: 249.
- Sociedad del Vedado, VII: 454.
- Sociedades de Responsabilidad Limitada, VIII: 391.
- Societe Fermiere (en Formación), Du Domaine de la Baie de Nipe (Cuba), VII: 242.
- Socorro (combate), V: 105.
- Sofía (novela), VII: 338.
- Soga y sangre, VIII: 183.
- Sol de Otoño (novela), VII: 338.
- Sol del Trópico, El (periódico), VII: 313.
- Soldado y conspirador, VI: 181.
- Soles y Rayos de Bolívar, III: 67, 143, 363.
- Solfeo (libro), VII: 354.
- Sombras eternas (libro), VII: 359; X: 28.
- Sombras que pasan (libro), VII: 359.
- Some evidence concerning the origins of West Indian Pottery making, I: 72.
- Son inconforme, El, I: 366.

- Sóngoro Cosongo (libro), X: 22.
 Soñar de Segismundo, El (libro), X: 37.
 Sopimpa, La, VII: 314.
 Sopimperio, El (periódico), VII: 313.
 Special report on the... visit to General Gómez, and in relation to the payment and disbandment of the insurgent army of Cuba, VII: 69.
 Spencer (rifles), V: 28.
 Star of Cuba, The (periódico), VII: 315.
 State of Texas (vapor), VI: 162.
 Statement and Documents Relatives to the Isla de Pines, VIII: 264.
 Study in the development of spanish indian policy in the sixteenth century, A, I: 201.
 Sucesión, guerra de, III: 16.
 Sucesión al Trono de España, II: 248.
 Sucinta relación de la situación presente de esta colonia, III: 152.
 Sufragio Universal, El (periódico), V: 301, 305; VI: 18.
 Sugar Cane, The, IV: 293.
 Sugar production on the world, IV: 293.
 Sugerencias para un programa de buen gobierno, VIII: 184.
 Suma de Geografía, I: 72.
 Sumario de titulos e índice alfabético de la Constitución de la República, VIII: 187.
 Summer N. Smith (barco), VI: 321, 322.
 Sumter (crucero), VI: 8.
 Sun, The (periódico), VI: 448; VII: 349, 353.
 Sungambelo, El (guaracha), III: 379.
 Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, X: 89.
 Superintendencia de Hacienda, III: 20, 47, 89, 205.
 Superintendencia del Ramo de Tabacos, III: 276.
 Superintendencia de Tabacos, III: 17, 20.
 Suprema Junta Central, III: 27.
 Suprema Junta del Estado, III: 6, 7.
 Supremo Consejo de Indias, II: 303; III: 357.
 Supresión del Tráfico de esclavos africanos en la Isla de Cuba, La, IV: 381.
 Supresión de la trata africana, IV: 188.

T

- Tabaco (revista), III: 294.
 Tabaco, El (revista), VII: 185, 186, 241, 242, 300.
 Tabaco en Cuba en las actas capitulares del Ayuntamiento de la Habana, El (Tabaco), II: 277.
 Tabaco y la industria tabacalera en Cuba, El, VII: 300.
 Tabaco habano, El, IV: 402.
 Tábano, El (periódico), VII: 320.
 Tabaquero cubano, El, VII: 299.
 Tabla de variantes en las poesías de la Avelaneda, IV: 417.
 Tablas Necrológicas, III: 98.
 Tacoma (barco), VIII: 30.
 Tacumbesh (remolcador), VI: 326.
 Tam-Tam, (novela), X: 33.
 Tarde, La (periódico), VII: 437.
 Tarifa de Precios de Medicina, II: 305.
 Tarragona (regimiento), IV: 92.
 Teatro Histórico, I: 356.
 Teatro histórico y político militar de la isla Fernandina de Cuba y principalmente de su capital la Habana, II: 297, 315.
 Teatro Martí, VII: 117.
 Teatro Principal, II: 312; III: 365, 379.
 Teatro San Carlos, VI: 135.
 Teatro Sauto, IV: 395.
 Teatro Tacón, III: 327; IV: 42, 314; VI: 48, 50, 91; VII: 333, 452.
 Tecnología de la Caña de Azúcar, X: 175.
 Temas de Cirugía, X: 162.
 Temas de Derecho Constitucional desarrollados por Jueces y Magistrados, VIII: 186.
 Temblorosas (libro), VII: 326.
 Templete, El, III: 376.
 Tendencias de la narración imaginativa en Cuba, III: 349; IV: 418; VII: 376.
 Tendencias y políticas en materia de balanza de pagos, IX: 282.
 Teoría de la Autoridad, IV: 383.
 Teoría de la Economía Social (libro), IX: 87, 282.
 Teoría Fundamental de Química Analítica, X: 171.
 Teoría General de la Constitución Cubana, VIII: 184.
 Teoría General de las Obligaciones, La, VIII: 391.
 Teoría de la Música, VII: 473.
 Tercera Reunión de la Comisión Económica para la América Latina, VIII: 93.
 Tertulia, La (sociedad), VII: 321.
 Tertulias de La Habana, Las, III: 366.
 Tertulias Literarias de del Monte, Las, III: 392.
 Tesis sobre desarrollo económico (publicación), IX: 368.

- Tesoro del Agricultor Cubano, IV: 293; VII: 177, 242, 267, 411.
 Texas (navío), VI: 443.
 Texto de Bacteriología, X: 161.
 Texto de Química (libro), X: 171.
 The Mercantile Weekly Report and the Havana Prices Current, IV: 231.
 The purchase of the Danisch West Indies, V: 264.
 Three Friends, VI: 301, 306, 309, 310, 311, 315, 317, 318, 319, 325.
 Tiempo, El (periódico), VII: 359.
 Tiempos pasados, (libro), VI: 114; VII: 355; X: 43.
 Tiempos de Walpole y los Pelham, Los, II: 90.
 Tierra del Mambí, La, V: 263.
 Tierras y Glorias de Oriente (Calixto García Iniguez), VI: 256, 332, 463.
 Tijera, La (periódico), VII: 314.
 Tillie (barco), VI: 323, 324.
 Tímina, El (periódico), VII: 314.
 Tiple campesino, III: 362.
 Tipos y Costumbres, VII: 426.
 Tipos y costumbres de la Isla de Cuba, IV: 399; VII: 334.
 Título de la República de Cuba en la Isla de Pinos, El, VIII: 264.
 Toledo, Cortes de, I: 140.
 Toma de Bayamo, La (folleto), VII: 355.
 Tornado (buque), V: 114, 183.
 Torre del Silencio, La (libro), X: 14.
 Trabajo, El (periódico), VII: 300.
 Trabajo en nuestra Constitución, El, VIII: 186, 188.
 Trade and peace with old Spain, II: 279.
 Tradiciones Cubanas, IV: 365; X: 32.
 Tradiciones sagüeras (libro), VII: 326.
 Trailer de sueños (libro), X: 31.
 Tramontana, La, (periódico), VII: 266.
 Tranca, La (periódico), VII: 313.
 Transculturación Indohispano, El Período de, I: 71.
 Transformaciones del Estado, Las (libro), IX: 98, 282.
 Transitorias de la Constitución cubana de 1940, Las, VIII: 187.
 Tratado de Aritmética y Algebra, VIII: 408.
 Tratado de Botánica sistemática, X: 173.
 Tratado sobre el cólera morbo, III: 370.
 Tratado Completo de Aritmética Mercantil Novísima, VII: 408.
 Tratado Completo de Teoría Musical, VII: 470.
 Tratado sobre la crisis actual y modo de conjurarla, VIII: 183.
 Tratado del cultivo del café perfeccionado, IV: 402.
 Tratado general de escuela teórico-práctica para el gobierno de los ingenios de la Isla de Cuba, IV: 292.
 Tratado de París, VI: 455; VII: 64, 83, 106, 111; IX: 81.
 Tratado de Patología General, IV: 403.
 Tratado Político, IV: 384.
 Tratado de Paz, VI: 451, 452, 460.
 Tratado de Reciprocidad, IX: 248.
 Tratado de Sucesiones, VIII: 391.
 Tratado de Teoría Musical, VII: 456, 472.
 Travels in the West Cuba, with notices of Porto Rico and the Slave Trade, III: 349.
 Travellers (hotel), VI: 168, 264.
 Trece Colonias, III: 215.
 Treinta Años, guerra de, I: 192, 325.
 Tremenda, La (periódico), VII: 314.
 Tres, Los (periódico), VII: 265, 300.
 Tres años de República, VIII: 38.
 Tres Educadores Cubanos, VII: 430.
 Tres Leones, fuente de los, III: 374.
 Tres primeros historiadores de la Isla de Cuba, Los, II: 134, 277, 315, 324; III: 366.
 Tres Reyes, (fuerte), I: 97, 175.
 Tres vidas y una época, VII: 299, 375.
 Tribuna, La, VII: 357, 370, 372.
 Tribuna del Trabajo, La (periódico), VII: 278, 300.
 Tribunal de Alzadas, III: 20.
 Tribunal de Comercio, II: 241.
 Tribunal de Comercio y Aduana, IX: 240.
 Tribunal de Cuentas, I: 135; II: 59, 65, 314; IV: 271; VIII: 93, 112; IX: 279.
 Tribunal de Cuentas de La Habana, II: 32.
 Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, VIII: 92, 93.
 Tribunal Mercantil, III: 357.
 Tribunal Permanente de Justicia Internacional, VIII: 222.
 Tribunal Superior Constitucional y Electoral, VIII: 112.
 Tribunal Supremo, III: 373; IV: 6.
 Tribunal Supremo de Justicia, VII: 448.
 Tribuno, El (periódico), VII: 313.
 Tridentino, Seminario, I: 334.
 Trimestre (revista), IX: 394, 395.
 Trimestre Económico, El (revista), IX: 396.
 Trincheras de papel, VI: 114.
 Trocadero, IV: 120.
 Triunfo, El (periódico), VI: 78, 90, 109, 115; VII: 320, 359, 372.
 Triunfo de Grau, la unidad nacional y nuestra actitud, El, VIII: 182.
 Trofeos Los, VII: 330, 341.
 Tropicales, Las, IV: 370.
 Trovador, El, IV: 358.
 Trunco (periódico), VII: 320.
 Tumores de la Vejiga, Los (libro), VII: 401.

U

- Úlcera gástrica y duodenal, su tratamiento quirúrgico, La (libro), X: 160.
 Última Cena, La (cuadro), III: 375.
 Última lección, La (libro), X: 29.
 Últimos instantes (libro), X: 16.
 Un día como hoy. 366 fichas en la Historia de Cuba, (libro), III: 152, 153; VI: 115, 463.
 Un hombre de negocios (novela), VII: 336.
 Un paladín (Serafín Sánchez) (libro), VI: 256.
 Una feria de la Caridad en 183... (libro), III: 331, 349; IV: 363.
 Una noche en el Trópico, IV: 391.
 Una página desconocida de la historia de Cuba, V: 265, 372.
 Una Pascua en Madruga (cuento), VII: 360.
 Uncle Sam Trustee, IX: 394.
 Unidad Gastronómica (periódico), VII: 300.
 Unidad del Universo, (libro), III: 377; VII: 408.
 Unión, La (colegio), IV: 411.
 Unión, La (periódico), VII: 186, 275, 277, 300, 359, 360.
 Unión Constitucional, La (periódico), VI: 51.
 Unión de Cuba con el Continente Americano, La (folleto), X: 185.
 Unión Democrática, VII: 64; VIII: 20, 21.
 Unión de Dependientes del Comercio, VII: 279.
 Unión de Fabricantes de Tabacos, VII: 274, 281.
 Unión de Fabricantes de Tabacos de La Habana, VII: 264.
 Unión Fraternal, VII: 452.
 Unión Nacionalista, VIII: 69, 74, 76, 344.
 Unión Obrera, VII: 276, 281, 283, 288; 300.
 Unión Obrera, La (periódico), VII: 275.
 Unión i El Obrero, La, VII: 261, 300.
 Unión Revolucionaria Comunista y la Constitución de 1940, VIII: 187.
 Unión de Rezagadores de La Habana, VII: 265.
 Unión Social-Económica de Cuba, VIII: 256.
 Universal, El (periódico), V: 301; VI: 164.
 Universidad, La, III: 373.
 Universidad del Aire, X: 50.
 Universidad de Caracas, X: 184.
 Universidad Católica Santo Tomás de Villanueva, X: 126, 136, 137.
 Universidad Central, X: 126.
 Universidad de Columbia, VII: 387.
 Universidad de la Habana, II: 107, 303; III: 356, 382, 389, 390; IV: 45, 314, 373, 377, 387, 403, 414; V: 19, 139; VI: 47, 57, 94; VII: 42, 304, 307, 320, 325, 336, 364, 366, 368, 395, 411, 474; VIII: 82, 106, 244, 245, 389; IX: 10, 15, 56, 136, 139; X: 81, 82, 85, 93, 119, 122, 124, 125, 126, 128, 131, 133, 146, 161, 166, 168, 170, 171, 172, 176, 178, 179, 182, 184, 186, 302.
 Universidad de La Habana (revista), X: 50.
 Universidad de Harvard, X: 64, 167, 170.
 Universidad de Miami, X: 170.
 Universidad Nacional, VIII: 112.
 Universidad de Oriente, IX: 200; X: 126.
 Universidad, Revista de la, I: 71.
 Universidad de Santo Domingo, II: 303.
 Universidad de Yale, II: 310.
 Unos y los otros, Los (libro), VI: 42.
 Ursulinas, Colegio de las, III: 385.
 Utilidad e importancia de la Literatura, IV: 383.
 Utilización de los Residuos de la Industria Azucarera (libro), X: 176.
 Utrecht, paz de, II: 103, 105, 155, 223.

V

- Valla de gallos, La, III: 366.
 Valle del Yumurí (óleo), III: 377.
 Vanguardia, La (periódico), VII: 361.
 Variedades (libro), VII: 352.
 Varona, maestro de juventudes, VII: 376.
 Varones Ilustres de Indias, Elegías de, I: 346, 365, 367.
 Veguero, El (periódico), VII: 241.
 Veguero de Vuelta Abajo, El (libro), VII: 176, 242.
 Vejamen de la Universidad, II: 307.
 Veladas de la Revista de Cuba, VII: 322.
 Velorios de la Habana, Los, III: 366.
 Vera Cruz, cofradía de la, I: 149.
 Verano en la Habana, El, III: 362.
 Verbum, X: 23.
 Verdad, La (periódico), IV: 89, 104, 105, 112; VII: 313, 315, 372.
 Verdad acerca de España, La, VII: 300.
 Verdad sobre la industria del tabaco habano, La, VII: 299.
 Verdad Histórica sobre los Sucesos de Cuba, La, V: 262.
 Verdad sobre la carta de Dupuy de Lome, La, VI: 67, 463.
 Verdadera Cruz, Descubrimiento de la, I: 43.
 Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la "Nueva España" (Bib. Autores Españoles T. XXVI) 1853, I: 368.
 Vergara, convenio, IV: 5.
 Versailles, paz de, II: 242; III: 329.
 Versos (libro), X: 20.
 Versos Libres (libro), VII: 327, 328.

- Versos Precursores (libro), X: 12, 13.
 Versos Sencillos, VII: 328, 329.
 Vestal (embarcación), III: 150.
 Vía Crucis (libro), X: 27.
 Viaje a la Isla de Cuba, III: 358.
 Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente, III: 380.
 Viaje a Siria, IV: 378.
 Viajero Universal, Un, III: 358.
 Vibraciones (libro), X: 11.
 Víctor Hugo y Cuba, V: 326.
 Vicuña Mackenna y la independencia de Cuba, IV: 142.
 Vida de Cicerón, VI: 192, 193.
 Vida Constitucional de Cuba, VI: 364.
 Vida del Derecho, La (libro), IX: 19, 282.
 Vida y escritos de Juan Clemente Zenca, IV: 418; VII: 340.
 Vida de Don Félix Varela, III: 393.
 Vida del Presbítero don Félix Varela, III: 105; VII: 350.
 Vida del Dr. José Manuel Mestre, IV: 60; V: 178, 264, 325, 326; VII: 350.
 Vida y Martirio de Luis Ayestarán y Moliner, V: 263.
 Vida de Luz y Caballero, IV: 418.
 Vida de Don José de la Luz y Caballero, VII: 350.
 Vida y pasión de Rafael Morales, VII: 374, 376.
 Vida y obra del sabio médico habanero doctor Tomás Romay y Chacón, III: 295.
 Vida manda, La (libro), X: 31.
 Vida de Schiller, IV: 378.
 Vida del Tabaquero, La, 1886-1910, VII: 299.
 Vida útil y fecunda de Don Fernando Diago y Tato del Castillo, La, IV: 293.
 Viejas costumbres cubanas (Revista Arquitectura), II: 325; III: 392.
 Vigía, cuartel de la, IV: 91.
 Villabrava (novela), IX: 278.
 Villanueva (estación de), IV: 114.
 Villanueva (teatro), V: 42, 64, 69; VI: 13; VII: 255, 312, 313, 333, 435, 436, 437, 438, 440.
 Villanueva (Universidad de), X: 137.
 Villas, Las (periódico), VII: 373.
 Violetas y Ortigas, VII: 346; X: 36.
 Virgen del Pez (óleo), III: 376.
 Virginia (barco), VIII: 30.
 Virginus (vapor), V: 114, 183, 186, 320; VI: 81, 308.
 Visión grandiosa de Vicuña Mackenna, La, IV: 142.
 Visión histórica de la Protesta de Baraguá, V: 265.
 Visión de San Francisco, La (óleo), III: 377.
 Visitador General, I: 120.
 Vizcaya, El (navío), VI: 443.
 Voces de la noche (libro), VII: 326.
 Voluntarios de la Habana en el acontecimiento de los estudiantes de Medicina, Los, VII: 358.
 Vómito Negro, El, (periódico), VI: 314.
 Voto Particular en la Junta de Información, IV: 381.
 Voyage to the Islands Madera, Barbados, Nieves, S. Christopher and Jamaica, A, II: 278.
 Voz de la América, La (periódico), IV: 35, 39, 43, 129; V: 11; VII: 251, 311.
 Voz de Cuba, La, (periódico), V: 49, 126, 127; VI: 43.
 Voz de la Patria, La (periódico), VII: 315.
 Voz del Pueblo Cubano, La (periódico), IV: 114; VII: 373.
 Voz de la Razón, La (periódico), VII: 372.
 Voz del Siglo, La (periódico), V: 300; VI: 91.
 Vuelta Abajo (conspiración), IV: 114.
 Vueltabajo en la Independencia de Cuba, VI: 256.

W

- Wanderer (barco), VI: 328, 329, 330.
 War and Trade in the West Indies, II: 279.
 West Indies Lit. (libro), X: 23.
 West Point (academia), IV: 95; VII: 52.
 William Mc Kinley (obra), VII: 243.
 William Shaler, III: 105.
 World (periódico), VI: 294.

X

- Xilografías Cubanas (libro), X: 230.

Y

- Yacimientos arqueológicos de Soroa, El, I: 71.
 Yara (buque), X: 171.
 Yara (revista), VII: 471.
 Yara, El (periódico), V: 358, 366; VI: 125, 126, 161; VII: 315.
 Yucayo, (periódico), VII: 332.

Z

- Zafra, La (libro), X: 15, 16.
Zanjón, Convenio del, V: 329; VI: 37.
Zanjón, Pacto del, V: 181, 226, 241, 247, 255, 259, 332; VI: 24, 25, 77, 78, 79, 80, 93, 120, 249, 259, 306, 308, 341; VII: 259, 396.
Zanjón, Paz del, VI: 422; VII: 305, 319; IX: 234.
Zanoletti, X: 184.
Zaragoza (fragata), V: 145, 147.
Zelmira, La (canción), III: 379.
Zemira y Azor (ópera), III: 378.
Zig-Zag (revista) X: 50.
Zona Franca de Matanzas, IX: 259.
Zonas Indoarqueológicas en Camagüey, I: 72.
Zoografía de Vertebrados, VII: 410.

INDICE DE COLOCACION DE LAS ILUSTRACIONES

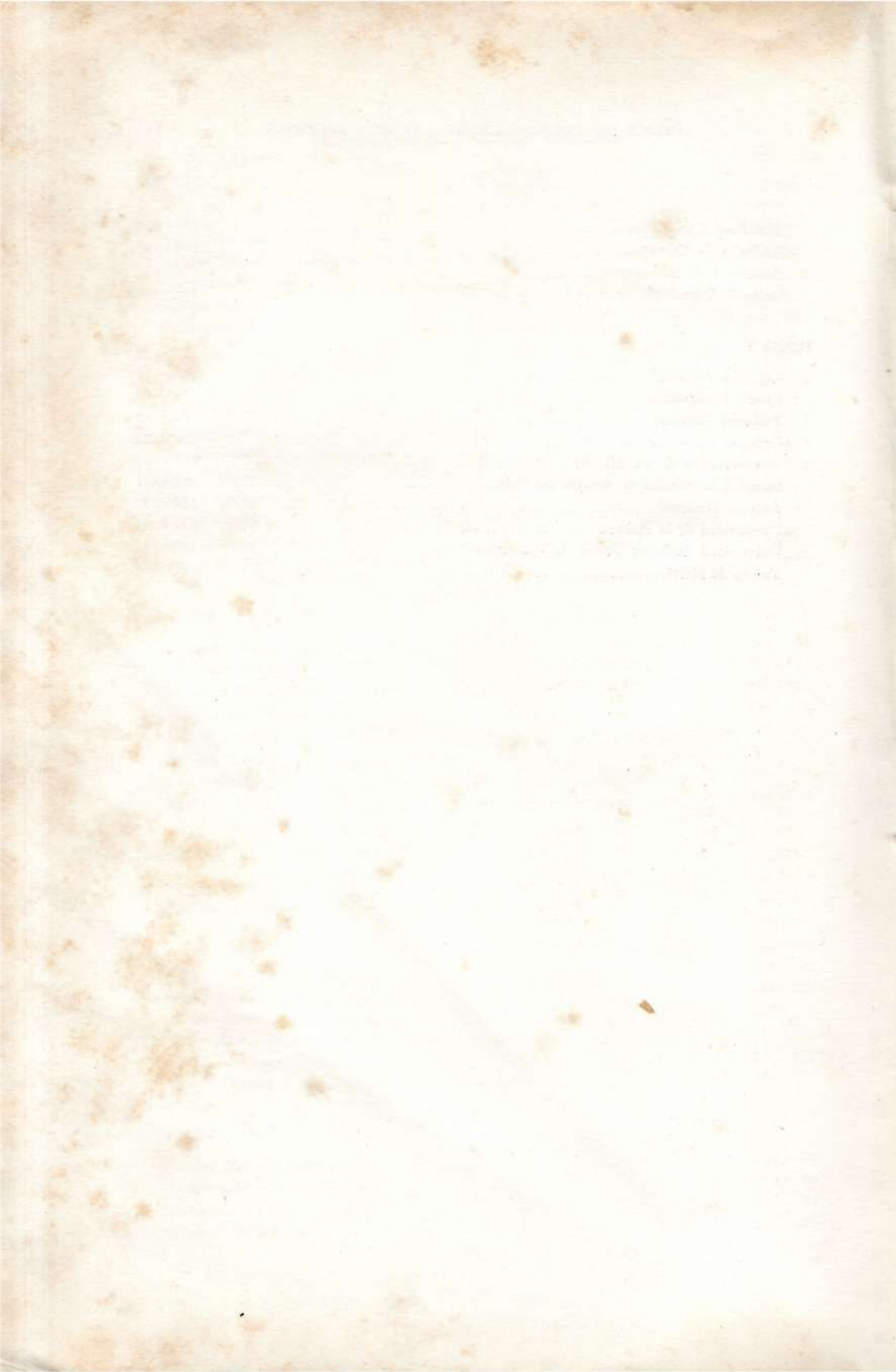
	ENTRE PÁGS.
TOMO I.	
Cristóbal Colón	40 - 41
Diego Velázquez de Cuéllar	154 - 155
Fray Bartolomé de las Casas	212 - 213
Planta de los fuertes de los Tres Reyes del Morro y del Salvador de la Punta	356 - 357
TOMO II.	
Maestro fray Gerónimo de Valdés, obispo de Cuba	10 - 11
Facsimile de una carta dirigida en 1760, a don Lorenzo Madariaga, Gobernador de Santiago de Cuba	34 - 35
Don Alejandro O'Reilly, conde de O'Reilly	128 - 129
Don Felipe Fonsdeviela y Ondeano, marqués de la Torre	214 - 215
Página de un manuscrito de la relación histórica de Arrate	286 - 287
TOMO III.	
Luis de las Casas y Aragorri	4 - 5
Francisco de Arango y Parreño	20 - 21
El Obispo Espada	54 - 55
Presbítero Félix Varela y Morales	146 - 147
Alejandro Ramírez	212 - 213
José María Heredia y Heredia	314 - 315
Tomás Romay y Chacón	356 - 357
TOMO IV.	
José Antonio Saco	4 - 5
José de la Luz y Caballero	64 - 65
Cirilo Villaverde	184 - 185
Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño)	244 - 245
Francisco Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces	286 - 287
Gertrudis Gómez de Avellaneda	356 - 357
TOMO V.	
Francisco Vicente Aguilera	24 - 25
Carlos Manuel de Céspedes	56 - 57
Pedro Figueredo	120 - 121

	ENTRE PÁGS.
Ignacio Agramonte	184 - 185
Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía	216 - 217
José Morales Lemus	280 - 281
Calixto García	312 - 313
Emilio Núñez	344 - 345
TOMO VI.	
José Martí	24 - 25
Máximo Gómez	88 - 89
Antonio Maceo	152 - 153
José María Gálvez	216 - 217
Rafael Montoro	280 - 281
Miguel Figueroa	312 - 313
Juan Gualberto Gómez	376 - 377
Bartolomé Masó	440 - 441
TOMO VII.	
Leonardo Wood	24 - 25
Alexis Everett Frye	56 - 57
Domingo Méndez Capote	120 - 121
Enrique José Varona	184 - 185
Manuel Sanguily	248 - 249
Enrique Piñeyro	312 - 313
Carlos J. Finlay	376 - 377
Marta Abreu	440 - 441
TOMO VIII.	
Tomás Estrada Palma	56 - 57
José Miguel Gómez	88 - 89
Mario G. Menocal	120 - 121
Alfredo Zayas	152 - 153
Gerardo Machado	184 - 185
Carlos Manuel de Céspedes	216 - 217
Ramón Grau San Martín	248 - 249
Carlos Hevia	280 - 281
Carlos Mendieta	312 - 313
José A. Barnet	344 - 345
TOMO IX.	
Miguel Mariano Gómez	24 - 25
Federico Laredo Brú	88 - 89
Fulgencio Batista	152 - 153
Carlos Prío Socarrás	216 - 217

	ENTRE PÁGS.
José Raúl Capablanca	280 - 281
Carlos de la Torre	344 - 345
Antonio S. de Bustamante	408 - 409
Leopoldo Romañach	440 - 441

TOMO X.

Capitolio Nacional	24 - 25
Palacio Presidencial	56 - 57
Tribunal Supremo	88 - 89
Catedral de la Habana	120 - 121
Ayuntamiento de La Habana	152 - 153
Sociedad Económica de Amigos del País	184 - 185
Archivo Nacional	216 - 217
Universidad de la Habana	248 - 249
Universidad de Santo Tomás de Villanueva	280 - 281
Tumba de Martí	312 - 313



ERRATAS Y CORRECCIONES

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
TOMO I			
51	6	fray	frey
282	24	Cn. Manuel de Rojas	Dn. Manuel de Rojas
298	39	bayamo	Bayamo
TOMO II			
181	33	Facttoria	Factoría
262	4	Indepedientemente	Independientemente
277	Ultima	<i>Historia de Cuba</i>	<i>Historial de Cuba</i>
TOMO III			
387	6	Madrd	Madrid
391	23	José A. Mestre	José M. Mestre
TOMO IV			
5	28	Puerto Rríncipe	Puerto Príncipe
19	7	Andencia	Audiencia
59	19	1839	1859
289	20	José Silveria	José Silverio
385	10	Quintillano	Quintiliano
387	12	<i>El Moro Maza</i>	<i>El Moro Muza</i>
417	Ultima	José I.	Manuel I.
TOMO V			
95	5	<i>Revoluciones</i>	<i>Insurrecciones</i>
214	11	Rodríguez	Dominguez
223	19	Hoguín	Holguín
263	4	<i>Estado</i>	<i>Escudo</i>
307	16	Ignario	Ignacio
355	1	Camaüey	Camagüey
TOMO VI			
7	12	Echevarría	Echeverría
18	36	Echevarría	Echeverría
48	25	14 de abril	10 de abril

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
96	40	Robledo Arbarzuza	Robledo-Arbarzuza
140	6	Raúl Roa	Ramón Roa
181	2	<i>Azcuy, José</i>	<i>Azcuy, Fanny</i>
333	3	<i>Historia de Cuba</i>	<i>Historial de Cuba</i>
395	30	Jumaguayú	Jimaguayú
436	2	Madel	Medel

TOMO VII

282	2	Mesa Rodríguez	Mesa Domínguez
308	12	Leopoldo	Leopoldo
309	7	<i>El Hijo de Damuji</i>	<i>El Hijo del Damuji</i>
315	22	Sugarte	Suzarte
322	33	escala	escuela
325	21	importadas	importantes
327	6	Amelia	Aurelia
331	Encabeza-		
	miento	poesía civil	poesía de Casal
331	30	tuma	tumba
332	39	<i>apuntadas</i>	<i>apuestas</i>
333	32	Valero	Valerio
333	37	derrochando	derrochaban
340	8	autobibliografía	autobiografía
345	5	exüende	extiende
345	40	intuicismo	intuicionismo
362	Título	La Tribuna Autonomista y la Separatista; la Forense la Académica y la Sagrada	La Tribuna Autonomista y la Separatista; la Forense la Académica y la Sagrada. Los poetas y el Periodismo Revolucionario del 95
364	39	Elcid	Elcid
365	3	Zarra	Parra
367	37	Aramburu	Aramburo
368	23-24	Miguel de Jesús	Manuel José
372	28	Habana en Matanzas	Habana; en Matanzas
440	39	Esteve	Mauri Esteve
438	40	felipe	Felipe
454	26	liederv	<i>lieders</i>
462	5	Hayden	Haydn
472	11	Chickening	Chickering
472	11	Handel	Haendel

TOMO VIII

182	10	Cuerbo	Cuervo
184	17	<i>Estudio Histórico</i>	<i>Estudios Históricos</i>
391	17	Pérez Cabillas	Pérez Cubillas

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
TOMO IX			
16	39	Entrialgo	Entralgo
17	6	José Agustín	José Augusto
118	21	Robespierre	Robespierre
133	29	Arquímides	Arquímedes
170	Ultima	Shoup	Schoup
171	14	Shoup	Schoup
282	1	<i>economía</i>	<i>conciencia</i>
282	22	Eldwyer	Eldwayen
282	23	<i>económicos</i>	<i>históricos</i>
282	23	José Agustín	José Augusto
283	10	<i>política</i>	<i>política económica</i>
348	28	Pública	Pública
363	17	Chaobourne	Chadbourne
395	14	<i>internacional</i>	<i>international</i>





